Contrapunto

Aldous Huxley

Inglaterra, en los años veinte. La Primera Guerra Mundial era una pesadilla lejana, y que se suponía no volvería jamás. El futuro, por tanto, un mundo para conquistar y disfrutar. Un entorno de felicidad al alcance de la mano.

Naturalmente, era una ilusión. Y no sólo por las décadas que vendrían, sino porque el nutrido elenco de personajes de Contrapunto vive en un continuo torbellino emocional y moral. La trama de la novela es al mismo tiempo un fresco de la sociedad inglesa, un caleidoscópico retrato del alma humana y una pintura irónica, y a menudo feroz, del mundo intelectual. Varios de sus protagonistas están basados en escritores de la época (D. H. Lawrence, Katherine Mansfield, el mismo Aldous Huxley), y hacia el final de la novela dos muertes anudan la trama.

No obstante, lo inolvidable de este libro está en otro lado. Es una historia coral, y lo que cuenta es el encuentro y desencuentro de los personajes, las discusiones políticas y literarias, las angustias amorosas y existenciales, las reflexiones sobre el matrimonio, la infidelidad y la soledad. La escritura de Huxley brilla con una inteligencia que deslumbra; la prosa es de una fluidez y precisión sorprendentes. Contrapunto es su obra maestra. Cuando se publicó en 1928, se la consideró magistral y escandalosa; desde entonces es un clásico. Con toda justicia.

Aldous Huxley

Contrapunto

ePub r1.0

Titivillus 13.03.15

Título original: *Point Counter Point*
Aldous Huxley, 1928
Traducción: Lino Novás Calvo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

¡Tediosa es la condición de humano!
Naces bajo una ley, y a otra
te descubres ligado;
vanamente te engendran, pero tienes
prohibido el ser vano;
enfermo te han creado y oeste
compelido a estar sano.

¿Qué propósito
tendrá Natura en tan diversas leyes
—la pasión, la razón— que de la propia
división son la causa?

FULKE GREVILLE

I

—¿No volverás tarde?

Había una gran ansiedad en la voz de Marjorie Carling; había algo semejante a una súplica.

—No; no volveré tarde —dijo Walter, con la culpable y desdichada certeza de que lo haría.

El tono de Marjorie, un poco tardo, excesivamente refinado hasta dentro de la aflicción, le molestaba.

—No después de medianoche.

Ella habría podido recordarle los tiempos en que no salía nunca de noche sin ella. Habría podido hacerlo; pero no quería; iba contra sus principios: no quería forzar su amor en modo alguno.

—Bueno, digamos la una. Ya sabes lo que son estas fiestas.

Pero, en realidad, ella no lo sabía, por la sencilla razón de que, no siendo su esposa, no se la convidaba a ellas. Había dejado a su marido para vivir con Walter Bidlake, y Carling, que tenía sus escrúpulos cristianos unidos a un ligero sadismo, gustaba su venganza negándose a concederle el divorcio. Hacía dos años que vivían juntos. Dos años solamente, y ya él había dejado de amarla para comenzar a amar a alguna otra. La falta iba perdiendo su única excusa y las molestias de orden social su única contrapartida. Y ella estaba encinta.

—A las doce y media —imploró ella, aunque sabía que al importunarlo así no haría sino fastidiarlo, sino inclinarlo a que la amara menos.

Pero ella no podía contenerse; lo amaba demasiado; sus celos eran demasiado dolorosos. Las palabras le brotaban a pesar de sus principios. Hubiera sido mejor para ella, y acaso también para Walter, que tuviese menos principios y más franqueza para dar a sus sentimientos la violenta expresión que demandaban. Pero Marjorie había sido educada bajo las normas cíe un absoluto dominio de sí misma. Sabía que solo las personas vulgares hacían aspavientos. Un suplicante «A las doce y media, Walter» fue todo lo que consiguió escapar a sus principios. Demasiado débil para conmoverlo, el suave desahogo no podía hacer sino fastidiarlo. Ella lo sabía, y, sin embargo, no lograba contenerse.

—Bueno. Ya veré si me es posible. —Ya, ya estaba: la exasperación marcada en su tono—. Pero no te lo puedo garantizar. No me esperes con demasiada seguridad.

«Porque, por supuesto —pensaba (mientras la imagen de Lucy Tantamount le acosaba, inflexible)—, no volvería ciertamente a las doce y media».

Walter dio los toques finales a su corbata blanca. Por el espejo vio que el rostro de

Marjorie, junto al suyo, lo miraba. Era un rostro pálido y tan descarnado, que la luz que descendía de la lámpara eléctrica suspendida sobre ellos hacía una sombra en los hoyos de sus mejillas. Tenía los ojos cercados de negro. Su nariz, recta, un tanto larga hasta en los mejores momentos, sobresalía, desolada, de su rostro sin carnes. Tenía el feo aspecto de una mujer enferma y cansada. Dentro cíe seis meses nacería su bebé. Algo que había sido una simple célula, un grupo de células, una bolsa de tejido, una especie de gusano, un pez en potencia con sus agallas, se agitaba en su seno y vendría a ser un hombre con el tiempo: un hombre hecho que se daría al goce y al sufrimiento, al odio y al amor, al pensamiento, al recuerdo y a la imaginación. Y lo que había sido en su cuerpo una ampolla gelatinosa inventaría un dios y un culto: lo que había sido una especie de pez crearía, y, habiendo creado, se convertiría en un campo de batalla para la disputa entre el bien y el mal: lo que en ella había vivido oscuramente, como un gusano parasitario, contemplaría las estrellas, escucharía música, leería versos. Una cosa se convertiría en una persona: una minúscula masa de materia llegaría a ser un cuerpo humano, una mente humana. El portentoso proceso de la creación se desarrollaba en su interior; pero Marjorie solo tenía conciencia de la enfermedad y de la lasitud: para ella el misterio solo significaba fatiga y fealdad y una crónica ansiedad por el futuro, dolor de espíritu junto a las molestias del cuerpo. Al reconocer los primeros síntomas de su embarazo había sentido o intentado sentir alegría, a pesar de los temores que la acosaban respecto a las consecuencias físicas y sociales. El hijo, creía Marjorie, le devolvería a Walter (que había comenzado ya a abandonarla). Despertaría en él nuevos sentimientos que compensaran aquel elemento que parecía faltar en su amor hacia ella. Marjorie temía el dolor, temía las dificultades y los inconvenientes inevitables. Pero todo lo sufriría con gusto a condición de que las penas, las dificultades dieran motivo a una renovación y fortalecieran los lazos que la ligaban a él. A pesar de todo, Marjorie estaba contenta. Y al principio sus previsiones parecían justificadas. La nueva de que iba a tener un hijo había avivado la ternura del hombre. Durante dos o tres semanas se sintió dichosa, acogió de buen grado las penas y las molestias. Luego todo fue cambiando gradualmente. Walter se había encontrado con la otra. En los intervalos en que no corría detrás de Lucy, todavía se esforzaba en conservar una apariencia de solicitud. Pero ella sentía que esta solicitud estaba cargada de resentimiento, que Walter no se mostraba tierno y atento sino por un sentido del deber, que detestaba al hijo que le obligaba a prestar tanta consideración a la madre. Y puesto que él lo detestaba, ella comenzaba a detestarlo también. No recubiertos ya de la capa cíe felicidad, sus terrores surgieron a la superficie y embargaron su espíritu. El dolor y la molestia: he aquí cuanto le tenía reservado el porvenir. Y entretanto, la fealdad, la enfermedad, la fatiga. ¿Cómo

podría luchar ella en este estado?

—¿Ya no me quieres, Walter? —preguntó de repente. Walter apartó momentáneamente sus ojos castaños de la imagen de su corbata y los volvió hacia el reflejo de los tristes ojos grises que lo contemplaban con un mirar intenso. Sonrió… «¡Si siquiera me dejara en paz!», pensó.

Frunció los labios y los volvió a abrir en un simulacro de beso. Pero Marjorie no devolvió su sonrisa. Su rostro permaneció inmóvil y triste, fijo en una intensa congoja. Sus ojos cobraron un brillo tembloroso y de súbito aparecieron lágrimas en sus pestañas.

—¿No podrías quedarte conmigo esta noche? —suplicó ella, a pesar de todas sus heroicas resoluciones de no aplicar ninguna exasperante compulsión a su amor, de dejar que él obrara de acuerdo con su voluntad.

Viendo aquellas lágrimas y escuchando el sonido de aquella voz temblorosa y cargada de reproche, Walter se sintió sobrecogido por una emoción que era a la vez pesar y resentimiento, cólera, piedad y vergüenza.

«Pero ¿no comprendes —era lo que él hubiera querido decir, lo que diría, si le acompañara el valor—, no comprendes que ya no es, que ya no puede ser como era antes? Y, a decir verdad, acaso no haya sido jamás como tú has creído, quiero decir nuestro amor, ni como yo he tratado de representármelo. Seamos amigos, seamos compañeros. Yo te quiero, yo te tengo un gran afecto. Pero, por el amor de Dios, no me envuelvas de este modo en el amor; no me impongas tu amor con esa fuerza. ¡Si supieras cuán horrible es el amor para quien no lo siente! ¡Qué profanación, qué ultraje…!».

Pero ella lloraba. Las lágrimas le manaban, gota a gota, a través de sus párpados cerrados. Su rostro, tembloroso, cobró una mueca de dolor. Y él era el verdugo. Walter sintió odio hacia sí mismo.

«Pero ¿por qué he de dejarme prender en el engaño de sus lágrimas?» —se preguntó, y a esta pregunta sintió odio también hacia ella.

Una lágrima resbaló por la larga nariz de Marjorie. «Ella no tiene derecho a proceder de este modo, a ser tan poco razonable. ¿.Por qué no se avendrá a la razón? Porque me arpa. ¡Pero yo no quiero su amor, no lo quiero!».

Walter se sintió montar en cólera. No tenía por qué amarle de aquel modo, al menos entonces.

«Es un chantaje —se repetía interiormente—. Un chantaje. ¿Por qué ha de emplear contra mí las armas de su amor y el hecho de que también yo la he amado?… Pero ¿la habré amado realmente alguna vez?».

Marjorie sacó un pañuelo y comenzó a secarse los ojos. Walter se avergonzó de sus odiosos pensamientos Sin embargo, ella era la causante de su afrenta; ella tenía la culpa

Debía haber permanecido con su marido. Habrían podido entenderse: se habrían visto, algunas tardes, en un estudio… Todo muy romántico.

«Pero, después de todo, yo fui quien insistió en que se viniera conmigo… Mas ella debió tener la prudencia de rehusar. Debió comprender que eso no podía durar eternamente».

Pero Marjorie había hecho lo que él le había pedido que hiciese; lo había abandonado todo, había aceptado el ostracismo social: todo por él. Otra especie de chantaje. Se lo imponía por medio del sacrificio. Walter se resentía de la presión que tales sacrificios ejercían sobre él apelando a su sentido de la decencia y del honor.

«Pero si ella tuviera la menor noción de estos sentimientos —pensó— no explotaría los míos».

Mas el niño estaba de por medio.

«¿Por qué diablos había permitido ella que viniese al mundo?».

Walter lo detestaba. El hijo aumentaba su responsabilidad hacia la madre; agravaba su culpabilidad si la hacía sufrir. La vio enjugarse el rostro surcado de lágrimas. ¡El embarazo la hacía tan fea, tan vieja! ¿Cómo podía esperar una mujer…? ¡Mas no, no, no! Walter cerró los ojos, sacudió la cabeza con un estremecimiento apenas perceptible… El innoble pensamiento debía ser excluido, repudiado.

«¿Cómo es posible que piense yo tales cosas?» —se preguntó; y la oyó repetir:

—No vayas.

¡Cómo le rayaba los nervios aquel timbre agudo, tardo y refinado!

—Por favor, Walter, no vayas.

En su voz había un sollozo. Todavía más chantaje. ¡Ah! ¿Cómo podía someterse él a esta humillación? Y, no obstante, a pesar de la vergüenza que le abrumaba, y en cierto sentido a causa de esta misma vergüenza, siguió experimentando aquella ignominiosa emoción con una intensidad que más bien parecía aumentar que disminuir. Por avergonzarse de su frialdad hacia ella, esa frialdad se acentuaba; los dolorosos sentimientos de ignominia y rencor hacia sí que Marjorie despertaba en él contribuían a hacérsela más odiosa. El resentimiento engendraba la vergüenza y, a su vez, la vergüenza engendraba nuevos resentimientos.

«¡Oh! ¿Por qué no podrá dejarme tranquilo?».

Lo deseaba intensa, furiosamente, con una exasperación tanto más salvaje cuanto más reprimida. (Porque Walter carecía del valor brutal de expresarla; tenía compasión de la mujer, sentía afecto hacia ella, a pesar de todo; era incapaz de mostrarse franca y abiertamente cruel; solo era cruel por debilidad y contra su deseo).

«¿Por qué no me dejará en paz?».

¡Cuánto la querría si solamente lo dejara en paz!

Ella también sería más dichosa. Sí, mucho más dichosa. Redundaría en su propio beneficio… Pero, de pronto, Walter se percató de su hipocresía.

«Mas, de todos modos, ¿por qué diablos no me dejará hacer lo que quiero?».

¿Qué quería él? ¡Ah, lo que Walter quería se llamaba Lucy Tantamount! Y la quería contra la razón, contra todos sus principios ideales, locamente, a pesar de sus propios deseos, hasta contra sus sentimientos; porque Walter no sentía gran afecto hacia Lucy; en realidad la detestaba. Un fin noble puede justificar medios vergonzosos. Pero cuando el fin es vergonzoso… ¿qué decir? A causa de Lucy hacía el sufrir a Marjorie. —Marjorie que lo amaba, que había hecho sacrificios por él, que era desdichada—. Pero la desdicha de Marjorie era un medio de chantaje contra él.

—Quédate conmigo esta noche —imploró ella una vez más.

Walter sintió que una parte de su espíritu se incorporaba al ruego y lo instaba a renunciar a la fiesta y a quedarse en casa. Pero la otra parte era más fuerte. Le contestó con mentiras, semimentiras, que, debido al elemento de verdad, hipócritamente justificativo, que contenían, eran todavía peores que las mentiras francas y sin ambages.

Walter la rodeó con el brazo. El gesto era una falsedad en sí mismo.

—Pero, mi cielo —protestó él en el tono lisonjero que se emplea para mover a un niño a que se porte razonablemente—, tengo que ir sin falta. Como sabes, mi padre estará allí. —Eso era cierto. El viejo Bidlake asistía siempre a las tertulias de los Tantamount—. Y tengo que hablar con él… De negocios —añadió con cierta importancia y vaguedad, soltando con esta palabra mágica una especie de cortina de humo de intereses masculinos entre él y Marjorie.

«Pero la mentira —reflexionó Walter— sería bien visible a través del humo».

—¿No podrías verlo en cualquier otro momento?

—Es importante —contestó él meneando la cabeza—. Y además —agregó, olvidando que siempre son menos convincentes varias excusas que una sola—, *Lady* Edward ha invitado, expresamente por mí, al director de un diario americano. Podría serme útil: sabes lo bien que pagan esas gentes. —*Lady* Edward le había dicho que lo invitaría, caso de que no hubiese embarcado ya para América, lo cual se temía mucho—. Pagan cantidades fabulosas —continuó él, reforzando su cortina con digresiones—. Es el único país del mundo donde un escritor puede ganar demasiado. —Walter trató de reír—. Y no me vendrá mal un poco de esa sobrepaga para compensar este régimen de dos guineas por millar de palabras.

La apretó con más fuerza, se inclinó para besarla. Pero Marjorie apartó el rostro.

—Marjorie —imploró él—, no llores. Por favor.

Walter se sentía culpable e infeliz. Mas ¿por qué, por qué no lo dejaría en paz?

—No lloro —respondió ella.

Pero, al besarla, sus labios hallaron fría y húmeda la mejilla.

—Marjorie, si tú no quieres que vaya, no iré.

—Pero si yo quiero que vayas… —contestó ella, con el rostro desviado todavía.

—No es verdad. Me quedaré.

—No, no debes quedarte. —Marjorie lo miró, haciendo un esfuerzo por sonreír—. No hagas caso de mis simplezas. Sería estúpido que dejaras de ver a tu padre y a ese americano.

Sus excusas, devueltas de este modo hacia él, le parecieron particularmente vanas y de escasa fuerza. Walter hizo una ligera mueca de disgusto.

—Que esperen —contestó, con una nota de cólera en su voz.

Cólera contra sí mismo por haber presentado tan mentirosas excusas. ¿Por qué no le había dicho, sin rodeos, la verdad cruda y brutal? Después de todo, ya ella la conocía; y Walter se sintió indignado contra ella por habérselas recordado. Hubiera preferido verlas caer inmediatamente en el pozo del olvido y sentirse como si jamás hubieran sido pronunciadas.

—No, no; insisto en que vayas. He sido una tonta. Perdóname.

Al principio Walter se resistió, rehusó ir, se empeñó en quedarse. Como ya no había peligro de que tuviera que quedarse, podía permitirse insistir. Porque evidentemente, Marjorie era sincera en su determinación de dejarlo partir. Así que se le presentaba una ocasión de mostrarse noble y abnegado a poca o ninguna costa. ¡Qué odiosa comedia! Sin embargo, él la representaba. Al fin consintió en partir, como si le hiciera un favor especial en no quedarse. Marjorie le anudó la bufanda, le trajo los guantes y la chistera y le dio un ligero beso de despedida, representando valerosamente la comedia de la alegría. Ella tenía su orgullo y su código de honor en lances amorosos; y a pesar de su aflicción, a pesar de sus celos, permaneció fiel a sus principios: Walter debía ser libre; ella no tenía derecho a poner obstáculos a sus asuntos.

Además, la mejor táctica consistía en no ponerlos. Al menos, así lo esperaba ella.

Walter cerró la puerta tras de sí y salió al fresco de la noche. Un criminal, huyendo del lugar de su crimen, huyendo al espectáculo de su víctima, huyendo al remordimiento y a la compasión, no se hubiera sentido más profundamente aliviado. Al llegar a la calle respiró a pleno pulmón. Era libre. Libre de todo recuerdo y de toda previsión. Libre, por una o dos horas, de negarse a admitir la existencia del pasado o del porvenir. Libre de vivir sólo el presente, en tiempo y lugar, en el sitio en que su cuerpo acertara a encontrarse en cada instante. Libre… pero se jactaba en vano; continuó recordando. No era cosa tan

fácil escapar. La voz de Marjorie lo perseguía. «Insisto en que vayas». En su crimen había habido fraude, además de homicidio. «Insisto». ¡Cuán noblemente había protestado él! Y, al fin, ¡con qué magnanimidad había cedido! Era añadir la trampa a la crueldad.

—«¡Oh! —exclamó casi en voz alta—. ¿Cómo he podido proceder así?».

Su propia conducta le producía a la vez asombro y repugnancia.

«Pero ¡si siquiera me dejara en paz! —continuó—. ¿Por qué no se avendrá a la razón?».

Y una cólera débil y fútil estalló de nuevo en su interior. Walter evocó la época en que sus deseos habían sido bien diferentes. En un tiempo había cifrado toda su ambición en que Marjorie no lo dejase en paz. Él había alentado su devoción. Recordaba la casita en que habían vivido solos, el uno para el otro, durante tantos meses, en medio de las desnudas lomas. ¡Qué magnífica perspectiva sobre Berkshire! Pero distaba milla y media del pueblo más cercano. ¡Cómo pesaba aquel saco de provisiones! ¡Y el fango en tiempo de lluvias! ¡Y el cubo que había que sacar del pozo con la manivela! El pozo tenía más de treinta metros de profundidad. Pero, aun cuando no ejecutaba ninguna labor penosa, como la de sacar agua del pozo, ¿se había sentido real y plenamente dichoso con Marjorie, tan dichoso al menos como se había figurado que sería, como debía haberlo sido en tales circunstancias? Debía haber sido como en *Epipsychidion*: pero no lo era, acaso porque Walter había querido demasiado conscientemente que fuese así, porque había tratado de modelar deliberadamente sus sentimientos y la vida de ambos conforme a la poesía de Shelley.

«No hay que tomar el arte demasiado literalmente». Walter recordó lo que había dicho su cuñado Philip Quarles una tarde en que se hallaban hablando de poesía:

—Especialmente en lo que concierne al amor.

—¿Ni aun cuando sea verdad? —había preguntado Walter.

—Puede ocurrir que sea demasiado verdad, sin la menor impureza, como el agua destilada. Cuando la verdad no es sino verdad, es algo antinatural, es una abstracción que no se parece a nada del mundo real. En la naturaleza existe siempre multitud de cosas extrañas mezcladas con la verdad esencial. Por eso el arte nos conmueve; precisamente por estar limpio de las impurezas de la vida real. Las orgías reales no son jamás tan excitantes como los libros pornográficos. En un volumen de Pierre Louys, todas las mujeres son jóvenes y de líneas perfectas; no existe hipo ni mal aliento, fatiga ni fastidio, recuerdos de facturas por pagar ni cartas comerciales por contestar que vengan a interrumpir el deliquio. El arte nos da la sensación, la idea y el sentimiento absolutamente puros: químicamente puros, quiero decir —había agregado riendo—, no moralmente.

—Pero *Epipsychidion* no es pornografía —había objetado Walter.

—No, pero, desde el punto de vista del químico, es igualmente puro. ¿Cómo dice

aquel soneto de Shakespeare?

My mistress' eyes are nothing like the sun;
Coral is far more red than her lips' red;
If snow is white, why then her breasts are dun:
If hairs be wires, block vires grow on her head.
I have seen roses damask'd, red and white,
But no such roses see I in her cheeks:
And in some perfumes is there more delight
Than in the breath that from my mistress reeks[1]

… y así sucesivamente. El autor había tomado a los poetas demasiado literalmente y comenzaba a reaccionar. ¡Que le sirva a usted de advertencia!

Desde luego, Philip había tenido razón. Los meses transcurridos en aquella casita no se habían parecido en modo alguno a *Epipsychidion* o a *La Maison du Berger*. Cierto que existía el pozo y el recorrido hasta el poblado… Pero si no hubiera existido el pozo ni el recorrido, si hubiera tenido a Marjorie absolutamente pura, ¿habría sido mejor? Acaso hubiera sido aun peor. Marjorie químicamente pura hubiera sido acaso peor que Marjorie atemperada por impurezas extrañas.

Por ejemplo, aquella distinción de que hacía gala, aquella virtud un tanto fría, exangüe y espiritual: Walter la admiraba teóricamente y a distancia. Pero ¿de cerca y en la práctica? Aquella virtud, aquella espiritualidad refinada, culta y exangüe, unida a la desdicha de Marjorie, era lo que le había enamorado; porque Carling era un ser execrable. La piedad había hecho de Walter un caballero andante. El amor, había creído entonces (porque en la fecha tenía solo veintidós años; era un joven ardientemente puro, con la adolescente pureza de los deseos sexuales vueltos al revés; acababa de salir de Oxford y se hallaba atiborrado de poesía y de las lucubraciones de los filósofos y de los místicos), el amor era conversación; el amor era comunión espiritual y camaradería. Ese era el amor verdadero. La parte sexual era sólo un capítulo aparte, inevitable, porque, desdichadamente, los seres humanos tienen también sus cuerpos, pero que debía relegarse, en lo posible, a último plano. Ardientemente puro, con el ardor de los deseos jóvenes, artificialmente dirigidos a brillar angélicamente, había admirado aquella refinada y apacible pureza que, en Marjorie, era el producto de una frialdad natural, de una vitalidad congénitamente baja.

«¡Qué buena eres! —le había dicho—. Parece salirte tan espontáneamente… Me hubiera gustado ser tan bueno como tú».

Lo cual, aunque Walter no se daba cuenta, equivalía a desear verse medio muerto. Bajo su sensitiva corteza de timidez y apocamiento, se sentía arder de vitalidad; y, en efecto, le era bastante difícil mostrarse bueno en el sentido en que Marjorie lo era. No obstante, lo ensayó. Y, entretanto, admiró su bondad y su pureza. Y conmovido —al menos hasta que la exasperación y el fastidio se apoderaron de él— por su devoción, se sintió halagado por la admiración de que era objeto.

Mientras marchaba ahora hacia la estación de Chalk Farm, recordó de pronto una historia que su padre solía referir, de un chofer italiano con el cual había conversado una vez acerca del amor. (El viejo tenía el don de hacer hablar a las gentes, a toda clase de gentes, hasta los criados, hasta los obreros. Walter envidiaba su talento). Algunas mujeres, según el chofer, se parecen a los armarios. *Sono come cassetoní*. ¡Con qué sabor contaba la anécdota el viejo Bidlake! Podrán ser tan hermosas como se quiera; mas ¿quién puede alabarse de tener un bello armario en sus brazos? O, vamos a ver, ¿qué objeto tiene? (y Marjorie, reflexionó Walter, ni siquiera era bien parecida). «Por mi parte —decía el chofer—, yo prefiero a las otras, aun cuando sean feas. Mi amiga —había dicho confidencialmente a Bidlake— es de la otra especie. *E un frullino, proprio un frullino*, un verdadero batidor de huevos». Y el viejo guiñaba el ojo detrás de su monóculo, como un viejo sátiro jovial y perverso. ¿La rigidez de un armario o la vivacidad de un batidor? Walter tenía que admitir que sus preferencias corrían parejas a las del chofer. Al menos, sabía ya, por experiencia, que (siempre que el «verdadero» amor aparecía atemperado por las impurezas sexuales) no era la mujer del tipo armario la que le enamoraba. De lejos, teóricamente, la pureza, la bondad y la espiritualidad refinada eran admirables. Pero en la práctica y de cerca resultaban menos atrayentes. Y cuando parten de una persona que no nos atrae, hasta la devoción, hasta el halago de la admiración son insoportables. Confusa y simultáneamente. Walter detestaba a Marjorie por su paciente frialdad de mártir y se acusaba a sí mismo de bestial sensualidad. Su amor hacia Lucy era algo descabellado y vergonzoso; pero Marjorie carecía de sangre, estaba medio muerta. Walter se sentía, a la vez, excusado y sin excusa. Pero más sin excusa, no obstante; más sin excusa. Eran viles estos sentimientos sensuales, eran innobles… ¿Batidor o cómoda? ¿Puede concebirse nada más bajo, más innoble que esta clasificación? Imaginativamente, Walter creyó escuchar la risa plena y sensual de su padre. ¡Qué horror! Toda su vida consciente había sido orientada en oposición de su padre, en oposición a la sensualidad jovial y negligente del viejo Bidlake. Conscientemente había estado siempre del lado de su madre, del lado de la pureza, de la refinación, del espíritu. Pero por lo menos la mitad de su sangre procedía de su padre. Y ahora, dos años de vida con Marjorie habían infundido a su conciencia un horror a la virtud fría. Walter tenía conciencia de este horror, si bien al mismo tiempo se

sentía avergonzado de él, avergonzado de lo que consideraba indecentes deseos sensuales, avergonzado de su amor hacia Lucy. Pero ¡si Marjorie lo dejara siquiera en paz! ¡Si al menos se abstuviera de reclamar la vuelta de aquel importuno amor que se empeñaba en servirle a la fuerza! ¡Si siquiera dejara de serle tan terriblemente devota! Walter podría brindarle amistad, pues que le profesaba un genuino afecto; era tan buena y tan cariñosa, tan fiel y tan devota… Walter acogería con gusto el pago de su amistad. Pero amor… esto era sofocante. Y cuando, creyendo luchar contra la otra con sus propias armas, Marjorie hacía violencia a su virtuosa frialdad y trataba de reconquistarlo con el ardor de sus caricias… ¡oh, entonces era terrible, verdaderamente terrible!

Y luego —continuó reflexionando— se hacía realmente un tanto fastidiosa con su pesada e insensible seriedad. En el fondo, un tanto estúpida, a pesar de su cultura… o acaso por ella. Su cultura era, sin duda, genuina: había leído libros y recordaba lo que había leído. Pero ¿los comprendía? ¿Podía comprenderlos? Las observaciones con que rompía ella sus largos, largos silencios, aquellas serias y cultas reflexiones, ¡qué pesadas, qué faltas de humor y de verdadera comprensión! Era discreta en mostrarse tan silenciosa: el silencio está tan pleno de ingenio y sabiduría en potencia como el mármol por tallar de riqueza escultórica. Los silenciosos no prestan testimonio contra sí mismos. Marjorie sabía escuchar bien y con simpatía, y cuando rompía el silencio, la mitad de sus expresiones se componía de citas. Pues Marjorie tenía una gran retentiva y había formado el hábito de aprender de memoria los grandes pensamientos y los pasajes notables. Walter había tardado en descubrir la pesada estupidez y la trágica falta de comprensión que ocultaba bajo el silencio y las citas. Y cuando hubo hecho este descubrimiento era ya demasiado tarde.

Walter pensó en Carling, aquel borracho forrado de religioso. No hacía más que hablar de santos, de casullas y de la Inmaculada Concepción, y, al mismo tiempo, era un borracho e indecente renegado. Si aquel hombre no hubiera sido tan completa y detestablemente repugnante, si no hubiera hecho a Marjorie tan dolorosamente desdichada… ¿qué? Walter se imaginó libre: no hubiera experimentado piedad, no hubiera experimentado amor. Recordó los ojos rojos e inflamados de Marjorie después de uno de aquellos detestables episodios con Carling. ¡Bruto indecente!

«¿Y yo?» —pensó de repente.

Walter sabía que Marjorie se había echado a llorar desde el instante en que la puerta se había cerrado tras él.

Carling tenía al menos, la excusa del *whisky*. Perdónalos, porque no saben lo que hacen. Pero Walter no estaba nunca bebido, y sabía que en aquel momento Marjorie se hallaba llorando.

«Debería volver a su lado» —se dijo.

Pero, lejos de hacerlo, apretó el paso hasta emprender casi una carrera calle abajo. Walter huía así de su conciencia y al mismo tiempo corría hacia el objeto de su deseo.

«Sí, mi deber es volver a su lado».

Y continuó su marcha, horrorizado de ella precisamente por haberla hecho tan desdichada.

Un hombre que contemplaba la vitrina de una cigarrería retrocedió de pronto cuando él pasaba. Walter chocó violentamente con él.

—Perdón —dijo automáticamente.

Y apretó el paso sin volverla mirada.

—¡Eh!, ¿adónde va usted? —gritó el hombre tras él, rojo de cólera—. ¿Qué cree que está haciendo, ganando el Derby?

Dos pilluelos de la calle rompieron en feroces chillidos de burla.

—Así que de chistera, ¿eh? —continuó el hombre despectivamente, lleno de odio hacia el caballero uniformado.

Lo correcto hubiera sido volverse y responderle con creces. Su padre lo hubiera reventado con una sola palabra. Pero a Walter no le quedaba sino escapar. Tenía horror a estos encuentros, se asustaba de las clases inferiores. El eco de la ofensa se desvaneció en sus oídos.

¡Odioso! Walter se estremeció. Sus pensamientos volaron de nuevo a Marjorie.

«¿Por qué no será razonable? —se dijo—. Nada más que razonable. Si al menos tuviera algo que hacer, algo en qué ocuparse…».

Marjorie tenía demasiado tiempo de pensar: en esto estaba su mal. Demasiado tiempo de pensar en él. Aunque, en el fondo, Walter tenía la culpa: él la había sacado de su ocupación y la había obligado a concentrar su atención exclusivamente en él. La había conocido estando ella asociada aún a una tienda de arte decorativo, uno de esos elegantes establecimientos artísticos de aficionados que se encuentran en Kensington. Las pantallas de lámpara, la compañía de las jóvenes que las pintaban y, sobre todo, la ilimitada devoción hacia Mrs. Cole, la socia principal: tales eran las compensaciones de Marjorie a su desdichado matrimonio. Ella se había creado un mundillo propio, aparte de Carling; un mundo femenino, con algo de escuela de señoritas, donde podía hablar de vestidos y bazares, escuchar las habladurías, abandonarse a lo que las colegialas llaman «pasión» por una mujer mayor, e imaginarse, en los intervalos, que desempeñaba su parte en la obra universal y que favorecía la causa del arte.

Walter la había persuadido a que renunciara a todo aquello. Su trabajo le había costado, sin embargo. Porque la dicha de consagrarse a Mrs. Cole, su «pasión» sentimental

hacia ella, constituía casi una compensación a sus desdichas con Carling. Pero Carling dio en portarse de tal modo, que Mrs. Cole no bastó a compensarlo. Walter brindó a Marjorie aquello que Mrs. Cole no podía acaso —y que, ciertamente no quería— ofrecerle: un lugar de refugio, protección y ayuda económica. Además. Walter era un hombre, y un hombre, según la tradición, ha de ser amado, aun cuando —según la conclusión a que Walter había llegado con motivo de Marjorie— lo cierto es que no se quiere verdaderamente a los hombres y que solo se está naturalmente en armonía con la sociedad de las mujeres. (¡Otra vez el efecto de la literatura! Walter recordó los comentarios de Philip Quarles acerca de la desastrosa influencia que el arte puede ejercer sobre la vida). Sí, él era un hombre; pero «diferente de los demás», según le había dicho ella tantas veces. Él había aceptado entonces esta «diferencia» como una halagadora distinción. Pero ¿existía? Se lo preguntaba. Como quiera que fuese, ella lo había hallado entonces «diferente», de suerte que había podido disfrutar plenamente de dos mundos: un hombre que, sin embargo, no era un hombre. Encantada por las persuasivas palabras de Walter, empujada por las brutalidades de Carling, había consentido en abandonar la tienda y con ella a *mistress* Cole, a quien Walter detestaba como la encarnación avara, autoritaria y tiránica de la voluntad femenina.

«Vales demasiado para el oficio de tapicero de ocasión», le había dicho halagadoramente desde la profundidad de lo que entonces era una sincera confianza en sus capacidades intelectuales.

Marjorie podría ayudarle, de un modo todavía indeterminado, en sus trabajos literarios; también ella podría escribir. Bajo su influencia había dado en escribir cuentos y ensayos. Pero eran malos a todas luces. Después de haberla alentado, se hizo reticente: no volvió a hablar de sus esfuerzos. Al poco tiempo abandonó Marjorie esta ocupación fútil y antinatural. Después de aquello no le quedaba sino Walter. Este se convirtió en la razón de su existencia, la base sobre la cual se hallaba establecida toda su vida. Y ahora la base cedía bajo sus pies.

«¡Si siquiera —pensó Walter— me dejara tranquilo!». Entró en la estación del metropolitano. A la entrada había un hombre vendiendo los diarios de la tarde. *El proyecto de robo de los socialistas. Primera lectura*. Estas palabras resaltaban en un cartel. Satisfecho de hallar excusa para distraer su espíritu, Walter compró un periódico. El proyecto de ley del Gobierno laborista-liberal para la nacionalización de las minas había sido aprobado en su primera lectura por la mayoría habitual. Walter leyó la noticia con placer. Tenía ideas políticas avanzadas. No eran así las ideas del propietario de su periódico vespertino. El artículo de fondo estaba escrito en el tono más violento.

«¡Infames!» —pensó Walter al leerlo.

El artículo despertó en él un estimulante entusiasmo por todo lo que atacaba, un odio regocijado hacia los capitalistas y reaccionarios. Las barreras de su individualidad quedaron momentáneamente derribadas; las complejidades personales, abolidas. Embargado por el goce de la lucha política, rebasó sus límites y se hizo, por así decir, superior a sí mismo: más grande y más simple.

«¡Infames!» —repitió, pensando en los opresores y monopolistas.

En la estación de Camden Town, un viejecito mustio, con un pañuelo rojo atado al cuello, se sentó a su lado. La peste que despedía la pipa del viejo era tan sofocante que Walter tendió la vista a lo largo del coche en busca de otro asiento desocupado. Y en efecto, había uno; pero, al reflexionar, decidió no moverse. Hubiera parecido una ofensa demasiado directa huir del hedor, y pudiera dar lugar a comentarios de parte del que lo producía. La acrimonia del humo le raspó la garganta, tosió.

«Deberíamos ser fieles a los propios gustos e instintos —solía decir Philip Quarles—. ¿De qué sirve una filosofía cuya premisa mayor no sea la racionalización de los propios sentimientos? Cuando no se ha experimentado el fervor religioso, el creer en Dios no tiene sentido. Sería como creer en la excelencia de las ostras cuando no se puede comerlas sin que le produzcan a uno náuseas».

Una tufarada de sudor pestilente subió a las narices de Walter junto con los vapores de la nicotina. «Los socialistas —leyó en su periódico— lo llaman nacionalización; pero los demás tenemos un nombre más corto y mejor conocido para lo que ellos proponen. Nosotros lo llamamos robo». Pero cuanto menos sería robar al ladrón en beneficio de sus víctimas. El hombrecillo se inclinó hacia adelante y escupió, cuidadosa y perpendicularmente, entre sus pies. Luego aplastó el salivazo con el tacón. Walter apartó la vista; hubiera querido poder amar personalmente a los oprimidos, y personalmente odiar a los ricos opresores.

Deberíamos ser fieles a los propios gustos e instintos. Pero los propios gustos e instintos son meros accidentes. Existen principios eternos. Pero si ocurre que los principios axiomáticos no vienen a ser nuestra mayor premisa personal…

Y de pronto se vio, a la edad de nueve años, paseando con su madre por los campos cerca de Gattenden. Llevaban sendos ramilletes de velloritas. Debían haber ido a Batt's Corner: era el único lugar de la vecindad donde había velloritas.

«Entremos un instante a ver al pobre Wetherington —había dicho su madre—. Está muy enfermo».

La madre llamó a la puerta de la cabaña. Wetherington había sido segundo jardinero en la casa solariega; pero hacía un mes que no trabajaba. Walter lo recordaba como un hombre pálido, delgado, con accesos de tos y poco comunicativo. Wetherington no le

interesaba mucho. Una mujer salió a abrir la puerta.

«Buenas tardes, Mrs. Wetherington». La mujer los hizo pasar.

Wetherington estaba tendido en su cama, rodeado de almohadas. Tenía un aspecto horrible. Dos ojos enormes con la pupila dilatada miraban desde el fondo de sus órbitas cavernosas. La piel, estirada sobre los huesos prominentes, era blanca y viscosa de sudor. Pero su cuello, increíblemente delgado, era acaso todavía más horrible que la cara. Y de las mangas de su camisa de noche salían dos varas nudosas, sus brazos, a cuyos extremos se veía un par de inmensas manos esqueléticas, como rastrillos al extremo de sus frágiles mangos. ¡Y qué tufo el de aquella habitación de enfermo! Las ventanas estaban herméticamente cerradas; en el pequeño hogar había fuego. El aire era caliente y estaba cargado de un aliento podrido y las emanaciones de un cuerpo enfermo; un viejo y persistente olor que parecía haberse hecho hediondo y dulzarrón a fuerza de madurar largo tiempo en el calor encerrado. Un nuevo y fresco hedor, por fuerte y repugnante que fuese, hubiera sido menos penoso. Era la persistencia, el exceso de madurez dulzaina y averiada del olor de aquella habitación de enfermo lo que la hacía tan particularmente insoportable. Walter se estremecía aún al recordarlo. Encendió un cigarrillo para desinfectar la memoria. Había sido criado en el hábito de los baños y las ventanas abiertas. La primera vez que, siendo niño, lo llevaron a la iglesia, el aire encerrado, el olor a humanidad le habían producido náuseas; habían tenido que sacarlo a la carrera. Su madre no lo había vuelto a llevar a la iglesia. Acaso —pensó— seamos criados de un modo demasiado higiénico, demasiado aséptico. ¿Puede la madre buena una educación cuya resultante se traduce en asco hacia nuestros hermanos? Walter hubiera querido amarlos. Pero el amor no florece en una atmósfera que asquea al amante y le produce una repugnancia irreprimible.

En la habitación donde Wetherington yacía enfermo, hasta la piedad era difícil que floreciera. Mientras su madre hablaba con el moribundo y su mujer, Walter permaneció sentado, contemplando a su pesar, pero forzado por la fascinación del horror, el espantoso esqueleto tendido en la cama, y respirando a través de su ramillete de velloritas el hediondo aire caliente. Hasta a través del fresco y delicioso aroma de las flores llegaban a su nariz las pestilentes miasmas de la alcoba del enfermo. Apenas experimentó compasión alguna, y sí solo horror, temor y repugnancia. Y hasta cuando Mrs. Wetherington comenzó a llorar, volviendo el rostro a fin de que el enfermo no viera sus lágrimas, sintió menos piedad que turbación y malestar. El cuadro de su dolor solo le infundió un más ardiente deseo de huir de salir de aquel terrible recinto hacia el aire puro e ilimitado y el sol.

Walter se avergonzaba de estas emociones al recordarlas. Pero eso era lo que había

sentido, lo que sentía todavía. «Deberíamos ser fieles a nuestros instintos». No, de ningún modo: a los malos, no: a estos debemos resistirnos. Pero no eran fáciles de vencer. El anciano que estaba a su lado volvió a encender la pipa. Walter recordó que había contenido la respiración el mayor tiempo posible a fin de no tener que inhalar y sentir aquel aire pestilente con demasiada frecuencia. Una profunda bocanada de aire a través de las velloritas: luego había contado hasta cuarenta antes de espirarla y absorber otra. El viejo se inclinó de nuevo y escupió. «La idea de que la nacionalización habrá de mejorar las condiciones del obrero es completamente falaz. Durante varios años el contribuyente ha aprendido a propia costa la significación del control burocrático. Si los obreros se figuran…».

Walter cerró los ojos y vio el cuarto del enfermo. Luego, al despedirse, había tomado la mano esquelética, que permanecía inerte sobre la ropa: Walter había deslizado sus dedos bajo aquellos otros muertos y descarnados, había levantado la mano por un momento y la había dejado caer de nuevo. La mano estaba fría y húmeda al tacto. Walter se volvió, para limpiar subrepticiamente su palma en la chaqueta. Dejó escapar, con un suspiro explosivo, la respiración largo tiempo contenida, y llenó de nuevo los pulmones con una bocanada de aire pestilente. Fue la última que tuvo que absorber: su madre se dirigía ya hacia la puerta. Su pequeño pequinés retozaba en torno a ella, ladrando.

—¡Calla, *T'ang*! —dijo ella con su deliciosa y clara voz—. Era acaso la única persona en Inglaterra —pensó Walter al recordarlo— que pronunciaba correctamente el apóstrofo de *T'ang*.

Marcharon hacia la casa por un sendero de peatones a través de los campos. Inverosímil y fantástico como un pequeño dragón chino, *T'ang* corría ante ellos dando ligeros saltos sobre los que para él eran enormes obstáculos. Su cola, en forma de penacho, flotaba al viento. A veces, cuando la hierba era muy alta, se sentaba sobre su pequeño trasero plano, como pidiendo azúcar, y miraba con sus redondos y abultados ojos por sobre los montecillos de hierbas, tratando de orientarse.

Bajo un cielo brillante y aborregado. Walter se había sentido como un prisionero que recobra la libertad. Corrió, gritó. Su madre caminaba lentamente, sin hablar. De cuando en cuando se detenía por un momento y cerraba los ojos. Era una cosa habitual en ella cuando se hallaba perpleja o pensativa. Se hallaba perpleja con frecuencia, pensó Walter sonriendo tiernamente para sí. El pobre Wetherington debía haberla preocupado mucho. Walter recordaba con cuánta frecuencia se había detenido ella de vuelta a casa.

«Vamos, madre, date prisa —había gritado Walter con impaciencia—. Llegaremos tarde para el té».

La cocinera había preparado tortas para el té, quedaba todavía queque de pasas del día

anterior y un tarro de compota de cerezas de la casa Tiptree, recientemente abierto.

«Deberíamos ser fieles a nuestros gustos e instintos». Pero un accidente de nacimiento tos había determinado para él. La justicia era eterna; la caridad y el amor fraternal eran bellos a pesar de la pipa del viejo y el cuarto de enfermo de Wetherington. Bellos precisamente a causa de estas cosas. El tren acortó la marcha. Leicester Square. Walter bajó al andén y marchó hacia los ascensores. Pero la premisa mayor personal, iba pensando, es difícil de negar; y en la premisa mayor no personal, por excelente que sea, es difícil de creer. El honor, la fidelidad… estas eran cosas buenas. Pero la premisa mayor personal de su filosofía presente consistía en que Lucy Tantamount era la más bella, la más deseable…

—Los billetes, hagan el favor.

El debate amenazó con surgir de nuevo. Walter lo sofocó deliberadamente; el hombre del ascensor cerró las puertas de golpe; ascendió la cabina. En la calle Walter llamó a un taxi.

—Tantamount House, Pall Mall.

II

Tres fantasmas italianos aparecen discretamente en la extremidad oriental de Pall Mall. La riqueza de Inglaterra, recientemente industrializada, y el entusiasmo, el genio arquitectónico de Charles Barry los había hecho surgir del pasado y de su sol natal. Bajo la mugre incrustada en la fachada del Reform Club, el ojo de la fe reconoce algo que recuerda agradablemente el palacio de Farnesio. Pocos metros más allá, a lo largo de la calle, los recuerdos, conservados por *sir* Charles, de la casa que Rafael había concebido para los Pandolfini, se yerguen en la brumosa atmósfera de Londres: el Travellers' Club. Y entre estas dos construcciones, austeramente clásica, torva como un presidio y negra de hollín, se levanta una versión reducida (pero todavía enorme) de la *Cancelleria*. Es Tantamount House.

Barry trazó los planos en 1839. Un centenar de obreros trabajaron allí durante uno o dos años. Y el tercer marqués pagó las cuentas, que ascendían a cifras considerables. Pero los suburbios de Leeds y Sheffield habían comenzado a extenderse sobre las tierras que sus antepasados robaran a los monasterios trescientos años antes. «La Iglesia Católica, instruida por el Espíritu Santo, ha enseñado, según las sagradas escrituras y las antiguas tradiciones de los Padres, que existe un Purgatorio y que las almas retenidas allí pueden ser auxiliadas por los sufragios de los fieles, pero principalmente por el grato sacrificio del altar». Hombres ricos, de conciencia intranquila, habían dejado sus tierras a los monjes a fin de que sus almas pudieran ser socorridas en sus penas purgatoriales por la ejecución perpetua del grato sacrificio del altar. Pero Enrique VIII había deseado una joven y querido un hijo; y debido a que el Papa Clemente VII estaba en poder del primo de la hija de la primera mujer de Enrique, no quiso concederle el divorcio. En consecuencia, fueron suprimidos los monasterios. Todo un ejército de mendigos, inválidos e indigentes perecieron miserablemente de hambre. Pero los Tantamount adquirieron unas cuantas veintenas de millas de tierra labrantía, bosque y pastos. Pocos años después, bajo el reinado de Eduardo VI, robaron las propiedades de dos escuelas de humanidades que no eran bienes eclesiásticos; los niños quedaron sin instrucción a fin de que los Tantamount pudieran ser ricos. Explotaron sus tierras científicamente con miras a los mayores beneficios. Sus contemporáneos los consideraban como «hombres que viven como si no existiera Dios, hombres que desean tenerlo todo en sus manos, hombres que no dejan nada a los demás, hombres que jamás se muestran satisfechos». Desde el púlpito de la catedral de San Pablo los acusó Lever de «haber ofendido a Dios y convertido la comunidad en ruina común». Los Tantamount no se turbaron. La tierra era suya, el dinero entraba regularmente.

Las siembras y las cosechas se sucedieron normalmente. Nació ganado, se lo engordó y se le envió al matadero. Los labradores, los pastores, los vaqueros trabajaron desde antes de amanecer a la puesta del sol, año tras año, hasta la hora de su muerte. Sus hijos los sucedieron.

A un Tantamount siguió otro Tantamount. La reina Isabel los hizo barones: se convirtieron en vizcondes bajo el reinado de Carlos II, condes bajo los de Guillermo y María, marqueses bajo el de Jorge II. Se casaron con heredera tras heredera: diez millas cuadradas de Nottinghamshire, cincuenta mil libras, dos calles en Bloomsbury, media cervecería, un Banco, una plantación y seiscientos esclavos en Jamaica. Entretanto, hombres oscuros concebían máquinas que hacían las cosas más rápidamente de lo que era posible hacerlas a mano. Las aldeas se transformaron en villas; las villas, en grandes ciudades. En las que habían sido dehesas y tierras labrantías de los Tantamount se construyeron casas y fábricas. Bajo la hierba de sus praderas, hombres medio desnudos hendieron la negra y brillante fachada del carbón. Mujeres y niños arrastraron las vagonetas cargadas. Los excrementos de diez mil generaciones de gaviotas fueron traídos, en barcos, del Perú para enriquecer sus campos. El trigo creció más espeso; las nuevas bocas hallaron con qué alimentarse. Y, de año en año, los Tantamount fueron aumentando más y más sus riquezas, y las almas de los piadosos contemporáneos del Príncipe Negro continuaron, sin duda, contorciéndose en las inextinguibles llamas del Purgatorio, sin que fueran socorridas por los gratos sacrificios del altar. El dinero que, bien empleado, pudiera haber reducido el término de sus penas purgatoriales sirvió, entre otras cosas, para levantar en Pall Mall un modelo reducido de la Cancillería papal.

El interior de Tantamount House es tan notablemente romano como su fachada. Alrededor de un cuadrángulo central corren dos hileras de arcadas abiertas, con un ático iluminado por ventanillas cuadradas encima.

Pero en vez de estar abierto al cielo, el cuadrángulo tiene un techo de cristal que lo convierte en un inmenso salón con toda la altura del edificio. Con sus arcadas y su galería constituye una pieza muy noble, pero demasiado grande, demasiado pública, demasiado semejante a una piscina o a una pista de patinar para vivir en ella. Sin embargo, aquella noche justificaba su existencia. *Lady* Edward Tantamount daba una de sus veladas musicales. El piso estaba atestado de huéspedes sentados, y sobre ellos, en el espacio arquitectónico vacío, flotaba la música en intrincadas pulsaciones.

—¡Qué pantomima! —dijo el viejo John Bidlake a su huéspeda—. Mi querida Hilda, hazme el favor de mirar.

—¡Chist! —protestó *Lady* Edward, detrás de su abanico de plumas—. No interrumpa la música. Además ya estoy mirando.

Su susurro era colonial, y las *erres* de «interrumpa» rodaron en el fondo de su garganta, porque *Lady* Edward era de Montreal y su madre había sido francesa. En 1867 la *British Association* celebró un Congreso en Canadá. Lord Edward Tantamount leyó un informe a la sección de Biología. Los profesores le habían llamado «uno de los que llegarían». Pero para aquellos que no eran profesores, un Tantamount millonario podía darse ya por «llegado». Nilda Sutton participaba decididamente de esta opinión. Durante su estancia en Montreal, Lord Edward fue el huésped del padre de Hilda. Esta aprovechó la ocasión. La *British Association* regresó a Inglaterra: pero Lord Edward se quedó en Canadá.

—Me lo puede usted creer —había dicho Hilda una vez confidencialmente a una amiga—: jamás he tenido tanto interés por la ósmosis, ni antes ni después.

Su interés hacia la ósmosis despertó la atención de Lord Edward. Este se hizo cargo de una cosa que hasta entonces no había advertido: que Hilda era extraordinariamente bella. Además, Hilda se sabía bien su papel femenino. Su tarea no fue difícil. A los cuarenta años, Lord Edward era en todo, salvo en inteligencia, una especie de niño. En el laboratorio y en su despacho era tan viejo como la misma ciencia. Pero sus sentimientos, sus intuiciones, sus instintos eran los de un muchachito. Falto de ejercicio la mayor parte de su ser espiritual estaba por desarrollar. Era una especie de niño, pero con sus hábitos infantiles impregnados por cuarenta años de existencia. Hilda le ayudó a vencer su paralizante timidez de adolescente, y siempre que horrorizado, vacilaba en dar los pasos necesarios, ella venía en su auxilio, llegándose por él a medio camino y aun haciendo el recorrido completo. Los ardores de Lord Edward eran juveniles: a la vez tímidos y violentos, mudos y desesperados. Hilda hablaba por dos y se mostraba discretamente osada. Discretamente, porque las nociones de Lord Edward respecto a cómo debían portarse las jóvenes estaban tomadas principalmente de los *Pickwick Papers*. La franca osadía le hubiera alarmado, le hubiera hecho retroceder. Hilda sabía conservar toda la apariencia de las muchachas de Dickens: poro al mismo tiempo se daba maña para insinuarse en todo momento, crear todas las oportunidades y llevar la conversación por todos los cauces adecuadamente amorosos. Obtuvo su premio. En la primavera de 1898 se convirtió en *Lady* Edward Tantamount.

—Le aseguro a usted —le había dicho una vez a John Bidlake (indignada, pues que Bidlake había tratado de burlarse del pobre Edward)— que yo lo quiero sinceramente… ¡sinceramente!

—A su modo, sin duda —bromeó Bidlake—. A su modo. Pero convendrá usted en que, por fortuna, ese no es el modo de todo el mundo. No tiene más que mirarse a ese espejo.

Hilda miró y vio el reflejo de su cuerpo desnudo, tendido y medio oculto en los muelles cojines de un diván.

—¡Bestia! —dijo ella—. Pero esto no desvirtúa mi afecto hacia él.

—¡Oh!, a su modo especial de sentir afecto, seguramente que no. —Bidlake se echó a reír—. Pero yo repito que por fortuna, acaso no sea ese el modo…

Hilda le tapó la boca con la mano. Hacía de esto un cuarto de siglo. Hilda tenía treinta años y llevaba cinco de casada. Lucy era una niña de cuatro años. John Bidlake tenía cuarenta y siete y se hallaba en el apogeo de su talento y de su fama de pintor: era bello, grande, exuberante, indiferente, amante de la risa, gran trabajador, aficionado a la mesa, a la bebida y a las vírgenes.

«La pintura es una rama de la sensualidad —replicaba él a los que reprochaban su género de vida—. Nadie puede pintar un desnudo sin haberse aprendido el cuerpo humano de memoria con sus manos, sus labios y su propio cuerpo. Yo tomo mi arte en serio. Soy incansable en mis estudios preliminares». Y la piel se contraía en pliegues de risa en torno a su monóculo: sus ojos brillaban como los de un sátiro jovial.

John Bidlake transmitió a Hilda la revelación de su propio cuerpo de sus posibilidades físicas. Lord Edward no era sino una especie de niño, un chico fósil conservado en la corpulencia de un hombre maduro. Intelectualmente, en el laboratorio comprendía los fenómenos sexuales. Pero práctica y emocionalmente era un niño, un niño fósil de mediados de la era victoriana, conservando intactos, con todas las timideces infantiles naturales y todos los tabúes heredados de dos amadas y muy virtuosas tías solteras que habían ocupado el lugar de su difunta madre, todos los asombrosos principios y prejuicios que había absorbido junto con las humoradas de Mr. Pickwick y de Micawber. Amaba a su joven esposa: pero la amaba como pudiera amarla un niño fósil del año 60, tímida y respetuosamente, excusándose de sus ardores, excusándose de su cuerpo y del de Hilda. Por supuesto, no expresamente, pues el niño fósil era mudo a fuerza de timidez, sino por un silencioso ignorar, un silencioso pretender que los cuerpos no se hallaban realmente envueltos en los ardores, que, por lo demás, no existían realmente. Su amor era una larga y tácita excusa por su propia existencia: y puesto que no era más que una excusa, era completamente inexcusable. El amor debe justificarse por sus resultados en la intimidad del cuerpo y del espíritu, en el calor, en el contacto tierno, en el placer. Si tiene que ser justificado desde el exterior se revela de consiguiente injustificable. John Bidlake no presentaba excusas por la especie de amor que tenía para ofrecer. En la medida de sus medios este se justificaba plenamente a sí mismo. Saludable y sensual, Bidlake lanzaba su amor franca y naturalmente, con el brío animal de un producto de la naturaleza.

«No esperes que yo me ponga a hablar del cosmos, las estrellas o las azucenas de la

Virgen —decía—. No está en mi carácter. No creo en esas cosas. Yo no creo sino…».

Y sus palabras se tornaban lo que una convención misteriosa ha decretado imposible de imprimir.

Era un amor sin presunción pero cálido, natural y de consiguiente, bueno en la medida de sus límites: una sensualidad decente, bienhumorada, feliz. Para Hilda, que no había conocido jamás respecto a amor sino las reticentes excusas de un niño fósil, esta fue una revelación. Cosas que habían estado muertas en ella surgieron a la vida. Se descubrió, embelesada a sí misma. Pero no perdió jamás la cabeza. Si hubiera perdido la cabeza podía haber perdido también Tantamount House, los millones de los Tantamount y el título de los Tantamount, y ella no tenía intención de perder estas cosas. De modo que la conservó, fría y deliberadamente, y la mantuvo firme y en alto por encima de los arrebatos tumultuosos, como una roca sobre las olas. Se divertía, pero jamás con detrimento de su posición social. Tenía la suficiente serenidad para mirar de frente su propia diversión: su aplomo, su voluntad de conservar su posición social permanecían al margen y por encima de los arrebatos. John Bidlake aprobaba su modo de sacar partido de los dos mundos.

—Gracias a Dios, Hilda —había dicho con frecuencia—, que es usted una mujer sensata.

Las mujeres que creían que el amor compensaba la pérdida del mundo podían convertirse en terribles estorbos, según sabía demasiado por experiencia personal. Le gustaban las mujeres: el amor era un placer indispensable. Pero ninguna valía la pena de enredarse por ella en fastidiosas complicaciones: nada valía la pena de desarreglar la propia vida por su culpa. Con aquellas que, faltas de cordura, habían tomado el amor demasiado en serio. John Bidlake se había mostrado despiadadamente cruel. Era la lucha del «todo por el amor» contra el «cualquier cosa por una existencia tranquila». John Bidlake salía siempre victorioso. En su lucha por una existencia tranquila no retrocedía ante ningún horror.

Hilda Tantamount tenía en tanto aprecio la existencia tranquila como el propio Bidlake. Sus amoríos habían durado, bastante agradablemente por espacio de varios años, y se habían ido extinguiendo lentamente. Habían sido buenos amantes: luego quedaron buenos amigos al extremo de que los llamaban conspiradores, conspiradores maliciosos que se unían para divertirse a costa del mundo. En aquel momento tenían las bocas llenas de risa. O más exactamente, el viejo Bidlake, que detestaba la música, era el único que reía. *Lady* Edward trataba de mantener el decoro.

—¡Será posible! ¿No se callará usted? —susurró ella.

—¡Pero no se da usted cuenta de lo increíblemente cómico que es el asunto! —insistió Bidlake.

—S… chist.

—¡Pero si no hago más que susurrar!

Aquel continuo chistar le irritaba.

—Como un león.

—No puedo evitarlo —respondió él, enfadado.

Cuando él se tomaba el trabajo de susurrar daba por sentado que su voz era inaudible para todos, excepto para la persona a quien se dirigía. No le gustaba que le dijeran que lo que él admitía como verdad no lo era.

—¡Si, claro, como un león! —murmuró indignado.

Pero su rostro se serenó de pronto nuevamente.

—¡Fíjese! —dijo él—. He ahí una que llega con retraso. ¿Qué se quiere apostar a que hará lo mismo que todas las demás?

—S… chist —repitió *Lady* Edward.

Pero John Bidlake no le hizo caso. Miraba hacia la puerta, donde se hallaba todavía de pie la última rezagada, vacilando entre el deseo de desaparecer discretamente en medio del público silencioso y el deber social de hacer conocer su llegada a su huéspeda. La recién llegada volvió, confundida, la vista en derredor. *Lady* Edward le hizo seria con un aleteo de sus largas plumas y una sonrisa por encima del grupo interpuesto. La rezagada contestó con otra sonrisa, le envió un beso con la punta de los dedos, se llevó un dedo a los labios, designó una silla desocupada al otro extremo de la pieza, alargó las manos en un ligero gesto que debía expresar sus excusas por haber llegado tarde y su profundo sentimiento de no poder, en vista de las circunstancias, llegarse a hablar con *Lady* Edward: luego, encogiendo los hombros y replegándose en sí misma, a fin de ocupar el menor espacio posible, se dirigió, en puntas de pie y con extraordinaria precaución, a lo largo del pasadizo hacia el asiento desocupado.

Bidlake deliraba de alegría. Había remedado sucesivamente cada gesto de la pobre mujer. El beso soplado desde la punta de los dedos se lo había devuelto con un interés exorbitante, y cuando ella se llevó el dedo a los labios, Bidlake se tapó la boca con toda la mano. Había repetido su gesto de pesar, exagerándolo grotescamente hasta hacerle expresar una ridícula desesperación. Y cuando ella se adelantó en puntas de pie, Bidlake dio en contar sus dedos, en simular los gestos que en Nápoles sirven para conjurar el mal de ojo, y en darse palmaditas en la frente. Se volvió triunfante hacia *Lady* Edward.

—¿No se lo he dicho yo? —susurró, y el rostro se le cubrió de arrugas por la risa contenida—. Es como si nos halláramos en un asilo de sordomudos. O conversando con los pigmeos del África Central.

Abrió la boca y señaló hacia ella con el índice extendido, simulando luego llevarse un

vaso a los labios.

—*Mi, hamble* —*dijo*—: *mi, muya, muya sed*.

Lady Edward le dio un aletazo con su abanico de avestruz.

Entretanto, la música continuaba la *Suite* en *si menor*, de Bach, para cuerdas y flauta. El joven Tolley dirigía con su inimitable gracia habitual, doblegándose en ondulaciones de cisne y trazando ricos arabescos en el aire con sus brazos aleteantes, como si danzara al son de la música. Una docena de violinistas y violoncelistas rasgaba sus instrumentos según las instrucciones del director. Y el gran Pongileoni besaba pegajosamente su flauta. Soplaba a través de la embocadura y vibraba una cilíndrica columna de aire: las meditaciones de Bach llenaban el cuadrángulo romano. En el *largo* de obertura, con ayuda del hocico de Pongileoni y la columna de aire, había anunciado Juan Sebastián: Existen en el mundo grandes cosas, cosas nobles: existen hombres que han nacido para ser reyes; existen verdaderos conquistadores, auténticos señores de la tierra. Pero —había pensado al llegar al *allegro* en fuga— ¡de qué tierra tan múltiple y compleja! Cree uno haber hallado la verdad: clara, precisa, inequívoca, es anunciada por los violines; la tiene ya, se ha apoderado triunfalmente de ella. Pero he ahí que se le escapa de las manos para presentarse en un nuevo aspecto entre los violoncelos y, una vez más, en términos de la vibrante columna de aire de Pongileoni. Las partes viven su vida independientes: se tocan; sus caminos se cruzan: ellas se combinan por un momento para crear una armonía de apariencia decisiva y perfecta, tan solo para separarse nuevamente unas de otras. Cada parte se halla siempre sola, separada, individual. «Yo soy yo —afirma el violín—; el mundo gira a mi alrededor». «A mi alrededor —reclama el violonchelo—. A mi alrededor —insiste la flauta—». Y todos tienen igualmente razón y dejan de tenerla, ninguno de ellos quiere oír a los otros.

En la fuga humana existen mil ochocientos millones de partes. El ruido resultante podrá tener quizás alguna significación para el estadístico, pero ninguna para el artista. Solo considerando una o dos partes a la vez podrá comprender algo el artista. He aquí, por ejemplo, una parte aislada, y Juan Sebastián pone el caso. Comienza el rondó, exquisita y simplemente melodioso, casi una canción popular. Es una joven cantando para sí misma, en soledad, un canto amoroso, tiernamente melancólico. Una joven cantando por las colinas, mientras que las nubes pasan sobre su cabeza. Pero, solitario como una de aquellas nubes, un poeta ha escuchado su canción. Los pensamientos que suscita en él forman la zarabanda que sigue al rondó. Es la suya una lenta y deleitosa meditación sobre la belleza (a pesar de la estupidez y de la suciedad), la verdad profunda (a pesar de todo el mal) y la unidad (a pesar de tanta diversidad aturdidora). Es una belleza, una bondad, una unidad que ninguna investigación intelectual puede descubrir, que el análisis destruye,

pero de cuya realidad se convence el espíritu de vez en cuando brusca y abrumadoramente. Una joven cantando para sí bajo las nubes basta para crear esta certidumbre. Hasta una bella mañana es suficiente. ¿Será una ilusión o será la revelación de la más profunda verdad? ¡Quién sabe! Pongileoni soplaba, los violinistas frotaban sus crines de caballo resinadas contra los intestinos de cordero tendidos: durante la larga zarabanda el poeta meditaba lentamente su maravillosa y consoladora certidumbre.

—Esta música se va haciendo tediosa —susurró Bidlake a su huéspeda—. ¿Va a durar todavía mucho tiempo?

El viejo Bidlake carecía de gusto o de talento para la música y tenía la franqueza de confesarlo. Él podía permitirse la franqueza. Cuando se pinta tan bien como John Bidlake, ¿por qué se ha de fingir que le gusta a uno la música si realmente no le gusta? Bidlake paseó la mirada por encima del auditorio sentado y sonrió.

—Parece como si estuvieran en una iglesia —dijo. *Lady* Edward alzó su abanico en sentido de protesta.

—¿Quién es aquella mujercita vestida de negro —continuó él— que hace girar los ojos y balancea el cuerpo como Santa Teresa en éxtasis?

—Fanny Logan —le respondió *Lady* Edward en voz baja—. Pero mire a ver si puede callarse.

—Se habla del tributo que el vicio paga a la virtud —continuó, incorregible, Bidlake—. Pero en nuestros días todo es permitido: no se necesita ya hipocresía moral. Solo queda la hipocresía intelectual, el tributo que el filisteísmo paga al arte… Fíjese cómo todos lo pagan… con esas máscaras piadosas y ese religioso silencio.

—Puede considerarse dichoso de que le paguen a usted en guineas —dijo *Lady* Edward—. Y ahora, se lo vuelvo a encarecer, hágame el favor de callarse la boca.

Bidlake hizo un gesto de terror simulado y se tapó la boca con la mano. Tolley agitaba voluptuosamente sus brazos; Pongileoni soplaba: serraban los violinistas, y Bach, el poeta, meditaba sobre la verdad y la belleza.

Fanny Logan sintió que las lágrimas le subían a los ojos. Se emocionaba fácilmente, sobre todo con la música, y cuando sentía una emoción no trataba de reprimirla, sino que se abandonaba a ella de todo corazón. ¡Qué bella, qué triste y, sin embargo, qué confortadora aquella música! La sentía en su interior como una corriente de exquisito sentimiento que fluía suave, pero irresistiblemente, a través de todo el complejo laberinto de su ser. Hasta su cuerpo se agitaba y balanceaba con la pulsación y la ondulación de la melodía. Fanny pensó en su marido: la corriente musical le trajo el recuerdo de su bienamado Eric, muerto hacía cerca de dos años, muerto siendo todavía tan joven. Las lágrimas afluyeron más copiosamente a sus ojos. Fanny se las secó. La música era

infinitamente triste y, sin embargo, era confortadora. La música lo admitía todo, por así decir: la prematura muerte de Eric, el sufrimiento de su enfermedad, su apego a la vida; lo admitía todo. Expresaba toda la tristeza del mundo, y desde la profundidad de aquella tristeza tenía el don de afirmar tranquila, deliberadamente, sin protestar demasiado, que todo estaba bien, en suma, que todo era aceptable. Englobaba la tristeza con cierta dicha más amplia y comprensiva. Las lágrimas continuaron afluyendo a los ojos de Mrs. Logan; pero, en cierto modo, eran lágrimas de dicha a pesar de su tristeza. Hubiera querido comunicar a Polly, su hija, lo que sentía. Pero Polly estaba sentada en otra fila. Mrs. Logan veía la parte posterior de su cabeza, dos filas más adelante, y su menudo y delgado cuello, con las perlas que su querido Eric le había regalado en su decimoctavo aniversario, pocos meses antes de morir. Y de pronto, como si se hubiera dado cuenta de que su madre la miraba como si hubiera comprendido lo que sentía, Polly volvió el rostro y le mostró una rápida sonrisa. La dicha triste y musical de Mrs. Logan era completa.

No eran los ojos de su madre los únicos que miraban hacia Polly. Ventajosamente situado detrás, y a un lado de ella, Hugo Brockle estudiaba admirativamente su perfil. ¡Qué linda era! Brockle se preguntaba si tendría el valor de decirle que habían jugado juntos en los Kensington Gardens cuando eran niños. Cuando cesara la música se acercaría a ella y le diría audazmente: «Nosotros hemos sido presentados ya en nuestros cochecillos de niños…». O bien, si quería mostrarse más libremente ingenioso: «Usted es la persona que me dio con una raqueta en la cabeza».

Al volver, impaciente, la vista en derredor, John Bidlake alcanzó a Mary Betterton con la mirada. La propia Mary Betterton, ¡aquel monstruo! Bidlake pasó la mano por debajo de su silla y tocó madera. Cada vez que veía algo desagradable se sentía en mayor seguridad si podía tocar madera. Bidlake no creía en Dios, por supuesto; gustaba de referir historias descorteses acerca del clero. Pero la madera, la madera, la madera tenía algo… ¡Y pensar que había estado locamente enamorado de ella hacía veinte, veintidós, no se atrevía a precisar cuántos años! ¡Qué obesa, qué vieja y horrorosa estaba! Su mano buscó de nuevo la pata de la silla. Apartó la mirada y trató de pensar en algo que no fuese Mar y Betterton. Pero los recuerdos de la época en que Mary era joven se impusieron a su voluntad. Por aquel tiempo todavía montaba él a caballo. Se vio de nuevo, imaginativamente, montado en un caballo bayo. Por aquella época solían pasear juntos a caballo. Era la época en que Bidlake se hallaba pintando el tercero, y el mejor, de sus grupos de *Bañistas*. ¡Qué cuadro aquel, santo Dios! Mary era ya entonces demasiado rolliza para ciertos gustos. Pero no para el de Bidlake: este no había puesto nunca peros a la gordura. ¡Estas mujeres de ahora, que querían parecerse a cañerías de desagüe! Bidlake la miró de nuevo por un momento y se estremeció. La odiaba por ser tan repulsiva, después

de haber sido tan encantadora. Y Bidlake le llevaba cerca de veinte años.

III

Dos pisos más arriba, entre el *piano nobile* y las buhardillas donde habitaban los criados, se hallaba Lord Edward Tantamount ocupado en su laboratorio.

Los miembros menores de la familia Tantamount abrazaban generalmente la carrera militar. Pero puesto que el heredero era un inválido, el padre de Lord Edward lo había destinado a la política, carrera que los hijos mayores habían comenzado tradicionalmente en la Cámara de los Comunes para continuarla majestuosamente en la de los Lores. Apenas había llegado Lord Edward a la mayoría de edad cuando se le designó un distrito para cultivarlo. Lo cultivó obedientemente. Pero ¡cómo le repugnaba hablar en público! ¿Y qué diablos decir cuando se encontraba uno con un elector posible? Y, lejos de sentir entusiasmo, ni siquiera podía recordar los términos esenciales del programa del partido conservador. No; decididamente, la política no era su campo.

«Pero ¿qué te interesa?» —había preguntado su padre. Y lo grave era que Lord Edward no lo sabía.

Lo único que le producía verdaderamente placer era asistir a los conciertos. Pero era evidente que no había de pasarse la vida asistiendo a conciertos. El cuarto marqués no podía ocultar su cólera y su decepción. «Este muchacho es un imbécil» —decía—. Y el propio Lord Edward se inclinaba a darle la razón. No servía para nada; era un fracasado; el mundo no tenía plaza para él. A veces hubo de pensar en el suicidio.

«¡Si al menos supiera pasar sus mocedades!» —se había lamentado su padre.

Pero el joven era, si es posible, todavía menos aficionado al libertinaje que a la política.

«¡Y ni siquiera le interesa el deporte!» —continuaba la acusación.

Era cierto. La matanza de pájaros, aunque fuese en compañía del príncipe de Gales, dejaba a Lord Edward completamente frío, si es que no le inspiraba un ligero disgusto. Prefería quedarse en casa leyendo vagamente, sin constancia, un poco de todo. Pero ni la misma lectura le satisfacía. Lo mejor que se podía decir de ella era que distraía su espíritu de cavilaciones y mataba el tiempo. Pero ¿de qué servía aquello? El matar el tiempo con un libro no era, intrínsecamente, mucho mejor que matar faisanes, y a la vez el tiempo, con una escopeta. Podía muy bien continuar leyendo así por el resto de sus días. Esa lectura no le aportaría el menor beneficio.

En la tarde del 18 de abril de 1887 se hallaba él sentado en la biblioteca de Tantamount House preguntándose si la vida valdría la pena de vivirla y si para ponerle fin sería preferible tirarse al agua o pegarse un tiro. Era el día en que el *Times* había publicado la carta apócrifa, atribuida a Parnell, defendiendo a los asesinos de Phoenix Park. El

cuarto marqués se había hallado en un estado de agitación apoplética desde el desayuno. En los clubs no se hablaba de otra cosa.

—Esto debe de ser muy importante —no cesaba de repetirse Lord Edward.

Pero le fue imposible interesarse seriamente ni en el parnellismo ni en el crimen. Después de haber escuchado un momento lo que las gentes decían en el club, se retiró a su casa desesperado. La puerta de la biblioteca estaba abierta; entró y se dejó caer en una silla, rendido de cansancio, como si llegara de una marcha de cuarenta kilómetros.

«Debo de ser un idiota» —se afirmó a sí mismo al pensar en los entusiasmos políticos de otras personas y en su propia indiferencia.

Era demasiado modesto para atribuir la idiotez a los demás.

«¡Qué le voy a hacer… no tengo remedio!» —gimió en voz alta.

Y en el sabio silencio de la vasta biblioteca aquel sonido pareció desolador. La muerte, el fin de todo, el río, el revólver… Pasó el tiempo. Lord Edward se dio cuenta de que ni aun cerca de la muerte podía pensar atenta y ordenadamente. Hasta la muerte era un fastidio… El número en curso de la *Quarterly Review* estaba a su lado, sobre la mesa. Acaso le aburriera menos que sus meditaciones sobre la muerte. Tomó la revista, la abrió al azar y se halló leyendo un párrafo por la mitad de un artículo acerca de un tal Claude Bernard. Jamás había oído hablar de Claude Bernard. Supuso que sería un francés. ¿Y qué cosa sería, preguntó, la función glucogénica del hígado? Algún asunto científico, evidentemente… Sus ojos examinaron ligeramente la página. Había un pasaje entre comillas; era una cita sacada de las obras del propio Bernard:

«El ser viviente no constituye una excepción a la gran armonía natural que hace que las cosas se adapten unas a otras; no rompe ninguna concordia: no está en pugna ni en contradicción con las fuerzas cósmicas generales. Lejos de esto, constituye un elemento del universal concierto de las cosas, y la vida del animal, por ejemplo, no es sino un fragmento de la vida total del Universo».

Leyó estas frases, ociosamente primero, después con más cuidado, y las releyó después varias veces con una esforzada atención. «La vida del animal no es sino un fragmento de la vida total del Universo». ¿Y dónde se deja el suicidio? Un fragmento del Universo, ¿se hubiera destruido a sí mismo? No… no es esta la palabra; no hubiera podido destruirse aun cuando lo quisiera. Cambiaría su modo de existencia. Cambiaría… Trozos de animales y plantas se convertían en seres humanos. Lo que en un tiempo fue muslo de cordero u hoja de espinaca vino a ser con el tiempo parte integrante de la mano que escribió, del cerebro que concibió el lento movimiento de la *Sinfonía Júpiter*. Y había llegado el día en que treinta y seis años de placeres, de sufrimientos, de apetitos, de amores, de pensamientos, de música, junto con las infinitas potencialidades irrealizadas de

armonía y melodía, habían ido a abonar un rincón desconocido de un cementerio vienés, para que se transformasen en hierba y amargón, que a su vez habían sido transformados en corderos, cuyos muslos habían sido transformados a su vez en otros músicos, cuyos cuerpos a su vez… Todo esto era obvio: pero para Lord Edward fue una revelación. De pronto, y por primera vez, adquirió conciencia de su solidaridad con el mundo. Este despertar de la conciencia fue algo en extremo apasionante. Lord Edward se levantó de la silla y comenzó a pasear de un lado a otro de la pieza en un estado de gran agitación. Sus pensamientos eran confusos, pero formaban un conjunto brillante y animado y no eran ya los pensamientos brumosos y lánguidos de ordinario.

«Acaso yo mismo haya consumido, durante mi estancia en Viena, el año pasado, un pedazo de sustancia de Mozart. Puede haber sido en un Wiener Schnitzel, o en una salchicha, o hasta en un vaso de cerveza. Comunión, comunión física. Y aquella maravillosa representación de *La Flauta Mágica*, otro género de comunión, o, en el fondo, acaso el mismo. Transustanciación, canibalismo, química. Al fin, todo se reduce a química. Las piernas de cordero y las espinacas… todo es química. El hidrógeno, el oxígeno… ¿Existe algo más? ¡Oh, qué irritante, cómo le desespera a uno el no saber! Y todos aquellos años pasados en Eton. Versos latinos. ¿De qué diablos me han servido? *Eu! Distenta ferunt perpingues ubera vaccae*. ¿Por qué no me habrán enseñado algo sensato? Un miembro del concierto universal de las cosas. Todo ocurre como en la música: armonías, contrapunto, modulaciones. Pero es preciso educar la atención. La música china… para nosotros no tiene pies ni cabeza. El concierto universal: gracias a Eton, esto es música china para mí. La función glucogénica del hígado… pudiera estar en idioma bantú, para lo que yo entiendo. ¡Qué humillación! Pero yo puedo aprender, yo aprenderé, yo *aprenderé*…».

Lord Edward se llenó de un extraordinario regocijo; jamás se había sentido tan dichoso.

Aquella noche anunció a su padre que no se presentaría como candidato al Parlamento. Todavía agitado por las revelaciones de la mañana acerca del parnellismo, el viejo se puso furioso. Lord Edward no se inmutó lo más mínimo; había tomado su decisión. Al otro día puso un anuncio solicitando un preceptor. En la primavera del año siguiente se hallaba en Berlín trabajando con Du Bois Reymond.

Cuarenta años habían transcurrido desde entonces. Los estudios sobre la ósmosis, que indirectamente le habían proporcionado esposa, le habían dado también reputación. Sus trabajos acerca de la asimilación y el crecimiento fueron muy celebrados. Pero lo que él consideraba la tarea esencial de su vida —el gran tratado teórico de biología física— estaba aún por terminar. «La vida del animal no es sino un fragmento de la vida total del

Universo». Las palabras de Claude Bernard habían sido, así como su inspiración original, el tema de toda su vida. El libro en que había trabajado durante tantos años no era sino un desarrollo, una ilustración cuantitativa y matemática de ellas.

Arriba, en el laboratorio, había comenzado justamente la tarea diaria. Lord Edward prefería trabajar de noche. Las horas diurnas eran para él desagradablemente ruidosas. Desayunaba a la una y media, salía a dar un paseo de una o dos horas por la tarde y regresaba a leer o escribir hasta la hora del *lunch*, a las ocho. A las nueve o nueve y media hacía algún trabajo práctico con su auxiliar y, hecho esto, se ponían a trabajar en el gran libro o a discutir sus problemas. A la una de la mañana cenaba Lord Edward, y hacia las cuatro o cinco se acostaba.

Amortiguada y fragmentaria, la *suite* en *si menor* se elevaba del gran salón a los oídos de los dos hombres del laboratorio. Se hallaban demasiado ocupados para darse cuenta de la música.

—Las pinzas —dijo Lord Edward a su auxiliar.

Tenía una voz profunda, indistinta y, por así decir, sin contorno claramente definido. «Una voz de pieles», la había llamado Lucy cuando era niña.

Illidge le alargó el bello y brillante instrumento. Lord Edward hizo un ruido profundo, que significaba gracias, y volvió con las pinzas hacia la lagartija anestesiada que permanecía tendida sobre la diminuta mesa de operaciones. Illidge lo observaba con aire crítico, y aprobaba. El viejo operaba extraordinariamente bien. Illidge se asombraba siempre de su habilidad. Nadie hubiera creído que un hombre tan grande y tan pesado como el viejo pudiera ser tan delicadamente preciso. Sus manazas eran capaces de los trabajos más delicados; daba gusto observarlas.

—¡Ya! —dijo al fin Lord Edward, enderezándose tanto como se lo permitía su espalda, encorvada por el reumatismo—. Creo que ha salido bien… ¿Y tú?

Illidge aprobó con la cabeza.

—Perfectamente bien —dijo con un acento que, ciertamente, no había sido formado en ninguno de los antiguos y costosos templos del saber. Provenía de Lancashire. Era un hombrecillo de aspecto infantil, con el rostro cubierto de pecas y el cabello rojo.

La lagartija comenzó a despertar. Illidge la metió en un lugar seguro. El animal no tenía rabo; lo había perdido hacía ocho días, y aquella noche el pequeño botón de tejido regenerado que, normalmente, se hubiera convertido en una nueva cola, había sido cortado e injertado en el muñón de su pata anterior derecha, que había sido amputada. Trasplantado así a su nueva posición, ¿se convertiría el botón en una pierna o continuaría desarrollándose incongruentemente en forma de cola? El primer experimento lo habían hecho con un botón de cola apenas formado y se había convertido debidamente en pierna.

En el siguiente habían dado tiempo a que el botón alcanzara un tamaño considerable antes de trasplantarlo: la formación caudal se hallaba demasiado avanzada para que pudiera adaptarse a las nuevas condiciones: habían fabricado un monstruo con una cola en el lugar donde debía tener una pierna. Aquella noche hacían el experimento con un botón de edad intermedia.

Lord Edward sacó una pipa del bolsillo y comenzó a llenarla mientras miraba la lagartija con aire meditativo.

—Será interesante ver lo que sale esta vez —dijo con su voz profunda e indistinta—. Me atrevería a afirmar que nos hallamos justamente en el límite entre…

Dejó la sentencia en suspenso: siempre le costaba mucho trabajo hallar palabras precisas con que expresar su pensamiento.

—El botón tendrá dificultad para escoger.

—*To be or not to be* —dijo chistosamente Illidge, y se echó a reír.

Pero viendo que Lord Edward no mostraba ningún signo de haberle hecho gracia, se contuvo. Había estado a punto de meter de nuevo la pata. Sintió despecho contra sí mismo y hasta, bien que sin razón, contra el viejo.

Lord Edward llenó su pipa.

—La cola se transforma en pata —dijo en tono meditativo—. ¿Por qué mecanismo? ¿Existen particularidades químicas en los alrededores de…? Evidentemente, la sangre no puede ser. ¿O acaso supones tú que tiene algo que ver con la tensión eléctrica? Esta varía, naturalmente, según las partes del cuerpo. Mas ¿por qué no nos contentamos todos nosotros con proliferar vagamente como los cánceres…? El hecho de desarrollarse según una forma definida es muy improbable cuando se piensa en ello. Es un hecho misterioso y…

Su voz degeneró en un murmullo ronco y profundo. Illidge escuchaba con desaprobación. Cuando el viejo comenzaba de este modo acerca de los problemas superiores y fundamentales de la biología, nadie sabía jamás adónde iría a parar. Sería capaz de ponerse a hablar hasta de Dios… Le hacía subir a uno los colores a la cara. Esta vez estaba dispuesto a evitar una cosa tan deshonorable.

—Lo que hay que hacer en la próxima experiencia —dijo con el tono más animado y profesional— es atacar el sistema nervioso y ver si tiene alguna influencia sobre el injerto. Supongamos, por ejemplo, que cortáramos un fragmento de vértebra…

Pero Lord Edward no escuchaba a su auxiliar. Se había quitado la pipa de la boca, había levantado la cabeza, inclinándola a la vez ligeramente hacia un lado. Fruncía el entrecejo como haciendo un esfuerzo para asir y recordar algo. Levantó la mano con un ademán que reclamaba silencio: Illidge se interrumpió a mitad de su frase y escuchó

también. Un dibujo melódico se trazó débilmente sobre el silencio.

—¿Bach? —dijo Lord Edward en un murmullo.

El soplar de Pongileoni y el rascar de los violinistas anónimos habían sacudido el aire del gran salón, habían puesto en vibración los vidrios de las ventanas que daban a él; y estos, a su vez, habían agitado el aire del departamento de Lord Edward en el extremo lateral. El aire en vibración había sacudido la *membrana tympani* de Lord Edward; la cadena de huesecillos —martillo, yunque y estribo— fue puesta en movimiento de modo que agitara la membrana de la ventana ovalada y levantara una tormenta infinitesimal en el fluido del laberinto. Los extremos filamentosos del nervio auditivo se estremecieron como algas en un mar picado; un gran número de milagros oscuros se efectuaron en el cerebro, y Lord Edward murmuró extáticamente: «¡Bach!». Sonrió de placer; sus ojos se encendieron. La joven cantaba, sola, bajo las nubes flotantes. Y entonces el filósofo, solitario como una nube, comenzó a meditar poéticamente.

—¡Tenemos que bajar a oír eso! —dijo Lord Edward levantándose—. Vamos —añadió—. El trabajo puede aguardar. No hay ocasión de oír cosas como esta todas las noches.

—Pero… ¿y la ropa? —dijo Illidge en tono de duda—. Yo no puedo bajar así como estoy.

Se examinó el traje. Había sido un pobre traje en su mejor época: el tiempo no lo había mejorado.

—¡Oh, esto no tiene importancia!

Un perro que olfatea los conejos no hubiera mostrado una avidez más indecente que Lord Edward al oír la flauta de Pongileoni. Tomó a su auxiliar por el brazo y lo llevó precipitadamente hacia la puerta, luego a lo largo del pasillo, hasta la escalera.

—No es más que una pequeña tertulia —continuó—. Creo recordar que me ha dicho mi mujer… Algo como en familia… Y además —añadió, inventando excusas para justificar la violencia de su apetito musical— podemos deslizarnos ahí… Nadie lo advertirá.

Illidge tenía sus dudas.

—Yo creo que la tertulia no es tan pequeña —comentó.

Había visto llegar los automóviles.

—No importa, no importa —interrumpió Lord Edward en su irreprimible deseo de oír a Bach.

Illidge se dejó llevar. Debía de tener un aspecto completamente ridículo, pensó, con su lustroso traje de sarga azul. Pero, repensando su primera impresión, acaso fuera mejor aparecer en sarga lustrosa —acabado de salir del laboratorio, después de todo, y bajo la

protección del señor de la casa (que llevaba él mismo una chaqueta de mezcla)— que con aquel viejo traje de noche que, según se había dado cuenta durante anteriores excursiones al brillante mundo de *Lady* Edward, era deplorablemente burdo y mal cortado. Más valía ser totalmente distinto de los ricos y de los elegantes —un visitante caído de otro planeta intelectual— que un *snob* imitador de tres al cuarto. Vestido de azul, se expondría sin duda a las miradas como una curiosidad; pero con un traje negro y de mal corte (como un camarero) se le dejaría desdeñosamente de lado, se le despreciaría por tratar de hacerse pasar, sin éxito, por lo que evidentemente no era.

Illidge se preparó para representar con firmeza, y aun con autoridad, el papel de visitante marciano.

La entrada de los dos hombres fue más dolorosamente notada de lo que Illidge había previsto. La gran escalera de Tantamount House desciende desde el primer piso en dos ramas que se juntan como dos ríos iguales, para precipitarse, en una sola catarata arquitectónica de mármol de Verona, en el salón. Desemboca esta bajo las arcadas, a la mitad de uno de los costados del cuadrángulo cubierto, enfrente del vestíbulo y de la puerta principal. Según se llega de la calle, se domina el salón y se perciben, a través del arco central de la arcada de enfrente, los anchos escalones y las brillantes balaustradas que ascienden hacia un descanso donde una Venus de Canova —orgullo de la colección del tercer marqués— se levanta, en su nicho, sobre un pedestal, ocultando —o más bien sin lograr ocultar— en un gesto púdico, aunque lleno de coquetería, sus encantos marmóreos con las dos manos. Al pie de esta rampa triunfal de mármol era donde *Lady* Edward había instalado la orquesta; sus invitados se sentaban en apretadas filas frente a ella. Cuando Illidge y Lord Edward hubieron doblado el ángulo frente a la *Venus* de Canova, marchando en la punta de los pies, con un paso de conspiradores, más suave y laboriosamente al acercarse a la música y al grupo de auditores, se hallaron de pronto en el foco de atención de cien pares de ojos. Una ráfaga de curiosidad agitó a los invitados allí reunidos. La aparición de aquel hombre grande y encorvado, procedente de un mundo tan diferente del de ellos, fumando su pipa y vestido con una chaqueta de mezcla, pareció un extraño portento. Tenía el aire vago de un fantasma familiar que se hubiera soltado de pronto por la casa, o de uno de esos monstruos que rondan los palacios de las mejores y más aristocráticas familias. La Bestia de Glamis, el propio Minotauro, difícilmente hubieran suscitado mayor interés del que despertó Lord Edward. Se alzaron los impertinentes, se estiraron los cuellos a derecha e izquierda, mientras que las gentes se esforzaban por salvar los bien nutridos obstáculos que hallaban ante sí. Lord Edward, haciéndose cargo, súbitamente, de todas aquellas miradas de curiosidad, sintió temor. La conciencia de haber cometido un pecado de lesa etiqueta se apoderó de él; se quitó la pipa

de la boca y la guardó, todavía humeante, en el bolsillo de su chaqueta. Se detuvo indeciso. ¿Debía huir o avanzar? Se volvió hacia un lado, luego al otro, haciendo girar todo su cuerpo encorvado, desde las caderas, con un extraño movimiento pendular, como el lento y pesado balanceo del cuello de un camello. Por un momento sintió deseos de retroceder. Pero su amor hacia Bach fue más fuerte que su pavor. Era como el oso a quien el olor a melaza obliga, a pesar de todos sus recelos, a visitar el campamento de los cazadores; como el amante que se dispone a hacer frente a las iras de un marido armado y a un tribunal de divorcios por pasar una hora en los brazos de su querida. Lord Edward avanzó, en la punta de los pies, escalera abajo, con un aire de conspirador cada vez más marcado —como un Guy Fawkes descubierto, pero esperando aún, contra toda razón, poder hurtarse a las miradas, conduciéndose como si la Conspiración de la Pólvo ra se desarrollara todavía conforme a un plan establecido. Illidge lo siguió. Su rostro se había tornado muy rojo por la turbación del primer momento; pero a pesar de su turbación, o más bien a causa de ella, descendió la escalera tras Lord Edward con una especie de flamenquería, una mano en el bolsillo, una sonrisa en los labios. Volvió la vista con calma del uno al otro costado, por encima del público. Su rostro tenía una expresión de alegría desdeñosa. Demasiado embebido en su papel de marciano para darse cuenta dónde ponía el pie, Illidge perdió de pronto el estribo en esta monumental escalera— con la que no estaba familiarizado —de peldaños excesivamente bajos y anchos. Su pie resbaló. Illidge se debatió violentamente al borde de la caída, planeando con los brazos, para venir a parar, no obstante, y todavía milagrosamente de pie, unos dos o tres peldaños más abajo. Reanudó luego su descenso con toda la dignidad que pudo reunir. Se sintió profundamente irritado, y detestó, sin excepción, a todos los invitados de *Lady* Edward.

IV

Pongileoni se superó a sí mismo en la *Badinerie* final. Los axiomas euclidianos se presentaron enlazados con las fórmulas de la estadística elemental. La aritmética celebraba una borrascosa saturnal: el álgebra danzaba locamente. La música finalizó en una orgía de regocijo matemático. Estallaron los aplausos. Tolley saludó con toda su gracia habitual; saludó Pongileoni; hasta los violinistas anónimos saludaron. El auditorio echó las sillas hacia atrás y se levantó. Torrentes de palabrería contenida brotaron libremente.

—¿No cree usted que ha sido para desternillarse de risa lo del viejo?

Polly Logan había encontrado una amiga.

—Naturalmente. ¡Y el hombrecillo pelirrojo que viene con él!

—Como Benitín y Eneas.

—Yo creí troncharme de risa —dijo Norah.

—¡Qué viejo hechicero! —exclamó Polly con un tembloroso murmullo, inclinándose hacia adelante y abriendo mucho los ojos como para expresar con una pantomima dramática, así como con palabras, el misterio del viejo hechicero—. ¡Un verdadero nigromante!

—Pero ¿qué es lo que hace allá arriba?

—Se dedica a picar sapos y salamandras y todas esas cosas —contestó Polly.

Ojo de lagartija y pie de rana.
Vello de murciélago y lengua de perro…

—Recitó Polly, embriagada por las palabras—. Y cruza conejillos de Indias con serpientes… ¿Se imagina usted lo que es eso… el cruce de una cobra con un conejillo de Indias?

—¡Qué horror! —exclamó la otra, estremeciéndose—. Pero ¿por qué se habrá casado con ella si es que solo le interesan esas cosas? Es lo que yo siempre me pregunto.

—¿Por qué se habrá casado *ella* con él?

La voz de Polly recayó de nuevo al grado de un murmullo teatral. Le gustaba animarlo todo de un interés dramático, hacerlo tan apasionante como todavía le parecía a ella. Tenía solo veinte años.

—Razones de mucho peso lo determinaron.

—Sí, me lo figuro.

—Y no olvide usted que ella era canadiense, lo cual hizo que las razones fueran todavía más convincentes.

—Se pregunta uno cómo habrá podido Lucy…

—¡S… chist!

La otra se volvió.

—¿No es verdad que Pongileoni ha estado espléndido? —exclamó en voz muy alta y con una presencia de espíritu realmente excesiva.

—¡Sí, maravilloso! —respondió Polly a plena voz, como si se hallara en el escenario, en Drury Lane—. ¡Ah! He ahí a *Lady* Edward.

Las dos se mostraron enormemente sorprendidas y encantadas.

—Acabábamos justamente de hablar de lo maravilloso que ha estado Pongileoni tocando.

—¿De verdad? —dijo *Lady* Edward, sonriente, pasando la vista de una a la otra.

Tenía una voz plena y profunda y hablaba con lentitud, como si todo lo que decía fuera muy serio y muy importante.

—Es *realmente* una gran amabilidad de ustedes —añadió arrastrando fuertemente la *erre*—. Es italiano. —Su rostro se había tornado grave, sin rastro de sonrisa—. Lo cual hace que sea todavía más extraordinario.

Y continuó su paseo, dejando a las dos jóvenes mirándose mutua y ansiosamente a los colores que les habían salido al rostro.

Lady Edward era una mujercita delgada, con una elegancia de línea que, en su traje descotado, comenzaba visiblemente a tornarse angulosa y sin carnes, del mismo modo que los hermosos rasgos aquilinos de su rostro largo y estrecho. Su origen francés por parte de madre y acaso, en los últimos años, el arte del peluquero, explicaban el negror de azabache de su pelo. Tenía la piel blanca y opaca. Sus ojos, bajo las cejas negras y arqueadas, tenían aquella audacia, aquella insistencia de mirada que caracteriza a todos los ojos muy oscuros en un rostro pálido. A esta audacia genérica añadía *Lady* Edward cierta cándida impertinencia de mirada fija, cierta expresión viva e ingenua enteramente suya. Eran los ojos de una niña, *mais d'un enfant terrible*, como John Bidlake había advertido a un colega francés a quien había llevado a verla. El colega francés halló ocasión de hacer el descubrimiento por cuenta propia. Al almuerzo se halló sentado junto al crítico que había escrito acerca de sus cuadros diciendo que o eran obra de un bromista o de un imbécil. *Lady* Edward, con aire de inocencia y los ojos muy abiertos, había iniciado la conversación sobre arte… John Bidlake estaba furioso. Al terminar la comida la llamó aparte y le dijo sin contemplaciones lo que pensaba.

—¡Maldito sea! —dijo—. Este hombre es amigo mío. Y no lo traje aquí, a verla a usted, para que lo trate de este modo. ¡Me parece demasiado!

Jamás los negros y brillantes ojos de *Lady* Edward habían tenido una expresión más

ingenua ni su voz un tono franco-canadiense más desarmador (pues que podía modificar su acento a voluntad, haciéndolo más o menos colonial, según le conviniera ser la niña ingenua de la estepa norteamericana o la aristócrata inglesa).

—¿Qué cosa es demasiado? —preguntó ella—. ¿Qué hice esta vez?

—¡Déjese de comedias conmigo! —dijo Bidlake.

—Pero ¡si no es comedia! No comprendo realmente qué cosa es demasiado. No tengo la menor idea.

Bidlake le explicó el asunto del crítico.

—Lo sabía usted tan bien como yo —dijo—. Y ahora recuerdo que no hace ocho días que hemos estado hablando de su artículo.

Lady Edward frunció el ceño como tratando de recuperar un recuerdo desvanecido.

—¡Es verdad! —exclamó al fin, y lo miró con una expresión de horror y arrepentimiento—. ¡Espantoso! Pero ya usted comprenderá que con una memoria tan pobre como la mía no hay nada que hacer…

—Tiene usted mejor memoria que ninguna de las personas que yo conozco —dijo Bidlake.

—Pero ¡si se me olvida siempre todo! —protestó ella.

—Solo se le olvida aquello que sabe que debe recordar. Se produce con demasiada regularidad para que sea un accidente. Su olvido es deliberado.

—¡Qué tontería! —exclamó *Lady* Edward.

—Si tuviera mala memoria —continuó Bidlake— podría olvidar de vez en cuando que no se debe invitar a un marido para hacerlo encontrarse con el amante notorio de su mujer; podría olvidar alguna vez que los anarquistas y los que escriben los artículos de fondo del *Morning Post* no tienen grandes probabilidades de ser amigos, y que los católicos devotos no gustan mucho de oír las blasfemias de los ateos profesionales. Si su memoria fuera mala podría olvidar de vez en cuando. Pero yo le aseguro que se necesita una memoria de primer orden para olvidar siempre. Una memoria de primer orden y una inclinación de primer orden hacia el mal.

Por primera vez desde que había comenzado la conversación, abandonó *Lady* Edward su ingenuo aire de seriedad. Rio:

—Es usted verdaderamente absurdo, mi querido John. Hablando, Bidlake había recobrado su buen humor; se echó a reír a su vez.

—Advierta —dijo— que no tengo ningún inconveniente en que les gaste bromas a los demás. Me encantan. Pero no puedo tolerar que me las gaste a mí.

—La próxima vez procuraré tenerlo en cuenta —dijo ella con aire de humildad, y lo miró con una ingenuidad tan impertinente, que Bidlake no pudo menos que volver a reír.

Hacía muchos años de esto; ella había cumplido su palabra, no le había gastado más bromas. Pero con los demás se mostró tan desconcertante, tan inocente y olvidadiza como siempre. En el mundo en que se movía, sus proezas eran proverbiales. Las gentes reían. Pero existían demasiadas víctimas: se la temía, no se la quería. Sin embargo, sus veladas eran siempre muy concurridas; su cocinero, su vinatero, su pastelero eran de primer orden. Se le perdonaba mucho merced a la fortuna de su marido. Además, los invitados a Tantamount House tenían siempre una diversa y a menudo excéntrica distinción. Aceptaban sus invitaciones y se desquitaban hablando mal de ella a su espalda. Entre otras cosas, la llamaban *snob* y «cazadora de leones». Pero una *snob*, se veían forzados a conceder a sus defensores, que se burlaba de la pompa y la grandeza en que vivía. Una cazadora que coleccionaba leones con el fin de poder hostigarlos. Allí donde una inglesa de la clase media hubiera estado seria y vulgar, *Lady* Edward se mostraba burlona, irreverente. Ella venía del Nuevo Mundo: para ella, las jerarquías tradicionales eran una broma, si bien una broma pintoresca que valía la pena vivir.

»Pudiera haber sido la heroína de aquella anécdota —había dicho de ella una vez el viejo Bidlake— relativa al americano y a los dos nobles ingleses. ¿La recuerdan ustedes? El americano trabó conversación con dos ingleses en un tren, los halló encantadores, quiso que sus relaciones con ellos se renovaran más tarde y les preguntó sus nombres.

—Yo —dice uno de ellos— soy el duque de Hampshire, y este es mi amigo, el señor Ballantrae.

—Mucho gusto en conocerlos —dice el americano—; permítanme presentarles a mi hijo Jesucristo.

«Ahí está Hilda de pies a cabeza. Y, sin embargo, se pasa la vida invitando y haciéndose invitar por las gentes cuyos títulos le parecen tan cómicos. Caso extraño. —Bidlake meneó la cabeza—. Caso verdaderamente extraño».

Abandonando a las dos turbadas jóvenes, *Lady* Edward estuvo a punto de ser derribada por un hombre muy grande y corpulento que cruzaba con peligrosa velocidad el salón atestado de gente.

—Perdón —dijo el hombre sin bajar siquiera la vista para ver quién era la persona que había estado a punto de echar al suelo.

Sus ojos seguían los movimientos de alguna otra que se hallaba al extremo opuesto del salón; solo percibió un pequeño obstáculo, posiblemente humano, puesto que todos los obstáculos en derredor eran humanos. Se detuvo a media carrera, desviando su marcha hacia un lado a fin de evitar el obstáculo. Pero el obstáculo no era de una especie tan fácil de evitar.

Lady Edward alargó la mano y lo tomó por la manga.

—¡Webley!

Everard Webley, fingiendo no haber sentido la mano que agarraba su manga ni la pronunciación de su nombre, continuó su marcha; no tenía tiempo ni deseos de hablar con *Lady* Edward. Pero *Lady* Edward no iba a permitir que se le dejara de lado; prefirió dejarse arrastrar, a su lado, sin soltar la presa.

—¡Webley! —repitió—. ¡Espere! ¡Ooooo!

Y su imitación de un carretero provinciano fue tan ruidosa y tan naturalmente rústica, que Webley se vio obligado a escuchar por temor a llamar la atención y provocar la risa de los demás invitados.

Webley bajó la vista hacia ella.

—¡Ah, es usted! —dijo en tono áspero—. Perdone, no me había fijado.

El enojo expresado por el frunce del entrecejo y por sus palabras poco corteses era en parte sincero, en parte afectado. Había llegado a darse cuenta de que muchas gentes se asustan de la cólera ajena; de modo que cultivaba su ferocidad natural. Esta mantenía a las gentes a distancia, evitando que lo importunaran.

—¡Santo Dios! —exclamó *Lady* Edward con una expresión de terror que era, francamente, una caricatura.

—¿Deseaba usted algo? —demandó él en un tono que pudiera haber dirigido a un pobre importuno en la calle.

—¡Parece usted muy enfadado!

—Si eso era todo lo que usted quería decirme, yo creo que…

Lady Edward lo había estado examinando entretanto con la mirada crítica de sus ojos ingenuamente impertinentes.

—¿Sabe usted —dijo ella interrumpiéndolo a la mitad de su frase, como incapaz de demorar un momento más la anunciación de su grande y súbito descubrimiento que debe desempeñar el papel de capitán Hook en *Peter Pan*? Sí, por cierto. Tiene usted el rostro ideal para un rey pirata. ¿No cree usted, Mr. Babbage?

Lady Edward se fijó en Illidge, que acertaba a pasar, paria desconsolado, a través del público extranjero.

—Buenas noches —dijo él.

La cordialidad de la sonrisa de *Lady* Edward no compensó enteramente el haber olvidado su nombre.

—Webley, aquí tiene usted a Mr. Babbage, que colabora con mi marido en su trabajo.

Webley reconoció con una lejana inclinación de cabeza la existencia de Illidge.

—Pero ¿no cree usted, Mr. Babbage, que se parece a un rey pirata? —continuó *Lady*

Edward—. Fíjese usted bien en él.

Illidge rio penosamente.

—Es que… yo no he visto muchos reyes piratas —dijo.

—Por supuesto —exclamó *Lady* Edward—, se me olvidaba; pero, sí, es un rey pirata. Aquí presente de cuerpo entero. ¿No es cierto, Webley?

Everard Webley rio.

—¡Oh, seguramente que sí, seguramente!

—Porque aquí tiene usted —explicó *Lady* Edward, volviéndose confidencialmente hacia Illidge—: este es Mr. Everard Webley. El jefe de los Ingleses Libres. ¿Conoce usted a esos hombres de uniforme verde? Como el coro de hombres en una opereta.

Illidge sonrió maliciosamente, asintiendo con la cabeza.

Así que —pensó— este es Mr. Webley. El fundador y jefe de la Hermandad de Ingleses Libres. Los H. I. L., los… «mentecatos», como les llamaban sus enemigos. Inevitablemente; pues, como había hecho notar una vez el bien informado corresponsal del Fígaro, en un artículo dedicado a los Ingleses Libres, *les initiales de l'association*[2] *ont, pour le public anglais, une signification plutót péjorative*. Webley no había pensado en esto al bautizar a sus Ingleses Libres. Illidge sintió placer al reflexionar que ahora se vería obligado a pensar en ello con frecuencia.

—Si ha terminado ya sus bromas —dijo Everard—, permítame que me retire.

«Vaya un Mussolini de hojalata —pensó Illidge—. Parece hecho a la medida de su papel. (Illidge profesaba un odio especial hacia todo el que fuese alto y hermoso o que de algún modo pareciese distinguido. Él era pequeño y tenía aspecto de un pillete de calle, muy inteligente, convertido en hombre). ¡Gran zopenco!».

—Pero no se habrá usted ofendido por lo que yo haya dicho, ¿verdad? —preguntó *Lady* Edward con grandes muestras de inquietud y contrición.

Illidge recordó una caricatura publicada en el *Daily Herald*. «Los Ingleses Libres —había tenido la insolencia de decir Webley— existen para hacer del mundo un lugar seguro para la inteligencia». La caricatura presentaba a Webley y media docena de sus bandidos de uniforme moliendo a porrazos y puntapiés a un obrero. Detrás de ellos miraba, con sentido de aprobación, un administrador de sociedades con sombrero de copa. Sobre su panza monstruosa se leía la palabra INTELIGENCIA.

—¿No va ofendido, Webley? —repitió *Lady* Edward.

—En absoluto. Es que estoy un poco apurado. Usted comprende —explicó con su voz más sedosa—, tengo que hacer; tengo que trabajar, si sabe usted lo que eso quiere decir.

Illidge hubiera querido que el punto se lo anotara algún otro. ¡Cochino tipo! Illidge

era comunista.

Webley los dejó.

Lady Edward lo vio abrirse paso a través del gentío.

—Como una máquina de vapor —dijo ella—. ¡Qué energía! Pero ¡qué vidrioso! Estos políticos… son peores que actrices. ¡Qué vanidad! Y este querido Webley no tiene mucho sentido del humor. Quiere que se le trate como si fuera su propia estatua colosal, erigida por la admiración y el reconocimiento de una gran nación. —Sus *erres* rugían como leones—. Póstumamente, si entiende usted lo que quiero decir. Como a un gran personaje histórico. Pero, al verlo, no logro acordarme jamás de que se trata realmente de Alejandro Magno. Cometo siempre el error de creer que se trata de Webley.

Illidge rio. Descubrió que experimentaba verdadera simpatía hacia *Lady* Edward. Era la persona que tenía sentimientos acertados hacia las cosas. Hasta políticamente parecía estar del lado justo.

—Pero sus Ingleses Libres son realmente una cosa muy buena —continuó *Lady* Edward.

La simpatía de Illidge se desvaneció con la misma rapidez con que había florecido.

—¿No lo cree usted así, Mr. Babbage? Illidge hizo una ligera mueca.

—Bien… —comenzó.

—A propósito —dijo *Lady* Edward, cortando de raíz lo que hubiera sido un comentario admirablemente sarcástico a los Libres de Webley—, debe usted tener mucho cuidado al bajar esa escalera. Es *terriblemente* resbaladiza. Illidge se sonrojó.

—De ningún modo —musitó.

Y a la cara le saltaron colores más vivos, convirtiéndosela en una remolacha hasta la raíz de sus cabellos, color de zanahoria, al darse cuenta de la estupidez de lo que había dicho. Su simpatía decreció todavía más.

—Sí, un poco resbaladiza, sin embargo —insistió cortésmente *Lady* Edward, haciendo rodar autoritariamente las erres en su garganta—. ¿Qué trabajo está haciendo con Edward esta noche? —continuó—. Me interesa siempre tanto…

Illidge sonrió.

—Pues… si le interesa a usted realmente saberlo —dijo—, nos hallamos empeñados en la regeneración de las partes perdidas en las lagartijas.

—¿Lagartijas? ¿Esas cosas que viven en el agua? —Illidge asintió con la cabeza—. Pero ¿cómo pierden sus partes?

—Pues en el laboratorio —explicó él—; las pierden porque nosotros se las cortamos.

—¿Y les vuelven a salir? —Sí, les vuelven a salir.

—¡Santo Dios! —dijo *Lady* Edward—, y pensar que yo no sabía nada. ¡Qué cosas más

fascinantes! Tiene que decirme usted algo más.

Después de todo, no era tan mala. Illidge comenzó a explicarle. Acalorándose por su tema, se acaloraba también por *Lady* Edward. Acababa de llegar al punto esencial, al punto verdaderamente importante y significativo de los experimentos, la transformación del botón de cola trasplantado en pierna, cuando *Lady* Edward, cuyos ojos habían errado de derecha a izquierda, puso una mano en su brazo.

—Venga conmigo —dijo ella— y lo presentaré al general Knoyle. Es un hombre muy divertido, si bien, a veces, sin proponérselo.

La exposición de Illidge se heló de golpe en su garganta. Se dio cuenta de que ella no había prestado el menor interés a lo que le había dicho, que no se había tomado siquiera el trabajo de poner la menor atención. Sintió odio hacia ella y la siguió resentido, en silencio.

El general Knoyle se hallaba conversando con otro caballero de aspecto militar. Tenía una voz asmática y marcial.

«Mi querido amigo, le dije —oyeron Illidge y *Lady* Edward al acercarse—; mi querido amigo, no meta usted ahora el caballo en la carrera. Sería un crimen, le dije. Sería una perfecta locura. Retírelo, le dije; retírelo. Y lo retiró».

Lady Edward hizo conocer su presencia. Los dos caballeros militares se mostraron abrumadoramente corteses, habían pasado una noche *agradabilísima*.

—He escogido a Bach especialmente para usted, general Knoyle —dijo *Lady* Edward con algo de la encantadora confusión de una joven al confesar una debilidad amorosa.

—Bien… Ha sido usted realmente muy amable.

La confusión del general Knoyle era sincera; no sabía qué hacer con el regalo musical con que ella le había obsequiado.

—He vacilado —continuó *Lady* Edward en el mismo tono deliberadamente íntimo— entre la Música del agua, de Haendel, y la *Suite* en *si menor*, con Pongileoni. Entonces me acordé de *usted* y me decidí por Bach.

Sus ojos captaron la expresión de embarazo que reflejaba el rostro bermejo del general.

—Ha sido usted realmente muy amable —protestó él—. Yo no pretendo ser muy entendido en música. Pero sí sé lo que me gusta, sí sé lo que me gusta.

Esta frase pareció darle confianza. Carraspeó y comenzó de nuevo:

—Lo que yo digo siempre es que…

—Y ahora —concluyó, triunfante, *Lady* Edward—, permítanme presentarles a Mr. Babbage, un verdadero experto en lagartijas, que colabora con mi marido. Mr. Babbage… el general Knoyle… el coronel Pilchard.

Les hizo una sonrisa final y desapareció.

—¡Bien, el diablo me lleve! —exclamó el general.

Y el coronel dijo que *Lady* Edward era un terror sagrado.

—Uno de los más sagrados —aprobó Illidge en tono sentido.

Los dos militares lo contemplaron por un momento y decidieron que, venida de una persona tan manifiestamente fuera de su esfera, esta apreciación era una impertinencia. Los buenos católicos podrán gastarse sus bromitas a costa de los santos y los hábitos del clero, pero se sienten ultrajados por las mismas bromas cuando parten de labios infieles. El general no hizo ningún comentario verbal, y el coronel se contentó con expresar su desaprobación por su modo de portarse. Pero la forma en que se volvieron uno hacia el otro y continuaron su interrumpida conversación sobre caballos de carrera, como si estuvieran solos, era tan intencionalmente ofensiva, que Illidge tuvo ganas de darles puntapiés.

* * *

—¡Lucy! ¡Chiquilla!

—¡Tío John!

Lucy Tantamount se volvió para sonreír a su tío adoptivo. Era una joven de mediana estatura, delgada como su madre, pelo negro y corto, retinto de grasa y peinado hacia atrás desde la frente. Pálida por naturaleza, no usaba colorete. Solo sus labios delgados estaban pintados de rojo y llevaba un cerquillo azul en los ojos. Un vestido negro acentuaba la blancura de sus brazos y de sus hombros. Hacía más de dos años que había muerto Henry Tantamount, pues Lucy se había casado con su primo segundo. Pero llevaba todavía luto, al menos por la noche, con luz artificial. El negro le sentaba muy bien.

—¿Cómo está usted? —agregó, pensando, al pronunciar las palabras, que su tío John comenzaba a parecer muy viejo.

—Acabando —dijo John Bidlake, y la tomó familiarmente del brazo, asiéndola justamente por encima del codo con una manaza de venas azules—. Sírvame usted de excusa para ir a cenar. Tengo un hambre de lobo.

—Pero yo no la tengo.

—No importa —dijo el viejo Bidlake—. Mi necesidad es más apremiante que la suya, como tan justamente observó *sir* Philip Sidney.

—Pero si yo no quiero comer…

Lucy no admitía que la dominaran ni que se la condujera, en vez de conducir ella. Pero el tío John era demasiado fuerte para ella.

—Comeré yo solo —declaró— las dos partes.

Y riendo jovialmente siguió con ella hacia el comedor.

Lucy abandonó la lucha. Avanzaron, ladeándose, a través del público. Manchada, amarilloverdosa, la orquídea que John Bidlake llevaba en el ojal parecía la cabeza de una serpiente con la boca abierta. El monóculo brillaba sobre su ojo.

—¿Quién es ese viejo que va con Lucy? —preguntó Polly Logan al verlos pasar.

—Es el viejo Bidlake.

—¿Bidlake? ¿El hombre que… que pintó los cuadros?

Polly habló con vacilación, en el tono de quien se da cuenta de las lagunas de su educación y teme cometer un error ridículo.

—¿Se refiere usted a ese Bidlake?

Su compañera asintió con la cabeza. Ella se sintió muy aliviada.

—Vaya —continuó, arqueando las cejas y abriendo mucho los ojos—, y yo que siempre me había figurado que era un pintor antiguo. Pero debe de andar ya por los cien años, ¿no?

—Seguramente.

Norah no llegaba tampoco a los veinte.

—Hay que admitir —reconoció generosamente Polly— que no los representa. Tiene todavía el aspecto de un león, o de un *dandy*, o de un Beau Brummel, o de lo que las gentes fuesen en la época de su juventud.

—Se ha casado cerca de quince veces —dijo Norah.

Este fue el momento en que Hugo Brockle se armó de valor para presentarse.

—¿No se acuerda usted de mí? Fuimos presentados desde nuestros cochecillos…

¡Qué idiotez! Hugo se sintió sonrojado de pies a cabeza.

El tercer y mejor cuadro de *Bañistas* de John Bidlake colgaba sobre la chimenea del comedor de Tantamount House. Era un cuadro alegre y animado, muy claro de tono, de colorido muy puro y brillante. Ocho bañistas rollizas y nacaradas se agrupaban en el agua y sobre el ribazo de un arroyo, de modo que formaban, con sus cuerpos y miembros en movimiento, una especie de guirnalda (completada arriba por el follaje de un árbol) en torno al centro de la tela. A través de esta corona de carne nacarada (pues hasta las caras eran solo carne sonriente, sin un rastro de espiritualidad que pudiera distraer la contemplación de las hermosas formas y sus relaciones) el ojo percibía un pálido y brillante paisaje de lomas onduladas y de nubes.

Con un plato en la mano, comiendo emparedados de caviar al lado de su compañera, el viejo Bidlake contemplaba su propia obra. Una emoción, en que se fundían la tristeza y la alegría, se apoderó de él.

—Es bueno —dijo—, es magnífico. Fíjese en cómo está compuesto. Equilibrio

perfecto, y, sin embargo, no tiene muestra de repetición ni de arreglo artificial.

Dejó por expresar los demás pensamientos y sensaciones que el cuadro había despertado en su espíritu. Eran demasiados y demasiado confusos para que se los pudiera encerrar fácilmente en palabras. Sobre todo, demasiado melancólicos; no quiso insistir sobre ellos. Alargó un dedo y tocó el aparador: era de caoba, madera pura.

—Fíjese en la figura de la derecha, que tiene los brazos levantados. —Continuaba su exposición técnica a fin de poder reprimir, de poder espantar los pensamientos indeseables —. Vea cómo hace equilibrio a la otra, grande y encorvada, de la izquierda. Como una larga palanca levantando una pesada carga.

Pero la figura con los brazos levantados era Jenny Smith, la modelo más hermosa que hubiese tenido jamás: encarnación de la belleza, encarnación de la estupidez y la vulgaridad. Una diosa mientras permanecía desnuda, cerraba la boca o se la cerraban a besos; pero ¡oh!, cuando la abría, cuando se ponía su vestido, sus espantosos sombreros… Bidlake se acordó de cuando la había llevado consigo a París. La había tenido que mandar de vuelta al cabo de una semana.

—Hay que ponerte un bozal, Jenny —le había dicho; y Jenny se había echado a llorar —. Había sido un error ir a París —continuó él—. Hay demasiado sol y demasiadas luces artificiales en París. La próxima vez iremos a Spitzberg, en invierno. Las noches duran allí seis meses.

Esto la había hecho llorar todavía más escandalosamente. La joven tenía tesoros de sensualidad así como de belleza. Más tarde se dio a la bebida y vino a menos; llegó a pedir limosna; iba al estudio a pedir y se bebía la caridad. Y al fin, lo que quedaba de ella murió. Pero la verdadera Jenny permaneció aquí, en el cuadro, con los brazos en alto y los pequeños senos erguidos por los músculos pectorales. Lo que restaba de John Bidlake, del Bidlake de hacía veinticinco años, estaba también en el cuadro. Existía todavía otro John Bidlake para contemplar su propio espectro. Pronto desaparecería también él. Y por lo demás, ¿era él el verdadero Bidlake, cuando la mujer hinchada y beoda que había muerto no era la verdadera Jenny? La verdadera Jenny vivía entre las bañistas nacaradas. Y el verdadero Bidlake, su creador, existía implícitamente en sus criaturas.

—Sí, es un buen cuadro —dijo de nuevo, al terminar su exposición, en tono dolorido; su rostro se había tornado triste contemplando el cuadro—. Pero, después de todo —añadió, tras una ligera pausa con una súbita explosión de risa voluntaria—, después de todo, todo lo que yo hago es bueno, extremadamente bueno.

Era un reto lanzado contra los estúpidos críticos, que habían visto un descenso en sus últimos cuadros; era un desafío a su propio pasado, al tiempo y a la vejez, al verdadero John Bidlake, que había pintado la verdadera Jenny y la había hecho callar a besos.

—Seguramente que es bueno —opinó Lucy, y se preguntó por qué la pintura del viejo había decaído tanto últimamente.

Esa última exposición… era deplorable. Por el contrario, él se había conservado relativamente joven. Aunque, desde luego, pensó ella mirándolo, había envejecido mucho durante los últimos meses.

—Así es —asintió él—. Así se habla.

—Aunque debo confesar —añadió Lucy para cambiar de tema— que sus bañistas me parecen siempre un insulto.

—¿Un insulto?

—Hablando como mujer… ¿Nos encuentra usted en realidad tan profundamente estúpidas como nos pinta?

—Sí, sí —preguntó otra voz—, ¿nos encuentra usted realmente tan tontas?

Era una voz intensa, enfática, y las palabras brotaron a borbotones, como si fueran forzadas a través de un estrecho conducto bajo la presión emocional.

Lucy y John Bidlake se volvieron para ver a Mrs. Betterton, voluminosa en su vestido gris paloma, con brazos (pensó el viejo Bidlake) como muslos, y cabellos que, en proporción a sus carnosas mejillas y barbilla, eran ridículamente cortos, rojizos y ensortijados. Su nariz, tan encantadoramente vuelta hacia arriba en los días en que él había montado el caballo negro y ella el caballo bayo, era ahora extravagante, una cosa ridícula fuera de lugar en el rostro de edad madura. El verdadero Bidlake había montado en su compañía poco antes de pintar esas bañistas. Ella había hablado de arte con una candorosa seriedad de colegiala, que Bidlake halló risible y encantadora. Él la había curado, recordó, de su pasión por Burne Jones: pero ¡ay!, no de su prejuicio en favor de la virtud. Ella le hablaba ahora con toda la seriedad de antaño, a la cual añadía cierta significativa sentimentalidad, como de persona que recuerda el pasado y quisiera cambiar reminiscencias a la vez que ideas generales. Bidlake tuvo que aparentar alegrarse de volverla a ver después de tantos años. Era extraordinario, pensó Bidlake al tomar su mano, lo bien que había conseguido evitar su encuentro: no recordaba haber hablado con ella más de tres o cuatro veces durante todo el cuarto de siglo que había convertido a Mary Betterton en un *memento mori*.

—¡Querida Mrs. Betterton! —exclamó él—. ¡Qué agradable sorpresa!

Pero Bidlake disimulaba muy mal su repulsión.

Y cuando ella lo llamó por su nombre de pila:

—Vamos, John, tiene que responder usted a nuestra pregunta —y llevó la mano al brazo de Lucy, para asociarla a su demanda, el viejo Bidlake se sintió positivamente indignado. La familiaridad de un *memento mori*… ¡era intolerable! Muy bien: le daría

una lección. Halló que la pregunta se prestaba bien a sus propósitos: reclamaba absolutamente una réplica descortés. Mary Betterton tenía pretensiones intelectuales, era extremadamente susceptible de alma. Recordando esto, el viejo Bidlake afirmó que no había conocido jamás una mujer que tuviera nada de valer fuera de un talle y un par de piernas. Algunas, añadió significativamente, carecían hasta de estos atributos indispensables. Cierto que muchas de ellas tenían rostros interesantes; pero eso nada significaba. Los sabuesos, dijo, tienen un aire de jueces llenos de sabiduría; al rumiar, los bueyes parecen meditar sobre los problemas de la metafísica; la manta parece como si estuviera rezando: pero estas apariencias son totalmente falsas. Lo mismo ocurría con las mujeres. Bidlake había preferido pintar sus bañistas sin máscaras, lo mismo que sin ropas; darles rostros que fuesen meras extensiones de sus cuerpos encantadores y no símbolos engañosos de una espiritualidad inexistente. Esto le parecía a él más realista, más fiel a los hechos fundamentales. Sintió que, mientras hablaba, le volvía el buen humor, y, al volverle, su antipatía hacia Mary Betterton pareció desvanecerse. Cuando se halla uno en buen temple de espíritu los memento morí cesan de evocar recuerdos.

—John, es usted incorregible —dijo Mrs. Betterton con indulgencia: y se volvió, sonriente, hacia Lucy—. Pero él no cree una palabra de cuanto dice.

—Al contrario, yo diría que se halla persuadido de todo —objetó Lucy—. He observado que los hombres muy amantes de las mujeres son precisamente los que expresan mayor desprecio hacia ellas.

El viejo Bidlake se echó a reír.

—Porque son ellos los que las conocen más íntimamente.

—O acaso porque se resienten de nuestro poder sobre ellos.

—Pero yo le aseguro —insistió Mrs. Betterton— que no cree una palabra. Lo he conocido antes de que usted naciera, amiga mía.

La alegría desapareció del rostro de Bidlake. El *memento mori* le hizo de nuevo una mueca de burla detrás de la floja máscara de Mary Betterton.

—Acaso fuese entonces diferente —dijo Lucy—. Debe de haberse contagiado el cinismo de la última generación. Nuestra compañía es muy peligrosa, tío John. Ándese usted con cuidado.

Lucy había levantado una de las liebres favoritas de Mrs. Betterton, la cual se lanzó encarnizadamente en su persecución.

—Es la educación —explicó—. En nuestros días se educa estúpidamente a los niños. No es extraño que sean cínicos. —Mrs. Betterton continuó con elocuencia. Se les daban demasiadas cosas, y demasiado pronto, a los niños. Se les saciaba de diversiones, se les avezaba a todos los placeres desde la cuna—. Yo no he visto jamás el interior de un teatro

hasta los dieciocho años —declaró con orgullo.

—¡Pobre señora mía!

—Yo comencé a ir a los seis —dijo Lucy.

—Y los bailes… —continuó Mrs. Betterton—. El baile de casa… ¡qué sensación! Porque solo ocurría una vez al año.

Y citó a Shakespeare:

* * *

Por tanto, son las fiestas tan raras y solemnes,
Pues que de tarde en tarde tan solo se presentan,
Por el año espaciadas como piedras preciosas…

* * *

—¡En nuestros días las fiestas forman collares de perlas!

—¡Y falsas, además! —dijo Lucy.

Mrs. Betterton se sintió triunfante.

—Falsas, ¿verdad? Pero para nosotros eran auténticas, porque eran raras. Nosotros no hemos «embotado la aguda punta del placer poco frecuente» con el uso diario. Actualmente, la juventud se halla aburrida y cansada del mundo antes de llegar a la mayoría de edad. El placer demasiado repetido produce la insensibilidad; no se lo siente como placer.

—¿Y cuál es su remedio? —preguntó Bidlake—, si es que le está permitido a un simple fiel hacer preguntas —añadió irónicamente.

—¡Ah, miserable! —exclamó Mrs. Betterton en un tono forzadamente festivo; luego, tornándose seria—: El remedio —continuó— consiste en menos diversiones.

—Pero yo no quiero que haya menos —objetó John Bidlake.

—En ese caso —dijo Lucy—, es preciso que sean, progresivamente, más fuertes.

—¿Progresivamente? —repitió Mrs. Betterton—. Pero ¿dónde iría a parar esa clase de progreso?

—¿En las corridas de toros? —sugirió John Bidlake—. ¿O en los combates de gladiadores? ¿O acaso en las ejecuciones públicas? ¿O en las diversiones del marqués de Sade? ¿Dónde?

Lucy se encogió de hombros.

—¿Quién sabe?

* * *

Hugo Brockle y Polly se estaban peleando ya.

—Para mí —decía Polly con el rostro encendido de cólera— es indigno hacer la guerra a los pobres.

—Pero los Libres no hacen la guerra a los pobres.

—Sí la hacen.

—No la hacen —dijo Hugo—. Lea los discursos de Webley.

—Yo no leo más que las reseñas de sus actos.

—Pero estos están de acuerdo con sus palabras.

—No están.

—Sí están. A lo único que se opone él es a la dictadura de una clase.

—De la clase pobre.

—De cualquier clase —insistió Hugo en tono encarecido—. Ese es el fondo de su doctrina. Las clases deben ser igualmente fuertes. Una clase obrera vigorosa que reclama aumento de salarios mantiene activa a la clase media profesional.

—Sí… como las pulgas a los perros —aventuró Polly, y se echó a reír, recobrando de golpe su buen humor.

Cuando se le ocurría un pensamiento risible no podía contener jamás su deseo de expresarlo, aun en los casos en que se la suponía seria o, como en el presente, airada.

—Es preciso que las clases medias sean inventivas y amantes del progreso —continuó Hugo, luchando con las dificultades de una exposición lúcida—. De otro modo no podrían pagar a los obreros lo que estos reclaman, ni realizar beneficios para ellas mismas. Y, al mismo tiempo, una fuerte e inteligente clase media es beneficiosa para los obreros, porque obtienen así buenos guías y buena organización. Lo cual quiere decir mejores salarios, paz y felicidad.

—Amén —dijo Polly.

—De suerte que la dictadura de una clase es un absurdo —continuó Hugo—. Webley quiere conservar y fortalecer todas las clases. Quiere que vivan en un estado de tensión, de modo tal que el Estado se mantenga equilibrado por el hecho de que cada uno tire con todas sus fuerzas del lado que le corresponde. Dicen los científicos que lo mismo ocurre con los diferentes órganos del cuerpo. Viven en un estado —vaciló, los colores le saltaron a la cara— de simbiosis hostil.

—¡Diantre!

—¡Perdón! —dijo Hugo con humildad.

—Sin embargo —dijo Polly—, no quiere concederles el derecho a la huelga.

—Porque las huelgas son estúpidas.

—Está contra la democracia.

—Porque la democracia permite que suban al Poder gentes abominables. Él quiere que gobiernen los mejores.

—Él mismo, por ejemplo —dijo Polly sarcásticamente.

—Bien… ¿por qué no? ¡Si supiera usted qué tipo más extraordinario es él!

—Hugo cobró entusiasmo; desde hacía tres meses era uno de los tenientes de Webley.

—¡Jamás me he encontrado otro como él!

Polly escuchó, sonriente, el desbordamiento de su entusiasmo. Se sentía vieja y superior. En el colegio, ella misma había sentido y hablado de este modo respecto de la maestra de economía doméstica. A pesar de todo, lo estimaba por mostrarse tan leal.

V

Una selva de infinitos árboles y enredaderas colgantes: así se presentaban siempre las fiestas a la imaginación de Walter Bidlake. Una selva de ruidos; y él estaba perdido en la selva y trataba de abrirse paso a través de la enmarañada exuberancia. Las personas eran las raíces de los árboles, y sus voces eran los troncos, las ramas flexibles, los festones de jagüeyes… Sí, y hasta los loros y los gárrulos monos.

Los árboles se elevaban hasta el techo, desde donde tornaban, como los mangles, hacia el suelo. Pero en este salón, pensó Walter, en esta combinación de patio romano y de la Palm House de Kew, la vegetación de sonidos que subía sin interrupción a la altura de tres pisos hallaría impulso suficiente para hacer saltar el frágil techo de cristal que los separaba de la noche exterior.

Se los representó ascendiendo más y más, hacia el cielo, como el mágico tallo de judías de Matagigantes. Elevándose progresivamente, cargados de orquídeas y brillantes cacatúas, a través de la perenne bruma de Londres, hasta el claro de luna transparente más allá del humo. Se los imaginó balanceándose allá arriba bajo la luna, últimas y tenues ramitas aéreas de ruido. Aquella carcajada, por ejemplo, aquel grueso estallido de risa que partía del gordinflón de la izquierda, se remontaría a lo alto disminuyendo gradualmente, hasta que no fuese más que un delicado retintín allá arriba bajo la luna. Y todas estas voces (¿qué decían?… «ha hecho un discurso excelente…», «… no tiene usted idea de lo bien que se siente una con estas fajas de goma: hay que probarlas…», `… qué pelmazo… «… se fugó con el chofer…»), todas estas voces, ¡qué débiles y exquisitas serían allá arriba! Pero, entretanto, aquí abajo… ¡Oh, qué fatuas, chillonas, estúpidas y vulgares! Mirando por encima de los que lo rodeaban, se topó con Frank Illidge, solo, apoyado en una columna. Su actitud y su sonrisa eran byronianas, a la vez hastiadas y desdeñosas: miraba en derredor con una lánguida expresión de esparcimiento, como si contemplara las bufonadas de un grupo de monos. Por desdicha, pensó Walter mientras se abría paso entre la concurrencia hacia él, el pobre Illidge carecía de la psique que se requería para hacer un papel de hombre byronianamente superior. Los satíricos románticos debían ser altos, de movimientos lentos, bellos y graciosos. Illidge era pequeño, vivo y espasmódico. ¡Y qué rostro más cómico! Como el de un pillo de calle, con su nariz remangada y la ancha hendidura de su boca; un rostro de pilluelo muy inteligente, muy astuto, pero sin tener precisamente esa cualidad que se requiere para ser lánguidamente desdeñoso. Además, ¿cómo es posible hacer el papel de hombre superior con la cara llena de pecas? A Illidge le daban un cutis color de arena. Con esta coloración protectora, sus ojos de arena parda, sus cejas y sus pestañas de arena anaranjada se fundían en la piel a corta distancia, como se

disuelve un león en la selva. Visto del otro lado de un salón, su rostro parecía como sin rasgos ni mirada, como el rostro de una estatua tallada en piedra arenisca. ¡Pobre Illidge! Su actitud byroniana le daba un aire más bien ridículo.

—¡Hola! —dijo Walter al acercarse lo suficiente para que sus palabras llegaran a él: se dieron la mano—. ¿Cómo va la ciencia?

—«¡Qué estúpida pregunta!», pensó Walter al pronunciar las palabras.

Illidge se encogió de hombros.

—Menos de moda que las artes, a juzgar por esta tertulia. —Illidge volvió la vista en derredor—. He visto esta noche la mitad de las firmas de las secciones de letras y pintura del Anuario Social. Esto apesta a arte.

—¿No es acaso más bien un consuelo para la ciencia? —dijo Walter—. A las artes no les gusta estar de moda.

—¿Ah, no? ¿Y por qué está usted entonces aquí?

—¿Por qué, en efecto?

Walter cortó la pregunta con su risa. Miró en derredor, preguntándose adónde habría ido Lucy. No la había visto desde que cesara la música.

—Ha venido usted a dárselas de guapo y a que le pasen la mano —dijo Illidge, tratando de tomar un poco de desquite; el recuerdo de aquel resbalón en la escalera, del poco interés que había mostrado *Lady* Edward por las lagartijas, de la insolencia de los caballeros militares, estaba todavía enconado—. Fíjese usted en esa joven de cabello oscuro y rizoso, con vestido de plata, aquella que parece una negra blanca. ¿Qué opina usted, por ejemplo, de ella? Sería agradable hacerse acariciar por una cosa como esa, ¿no?

—¿Ah, cree usted?

Illidge rio.

—Ah, se dedica usted al gran género filosófico, ¿verdad? Pero admita usted, querido amigo, que es todo farsa. Yo mismo me dedico a él, de modo que tengo que saberlo. Para hablarle con franqueza, yo les envidio a ustedes, los mercaderes de arte, su éxito. Me pone verdaderamente furioso el ver a un escritorzuelo estúpido y medio cretino…

—Como yo, por ejemplo…

—No; usted está por encima de esos —concedió Illidge—. Pero cuando veo que un miserable escribidor con un décimo de mi inteligencia gana dinero a montones y las mujeres lo llenan de caricias, mientras que a mí se me menosprecia, entonces hay veces que me torno furioso.

—Debería considerarlo usted un cumplido. Si ellas nos arrullan con sus caricias es porque se hallan en estado de comprender, más o menos, lo que nosotros hacemos. Pero no lo comprenden a usted; usted está por encima de ellas. Su desdén es un cumplimiento

al espíritu de usted.

—Tal vez; pero es más que un insulto a mi cuerpo. —Illidge se daba dolorosamente cuenta de su aspecto físico. Sabía que era feo y falto de distinción. Y sabiéndolo gustaba de recordarse esta verdad desagradable, como el que, teniendo dolor de dientes, se lleva constantemente el dedo a la región dañada tan solo para asegurarse de que le sigue doliendo todavía—. Si yo tuviera el aspecto de ese enorme zopenco de Webley no me desdeñarían, aun cuando mi espíritu fuese como el de Newton. Pero el hecho es que —dijo, dando un fuerte tirón esta vez al diente dañado— yo parezco un anarquista… ¡Usted sí tiene suerte! Usted tiene el aire de un caballero o al menos, de un artista. No puede usted imaginarse lo pesado que resulta tener el aspecto de un intelectual de las clases inferiores —el diente respondía con tortura: Illidge tiró con más fuerza todavía—. El mal no está sólo en que las mujeres lo menosprecien a uno… al menos *estas mujeres*. Esto ya es bastante lamentable. Pero la policía rehúsa desdeñarle a uno: la policía se interesa por uno con una terrible indiscreción. Puede usted creerlo: yo he sido arrestado dos veces, tan solo porque me parezco a esos tipos que fabrican máquinas infernales.

—No está mal la historia —dijo Walter escépticamente.

—Pero es cierta, se lo juro. La primera vez ocurrió aquí, en este mismo país. Cerca de Chesterfield. Había huelga de mineros. Yo me hallaba, casualmente, presenciando una refriega entre huelguistas y esquiroles. A la policía no le gustó mi cara y me echó mano. Trabajo me costó desprenderme de sus garras. La otra vez fue en Italia. Creo que alguien había atentado contra Mussolini. Fuese lo que fuese, el caso es que una banda de «bravi» con camisa negra me hizo bajar del tren en Génova y me cacheó de pies a cabeza. ¡Intolerable! Y todo, simplemente, a causa de mi rostro subversivo.

—El cual corresponde, después de todo, a sus ideas.

—Sí, pero la cara no es prueba de convicción: la cara no es un crimen. Aunque sí… —agregó a modo de paréntesis— ciertas caras son, en efecto, crímenes. ¿Conoce usted al general Knoyle? —Walter asintió con la cabeza—. La suya es una ofensa capital. Un hombre como ese no se merece menos que la horca. ¡Cristo! ¡Cómo me gustaría matarlos a todos ellos! (¿No había resbalado él en la escalera y sido desairado por un estúpido carnicero de hombres?). —¡Qué odiosos los ricos! ¡Cómo los detesto! ¿No cree que son horrorosos?

—¿Más horrorosos que los pobres?

El recuerdo del cuarto del enfermo Wetherington le hizo avergonzarse casi súbitamente de su pregunta.

—Sí, sí. Hay algo peculiarmente vil, innoble y corrompido en los ricos. El dinero produce una especie de insensibilidad gangrenosa. Es inevitable. Jesús lo comprendió.

Aquel pasaje acerca del camello y el ojo de la aguja es la simple exposición de un hecho verdadero. Y recuerde aquel otro pasaje acerca del amor al prójimo. Si sigo por este camino me tomaría usted por un cristiano —añadió a modo de excusa—. Pero hay que dar al César… Jesús tenía buen sentido; sabía comprender las cosas. El trato de buena vecindad es la piedra de toque para conocer a los ricos. Los ricos no tienen vecinos.

—Pero, diablos, no son anacoretas.

—Pero no tienen vecinos en el sentido en que los tienen los pobres. Cuando mi madre tenía que salir, la vecina de la derecha, Mrs. Cradock, cuidaba de nosotros los chiquillos. Y mi madre hacía lo mismo por ella, cuando Mrs. Cradock tenía que salir a su vez. Cuando alguno se rompía una pierna o perdía su empleo, los demás le ayudaban con dinero y provisiones. ¡Recuerdo muy bien el día en que, siendo aún muy pequeño, se me envió por la aldea en busca de la enfermera, porque la joven Mrs. Foster, nuestra vecina de la izquierda, había sentido de pronto los dolores del parto antes de lo que había calculado! Cuando se vive con menos de cuatro libras a la semana, no le queda a uno más remedio que portarse como cristiano y amar a su vecino. Desde luego, no se puede aislar uno de él; lo lleva uno del brazo, por así decir. No vale desconocer su existencia con filosofías ni refinamientos. No hay término medio: se ama o se odia; y, a fin de cuentas, es preferible tratar de amar al vecino, porque puede ocurrir que necesite uno su ayuda en un caso apurado, y que él necesite la nuestra; y esto, a veces, con tanta urgencia, que no es posible rehusarla. Y puesto que *debe* uno prestarla ya que, si es uno un ser humano, no podrá negarse a hacerlo, será mejor hacer un esfuerzo por amar a la persona que, de todos modos, está obligado a auxiliar.

Walter asintió con la cabeza.

—Es evidente.

—Pero ustedes los ricos —continuó el otro—, ustedes no tienen verdaderos vecinos. Ustedes no ejecutan jamás un acto de buena vecindad ni esperan que sus vecinos tengan para ustedes el pago de una buena atención. No es necesario. Ustedes pueden pagar a las gentes para que se ocupen de sus cosas. Ustedes pueden alquilar criados para que les finjan benevolencia mediante tres libras mensuales y la comida. No necesitan que Mrs. Cradock, la vecina de al lado, se encargue de sus niños mientras permanecen ustedes fuera. Tienen ustedes niñeras e institutrices que lo hacen por dinero. No; en general, ni siquiera tienen ustedes conciencia de sus vecinos. Viven alejados de ellos. Cada uno vive aislado en su propia casa secreta. Puede ocurrir no importa qué tragedia detrás de los postigos; los vecinos de al lado no se enteran de nada.

—¡A Dios gracias! —exclamó Walter.

—¡Pues sí que pueden ustedes darle las gracias! El aislamiento es un lujo enorme. Muy

agradable, estoy de acuerdo. Pero el lujo se paga. Las personas no se conmueven por los infortunios que desconocen. La ignorancia es una dicha insensible. En una calle pobre no se puede ocultar la desgracia. La vida es demasiado pública. Los sentimientos de buena vecindad permanecen en constante ejercicio. Pero los ricos no tienen jamás ocasión de conducirse como buenos vecinos con sus iguales. Lo más que pueden hacer es sentir una sensiblera compasión hacia los sufrimientos de sus inferiores, que jamás pueden llegar a comprender, y mostrarles una protectora condescendencia. ¡Horrible! Y eso es, sin embargo, lo mejor que pueden hacer. Cuando hacen lo peor son… como esto —señalando el salón lleno de gente—. Son… *Lady* Edward, ¡el último círculo del infierno! Son… su hija.

Illidge hizo una mueca y se encogió de hombros. Walter escuchaba con tensa y torturada atención.

—Condenada, arruinada, irrevocablemente corrompida —continuó Illidge como un profeta acusador.

Solo había hablado una vez con Lucy Tantamount, y eso casualmente y por un momento. Ella apenas había parecido darse cuenta de su presencia.

Era cierto, pensó Walter. Lucy se merecía, en efecto, todos los adjetivos que las gentes, con envidia o desaprobación, le aplicaban; y sin embargo era el más exquisito y maravilloso de los seres. Sabiéndolo todo, Walter podía escuchar cuanto se pudiera decir acerca de ella. Y cuanto más atroces eran las palabras, más desesperadamente la amaba él. *Credo quia absurdum. Amo quia turpe, quia indignum*…

—¡Qué podredumbre! —continuó Illidge con grandilocuencia—. La flor consumada de nuestra encantadora civilización: he ahí lo que es ella. La imitación refinada y perfumada de un salvaje o de un animal. A eso vienen a parar la mayoría de los que disponen de ocios y dinero.

Walter escuchaba con los ojos cerrados, pensando en Lucy. «La imitación perfumada de un salvaje o de un animal». Estas palabras eran verdaderas y le torturaban; pero Walter la amaba todavía más a causa del tormento y a causa de la odiosa verdad.

—Bueno —dijo Illidge con voz cambiada—, tengo que ir a ver si el viejo quiere seguir trabajando esta noche. Generalmente no suspendemos el trabajo hasta la una y media o las dos. Es un tanto agradable vivir al revés, como hacemos nosotros. Dormir hasta mediodía y comenzar a trabajar después del té. Sí, realmente muy agradable. —Le tendió la mano—. Hasta luego.

—Tenemos que cenar juntos una noche —dijo Walter sin gran convicción.

Illidge asintió con la cabeza.

—Nos pondremos de acuerdo uno de estos días —dijo; y desapareció.

Walter se abrió paso, ladeándose, a través del gentío, con la mirada escrutadora.

* * *

Everard Webley había llevado a Lord Edward a un rincón y trataba de persuadirlo de que prestara su apoyo a los Ingleses Libres.

—Pero si es que a mí no me interesa la política —protestaba el viejo con voz ronca—. A mí no me interesa la política… —Repetía, obstinado, terco como una mula, la misma frase, no importa lo que Webley dijese.

Webley se mostró elocuente. Los hombres de buena voluntad, los hombres que contaban con intereses en el país tenían el deber de unirse para resistir las fuerzas de destrucción. No era solo la propiedad, no eran solo los intereses materiales de una clase los que estaban amenazados; lo estaban también la tradición inglesa, la iniciativa personal, la inteligencia y la distinción natural de toda especie. Los Libres se habían agrupado para oponerse a la dictadura de los imbéciles; estaban armados para defender la individualidad contra el hombre de la masa, contra la turba; luchaban por el reconocimiento de la superioridad natural en todas las esferas. Sus enemigos eran muchos y muy activos.

Pero un hombre prevenido vale por dos; cuando se veían asomar los bandidos se formaba en orden de batalla y se requerían las espadas. (Webley tenía debilidad por las espadas; llevaba una cuando los Ingleses Libres formaban en parada; sus discursos estaban llenos de ellas; su casa, erizada de panoplias). Hacía falta organización, fuerza, disciplina. La batalla no podía librarse ya constitucionalmente. Los métodos parlamentarios eran perfectamente adecuados cuando los dos partidos estaban de acuerdo acerca de los principios fundamentales, y solo discrepaban respecto a detalles insignificantes. Pero cuando los principios fundamentales estaban en peligro no se podía permitir que la política continuase siendo tratada como un juego parlamentario. Había que recurrir a la acción directa o a su amenaza.

—Yo he estado cinco años en el Parlamento —dijo Webley—. El tiempo suficiente para convencerme de que el parlamentarismo no tiene nada que hacer en nuestra época. Es como querer apagar el fuego con palabras. Inglaterra solo puede ser salvada por la acción directa. Cuando esté salvada, podremos volver a pensar en el Parlamento. (Y tendrá que ser algo muy diferente de esta ridícula colección de ricos elegidos por el populacho). Entretanto, no queda sino prepararse para la lucha. Y, preparándonos para la lucha, es posible que obtengamos una victoria pacífica. Es la única esperanza. Créame a mí, Lord Edward, es la única esperanza.

Hostigado, como un oso en una fosa atacado por los perros, Lord Edward se volvía,

inquieto, de uno a otro lado, haciendo girar su encorvado cuerpo a partir de los ijares.

—Pero si a mí no me interesa la pol…

Estaba demasiado agitado para poder concluir la palabra.

—Pero aunque no le interese a usted la política —continuó Webley persuasivamente—, debe interesarle a usted su fortuna, su posición, el porvenir de su familia. No olvide que todo eso se derrumbará en la destrucción general.

—Sí, pero… No… —Lord Edward se desesperaba—. Yo… A mí no me interesa el dinero.

Una vez, hacía varios años, el procurador a quien había confiado todas las gestiones de sus negocios vino a verlo, a pesar del mandato expreso de Lord Edward de que no se le molestase jamás con asuntos de negocios, para consultarle acerca de ciertas inversiones. Había más de ochenta mil libras disponibles. Lord Edward fue arrancado de las ecuaciones fundamentales de la estática de los sistemas vivientes. Al conocer la frívola causa de la interrupción, el viejo, ordinariamente apacible, se tornó de tal modo furioso, que no se le conocía. Mr. Figgis, que tenía una voz vigorosa y unos modales plenos de confianza en sí mismo, se había acostumbrado, en el curso de las entrevistas precedentes, a hacer siempre las cosas a su modo. La furia de Lord Edward lo llenó de asombro y de terror. Era como si, en su cólera, el viejo hubiera regresado súbitamente por atavismo al pasado feudal y recordara que era un Tantamount hablando con un siervo mercenario. Había dado órdenes; estas órdenes habían sido desobedecidas y se había violado sin causa justificable su intimidad. Esto era intolerable. Si otra vez volvía a ocurrir una cosa semejante, Lord Edward confiaría sus asuntos a otro procurador. Y con esto le deseó a Mr. Figgis muy buenas tardes.

—A mí no me interesa el dinero —repitió ahora.

Illidge, que se había acercado y daba vueltas en derredor, aguardando la ocasión de dirigirse al viejo, percibió esta observación y se echó a reír interiormente. «¡Ah, estos ricos! —pensó—. ¡Estos cochinos ricos!». Todos eran iguales.

—Pero si no es por usted —insistió Webley, atacando desde otro sector—, que sea por la civilización, por el progreso.

Lord Edward se sobresaltó al oír esta palabra.

Había tocado un gatillo, soltando un raudal de energía.

—¡El progreso! —repitió, y el acento de angustia y turbación se transformó en un tono confiado—. ¡El progreso! Ustedes los políticos no se cansan de hablar de él. Como si fuera a durar… indefinidamente. Más autos, más niños, más provisiones, más anuncios, más dinero, más de todo, para siempre. Debería tomar usted unas cuantas lecciones de mi especialidad: la biología física. ¡El progreso, verdaderamente!… ¿Qué piensan hacer

ustedes, por ejemplo, con el fósforo?

Esta pregunta era una acusación personal.

—Pero todo esto está fuera de la cuestión.

—Al contrarío —replicó Lord Edward—, es la única cuestión.

Su voz se había hecho fuerte y severa. Habló con un grado de coherencia mucho mayor que el ordinario. El fósforo había hecho de él un hombre nuevo: tenía una opinión sólidamente cimentada acerca del fósforo y, sintiéndose firme, estuvo firme. El oso acosado se había convertido en atacante.

—Con su agricultura intensiva —continuó— están ustedes exprimiendo simplemente el fósforo de la tierra. Más de la mitad del uno por ciento anual desaparece completamente de la circulación. Y luego, ¡qué manera de despilfarrar cientos de miles de toneladas de anhídrido fosfórico por los albañales! Lo envían ustedes tranquilamente al mar. Y a esto llaman ustedes progreso. ¡Sus modernos sistemas de alcantarillado! —Su voz tenía un tono abrumadoramente despectivo—. Deberían ocuparse ustedes en devolverlo al lugar de donde viene: a la tierra. —Lord Edward agitó un dedo tendido en signo de amonestación y frunció el entrecejo—. A la tierra, se lo digo yo.

—Pero nada tiene que ver conmigo todo esto —protestó Webley.

—Pues debería tenerlo —contestó severamente Lord Edward—. Ahí está precisamente el mal de ustedes los políticos. No piensan ustedes siquiera en las cosas más importantes. Hablan de progreso y de sufragio y de bolcheviquismo y dejan perder anualmente un millón de toneladas de anhídrido fosfórico en el mar. Eso es idiota, eso es criminal, eso es… tocar el arpa mientras se quema Roma. —Vio que Webley abría la boca para hablar y se apresuró a anticipar lo que se figuró sería una objeción—. Usted cree sin duda —dijo— que pueden compensar esta pérdida por medio de las rocas de fosfato. Pero ¿qué van ustedes a hacer cuando se hayan agotado los depósitos? —Y hurgó con el dedo la pechera de Everard—. Entonces, ¿qué? Dentro de doscientos años se habrán terminado. Usted se figura que somos progresivos porque vivimos de nuestro capital. Los fosfatos, el carbón, el petróleo, el salitre: a despilfarrarlo todo. Tal es su política. Y entretanto dan vueltas en derredor y tratan de ponernos la carne de gallina hablando de revoluciones.

—Pero ¡Cristo! —dijo Webley entre irritado y divertido—, su fósforo puede aguardar. Este otro peligro es inminente. ¿Desea usted una revolución política y social?

—¿Reducirá la población y pondrá frenos a la producción? —preguntó Lord Edward.

—Por supuesto.

—Entonces yo deseo, ciertamente, una revolución. —El viejo pensaba en términos geológicos y no temía a las conclusiones lógicas—. Sí, ciertamente.

Illidge apenas podía contener la risa.

—Bueno, si esa es su opinión… —comenzó Webley; pero Lord Edward le salió al paso.

—El único resultado de su progreso —dijo— será que dentro de pocas generaciones se producirá una verdadera revolución, una revolución natural, cósmica. Ustedes están en camino de romper el equilibrio. Y al fin, la naturaleza lo restablecerá. Y el proceso será muy molesto para ustedes. Su caída será tan rápida como su ascensión. Más rápida, porque caerán en la bancarrota, habrán despilfarrado su capital. Un rico necesita cierto tiempo para realizar todos sus recursos. Pero cuando los ha realizado, poco le falta para morirse de hambre.

Webley se encogió de hombros. «¡Viejo lunático!», se dijo; y en voz alta:

—Las líneas paralelas no se encuentran jamás, Lord Edward. Así que le deseo a usted buenas noches.

Y siguió su camino.

Un minuto después el viejo y su auxiliar ascendían por la escalera triunfal hacia su mundo aparte.

—¡Qué alivio! —dijo Lord Edward al abrir la puerta de su laboratorio. Olfateó voluptuosamente el suave olor del alcohol absoluto en que conservaba las piezas anatómicas—. ¡Estas veladas! Gracias al cielo que vuelve uno a su ciencia. Y, no obstante, la música era realmente…

Su admiración no sabía expresarse.

Illidge se encogió de hombros. «Veladas, música, ciencia: distracciones para los ociosos. Se paga y se elige. Lo esencial es tener con qué pagar». Y rio con amargura.

Illidge odiaba más a los ricos por sus virtudes que por sus vicios. La glotonería, la pereza, la sensualidad y todos los productos más desagradables del ocio y de una renta asegurada… se los podía disculpar por ser deshonrosos. Pero el desinterés, la espiritualidad, la incorruptibilidad, la finura de sentimientos y la exquisitez de gusto… estas eran generalmente consideradas como cualidades dignas de admiración: he ahí por qué él las detestaba tan particularmente. Pues estas virtudes eran, según Illidge, tan fatalmente el producto de la riqueza como la saciedad y el desayuno a las once.

«Estos burgueses —criticaba— se pasan la vida brindándose mutuamente ramilletes por su desinterés: es decir, por tener suficiente de qué vivir sin verse forzados a trabajar ni a preocuparse por el dinero. Y luego hay otro ramillete más por poder permitirse rehusar una propina. Y otro más por tener dinero suficiente para comprar el aparato de un refinamiento cultural. Y todavía otro más por tener tiempo que consagrar al arte, a la lectura y al amor complicado y sibarítico. ¿Por qué no tienen la franqueza de decir, sin

embargo, lo que implícitamente dan a entender: a saber, que la raíz de toda su virtud consiste en una buena colocación de dinero asegurada al cinco por ciento?».

El solazado afecto que sentía por Lord Edward estaba atemperado por una contrariedad crónica al pensar que todas las virtudes morales e intelectuales del viejo, todos sus deliciosos absurdos y excentricidades solo eran posibles merced al estado verdaderamente escandaloso de su cuenta bancaria. Y esta desaprobación latente se agudizaba cada vez que oía los elogios, las expresiones de admiración y aun las burlas que los demás prodigaban a Lord Edward. Las risas, el afecto y la admiración le estaban permitidos a *él* porque comprendía y, por tanto, podía perdonar. Pero los demás no podían siquiera concebir que hubiese nada que perdonar. Illidge se apresuraba a informarlos:

—Si el viejo no fuera descendiente de expoliadores de monasterios —decía él a los que lo loaban o admiraban— estaría en el hospicio o en el manicomio.

Y, sin embargo, le profesaba un afecto sincero, admiraba sinceramente los talentos y el carácter del viejo. Pero se justificaba que el mundo no se diera cuenta. «Desagradable»: tal era el epíteto que se aplicaba generalmente al auxiliar de Lord Edward.

Pero el ser desagradable a los ricos, y a propósito de ellos, constituía a los ojos de Illidge no solo un placer, sino también un deber sagrado. Era un deber que tenía para con su clase, la sociedad en general, el porvenir, la causa de la justicia. Ni el propio viejo se libraba de sus efectos. No tenía más que soplar una palabra en favor del alma (pues que el viejo tenía lo que su auxiliar solo podía considerar como una pasión adúltera hacia la metafísica idealista) para que Illidge saltara contra él armado de un sarcasmo acerca de la filosofía capitalista y la religión burguesa. La menor muestra de aversión hacia los negociantes inflexibles, de indiferencia hacia los intereses materiales, de simpatía hacia los pobres, suscitaba inmediatamente una referencia, más o menos velada, pero siempre sarcástica, a los millones de los Tantamount. Había días (y, debido al resbalón en la escalera y al desaire del general, aquel era uno de ellos) en que una mera alusión a la ciencia pura hacía brotar un comentario irónico. Illidge era un biólogo entusiasta: pero como ciudadano con conciencia de clase tenía que admitir que la ciencia pura, así como el buen gusto y el fastidio, la perversidad y el amor platónico, es un producto del ocio y la riqueza. No tenía miedo a ser lógico ni aun a escarnecer a su propio ídolo. Repetía: «Tener con qué pagar. Eso es lo esencial».

El viejo miraba a su auxiliar con aire un tanto culpable. Estos reproches implícitos le producían una sensación penosa. Trató de cambiar de tema.

—¿Y nuestros renacuajos —preguntó—, los renacuajos asimétricos?

Tenían una cría de renacuajos incubados en huevos que habían sido conservados a una

temperatura anormalmente cálida de un lado y anormalmente fría del otro. Lord Edward se dirigió hacia el depósito de cristal en que estaban encerrados. Illidge lo siguió.

—«¡Renacuajos asimétricos! —repitió—. ¡Renacuajos asimétricos! ¡Qué refinamiento! Casi tan bueno como tocar a Bach en la flauta o ser buen catador de vinos».

Pensó en su hermano Tom, que tenía debilidad pulmonar y trabajaba con una máquina perforadora en una fábrica de automóviles, en Manchester. Recordó los días de colada y la piel rosada y llena de arrugas de las manos de su madre, reblandecidas a fuerza de permanecer en el agua.

«¡Renacuajos asimétricos!», repitió, y se echó a reír.

* * *

—Extraño —dijo Mrs. Betterton—, es extraño que un gran artista sea tan cínico.

En compañía de Burlap, ella prefería creer que John Bidlake había sentido, efectivamente, lo que decía. Discurriendo sobre cinismo, Burlap tenía pensamientos elevados, y Mrs. Betterton gustaba de tales pensamientos. Elevados también acerca de la grandeza, no menos que acerca del arte.

—Porque hay que admitir que es un gran artista.

Burlap asintió lentamente con la cabeza. No miraba rectamente hacia Mrs. Betterton, sino que desviaba la vista y la inclinaba hacia abajo, como si se dirigiera a algún minúsculo personaje, invisible para todos menos para él, que estuviera situado al lado de ella: acaso su demonio personal, una emanación de él mismo; un pequeño *Doppelgänger*. Burlap era un hombre de mediana estatura, encorvado y de paso un tanto torpe. Tenía el pelo oscuro, espeso y rizoso, y una tonsura natural del tamaño de una medalla se destacaba, rosa, en lo alto de su cabeza. Tenía ojos grises profundamente incrustados en las órbitas, nariz y barbilla prominentes, pero bien formadas, labios gruesos y boca bastante grande. Una mezcla, según el viejo Bidlake —que era un caricaturista verbal así como con el lápiz—, de un malvado cinematográfico y un San Antonio de Padua por un pintor barroco, de un Lothario fullero y un devoto en éxtasis.

—Sí, un gran artista —asintió él—, pero no uno de los más grandes.

Hablaba lenta y reflexivamente como consigo mismo. Toda su conversación era un diálogo consigo mismo o con aquel pequeño *Doppelgänger* que permanecía invisible al lado de las personas con las cuales se suponía que hablaba; Burlap estaba incesante y exclusivamente pagado de sí mismo.

—No uno de los más grandes —repitió lentamente.

Ocurría que acababa precisamente de escribir un artículo acerca de este tema, el arte,

para *El Mundo Literario* de la semana siguiente. Justamente a propósito de ese cinismo. Y se preguntó si debía citar sus propios escritos.

—¡Cuán cierto es eso!

El aplauso de Mrs. Betterton estalló un poco prematuramente; su entusiasmo estaba siempre en ebullición. Juntó las manos.

—*¡Cuán cierto!*

Mrs. Betterton miró el rostro desviado de Burlap y lo halló tan espiritual, tan bello en su género…

—¿Cómo es posible que un cínico sea un gran artista? —continuó Burlap, habiendo decidido declamar su artículo aun a riesgo de que ella lo reconociera, al verlo impreso, el jueves siguiente.

Y aun cuando lo reconociese, eso no borraría la impresión personal que produciría recitándolo. Sin embargo había dicho un diablo guasón «¡solo Dios sabe para qué quieres tú producir una impresión, si no es porque ella es rica y puede serte útil!». El diablo fue lanzado con un golpe de horquilla al lugar de donde venía. «Uno tiene sus responsabilidades —explicó apresuradamente un ángel—. No hay que ocultar la luz. Es preciso dejarla brillar, especialmente sobre gentes de buena voluntad». Mrs. Betterton estaba del lado de los ángeles; había que confirmar su lealtad.

—Un gran artista —continuaba Burlap en voz alta— es un hombre que sintetiza toda experiencia. El cínico comienza por negar la mitad de los hechos: el hecho del alma, el hecho de los ideales, el hecho de Dios. Y, sin embargo, nosotros tenemos conciencia de los hechos espirituales de modo tan directo e indubitable como de los hechos físicos.

—¡Exacto, exacto! —exclamó Mrs. Betterton.

—Es absurdo negar una u otra clase de hechos.

—«Absurdo es negarme a mí», dijo el demonio asomando la cabeza a la conciencia de Burlap.

—¡Absurdo!

—El cínico se limita a la mitad del mundo de experiencia posible. A menos de la mitad. Porque existen más experiencias espirituales que corporales.

—¡Infinitamente más!

—Podrá manejar muy bien su tema material. Bidlake, se lo concedo, lo hace. Tiene toda la habilidad de los artistas más consumados. O, al menos, la tenía.

—La tenía —suspiró Mrs. Betterton—. Cuando yo lo conocí por primera vez.

En lo cual iba implícito que había sido su influencia la que le había hecho pintar tan bien.

—Pero ha aplicado siempre sus facultades a algo pequeño. Lo que sintetiza en su arte

es limitado, relativamente poco importante.

—Eso es lo que siempre le he dicho yo —repuso Mrs. Betterton, reinterpretando los argumentos de su juventud acerca del prerrafaelismo a una nueva luz favorable a su reputación—. Considera a Burne-Jones, —solía decirle yo— el recuerdo de la risa desmesurada, rabelesiana, de John Bidlake retumbó en sus oídos.

—Y no es que Burne-Jones fuese un pintor particularmente notable —se apresuró a añadir—. (Pintaba, había dicho John Bidlake ¡y cómo se había indignado, cuán profundamente ofendida se había sentido ella!, como si no hubiera visto un par de nalgas en su vida). Pero sus asuntos eran nobles. Si tuviera usted sus sueños, solía decirle yo a Bidlake, si tuviera usted sus ideales, sería usted *verdaderamente* un gran artista.

Burlap inclinó la cabeza, sonriendo, para expresar su conformidad. Sí, ella está del lado de los ángeles, pensaba; necesita estímulo. Uno tiene su responsabilidad. El demonio guiñó el ojo. Había algo en su sonrisa, pensó Mrs. Betterton, que recordaba a un Leonardo o un Sodoma: algo misterioso, sutil, interior.

—Aunque tenga usted en cuenta —dijo regurgitando lentamente su artículo, frase a frase— que el asunto no hace la obra de arte. Whittier y Longfellow estaban atiborrados de grandes pensamientos. Pero lo que han escrito es una poesía bastante pobre.

—¡Cuán cierto!

—La única generalización que podemos aventurar es que las más grandes obras de arte han tenido grandes asuntos; y que las obras de asunto inferior, por acabadas que estén, no valen nunca…

—He ahí a Walter —dijo Mrs. Betterton, interrumpiendo a Burlap—. Errando como un alma en pena. ¡Walter! Walter se volvió al oír su nombre. La Betterton… ¡santo Dios! ¡Y Burlap! Walter esbozó una sonrisa. Pero Mrs. Betterton y su colega de *El Mundo Literario* eran lo que menos deseaba ver en aquel momento.

—Estábamos justamente discurriendo acerca de la grandeza en arte —explicó Mrs. Betterton—. Mr. Burlap decía cosas de gran *profundidad*.

Y comenzó a reproducirlas en beneficio de Walter. Entretanto, este se preguntaba por qué Burlap se habría mostrado tan frío, tan distante, tan cerrado y hasta tan hostil hacia él. Eso era lo que molestaba en Burlap. No se sabía jamás cómo acertarle la vena. O bien lo amaba a uno, o bien lo detestaba. Con él, la vida era una serie de escenas: escenas de hostilidad o, todavía más penoso según la opinión de Walter, escenas de afecto. De un modo o del otro, la emoción fluía constantemente. Apenas había algún intervalo, algún plácido remanso. La marea estaba siempre en movimiento. ¿Por qué se movía ahora hacia la hostilidad?

Mrs. Betterton continuó su exposición de profundidades. A Walter se le figuraban

curiosamente análogas a ciertos párrafos del artículo de Burlap cuyas pruebas había corregido aquella misma mañana para la impresión. Reproducido —en sucesivos estallidos de entusiasmo— de la reproducción verbal de Burlap, el artículo sonaba un tanto ridículo. Alboreó una luz. ¿Sería *aquella* la razón? Walter miró a Burlap. Su rostro estaba petrificado.

—Creo que tengo que dejarlos —dijo Burlap bruscamente cuando Mrs. Betterton hizo una pausa.

—¡Cómo! —protestó ella—. ¿Y por qué?

Burlap hizo un esfuerzo por sonreír con su sonrisa al modo de Sodoma.

—Estamos demasiado apegados al mundo —citó misteriosamente.

Gustaba de decir cosas misteriosas, dejándolas caer, como sorpresa, en medio de la conversación.

—Pero usted no está bastante apegado a nosotros —dijo, halagadoramente, Mrs. Betterton.

—Es el gentío —explicó él—. Después de cierto tiempo el pánico se apodera de mí. Tengo la sensación de que aplastan mi alma hasta matarla. Si me quedara, tendría que echarme a gritar.

Y partió.

—¡Qué hombre tan maravilloso! —exclamó Mrs. Betterton antes de que Burlap estuviera fuera del alcance de su voz—. Debe de ser muy agradable para usted trabajar con él.

—Es un buen director —dijo Walter.

—Pero yo me refería a su personalidad… ¿Cómo diré?… A su *calidad* espiritual.

Walter asintió con la cabeza y dijo «Sí» un tanto vagamente. La calidad espiritual de Burlap era precisamente aquello que no le producía mucho entusiasmo.

—En una época como la nuestra —continuó Mrs. Betterton— es un oasis en medio del desierto de la frivolidad y el cinismo estúpidos.

—Algunas de sus ideas son de primer orden —asintió Walter con precaución. Y se preguntó cómo podría escapar pronto y decorosamente.

* * *

—Ahí está Walter —dijo *Lady* Edward.

—¿Qué Walter? —preguntó Bidlake.

Llevados por las corrientes «sociales» se encontraban reunidos de nuevo.

—Su Walter.

—¡Oh, el mío!… —El asunto no le interesó mucho, pero siguió la dirección de su mirada—. ¡Qué yerbajo! —dijo Bidlake. Sentía aversión hacia sus hijos porque crecían; creciendo, lo empujaban hacia atrás, año tras año, hacia el abismo y las tinieblas. Allí estaba Walter; podía decirse que había nacido ayer. Y, sin embargo, el bribón debía de tener ya nada menos que veinticinco años.

—Pobre Walter: no trae muy buen semblante.

—Parece como si tuviera lombrices —dijo Bidlake ferozmente.

—¿Cómo va ese lamentable asunto en que se halla? —preguntó ella.

Bidlake se encogió de hombros.

—Como siempre, supongo.

—No he visto jamás a la mujer.

—Yo sí. Es espantosa.

—¿En qué sentido? ¿Vulgar?

—No, no. Ojalá lo fuera —protestó Bidlake—. Es distinguida, terriblemente distinguida. Y habla de este modo. —Bidlake adoptó una lánguida voz de falsete, supuesta imitación de la voz de Marjorie—. Como una muchachita dulce e inocente. Y tan seria, tan altiva —interrumpió el simulacro con el bajo profundo de su risa—. ¿Sabe usted lo que me dijo una vez? Debo advertir que ella me habla siempre de Arte. Arte con mayúscula. Pues me dijo —y su voz ascendió de nuevo al falsete infantil—: «A mi ver hay lugar para Fray Angélico y para Rubens». —Bidlake rio de nuevo con una risa homérica —. ¡Qué imbécil! Y tiene una nariz de la cual sobran por lo menos tres pulgadas.

Marjorie había abierto la caja en que guardaba sus papeles personales. Todas las cartas de Walter. Desató la cinta y las revisó una a una. «Querida Mrs. Carling: Le envío en sobre aparte el volumen de las “Cartas” de Keats, de que le he hablado hoy. No se tome usted el trabajo de devolvérmelo. Tengo otro ejemplar, que releeré por el placer de acompañarla a usted, aunque desde lejos, a través de la misma aventura espiritual».

Era la primera. La leyó de parte a parte y su memoria recobró algo de la dulce sorpresa que aquel pasaje acerca de la aventura espiritual había despertado originalmente en ella. En la conversación él había parecido hurtarse siempre al acercamiento directo y personal. Walter era penosamente tímido. Marjorie no había esperado que le escribiera así. Más tarde, cuando él le había escrito ya con frecuencia, hubo de acostumbrarse a sus peculiaridades. Dio por sentado que Walter había de ser más audaz con la pluma que cara a cara. Todo su amor —al menos, todo el expresado y todo el que, en la época de su cortejo, era un poco ardiente— estaba en sus cartas. Esta disposición convino perfectamente a Marjorie. Le hubiera gustado continuar indefinidamente este amor refinado y verbalmente encendido por correspondencia. Ella amaba la idea del amor; lo

que no le gustaba eran los amantes, salvo a distancia y en imaginación. Un curso de pasión por correspondencia era, para ella, la forma perfecta e ideal de relaciones con un hombre. Más preferibles eran todavía las relaciones personales con las mujeres; pues las mujeres tenían todas las buenas cualidades de los hombres a distancia, con la ventaja, además, de estar efectivamente presentes. Podían hallarse con una en el cuarto y, sin embargo, no pedir más de lo que pedía un hombre al otro extremo de un sistema de despachos de correos. Con su timidez en el cara a cara y su libertad y ardor postales, Walter, le había parecido a Marjorie, combinaba las mejores ventajas de los dos sexos. Y luego, ¡se interesaba tan profunda y halagadoramente en todo cuanto ella hacía, pensaba y sentía! La pobre Marjorie no estaba muy habituada a que las gentes se interesaran por ella.

«Esfinge», leyó en la tercera carta. (Walter la había llamado así por sus silencios enigmáticos. Carling, por la misma razón, la había llamado Zanahoria o Maza de Plomo). «Esfinge, ¿por qué se oculta usted en esa concha de silencio? Se diría que se avergüenza usted de su bondad, de su dulzura y de su inteligencia. Pero ellas asoman, sin embargo, su cabeza fuera de la concha, a pesar de usted».

Se le saltaban las lágrimas. Walter había sido tan amable, tan dulce, tan tierno con ella. Y ahora…

«El amor —leyó ella con la vista nublada por las lágrimas en la carta siguiente—, el amor puede transformar el deseo físico en espiritual; tiene el poder mágico de convertir el cuerpo en alma pura…».

Sí, él había tenido también aquellos deseos. Hasta él. Todos los hombres los debían de tener, pensó ella. Horrible. Marjorie se estremeció pensando en Carling, pensando en el propio Walter con algo del mismo horror. Sí, hasta Walter, aunque *había* sido tan dulce y tan considerado. Walter había comprendido sus sentimientos. Esto hacía parecer más extraordinario el hecho de que ahora se portara como se portaba. Era como si se hubiera transformado súbitamente en alguna otra persona, en una especie de animal salvaje, con la crueldad, así como los apetitos, del animal.

¿Cómo puede ser tan cruel?, se preguntaba. ¿Cómo puede hacerlo… deliberadamente? ¿Él, Walter? Su Walter, el verdadero Walter, era tan dulce, tan comprensivo, tan atento, tan maravillosamente limpio de egoísmo, tan bueno. Ella lo amaba por su bondad y su dulzura, a pesar de ser un hombre y tener «aquellos» deseos; su devoción era para aquel Walter tierno, atento y sin egoísmo, que había aprendido a conocer y apreciar después de haber comenzado a vivir juntos. Marjorie había amado hasta las manifestaciones débiles y poco admirables de sus atenciones; lo había amado hasta cuando se dejaba robar por los cocheros y mozos de equipaje, cuando daba puñados de plata a los vagabundos que le hacían cuentos, a todas luces falsos, acerca de empleos en el otro extremo del país, adonde

no podían ir por falta de dinero para el pasaje. Walter se dejaba impresionar con excesiva prontitud por el punto de vista ajeno. En su ansiedad de ser justo con los demás, con frecuencia se inclinaba a ser injusto consigo mismo. Estaba siempre dispuesto a sacrificar sus propios derechos antes que correr el riesgo de infringir los de los demás. Este exceso de miramientos, advirtió Marjorie, se había convertido en una debilidad que estaba a punto de degenerar en vicio; esta circunspección, además, se debía a su timidez, su remilgado y desdeñoso hurtarse a todo conflicto, hasta a todo contacto desagradable. Y, a pesar de todo, ella lo quería por esta misma debilidad; lo amaba, aun cuando esto lo llevaba a tratarla de modo un poco menos que justo. Porque, habiéndose acostumbrado a considerarla como un ser situado aquende el límite que lo separaba del resto del mundo, había llegado a veces, en su excesiva atención para con los derechos de los demás, a sacrificar no solo sus propios derechos, sino también los de Marjorie. ¡Cuántas veces le había dicho ella, por ejemplo, que no se hacía pagar lo justo por su trabajo en *El Mundo Literario*! Marjorie pensó en la última conversación que había tenido acerca de lo que era para él el más odioso de los temas. Le había dicho:

—Burlap te está explotando, Walter.

—El periódico está muy pobre.

Walter hallaba siempre disculpas para las faltas de los demás hacia él.

—¿Pero por qué te has de dejar explotar tú?

—Yo no me dejo explotar —había un acento de exasperación en su voz, la exasperación del hombre que se sabe culpable—. Y aun cuando fuera así, prefiero dejarme explotar a regatear por mi libra de carne. Después de todo, ese es asunto mío.

—¡Y mío! —Marjorie levantó el libro de cuentas en que se hallaba ocupada al comenzar la conversación—. ¡Si supieras lo que cuestan las hortalizas!…

Walter se había sonrojado y abandonado la pieza sin contestar. La conversación y el incidente eran semejantes a muchos otros. Walter no había sido jamás deliberadamente áspero con ella sino solo por error, por su excesiva consideración hacia los demás, y cuando lo era consigo mismo. Marjorie no se había ofendido jamás por estas injusticias. Eran una prueba de lo estrechamente que la asociaba él a sí mismo. Pero ahora… ahora su crueldad no tenía nada de accidental. El dulce y atento Walter había desaparecido, y algún otro ser, un ser implacable y lleno de odio, la hacía sufrir deliberadamente.

Lady Edward se echó a reír.

—Se pregunta uno qué le habrá encontrado él, si es tan lamentable como usted dice.

—¿Qué es lo que puede encontrarse en otro? —John Bidlake hablaba en tono melancólico. Había comenzado a sentirse mal súbitamente. Una pesadez en el estómago, una sensación de náuseas, una tendencia al hipo. Le ocurría ahora con frecuencia

inmediatamente después de comer. El bicarbonato no parecía surtir mucha eficacia—. En estos asuntos —añadió— todos somos igualmente locos.

—¡Gracias! —dijo *Lady* Edward, riendo.

Haciendo un esfuerzo por mostrarse galante:

—Exceptuando las personas presentes —dijo él, sonriendo, con una leve reverencia; Bidlake ahogó otro hipo. ¡Qué mal se sentía!—. ¿Me permite usted sentarme? —preguntó —. Después de haber permanecido tanto tiempo de pie…

Y se dejó caer pesadamente en una silla.

Lady Edward lo contempló con cierta solicitud; pero nada dijo. Sabía lo mucho que detestaba él toda alusión a la edad, o a la enfermedad, o a la debilidad física.

«Debe de haber sido el caviar —pensó él—. Ese maldito caviar».

Detestaba el caviar violentamente. Todos los esturiones del mar Negro eran sus enemigos personales.

—¡Pobre Walter! —dijo *Lady* Edward, remando de nuevo el hilo de la conversación por donde había sido interrumpido—. ¡Y con el talento que tiene!

John Bidlake resopló desdeñosamente.

Lady Edward se apercibió de que había dicho lo que no debía: por error, puramente por error, esta vez. Cambió de asunto.

—¿Y Elinor? —preguntó—. ¿Cuándo regresa su Elinor, Elinor y Quarles?

—Salen de Bombay mañana —respondió telegráficamente Bidlake.

Estaba demasiado ocupado pensando en el caviar y sus sensaciones viscerales para ser más explícito.

VI

—Los indios bebieron su liberalismo en vuestras fuentes —dijo Mr. Sita Ram, citando un pasaje de uno de sus propios discursos en la Asamblea legislativa.

Tendió su dedo acusador hacia Philip Quarles. Las gotas de sudor corrían, una tras otra, a lo largo de sus mejillas morenas y abolsadas; se diría que lloraba por la madre India. Una gota había quedado pendiente, joya irisada a la luz artificial, en la punta de su nariz. Mientras él hablaba, la gota temblaba y emitía destellos, como si vibrara con los sentimientos patrióticos. Llegó un momento en que los sentimientos se mostraron demasiado fuertes para ella. A la palabra «fuentes» tuvo una violenta convulsión final y cayó entre los trozos de pescado, en el plato de Mr. Sita Ram.

—Burke y Baton —continuó Mr. Sita Ram con voz sonora—, Milton y Macaulay…

—¡Oh, miren!

La voz de Elinor Quarles era un chillido de alarma. Se levantó tan bruscamente, que su silla se volcó hacia atrás. Mr. Sita se volvió hacia ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó, irritado.

Siempre es desagradable que se le interrumpa a uno en la mitad de una peroración.

Elinor señaló con el índice. Un gran sapo gris cruzaba la galería a saltos laboriosos. En el silencio se oían sus movimientos: unos baques sordos, como si se dejara caer repetidamente una esponja húmeda.

—El sapo no hace ningún daño —dijo Mr. Sita Ram, que estaba acostumbrado a la fauna tropical.

Elinor miró, suplicante, a su marido. La mirada que le devolvió él fue de desaprobación.

—¡Vamos, querida! —protestó.

También él sentía una fuerte repugnancia hacia los animales viscosos. Pero sabía ocultar estoicamente su disgusto. Lo mismo ocurría con la comida. El pescado tenía cierta cualidad… (la palabra justa, plenamente expresiva, se le ocurrió entonces) sapuna. No obstante, había logrado comerlo. Elinor había dejado el suyo, después del primer bocado, intacto.

—Mira si puedes echarlo fuera —murmuró ella, angustiada—. Tú sabes cómo detesto yo esos bichos.

Su marido rio y, disculpándose ante Mr. Sita Ram, se levantó, muy alto y delgado, y atravesó cojeando la galería. Con la punta de su tosca botina ortopédica empujó al animal hasta el borde de la plataforma, desde donde saltó, floja y pesadamente, hacia abajo, al jardín. Mirando hacia afuera percibió un retal de mar brillante entre las palmeras. La luna

estaba en lo alto, y el follaje, en forma de penachos, se destacaba, negro, contra el cielo. No se movía una hoja. Hacía un calor inmenso, y parecía acentuarse más a medida que avanzaba la noche. El calor bajo el sol no era tan penoso: ya uno lo esperaba. Pero aquella oscuridad sofocante… Philip se enjugó el rostro y tornó a su lugar.

—¿Decía usted, Mr. Sita Ram?

Pero el admirable y espontáneo entusiasmo de Mr. Sita Ram se había evaporado.

—He estado releyendo hoy algunas de las obras de Morley —anunció.

—¡Caramba! —dijo Philip Quarles, que gustaba de soltar de vez en cuando y con propósito deliberado alguna expresión vulgar.

Producía un efecto excelente en medio de una conversación seria.

Pero apenas podía esperarse que Mr. Sita Ram alcanzara el sentido pleno de la interrupción.

—¡Qué pensador! —prosiguió—. ¡Qué gran pensador! ¡Y con un estilo tan puro!

—Sin duda.

—Hay algunas frases buenas —continuó Mr. Sita Ram—. Yo las copié —se registró los bolsillos, pero no logró descubrir su libreta—. No importa —dijo—. Pero eran buenas frases. A veces lee uno todo un libro sin encontrar una simple frase que pueda recordar o citar. ¿De qué vale un libro así, pregunto yo?

—¿De qué, en efecto?

Cuatro o cinco sirvientes desaliñados salieron de la casa y cambiaron los platos. Una fuente de dudosos *rissoles* hizo su aparición. Elinor ojeó desesperadamente a su marido; luego se volvió hacia Mr. Sita Ram para asegurarle que ella no comía nunca carne. Philip, comiendo estoicamente, aprobó el buen juicio de su mujer. Bebieron champaña dulce, que estaba casi tan caliente como té. A los *rissoles* siguieron las confituras; grandes bolas pálidas (muy manoseadas, sin duda alguna, larga y amorosamente rodadas entre las palmas) de alguna sustancia equívoca, a la vez viscosa y arenosa, y en ras cuales el gusto a churre persistía a través del dulzor.

Bajo la influencia del champaña, Mr. Sita Ram recobró su elocuencia. Su último discurso se repronunció a sí mismo.

—Hay una ley para los ingleses y otra para los indios —dijo—, una para los opresores y otra para los oprimidos. La palabra justicia ha desaparecido de vuestro vocabulario o ha cambiado de sentido.

—Yo me inclino a creer esto último —dijo Philip.

Mr. Sita Ram no prestó atención. Estaba lleno de santa indignación, tanto más violenta cuanto que era impotente y sin esperanza.

—Considere usted —continuó, y su voz, que no podía dominar, se tornó temblorosa

— el caso del infortunado jefe de estación de Bhowanipore.

Pero Philip rehusó considerarlo. Pensaba ahora en cómo la palabra justicia cambia su significado. La justicia hacia la India había tenido para él un sentido antes de visitar el país. Ahora, cuando estaba a punto de abandonarlo, tenía otro muy distinto.

El jefe de estación de Bhowanipore parecía tener un historial intachable y nueve niños.

—Pero ¿por qué no les enseñan ustedes a limitar los nacimientos, Mr. Sita Ram? —preguntó Elinor. Estas descripciones de familias muy numerosas le daban siempre escalofríos. Recordó lo mucho que había sufrido al nacer el pequeño Phil. Y eso que ella había tenido cloroformo, y dos enfermeras, y *sir* Claude Aglet. Mientras que la esposa del jefe de estación de Bhowanipore… Elinor había oído hablar de las parteras indias. Se estremeció—. ¿No es esa la única esperanza para la India?

Mr. Sita Ram creía, en cambio, que la única esperanza estaba en el sufragio universal y la autonomía. Continuó la historia del jefe de estación. Este hombre había pasado todos los exámenes con éxito; sus calificaciones eran las mejores que se podían obtener. Y sin embargo, se le había postergado nada menos que cuatro veces en el orden de ascensos. Cuatro veces, y siempre en favor de europeos o eurasios. Mr. Sita Ram sentía hervir su sangre al pensar en los cinco mil años de civilización hindú, de espiritualidad hindú, de superioridad moral hindú, cínicamente pisoteadas, en la persona del jefe de estación de Bhowanipore, por los ingleses.

—¿Es esto justicia, pregunto yo? —Y golpeó la mesa con el puño.

«¿Quién sabe? —pensó Philip—. Acaso lo sea». Elinor se hallaba todavía pensando en los nueve niños. Había oído decir que, para obtener un alumbramiento rápido, las parteras se ponían de pie sobre sus pacientes. Y, en vez de ergotina, usaban una pasta hecha de bosta de vaca y vidrio pulverizado.

—¿Es esto lo que ustedes llaman justicia? —repitió Mr. Sita Ram.

Philip, comprendiendo que debía dar alguna respuesta, meneó la cabeza y dijo:

—No.

—Debe escribir usted algo acerca de ella —dijo Mr. Sita Ram—; debe usted mostrar el escándalo a los ojos del público.

Philip se excusó; él no era más que un novelista; no era un político ni un periodista.

—¿Conoce usted al viejo Daulat Singh —añadió con desvío aparente—, el que vive en Ajmere?

—Sí, me he visto con él —dijo Mr. Sita Ram, en un tono que mostraba a las claras que no simpatizaba con Daulat Singh o acaso (más probablemente, pensó Philip) que no había sido apreciado ni aprobado por él.

—A mi ver, es un hombre admirable —dijo Philip.

Para hombres como Daulat Singh la justicia había de significar algo muy diferente de lo que significaba para Mr. Sita Ram o para el jefe de estación de Bhowanipore. Philip recordó el noble rostro del viejo, sus ojos brillantes, la pasión contenida de sus palabras. Si tan solo pudiera abstenerse de mascar betel…

Les llegó la hora de partir. Al fin. Se despidieron con una cordialidad un tanto exagerada, subieron al coche que los aguardaba y partieron. Bajo las palmeras de Joohoo, el suelo estaba alfombrado de brillante monedería de plata salpicada de charcos de mercurio. Avanzaron a través de un continuo parpadeo de luz y sombra, una película de hace veinte años, hasta que, saliendo de entre las palmeras, se hallaron al pleno resplandor de una luna enorme.

«Hécate triforme —pensó él, mirando con ojos entornados la redonda claridad—. Pero ¿y Sita Ram, y Daulat Singh y el jefe de estación? ¿Qué hay de la vieja aterradora India? ¿Qué hay de la justicia y de la libertad? ¿Qué del progreso y del porvenir? La verdad es que no me preocupa. Ni poco ni mucho. Es vergonzoso. Pero es así. Y las formas de Hécate no son tres. Son mil, son millones. Las mareas. La diosa Nemorensa, la Tifatinia. En razón directa del producto de las masas y en razón inversa del cuadrado de las distancias. Como un florín al extremo del brazo; pero tan grande como el Imperio ruso. Mayor que la India. ¡Qué agradable será hallarse de nuevo en Europa! Y pensar que hubo un tiempo en que leía libros acerca del yoga e hice ejercicios respiratorios y traté de persuadirme de que yo no existía realmente. ¡Qué idiota! Era la consecuencia de mis conversaciones con aquel imbécil de Burlap. Pero, afortunadamente, las gentes no dejan apenas rastros en mí. Producen fácilmente una impresión, como un barco en el agua. Pero el agua vuelve a cerrarse… Me pregunto cómo será ese barco italiano que vamos a tomar mañana. Todos los barcos del Lloyd Triestino tienen fama de ser buenos. He dicho "afortunadamente"; pero ¿no debería avergonzarse uno de su indiferencia? La parábola del sembrador. La semilla que cala en la roca. Y, sin embargo, es evidente que no vale la pena hacerse pasar por lo que no se es. Los resultados de esto los vemos en Burlap. ¡Qué comediante! Pero embauca a una partida de gente. Incluso a sí mismo, me figuro. No creo que pueda existir eso de un hipócrita consciente, salvo en casos especiales. No puede sostenerse un papel constantemente. Como quiera que sea, sería bueno saber lo que significa creer en algo al extremo de estar dispuesto a matar a otros o de hacerse matar uno mismo. Sería una experiencia…».

Elinor había levantado el rostro hacia el mismo disco. Luna, luna plena… E instantáneamente había cambiado su posición en el tiempo y el espacio. Elinor dejó caer la mirada y se volvió hacia su marido; tomó su mano y se reclinó tiernamente en él.

—¿Recuerdas aquellas noches? —preguntó ella—. En el jardín, en Gattenden… ¿No recuerdas, Phil?

Las palabras de Elinor le llegaron desde muy lejos y de un mundo hacia el cual no sentía interés por el momento. Philip despertó penosamente de su meditación.

—¿Qué noches? —preguntó, hablando a través de un abismo y con la voz apagada e incolora del que contesta a una importuna llamada telefónica.

Al sonido de aquella voz telefónica, Elinor se apartó vivamente de él. El apretarse contra alguien que simplemente no está allí no es tan solo una decepción; es también harto humillante. ¡Preguntar qué noches!

—¿Por qué no me quieres ya? —preguntó ella con desesperación. ¡Como si ella hubiera podido referirse a otras noches que a las de aquel maravilloso verano que habían pasado, justamente después de su boda, en casa de su madre!—. Ni siquiera te interesas ya por mí; te interesas menos por mí que por un mueble, mucho menos que por un libro.

—Pero, Elinor, ¿de qué estás hablando? —Philip puso más asombro en su voz del que realmente sentía. Después del primer momento, cuando había tenido tiempo, por así decir, de surgir a la superficie desde las profundidades del arrobamiento, había comprendido lo que ella quería decir, había relacionado aquella luna india con la que había brillado, hacía ocho años, en el jardín de Hertfordshire. Ciertamente, podía haberlo dicho. Esto hubiera simplificado las cosas. Pero la interrupción le molestó, no gustaba de que le hicieran reproches, y sentía una fuerte tentación de anotarse el triunfo en una justa oratoria con su mujer—. No hago más que formularte una pregunta —continuó él—, simplemente para saber qué es lo que quieres decir, y tú te vuelves quejándote de que ya no te quiero. No acierto a ver la relación lógica.

—Pero tú bien sabes a qué me refería yo —dijo Elinor—. Y, además, es verdad: tú ya no me quieres.

—Pues ocurre que sí —dijo Philip, y, peleando todavía (si bien sabía que en vano) en el terreno de la dialéctica, continuó su interrogatorio como un pequeño Sócrates. Pero lo que verdaderamente quisiera saber es cómo hemos venido a dar en este punto desde el lugar de donde partimos. Hemos comenzado por las noches y ahora…

Pero a Elinor le interesaba más el amor que la lógica.

—¡Oh, ya sé yo que tú no vas a decir que no me quieres! —interrumpió ella—. Al menos con palabras. No quieres lastimar mis sentimientos. Pero me dolería menos si me lo dijeras claramente, en vez de eludir la cuestión, como haces ahora. Porque este escamoteo significa realmente tanto como una confesión. Y me hace más daño porque dura más, existe la espera, y la incertidumbre, y la repetición del dolor. En tanto que las palabras no han sido pronunciadas claramente, existe una probabilidad de que no hayan sido

sobrentendidas. Siempre una probabilidad, aun cuando esté una convencida de lo contrario. Hay todavía un lugar para la esperanza. Y donde hay esperanza hay decepción. No, Philip; no es más amable eludir la cuestión: es más cruel.

—Pero yo no eludo la cuestión —replicó él—. ¿Por qué había de hacerlo sabiendo que te quiero?

—Sí, pero ¿cómo? ¿De qué modo me quieres tú? No como solías hacerlo al principio. O es que acaso se te ha olvidado… Ni siquiera te acuerdas de cuando, después de nuestra boda…

—Pero, niña mía —protestó Philip—, has de ser precisa. Tú sólo dijiste «aquellas noches», y esperabas que yo adivinara cuáles.

—Desde luego que lo esperaba —dijo Elinor—. Deberías saberlo. Si te tomaras algún interés, lo sabrías. He ahí por qué me quejo yo. ¿Tan poco me quieres ya que nada significa para ti el tiempo en que me querías? ¿Crees tú que me puedo olvidar yo de aquellas noches?

Elinor recordaba el jardín, con sus flores invisibles y perfumadas, el enorme y sombrío *sequoia* del prado, la luna ascendente y los dos grifos de piedra a cada extremo del bajo muro de la terraza, donde se habían sentado uno junto al otro. Recordaba lo que había dicho él, sus besos, el roce de sus manos. Todo lo recordaba: lo recordaba con la minuciosa precisión del que gusta explorar y reconstruir lo pasado, del que se vuelve perpetuamente sobre lo andado para verificar amorosamente cada detalle precioso de una evocada felicidad.

—Todo se ha borrado ya de tu espíritu —añadió ella con voz dolorida, en sentido de reproche. Para ella aquellas noches eran todavía más reales, más vivas, que gran parte de su vivir actual.

—Me acuerdo perfectamente —dijo Philip con impaciencia—. Pero uno no puede acomodar instantáneamente su espíritu. En aquel momento, cuando tú hablaste, yo me hallaba pensando en otra cosa; eso fue todo.

Elinor suspiró.

—¡Ojalá tuviera yo alguna otra cosa en que pensar! —dijo—. Ahí está el mal: no la tengo. ¿Por qué he de quererte tanto? ¿Por qué? No es justo. Tú estás protegido por tu intelecto y tu talento. Tienes tu obra a que retirarte: tus ideas te sirven de escudo. Yo, en cambio, no tengo nada: ninguna defensa contra mis sentimientos, nada fuera de ti. Y yo soy la que necesita defensa y alternativa. Porque yo soy la que ama verdaderamente. Tú no tienes nada de qué protegerte. Tú no quieres. ¡No, no es justo, no es justo!

Y, después de todo, pensó ella, siempre había sido así. Philip no la había amado jamás verdaderamente, ni siquiera al principio. Nunca profunda y completamente, con un

abandono total. Porque hasta al principio había esquivado él sus demandas, había rehusado darse enteramente a ella. Por su parte, ella lo había ofrecido todo, todo. Y él lo había tomado, pero sin devolverlo. Su alma, las intimidades de su ser, se las había rehusado siempre. Siempre, hasta al principio, hasta cuando más había querido. Ella había sido entonces dichosa: pero solo porque se había allanado a aquella dicha: porque, en su inexperiencia, no se había dado cuenta de que el amor podía ser diferente y mejor. Ahora sentía un placer perverso en la demolición retrospectiva de su felicidad, en la devastación de sus recuerdos. La luna, el umbrío y perfumado jardín, el enorme árbol negro y su afelpada sombra sobre el césped… Ella los negaba, ella rechazaba la felicidad que simbolizaban en su memoria.

Nada dijo entretanto Philip Quarles. No había realmente nada que decir. Le echó el brazo a la cintura y la atrajo hacia sí; besó su frente y sus párpados; estaban bañados en lágrimas.

Los sórdidos suburbios de Bombay pasaban resbalando a su lado: fábricas, pequeñas chozas y enormes viviendas fantasmales de un blancor sepulcral bajo la luna. Oscuros peatones de piernas delgadas aparecían momentáneamente al resplandor de los faros, como verdades captadas intuitivamente y con una certeza inmediata, tan solo para desaparecer de nuevo casi instantáneamente en el vacío de la tiniebla exterior. Aquí y allá, al borde del camino, la luz de un fuego indicaba misteriosamente la existencia de miembros y rostros oscuros. Los habitantes de un mundo de pensamientos tan distante del suyo como las estrellas los atisbaban desde el interior de las crujientes carretas de bueyes al paso rápido y luminoso del coche.

—Cielo mío —repetía él— cielo mío…

Elinor se dejó consolar.

—¿De veras que me quieres un poco?

—¡Te quiero tanto!

Ella no pudo contener la risa, aunque sollozaba todavía un poco; pero, en fin, era una risa.

—Haces todo lo posible por ser amable conmigo.

Y después de todo, pensó ella, aquellos días pasados en Gattenden habían sido realmente dichosos. Eran su bien; ella los había tenido; no era posible negarlos.

—Sí, tú haces, realmente, todos los esfuerzos. Es una bondad de tu parte.

—Es una tontería hablar de ese modo —protestó él—. Sabes que te quiero.

—Sí, ya lo sé. —Elinor se sonrió y le acarició la mejilla—. Cuando tienes tiempo, y luego por inalámbrico a través del Atlántico.

—No; no es verdad.

Pero interiormente sabía que sí. Durante toda su vida había marchado en soledad, en un vacío personal, al que nadie, ni su madre, ni sus amigos, ni sus queridas, había obtenido jamás permiso de entrar. Hasta cuando la tenía ceñida de aquel modo contra sí, su medio de comunicación era, como había dicho ella, por inalámbrico y desde el otro lado del mar.

—¿No es verdad? —repitió ella, a modo de un eco, dulce y burlona—. Pero, mi pobre Phil, tú serías incapaz de engañar a un niño. No sabes mentir de modo convincente. Eres demasiado honrado. Esa es una de las razones por las cuales te quiero yo. ¡Si supieras cuán transparente eres!

Philip guardó silencio. Estas discusiones acerca de las relaciones personales le molestaban siempre. Amenazaban su soledad. Aquella soledad que, en una parte de su espíritu, deploraba él (pues se sentía aislado de muchas cosas que hubiera gustado de conocer): pero no obstante, solo en ella podía vivir a gusto su alma, solo en ella se sentía libre. De ordinario daba por supuesta esta soledad interior, del mismo modo que acepta uno la atmósfera en que vive. Pero cuando la sentía amenazada, adquiría dolorosamente la conciencia de la importancia que tenía para él; luchaba por conservarla, del mismo modo que el que se asfixia se agita en busca de aire. Sin embargo, era una lucha sin violencia, una batalla negativa, defensiva, en retirada. Ahora se atrincheró en el silencio, en aquel tranquilo, remoto y frígido silencio del cual estaba seguro que Elinor, conociendo la inutilidad de la tentativa, no intentaría sacarlo. Tenía razón; Elinor lo miró por un instante; luego, volviendo la cabeza, miró hacia fuera, al paisaje bañado de luna. Sus silencios paralelos siguieron sus cursos a lo largo del tiempo sin tocarse.

El coche avanzaba a través de la oscuridad india. El aire en movimiento, que les daba en el rostro con una sensación casi de frescor, olía, ora a flores tropicales, ora a cloaca, o bien a «*curry*» o bosta de vaca ardiendo.

—Y, sin embargo —dijo de pronto Elinor, incapaz de contener por más tiempo sus ofendidos pensamientos—, no podrías pasarte sin mí. ¿Qué sería de ti si te dejara, si me fuera con alguien que estuviera dispuesto a darme algo a cambio de lo que doy yo? ¿Qué sería de ti?

La pregunta cayó en el silencio. Philip no dio respuesta. Pero ¿qué *sería* de él? También él se lo preguntó. Porque en el mundo diario y ordinario de los contactos humanos era él, curiosamente, como un extranjero incómodo y extraño entre sus semejantes, hallando difícil o imposible ponerse en comunicación con nadie que no hablara su natal lenguaje de ideas. Emotivamente, era un extranjero. Elinor era su intérprete, su dragomán. Como su padre, Elinor Bidlake tenía el don nato de la comprensión intuitiva y el despejo mundano. En seguida adquiría confianza con

cualquiera. Sabía por instinto, tan bien como el propio viejo John, justamente lo que debía decir a cada categoría de personas: a cada categoría, salvo, tal vez, a la de su marido. Es difícil saber lo que se va a decir a una persona que no dice nada en cambio, que responde a las palabras personales con expresiones impersonales; a las palabras sentidas y personales, con una generalización intelectual. Sin embargo, puesto que lo quería, Elinor persistía en sus esfuerzos por atraerlo al contacto directo, y aunque el procedimiento era un tanto desalentador, como cantar a sordomudos o declamar poesía a una sala vacía, ella continuaba entregándole la intimidad de su pensamiento y sus sentimientos. Había ocasiones en que, haciendo un gran esfuerzo, ponía él, en cambio, todo su empeño en admirarla dentro de sus propias intimidades personales. Pero fuese que el hábito del secreto le hubiese hecho imposible la expresión de sus sentimientos íntimos, fuese que la propia facultad de sentir se hallase efectivamente atrofiada por un silencio y una represión constantes, Elinor se sentía decepcionada por esos raros momentos de intimidad. El seno del tabernáculo, en el cual tan penosamente la introducía él, estaba casi tan desnudo y vacío como aquel que asombró a los invasores romanos cuando violaron el templo de Jerusalén. No obstante, ella le estaba reconocida a Philip, al menos por las buenas intenciones que ponía en admitirla en su intimidad emocional aun cuando no hubiese mucho de vida emotiva con que intimar. Una especie de indiferencia pirrónica, atemperada por una dulzura y una benignidad constantes, así como por las intermitencias, más violentas, de la pasión física: tal era el estado general que la naturaleza y la segunda naturaleza habían hecho normal para él. La razón le decía a Elinor que esto era así; pero sus sentimientos se negaban a aceptar en la práctica aquello de que estaba segura en teoría. Lo que en ella había de vivo, sensitivo, irracional, sufría por esta indiferencia como si fuera una frialdad dirigida solamente contra ella. Y con todo, no importa lo que sintiese, Elinor tenía la perenne certeza de que no había nada personal en esta indiferencia, de que Philip era así con todo el mundo, de que la quería tanto como le era posible querer, de que su amor hacia ella no había disminuido, porque jamás había sido más grande: acaso hubiese sido más apasionado en otro tiempo, pero jamás emotivamente más rico de intimidad, más pródigo de sí mismo, aun en sus momentos de pasión, de lo que era entonces. Pero, con todo, se sentía herida en sus sentimientos; Philip no debía ser así. No debía serlo; pero sí, lo era. Después de una explosión ella se calmaba y trataba de amarlo tan razonablemente como le era posible, contentándose con su bondad, su pasión un tanto destacada y aparte, sus laboriosas y esporádicas tentativas de intimidad emocional y, en fin, su inteligencia: aquella inteligencia viva, completa y omnipresente capaz de comprenderlo todo, incluso las emociones que no podía sentir y los instintos por los cuales procuraba no dejarse mover.

Una vez en que él le había hablado del libro de Koehler sobre los monos:

«Tú eres como un mono perteneciente a la parte de superhombre de la humanidad —había dicho ella—. Casi humano, como esos pobres chimpancés. La única diferencia consiste en que *ellos* tratan de elevarse al pensamiento con sus instintos y sensaciones, mientras que tú tratas de rebajarte a la sensación con tu inteligencia. Casi humano. ¡Mi pobre Phil! ¡Haciendo equilibrios al borde de la caída!».

¡Philip lo comprendía todo de modo tan perfecto! Por eso resultaba tan agradable servirle de dragomán e interpretarle a los demás. (Era menos agradable cuando tenía que interpretarse uno a sí mismo). Todo cuanto podía apresar la inteligencia, lo apresaba él. Ella le refería su trato con los indígenas del reino de la emoción y él comprendía al instante, generalizaba para ella lo que ella experimentaba, lo relacionaba con otras experiencias, lo clasificaba, descubría analogías y paralelos. De simple e individual, se hacía parte de un sistema entre sus manos. Elinor se asombraba al descubrir que ella y sus amigos habían sustanciado inconscientemente una teoría o servido de ejemplo a una generalización interesante. Sus funciones como dragomán no se limitaban simplemente a explorar e informar. Elinor actuaba también directamente como intérprete personal entre Philip y cualquier tercero con el cual pudiera desear él ponerse en contacto, creando la atmósfera propicia a la relación personal, preservando la conversación contra la desecación intelectual. Dejado a sí mismo, Philip no hubiera sido capaz de establecer contacto personal o de mantenerlo una vez establecido. Pero cuando Elinor estaba allí para establecerle y conservarle ese contacto, Philip comprendía, Philip simpatizaba, con su inteligencia, de un modo que, le afirmaba Elinor, era casi humano. En sus subsiguientes generalizaciones, basadas en la experiencia que ella le había hecho posible, Philip volvía a ser indiscutiblemente el superhombre.

Sí, era divertido servir de dragomán a un turista tan excepcionalmente inteligente en el reino de los sentimientos. Pero era más que una diversión: era también un deber, a los ojos de Elinor. Había que tener en cuenta su oficio de escritor.

—¡Ah, Phil! —Solía decirle ella—. ¡Qué magníficas novelas escribirías si fueras un poco menos superhombre!

Philip asentía con cierta tristeza. Era bastante inteligente para conocer sus propios defectos. Elinor hacía todo lo posible por suplirlos: le daba informes de primera mano acerca de las costumbres de los indígenas, hacía de intermediaria cuando él quería ponerse en contacto personal con uno de ellos. No solamente por ella, sino también por el novelista que hubiera podido ser él, Elinor deseaba que Philip abandonara su hábito de impersonalidad y aprendiera a vivir con las intuiciones, instintos y sensaciones del mismo modo que con la inteligencia. Había llegado hasta a alentarlo heroicamente en sus

veleidades pasionales hacia otras mujeres. Podrían hacerle bien algunas aventuras sentimentales. Tan ansiosa se sentía de favorecer su cualidad de novelista, que, más de una vez, al verle mirar con admiración a alguna otra joven, se había esforzado ella por facilitarle el contacto personal que no hubiera sido capaz de establecer por sí mismo. Esto era, por supuesto, peligroso. Se exponía a que él se enamorara de verdad, a que se olvidara de ser intelectual y se corrigiera, pero en provecho de alguna otra mujer. Elinor corrió el riesgo, en parte porque estimaba que su oficio de escritor debía estar por encima de todo, hasta por encima de la propia felicidad de su mujer, y en parte porque estaba secretamente convencida de que, en realidad, no existía ningún peligro, de que Philip no perdería jamás la cabeza al extremo de querer escapar con otra mujer. La cura por las aventuras sentimentales, si surtía efecto, obraría suavemente; y en este caso, Elinor estaba segura de saber disfrutar de la bienhechora influencia que ejerciese sobre él. De todos modos, hasta el presente no había surtido efecto. Las infidelidades de Philip tenían muy poca importancia y no habían obrado ningún efecto apreciable en él. Continuaba siendo el mismo de un modo deprimente, hasta enloquecedor: inteligente al extremo de ser casi humano, remotamente afable, sensual y apasionado a distancia, dulcemente impersonal. Enloquecedor. ¿Por qué seguía amándolo?, se preguntaba Elinor. Era casi como seguir amando una librería. Algún día lo dejaría realmente. Después de todo, era ya demasiada generosidad y devoción. Alguna vez había que pensar en la propia dicha. Ser amada, para cambiar, en vez de hacer una misma todo el amor; recibir en vez de estar dando perpetuamente… Sí, algún día lo desearía realmente. Tenía que pensar en sí misma. Además, sería un castigo para Philip. Un castigo, sí; porque Elinor estaba segura de que, si lo dejaba, sería verdaderamente desdichado, a su modo, hasta donde tenía él la posibilidad de ser desdichado. Y acaso la desdicha pudiera efectuar el milagro que había anhelado ella y por el cual había trabajado durante tantos años; acaso lo hiciese sensible, personal. Posiblemente haría de él un verdadero escritor. Acaso tuviese ella hasta el deber de hacerlo desdichado, el más sagrado de los deberes…

La vista de un perro que atravesó la carretera justamente ante el automóvil, la despertó de su ensueño. ¡Cuán rápida y bruscamente se había precipitado al estrecho universo de los faros! Existió durante la fracción de un segundo, en una carrera desesperada, y desapareció de nuevo en la oscuridad al otro lado del mundo luminoso. Otro perro surgió de pronto en su lugar, persiguiendo al primero.

—¡Oh! —exclamó Elinor—. Lo vamos a… —Los faros desviaron sus luces y alumbraron de nuevo rectamente; hubo una sacudida amortiguada, como si una de las ruedas hubiera pasado sobre una piedra; pero la piedra emitió gañidos.

—… aplastar —concluyó ella.

—Ya lo hemos hecho.

El chofer indio volvió hacia ellos un rostro sonriente. Veían el brillo de sus dientes.

—¡Perro! —dijo.

Estaba orgulloso de su conocimiento de la lengua inglesa.

—¡Pobre animal! —exclamó Elinor estremeciéndose.

—Él ha tenido la culpa —dijo Philip— por no abrir los ojos. Esto es lo que se saca con andar detrás de las hembras de la propia especie.

Se hizo un silencio. Philip fue quien no tardó en romperlo.

—La moral —reflexionó en voz alta— sería muy curiosa si nosotros amáramos periódicamente en vez de hacerlo de enero a enero. Lo moral y lo inmoral variarían de un mes a otro. Las sociedades primitivas tienden a vivir más conforme a las estaciones que las cultivadas. En Sicilia mismo hay el doble de nacimientos en enero que en agosto. Lo cual prueba, concluyentemente, que en la primavera la fantasía de los jóvenes… Pero en ninguna parte ocurre *únicamente* en primavera. No hay en lo humano nada absolutamente análogo al celo de las perras y las yeguas. Excepto —añadió—, excepto acaso en la esfera moral. La mala reputación de una mujer atrae como los signos de celo de una perra. La mala fama la anuncia como accesible. La ausencia del celo es, en el animal, el equivalente de los hábitos y principios de la mujer casta…

Elinor escuchó con interés y al mismo tiempo con una especie de horror. El mero atropello de un desgraciado animal bastaba para poner en movimiento aquella inteligencia viva e infatigable. Las ruedas del coche habían roto el espinazo de un pobre perro paria, muerto de hambre, y esto le evocó a Philip un extracto de las estadísticas de la natalidad en Sicilia, una especulación acerca de la relatividad de la moral, una brillante generalización psicológica. Era divertido, era inesperado, era maravillosamente interesante; pero ¡ay!, Elinor sintió ganas de gritar…

VII

Walter se había desembarazado de Mrs. Betterton: a su padre y a *Lady* Edward los había saludado de lejos para evitarlos; podía continuar libremente su registro. Lucy Tantamount acababa de salir del comedor y se hallaba de pie bajo los arcos, mirando, indecisa, de un lado a otro. Contra el luto de su vestido, su piel era de una blancura luminosa. Prendido en la blusa llevaba un ramillete de gardenias. Lucy levantó una mano para tocar sus cabellos negros y lisos, y la esmeralda de su sortija le envió una señal verde a través de la sala. Walter la miró críticamente, con una especie de odio frío e intelectual, y se preguntó por qué la quería. ¿Por qué? Todas las razones estaban en contra de su amor hacia ella.

Lucy se puso de pronto en movimiento y desapareció de su vista. Walter la siguió. Al pasar ante la entrada del comedor percibió a Burlap, ya no en su papel de anacoreta, sino bebiendo champaña y escuchando la conversación de la condesa d'Exergillod. «¡Diablo! —se dijo Walter, recordando su propia experiencia con Molly d'Exergillod—. Pero Burlap probablemente la adora. Es capaz… Él…». Pero he ahí que la percibió de nuevo, hablando —¡maldición!— con el general Knoyle. Walter se quedó en espera, sin alejarse de ellos, buscando con impaciencia una ocasión de dirigirle la palabra.

—¡Al fin presa! —dijo el general, dándole golpecitos en la mano—. Toda la noche en busca de usted.

Medio sátiro, medio paternal, tenía una debilidad de viejo hacia Lucy. «¡Chiquilla encantadora! —afirmaba a cuantos querían oírlo—. ¡Preciosa monada! ¡Con esos ojos!». En general, las prefería algo más jóvenes. «No hay nada como la juventud», gustaba de repetir. El prejuicio que había alimentado durante toda su vida contra América y los americanos se había transformado en admiración entusiasta desde que, a la edad de sesenta y cinco años, había visitado California y visto las bellezas de Hollywood y las hermosas bañistas de las playas del Pacífico. Lucy frisaba en los treinta: pero el general hacía varios años que la conocía y seguía considerándola como si apenas hubiera sobrepasado la, edad de la joven de sus primeros recuerdos. Para él andaba todavía por los diecisiete. Le dio nuevos golpecitos en la mano.

—¡Vamos a charlar un buen rato! —dijo el general.

—Será muy divertido —dijo Lucy con una cortesía sarcástica.

Walter presenciaba la escena desde su puesto de observación. El general había sido buen mozo en sus tiempos. Encorsetada, su alta figura conservaba todavía su porte militar. Como viejo galante, como oficial de la guardia, sonreía; se retorcía el bigote blanco. En el momento siguiente era ya el viejo tío juguetón, protector y confidencial. Sonriendo débilmente, Lucy, con sus ojos color gris pálido, lo miraba con expresión festiva,

desenvuelta e implacable. Walter la examinaba. Ni siquiera era particularmente bien parecida. Así, ¿por qué, por qué? La pregunta repercutía persistentemente. No había respuesta.

Se había enamorado de ella: eso era todo: locamente, desde la primera vez que había puesto los ojos en ella. Volviendo la cabeza, Lucy lo alcanzó con la vista. Le hizo señas y lo llamó por su nombre. Walter fingió sorpresa y asombro gozoso.

—Espero que no habrá usted olvidado nuestra cita —dijo él.

—¿Me olvido alguna vez? Salvo cuando lo hago de propio intento —precisó ella con una risita. Y se volvió hacia el general—: Walter y yo iremos a ver a su hijastro esta noche —anunció con el tono y la sonrisa que empleamos al hablar a las personas acerca de aquellos que les son queridos. Pero Lucy sabía muy bien que entre Spandrell y su padrastro existía una lucha a muerte. Lucy había heredado todo el amor de su madre por el deliberado despropósito mundano, y con él un toque de la amplia curiosidad científica de su padre. Se complacía en hacer experimentos, no con ranas ni con conejillos de Indias, sino con seres humanos. Se sometía a las gentes a tratamientos inesperados, se les ponía en situaciones insólitas y se aguardaba a ver el resultado. Era el método de Darwin y de Pasteur.

Lo que ocurrió en este caso fue que el rostro del general se tornó encendido.

—Hace tiempo que no lo veo —dijo secamente.

«Reacciona —pensó ella—; buena señal».

—¡Pero si es tan buen compañero! —dijo ella en voz alta.

El general enrojeció todavía más y frunció el ceño. ¡Qué no había hecho él por aquel muchacho! ¡Y con qué ingratitud había respondido el pícaro, de qué modo tan abominable se había portado! Dando lugar a que lo despidieran de cuantos puestos le agenciaba el general. Un dispendioso, un gandul; bebedor y libertino, haciendo desdichada a su madre, arrancándole cuanto podía, deshonrando el nombre de la familia. ¡Y qué insolencia la del mozo! ¡Qué cosas se había atrevido a decir en su último encuentro seguido del incidente habitual! El general no olvidaría jamás fácilmente que le hubiese llamado «viejo chambón e impotente».

—¡Y tan inteligente! —continuó Lucy.

* * *

Con una sonrisa interior, ella recordó el resumen que había hecho Spandrell de la carrera de su padrastro. «Jubilado de Harrow —comenzaba—, salido de Sandhurst a la cola de la lista, alcanzó la más distinguida carrera en el ejército, ascendiendo a un alto

puesto en el Military Intelligence Department durante la guerra». La forma en que se desarrollaba esta anticipada nota necrológica era realmente magnífica. Era el propio *Times* hecho audible. Y luego, sus observaciones acerca de la Inteligencia Militar en general. «Si busca usted la palabra inteligencia en la nueva edición de la *Encyclopaedia Britannica* —había dicho—, verá usted que se halla clasificada en tres subtítulos, a saber: Inteligencia Humana, Inteligencia Animal. Inteligencia Militar. Mi padrastro es un ejemplar perfecto de Inteligencia Militar».

—Tan inteligente —repitió Lucy.

—Sí, ya sé que algunos opinan así —dijo el general Knoyle con gran rigidez—. Pero personalmente…

Y carraspeó con fuerza. Tal era *su* opinión personal.

Un momento después, todavía rígido, todavía rabiosamente digno, se retiró. Sentía que Lucy lo había ofendido. Ni su juventud, ni siquiera sus hombros desnudos compensaban para él aquellas referencias laudatorias a Maurice Spandrell, aquel insolente cachorro malasangre. La existencia de Spandrell constituía el constante motivo de queja del general contra su esposa. No, una mujer no tenía derecho a dar un hijo como aquel. La pobre Mrs. Knoyle había expiado con frecuencia ante su marido las culpas de su hijo. Ella estaba presente, se la podía castigar, era demasiado débil para ofrecer resistencia. El exasperado general hacía recaer sobre la madre los pecados del hijo.

Lucy miró a la figura en retirada y se volvió hacia Walter:

—No puedo correr el riesgo de que vuelva a ocurrir una cosa semejante —dijo—. Sería ya bastante molesto, aun cuando no despidiera tan mal olor… ¿Vamos?

Walter no deseaba nada mejor.

—Pero… ¿y su madre, y los deberes mundanos? —preguntó. Lucy se encogió de hombros:

—Después de todo, mamá se basta para atender a su casa de fieras.

—La casa de fieras es la palabra exacta —dijo Walter sintiéndose de pronto esperanzado—. Escapemos a algún lugar donde podamos estar tranquilos.

—¡Mi pobre Walter! —Sus ojos tenían una expresión burlesca—. Jamás he conocido a otra persona con su manía de tranquilidad. ¡Pero si yo no quiero estar tranquila!

La esperanza se evaporó, dejando un débil rastro de amargura, una irritación impotente.

—¿Por qué no permanecer entonces aquí? —preguntó él con una tentativa de sarcasmo—. ¿No es bastante ruidoso el lugar?

—¡Ah, sí! Pero ruidoso en el mal sentido —explicó ella—. No hay nada que me irrite más que el ruido de las personas cultas, respetables, eminentes, como todos estos pájaros.

Lucy movió la mano en un ademán que englobaba toda la sala.

Estas palabras le despertaron a Walter el recuerdo de las horribles noches que había pasado con Lucy en compañía de personas incultas y de mala reputación: gentes achispadas, por añadidura. Los invitados de *Lady* Edward eran bastante insoportables. Pero los otros eran seguramente peores. ¿Cómo podía tolerarlos ella?

Lucy pareció adivinar sus pensamientos. Sonriendo, le puso la mano en el hombro con un gesto de confianza.

—¡Ánimo! —dijo ella—. Esta vez no lo llevaré a usted con malas compañías. Tendremos a Spandrell…

—Spandrell —repitió él haciendo una mueca.

—Y si Spandrell no es bastante distinguido para usted, hallaremos probablemente a Mark Rampion y a su mujer, si no llegamos demasiado tarde.

Al oír el nombre del pintor y escritor, Walter asintió aprobadoramente con la cabeza.

—No, yo no tengo inconveniente en escuchar el ruido que haga Rampion —dijo. Y luego, haciendo un esfuerzo por vencer la timidez que le silenciaba siempre que llegaba el momento de dar palabras a sus sentimientos—: Pero yo hubiera preferido mucho —añadió jocosamente, a fin de temperar la osadía de sus palabras—, yo hubiera preferido mucho más escuchar el ruido que haga *usted* en privado.

Lucy sonrió, pero no dijo nada. Walter se hurtó a sus ojos con una especie de terror. Estos lo miraron con calma, fríamente, como si ya lo hubieran visto todo y no tuvieran gran interés: apenas divertidos, muy débil y fríamente divertidos.

—Está bien —dijo él— ¡vamos!

El tono de su voz era resignado, triste.

—Tenemos que escurrirnos calladamente —dijo ella—. Hay que ser furtivos. No está bien que lo pillen a uno y lo hagan volver.

Pero no pudieron escapar totalmente inadvertidos. Se acercaban a la puerta cuando se produjo tras ellos un susurro y un son de pasos precipitados. Una voz llamó a Lucy. Al volverse se encontraron con Mrs. Knoyle, la esposa del general. Esta llevó una mano al brazo de Lucy.

—Acaban de decirme que van ustedes a ver a Maurice esta noche —dijo, pero sin explicar que se lo había dicho el general tan solo por desahogarse diciendo algo desagradable a alguna persona que no pudiera reaccionar contra su rudeza—. ¿Tendrán ustedes la bondad de darle un mensaje de mi parte? —Mrs. Knoyle se inclinó suplicante —. ¿Lo harán ustedes? —Había algo patéticamente joven y desvalido en sus modales, algo muy joven y suave hasta en sus miradas de mujer madura. Apeló a Lucy, que hubiera podido ser su hija, como si fuera una persona mayor y más fuerte que ella—. Se lo ruego.

—Desde luego —dijo Lucy.

Mrs. Knoyle sonrió con gratitud…

—Dígale que yo iré a verlo mañana por la tarde —dijo.

—Mañana por la carde.

—De cuatro a cuatro y media. Y no lo digan ustedes a nadie más —añadió después de un momento de vacilación embarazosa.

—Desde luego que no.

—¡Le quedo a usted muy agradecida! —dijo Mrs. Knoyle, y se inclinó a besarla con un súbito movimiento impulsivo y tímido—. Buenas noches, querida.

Y desapareció entre el gentío.

—Se creería —dijo Lucy mientras cruzaban el vestíbulo— que estaba fijando una cita con su amante y no con su hijo.

Dos lacayos, obsequiosamente automáticos, les abrieron la puerta. Al cerrarla, uno de ellos hizo al otro un guiño significativo. Por un instante las máquinas se revelaron, de modo alarmante, como seres humanos.

Walter dio las señas del restaurante Sbisa al conductor de un taxi y entró en la encerrada oscuridad del coche. Lucy se había acomodado ya en su rincón.

Entretanto, en el comedor, Molly d'Exergillod seguía hablando todavía. Se enorgullecía de su conversación. La conversación era un don de familia. Su madre había sido una de las célebres señoritas Geoghegan, de Dublín. Su padre era aquel señor juez Brabant, tan bien conocido por su conversación en la mesa y sus rasgos de ingenio en el Tribunal. D'Exergillod había sido discípulo de Robert de Montesquiou y había merecido la distinción de ser citado en *Sodome et Gomorrhe* por Marcel Proust. Molly hubiera tenido que ser una parlanchina por su matrimonio si no lo hubiera sido ya por nacimiento. La naturaleza y el medio habían conspirado para hacer de ella una atleta profesional de la lengua. Como todos los profesionales conscientes, no se contentaba simplemente con tener talento. Era industriosa, trabajaba firme por desarrollar sus facultades innatas. Amigos maliciosos decían que se la oía practicando sus paradojas en la cama por la mañana, antes de levantarse. Ella misma reconocía que llevaba carnets en los cuales registraba, junto con la complicada historia de sus propios sentimientos y sensaciones, todos los tropos, anécdotas y frases ingeniosas que le gustaban. ¿Refrescaba ella su memoria con una ojeada a estas crónicas cada vez que se vestía para comer fuera? Los mismos amigos que la habían oído practicando en la cama, la habían sorprendido también, como un estudiante en vísperas de examen, enfrascada en los epigramas de Jean Cocteau acerca del arte, en los cuentos de sobremesa de Mr. Birrell, en las anécdotas de W. B. Yeats acerca de George Moore y en lo que Charlie Chaplin le había dicho y había

dicho de ella la última vez que había estado en Hollywood. Como todos los habladores profesionales, Molly era muy económica con su ingenio y su sabiduría. No existen suficientes *bons mots* en el mundo para surtir a todo conversador industrioso con una nueva reserva para cada ocasión mundana. Aunque extenso, el repertorio de Molly era, como el de otros habladores más célebres, limitado. Buena ama de casa, sabía hacer picadillo de los restos de conversación de la comida de la víspera para abastecer el almuerzo del día. El asado de los funerales del lunes servía para la boda del martes.

En aquel momento regalaba ella a Denis Burlap con la conversación que había sido ya escuchada con tanto aprecio en el gran *lunch* de *Lady* Berger; por los invitados al *week-end* en Gobley; por Tommy Fitton, que era uno de sus amigos habituales; por Vladimir Payloff, que era otro; por el embajador norteamericano y por el barón Benito Cohen. La conversación recayó sobre el tema favorito de Molly.

—¿Sabe usted lo que Jean ha dicho de mí? —dijo ella (Jean era su marido)—. ¿Lo sabe usted? —repitió, insistente, pues tenía la extraña costumbre de pedir respuestas a preguntas meramente retóricas. Se inclinó hacia Burlap, ofreciendo sus ojos negros, sus dientes, su escote.

Burlap respondió, debidamente, que no lo sabía.

—Ha dicho que yo no era completamente humana. Que me parecía más a un elemento que a una mujer. Una especie de hada. ¿Cree usted que esto sea un cumplimiento o un insulto?

—Eso depende del gusto de cada uno —dijo Burlap, dando a su rostro una expresión astuta y sutil, como si hubiera dicho algo un tanto temerario, ingenioso y a la vez profundo.

—Pero yo no encuentro siquiera que sea verdad —continuó Molly—. Yo no me hago la impresión de ser tan elemento ni tan hada. Me he considerado siempre como un ser de la naturaleza perfectamente simple y sin afectación. Una especie de campesina, en realidad.

En este punto de la representación de Molly, todos los demás auditores habían estallado en una risa de protesta. El barón Benito Cohen había declarado con vehemencia que Molly era «una de laz emperatricez romanaz de la naturaleza».

La reacción de Burlap fue inesperadamente distinta de las de los otros. Balanceó la cabeza y sonrió con una expresión lejana y caprichosa.

—Sí —dijo—, eso me parece verdad. Un ser de la naturaleza, *malgré tout*. Usted lleva disfraces, pero a través de ellos se ve la sinceridad y la sencillez de la persona.

Molly se sintió encantada por lo que suponía el más alto cumplimiento que Burlap podía brindarle. Se había sentido igualmente encantada por las denegaciones que los otros

habían opuesto a su rusticidad. Las denegaciones habían sido, en ellos, su más alto cumplimiento. En el fondo, lo que importaba era la atención halagadora, el interés hacia su personalidad. Las opiniones mismas de sus admiradores le importaban poco.

Entretanto, Burlap desarrollaba la antítesis de Rousseau entre el Hombre y el Ciudadano. Molly le cortó la palabra y llevó la conversación de nuevo al tema primitivo.

—Hadas y seres humanos: he ahí una buena clasificación, ¿no cree usted?

Se inclinó hacia adelante, ofreciendo su rostro y su seno con intimidad.

—¿No cree usted? —repitió la pregunta retórica.

Tal vez Burlap estaba molesto por haber sido interrumpido.

—De un lado, el ser humano: sí, admitámoslo; demasiado humano. Y, del otro, el ser elemental. El uno tan ligado, tan envuelto en las cosas, tan sentimental; de paso, yo soy terriblemente sentimental. («OACI tan centimental como laz cirenaz de la Odicea», había sido el comentario clásico del barón Benito). El otro, el elemental, completamente libre y separado de las cosas, como un gato; yendo y viniendo; yéndose tan alegre como ha venido; encantador, pero nunca encantado: haciendo sentir a las gentes, pero sin sentir jamás él mismo. ¡Ah, cómo les envidio su etérea libertad!

—Es como si envidiara usted a un globo —dijo Burlap con gravedad. Él se ponía siempre del lado del corazón.

—¡Pero si se divierten tanto!

—No tienen bastante sentimiento para poder divertirse. Al menos, así lo creería yo.

—Sí, bastante para divertirse —precisó ella—, aunque acaso no para ser felices. No, ciertamente, bastante para ser desdichados. Por eso son tan envidiables. Sobre todo si son inteligentes. Pongamos a Philip Quarles, por ejemplo. He ahí un ser mágico, si jamás ha existido alguno —y se lanzó a su habitual descripción de Philip: «Zoólogo de la novela», «elfo sabid», «duende científico»; tales eran algunas de sus frases. Pero la mejor de todas había escapado a su memoria. Le dio caza desesperadamente; pero la palabra se burló de ella. Su retrato a lo Teofrasto tuvo que salir al mundo despojado esta vez de su pasaje más brillantemente eficaz y un poco estropeado en su conjunto por la conciencia que Molly tenía de su olvido y sus desesperados esfuerzos por repararlo en el momento de soltar el discurso—. Mientras que su esposa —concluyó, dándose cuenta, un tanto penosamente, de que Burlap no había sonreído con tanta frecuencia como debía— es todo lo opuesto a un hada. Ni elfínea, ni sabia, ni particularmente inteligente. —Molly sonrió con aire de superioridad—. Un hombre como Philip debe hallarla a veces un tanto inadecuada: es lo menos que se puede decir —la sonrisa persistió, convertida ahora en sonrisa de propia satisfacción—. Philip había tenido, tenía todavía, *un faible* por ella. Escribía unas cartas tan divertidas, casi tan divertidas como las de ella… («*Quand je ueux briller dans le*

monde. Molly —gustaba de citar textualmente los cumplimientos de su marido— *je cite des phrases de les lettres*»). ¡Pobre Elinor! Un poco fastidiosa a veces —continuó Molly—. Aparte de eso, advierta usted que es una criatura encantadora. La conozco desde pequeña. Encantadora, aunque no precisamente una Hypatia.

Demasiado tonta para comprender siquiera que, fatalmente, Philip sería atraído por una mujer de su propia estatura mental, una mujer a la cual pudiera hablar en términos parejos. Demasiado tonta para advertir, cuando ella los había presentado, cuán impresionado se había sentido él. Demasiado tonta para ser celosa. Molly había sentido la ausencia de celos como una especie de injuria. No era que ella diese jamás *verdaderos* motivos de celos. Ella no dormía con los maridos; se contentaba con hablarles. Sin embargo, era realmente mucho lo que hablaban: de esto no cabía duda. Y ciertas mujeres se habían mostrado efectivamente celosas. La ingenua confianza de Elinor la había picado al extremo de mostrarse más graciosa que de ordinario hacia Philip. Pero él había iniciado su viaje alrededor del mundo antes de que su conversación alcanzara gran amplitud. La plática, predijo ella, sería reanudada a su regreso. ¡Pobre Elinor!, pensó compasivamente. Sus sentimientos pudieran haber sido un poco menos cristianos si se hubiera dado cuenta de que la pobre Elinor había advertido la mirada de admiración en los ojos de Philip antes de que la propia Molly la hubiese percibido, y que, al advertirla, se había dado conscientemente a la representación del papel de dragomán y de intermediaria. No era que tuviese ella mucha esperanza ni temor de que Molly lograra realizar el milagro de la transformación. No es fácil que se enamore alguien perdidamente de una altavoz, por hermosa, por firme y rolliza (pues los gustos de Philip eran un tanto anticuados), por atractiva y calípiga que sea. Su única esperanza estaba en que las pasiones despertadas por la carne y la hermosura serían tan inadecuadamente satisfechas por la conversación (porque la conversación, decían los rumores, era lo único que Molly concedía), que el pobre Philip se vería reducido a un estado de cólera y aflicción altamente propicio a su labor literaria.

—Pero, por supuesto —continuó Molly—, la inteligencia no debe desposarse jamás con la inteligencia. He ahí por qué Jean no cesa de amenazarme con el divorcio. Dice que soy demasiado estimulante. *Tu ne m'ennuis pas assez*, me dice; y que lo que necesita él es *une femrne sédative*. Y yo creo que, en el fondo, tiene mucha razón. Philip Quarles ha sido cuerdo. Imagínese usted un hombre-hada, como Philip, casado con una mujer —hada igualmente inteligente: Lucy Tantamount, por ejemplo. Sería un desastre, ¿no cree usted?

—¿Y no cree usted que, hada o no, Lucy Tantamount sería un desastre para cualquier hombre?

—No, no, tengo que confesar que simpatizo con Lucy. —Molly se volvió hacia su almacén interior de pensamientos a lo Teofrasto—. Me gusta el modo como flota por la vida en vez de andar con trabajo. Me agrada ver cómo vuela de flor en flor: lo cual es acaso una descripción demasiado botánica y poética de Bentley, y Jim Conklin, y el pobre Reggie Tantamount, y Maurice Spandrell, y Tom Trivet, y Poniatovsky, y ese joven francés que escribe obras de teatro, ¿cómo se llama?, y todos los demás que ha olvidado una o de quienes no ha oído hablar nunca. —Burlap sonrió: todos sonreían a este pasaje —. Como quiera que sea, ella vuela de uno al otro. Haciendo, he de admitirlo, gran daño a las flores. —Burlap sonrió de nuevo—. Pero sin cosechar para sí más que diversión. He de confesar que la envidio un poco. Me gustaría ser un hada y poder volar.

—Muchos más motivos tiene ella para envidiarla a usted —dijo Burlap, adoptando de nuevo una expresión profunda, sutil y cristiana y balanceando la cabeza.

—¿De envidiarme a mí por ser desdichada?

—¿Quién es desdichada? —preguntó *Lady* Edward, irrumpiendo sobre ellos en aquel momento—. Buenas noches, Mr. Burlap —continuó, sin aguardar respuesta.

Burlap le dijo lo mucho que había disfrutado de la música.

—Hablábamos justamente de Lucy —dijo Molly d'Exergillod, interrumpiéndolo—. Estábamos de acuerdo en que se parece a un hada. Tan ligera y libre de trabas…

—¡Un hada! —repitió *Lady* Edward con una voz dramática que partía del fondo de su garganta—. Se parece más bien a un *leprechaun*[3]. No tiene usted idea, Mr. Burlap, de lo difícil que resulta educar a un *leprechaun* —*Lady* Edward meneó la cabeza—. Ha habido veces en que me ha dado realmente miedo.

—¿De verdad? —dijo Molly—. Pero yo creería que usted misma tiene algo de hada, *Lady* Edward.

—Algo —admitió *Lady* Edward—. Pero jamás al extremo de ser un *leprechaun*.

* * *

—¿Qué hay? —dijo Lucy, cuando Walter se sentó a su lado en el coche. Perecía lanzar una especie de desafío. ¿Qué hay?

El coche arrancó. Walter le tomó la mano y la alzó a sus labios. Era la respuesta al desafío.

—Lucy, yo la quiero. Eso es todo.

—¿Me quiere usted, Walter? —Se volvió hacia él y, tomando su cara entre sus dos manos, lo miró intensamente, en la semioscuridad—. ¿Me quiere usted? —repitió, y al hablar meneó lentamente la cabeza y sonrió. Luego, inclinándose hacia adelante, lo besó

en la boca. Walter la rodeó con el brazo; pero ella se desprendió—. No, no —protestó, y se echó de nuevo hacia su rincón.

Walter obedeció, separándose de ella. Se hizo un silencio. Lucy llevaba perfume de gardenias; cálido y dulce, el símbolo perfumado de su ser lo envolvió. «Debí insistir —pensó él—. Brutalmente. Debí besarla otra y otra vez. Forzarla a que me amase. ¿Por qué no lo he hecho? ¿Por qué?». Walter no lo sabía. Ni por qué lo había besado ella, salvo que fuese solo para provocarlo, para hacer que la deseara más violentamente, para hacerlo más rendidamente su esclavo. Ni por qué, sabiendo esto, la amaba todavía. «¿Por qué? ¿Por qué?», continuó repitiéndose. Y, como un eco sonoro de sus pensamientos, Lucy habló de pronto.

—¿Por qué me ama usted? —preguntó desde su rincón.

Walter abrió los ojos. Pasaban frente a un farol de la calle. Su luz cayó sobre el rostro de Lucy a través de la ventanilla del taxi en marcha. El rostro se destacó por un instante, pálido contra el fondo oscuro, y se desvaneció de nuevo en la oscuridad: una máscara pálida que lo había visto ya todo y que mostraba una expresión de desprendimiento divertido y una languidez dura y un tanto fatigada.

—Eso es lo que yo acababa de preguntarme —respondió Walter—. Y me decía que mejor me hubiera sido no hacerlo.

—Otro tanto diría yo. No es usted precisamente muy divertido cuando se pone así.

«¡Qué fastidiosos —reflexionó ella—, estos hombres que se figuran que nadie ha conocido jamás el amor!». Con todo, Walter le gustaba. Era atractivo. No; «atractivo» no era el término propio. Atractivo como posible amante: esto era precisamente lo que no era. Más bien «conmovedor». ¿Un amante conmovedor? No era precisamente su tipo. Con todo, le gustaba. Había en él algo muy lindo. Además era inteligente, sabía ser un compañero agradable. Y por fastidiosa que fuese, su enfermedad amorosa lo hacía al menos muy fiel. Esto, para Lucy, era muy importante. Tenía temor a la soledad y necesitaba que sus galanes estuvieran siempre prontos a servirla. Walter la servía con una fidelidad perruna. Pero ¿por qué tenía a veces aquel aire de perro bajo el látigo? Tan servil. ¡Qué imbécil! Lucy se sintió súbitamente irritada por su servilismo.

—Walter, Walter —dijo en son de burla, poniendo su mano sobre la de él. ¿Por qué no me habla usted?

Él no respondió.

—¿O es que hay que callarse? —Los dedos de Lucy rozaron eléctricamente el dorso de su mano y se cerraron en torno a su muñeca—. ¿Dónde está su pulso? —preguntó al cabo de un momento—. No lo encuentro —y buscó sobre la piel suave las pulsaciones de la arteria. Walter sintió el contacto de las yemas de sus dedos, ligeros, temblorosos y un tanto

fríos, contra su muñeca—. Me atrevería a afirmar que no tiene usted pulso —dijo ella—. Me parece que tiene usted la sangre estancada.

El tono de su voz era despectivo. «¡Qué imbécil!», pensaba Lucy. «¡Qué imbécil y qué abyecto!». Justamente estancada —repitió, y de golpe, con una súbita malignidad, le clavó en la carne sus fuertes uñas aguzadas a lima. Walter dio un grito de sorpresa y de dolor—. Usted se lo ha merecido —dijo ella, y se echó a reír en su cara.

Walter la asió por los hombros y comenzó a besarla frenéticamente. La cólera había exacerbado su deseo: sus besos eran una venganza. Lucy cerró los ojos y se abandonó muellemente, sin resistencia. Un hormigueo de placer anticipado cundió a través de su piel con una especie de aleteo pánico, como el de las alevillas. Y de pronto, dedos aguzados parecieron tocar, *pizzicato*, las cuerdas de sus nervios; Walter sentía todo su cuerpo conmovido involuntariamente entre sus brazos, conmovido como si hubiera sido lastimado de pronto. Mientras la besaba se halló ante la interrogación de si ella habría esperado que reaccionara de aquel modo a su provocación, de si lo habría deseado. Walter tomó su frágil cuello entre sus manos. Sus pulgares estaban sobre la tráquea. Oprimió suavemente.

—Un día —dijo él con sus dientes cerrados— la voy a estrangular.

Lucy no hizo más que reír. Walter se inclinó y besó su boca riente. El roce de sus labios sobre los de ella hizo cundir por todo el cuerpo de Lucy una sensación fina, aguda, que era casi dolor intolerable. Las alas de la alevilla en pánico se agitaron sobre todo su cuerpo. Lucy no había esperado de Walter aquellos ardores tan fieros y salvajes. Se sintió agradablemente sorprendida.

El taxi entró en Soho Square, aminoró la marcha, se detuvo. Habían llegado. Walter dejó caer sus manos y se separó de ella.

Lucy abrió los ojos y lo miró.

—¿Qué hay? —preguntó en son de reto, por la segunda vez aquella noche.

Hubo un momento de silencio.

—Lucy —dijo él—, vayamos a otra parte. No aquí, no a este terrible lugar. A cualquier parte donde podamos estar solos —su voz temblaba, sus ojos imploraban. La fiereza había desaparecido de su deseo; de nuevo se había hecho perruno, servil—. Digámosle al chofer que siga —suplicó él.

Ella sonrió, meneando la cabeza. ¿Por qué imploraba él y de aquel modo? ¿Por qué era tan servil? ¡El imbécil, el perro bajo el látigo!

—¡Por favor, por favor! —suplicó él.

Pero habría debido ordenarlo. Habría debido, simplemente, dar la orden de seguir al conductor, y tomarla nuevamente en sus brazos.

—Imposible —dijo Lucy, y descendió del coche.

Si él se portaba como un perro bajo el látigo, habría que tratarlo como tal.

Walter la siguió afligido y servil.

Sbisa en persona salió a recibirlos al umbral. Se inclinó, blandió sus gruesas manos blancas, y su sonrisa expansiva levantó una sucesión de ondas en la carne de sus mejillas enormes. Al llegar Lucy, la consumición de champaña tendió a aumentar. Ella era una convidada de honor.

—¿Está Mr. Spandrell aquí? —preguntó ella—. ¿Y Mr. y Mrs. Rampion?

—Sí, *come* no, sí —repitió el viejo Sbisa con un énfasis napolitano casi oriental, en lo cual iba implícito que no solo estaban allí, sino que, de estar en su mano, hubiera aportado él dos ejemplares de cada uno en beneficio de ella—. ¿Y ustede? Ustede *va bene*, yo *espero* ustede *bene…* Y qué langosta tenemo esta noche, qué langosta…

Y, hablando todavía, los hizo entrar en el restaurante.

VIII

—Lo que a mí me aplasta —dijo Mark Rampion— es la horrible y malsana chatura de esta época nuestra.

Mary Rampion rompió a reír desde la profundidad de sus pulmones. Era una risa que no podía escucharse sin sentir también ganas de reír.

—No dirías tú eso si, en vez de ser tú, fueras tú mujer, —dijo ella—. ¿Chato el mundo? ¡Podría yo hacerte un cuento sobre la chatura!

No había ciertamente mucho de aplastado en el aspecto de Mark Rampion. Tenía el perfil recto, con una nariz ganchuda y feroz, como un instrumento cortante, y una barbilla puntiaguda. Sus ojos eran azules y penetrantes, y sus cabellos, muy finos, en los que el oro tiraba un poco a rojo, flotaban al menor movimiento, al menor soplo exterior, como lenguas de fuego agitadas por el viento.

—Bueno, tampoco tú eres precisamente una corderilla, ni mucho menos —dijo Rampion—. Pero dos personas no hacen el mundo. Yo hablaba del mundo y no de nosotros. Es chato, repito. Como uno de esos horribles gatazos castrados.

—¿Le parece que la guerra haya sido tan chata? —preguntó Spandrell, hablando desde la semioscuridad, fuera del mundillo de luz rosada en que se hallaba la mesa.

Estaba echado hacia atrás en su silla, equilibrada sobre las patas posteriores y adosada a la pared.

—Sí, hasta la guerra —dijo Rampion—. Fue una atrocidad domesticada. Los hombres no fueron a batirse por un mandato de la sangre. Fueron porque se les ordenó: fueron porque eran buenos ciudadanos. «El hombre es un animal de combate», como tanto gusta de decir su padrastro en sus discursos. Pero lo que yo le reprocho es que sea un animal doméstico.

—Y que se hace más y más doméstico cada día —dijo Mary Rampion, que participaba de la opinión de su marido, o acaso fuera más exacto decir que participaba de la mayoría de sus sentimientos y que, consciente o inconscientemente, pedía prestadas sus opiniones cuando quería expresarlos—. Son las fábricas, es el cristianismo, es la ciencia, es la respetabilidad, es la educación —explicó ella—. Todo eso pesa en el alma moderna. Le extraen la vida, le…

—¡Oh, por el amor de Dios, calla la boca! —dijo Rampion.

—Pero ¿no es eso lo que dices tú?

—Lo que yo digo es lo que digo yo. Se torna completamente distinto cuando lo dices tú.

La expresión irritada que había asomado al rostro de Mary Rampion se disipó. Mary

se echó a reír.

—Ah, bien —dijo en tono de buen humor—, el raciocinio no ha sido jamás mi fuerte. Pero podrías mostrarte un poco más cortés en público.

—No puedo sufrir a los tontos de buena gana.

—Pues vas a tener que sufrir a una tonta muy dolorosamente si no te andas con cuidado —amenazó ella riendo.

—Si quiere tirarle un plato a la cabeza —dijo Spandrell, empujando uno hacia ella—, no deje de hacerlo.

Mary le dio las gracias.

—Le haría bien —dijo ella—. Se pone tan petulante…

—Y no te haría mal a ti —replicó Rampion— si, a cambio, yo te pusiera un ojo negro.

—¡Puedes probar a ver! Acepto el combate con una mano atada a la espalda.

Todos rompieron a reír.

—Yo apuesto a favor de Mary —dijo Spandrell inclinando su silla hacia atrás.

Sonriendo con un placer que hubiera hallado difícil de explicar, su mirada danzó del uno al otro: del hombrecillo delgado, fiero, indomable, a la mujerona de pelo dorado.

Separadamente, ambos eran buenos; pero juntos, como pareja, eran todavía mejores. Sin darse cuenta, él había comenzado a sentirse súbitamente dichoso.

—Uno de estos días ajustaremos cuentas —dijo Rampion, y puso su mano por un momento sobre la de Mary. Era una mano delicada, sensitiva, expresiva. «La mano de un aristócrata, si jamás ha existido alguna», pensó Spandrell. Y la de Mary, tan roma, fuerte y honrada, era una mano de campesina. Y sin embargo, por nacimiento, Rampion era el campesino y ella la aristócrata. Lo cual demostraba lo insensatas que eran las teorías de los genealogistas—. A diez asaltos —continuó Rampion—. Y sin guantes —se volvió hacia Spandrell—: Debe usted casarse, ¿sabe? —le dijo.

La dicha de Spandrell se derrumbó de golpe. Fue como si hubiera vuelto en sí de una brusca sacudida. Se sintió casi indignado consigo mismo. ¿Qué tenía que ir él a ponerse a jugar a los sentimientos con motivo de una pareja dichosa?

—No sé boxear —contestó.

Y Rampion descubrió una punta de amargura en su jocosidad, un endurecimiento interior.

—Lo digo en serio —dijo, tratando de descifrar la expresión del rostro del otro.

Pero la cabeza de Spandrell estaba en la sombra, y la luz de la lámpara, interpuesta entre ellos sobre la mesa, le deslumbraba.

—Sí, en serio —dijo Mary como un eco—. Debe hacerlo usted. Sería usted otro

hombre.

Spandrell emitió una risa breve y desdeñosa y, haciendo caer de nuevo la silla sobre sus cuatro patas, se inclinó sobre la mesa. Apartando su taza de café y su vaso mediado de licor, plantó los codos sobre la mesa y su barbilla en las manos. Su rostro surgió a la luz rosada de la lámpara. Como una gárgola, pensó Mary; como una gárgola en un gabinete rosado. Había una en Notre Dame exactamente en la misma actitud, inclinada hacia adelante, con su cara de Satán entre sus garras. Solo que la gárgola era un diablo cómico, tan extravagantemente demoníaco, que no podía tomarse en serio su satanismo. Spandrell era un ser real, no una caricatura; por eso su cara era mucho más trágica y siniestra. Era un rostro demacrado. Pómulos y maxilares se revelaban en duro contorno a través de la piel tirante. Los ojos, grises, estaban profundamente enclavados en las órbitas. En la máscara cadavérica solo la boca era carnosa: una boca rasgada, de labios salientes sobre la piel, como dos espesos verdugones.

«Cuando sonríe —había dicho una vez Lucy Tantamount—, parece una operación de apendicitis con comisuras irónicas». La cicatriz roja era sensual, pero firme y resuelta a la vez, lo mismo que la redonda barbilla debajo. Había arrugas en torno a sus ojos y en las comisuras de sus labios. Su pelo, espeso y castaño, había comenzado a retroceder desde la frente.

«A primera vista se le echarían cincuenta años —pensó Mary Rampion—. Y, sin embargo, ¿cuál es su edad?». Echó sus cálculos y llegó a la conclusión de que no podía tener más de treinta o treinta y tres años. Justamente la edad de sentar cabeza.

—Sí, otro hombre —repitió ella.

—Pero si yo no tengo deseos de cambiar.

Mark Rampion asintió con la cabeza.

—Sí, esto es lo malo, Spandrell. Se complace usted en estofarse en su propio jugo supurativo y repugnante. No quiere usted que le den la salud. Se deleita usted en su estado enfermizo. Se siente hasta un poco orgulloso de él.

—El matrimonio sería la cura —persistió Mary, con un infatigable entusiasmo hacia la causa del sacramento al cual ella misma debía por completo su vida y su felicidad.

—Con tal de que, por supuesto, no fuera simplemente a echar a perder a la mujer —dijo Rampion—. Podría contaminarla con su propia gangrena.

Spandrell echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír, con una risa profunda, aunque, como era su costumbre, apenas perceptible: una explosión ahogada.

—¡Admirable! —dijo—. ¡Admirable! He ahí el primer argumento verdaderamente acertado que haya oído jamás en favor del matrimonio. Casi me han persuadido, Rampion. Jamás lo he llevado hasta el matrimonio.

—¿Qué es lo que ha llevado? —preguntó Rampion, frunciendo ligeramente el entrecejo. No le gustaba el modo de hablar del otro, que juzgaba de un cinismo un poco melodramático. ¡Tan complacido de su perversidad! Ni más ni menos que como un chico necio.

—El proceso de la contaminación. Me había detenido siempre del lado acá del juzgado. Pero la próxima vez franquearé el umbral. —Bebió un poco de coñac—. Yo soy como Sócrates —continuó—. He recibido de los dioses la misión de corromper a la juventud, la juventud femenina más especialmente. Tengo por misión llevarla por el camino que no deba seguir.

Y echó la cabeza hacia atrás para emitir aquella risa afónica que le era peculiar. Rampion lo miró con repugnancia. ¡Qué teatral! Se diría que exageraba su papel para convencerse de su propia presencia.

—Pero si solamente se diera usted cuenta de lo que podría significar el matrimonio —intervino Mary con seriedad—. Si solamente supiera usted…

—Pero, querida, si no hay duda de que lo sabe —interrumpió Rampion con impaciencia.

—Hace más de quince años que nosotros estamos casados —continuó Mary, tan fuerte era en ella el espíritu de proselitismo—, y yo le aseguro a usted…

—En tu lugar yo no gastaría más saliva.

Mary lanzó una mirada de interrogación a su marido. En todo lo tocante a las relaciones humanas, tenía una confianza absoluta en el juicio de Rampion. Este se abría paso a través de esos laberintos con una firmeza de tacto que Mary no podía menos que envidiar, pero que no podía imitar. Tiene el don de olfatear el alma de la gente, solía decir de él. Mary tenía un olfato bastante ordinario para las almas. Así que, con muy buen juicio, se dejaba guiar por él. Le echó una ojeada. Rampion miraba fijamente el interior de su taza de café. Su frente se plegaba en un frunce; era evidente que había hablado en serio.

—¡Oh, está bien! —dijo ella, y encendió otro cigarrillo.

Spandrell paseó la mirada del uno al otro con cierto aire de triunfo.

—Tengo una verdadera técnica para las jovencitas —continuó con el mismo tono demasiado cínico.

Mary cerró los ojos y pensó en el tiempo en que Rampion y ella eran jóvenes.

IX

—¡Qué roncha! —dijo la joven Mary, cuando llegaron a la cumbre de la colina y miraron el valle desde lo alto. Stanton-in-Teesdale se tendía a sus pies, negra, con sus techos de pizarra, sus chimeneas llenas de hollín y sus nubes de humo. Los páramos se elevaban y se desplegaban más allá de la población, desnudos, hasta donde alcanzaba la vista. El sol brillaba; las nubes arrastraban enormes sombras tras sí—. ¡Nuestro pobre paisaje! Debería estar prohibido. Verdaderamente, debería estar prohibido.

—Toda vista es agradable, y solo el hombre es vil —citó su hermano George.

El otro joven tenía espíritu más práctico.

—Si se pudiera emplazar aquí una batería —sugirió— y enviar unos cuantos cientos de granadas sobre el país…

—Sería una buena cosa —dijo Mary enfáticamente—. Una cosa verdaderamente admirable.

Su aprobación colmó de alegría al joven militar. Estaba perdidamente enamorado.

—Obuses pesados —añadió él, tratando de perfeccionar su proposición.

Pero George lo interrumpió.

—¿Quién demonios es ese? —preguntó.

Los otros se volvieron en la dirección que indicaba él. Un forastero marchaba colina arriba hacia ellos.

—No tengo la menor idea —dijo Mary, mirándole.

El forastero se acercó. Era un joven de poco más de veinte años, nariz ganchuda, ojos azules y sedoso cabello rubio, que flotaba al viento, pues no gastaba sombrero. Llevaba una chaqueta de turista, de mal corte y paño barato, y un ancho pantalón de franela gris. Su corbata era roja; marchaba sin bastón.

—Parece como si quisiera hablarnos —dijo George.

Y en efecto, el joven se dirigía derecho hacia ellos. Marchaba de prisa y con aire resuelto, como si llevara algún asunto importante.

«¡Qué rostro más extraordinario! —pensó Mary mientras se acercaba el joven—. Pero ¡qué aspecto de enfermo! Tan delgado, tan pálido…». Pero los ojos del forastero le prohibieron sentir compasión; resplandecían de fuerza.

El forastero se detuvo ante ellos, levantando su cuerpo delgado, que atiesó militarmente como a una orden de atención. Había un aire de reto en su actitud, un desafío formal en la expresión de su rostro. Los miró fijamente con sus ojos brillantes, pasando del uno al otro.

—Buenas tardes —dijo.

Le costaba un esfuerzo enorme el hablar, pero debía hablar, aunque solo fuera a causa de la forma insolente en que fingían ignorarlo, con sus rostros plácidos de ricos. Mary contestó por los otros.

—Buenas tardes.

—Estoy aquí contra las ordenanzas —dijo el forastero—. ¿Les molesta a ustedes? —La seriedad de su desafío se acentuó. Los miró con aire sombrío. Los jóvenes lo examinaron desde el otro lado de los palenques, desde muy lejos, desde lo alto de su superioridad de casta. Se habían fijado en sus ropas. Sus ojos tenían una expresión de desdén y hostilidad. Tenían también una especie de temor—. He rebasado los límites —repitió.

Su voz era un tanto aguda, pero musical. Su acento era de campesino.

«Uno de los granujas del contorno», había estado pensando George.

«Un transgresor». Hubiera sido mucho más fácil, mucho más agradable escapar a hurtadillas, inadvertido. Pero, ya que lo habían visto, estaba obligado a hacerles frente.

Se hizo un silencio. El militar se desvió. Se desinteresó de todo este asunto desagradable que, después de todo, nada tenía que ver con él. El parque pertenecía al padre de Mary. Él no era más que un invitado. «Mi lema es este: siempre alegre y animado», canturreó para sí, mirando hacia el valle por encima de la población renegrida. George rompió el silencio.

—¿Que si nos molesta? —dijo, repitiendo las palabras del forastero. Su cara se había tornado roja.

«¡Qué facha más absurda tiene! —pensó Mary al verlo—. Como un ternero. Un ternero que se sonrojara».

—¿Que si nos molesta? ¡Insolente granuja del diablo! —George se iba llenando de una justa indignación—. ¡Pues sí, acaso nos moleste! Y yo le rogaría a usted… Mary rompió a reír.

—De ningún modo —dijo—. No nos molesta en absoluto.

Su hermano enrojeció todavía más.

—¿Qué quiere decir eso, Mary? —preguntó furioso. (Siempre alegre y animado canturreaba el militar, más alejado que nunca de tales contingencias)—. El terreno es privado.

—¡Pero si no nos molesta lo más mínimo! —dijo ella, mirando al forastero—. Ni lo más mínimo, cuando el que entra tiene la franqueza de venir a decirlo, como usted.

Ella le sonrió; pero el rostro del joven no abandonó su orgullo ni su seriedad. Al mirar al interior de aquellos ojos brillantes y graves, también ella se tornó súbitamente seria. Comprendió al instante que no se trataba en modo alguno de una broma. Se hallaban en juego principios importantes, principios de la mayor gravedad. Pero en qué consistían su

importancia y su gravedad, eso no lo sabía ella. Mary solo tenía oscura y profundamente la conciencia de que no era asunto de broma.

—Adiós —dijo ella con voz alterada, y le tendió la mano.

El forastero vaciló un segundo; luego la tomó en la suya.

—Adiós —dijo—. Saldré del parque lo más pronto posible.

Y, dando la vuelta, se retiró a paso rápido.

—¿Pero qué demonios es lo que tú…? —fulminó George, volviendo su cólera contra su hermana.

—¡Oh, calla esa boca! —contestó ella, impaciente.

—¡Dándole la mano a ese tipo! —siguió protestando él.

—Un poco plebe, ¿no? —intervino el militar.

Ella los miró sucesivamente, sin hablar, y se alejó. ¡Qué par de cernícalos! Los dos jóvenes la siguieron.

—¡Dios! ¡Cuándo aprenderá Mary a conducirse como es debido! —dijo George, echando humo aún.

El joven militar emitió sonidos tranquilizadores. Estaba enamorado de ella; pero tenía que reconocer que, en efecto, Mary se conducía a veces de un modo un tanto embarazoso y poco conforme a las costumbres. Era su único defecto.

—¡Estrechar la mano a un golfo como ese! —continuó regañando George.

Tal fue el primer encuentro que tuvieron. Mary tenía entonces veintidós años y Mark Rampion un año menos. Él había terminado su segundo año en la Universidad de Sheffield, y regresaba a Stanton en vacaciones de verano. Su madre habitaba una de las casitas que formaban una fila cerca de la estación. Tenía una pequeña pensión —su marido había sido cartero— y, además, ganaba algunos chelines con trabajos de costura. Mark estaba becado. Sus hermanos, más jóvenes y menos talentosos, trabajaban ya.

—Un joven verdaderamente notable —repitió con insistencia el rector al resumir brevemente la carrera de Mark Rampion algunos días después.

Era con ocasión de una venta de caridad con *garden party* en la casa del cura. Unos cuantos niños de la escuela dominical habían representado una obrita al aire libre. El autor era Mark Rampion.

—Sin la ayuda de nadie —afirmó el rector al gentío allí reunido—. Y lo que es más, el chico sabe dibujar. Sus dibujos son acaso un poco excéntricos, un poco… ¡Ah!… —vaciló.

—Fantásticos —sugirió su hermana, con una sonrisa de alta burguesía, orgullosa de su falta de comprensión.

—Pero lleno de talento —continuó el rector—. Este chico es realmente un pequeño

cisne del Tees[4] —añadió con una risita tímida, casi de culpable. Tenía debilidad por las alusiones literarias. La gente sonrió de modo obligado.

El prodigio fue presentado. Mary reconoció al transgresor.

—Le he visto a usted antes de ahora —dijo ella.

—Sí, en su paisaje vedado.

—Bienvenido a él —estas palabras lo hicieron sonreír, algo irónicamente, le pareció a ella. Mary se sonrojó, temerosa de haber dicho algo que pudiera haber llevado un tono protector—. Pero me figuro que seguiría usted entrando en lo vedado, fuera o no bienvenido —añadió con una risita nerviosa.

Mark dijo que sí con la cabeza, sin dejar de sonreír.

El padre de Mary llegó con sus felicitaciones. Sus elogios pasaron devastadoramente sobre el delicado juguete como una manada de elefantes. Mary se contorció de disgusto. Todo lo que decía el padre era desacertado, completamente desacertado. Ella lo sentía. Pero lo grave, pensó, estaba en que tampoco ella hubiera podido decir nada mejor. La sonrisa irónica demoraba todavía en los labios de Mark. «¡Qué partida de imbéciles le debemos parecer!» —se dijo Mary.

Después le tocó el turno a su madre. «Asombroso» fue sustituido por «encantador». Lo cual era igualmente desafortunado, igualmente fuera de cuestión.

Cuando Mrs. Felpham lo invitó a un té, Rampion quiso rehusar, pero rehusar sin mostrarse rústico ni ofensivo. Después de todo, pobre mujer, sus intenciones eran excelentes. Solo era un poco ridícula. Era un Mecenas de pueblo y con faldas que para proteger el arte llegaba hasta brindar dos tazas de té y una rebanada de *plumcake*. El papel era cómico. Mientras él vacilaba, Mary se sumó a la invitación.

—Vamos, acepte usted —insistió ella. Y sus ojos, su sonrisa expresaban una especie de triste diversión a la vez que una excusa. Mary comprendía lo absurdo de la situación—. Pero yo no tengo nada que hacerle —parecía decir—. Absolutamente nada, salvo presentarle a usted mis excusas.

—Tendré mucho gusto en ir —dijo él, volviéndose de nuevo hacia Mrs. Felpham.

Llegó el día de la cita. Rampion se presentó con una corbata roja, como siempre. Los hombres se hallaban de pesca; el joven fue recibido por Mary y su madre. Mrs. Felpham trató de mostrarse a la altura de la ocasión. Evidentemente, al Shakespeare de pueblo debía de interesarle el teatro.

—¿No le gustan a usted las obras de Barrie? —preguntó—. A mí me apasionan.

Mrs. Felpham continuó en este tono. Rampion no hizo comentarios. Más tarde, cuando Mrs. Felpham, dejándolo por imposible, hubo comisionado a Mary para que le

enseñara el jardín, se dignó abrir los labios.

—Su madre ha debido de hallarme muy grosero —dijo él, mientras seguían a lo largo de las lisas y enlosadas veredas, entre los rosales.

—¡Oh, no; de ningún modo! —protestó Mary con excesivo vigor.

Rampion se echó a reír.

—Es usted muy amable —dijo—. Pero sí, debe de haberme hallado grosero, y con razón. He sido grosero con el fin de no serlo todavía más. Era preferible no decir nada a decir lo que yo pensaba acerca de Barrie.

—¿No le gustan a usted sus obras?

—¿Que si me gustan? ¿A mí? —Se detuvo y volvió los ojos hacia ella. Mary sintió la sangre subir a sus mejillas; ¿qué había dicho?—. Eso puede preguntarlo usted aquí… —continuó Rampion. Con un ademán señaló las flores, la pequeña fuente con su surtidor, la alta terraza, con sus crasuláceas que brotaban entre las piedras, y la casa gris, austera, estilo georgiano, al fondo—. Pero venga usted conmigo al interior de Stanton, y hágame allí esa pregunta. Allí nos hallamos frente a la realidad cruda, y no con un cojín neumático entre nosotros y las cosas. Es preciso tener una renta asegurada de cinco libras semanales por lo menos antes de poder comenzar a sentir estimación hacia Barrie. Cuando nos hallamos enclavados en los hechos brutales, Barrie nos parece un insulto.

Se hizo un silencio. Marcharon arriba y abajo entre las rosas: aquellas rosas que Mary comenzaba a sentir que debía rehusar, pedir excusa por ellas; pero esto sería una ofensa. Un cachorro perdiguero llegó hacia ellos retozando torpemente a lo largo de la vereda. Mary lo llamó por el nombre: el animal se levantó sobre sus patas traseras y la saludó con las delanteras.

—Se me figura que yo quiero más a los animales que a las personas —dijo ella, protegiéndose de la embarazosa jovialidad del perro.

—Bien: por lo menos, los animales son sinceros, ellos no viven sobre cojines neumáticos como las personas del medio en que tiene que vivir usted —dijo Rampion, haciendo resaltar el oscuro enlace de aquella observación con lo que se había dicho antes.

Mary quedó encantada y llena de asombro por el modo como él había comprendido.

—Me gustaría conocer un poco más a las gentes de su esfera —dijo ella—; gentes auténticas, sin cojines neumáticos.

—No cuente usted con que vaya a servirle yo de guía, como un agente de la casa Cook —contestó él irónicamente—. Nosotros no somos un jardín zoológico, ¿sabe? No somos indígenas con vestidos extraños u otra cosa por el estilo. Si quiere usted visitar los barrios bajos, diríjase al rector.

Mary se sonrojó intensamente.

—Bien sabe usted que no he querido decir eso.

—¿Está usted segura? —le preguntó él—. Cuando se es rico, es difícil que no se quiera decir eso. Una persona como usted no puede representarse en absoluto qué cosa es no ser rico. Como un pez. ¿Cómo quiere usted que un pez se represente lo que es la vida fuera del agua?

—¿Pero no puede uno descubrirlo si se esfuerza?

—Hay un abismo enorme —respondió él.

—Se lo puede cruzar.

—Sí, sin duda se lo puede cruzar.

Pero el tono de su voz era de duda.

Continuaron su paseo y su conversación entre las rosas durante algunos minutos más; Rampion consultó entonces su reloj y dijo que era hora de partir.

—Pero volverá usted, ¿no?

—¿Qué objeto tendría mi vuelta? —preguntó él—. Es algo así como el hacer visitas interplanetarias, ¿no le parece?

—A mí no me da esa impresión —contestó ella, y añadió después de una pausa—: Debe de hallarnos usted a todos muy estúpidos, ¿no es cierto? —Y miró hacia él. Rampion había arqueado las cejas y estaba a punto de protestar. Pero ella no iba a permitir que se mostrara simplemente cortés—. Porque, en el fondo, somos estúpidos. Terriblemente estúpidos.

Mary se echó a reír con un poco de tristeza. Para las gentes de su clase la estupidez era más bien una virtud que un defecto. El ser demasiado inteligente era exponerse a no ser un *gentleman* La inteligencia no era una cualidad del todo segura. Rampion le había hecho preguntarse si no habría otras cosas mejores que la seguridad social que confiere el estado de *gentleman*. En su presencia no sentía ningún orgullo de ser estúpida.

Rampion le sonrió. Le gustaba su franqueza. Había algo de genuino en ella. No había sido echada a perder: al menos, no lo había sido aún.

—Creo que es usted un agente provocador —bromeó él— que trata de hacerme decir cosas descorteses y subversivas acerca de mis superiores. Pero la verdad es que mis opiniones no tienen nada de descorteses. Las gentes de su clase no son más estúpidas que las demás. No son, por naturaleza, más estúpidas. Son ustedes víctimas de su género de vida. Este los ha rodeado de una concha y les ha puesto anteojeras. Por naturaleza, puede que las tortugas no sean más estúpidas que los pájaros. Pero habremos de admitir que su género de vida no favorece precisamente la inteligencia.

Se vieron de nuevo varias veces durante aquel verano. Con más frecuencia paseaban juntos por el páramo. «Se parece a una fuerza de la naturaleza», pensó él al mirarla

abriéndose paso, con la cabeza baja, a través del viento húmedo. Una enorme fuerza física. ¡Qué energía, que fuerza, qué salud! Era magnífico. Rampion, en cambio, había sido un niño delicado, constantemente aquejado. Admiraba las cualidades físicas que él mismo no poseía. Mary era una especie de Diana guerrera del páramo. Así se lo dijo él una vez. A ella le gustó la lisonja.

—*Was für ein Atavismus!* Esto era lo que mi vieja institutriz alemana solía decir siempre de mí. Y yo creo que tenía razón. Tengo algo de *Atavismus*.

Rampion se echó a reír.

—En alemán suena ridículo. Pero no es del todo absurdo en sí. Atavismos: eso es lo que todos debemos ser. Atavismos con todas las comodidades modernas. Primitivos inteligentes. Grandes fieras con alma.

Era un verano frío y pluvioso. En la mañana del día fijado para su encuentro siguiente, Mary recibió una carta de él. «Querida *miss* Felpham —leyó ella; y su letra, que veía por primera vez, le produjo un placer extraño—. He cometido la idiotez de resfriarme. ¿Quiere mostrarse usted más indulgente que yo —porque no tengo palabras con que expresar a usted lo disgustado y colérico que estoy conmigo mismo— y excusarme por aplazar nuestro encuentro hasta de aquí a ocho días?».

La próxima vez que lo vio tenía un semblante pálido y demacrado, y sufría aún de un resto de bronquitis. Cuando ella le preguntó por su salud, Rampion le interrumpió poco menos que colérico.

—Estoy completamente bien —dijo vivamente; y pasó a otra cosa—. He estado releyendo a Blake. —Y comenzó a hablar del *Matrimonio del Cielo y del Infierno*—. Blake era un hombre civilizado —insistió—, *civilizado*. La civilización es la armonía y la totalidad. La razón, el sentimiento, el instinto, la vida corporal… Blake consiguió englobarlo y armonizarlo todo. La barbarie es inclinarse de un solo lado. Se puede ser un bárbaro del intelecto así como del cuerpo; un bárbaro del alma y de los sentimientos así como de la sensualidad. El cristianismo nos ha hecho bárbaros del alma, y la ciencia nos está haciendo ahora bárbaros del intelecto. Blake fue el último hombre civilizado.

Habló de los griegos y de los etruscos desnudos y tostados por el sol que se ven en las pinturas murales de sus sepulcros.

—¿Ha visto usted los originales? —dijo él—. ¡Palabra que le tengo a usted envidia!

Mary se sintió terriblemente avergonzada. Había visto las tumbas pintadas en Tarquinia; ¡pero qué poco recordaba de ellas! Para ella no habían sido más que antiguas y curiosas obras de arte, como todas las antiguas e innumerables obras de arte que había visto reglamentariamente en compañía de su madre durante su viaje a Italia el año anterior. En suma, era como si no las hubiera visto. Mientras que si él hubiese tenido

medios de ir a Italia…

—Aquellos eran civilizados —dijo él—, sabían vivir armoniosa y completamente, con todo su ser —hablaba con una especie de pasión, como si se hallara irritado contra algo; contra el mundo, acaso contra sí mismo—. Nosotros somos todos bárbaros —comenzó; pero fue interrumpido por un violento acceso de tos.

Mary aguardó a que pasara el ataque. Estaba ansiosa y sentía vergüenza y embarazo a la vez, como cuando sorprendemos a un hombre que, descuidado, revela una debilidad que a duras penas logra ocultar de ordinario.

Mary se preguntó si debía decir algunas palabras de simpatía acerca de la tos o fingir que no la había advertido. Mark resolvió el problema haciendo él mismo la alusión a la tos.

—A propósito de barbarie —dijo él, cuando hubo terminado el ataque. Habló en un tono de disgusto: su sonrisa era amarga y dejaba ver la cólera—, ¿sabe usted de algo más bárbaro que esta tos? Una tos como esta no debería ser permitida en una sociedad civilizada.

Mary le ofreció el consuelo de su solicitud y de los buenos consejos. Mark rio con impaciencia.

—Las propias palabras de mi madre —dijo él—. Una por una. Ustedes, las mujeres, son todas lo mismo. Cloqueando como gallinas detrás de sus pollos.

—¡Pero piense lo desdichados que serían ustedes si nosotras no cloqueáramos!

Unos días después —con algún recelo— la llevó él a ver a su madre. El recelo era infundado; Mary y Mrs. Rampion no parecieron hallar dificultad en establecer contacto espiritual. Mrs. Rampion era una mujer de unos cincuenta años, y todavía hermosa, con una expresión de dignidad sosegada y resignación en el rostro. Hablaba con lentitud y serenidad. Solo una vez la vio Mary cambiar de actitud: fue cuando, habiendo salido Mark a preparar el té, comenzó a hablar de su hijo.

—¿Qué opina usted de él? —preguntó inclinándose hacia su invitada con un súbito resplandor en los ojos.

—¿Qué opino yo? —Mary se echó a reír—. No soy bastante impertinente para erigirme en juez de mis superiores. Pero, evidentemente, es alguien, alguien que cuenta. Mrs. Rampion asintió con la cabeza, sonriendo de placer.

—Es alguien —repitió—. Eso es lo que siempre he dicho yo —su rostro se tornó grave—. ¡Si solamente fuera más robusto! Si solamente hubiera tenido yo medios de criarlo mejor… Siempre fue delicado. Debía haber sido criado con más cuidados de los que yo he podido poner… No, no con más cuidados. Yo he sido todo lo cuidadosa que se puede ser. Con más desahogo, en condiciones más saludables. Pero ahí está: mis medios

no lo han permitido. —Sacudió la cabeza—: Ahí tiene usted —dio un ligero suspiro, e inclinándose en su silla, permaneció así en silencio, con los brazos cruzados, mirando hacia el suelo.

Mary no hizo comentarios; no sabía qué decir. De nuevo se sintió avergonzada y afligida.

—¿Qué le ha parecido mi madre? —preguntó Rampion, más tarde, al acompañarla a casa.

—He simpatizado con ella —respondió Mary—. He simpatizado muchísimo. Si bien me ha hecho sentirme tan pequeña, tan mezquina, tan mala… Lo cual es otro modo de decir que la he admirado y que la he querido a causa de mi admiración.

Rampion aprobó con la cabeza.

—Sí, ella es admirable —dijo él—. Es valerosa, fuerte, perseverante. Pero es demasiado resignada.

—Pues a mí me pareció que esa era precisamente una de sus cualidades más notables.

—No tiene ningún derecho a ser resignada —contestó él, frunciendo el entrecejo—. Ningún derecho. Cuando se ha llevado una vida como la suya, no se debe ser resignado. Es preciso ser rebelde. La culpa la tiene esa maldita religión. ¿Le he dicho a usted que mi madre es religiosa?

—No, pero lo adiviné al verla —contestó Mary.

—Es una bárbara del alma —continuó él—. No piensa sino en el alma y el porvenir. Para ella no hay presente, ni pasado, ni cuerpo, ni intelecto. Nada, a no ser el alma y el porvenir y la resignación entretanto. Debería rebelarse.

—Yo la dejaría como es —dijo Mary—. Así será más feliz. Y usted puede rebelarse por dos.

Rampion se echó a reír.

—Yo me rebelaré por millones —dijo él.

A fines de verano Rampion regresó a Sheffield, y poco después los Felpham marcharon, vía Sur, a su casa de Londres. Fue Mary la que escribió la primera carta. Había esperado noticias de él; pero Mark no había escrito. No había ninguna razón de peso por la cual debiese escribir; pero, de todos modos, Mary lo esperaba y se sintió decepcionada por su silencio. Pasaron las semanas. Al fin ella le escribió para preguntarle el nombre de un libro acerca del cual habían hablado en el curso de una de sus conversaciones. El pretexto era fútil, pero sirvió. Él contestó: ella le dio las gracias; la correspondencia llegó a ser un hecho establecido.

Por Pascuas, Rampion vino a Londres; los periódicos habían aceptado algunas de sus cosas, y no se había visto nunca tan rico: tenía diez libras para hacer lo que quisiera con

ellas. No le comunicó a Mary su presencia hasta el día antes de su partida.

—Pero ¿por qué no me lo ha dicho usted antes? —preguntó ella en tono de reproche cuando se hubo enterado de que llevaba ya muchos días en Londres.

—No he querido castigarla a usted con mi presencia —contestó él.

—Pero usted sabía que me hubiera encantado.

—Usted tiene sus propios amigos.

Amigos *ricos* quiso decir su sonrisa irónica.

—¿Pero no es usted uno de mis amigos? —preguntó ella sin reparar en ese sentido implícito.

—Gracias por decirlo.

—Gracias a usted por serlo —contestó ella sin afectación ni coquetería.

Mark se sintió conmovido por la franqueza de su declaración, la sinceridad y sencillez de su sentimiento. Él sabía, por supuesto, que Mary lo quería y lo admiraba; pero el hecho de saberlo y el oírselo decir eran cosas diferentes.

—En ese caso siento no haberle escrito a usted antes —dijo él, y luego se arrepintió de sus palabras. Porque eran hipócritas. La verdadera razón por la cual se había mantenido aparte no era el temor a ser mal recibido; era su orgullo. No tenía lo necesario para salir con ella y no quería aceptar nada.

Pasaron la tarde juntos y fueron irrazonable, desproporcionadamente dichosos.

—Si me lo hubiera usted dicho antes —repitió ella al llegarle la hora de retirarse— le habría reservado la noche en vez de aceptar esta fastidiosa invitación.

—Lo pasará usted muy bien —le afirmó él, volviendo al tonillo irónico con que se refería siempre a su vida de miembro de la clase adinerada. La expresión de dicha desapareció del rostro de Rampion. Se sintió súbitamente un poco resentido de haber sido tan dichoso en su compañía. Era estúpido sentirse así. ¿De qué les servía ser dichosos en lados opuestos de un abismo?—. Lo pasará usted muy bien —repitió él más amargamente —. Buena comida, buen vino, gentes distinguidas, conversación ingeniosa y el teatro después. ¿No es esa una noche ideal?

El tono de su voz era ferozmente desdeñoso.

Mary lo miró con una expresión de tristeza y de dolor en los ojos, preguntándose por qué le habría dado así por echar a perder retrospectivamente la dicha de que habían disfrutado juntos aquella tarde.

—No sé por qué habla usted de ese modo —dijo ella—. ¿Lo sabe acaso usted mismo?

La pregunta repercutía en la mente de Rampion mucho después de separarse de ella. «¿Lo sabe acaso usted mismo?». Desde luego que lo sabía. Pero sabía también que había un abismo entre ellos.

Se encontraron de nuevo en Stanton la semana de Pascua. En el intervalo se habían cruzado varias cartas y Mary había recibido una proposición de matrimonio del joven militar que había querido borrar a Stanton de la faz de la tierra por medio de obuses. Para sorpresa y un poco de zozobra de sus parientes, Mary lo rechazó.

—Pero si es tan buen chico —había dicho su madre.

—Lo sé. Lo que pasa es que no se le puede tomar en serio. ¿No es cierto?

—¿Por qué no?

—Y luego —continuó Mary—, ni siquiera existe. No es un ser completo. No es más que un burujón. No se puede casar una con un hombre que no existe. —Mary pensó en el rostro violentamente vivo de Rampion; aquel rostro que parecía cortar, resplandecer—. No se puede casar una con un espectro, aun cuando sea tangible y protuberante; sobre todo si es protuberante.

Y rompió a reír.

—Yo no sé de qué estás hablando —dijo Mrs. Felpham con dignidad.

—Pero yo sí lo sé —contestó Mary—. Yo me entiendo. Y, después de todo, esto es lo esencial en el caso.

Durante un paseo con Rampion por el páramo, Mary le contó cómo había espantado aquel fantasma excesivamente sólido y militar. Él no hizo comentarios. Se interpuso un largo silencio. Mary se sintió decepcionada, pero al mismo tiempo se avergonzó de su decepción. «Creo —se dijo—, creo que he tratado de darle pie para que me hiciese él la proposición».

Pasaron los días; Rampion andaba silencioso y sombrío. Cuando ella le preguntó la razón, habló con tristeza de sus proyectos futuros. A fines de verano habría terminado su curso universitario; sería la hora de pensar en una carrera. La única que parecía inmediatamente abierta —porque él no tenía medios para esperar— era la enseñanza.

—¡La enseñanza! —repitió él con intenso horror—. ¡La enseñanza! ¿Le sorprende a usted que me sienta deprimido? —Pero su angustia tenía otras causas, fuera de la perspectiva de tener que dedicarse a la enseñanza. «¿Se reiría ella de mí si yo le propusiera…?», se preguntó. Se figuraba que no. Pero si ella no tenía intención de rehusar, ¿era justo que se lo pidiera él? ¿Era justo embarcarla en un género de existencia como la que tendría que arrastrar con él? O acaso ella tuviese dinero propio; y en este caso entraba en juego el honor de Rampion.

—No; pero ¿me ve usted a mí como pedagogo? —preguntó él en voz alta. El pedagogo era su víctima propiciatoria.

—Pero ¿por qué ha de ser usted pedagogo cuando sabe escribir y dibujar? Puede usted vivir de su talento.

—¿Podría realmente? Al menos, la pedagogía es segura.

—¿Para qué quiere usted la seguridad? —preguntó ella casi despectivamente.

Rampion se echó a reír.

—No preguntaría usted eso si tuviera que vivir de un salario semanal, sujeta a una notificación de despido con ocho días de plazo. No hay nada como el dinero para fortalecer el ánimo y la confianza en sí mismo.

—Pues bien; si a eso vamos, el dinero es una buena cosa. El ánimo y la confianza en sí mismo son virtudes.

Marcharon por largo tiempo en silencio.

—Bien, bien —dijo Rampion al fin, mirando hacia ella—; usted lo ha querido así. —Mark trató de reír—. El ánimo y la confianza en sí mismo son virtudes; usted misma lo ha dicho. Yo me esfuerzo por practicar las reglas morales que usted predica. ¡Animo y confianza en sí mismo! Voy a decirle, pues, que estoy enamorado de usted. —Se hizo otro silencio. Rampion esperó; su corazón latía como de temor—. ¿Qué dice usted? —preguntó al fin.

Mary se volvió hacia él, y tomándole la mano la llevó a sus labios.

Antes y después del matrimonio, Rampion halló muchas ocasiones de admirar esas virtudes que fomenta la riqueza. Mary fue la que le hizo abandonar todo propósito de dedicarse a la enseñanza para fiarse exclusivamente en su talento a fin de hacerse una carrera. Ella tenía confianza por los dos.

—No voy a casarme con un maestro de escuela —insistió ella.

Y no lo hizo; se casó con un dramaturgo que no había visto jamás representada una obra suya, salvo en la venta de caridad de Stanton-in-Teesdale, un pintor que jamás había vendido un cuadro.

—Vamos a morirnos de hambre —profetizó él. El espectro del hambre lo rondaba; lo había visto demasiadas veces para poder ignorar su existencia.

—¡No digas tonterías! —dijo Mary, firme en la creencia de que las personas no se morían de hambre. Nadie que hubiese conocido ella había tenido hambre jamás—. ¡No digas tonterías!

Al fin ella tenía sus recursos. Lo que más hacía vacilar a Rampion en abrazar una carrera aleatoria era el hecho de que solo podría hacerlo a expensas de Mary.

—Yo no puedo vivir a costa tuya —dijo él—. No puedo aceptar tu dinero.

—¡Pero si tú no tomas mi dinero! —insistió ella—; tú eres simplemente una inversión. Yo invierto capital en la esperanza de un buen beneficio. Tú vivirás a mi costa durante uno o dos años a fin de que yo pueda vivir a costa tuya por el resto de mi vida. Es una transacción comercial, es propiamente un negocio de usura.

Rampion tuvo que reír.

—Y de todos modos —continuó ella—, no vivirás mucho tiempo a mi costa. Ochocientas libras no duran para siempre.

Él convino al fin en aceptar el préstamo de ochocientas libras al tipo de interés corriente. Lo hizo de mala gana, sintiendo que de algún modo traicionaba su propia clase. Comenzar la vida con ochocientas libras era demasiado fácil, era esquivar las dificultades, era valerse de una ventaja injusta. De no ser por aquel sentido de responsabilidad que tenía hacia su propio talento, hubiera rehusado el dinero y, o bien se hubiera arriesgado a la carrera literaria sin un penique, o hubiera seguido la segura senda pedagógica. Cuando al fin consintió en tomar el dinero, lo hizo a condición de que ella no habría de aceptar jamás nada de sus parientes. Mary consintió.

—Me figuro que tampoco ellos pondrán mucho empeño en darme nada —añadió riendo.

Mary tenía razón. El horror de su padre a este matrimonio fue tan profundo como ella había previsto. Por él Mary no corría ningún peligro de llegar a rica.

Se casaron en agosto y partieron inmediatamente para el extranjero. Tomaron el tren hasta Dijon, y desde allí marcharon a pie hacia el sudeste, camino de Italia. Rampion no había salido nunca de Inglaterra. La extrañeza de Francia fue para él el símbolo de la nueva vida que acababa de iniciar, de la nueva libertad que había adquirido. No era Mary menos simbólicamente nueva que el país que atravesaban. No solo poseía ella aquella confianza en sí misma, sino también una audacia que, a los ojos de su marido, se revelaba del todo extraña y extraordinaria. Pequeños incidentes impresionaban a Rampion. Por ejemplo, cuando Mary había dejado olvidados sus zapatos de recambio en el cortijo donde habían pasado la noche. Solo en horas avanzadas de la tarde vino a darse cuenta ella de su olvido. Rampion propuso regresar a reclamarlos. Mary no quiso escucharlo.

—Ya están perdidos —dijo ella—. No vale la pena preocuparse. Que los zapatos entierren a los zapatos —añadió, parodiando a Longfellow.

Rampion montó en cólera.

—Recuerda que ya no eres rica —insistió él—. No puedes permitirte el lujo de tirar así un buen par de zapatos. No podremos comprar otros hasta la vuelta, —habían llevado una pequeña suma para el viaje y habían jurado que bajo ninguna circunstancia gastarían más—. No hasta la vuelta —repitió él.

—Ya lo sé, ya lo sé —contestó ella con impaciencia—. Aprenderé a caminar descalza.

Y así lo hizo.

—He nacido para ser una vagabunda —declaró ella una noche mientras descansaban sobre el heno en un granero—. No sabes lo dichosa que me siento de no ser respetable. Es

el *Atavismus* que vuelve. Tú te preocupas demasiado, Mark. Repara en los lirios del campo.

—Y sin embargo —meditó Rampion—, Jesús era pobre. El pan y el calzado de mañana debieron de tener gran importancia en su familia. ¿Cómo es que ha podido hablar del porvenir como un millonario?

—Porque era uno de los duques creados por la naturaleza —contestó ella—. He aquí el porqué. Nació con el título: sintió que tenía un derecho divino, como un rey. Los millonarios que amasan su propia fortuna piensan constantemente en el dinero: se preocupan terriblemente por el mañana. Jesús tenía el sentimiento verdaderamente ducal de que no podría perder jamás su estado. No tenía nada del financiero ni del fabricante de jabón ennoblecido. Era un aristócrata auténtico. Y además, un artista, un genio. Tenía preocupaciones más importantes que el pan, el calzado y el porvenir. —Se quedó un momento callada, y luego añadió, como en un trasacuerdo—: Y lo que es más, Jesús no era *respetable*. No le importaban las apariencias. Estas podrán tener su premio, pero a mí, si parecemos espantajos, me es igual.

—Tú misma te has hecho una bonita porción de cumplimientos —dijo Rampion.

Pero meditó sus palabras y su modo de vivir espontáneo, natural, despreocupado. Mark envidiaba su *Atavismus*.

La vida de vagabundo no era lo único que le gustaba a Mary. Ella supo extraer casi el mismo grado de disfrute a la vida más prosaica y sedentaria que llevaron a su regreso a Inglaterra. «María Antonieta en el Trianón» —así la llamó Rampion al verla cocinar; tal era el pueril entusiasmo con que lo hacía.

—Piénsalo bien —le había advertido él antes de casarse—. Vas a ser pobre. Verdaderamente pobre: no pobre con mil libras anuales, como algunos de tus amigos. No habrá criadas. Tendrás que cocinar, remendar y arreglar la casa. No lo vas a hallar agradable.

Mary no hizo más que reír.

—Tú serás el que no lo halle agradable —contestó—, al menos mientras yo no aprenda a cocinar.

Ella no había llegado jamás a freír un huevo cuando se casó. Cosa extraña: este entusiasmo pueril, a lo María Antonieta, en hacer las cosas —en cocinar sobre la hornilla, en manejar la aspiradora de polvo, en dar a la máquina de coser— sobrevivió a los primeros meses novedosos y palpitantes. Mary continuó dichosa.

—Jamás he podido volver a ser una dama perfecta —solía decir—. Me hubiera fastidiado a más no poder. Bien sabe Dios que los trabajos domésticos y el cuidado y la educación de los hijos son tareas bastante fastidiosas y exasperantes. Pero el hallarse

completamente fuera de contacto con los hechos ordinarios de la existencia, el vivir en un planeta diferente del mundo de la realidad, de la realidad física, ¡eso es mucho peor!

Rampion era de la misma opinión. Rehusó hacer del arte y del pensamiento excusas para vivir una vida de abstracción. En los intervalos de su actividad artística y literaria ayudaba a Mary en los trabajos domésticos.

—No hay que esperar que las flores se den en el vacío puro —solía argumentar—. Necesitan humus y arcilla y estiércol. Lo mismo ocurre con el arte.

Para Rampion había también una suerte de compulsión moral a vivir la vida de los pobres. Hasta cuando llegó a percibir un ingreso muy considerable se valieron de una sola criada y continuaron haciendo ellos mismos gran parte de las labores domésticas. Para él era un caso de *noblesse oblige*… o más bien de *roture oblige*. Vivir a estilo de rico, cómodamente, al abrigo de los cuidados materiales, hubiera sido para él una traición a su clase, a los suyos. El permanecer inactivo mientras que los criados a sueldo le hacían su trabajo hubiera sido una especie de insulto a la memoria de su madre, hubiera sido decirle póstumamente que su hijo era demasiado bueno para llevar la existencia que había llevado ella.

Hubo momentos en que llegaba a detestar esta compulsión moral, porque sentía que lo forzaba a hacer cosas estúpidas y ridículas, y, al detestarla, trataba de rebelarse contra ella. ¡De qué modo más absurdo se había escandalizado, por ejemplo, de que Mary permaneciera habitualmente en cama por la mañana! Cuando se sentía perezosa no se levantaba, y ahí paraba todo. La primera vez que ocurrió, Rampion se sintió verdaderamente disgustado.

—Pero no puedes permanecer en cama toda la mañana —protestó él.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? Pues porque no *puedes*.

—Pero sí *puedo* —dijo Mary con calma—. Puedo y lo hago.

Esto le escandalizó. Irrazonablemente, según luego se dio cuenta al analizar sus sentimientos. Pero de todos modos, el hecho le escandalizó. Le escandalizó porque él mismo se había levantado siempre temprano, porque todos los suyos habían tenido que levantarse siempre temprano. Le escandalizó que permaneciese uno en cama mientras otros se hallaban trabajando. El levantarse tarde era, en cierto modo, añadir insulto a la ofensa. Y, sin embargo, era evidente que el levantarse temprano sin necesidad no prestaba ningún auxilio a los que *tenían* que hacerlo: era simplemente un tributo de respeto, como el de descubrirse en una iglesia. Y al mismo tiempo era un acto propiciatorio de sacrificio para aplacar la conciencia.

«No hay derecho a experimentar esos sentimientos —reflexionó él—. ¡Imagínese un

griego sintiendo de ese modo!».

Era inimaginable. Pero el hecho era que, por mucho que desaprobara tal sentimiento, seguía experimentándolo. «Mary es más sana que yo», pensaba; y recordaba los versos de Walt Whitman acerca de los animales: «Ellos no sudan ni se lamentan acerca de su estado. Ellos no se quedan despiertos en la sombra a llorar sus pecados». Por fortuna, Mary era así. Ser un animal perfecto y un perfecto ser humano: tal era el ideal. Con todo, Rampion se escandalizaba al ver que Mary no se levantaba por la mañana. Se rebelaba contra tal sentimiento, pero no podía evitarlo. Para acentuar su rebeldía, a veces se quedaba él también en cama hasta mediodía, por principio. Tenía el deber de no ser un bárbaro de la conciencia. Pero hubo de transcurrir mucho tiempo antes de que pudiera disfrutar realmente de su pereza.

El hábito de permanecer muellemente en cama no era lo único en Mary que atormentaba a Rampion. Durante los primeros meses de su matrimonio se sintió con frecuencia alarmado por ella, en secreto y contra sus propios principios. Mary aprendió bien pronto a reconocer los signos de su desaprobación inexpresada y tomó por sistema, cada vez que veía que le había escandalizado, el escandalizarle más profundamente aun. Esta operación, según ella, le hacía bien.

—Eres un viejo y ridículo puritano —le decía Mary.

Esta acusación enojaba a Rampion, porque sabía que estaba bien fundada. Por nacimiento, hasta cierto punto, y más todavía por educación, él *era* medio puritano. Su padre había muerto siendo él muy niño, y había sido criado exclusivamente por una madre religiosa y llena de virtud, que había hecho todo lo posible por abolir, por hacerle negar la existencia de todos los componentes físicos e instintivos de su ser. Al crecer, se había rebelado contra su educación; pero solo en espíritu, y no en la práctica. La concepción de la vida contra la cual se había rebelado era una parte de él; se hallaba en lucha contra sí mismo. Teóricamente aprobaba la holgada tolerancia aristocrática de la conducta de Mary, que, según la enseñanza de su madre, era un horrible pecado; admiraba su inafectado disfrute de los manjares, los vinos y los besos, el baile y el canto, las ferias y los teatros y toda clase de regocijos. Y, sin embargo, siempre que, en los días tempranos de su matrimonio, comenzaba a hablar ella con su modo natural y práctico de lo que él no había oído nombrar, como fornicación y adulterio, Rampion sentía una sacudida no en su razón (porque esta, después de reflexionar un instante, aprobaba la conducta de Mary), sino en cierta capa más profunda de su ser. Y esta misma parte de su ser sufría oscuramente a causa de aquella gran afición, sinceramente confesada, a los placeres y las diversiones, a causa de su risa fácil, su excelente apetito, su franca sensualidad. Le llevó mucho tiempo desaprender el puritanismo de su infancia. Hubo

momentos en que el amor a su madre se convirtió casi en odio.

«No tenía derecho a criarme de ese modo —decía él—. Como un jardinero japonés que impide deliberadamente el crecimiento de un árbol. No tenía derecho».

Y, sin embargo, se alegraba de no haber nacido en estado de salvaje noble, como Mary. Se alegraba de que las circunstancias lo hubiesen empujado a aprender laboriosamente su noble salvajismo. Más tarde, después de varios años de matrimonio, cuando habían logrado una intimidad imposible durante aquellos primeros meses de novedades, choques y sorpresas, pudo hablarle de estas cuestiones.

—A ti se te hace demasiado fácil la existencia —trató de explicar él—. Vives por instinto. Sabes, naturalmente, lo que has de hacer, como un insecto al salir de su capullo. Eso es demasiado simple. —Rampion meneó la cabeza—. No has conquistado tu saber; jamás te has dado cuenta de cómo viven los demás.

—En otras palabras —dijo Mary—, que soy una imbécil.

—No; una mujer.

—Lo cual es tu modo cortés de decir la misma cosa. Pero quisiera saber —continuó ella, con una falta de ilación solo aparente— dónde estarías tú sin mí. Quisiera saber qué estarías haciendo tú a estas horas si no me hubieras encontrado nunca.

Mary desarrolló de etapa en etapa una argumentación coherente desde el punto de vista emocional.

—Estaría donde estoy y haría exactamente lo que estoy haciendo.

Por supuesto, no lo sentía así; porque Rampion sabía mejor que nadie cuánto le debía a ella, cuánto había tenido que aprender de su ejemplo y sus preceptos. Pero le gustaba hacerla rabiar.

—¡Bien sabes que eso no es verdad!

Mary estaba indignada.

—Sí, es verdad.

—Es mentira. Y para demostrártelo —añadió ella— me dan tentaciones de marcharme con los chicos y dejarte estofar en tu propio jugo durante algunos meses. Me gustaría ver cómo te las arreglas sin mí.

—Me las arreglaría perfectamente bien —afirmó él con una calma exasperante.

Mary enrojeció; comenzaba a sentirse francamente irritada.

—Está muy bien —contestó—; me iré de verdad. Esta vez me iré de verdad.

Mary había hecho ya esta amenaza; se peleaban con frecuencia, pues ambos tenían el genio vivo.

—Hazlo —dijo Rampion—. Pero recuerda que pueden ser dos a jugar ese juego. Si tú me dejas, yo te dejo.

—Ya veremos cómo te las arreglas sin mí —continuó ella, amenazadora.

—¿Y tú? —preguntó él.

—¿Yo, qué?

—¿Te figuras que puedes arreglártelas tú mejor sin mí que yo sin ti?

Los dos se miraron en silencio durante unos instantes, y luego rompieron simultáneamente a reír.

X

—Una verdadera técnica —repitió Spandrell—. Las elige uno desdichadas, o descontentas, o deseosas de entrar en el teatro, o de las que tratan de escribir para las revistas literarias y les rechazan sus producciones (lo que hace que se crean *âmes incomprises*). —Spandrell generalizaba jactanciosamente, partiendo del caso de la pobrecilla Harriet Wotkins. Si se hubiera limitado a contar sin adorno sus relaciones con Harriet, no habría parecido tan gran hazaña. Harriet era una criaturilla desvalida y sentimental; se hubiera rendido al primero. Pero generalizada de este modo, como si su caso no fuera más que uno entre cientos, contada en un lenguaje de libro de cocina («las elige uno desdichadas» era una receta de Mrs. Beeton), la historia sonaba, pensaba él, lo más cínicamente impresionante del mundo—. Y comienza uno por hacerse muy amable, lleno de discreción y perfectamente puro; en suma, un hermano mayor. Y ellas se figuran que el hombre en cuestión es un tipo extraordinario, porque, por supuesto, jamás han encontrado a uno que no fuese simplemente un hombre de negocios, con las ideas y las ambiciones de los negocios. Ellas le hallan a uno extraordinario porque conoce el arte y se ha encontrado con todas las celebridades y no piensa exclusivamente en el dinero ni en los términos del diario de la mañana.

—Y le tienen a uno un poco de miedo —añadió, recordando la expresión de asustada admiración de Harriet—; uno es para ellas tan poco «respetable» y, sin embargo, tan clase superior, se halla tan a gusto y en su elemento entre las grandes obras y los grandes hombres, es tan perverso, pero tan extraordinariamente bueno, tan culto, ha viajado tanto, es tan brillantemente cosmopolita y «West End» (¿han oído alguna vez a un arrabalero hablar del West End?) como aquel caballero condecorado con el Toisón de Oro en los anuncios de los cigarrillos De Rezke. Sí, le tienen a uno un poco de terror, pero al mismo tiempo lo adoran. Las comprende uno tan bien, conoce uno tanto acerca de la vida en general y de sus almas en particular, y no se anda uno con la menor coquetería, ni se gasta el menor atrevimiento, como hacen por lo común los demás. Ellas sienten que podrían confiar absolutamente en uno; y así es la verdad durante las primeras semanas. Tiene uno que acostumbrarlas a la trampa, hacer de ellas seres mansos y confiados, prepararlas para que no se asusten de tal o cual golpecito fraternal en la espalda o tal o cual beso casto, y como de tío, en la frente. Y entretanto, las tienta uno a que le hagan sus confidencias, se les hace hablar acerca del amor, habla uno mismo del amor como entre camaradas, como si ellas tuvieran la misma edad que uno y estuvieran tan tristemente desilusionadas y amargamente informadas como uno, lo cual les choca terriblemente (aunque, desde luego, no lo dicen), pero ¡lo hallan tan emocionante, tan enormemente halagador! ¡Lo aman a

uno simplemente por esto! Y luego, finalmente, cuando el momento parece maduro y las ve uno simplemente domesticadas y ya sin ningún temor, entonces se saca a escena el desenlace. El té en nuestra casa (se las tiene ya completamente habituadas a venir con absoluta impunidad a la propia casa), y luego han de salir a comer con uno, de suerte que no hay ninguna prisa. El crepúsculo se acentúa, habla uno en un tono desilusionado y a la vez sentimental acerca de los misterios amorosos, les sirve uno *cocktails* bien fuertes y continúa hablando de modo que los ingurgiten distraídamente, sin reflexionar. Y luego, sentándose a sus pies, en el suelo, comienza uno a acariciarles dulcemente los tobillos del modo más platónico, hablando todavía de la filosofía amorosa, como si uno fuera totalmente inconsciente de lo que hace la propia mane. Si ellas no se ofenden por esto y los *cocktails* han hecho su efecto, el resto no será difícil. Al menos, eso es lo que yo he hallado siempre. —Spandrell se sirvió más coñac y bebió—. Pero es entonces, después que las tiene uno por queridas, cuando comienza realmente la broma. Entonces es cuando despliega uno todos sus talentos socráticos. Desarrolla uno sus pobres temperamentos, se las inicia siempre tan discretamente, tan dulcemente, con tanta paciencia en todos los excesos de la sensibilidad. Esto, yo se lo aseguro, se consigue tanto más fácilmente cuanto más inocentes sean. Se las puede conducir con toda ingenuidad al más pasmoso grado de depravación.

—No lo dudo —dijo Mary, indignada—. Pero ¿cuál es el objeto de todo eso?

—Es una diversión —dijo Spandrell con un cinismo teatral—. Hace pasar el tiempo y alivia el tedio.

—Y sobre todo —continuó Mark Rampion, sin levantar la vista de su taza de café—, sobre todo es una venganza. Es un modo de desquitarse de las mujeres; es un modo de castigarlas por ser mujeres y tan atractivas; es un modo de expresar nuestro odio hacia ellas y hacia lo que ellas representan; es un modo de expresar el odio hacia uno mismo. Lo que le ocurre a usted, Spandrell —continuó, levantando súbita y acusadoramente sus brillantes ojos pálidos hacia el rostro del otro—, es que en el fondo se odia usted a sí mismo. Odia usted la fuente de su vida, su base última; porque no vale negarlo: el sexo es una cosa fundamental. Y usted lo odia, usted lo odia.

—¿Yo?

La acusación era nueva. Spandrell estaba acostumbrado a que se le reprochara su excesivo amor a las mujeres y a los placeres sensuales.

—No solo usted. Todas estas gentes —indicando a los demás comensales con un brusco movimiento de cabeza—. Y todas las gentes «respetables» también. De hecho, todo el mundo. Es la enfermedad del hombre moderno. Yo la llamo la enfermedad de Jesús, por analogía con la enfermedad de Bright. O más bien la enfermedad de Jesús y de

Newton, pues los científicos son tan responsables como los cristianos. Y lo mismo los grandes hombres de negocios. Es la enfermedad de Jesús y de Newton y de Henry Ford. Entre los tres, si no nos han matado les falta poco. Les han arrancado la vida a nuestros cuerpos y nos han atracado de odio.

Rampion estaba penetrado de su asunto. Había trabajado todo el día en un dibujo que lo ilustraba simbólicamente. Jesús, ceñido con el paño que llevaba la mañana del suplicio, y un cirujano con su blusa, aparecían representados, escalpelo en mano, a cada lado de una mesa de operaciones, donde, en escorzo, con las plantas de los pies hacia el espectador, yacía crucificado un hombre a medio disecar. De la horrible herida de su vientre escapaban las entrañas enrolladas, que caían al suelo, mezclándose con las de la mujer acuchillada y sangrante que yacía en primer plano, para ser transformadas mediante una metamorfosis alegórica, en todo un pueblo de serpientes vivas. Al fondo se esfumaba un paisaje de colinas salpicadas de negras armazones de minas y chimeneas. A un lado del dibujo, detrás de la figura de Jesús, dos ángeles, producto espiritual de las mutilaciones de los viviseccionistas, se esforzaban por elevarse sobre sus alas desplegadas. En vano, porque sus pies estaban enredados en los pliegues de las serpientes. A pesar de todos sus esfuerzos, no podían dejar la tierra.

—Jesús y los científicos nos están viviseccionando —continuó, con el pensamiento en su dibujo—. Están picando nuestros cuerpos a pedacitos.

—Pero, después de todo, ¿por qué no? —objetó Spandrell—. Acaso hayan sido creados para sufrir la vivisección. El hecho de nuestra vergüenza es significativo. Nos sentimos espontáneamente avergonzados del cuerpo y sus actividades. Este es un signo de la absoluta y natural inferioridad del cuerpo.

—¡Absoluta y natural nonada! —dijo Rampion, indignado—. En primer lugar, la vergüenza no es espontánea. Es artificial, adquirida. Se puede hacer que las gentes se avergüencen de cualquier cosa. Que se avergüencen hasta la agonía de llevar zapatos pardos con chaqueta negra, o de hablar con un acento impropio, o de tener una gota en la punta de la nariz: de todo, absolutamente de todo, incluso del cuerpo y sus funciones. Pero esta vergüenza particular es tan artificial como cualquier otra. Los cristianos la han inventado, del mismo modo que los sastres de Savile Row inventaron la vergüenza de llevar zapatos pardos con chaqueta negra. Antes de la era cristiana apenas se la conocía. Fíjese, si no en los griegos, en los etruscos.

Estos nombres antiguos transportaron a Mary de nuevo al páramo de Stanton. Rampion era siempre el mismo, con la única salvedad de que ahora se había hecho más fuerte. ¡Qué aspecto más enfermizo tenía aquel día! Ella se había sentido avergonzada entonces de ser rica y sana. ¿Lo había querido ella entonces tanto como ahora?

Spandrell había levantado una mano larga y huesuda.

—Ya sé, ya sé. Nobles, desnudos, antiguos. Pero yo creo que son una invención enteramente moderna nuestros paganos de gimnasia sueca. Los sacamos a relucir siempre que queremos irritar a los cristianos. Pero ¿han existido jamás? Yo tengo mis dudas.

—Pero repare en su arte —intervino Mary, pensando en las pinturas de Tarquinia. Las había vuelto a ver con Mark: esta vez las había visto realmente.

—Sí, y repare usted en el nuestro —replicó Spandrell—. Cuando, dentro de tres mil años, sea excavado el salón de esculturas de la Royal Academy, dirán que los londinenses del siglo veinte llevaban hojas de parra, daban de mamar a sus niños en público y se abrazaban desnudos en los parques.

—¡Lástima grande que no lo hagan! —dijo Rampion.

—Pero no lo hacen. Y, por lo demás, dejando aparte por el momento esta cuestión de la vergüenza, ¿qué dice usted del ascetismo como condición preliminar de la experiencia mística?

Rampion juntó las manos con una palmada y, echándose atrás en su silla, elevó los ojos al techo.

—Pero —preguntó Rampion—, ¿adónde quiere ir a parar usted? Experiencia mística y ascetismo. El odio del fornicador hacia la vida en una nueva forma.

—Hablando en serio… —comenzó el otro.

—Hablando en serio, ¿ha leído usted *Thais*, de Anatole France?

Spandrell meneó la cabeza.

—Léala —dijo Rampion—. Léala. Es una obra elemental. Un libro para chicos. Pero es preciso no llegar a grandes sin haber leído todos los libros para chicos. Léalo y luego vuelva usted a hablarme de ascetismo y de experiencia mística.

—Lo leeré —dijo Spandrell—. Entretanto, lo que yo quiero decir es que existen ciertos estados de conciencia conocidos por los ascetas y desconocidos por los que no lo son.

—Sin duda. Y si usted trata su cuerpo como lo quiere la naturaleza, como un igual, alcanzará estados de conciencia desconocidos de los ascetas amigos de la vivisección.

—Pero los estados de los viviseccionistas son superiores a los estados de los gozadores.

—En otras palabras, los lunáticos son superiores a los hombres sensatos. Lo cual yo niego. El griego sensato, armonioso, obtiene el mayor rendimiento posible de esos dos grupos de estados. No es tan tonto que quiera matar una parte de sí mismo. Guarda el equilibrio. Esto no es fácil, por supuesto: es hasta endiabladamente difícil. Las fuerzas que hay que conciliar son intrínsecamente hostiles. El alma consciente pugna contra las actividades de la parte inconsciente, física, instintiva del ser total. La vida de la una es la

muerte de la otra, y viceversa. Pero el hombre sensato trata al menos de guardar el equilibrio. Los cristianos, que no eran sensatos, han dicho a las gentes que debían echar la mitad de sí mismas al cesto de los papeles. Y ahora vienen los científicos y los hombres de negocios y nos dicen que debemos arrojar la mitad de lo que nos han dejado los cristianos. Pero yo no quiero estar muerto en las tres cuartas partes. Prefiero estar vivo, enteramente vivo. Es hora de que se inicie una revolución en favor de la vida y de la plenitud.

—Pero, desde su punto de vista —dijo Spandrell—, yo creería que nuestra época no necesita ninguna reforma. Es la edad de oro de la borrachera, del deporte y del amor en público.

—¡Oh, si supiera usted cuán puritano es Mark en el fondo! —dijo Mary Rampion, echándose a reír—. ¡Un viejo puritano clásico!

—Puritano, no —dijo su marido—. Simplemente sensato. Usted es como todos los demás —continuó, dirigiéndose a Spandrell—. Usted parece imaginarse que la fría y civilizada lascivia moderna es lo mismo que el saludable… ¿cómo llamarle?… el saludable falismo, sí, esta palabra expresa bien la cualidad religiosa del antiguo modo de vida; usted ha leído los *Acarnianos*, ¿no?; el falismo, pues, de los antiguos.

Spandrell dio un gran gemido y meneó la cabeza.

—¡Evítenos los aparatos de gimnasia sueca!

—Pero *no* es lo mismo —continuó el otro—. Es precisamente el cristianismo del revés. El desdén ascético hacia el cuerpo expresado de otro modo: el desdén y el odio. Eso es lo que yo acabo de decir. Ustedes se odian a sí mismos, ustedes odian la vida. Su única alternativa es entre la promiscuidad y el ascetismo. Dos formas de muerte. ¡Como si los mismos cristianos hubieran comprendido mucho mejor el falismo que esta generación sin Dios! ¿Qué dice, si no, esta frase del oficio del matrimonio: «Con mi cuerpo yo te adoro»? La adoración corporal; he ahí el verdadero falismo. Y si se figura usted que tiene algo que ver con la promiscuidad civilizada y sin pasión de nuestra juventud avanzada, está profundamente equivocado.

—¡Oh, yo estoy dispuesto a admitir el carácter mortal de nuestras diversiones civilizadas! —contestó Spandrell—. Hay cierto olor —continuó hablando con voz cortada, entre las chupadas que daba al cigarro a medio quemar, que trataba de encender otra vez— a perfume barato… y rancia suciedad… del cual se me figura a veces… que la atmósfera del infierno… debe estar compuesta. —Arrojó su cerilla—. Pero en cuanto a la otra opción, no hay en ella ciertamente nada de mortal. No hay nada de mortal en Jesús o en San Francisco, por ejemplo.

—A ratos —dijo Rampion—. Han estado muertos a ratos. Perfectamente vivos en otros, estoy de acuerdo. Pero han descuidado buenamente la mitad de su existencia. No,

no; no sirven. Es hora de que la gente cese de hablar de ellos. Estoy cansado de Jesús y de Francisco, terriblemente cansado de ellos.

—Bien, pues, los poetas —dijo Spandrell—. No podrá decir usted que Shelley es un cadáver.

—¿Shelley? —exclamó Rampion—. No me hable usted de Shelley. —Meneó la cabeza con aire de convicción—. No, no. En Shelley hay algo verdaderamente aterrador. No es humano, no es un hombre. Es una mezcla de hada y de babosa blanca.

—¡Vamos, vamos! —protestó Spandrell.

—¡Oh, será exquisito y todo lo que usted quiera! ¡Pero relleno de una especie de limo exangüe! Sin sangre, sin verdaderos huesos, sin tripas. Solo pulpa y un jugo blanco. Y luego, ¡aquella horrible mentira en el alma! Aquel modo que tenía de pretender siempre, en beneficio propio y en el de los demás, que el mundo no era realmente el mundo, sino el cielo o el infierno. Y que el acostarse con mujeres no era realmente acostarse con ellas, sino simplemente dos ángeles que se daban la mano. ¡Oh! Recuerde su modo de tratar a las mujeres: chocante, verdaderamente chocante. A ellas, por supuesto, les encantaba aquello… durante algún tiempo. Las hacía sentirse tan espirituales, al menos hasta que les hacía sentir ganas de suicidarse. ¡*Tan* espirituales! Y durante todo ese tiempo él no era sino un joven colegial, con deseos sensuales como todos los demás, pero que se persuadía a sí mismo y a los demás de que era Dante y Beatriz en una sola persona, y todavía mucho más. ¡Horroroso, horroroso! La única disculpa, creo, está en que no podía evitarlo. No nació hombre: era solamente una especie de hada babosa con los apetitos sexuales de un colegial. Y luego piense en aquella espantosa incapacidad de llamar pan al pan. Tenía que pretender siempre que era el arpa de un ángel o una imaginación platónica. ¿Recuerda usted la Oda a la alondra? «¡Salud a ti, oh espíritu jovial! Ave, tú nunca lo fuiste». —Rampion recitó, haciendo una parodia ridícula de la expresión de un declamador profesional—. Mera ficción, mintiéndose a sí mismo, como siempre. No podía permitir que la alondra fuese una simple ave, con plumas y sangre y un nido y una inclinación a las orugas. ¡Oh, no! Eso no era bastante poético; eso era excesivamente grosero. Tenía que ser un espíritu descarnado. Sin sangre ni huesos. Una especie de babosa etérea y volátil. Era lo único que se podía esperar. El mismo era una especie de babosa volátil; y, después de todo, nadie puede escribir realmente de nada, salvo de sí mismo. Si es usted una babosa, debe escribir usted acerca de las babosas, aun cuando su objeto sea calificado de alondra. Pero ¡ah, cómo hubiera querido yo —agregó Rampion, con una súbita explosión de furor cómicamente excesivo—, cómo hubiera querido yo que el pájaro tuviese tan buen sentido como los gorriones del libro de Tobit y le dejara caer una gruesa cagada en un ojo! Le hubiera estado magníficamente bien, por decir que no era un ave. ¡Espíritu jovial! ¡Vaya

con el espíritu jovial!

XI

Alrededor de Lucy la vida tendía siempre a tornarse excesivamente pública. «Cuantos más locos somos, más nos divertimos», era su principio; o, si «nos divertimos» era demasiado fuerte, al menos: cuanto más ruido, más tumultuosamente nos distraemos. A los cinco minutos de su llegada, el rincón donde Spandrell y los Rampion habían permanecido toda la noche en la intimidad de su conversación tranquila fue invadido, y en un abrir y cerrar de ojos asolado, por una partida ruidosa y alcoholizada que surgió de la sala interior. Cuthbert Arkwright era el más bullicioso y el más borracho, por principio y por amor al arte, así como por amor al alcohol. Estaba penetrado de la idea de que voceando y conduciéndose de modo impertinente defendía el arte contra los filisteos. Achispado, se sentía del lado de los inmortales, de Baudelaire, de Edgar Poe, de De Quincey, contra la masa amorfa y sin espiritualidad Y si se jactaba de sus fornicaciones era porque las gentes «respetables» habían tenido a Blake por loco, porque Bowdler había editado a Shakespeare expurgándolo y el autor de *Madame Bovary* había sido perseguido: porque si uno pedía la *Sodoma*, del conde de Rochester, en la Biblioteca Bodeliana, los bibliotecarios se negaban a servírsela a no ser que llevara un certificado diciendo que se ocupaba efectivamente en trabajos de investigación literaria. Se ganaba la vida, y al hacerlo se persuadía a sí mismo de que servía la causa del arte, haciendo ediciones limitadas y costosas de los más escabrosos especímenes de las literaturas nacional y extranjera. Rubio, rojo como una tajada de carne, con ojos verdes saltones, lustrosa su larga cara, se adelantó vociferando saludos. Willie Weaver le siguió airosamente: un hombrecillo con una sonrisa perpetua, gafas a horcajadas sobre su larga nariz, hirviendo de buen humor y una verbosidad inagotable. Detrás de él, gemelo por la estatura, igualmente de gafas, pero encanecido, apagado, encogido y silencioso, venía Peter Slipe.

—Se les tomaría por el anuncio de un específico de farmacia —dijo Spandrell al verlos acercarse—. Slipe es el paciente antes; Weaver es el mismo después de una botella, y Cuthbert Arkwright muestra los asombrosos efectos obtenidos por el tratamiento completo.

Lucy se hallaba todavía riendo la humorada cuando Cuthbert tomó su mano.

—¡Lucy! —gritó—. ¡Ángel mío! Pero ¿por qué, por el amor de Dios, escribe usted siempre con lápiz? Yo no entiendo lo que usted escribe. Es una pura casualidad que me encuentre aquí esta noche.

Así que Lucy le había escrito para decirle que se reuniera allí con ella, pensó Walter. ¡Aquel zopenco estúpido y vulgar!

Willie Weaver estrechaba la mano de Mary y de Rampion.

—No tenía la menor idea de que pudiera encontrarme aquí a los grandes —dijo—. No digamos las bellas —hizo una reverencia a Mary y rompió a reír con una risa sonora y masculina. Willie Weaver estaba más complacido que ofendido—. Positivamente, la taberna de la Sirena —continuó.

—¿Todavía ocupado con su *bric-à-brac*? —preguntó Spandrell, inclinándose sobre la mesa para dirigirse a Peter Slipe, que había tomado asiento junto a Walter. Slipe era un asiriólogo empleado en el Museo Británico.

—Pero ¿por qué con lápiz, vamos a ver, por qué con lápiz? —rugía Cuthbert.

—Cuando escribo con pluma me mancho los dedos de tinta.

—Yo se los limpiaré a besos —protestó Cuthbert.

Y doblándose sobre la mano que tenía aún presa en la suya, comenzó a besar sus dedos finos.

Lucy rio. Dijo:

—Creo que voy a comprarme una estilográfica.

Walter contemplaba la escena afligido. ¿Sería posible? ¿Un burdo y odioso payaso como aquel?

—¡Ingrata! —dijo Cuthbert—. Pero es preciso que yo hable con Rampion.

Y separándose de ella dio un golpecito a Rampion en el hombro, al tiempo que hacía señas a Mary con la otra mano.

—¡Qué ágape! —Willie Weaver continuó su efervescencia, como una cafetera. El pico estaba ahora vuelto hacia Lucy—. ¡Qué festín! ¡Qué…! —vaciló un instante en busca de la expresión justa, la expresión verdaderamente impresionante—. ¡Qué progresos a lo Atenas! ¡Qué orgía más platónica!

—¿Qué cosa es eso de progresos a lo Atenas? —preguntó Lucy.

Willie se sentó y comenzó a explicar.

—Progresos, quiero decir, por contraste con nuestras costumbres afectadas y burguesas a lo Pecksniff…

—¿Por qué no me da usted algo suyo para imprimir? —preguntaba persuasivamente Cuthbert.

Rampion lo miró con animosidad.

—¿Cree usted que tengo yo grandes deseos de ver vender mis libros en las tiendas de artículos de goma?

—Estarían en buena compañía —dijo Spandrell—. Las *Obras de Aristóteles*…

Cuthbert rugió en son de protesta.

Compare un eminente de la época victoriana con un eminente de la época de Pericles —dijo Willie Weaver—. Y sonrió; se sentía dichoso y elocuente.

A Peter Slipe, el borgoña lo había deprimido en vez de estimularlo. El vino no había hecho sino realzar su falta de brillo y su melancolía.

—¿Qué es de Beatrice —le dijo a Walter—, de Beatrice Gilray? —Le vino un hipo y trató de fingir que había tosido—. Supongo que la verá usted a menudo, ahora que trabaja en *El Mundo Literario*.

Walter la veía tres veces a la semana y la hallaba siempre bien.

—Dele usted recuerdos afectuosos de mi parte cuando la vea —dijo Slipe.

—¡Los borborigmos estertorosos de Carlyle el dispéptico! —declamó Willie Weaver, y sus ojos brillaron de gozo a través de las gafas. El *mot*, se halagó, difícilmente hubiera podido ser más exquisitamente *juste*. Y emitió aquella tosecilla con que subrayaba invariablemente sus mejores agudezas. «Quisiera reír, quisiera aplaudir— así se podía interpretar aquella tosecilla pero la modestia me lo impide».

—¿Estertorosos qué? —preguntó Lucy—. ¡Recuerde usted que yo no he recibido ninguna instrucción!

—¡No, usted gorjea en estado de naturaleza los cantos silvestres de su país! —dijo Willie—. ¿Puedo servirme un poco de ese noble coñac? La Hipocrene rosada…

—Ella me ha tratado muy mal, extremadamente mal. —Peter Slipe se tornó dolorido —. Pero no quiero que se imagine que yo le guardo ningún rencor.

Willie Weaver saboreó el coñac.

—Los goces sólidos y los placeres líquidos solo son conocidos de los hijos de Sión —citó equivocadamente, y repitió su tosecilla de satisfacción.

—Lo que le pasa a Cuthbert —dijo Spandrell— es que no ha llegado jamás a distinguir completamente el arte de la pornografía.

—Desde luego —continuó Peter Slipe—, ella tenía perfecto derecho a hacer lo que quisiese con su propia casa. Pero el haberme echado así a la calle, de la noche a la mañana…

En otra ocasión le hubiera gustado a Walter escuchar de labios del pobre Slipe la versión de aquella historia curiosa. Pero, con Lucy al otro lado, le fue difícil prestar gran interés.

—Pero yo me pregunto a veces si los victorianos no se habrán divertido mejor que nosotros —dijo ella—. Cuantas más prohibiciones, mayor es el placer. Si quieren ustedes ver a las gentes beber con verdadera fruición tienen que ir a Norteamérica. La Inglaterra victoriana experimentó la «sequía» en todos sus departamentos. Por ejemplo, había una enmienda diecinueve acerca del amor; deben haberlo hecho con tanto entusiasmo como el que ponen los americanos en beber *whisky*. Yo no sé si, en el fondo, soy partidaria de los progresos a lo Atenas: al menos si es que nosotros somos uno de ellos.

—Usted prefiere Pecksniff a Alcibíades —dijo Willie Weaver a modo de conclusión.

Lucy se encogió de hombros.

—No tengo ninguna experiencia de Pecksniff.

—Yo no sé —decía Peter Slipe— si habrá sido usted picado alguna vez por un ganso.

—¿Cómo? —preguntó Walter tratando de prestar atención.

—Si habrá sido usted picado alguna vez por un ganso.

—Nunca, que yo recuerde.

—Es una sensación dura, seca. —Slipe pinchó el aire con su índice manchado de tabaco—. Así es Beatrice. Pica, le gusta picotear. Pero al mismo tiempo sabe ser muy amable. Se empeña en ser amable a su modo, y pica si a uno no le gusta. El picar forma parte de su amabilidad; al menos así lo he hallado siempre yo. Yo no me he opuesto nunca. Pero ¿por qué me había de echar ella así de su casa, como si yo fuera un criminal? Y con lo difícil que resulta encontrar cuarto ahora. He tenido que pasar tres semanas en una pensión. La comida… —Slipe se estremeció.

Walter no pudo menos que sonreír.

—Debe haber tenido mucha prisa de instalar a Burlap en su lugar.

—Pero ¿por qué tanta prisa?

—Cuando se trata de deshacerse del viejo amor y de acoger el nuevo…

—Pero ¿qué tiene que ver con esto el amor? —preguntó Slipe—. En el caso de Beatrice…

—Mucho —interrumpió Willie Weaver—. Todo. Estas vírgenes jubiladas… siempre tan apasionadas.

—Pero ella nunca tuvo un lance amoroso.

—De ahí la violencia —concluyó Willie triunfante—. Beatrice tiene un negro sentado sobre la válvula de seguridad. Y mi mujer me asegura que su ropa interior es positivamente frineana. Esto es lo siniestro.

—Acaso le agrade andar bien vestida —sugirió Lucy. Willie Weaver meneó la cabeza. La hipótesis era demasiado simple.

—Esa mujer tiene el inconsciente como un agujero negro. —Willie vaciló por un momento—, lleno de agarros batracios en la sombra —concluyó y tosió modestamente para conmemorar su proeza.

* * *

Beatrice Gilray se hallaba zurciendo una camisola de seda rosa. Tenía treinta y cinco años, pero parecía más joven, o más bien parecía no tener edad. Tenía la piel fresca y

limpia. Sus ojos brillantes miraban desde unas órbitas poco profundas y sin arrugas. Su rostro, vivo y resuelto, no estaba desprovisto de belleza, pero había algo intrínsecamente un tanto cómico en la forma y la inclinación de su nariz, algo ligeramente absurdo en el brillo perlino de los ojos, la boca como haciendo pucheritos y la barbilla redonda y retadora. Pero se reía uno con ella, así como de ella; porque la postura de los labios era humorística y la expresión de sus ojos redondos y azorados era burlona y maliciosamente curiosa.

Tiraba de la aguja. El reloj hacía su tictac. El instante moviente que, según *Sir* Isaac Newton, separa el pasado infinito del futuro infinito, avanzaba inexorablemente a través de la dimensión del tiempo. O bien, si Aristóteles dijo verdad, un poco más de lo posible se hacía real a cada instante: el presente estaba quieto y atraía el futuro, como un hombre que sorbiera sin cesar un macarrón interminable. De vez en cuando Beatrice hacía real un bostezo latente. En una cesta, junto al hogar, había una gata negra echada de lado, ronroneando y dando de mamar a cuatro gatitos ciegos y jaspeados. Las paredes del cuarto eran de color amarillo-primavera. En el estante superior de la librería se espesaba el polvo sobre los manuales de asiriología que había comprado ella cuando Peter Slipe era el inquilino del piso superior. Un tomo de los *Pensamientos* de Pascal, con anotaciones hechas con lápiz, de ruano de Burlap, permanecía abierto sobre la mesa. El reloj continuaba su tictac.

De pronto sonó la puerta de entrada. Beatrice dejó su camisola de seda rosa y se puso en pie de un salto.

—No se olvide que debe tomar su leche caliente, Denis —dijo ella, mirando hacia la antesala. Su voz era clara, aguda y autoritaria.

Burlap colgó su gabán y arribó a la puerta.

—No ha debido usted esperarme —dijo él, con su tono de tierno reproche, prodigándole una de sus graves y sutiles sonrisas a lo Sodoma.

—Tenía que terminar imprescindiblemente un trabajo —dijo Beatrice, mintiendo.

—Bien, es usted realmente deliciosa.

Estas ligeras expresiones familiares con que Burlap gustaba salpicar su conversación tenían un timbre muy curioso para oídos sensibles. «Habla en jerga —dijo una vez Rampion—, como si fuera un extranjero con perfecto dominio del inglés, pero con el dominio de un extranjero. No sé si habrán oído ustedes alguna vez a un indio decirle a alguien que es un *jolly good sport*. La jerga de Burlap me lo recuerda».

Beatrice halló, sin embargo, este «realmente deliciosa» enteramente natural y sin nada de extranjero. Se sonrojó con un placer tímido de adolescente. Pero…

—Entre y cierre la puerta —dijo en tono seco e imperativo. Esta timidez tierna y

suave estaba recubierta de una concha callosa; había una parte de su ser que punzaba y mostraba eficacia—. Siéntese aquí —ordenó ella; y mientras se ocupaba con vivacidad del jarro de leche, la cacerola, la estufilla de gas, le preguntó si había pasado bien la noche.

Burlap meneó la cabeza.

—*Fascinatio nugacitatis* —dijo—. *Fascinatio nugacitatis*.

Había venido rumiando la fascinación de la nugacidad desde Picadilly Circus.

Beatrice no entendía latín; pero adivinó por su semblante que las palabras indicaban desaprobación.

—Las tertulias son más bien un modo de perder el tiempo, ¿no es así? —dijo ella.

Burlap asintió con la cabeza.

—Un modo de perder el tiempo —dijo él, a modo de eco, con su lenta voz de rumiante, manteniendo la mirada vacía y preocupada fija en el demonio invisible que permanecía de pie un poco a la izquierda de Beatrice—. Tiene uno cuarenta años, ha vivido uno más de la mitad de su vida, el mundo es maravilloso y lleno de misterios. Y no obstante, se pasa uno cuatro horas hablando de nada en Tantamount House. ¿Por qué ha de ser tan fascinante la trivialidad? ¿O es que hay algo, además de la trivialidad, que le atrae a uno? ¿Es acaso alguna vaga, fantástica esperanza de que pueda encontrarse uno con la persona mesiánica que siempre anda buscando oír la palabra reveladora?

Burlap movía, al hablar, la cabeza con una soltura muy curiosa, como si los músculos de su cuello se aflojaran. Beatrice estaba tan familiarizada con este movimiento, que ya no le encontraba nada de extraño. Mientras aguardaba a que hirviera la leche, escuchaba con admiración y observaba como si estuviera en la iglesia. Un hombre cuyas excursiones a los salones de los ricos eran episodios de una búsqueda espiritual de toda la vida podía ser justificadamente considerado como el equivalente de un servicio religioso dominical.

—A pesar de todo —añadió Burlap, levantando los ojos hacia ella con una risita irónica de golfillo, sorprendentemente distinta de la sonrisa a lo Sodoma de un momento antes—, el champaña y el caviar eran realmente maravillosos.

Era el demonio, que había venido a interrumpir súbitamente las cavilaciones filosóficas del ángel. Burlap le había permitido hablar en voz alta. ¿Por qué no? Le divertía mostrarse desconcertante. Burlap miró a Beatrice.

Beatrice estaba desconcertada.

—No me cabe la menor duda —dijo, modificando su expresión de feligresa para que armonizara con la risita irónica. Se echó a reír, un tanto nerviosa, y se volvió para verter la leche en una taza—. Aquí tiene usted su leche —dijo en tono seco, buscando, en el mandato solícito, refugio contra el desconcierto que experimentaba—. Tómela usted mientras está caliente.

Hubo un largo silencio. Burlap sorbía la leche humeante, y Beatrice, sentada en un taburete redondo frente al hogar sin fuego, esperaba, casi sin respirar, apenas sabía qué.

—Se parece usted a la pequeña *miss* Muffet sentada en su banquillo[5] —dijo Burlap al fin.

Beatrice sonrió.

—Por fortuna, no hay ninguna araña grande que temer.

—Gracias por el cumplimiento, si lo es.

—Sí, lo es —dijo Beatrice.

He ahí lo verdaderamente encantador en Denis, pensó ella: ¡era tan digno de confianza! Con otros hombres estaba expuesta a que saltaran sobre ella y trataran de manosearla y de besarla. Esto era horrible, verdaderamente horrible. Beatrice no había logrado jamás recobrarse completamente del choque que había recibido siendo aún muy joven, cuando el cuñado de su tía Maggie, a quien había considerado siempre como un tío, había comenzado a manosearla en un coche. El incidente le había repugnado y la había asustado de tal modo, que cuando Tom Field, por el cual sentía verdadero afecto, le pidió que se casara con él, Beatrice se negó tan solo porque era un hombre, como aquel horrible tío Ben, y porque se espantaba de pensar siquiera en las manifestaciones amorosas; tal era su terror a que la tocaran. Pasaba ya de los treinta y no había permitido jamás que la tocara nadie. La dulce y temblorosa muchachita que vivía bajo su caparazón de frialdad se había enamorado con frecuencia. Pero el terror a que la manosearan, a que la tocaran, había sido siempre más fuerte que su amor. A la primera señal de peligro había dado en picar desesperadamente, había endurecido su caparazón, había escapado. Arribada a puerto seguro, la asustada joven había dado un largo suspiro. ¡Gracias al cielo! Pero en el gran suspiro de alivio iba siempre un pequeño suspiro de decepción. Habría querido no asustarse, que la dichosa camaradería que había existido antes del manoseo hubiese continuado indefinidamente, para siempre. A veces se irritaba consigo misma; con más frecuencia pensaba que en el amor había algo fundamentalmente malo, algo fundamentalmente pavoroso en los hombres. Lo maravilloso en Denis Burlap era eso: que inspiraba una plena confianza, que no era el hombre del cual hubiese que temer un zarpazo o un salto intempestivo. Beatrice podía adorarlo sin recelo.

—Susan solía sentarse en taburetes como la pequeña *miss* Muffet —reanudó Burlap después de una pausa. Su voz era melancólica. Se había pasado los últimos momentos rumiando el tema de su mujer difunta. Hacía cerca de dos años que Susan había fallecido en una epidemia de gripe. Cerca de dos años: pero la pena, se afirmaba él, no había disminuido; el sentimiento de su pérdida seguía tan abrumador como siempre. Susan,

Susan, Susan… una y otra vez se había repetido su nombre. Jamás la volvería a ver, aun cuando viviera un millón de años. Un millón de años. Se abrían abismos alrededor de estas palabras—. O en el suelo —continuó él, reconstruyendo su imagen tan vivamente como le era posible. Creo que prefería sentarse en el suelo. Como una niña— una niña, una niña, repitió para sí. ¡Tan joven!

Beatrice permanecía en silencio contemplando la chimenea sin fuego. Sentía que sería indiscreto, casi indecente, mirar a Burlap. ¡Pobre hombre! Cuando al fin se volvió hacia él, vio que había lágrimas en sus mejillas. A esta vista sintió un acceso de piedad maternal. «Como una niña», había dicho. Y él también era como un niño.

Como un pobre niño desdichado. Inclinándose hacia Burlap, Beatrice pasó los dedos cariciosamente por el dorso de su mano, que él dejaba colgar flojamente.

* * *

—¡Agarros batracios! —repitió Lucy, y se echó a reír—. Ese es un rasgo de genio, Willie.

—Todos mis rasgos son rasgos geniales —dijo Willie modestamente.

Se representaba a sí mismo: él; Willie Weaver, en el célebre papel de Willie Weaver. Él explotaba artísticamente aquel amor a la elocuencia, aquella pasión por la frase rotunda y resonante con la cual había nacido más de tres siglos demasiado tarde. En la época de la juventud de Shakespeare hubiera sido una celebridad literaria. Entre sus contemporáneos las expresiones culteranas de Willie solo provocaban risa. Pero a él le gustaba el aplauso, aun cuando fuese de burla. Por lo demás, las risas no eran nunca malignas; porque Willie Weaver era tan buen chico, tan obsequioso, que todo el mundo lo quería bien. Él representaba su papel para el público bulliciosamente aprobador; y, sintiendo la aprobación a través de la hilaridad, lo representaba cabalmente. «Todos mis rasgos son rasgos geniales». La observación estaba admirablemente en armonía. ¿Y no sería acaso verdad? Willie bromeaba, pero con una convicción secreta. Añadió:

—Y note bien lo que yo digo: uno de estos días entrarán en erupción los batracios, se soltarán.

—Pero ¿por qué batracios? —preguntó Slipe—. Si hay algo que se parezca menos a un batracio que Beatrice…

—¿Y por qué se habrán de soltar? —intervino Spandrell.

—Las ranas no pican.

Pero la delgada voz de Slipe fue ahogada por la de Mary Rampion.

—Porque las cosas terminan siempre por soltarse —exclamó ella—. Es un hecho.

—Moraleja —dijo Cuthbert en conclusión—: no encierres nunca nada. Es lo que yo hago.

—Pero acaso en soltarse consista el placer —filosofó Lucy.

—¡Perversa y paradójica prohibicionista!

—Pero es evidente —decía Rampion— que las revoluciones se producen lo mismo en el interior que en el exterior. En el Estado, son los pobres contra los ricos. En el individuo, son el cuerpo y los instintos oprimidos contra el intelecto. El intelecto ha sido exaltado como las clases superiores en los dominios del espíritu. Las clases inferiores del mismo dominio se rebelan.

—¡Muy bien, muy bien! —gritó Cuthbert golpeando la mesa con el puño.

Rampion frunció el entrecejo. Sentía la aprobación de Cuthbert como un insulto personal.

—Yo soy contrarrevolucionario —dijo Spandrell—. Que las clases inferiores en los dominios del espíritu se mantengan en su lugar.

—Salvo en su propio caso de usted, ¿no? —dijo Cuthbert con una sonrisa burlona.

—¿No puede uno teorizar?

—Hace siglos que las vienen obligando por la fuerza a tenerse en su lugar —dijo Rampion—; y véase el resultado. *Usted*, entre otras cosas. —Volvió los ojos a Spandrell, que echó la cabeza hacia atrás y rio su risa silenciosa—. Véase el resultado —repitió—. Revolución interior personal, y en consecuencia, revolución exterior y social.

—¡Vamos, vamos! —dijo Willie Weaver—. Habla usted como si retumbaran ya los carros de Termidor. Inglaterra sigue todavía firme en su lugar.

—Pero ¿qué sabe usted de Inglaterra ni de los ingleses? —replicó Rampion—. Jamás ha salido usted de Londres ni de su clase social. Váyase usted al Norte.

—¡Dios me libre! —exclamó piadosamente Willie.

—Váyase al país del hierro y del carbón. Hable un poco con los obreros metalúrgicos. No se trata de la revolución por una causa. Se trata de la revolución como fin en sí misma. La demolición por la demolición.

—La cosa tiene un sonido amable —dijo Lucy.

—Es aterradora. Es simplemente inhumana. Se les ha extraído toda su humanidad bajo la presión de la vida civilizada, bajo el peso del hierro y del carbón. No será una rebelión de hombres. Será una revolución de seres elementales; de monstruos, de monstruos prehumanos. Y usted no hace más que cerrar los ojos y hacerse la idea de que todo es absolutamente perfecto.

* * *

—Piense usted en la desproporción —decía Lord Edward, fumando su pipa—. Es positivamente… —Le falló la voz—. Tome el carbón, por ejemplo. El hombre consume hoy ciento diez veces más del que consumía en 1800. Pero la población no es más que dos veces y media la de entonces. En cuanto a los otros animales… Completamente distinto. El consumo es proporcional al número de individuos.

Illidge objetó:

—Pero cuando los animales pueden adquirir más de lo que efectivamente necesitan para subsistir, lo toman, ¿no es cierto? Cuando hay una batalla o una peste, las hienas y los buitres se aprovechan de la abundancia para comer más de lo necesario. ¿No será lo mismo con nosotros? Grandes extensiones de selva se hallan muertas desde hace millones de años. El hombre ha desenterrado sus cadáveres, halla que los puede utilizar y se entrega al lujo de un buen banquete mientras dura la carroña. Cuando se hayan agotado las provisiones volverá a acortar la ración, como las hienas en los intervalos de las guerras y las epidemias. —Illidge hablaba con gusto; el hablar de los seres humanos como si no se los pudiera distinguir de los gorgojos lo llenaba de una satisfacción muy particular—. Se descubre un yacimiento carbonífero; surge un pozo de petróleo. Se levantan poblaciones, se construyen ferrocarriles, barcos van y vienen. Para un observador habitante de la luna y provisto de una larga vida, el hormigueo, las idas y venidas deben de parecerse a la pululación de hormigas y moscas en torno a un perro muerto. Nitro chileno, petróleo mexicano, fosfatos de Túnez: a cada descubrimiento un nuevo hormigueo de insectos. ¡Puede imaginarse uno los comentarios de los astrónomos lunares! Estas criaturas presentan un tropismo notable y acaso único hacia la carroña fosilizada.

* * *

—Como los avestruces —dijo Mary Rampion—; vive usted como los avestruces.

—Y no solo en cuanto a las revoluciones —dijo Spandrell, mientras que a Willie Weaver se le oyó decir algo acerca de las «filosofías estruciocameliáceas»— sino también en cuanto a todas las cosas importantes que resultan ser desagradables. Hubo un tiempo en que las gentes no se ocupaban de hacer parecer que la muerte y el pecado no existían. *Au détour d'un sentier une charogne infâme* —citó—. Baudelaire fue el último poeta de la Edad Media, así como el primer poeta moderno. *Et pourtant* —continuó, mirando a Lucy con una sonrisa y levantando el vaso—:

Et pourtant vous serez semblable à cette ordure.
A cette horrible infection,

Etoile de mes yeux, soleil de ma nature,
Vous, mon ange et ma passion!
Alors, ô ma beauté, dites à la vermine
Qui vous mangera de baisers…

—¡Mi querido Spandrell! —Lucy levantó la mano en sentido de protesta.

—¡Verdaderamente, demasiado necrófilo! —dijo Willie Weaver.

«Siempre el mismo odio a la vida —pensaba Rampion—. Diversas clases de muerte: la única alternativa».

Y miró escrutadoramente al rostro de Spandrell.

* * *

—Y cuando lo piensa uno bien —decía Illidge—, el tiempo que llevó formar las capas de carbón dividido por la longitud de una vida humana, no difiere tan enormemente de la vida de un *sequoia* dividida por una generación de bacterias de fermentación pútrida.

* * *

Cuthbert consultó su reloj.

—¡Santo Dios! —exclamó—. Es la una menos veinticinco. —Se levantó de un salto —. Yo prometí que iríamos a la velada de los Widdicombe… ¡Peter, Willie! Vamos, ¡a paso ligero!

—¡Pero no van a marcharse ustedes así! —protestó Lucy—. Es ridículamente temprano.

—La llamada del deber —explicó Willie Weaver—. La hija severa del Verbo Divino. —Y emitió su tosecilla de autoaprobación.

—Pero es ridículo, es intolerable.

Lucy paseó la vista de uno al otro con una especie de furiosa inquietud. El miedo a la soledad era crónico en ella. Y siempre era posible, si se esperaba cinco minutos más, que llegara a ocurrir algo verdaderamente divertido. Además, era insufrible que las gentes hiciesen cosas que ella no quería que hiciesen.

—¡Y nosotros también, ahora que recuerdo! —dijo Mary Rampion levantándose.

«Gracias al cielo», pensó Walter. Esperaba que Spandrell seguiría el ejemplo general.

—¡Pero esto es imposible! —exclamó Lucy—. ¡Rampion, yo no puedo tolerar eso!

Mark Rampion no hizo más que reír. «¡Estas sirenas profesionales!», pensó. Ella le dejaba completamente frío; es más, le repelía. En su desesperación, Lucy llegó a apelar a la

mujer de la partida.

—Mrs. Rampion, usted tiene que quedarse. Cinco minutos más. Nada más que cinco minutos —dijo en tono persuasivo.

En vano. El mozo abrió la puerta lateral y se deslizaron furtivamente hacia la oscuridad exterior.

—¿Por qué han de insistir así en marcharse? —preguntó Lucy con voz lastimera.

—¿Por qué hemos de insistir nosotros en quedarnos? —dijo Spandrell en forma de eco. Walter sintió que le fallaba el corazón; aquello quería decir que Spandrell no pensaba marcharse—. Esto es sin duda más incomprensible.

¡Absolutamente incomprensible! El calor y el alcohol surtían su efecto habitual en Walter. Se sentía enfermo y desdichado a la vez. ¿A qué continuar allí, sin ninguna esperanza, en aquel aire ponzoñoso? ¿Por qué no irse a casa inmediatamente? Marjorie se alegraría.

—Al menos, usted es fiel, Walter —le sonrió Lucy.

Walter decidió postergar su marcha. Hubo un silencio.

* * *

Cuthbert y sus compañeros habían tomado un coche.

Rehusando todas las invitaciones, los Rampion habían preferido ir a pie.

—¡Gracias al cielo! —dijo Mary al alejarse el taxi—. ¡Ese horrible Arkwright!

—¡Ah, pero esa mujer es todavía peor! —dijo Rampion—. Me da escalofríos. ¡Y ese pobre chico de Bidlake! Como un conejo frente a una comadreja.

—Esto es sindicalismo de varones. Yo le tengo cierta admiración, porque os hace retorcer un poco a los hombres. Os está muy bien.

—Es como si admirases una cobra.

La zoología de Rampion era enteramente simbólica.

—Pero si a escalofríos vamos, ¿qué dices de Spandrell? Se parece a una gárgola, a un demonio.

—Se parece a un colegial bobo —dijo Rampion con vehemencia—. No ha salido de muchacho. ¿No te das cuenta? Es un adolescente perpetuo. Se devana los sesos acerca de todas las cosas que preocupan a los adolescentes. Está incapacitado para vivir porque se halla demasiado ocupado en pensar en la muerte, y en Dios, y en la verdad, y en el misticismo, y en toda esa gama, demasiado ocupado en pensar en los pecados y en tratar de cometerlos y en sentirse decepcionado porque no lo consigue. Es deplorable. Es una especie de Peter Pan; pero todavía mucho peor que el pequeño y repugnante aborto de

Barrie, porque se halla enclavado en una época más necia. Es un Peter Pan a lo Dostoievski, más Musset, más los años noventa, más Bunyan, más Byron y el marqués de Sade. Verdaderamente deplorable. Tanto más cuanto que, potencialmente, es un ser humano lleno de decencia.

—Mary se echó a reír.

—Bien —dijo ella—; parece que tendré que creerlo bajo tu palabra.

* * *

—A propósito —dijo Lucy, volviéndose hacia Spandrell—. Le traigo un mensaje de su madre.

Se lo dio. Spandrell movió la cabeza, pero no hizo ninguna observación.

—¿Y el general? —preguntó tan pronto como ella terminó de hablar. No quería que se hablara más de su madre.

—¡Oh, el general! —Lucy hizo una mueca—. He sufrido por lo menos media hora de Inteligencia Militar esta noche. Verdaderamente, no se le debía tolerar. ¿Qué dice usted de una sociedad para la abolición de los generales?

—Yo me inscribo como socio fundador y honorario.

—¿O por qué no para la abolición de los viejos, puestos ya en el caso? —continuó Lucy—. Los viejos son verdaderamente imposibles. A excepción de su padre, Walter. Él es perfecto. Realmente perfecto. El único viejo posible.

—Es, al contrario, uno de los pocos viejos verdaderamente imposibles. ¡Si usted supiera! —Entre los Bidlake de la generación de Walter la imposibilidad del viejo John era casi proverbial—. No lo hallaría usted tan perfecto si fuera usted su mujer o su hija.

Al pronunciar estas palabras, Walter se acordó súbitamente de Marjorie. La sangre se le agolpó a las mejillas.

—¡Oh, por supuesto!; si va usted a cometer el disparate de elegirlo como marido o como padre —dijo Lucy—, ¿qué puede esperar? Como viejo, es posible precisamente por haber sido de tal modo imposible como marido y como padre. La mayoría de los viejos han perdido su vitalidad bajo el peso de las responsabilidades. Su padre no se ha dejado jamás aplastar. Ha tenido mujeres e hijos y todas esas cosas. Pero ha vivido siempre como un chico juerguista. No es muy agradable para las mujeres y los hijos, estamos de acuerdo. Pero ¡cuán encantador para los demás!

—Me lo figuro —dijo Walter. Se había creído siempre por completo distinto de su padre. Pero he aquí que procedía justamente como su padre había procedido.

—Piense en él haciendo abstracción de todo sentimiento filial.

—Lo intentaré.

(¿Cómo debía pensar acerca de sí mismo?).

—Hágalo, y verá usted que tengo razón. Uno de los pocos viejos posibles. Compárelo con los demás. —Lucy meneó la cabeza—. No hay medio; no se puede tener ningún trato con ellos.

Spandrell se echó a reír.

—Habla usted de los viejos como si fueran cafres o esquimales.

—Bien, ¿no es más o menos eso lo que son? Sí, corazones de oro, y todas esas cosas. Y maravillosamente inteligentes, a su modo, y teniéndolo todo en cuenta. Pero resulta que no pertenecen a nuestra civilización. Son extranjeros. No se me olvidará nunca aquella vez en que fui a tomar el té con unas damas árabes en Túnez. ¡Eran tan amables, tan hospitalarias! Pero me hicieron comer unos pasteles incomibles, y hablaban tan mal francés, y no había absolutamente nada que decirles, y se horrorizaron de tal modo de mi falda corta y de mi falta de hijos… Los viejos me recuerdan siempre ese té árabe. ¿Cree usted que nosotros seremos un té árabe cuando seamos viejos?

—Sí, y probablemente una calavera por añadidura —dijo Spandrell—. Es una cuestión de espesamiento arterial.

—Pero lo que hace que los viejos se parezcan tanto a un «té árabe» son sus ideas. Yo no puedo creer que el espesamiento arterial me haga jamás creer en Dios, ni en la moral, ni en nada de eso. Yo salí de la crisálida durante la guerra, cuando todo había sido echado a rodar. No concibo que nuestros nietos puedan llegar a trastornar las cosas más completamente de lo que se trastornaron entonces. Así, pues, ¿por dónde vendría la incomprensión?

—Puede que las vuelvan a poner en su lugar —sugirió Spandrell.

Ella quedó un instante en silencio.

—No había pensado jamás en eso.

—O bien que sea usted misma la que lo haga. El poner las cosas en su lugar es una de las ocupaciones tradicionales de los ancianos.

* * *

El reloj dio la una y, como el cuco libertado por la campana, Simmons entró de sopetón en la biblioteca llevando una bandeja. Simmons era un hombre de mediana edad y tenía aquella dignidad de porte ministerial que la necesidad de callarse la boca y de contener el mal genio, de no decir nunca lo que verdaderamente se siente y de guardar las formas, tiende siempre a producir en diplomáticos, personajes reales, grandes funcionarios

de Estado y mayordomos. Calladamente puso dos cubiertos en la mesa, y anunciando que la cena de su excelencia estaba servida, se retiró. Era miércoles: dos chuletas de cordero a la parrilla aparecieron a la vista cuando Lord Edward levantó la tapadera de plata. Lunes, miércoles y viernes eran días de chuletas. Los martes y los jueves había solomillo de ternera con patatas. Los sábados, a modo de festín, Simmons preparaba un *mixed grill*. Los domingos salía: Lord Edward tenía que contentarse con jamón y lengua fría y ensalada.

—Es curioso —dijo Lord Edward al servirle a Illidge una chuleta—, es curioso que el número de corderos no aumente. No en la misma proporción que la población humana. Se hubiera creído que… puesto que la simbiosis es tan estrecha… —Mascó en silencio.

—Es que el cordero debe de estar pasando de moda —dijo Illidge—. Como Dios —añadió provocadoramente— y el alma inmortal. —Lord Edward no se dejó enganchar por el anzuelo—. No digamos ya los novelistas de la época victoriana —continuó Illidge. Él había resbalado en la escalera, y la única literatura que leía Lord Edward era la de Dickens y Thackeray. Pero el viejo masticaba con calma—. Y las chicas inocentes. —Lord Edward se tomaba un interés científico en las actividades sexuales de los pollos y de los ajolotes, de los conejillos de Indias y de las ranas; pero la menor alusión a las correspondientes actividades de los seres humanos le producía una molestia dolorosa—. Y la pureza —continuó Illidge, mirando vivamente el rostro del viejo—, y la virginidad, y…

Fue interrumpido, y Lord Edward salvado de mayor persecución, por el timbre del teléfono.

—Yo contestaré —dijo Illidge, levantándose de golpe.

Se aplicó el auricular al oído.

—¡Al habla!

—Edward, ¿eres tú? —dijo una voz profunda, no sin cierto parecido con la de Lord Edward—. Soy yo. Edward, en este mismo momento acabo de descubrir una de las más extraordinarias pruebas matemáticas de la existencia de Dios, o más bien de…

—Pero si yo no soy Lord Edward —gritó Illidge—. Aguarde, que voy a llamarlo. —Se volvió hacia el viejo—. Es Lord Gattenden —dijo—. Acaba de descubrir una nueva prueba de la existencia de Dios. —No sonrió; su tono era grave. La gravedad, en tales circunstancias, era la más completa irrisión. La noticia se ridiculizaba a sí misma. Cualquier comentario acompañado de risa, lejos de aumentar el ridículo, lo habría disminuido. ¡Maravilloso! ¡Aquel viejo imbécil! Illidge se sintió vindicado de todas las humillaciones de la noche—. Una prueba matemática —añadió, más serio que nunca.

—¡Oh, santo Dios! —exclamó Lord Edward, como si hubiera ocurrido algo aciago. El hablar por teléfono lo ponía siempre nervioso. Corrió hacia el aparato—. Charles, ¿eres tú?

—¡Ah, Edward! —exclamó la voz desencarnada del cabeza de familia a cuarenta millas de distancia, en Gattenden—. Un descubrimiento verdaderamente notable. Quisiera oír tu opinión sobre él. Acerca de Dios. Tú conoces la fórmula: «*m* dividido por cero, igual al infinito», siendo *m* cualquier número positivo. Bien, ¿por qué no reducir la ecuación a una forma más simple multiplicando los dos factores por cero? En cuyo caso resulta que *m* es igual al infinito multiplicado por cero. Es decir, que un número positivo es el producto de cero por infinito. ¿No demuestra esto la creación del universo por un poder infinito partiendo de la nada? ¿Qué dices a esto? —El diafragma del auricular estaba contaminado por la excitación de Lord Gattenden, a cuarenta millas de distancia. Hablaba con una celeridad ahogada; sus preguntas eran acaloradas e insistentes—. ¿Qué dices tú, Edward? —El quinto marqués se había pasado toda su vida indagando el absoluto. Era la única caza posible para un inválido. Durante cincuenta años había rodado en su silla de ruedas detrás de la presa inasible. ¿Era posible que la hubiese atrapado ahora, tan fácilmente y en un lugar tan improbable como era un libro de texto elemental acerca de la teoría de los límites? Esto era algo que justificaba la excitación—. ¿Qué opinas tú, Edward?

—Bien… —comenzó Lord Edward.

Y al otro extremo del hilo eléctrico, a cuarenta millas, su hermano advirtió, por el tono en que fue pronunciado el simple monosílabo, que su prueba no tenía valor. El rabo del infinito estaba todavía por desollar.

* * *

—A propósito de ancianos —dijo Lucy—, ¿les he contado alguna vez aquella historia verdaderamente maravillosa acerca de mi padre?

—¿Qué historia?

—La del invernáculo.

El mero pensamiento de la historia la hizo sonreír.

—No; no recuerdo haber oído nada acerca del invernáculo —dijo Spandrell, y Walter negó también con la cabeza.

—Fue durante la guerra —comenzó Lucy—. Creo que yo iba entonces para los dieciocho años. Recién lanzada al mundo. Y, dicho sea de paso, alguien estuvo a punto de romperme literalmente una botella de champaña en la espalda. Las veladas eran entonces un tanto febriles, si ustedes recuerdan…

Spandrell asintió con la cabeza: Walter, aunque, de hecho, había permanecido en el colegio durante la guerra, hizo también un signo afirmativo y lleno de experiencia.

—Un día —continuó Lucy— recibí un mensaje: ¿querría subir yo a ver a su

excelencia? Era un ruego sin precedentes. Yo me sentí un tanto alarmada. Ustedes saben cómo los viejos se figuran que vivimos. Y cómo se sienten trastornados cuando descubren su error. El té árabe de costumbre…

Lucy se echó a reír y, para Walter, su risa arrasó con todos los años de su vida anteriores a la fecha en que la había conocido. Uno de sus consuelos constantes había sido tejer en su espíritu la historia de sus jóvenes o inocentes amores. Lucy había reído: y ahora, ni siquiera la imaginación podría hallar ya placer en aquel romance consolador.

Spandrell movió la cabeza.

—¿Así que subió usted la escalera bajo la sensación de ascender al cadalso…?

—Y me encontré a mi padre en la biblioteca haciendo como que leía. Mi llegada le aterró, en realidad. ¡Pobre viejo! Jamás he visto una persona tan embarazada ni tan afligida. Pueden ustedes imaginarse cómo su terror habrá aumentado el mío. Sentimientos tan fuertes por fuerza habían de tener una causa proporcional. ¿Qué podía ser? Entretanto, él agonizaba de dolor. Si su sentido del deber no hubiera sido tan firme, yo creo que me hubiera mandado marcharme al instante. ¡Si hubieran visto ustedes su cara!

La comicidad de estos recuerdos era demasiado fuerte; Lucy se echó a reír.

Con el codo en la mesa y la cabeza en la mano, Walter miraba fijamente el interior de su copa de vino. Las pequeñas y brillantes burbujas subían precipitadamente a la superficie una a una como si se hallaran resueltas a ser libres y dichosas a toda costa. Walter no se atrevía a levantar la vista. Temía que el rostro de Lucy, deformado por la risa, pudiera obligarlo a hacer algo ridículo: gritar a plena voz o romper a llorar.

—¡Pobre viejo! —repitió Lucy, y las palabras salieron con una bocanada de júbilo explosivo—. Apenas podía hablar de terror.

Y cambiando súbitamente de tono imitó la voz profunda y sorda de Lord Edward invitándola a sentarse, diciéndole (con tartamudeos y vacilaciones penosas) que tenía algo que decirle. La mímica era admirable. El espectro perplejo de Lord Edward estaba allí, sentado a la mesa.

—¡Estupendo! —Aplaudió Spandrell.

Y hasta Walter tuvo que reír; pero las profundidades de su tristeza siguieron intactas.

—Tardó, por lo menos, cinco minutos —continuó Lucy— en ponerse a tono de conversación. Yo me hallaba en la hoguera, como pueden ustedes imaginarse. Pero adivinen ustedes lo que quería decirme.

—¿Qué?

—Adivinen —y de nuevo rompió a reír, de golpe, con una risa irrefrenable. Se cubrió la cara con las manos; todo su cuerpo se agitó, como si se deshiciera en un lloro—. Es algo magnífico —dijo, dejando caer las manos e inclinándose hacia atrás en su silla. Su rostro se

contraía aún de risa: había lágrimas en sus mejillas—. Algo magnífico. —Abrió su pequeño bolso de abalorios que estaba sobre la mesa, frente a ella, y, sacando un pañuelo, comenzó a enjugarse los ojos. Un soplo de perfume surgió con el pañuelo, reforzando el tenue recuerdo de gardenias que la envolvía, que se movía con ella a dondequiera que fuese, como una segunda personalidad espectral. Walter alzó la mirada; el fuerte perfume de gardenias llenaba las ventanas de su nariz; respiraba lo que era para él la propia esencia del ser de Lucy, el símbolo de su poder y de sus propios deseos insanos. La contempló con una especie de terror—. Me dijo —continuó Lucy, riendo todavía con espasmos y llevándose el pañuelo a los ojos—, me dijo que había llegado a él la noticia de que yo permitía a veces a los jóvenes que me besaran en los bailes, en el invernáculo… ¡en el invernáculo! —repitió—. ¡Rasgo maravilloso! Tan perfectamente de su época. Los años 80. El viejo príncipe de Gales. Las novelas de Zola. ¡En el invernáculo! ¡Mi pobre viejo! Me dijo que esperaba que no volvería a suceder nada semejante. Mi madre se sentiría profundamente apenada si llegara a saberlo. ¡Virgen santa, Virgen santa!

Lucy respiró a pleno pulmón. La risa terminó, al fin, por apaciguarse.

Walter la miró y respiró su perfume, respiró sus propios deseos y el terrible poder de su atracción. Y se le figuró que la veía por primera vez. Sí, por primera vez ahora: con el vaso mediado frente a ella, la botella, el sucio cenicero; ahora, echada hacia atrás en su silla, extenuada por la risa y enjugándose las lágrimas de risa de los ojos.

—El invernáculo —repitió Spandrell—. El invernáculo. Sí, eso es magnífico. Verdaderamente magnífico.

—Maravilloso —dijo Lucy—. Los viejos son realmente maravillosos. Pero apenas posibles, hay que admitirlo. Salvo, por supuesto, el padre de Walter.

* * *

John Bidlake subió lentamente la escalera. «Estas horribles veladas», pensó. Encendió la luz de su alcoba. Sobre el manto de la chimenea, sentada en su redondo baño de latón y tratando de frotarse la espalda, estaba una de las mujeres realistas y poco seductoras de Degas. En la parte opuesta, una muchachita de Renoir tocaba el piano entre un paisaje del mismo y una de las vistas de Dieppe, por Walter Sickett. Sobre la cama colgaban dos caricaturas que le había hecho Max Beerbohm, más otra de Rouveyre. Había una botella de aguardiente sobre la mesa con vaso y sifón. Dos cartas estaban apoyadas visiblemente contra el borde de la bandeja. Las abrió. La primera contenía recortes de la prensa acerca de su última exposición. El *Daily Mail* lo llamaba «el veterano del arte inglés», y aseguraba a sus lectores que «su mano no había perdido nada de su destreza». Bidlake

apelotonó el recorte y lo arrojó al fuego con ira.

El siguiente procedía de uno de los semanarios «superiores». El tono era casi despectivo. Se lo juzgaba y condenaba, tomando por base su gran producción anterior. «Se hace difícil creer que obras tan flojas y chillonas, ineficazmente chillonas, como las que aparecen reunidas en esta exposición, procedan de la paleta del pintor de las *Campesinas*, de la Tate Gallery, y de las todavía más magníficas *Bañistas*, actualmente en Tantamount House. En vano buscaremos en estos cuadros triviales y vacíos aquellas cualidades de armonioso equilibrio, de caligrafía rítmica, de plasticidad tridimensional que…». ¡Qué galimatías! ¡Qué morralla! Bidlake arrojó todo el puñado de recortes detrás del primero. Pero este desdén hacia los críticos no podía neutralizar completamente los efectos de sus críticas.

«Veterano del arte inglés»; esto equivalía a «pobre viejo Bidlake». Y cuando lo cumplimentaban diciendo que su mano no había perdido nada de su destreza, le aseguraban en tono protector que pintaba todavía maravillosamente para un viejo chocho en su segunda infancia. La única diferencia entre el crítico favorable y el hostil era que uno decía brutalmente lo que el otro dejaba sobrentendido en su cumplimiento protector. Bidlake llegó casi a arrepentirse de haber pintado aquellas *Bañistas*.

Abrió el otro sobre. Contenía una carta de su hija Elinor. Estaba fechada en Lahore.

«Los bazares son el artículo auténtico: gusanientos. Con sus pululaciones y sus olores es como abrirse un túnel a través de un queso. Desde el punto de vista del artista, In que hay de triste en toda esta atmósfera oriental es que se parece exactamente a las pinturas de las escenas orientales que hacían en Francia a mediados del siglo pasado. Tú conoces el género, liso y brillante, como esas estampas que solían imprimir en las latas de té. Cuando se halla uno sobre el terreno se da cuenta de ese estilo. La piel morena hace los rostros uniformes y el sudor da un tono lustroso a la piel. Habría que pintar con una superficie por lo menos tan lisa como un Ingres».

Siguió leyendo con placer. Su hija tenía siempre algo divertido que decir en sus cartas. Veía las cosas con la pupila adecuada. Pero Bidlake frunció el entrecejo.

«Figúrate que ayer recibimos la visita de John Bidlake hijo. Nosotros lo habíamos creído en Waziristan; pero se hallaba por aquí con permiso. Yo no lo había visto desde mi infancia. Ya puedes imaginarte mi sorpresa cuando un gran señor de porte militar, con el bigote gris, se adelantó hacia mí y me llamó por mi nombre de pila. Desde luego él no había visto nunca a Phil. Nosotros hemos echado la casa por la ventana en este hotel en honor del hermano pródigo».

John Bidlake se reclinó en su silla y cerró los ojos. El gran señor de porte militar y bigote gris era su hijo. John el joven tenía cincuenta años. Cincuenta. Había habido un

tiempo en que cincuenta años le parecían la edad de un Matusalén. «Si Manet no hubiera muerto prematuramente…». Recordó las palabras de su viejo maestro en la escuela de arte de París. «Pero ¿murió joven Manet?». El viejo había meneado la cabeza. (¿Viejo? John Bidlake reflexionó. Le había parecido muy viejo en aquella época. Pero acaso no pasara de los sesenta). «Manet tenía solo cincuenta y un años», había contestado el profesor. Le había costado trabajo contener la risa. Y ahora su hijo tenía la edad de Manet a la hora de su muerte. Un gran señor de porte militar con bigote gris. Y su hermano estaba muerto y enterrado al otro lado del mundo, en California. Un cáncer del intestino. Elinor se había encontrado con su hijo en Santa Bárbara: un hombre joven con una joven y rica mujer, que se burlaban de las leyes antialcohólicas a base de una botella de ginebra diaria entre los dos.

John Bidlake pensó en su primera mujer, la madre del señor de porte militar y el californiano que había muerto de cáncer intestinal. Tenía solo veintidós años cuando se casó por primera vez. Rosa no llegaría a los veinte. Los dos se amaron frenéticamente, con una pasión de tigres. Y se pelearon también: al principio, de un modo bastante divertido, cuando las querellas podían ser compensadas por efusiones de sensualidad tan violentas como las furias que mitigaban. Pero el encanto comenzó a desvanecerse cuando llegaron los niños, dos de ellos dentro de los primeros veinticinco meses. No había suficiente dinero con que mantener los críos a distancia, con que pagar a profesionales que hicieran los engorrosos y sucios menesteres. La paternidad de John Bidlake no era en modo alguno una sinecura. Su estudio se convirtió en un cuarto para los niños. Los resultados de la pasión —el berreo, los pañales húmedos, el sueño roto, los olores— le hicieron repudiar muy pronto la pasión. Además, el objeto de su pasión no era ya el mismo. Después del nacimiento de los niños, Rosa comenzó a engordar. Su cara se tornó carnosa, su cuerpo, flojo y ampuloso. Las peleas eran difíciles de compensar ahora. Al mismo tiempo eran más frecuentes: la paternidad le irritó los nervios a John Bidlake. Su arte le brindó un pretexto para ir a París. Fue por una quincena y se estuvo allí cuatro meses. Las querellas comenzaron de nuevo a su regreso. Rosa le repugnaba ya francamente. Sus modelos le ofrecían consuelos fáciles; tenía una intriga amorosa más seria con una mujer casada, que había venido a él a que pintara su retrato. La vida en el hogar era una cosa sombría, atemperada por altercados. Después de un altercado particularmente violento, Rosa hizo sus maletas y se fue a vivir con sus padres. Se llevó a los niños consigo; John Bidlake se sintió encantado de deshacerse de ellos. El mayor de aquellos berreones mojapañales era ahora un gran señor de porte militar con bigote gris. Y el otro había muerto de un cáncer intestinal. Bidlake no había visto a ninguno de ellos desde que tenían veinticinco años. Los hijos habían permanecido fieles a su madre. Ella había muerto también: llevaba quince

años en la tumba.

El gato escaldado huye del agua fría. Después del divorcio, John Bidlake se había prometido no volverse a casar. Pero cuando se enamora uno perdidamente de una joven virtuosa y de buena familia, ¿qué ha de hacer? Bidlake se había casado, y aquellos dos breves años con Isabel habían sido los más extraordinarios, los más bellos, los más felices de toda su vida. Y luego, ella había muerto de parto, tontamente. Él hizo lo posible por no pensar jamás en ella, el recuerdo era demasiado penoso. Entre la imagen recordada y el momento de su recuerdo, los abismos del tiempo y de la separación eran más vastos que cualquier otro abismo entre el presente y el pasado. Y en comparación con el pasado que había compartido él con Isabel, todo presente le parecía borroso: y aquella muerte despertaba con horror sus pensamientos del porvenir. Jamás hablaba de ella, y todo cuanto pudiera recordársela —sus cartas, sus libros, los muebles de su habitación—, todo fue vendido o destruido. Él quería ignorarlo todo, salvo el lugar y el tiempo presentes, ser como si acabara de entrar en el mundo y estuviera destinado a ser eterno. Pero su memoria sobrevivió, aun cuando no hubiera hecho jamás deliberadamente uso de ella; y aunque los objetos que habían pertenecido a Isabel fuesen destruidos, no podía escudarse contra los recuerdos fortuitos. El azar había descubierto muchas brechas en su defensa aquella noche. La más ancha fue abierta por la carta de Elinor. Hundido en su sillón, John Bidlake permaneció inmóvil durante largo tiempo.

* * *

Polly Logan estaba sentada frente al espejo. Al pasarse el peine por los cabellos se produjeron unos ligeros chasquidos de chispa eléctrica. «Chispitas, como una pequeña batalla: minúsculos fantasmas que disparan. Pequeña batalla, pequeño fantasma tonante, detonante…».

Polly pronunció estas palabras con una monotonía sonora, como si recitara a un auditorio. Se extendió sobre ellas, martillando las *tes*, silbando las *eses*, zumbando las *erres* como una abeja, estirando las vocales y haciéndolas redondas y puras. «Matraqueo espectral de rifles espectrales, cañoneo fantástico in-fi-ni-te-si-mal». ¡Deliciosas palabras! Ella sentía una satisfacción especial en hacerlas rodar hacia afuera, en escuchar con oído apreciativo, con oído positivamente glotón, el estruendo de las sílabas al ser absorbidas en el silencio. Polly había gustado siempre de hablar consigo misma. Era un hábito infantil, del cual no quería desprenderse.

«Pero, si me divierte —protestaba cuando alguien se reía de ella—, ¿por qué no he de hacerlo? No hace daño a nadie».

Polly les negaba a las burlas el poder de hacerle perder la costumbre.

»Eléctrica, eléctrica —continuó, bajando la voz y hablando en un susurro dramático—. Mosquetería eléctrica, galletería métrica. ¡Uy! —El peine había prendido en una maraña. Se inclinó hacia adelante para ver con más claridad en el espejo lo que estaba haciendo. El rostro reflejado se acercó—. *Ma chère* —exclamó Polly en otro tono—, *tu as l'air fatigué. Tu est vieille*. Deberías avergonzarte. ¡A tu edad! ¡Tz, tz! —Hizo sonar la lengua, en sentido de desaprobación, contra los dientes y meneó la cabeza—. Eso no vale, eso no vale. Y, sin embargo, no estabas mal esta noche. ¡Mi querida Polly, qué deliciosa está usted de blanco! —Polly imitó la voz enfática de Mrs. Betterton—. Lo mismo le digo a usted y le deseo muchos iguales. ¿Cree usted que me pareceré a un elefante cuando llegue a los sesenta? Con todo, acaso deba sentirse una agradecida, aunque no sea más que por los cumplimientos de un elefante. Cuenta tus bienes, cuéntalos uno a uno —cantó suavemente—. Y verás con sorpresa lo que ha hecho el Señor. ¡Oh, cielos, cielos! —Polly retiró el peine, se estremeció violentamente y se cubrió la cara con las manos—. ¡Cielos! —Sintió que la sangre se le agolpaba en las mejillas—. ¡Qué *gaffe*! ¡Qué enorme y horrible torpeza! —Acababa de pensar en *Lady* Edward. Por supuesto que había oído—. ¿Cómo he podido arriesgarme a decir aquello sobre su condición de canadiense? —Polly se levantó, abrumada de vergüenza y turbación retrospectivas—. Eso es lo que se saca de querer decir alguna agudeza a toda costa. ¡Y pensar que fue a Norah a quien le gasté mi tentativa de malicia! *¡Norah!* ¡Oh, Dios; oh, Dios!

Se levantó de un salto y, envolviéndose en una bata, se precipitó pasillo abajo hacia el cuarto de su madre. Mrs. Logan estaba ya en cama y tenía la luz apagada. Polly abrió la puerta y se adentró en la tiniebla.

—¡Mamá! —llamó—, ¡mamá!

El tono de su voz era apremiante y angustioso.

—¿Qué hay? —contestó Mrs. Logan ansiosamente desde la sombra. Se incorporó y tanteó con la mano en busca del conmutador eléctrico, junto a la cama—. ¿Qué pasa? —La luz se prendió con un clic—. ¿Qué ocurre, querida?

Polly se arrojó sobre la cama y escondió su rostro contra las rodillas de su madre.

—¡Oh, madre, si supieras qué torpeza más *terrible* he cometido con *Lady* Edward! ¡Si *supieras*! Se me olvidó decírtelo.

Mrs. Logan se sintió casi irritada de que su ansiedad hubiese sido por tan poca cosa. Cuando se ha puesto toda la fuerza en levantar lo que parece un peso enorme, se halla uno desconcertado al descubrir que la mole es de cartón y se hubiera podido levantar con dos dedos.

—¿Era necesario venir a sacarme de mi primer sueño para decirme eso? —preguntó,

irritada.

Polly levantó los ojos a su madre.

—Perdona, mamá —dijo, arrepentida—. ¡Pero si supieras qué torpeza más *espantosa*! …

Mrs. Logan no pudo menos que reír.

—No hubiera podido dormir sin habértelo dicho —continuó Polly.

Mrs. Logan trató de mostrarse severa y sarcástica. Pero sus ojos, su sonrisa, la traicionaron.

Polly tomó su mano y se la besó.

—Sabía que no te importaría.

—Pues sí me importa, y mucho.

—Ya sabes que *a mí* no me engañas —dijo Polly—. Pero ahora tengo que hablarte de la torpeza.

Mrs. Logan exhaló la parodia de un suspiro de resignación y, fingiendo hallarse abrumada de sueño, cerró los ojos. Polly habló. Pasaba de las dos y media cuando se fue a su habitación. Habían discutido no solo la torpeza con *Lady* Edward, sino toda la velada y todos los que se hallaban en ella. O más bien, Polly había discutido y Mrs. Logan había escuchado, había reído y, riendo, protestado cuando los comentarios de su hija llegaban a ser excesivamente mordaces y exuberantes.

—Pero, Polly, Polly —había dicho—, tú no debes decir que las personas se parecen a elefantes. ¡Ten cuidado!

—Pero Mrs. Setterton se parece realmente a un elefante —replicó Polly—. Es la verdad —y añadió en su susurro dramático y teatral, elevándose de la fantasía a otra fantasía más pasmosa aun—: Su misma nariz se parece a una trompa.

—Pero si tiene la nariz corta.

El susurro de Polly se había hecho más melodramático.

—Una trompa amputada. Se la cortaron de un mordisco cuando era chiquita. Como el rabo a los perritos.

XII

Para los clientes de categoría, Sbisa no cerraba nunca su restaurante. Estos podían permanecer allí, a pesar de la ley, y consumir venenos embriagadores hasta la hora que les pareciese. A medianoche entraba un camarero especial para servir a los clientes de importancia que quisiesen violar la ley. El viejo Sbisa velaba porque estos clientes fuesen, para él, de muy alto valor. El alcohol era más barato en el Ritz que en casa de Sbisa.

Era, aproximadamente, la una y media.

—Solo la una y media —dijo Lucy, lamentándose, cuando salió del restaurante acompañada de Walter y Spandrell.

—Todavía joven —así comentó Spandrell la noche—. Joven un tanto insípida. Las noches son como los seres humanos: no son nunca interesantes hasta que llegan a la edad adulta. Hacia medianoche llegan a la pubertad. Un poco después de la una alcanzan la mayoría de edad. Su apogeo corre de las dos a las dos y media. Una hora después se hallan en vía de desesperación, como esas mujeres devoradoras de hombres y esos hombres cuesta abajo que se lanzan al devaneo con redoblada violencia, esperando persuadirse de que no son viejos. Después de las cuatro se halla en plena descomposición. Y su muerte es horrible. Verdaderamente horrible al rayar el sol, cuando las botellas están vacías y las personas se parecen a cadáveres, y el deseo, exhausto, se ha vuelto repugnancia. Yo tengo cierta debilidad por los espectáculos mortuorios, debo confesarlo —añadió Spandrell.

—Estoy persuadida de ello —dijo Lucy.

—Y solo a la luz del fin se puede juzgar el medio y el comienzo. La noche acaba de alcanzar su mayoría de edad. Falta por ver cómo se cumple su muerte. Hasta entonces no podemos juzgarla.

Walter sabía cómo esa muerte se cumpliría para él: entre las lágrimas de Marjorie y su propia desdicha, complicada de exasperación, en una explosión de odio a sí mismo y a la mujer hacia la cual se había mostrado cruel. Lo sabía; pero se negaba a admitirlo; como se negaba a admitir que fuese ya la una y media y que Marjorie estuviese despierta, preguntándose ansiosamente por qué no habría vuelto él.

A la una menos cinco Walter había consultado su reloj y declarado que tenía que marcharse. ¿A qué permanecer allí? Spandrell era inmovible. No había ninguna probabilidad de que pudiera permanecer un momento a solas con Lucy. Carecía hasta de esta justificación para hacer sufrir a Marjorie. La torturaba no con el fin de ser dichoso él, sino con el fin de sentirse aburrido, enfermo, exasperado, desventurado, impaciente.

—Tengo que irme —había dicho, levantándose.

Lucy había protestado, adulado, ordenado. Al fin, él se volvió a sentar. Esto había

ocurrido más de media hora antes. Ahora se hallaban fuera, en Soho Square, y la noche, según Lucy y Spandrell, apenas había comenzado.

—Yo creo que va siendo hora —había dicho Spandrell a Lucy— de que sepa usted qué cosa es un comunista revolucionario.

Lucy no pedía nada mejor.

—Yo pertenezco a una especie de club —explicó Spandrell, y les propuso llevarlos consigo—. Allí podremos ver todavía unos cuantos enemigos de la sociedad, según espero —continuó en el instante en que salían a la oscuridad refrescante—. Buenos hombres en su mayoría. Pero ridículamente infantiles. Algunos de ellos parecen creer de buena fe que una revolución hará más dichoso al pueblo. Es encantador, es positivamente conmovedor —y emitió su risa silenciosa—. Pero yo soy un esteta en estas materias. La dinamita por la dinamita: he ahí mi credo.

—¿Pero qué sentido tiene la dinamita si no cree usted en la utopía? —preguntó Lucy.

—¿Qué sentido? Pero ¿no tiene usted ojos?

Lucy volvió la mirada en derredor.

—No veo nada particularmente terrible.

—Tienen ojos y no ven. —Se detuvo, la tomó del brazo con una mano y apuntó con la otra hacia la plaza—. La fábrica de encurtidos, abandonada y transformada en salón de baile; el hospital de maternidad; el restaurante Sbisa: los editores del Anuario Social. Y en otro tiempo —añadió—, el palacio del duque de Monmouth. Puede usted imaginarse los fantasmas.

Fuese que, transportado, más divino el deseo,
Lo engendrase su padre con placer más intenso…

Y así sucesivamente. ¿Conocen ustedes su retrato después de la ejecución, tendido en el lecho, con la sábana estirada hasta la barbilla de modo que no se viese el lugar por donde había sido cortado el cuello? ¿Por Kneller? ¿O acaso por Lely? Monmouth, los encurtidos, las parturientas, el *Anuario Social*, el baile y el champaña de Sbisa: piensen un poco en todo eso, piensen un poco.

—Yo ya pienso —dijo Lucy—, y muy intensamente.

—¿Y todavía pregunta usted qué sentido tiene la dinamita?

Siguieron andando. A la puerta de una pequeña casa de St. Giles, Spandrell los hizo detenerse.

—Un momento —dijo, haciéndoles seña de que se detuvieran en la sombra.

La puerta se abrió al instante. Hubo un breve coloquio en la oscuridad: Spandrell se

volvió entonces y llamó a sus compañeros. Estos lo siguieron al interior de un vestíbulo oscuro, ascendieron tras él un tramo de escalera y entraron en una pieza brillantemente iluminada en el primer piso. Dos hombres se hallaban de pie junto al hogar: un indio de turbante y un hombrecillo de pelo rojo. Al sentir pasos se volvieron. El hombre de pelo rojo era Illidge.

—¿Spandrell? ¿Bidlake?

Illidge arqueó las cejas rubias, apenas visibles, en señal de asombro. «¿Y qué viene a hacer aquí esa mujer?», se preguntó.

Lucy se adelantó con la mano tendida.

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo —dijo, con una sonrisa de amigable reconocimiento.

Illidge, que se preparaba a dar a su rostro una expresión de frialdad hostil, se sorprendió sonriendo, en respuesta a Lucy.

* * *

Un taxi desembocó en la calle, rompiendo de modo brusco y alarmante el silencio nocturno. Marjorie se incorporó en la cama, aguzando el oído. El zumbido del motor se hizo más y más fuerte. Era el taxi de Walter; esta vez ella estaba segura, lo sabía. Se acercó todavía más. Al pie de la lomita, a la derecha de la casa, el conductor cambió de velocidad; el motor zumbó con un sonido más agudo, como una avispa colérica. Cada vez más cerca. Marjorie fue presa de una ansiedad corporal así como espiritual. Sintió que le faltaba la respiración: su corazón latía fuerte e irregularmente: uno, dos, tres, y luego parecía fallar; el esperado latido no se dejaba sentir; era como si bajo ella se hubiera abierto una compuerta falsa hacia el vacío; ella conoció el terror del vacío, el descenso, la caída; y el golpe siguiente, retrasado, sería el choque de su cuerpo contra la tierra sólida. Más cerca, más. Casi sintió temor del regreso de Walter, a pesar de haberlo esperado con tan apesadumbrada ansiedad. Temía las emociones que en ella se despertarían al verlo; las lágrimas que derramaría, los reproches que tendría que hacerle, aun violentándose. ¿Y él, qué diría él, cuáles serían sus pensamientos? Ella temía imaginárselos. Más cerca; el ruido estaba justamente bajo las ventanas: se retiraba, disminuía. ¡Y ella, que había estado tan segura de que era el taxi de Walter! Volvió a acostarse. ¡Si al menos pudiera dormir! Pero aquella ansiedad física de su cuerpo no se lo permitía. La sangre golpeaba sus oídos. Tenía la piel seca y cálida. Le dolían los ojos. Se quedó inmóvil, de espalda, los brazos cruzados sobre el pecho, como una muerta a punto de ser enterrada. «Duerme, duerme», murmuró para sí. Se imaginó a sí misma apaciguada, dormida. Pero, de súbito, una mano maligna

pareció tirar de sus tensos nervios. Una sacudida violenta contrajo los músculos de sus miembros; Marjorie se sobresaltó como de terror. Y la reacción física del miedo evocó en su espíritu una emoción de terror, acelerando e intensificando la dolorosa ansiedad que no había cesado de acompañar sus esfuerzos conscientes por adquirir tranquilidad. «Duerme, duerme, cálmate». Era inútil continuar sus esfuerzos por lograr la calma, por olvidar, por dormir. Marjorie dejó que su dolor surgiera a la superficie de su espíritu. «¿Por qué se ha de empeñar en hacerme tan desdichada?». Volvió la cabeza. Las manecillas luminosas del reloj colocado sobre la mesilla junto a su cama marcaban las tres menos cuarto. Las tres menos cuarto; y él sabía que Marjorie no podía dormir nunca hasta su regreso. «Sabe que estoy enferma —dijo en voz alta—. ¿Ya ni le importa?».

Un nuevo pensamiento se le ocurrió de pronto. «Tal vez desee que yo me muera». Morir, no ser, no ver nunca más su rostro, dejarlo con aquella otra mujer. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Acaso tratase de matarla deliberadamente. No la trataba así a pesar de su enfermedad; lo hacía porque la veía sufrir tanto: lo hacía precisamente porque la veía enferma. Era cruel de propio intento. Él esperaba, quería que se muriese ella, que se muriese y lo dejara con aquella otra mujer. Oprimió el rostro contra la almohada y sollozó. No volver a verlo nunca, nunca jamás. Tiniebla, soledad, muerte para siempre. Para siempre jamás. Y por encima de todo, ¡qué injusticia! ¿Tenía ella la culpa de no poder vestir bien?

«¡Si yo pudiera comprarme las prendas que se compra ella!». Chanel, Lanvin —las páginas de la revista *Vogue* flotaron ante sus ojos—, Molyneux, Groult…

En una de esas tiendas de elegancia barata, donde las cocotas se compran sus ropas, en una calle que desemboca en la avenida Shaftesbury, había un modelo de dieciséis guineas. «Ella le gusta porque es elegante; pero si yo tuviera dinero…». Esto no era justo. Él no era rico, y le hacía pagar a ella las consecuencias. Ella tenía que sufrir porque él no ganaba bastante para comprarle buenos vestidos.

Y luego estaba el niño. Él le hacía pagar también por esto. S u niño. Ella le fastidiaba porque estaba cansada y enferma; ya no la quería. Esta era la mayor de las injusticias.

Una célula se había multiplicado y había llegado a ser un gusano: el gusano había llegado a ser un pez; el pez, un feto de mamífero. Marjorie sentía náuseas y fatiga. Dentro de quince años, un joven recibiría la confirmación. Enorme en su túnica, como un navío a toda vela, diría el obispo: «¿Renuevas tú aquí, en presencia de Dios y de sus fieles, el voto y la promesa solemnes que fueron hechos en tu nombre en el bautismo?». Y el expez respondería con apasionada convicción: «Sí, renuevo».

Por milésima vez deploró Marjorie su preñez. Acaso Walter no lograra matarla ahora. Pero tal vez ocurriese de todos modos al nacer el niño. El médico había dicho que le

costaría mucho trabajo dar a luz. La pelvis era estrecha. La muerte resurgió ante ella: un abismo a sus pies.

Un sonido la hizo estremecerse con violencia. Alguien abría furtivamente la puerta exterior del departamento. Rechinaron los goznes. Se sintieron pasos apagados. Otra vez se oyó rechinar; el golpe seco y apenas perceptible del pestillo al ser vuelto cuidadosamente a su lugar; luego, más rumor de pasos. Otro clic, y la aparición simultánea de una raya de luz amarilla bajo la puerta que separaba su habitación de la de Walter. ¿Trataba él de acostarse sin venir a darle las buenas noches? Ella yacía quieta, despierta y palpitante, los ojos muy abiertos, escuchando el ruido que venía de la otra pieza y los latidos acelerados y llenos de miedo de su propio corazón.

Walter se sentó en la cama para desatar sus zapatos. Se preguntaba por qué no habría venido a casa tres horas antes, por qué habría salido siquiera. Odiaba el gentío; el alcohol le repugnaba, y el aire dos veces respirado, el olor, el humo de los restaurantes actuaban sobre él como un veneno deprimente. Había sufrido para nada; salvo aquellos penosos y exasperantes momentos en el taxi, no se había visto solo con Lucy en toda la noche. Las horas que había pasado con ella habían sido de fastidio e impaciencia: horas interminables, minuto tras minuto de tortura. Y la tortura del deseo y de los celos había sido agravada por la tortura de la conciencia de su culpa. Cada minuto más en casa de Sbisa, cada minuto más entre los revolucionarios, era un minuto que retardaba la consumación de su deseo y que, aumentando la desdicha de Marjorie, aumentaba a la vez su propio remordimiento y su vergüenza. Pasaba de las tres cuando salieron, al fin, del club. ¿Despediría ella a Spandrell y permitiría que Walter la llevara en coche a su casa? La miró; sus ojos eran elocuentes. Él quería, él mandaba.

—En mi casa habrá emparedados y bebida —dijo Lucy cuando se vieron en la calle.

—He ahí una buena noticia —dijo Spandrell—. Walter, venga usted, cielo.

Lucy tomó su mano y se la oprimió afectuosamente. Walter meneó la cabeza:

—Tengo que volver a casa.

Si la angustia matara, él hubiera muerto allí en la calle.

—Pero no puede abandonarnos usted ahora —protestó ella—. Ahora que ha llegado hasta aquí, no le queda a usted más remedio que llegar al final. ¡Vamos! —Y le tiró de la mano.

—No, no.

Pero ella decía verdad. Apenas podría hacer a Marjorie más desdichada de lo que ciertamente la había hecho ya. «Si ella no estuviera allí —pensó él—: si llegara a morir… un mal parto, una infección…».

Spandrell consultó el reloj:

—Las tres y media. Ha comenzado casi la agonía. —Walter escuchó con horror. ¿Leía el hombre sus pensamientos?—. *Munie des conforfs de notre sainte religion*. Walter, su lugar está junto a su cama. No puede marcharse usted así y dejar morir la noche como un perro en una cuneta.

Como un perro en una cuneta. Las palabras eran terribles: ellas lo condenaban.

—Tengo que irme.

Walter se mostró inflexible, con tres horas de retraso. Se alejó a pie. En la calle Oxford encontró un taxi. Esperando, él sabía que en vano, poder entrar sin ser oído, dejó el coche en la estación de Chalk Farm y marchó a pie un cuarto de kilómetro hasta la puerta de la casa en que ocupaba con Marjorie los dos pisos superiores. Había subido con sigilo la escalera, había abierto la puerta con la cautela de un asesino. Ningún sonido en la habitación de Marjorie. Se desvistió, se lavó como si efectuara una operación peligrosa. Apagó la luz y se metió en la cama. La tiniebla estaba en un silencio absoluto. Estaba salvado.

—¡Walter!

Walter contestó, con la sensación de un criminal condenado a muerte que los carceleros vienen a despertar la mañana de su ejecución, poniendo una imitación de asombro en la voz:

—¿Estás despierta, Marjorie?

Se puso en pie y se dirigió, como de la celda al patíbulo, a la habitación de Marjorie.

—¿Quieres hacerme morir, Walter?

Como un perro en una cuneta, solo. Hizo ademán de tomarla en sus brazos. Marjorie lo rechazó. Su angustia se había transformado momentáneamente en cólera; su amor, en una especie de odio y resentimiento.

—No seas hipócrita, por encima de todo lo demás —dijo ella—. ¿Por qué no me dices con franqueza que me odias, que quisieras deshacerte de mí, que te alegrarías de verme muerta? ¿Por qué no tienes la honradez de decírmelo?

—Pero ¿por qué he de decirte lo que no es verdad?

—¿Vas a decirme entonces que me quieres? —preguntó ella con sarcasmo.

Al decirlo, él estuvo a punto de creerlo; y además, era verdad, en cierto modo.

—¡Pero si es verdad, yo te quiero! Lo demás es una especie de locura. Quisiera librarme. Pero no puedo. ¡Si supieras cuán desventurado me he sentido, qué inefable bruto! —Todo lo que había sufrido de deseo contrariado, de remordimiento, de vergüenza, de odio hacia sí mismo, pareció cristalizado por sus palabras en una sola agonía. Sufría y se compadecía de sus propios sufrimientos—. ¡Si tú supieras, Marjorie! —Y, de pronto, algo pareció romperse en su cuerpo. Una mano invisible lo tomó por la

garganta, sus ojos estaban ciegos de lágrimas, y una fuerza interior, que no era él mismo, lo sacudió de pies a cabeza y le arrancó, a su pesar, un grito ahogado y apenas humano.

Al sentir aquel espantoso sollozar a su lado en la sombra, la cólera de Marjorie se desvaneció al instante. Ella sabía solamente que era desdichado, que lo amaba. Llegó hasta sentirse arrepentida de su cólera, de las amargas palabras que había pronunciado.

—Walter. Vida mía.

Marjorie tendió las manos y lo atrajo hacia sí. Él permaneció allí, como un niño, en el consuelo de su abrazo.

* * *

—¿Es que siente usted placer en atormentarlo? —preguntó Spandrell, mientras andaban hacia Charing Cross Road.

—¿En atormentar a quién? —dijo Lucy—. ¿A Walter? Pero si yo no lo atormento…

—Pero no se acuesta usted con él, ¿verdad? —dijo Spandrell. Lucy meneó la cabeza —. ¿Y luego dice usted que no lo atormenta? ¡Pobre diablo!

—Pero ¿por qué lo he de querer si no siento deseo?

—Sí, en efecto, ¿por qué? Mas, por otro lado, es simplemente una tortura mantenerlo así en suspenso.

—Pero si es que me agrada —dijo Lucy—. Es muy buen compañero. Demasiado joven, por supuesto: pero, en el fondo, es casi perfecto. Y yo le aseguro a usted que no lo atormento. Él se atormenta a sí mismo.

Spandrell contuvo su risa el tiempo suficiente para silbar al taxi que había visto al final de la calle. El coche dio la vuelta y vino a parar frente a ellos. Spandrell reía aún silenciosamente cuando subieron.

—Sin duda no recibe sino su merecido —continuó Spandrell desde su rincón—. Es el tipo ideal del asesinado.

—¿Del asesinado?

—Hacen falta dos para un asesinato. Hay víctimas natas, nacidas para ser degolladas, lo mismo que los degolladores nacen para ser ahorcados. Se les ve en la cara. Hay un tipo de víctima, como hay un tipo de criminal. Walter es la víctima típica; invita francamente al maltrato.

—¡Pobre Walter!

—Y el deber de uno —continuó Spandrell— es procurar que lo reciba.

—¿Por qué no procurar que no lo reciba el pobre cordero?

—Hay que estar siempre del lado del destino. Walter ha nacido, a todas luces, para

sufrir. Uno tiene el deber de prestar ayuda a su estrella. Lo cual, tengo la satisfacción de comprobarlo, está haciendo usted.

—¡Pero le digo a usted que no! ¿Tiene usted fuego? Spandrell encendió una cerilla. Con el cigarrillo entre sus finos labios, Lucy se inclinó a beber la llama. Él la había visto ya inclinarse así, con el mismo movimiento vivo, gracioso, ávido, inclinarse hacia él para beber sus besos. Y el rostro que ahora se acercaba al suyo estaba concentrado en la llama, como lo había visto concentrado en la iluminación interior del próximo placer. Hay muchos pensamientos y sentimientos, pero muy pocos gestos; y la máscara tiene solo media docena de muecas para expresar mil cosas. Lucy se retiró; Spandrell arrojó el fósforo por la ventanilla. El extremo rojo del cigarrillo se avivó, y se amortiguó luego en la oscuridad.

—¿Recuerda usted aquel tiempo, un tanto original, que pasamos en París? —preguntó él, pensando todavía en el rostro ávido y resuelto. Hacía tres años, había sido su amante por un mes.

Lucy asintió con la cabeza.

—Recuerdo que fue magnífico mientras duró. Pero usted se mostró muy poco constante.

—En otras palabras, que no armé un alboroto tan grande como usted esperaba, cuando se fue con Tom Trivet.

—¡Eso es mentira! —Lucy estaba indignada—. Usted había comenzado a desvanecerse mucho antes que yo soñara siquiera con Tom.

—Bien. Sea entonces como usted quiera. En el fondo, usted no era bastante víctima para mi gusto.

Lucy no tenía nada de víctima, y hasta muy poco, había pensado él con frecuencia, de la mujer ordinaria. Sabía buscar sus placeres como un hombre busca los suyos, sin remordimiento, con toda la fuerza de su espíritu, sin dejar que afectaran en lo más mínimo sus pensamientos ni sus sentimientos. A Spandrell no le gustaba ser usado y explotado para la diversión ajena. Quería ser él el usador. Pero con Lucy no había posibilidad de tener un esclavo.

—Yo soy como usted —añadió—. Yo necesito víctimas.

—¿Lo cual quiere decir que yo pertenezco a la clase de los criminales?

—Creía que habíamos convenido en ello hace mucho tiempo, mi querida Lucy.

—Jamás convine en nada —protestó ella—, ni lo haré jamás. Al menos, por más de media hora.

—Fue en París, ¿recuerda usted? En la *Chaumière*. En la próxima mesa había un joven pintándose los labios.

—Sí; llevaba un brazalete de platino con diamantes —ella meneó la cabeza, sonriendo—. Y usted me llamó ángel o algo por el estilo.

—Ángel malo —precisó él—, ángel malo de nacimiento.

—Para un hombre inteligente, Maurice, dice usted muchas ñoñerías. ¿Cree usted, sinceramente, que ciertas cosas son malas y otras buenas?

Spandrell tomó su mano y se la besó.

—Querida Lucy —dijo—, es usted extraordinaria. Y no debe ocultar jamás sus facultades. ¡Está bien, oh fiel y admirable súcubo! —De nuevo le besó la mano—. Siga usted cumpliendo con su deber como lo ha hecho hasta ahora. Es cuanto le pide el cielo.

—Yo trato, simplemente, de divertirme.

El coche se detuvo frente a su casita en la calle Burton.

—Bien sabe Dios —añadió ella al apearse— que sin mucho éxito. Un momento, yo tengo dinero. —Y tendió un billete de diez chelines al conductor.

Cuando salía con hombres, Lucy se empeñaba en pagar ella misma lo más posible. Pagando, se sentía independiente, podía hacer las cosas a su modo.

—Y sin que nadie me preste ayuda —continuó ella, tentando con el llavín en la cerradura—. ¡Son tan insípidos todos ustedes!

En el comedor les aguardaba una hermosa naturaleza muerta de frutas, botellas y emparedados. En torno a los flancos pulidos de la botella-termo, sus imágenes se movían fantásticamente en un universo no euclidiano. El profesor Dewar había licuado el hidrógeno a fin de que la sopa de Lucy pudiera conservarse caliente hasta las pálidas horas de la mañana. Sobre el aparador colgaba una de las escenas teatrales de John Bidlake. Una curva del balcón, una hilera de caras, un rincón de brillante proscenio.

—¡Qué bien está eso! —dijo Spandrell poniendo la mano de visera para ver más claramente.

Lucy no hizo comentarios. Se estaba mirando en un viejo espejo de cristal empañado.

—¿Qué voy a hacer yo cuando sea vieja? —preguntó de pronto.

—¿Por qué no morirse? —sugirió Spandrell con la boca llena de pan y de hígado de ganso de Estrasburgo.

—Creo que me voy a dedicar a la ciencia como el viejo. ¿No existe una zoología humana? Las ranas me aburrirían. Y a propósito de ranas, casi puedo decir que me gusta ese hombrecillo pelirrojo… ¿Cómo se llama?… Illidge. ¡Cómo nos odia a nosotros por ser ricos!

—No me incluya a mí entre los ricos. Si usted supiera… —Spandrell meneó la cabeza. «Ojalá que ella traiga fondos cuando venga mañana», pensó, recordando el mensaje que Lucy le había llevado de su madre. Él le había escrito diciendo que se hallaba

en un apuro.

—Me gustan las gentes que saben odiar —interrumpió Lucy, volviendo a su tema.

—Illidge es uno de esos. Está atiborrado de teorías, bilis y envidia. Su anhelo es volarlos a todos ustedes.

—¿Y por qué no lo hace, entonces? ¿Y usted? ¿No ha sido creado para eso su club?

Spandrell se encogió de hombros.

—Existe una ligera diferencia entre la teoría y la práctica, como usted sabe. Y cuando se es militante comunista, y materialista científico, y admirador de la revolución rusa, la teoría es extremadamente chusca. ¡Había de oír usted hablar a su joven amigo acerca del asesinato! El asesinato político es, por supuesto, lo que le interesa especialmente; pero no hace grandes distinciones entre las diferentes ramas de la profesión. Según él, todas son igualmente inofensivas y moralmente indiferentes. Nuestra vanidad nos hace exagerar la importancia de la vida humana; el individuo no es nada; la naturaleza se ocupa solo de la especie. Y así sucesivamente. ¡Extraño —comentó Spandrell a modo de paréntesis— ver cuán anticuadas, y aun primitivas, son generalmente las últimas manifestaciones del arte y de la política! El joven Illidge habla como una mezcla de Lord Tennyson en *In Memoriam* y un indio mexicano, o como un malayo tratando de entregarse al frenesí del «amok». Él justifica la más primitiva, la más salvaje, la más animal indiferencia hacia la vida y la individualidad por medio de argumentos científicos de lo más anticuados. Caso peregrino, por cierto.

—Pero ¿por qué ha de ser anticuada la ciencia? —preguntó Lucy—. Puesto que él mismo es un científico…

—Pero también es comunista. Lo cual quiere decir que está imbuido del materialismo del siglo diecinueve. No se puede ser un verdadero comunista sin ser mecanicista. Es preciso creer que las únicas realidades fundamentales son el espacio, el tiempo y la masa, y que todo el resto es fruslería, pura y simple ilusión, e ilusión burguesa. ¡Pobre Illidge! Se halla tristemente preocupado por Einstein y Eddington. ¡Y cómo detesta a Henri Poincaré! ¡Cuán furioso se pone contra el viejo Mach! Estos socavan la simpleza de su fe. Ellos le dicen que las leyes de la naturaleza son convenciones útiles de factura estrictamente humana, y que aun el espacio, el tiempo y la masa, todo el universo de Newton y sus sucesores, son simplemente invención nuestra. Esta idea resulta para él tan inefablemente chocante y dolorosa como la idea de la inexistencia de Jesús para un cristiano. Él es un científico, pero sus principios lo obligan a combatir toda teoría científica que tenga menos de cincuenta años. Es deliciosamente cómico.

—Sin duda —dijo Lucy bostezando—. Es decir, para el que le interesen las teorías, que a mí no.

—A mí sí —replicó Spandrell—, así que no pido disculpa. Pero, si lo prefiere usted, puedo ofrecerle algunos ejemplos de sus inconsecuencias prácticas. No hace mucho he descubierto, por pura casualidad, que Illidge tiene los más conmovedores sentimientos de lealtad familiar. Sostiene a su madre, costea la educación de su hermano menor regaló cincuenta libras a su hermana cuando se casó.

—¿Qué tiene eso de malo?

—¿De malo? ¡Pero si es asquerosamente burgués! Teóricamente no ve ninguna distinción entre su madre y cualquier otra mujer de edad. El sabe que en una sociedad racionalmente organizada la haría entrar en la cámara de asfixia a causa de su artritis. A pesar de lo cual le manda no sé cuánto semanal a fin de que pueda seguir arrastrando una existencia inútil. Yo se lo eché en cara el otro día. Se sonrojó, y se sintió terriblemente turbado, como si lo hubieran descubierto trampeando en las cartas. Así que, para restablecer su prestigio, tuvo que cambiar de asunto y comenzar a hablar del asesinato político y sus ventajas con la más asombrosa, serena y desprendida ferocidad científica. Yo no hice más que reírme de él. «Uno de estos días —lo amenacé—, le voy a tomar a usted la palabra y lo voy a invitar a una cacería de hombres». Y, lo que es más, pienso hacerlo.

—A no ser que continúe usted dando a la lengua, como todos los demás.

—A no ser —asintió Spandrell— que continúe yo dando a la lengua.

—Si alguna vez deja usted de charlar y se pone a hacer algo, hágamelo saber. Eso hará respirar un poco de vida.

—De muerte, más bien.

—Pero la vivacidad mortal es la más viva, realmente. —Lucy frunció el ceño—. Estoy hastiada de las formas ordinarias y convencionales de la vivacidad. La juventud a proa y el placer al timón. Ya sabe. Es necio, es monótono. La energía parece tener hoy muy pocos modos de manifestarse. Yo creo que ha sido diferente en el pasado.

—Además de amor, había violencia. ¿Es eso lo que quiere decir usted?

—Eso es. —Lucy asintió con la cabeza—. La vivacidad no era tan exclusivamente… tan exclusivamente zorruna, para decirlo claramente.

—También quebrantaban el quinto mandamiento. Ahora hay demasiados policías.

—Más que demasiados. No le permiten a uno pestañear. Habría que experimentarlo todo.

—Pero si no existe el bien ni el mal, como parece pensar usted, ¿dónde está el quid?

—¿El quid? Pero podría haber cosas divertidas, podría haber cosas excitantes.

—Jamás serían bastante excitantes si no sintiera usted que pertenecían al mal —dijo Spandrell. El tiempo y la costumbre habían despojado de su maldad casi todos los actos que antes había considerado pecaminosos. Los ejecutaba con tan poco entusiasmo como

hubiera ejecutado la acción de tomar el «metro» por la mañana—. Hay quien —continuó meditativamente, tratando de formular las vagas oscuridades de sus propios sentimientos—, hay quien no puede concebir el bien sino pecando contra él —pero cuando los viejos pecados han dejado de ser sentidos como tales, ¿qué ocurre? El argumento se desarrollaba en su interior. La única solución parecía consistir en cometer nuevas faltas y cada vez más graves, a fin de experimentarlo todo, como decía Lucy en su jerga—. Uno de los modos de conocer a Dios —concluyó él lentamente— es negarlo.

—¡Mi querido Maurice! —protestó Lucy.

—Me callaré. —Spandrell se echó a reír—. Pero, en realidad, si es que se trata de «mi querido Maurice» (y aquí imitó la voz de Lucy), si desconoce usted igualmente el bien y el pecado contra el bien, ¿cuál es el objeto de pasar por la clase de experiencias contra las cuales interviene la policía?

Lucy se encogió de hombros:

—Por curiosidad. Se aburre uno.

—Ay, sí, se aburre uno. —Spandrell volvió a reír—. De todos modos, yo creo que el remendón debería atenerse a su horma.

—¿Pero cuál es mi horma? —Spandrell sonrió burlonamente.

—La modestia —comenzó— me impide…

XIII

Walter marchaba a lo largo de Fleet Street, sintiéndose, no precisamente dichoso, pero al menos sereno por la certeza de que todo estaba ahora arreglado. Sí, todo había sido arreglado, todo; porque en el curso de la erupción emocional de la noche anterior todo había surgido a la superficie. En primer lugar, no volvería nunca más a ver a Lucy; esto había sido definitivamente sentado y prometido, en bien propio así como en bien de Marjorie. Y luego iría a pasar todas sus noches con Marjorie. Y finalmente pediría un aumento a Burlap. Todo estaba arreglado. El mismo tiempo parecía saberlo. Era un día de niebla blanca y persistente, tan intrínsecamente tranquilo, que todos los ruidos de Londres parecían una inconsecuencia. El tránsito rugía y se precipitaba; pero, en cierto modo, sin afectar la quietud, el silencio esencial del día. Todo estaba arreglado: el mundo volvía a empezar, no de un modo particularmente alborozado tal vez, no del todo brillantemente, pero con resignación, con una calma resuelta que nada podría perturbar.

Recordando el incidente de la noche anterior, Walter había esperado que lo recibieran fríamente en la oficina. Pero, por el contrario, Burlap se hallaba en el estado de ánimo más cordial. También él recordaba la noche anterior y sentía grandes deseos de que Walter la olvidara. Llamó «viejo amigo» a Walter y le oprimió el brazo afectuosamente, levantando hacia él, desde su silla, aquellos ojos que no expresaban nada, sino que eran simples agujeros que penetraban en la oscuridad de su cráneo. Entretanto, su boca sonreía sutil y encantadoramente. Walter correspondió con otra sonrisa y otro «mi viejo», pero con la penosa conciencia de su insinceridad. Burlap producía siempre este efecto en él; en su presencia Walter no se sentía nunca completamente natural ni sincero. Era una sensación de lo más desagradable. Con Burlap era siempre, de algún oscuro modo, embustero y comediante. Y al mismo tiempo, todo lo que decía, hasta cuando expresaba sus convicciones más íntimas, se convertía en una especie de falsedad.

—Me gusta su artículo sobre Rimbaud —declaró Burlap, oprimiendo más el brazo de Walter, sonriéndole aún desde su silla giratoria, inclinada atrás.

—Me alegro —dijo Walter, sintiendo con cierto malestar que aquella observación no iba dirigida a él, sino más bien a alguna porción del propio espíritu de Burlap que le había susurrado: «Debes decir algo favorable acerca de su artículo», y que veía ahora debidamente satisfechas sus exigencias por otra porción del espíritu de Burlap.

—¡Qué hombre! —exclamó Burlap—. He ahí un tipo que, al menos, tenía fe en la Vida.

Desde que Burlap había ocupado el cargo de director, los artículos de fondo de *El Mundo Literario* habían proclamado casi semanalmente la necesidad de tener fe en la

Vida. La fe que Burlap tenía en la Vida era una de las cosas que más inquietaban a Walter.

¿Qué significaban aquellas palabras? No había llegado aún a tener la menor idea. Burlap no lo había explicado nunca. Había que comprenderlo intuitivamente; el que no lo hiciese podía irse al infierno. Walter se suponía entre los condenados. Difícilmente olvidaría su primera entrevista con su futuro jefe. «Tengo entendido que necesita usted un director adjunto», había comenzado tímidamente. Burlap asintió con la cabeza. «En efecto». Y tras un enorme y horrible silencio, había levantado de pronto sus ojos vacíos para preguntar: «¿Tiene usted fe en la Vida?». Walter se sonrojó hasta las orejas y dijo: «Sí». Era la única respuesta posible. Se hizo otro desierto de silencio y entonces Burlap alzó de nuevo la vista: «¿Es usted virgen?», preguntó. Walter se sonrojó todavía más violentamente, vaciló y, al fin, meneó la cabeza. Solo más tarde llegó a descubrir, por los propios artículos de Burlap, que su jefe había modelado su conducta conforme a la de Tolstoi, «yendo derecho a las grandes cosas simples y fundamentales», como el propio Burlap describía las impertinencias espirituales del viejo apóstol de la salvación.

—Sí, Rimbaud tenía, ciertamente, fe en la Vida —asintió Walter débilmente, sintiendo, al pronunciar estas palabras, lo mismo que cuando tenía que escribir una carta de pésame formalista. El hablar de la fe en la Vida era tan falso como decir «le acompaño a usted en el sentimiento con ocasión de tan dolorosa pérdida».

—Tenía tanta fe en ella —continuó Burlap, bajando la vista (para gran alivio de Walter) y afirmando con la cabeza a medida que pronunciaba reflexivamente las palabras —, una fe tan profunda, que se hallaba dispuesto al sacrificio. Así es como interpreto yo su abandono de la literatura: como un sacrificio premeditado. —(Emplea demasiado fácilmente las grandes palabras, pensó Walter.)— El que quiera salvar su vida debe perderla. —(¡Oh, oh!)— Ser el más grande poeta de su generación y, sabiéndolo, renunciar a la poesía; no es perder la vida por salvarla. Eso es tener una verdadera fe en la vida. Su fe era tan fuerte, que estaba dispuesto a perder la vida en la certeza de ganar una nueva y mejor. —(¡Sí, demasiado fácilmente! Walter estaba lleno de turbación.)— Una vida de contemplación mística y de intuición. ¡Ah, si solamente supiéramos nosotros lo que ha hecho y pensado él en África, si lo supiéramos nosotros!

—Ha hecho el contrabando de armas de fuego para el emperador Menelik —tuvo Walter el valor de replicar—. Y a juzgar por sus cartas, parece haber pensado, sobre todo, en hacer bastante dinero para establecerse. Llevaba cuarenta mil francos en el cinto. Veintiuna libras de oro en torno a los riñones. («A propósito de oro —pensó Walter—, no tengo más remedio que hablarle de mi sueldo.»).

Pero al oír mencionar los rifles de Menelik y los cuarenta mil francos, Burlap sonrió con una expresión de indulgencia cristiana.

—Pero ¿se imagina usted realmente que lo que ocupaba su espíritu en el desierto eran el dinero y el contrabando de armas? ¿El espíritu del autor de *Les Illuminations*?

Walter se sonrojó, como si hubiera sido culpable de algún horrible solecismo, y dijo, a modo de excusa:

—Esos son los únicos hechos que conocemos.

—Pero hay una intuición que ve más profundo que los simples hechos. —«Intuición profunda» era el nombre favorito que daba Burlap a su propia opinión—. Estaba percibiendo la vida nueva. Estaba ganando el Reino de los Cielos.

—Eso es una hipótesis —dijo Walter; que se sentía a disgusto y hubiera querido que Burlap no hubiese leído jamás el Nuevo Testamento.

—Para mí —replicó Burlap— es una certeza. Una certeza absoluta. —Hablaba con gran convicción, meneaba la cabeza con violencia—. Una completa y absoluta certeza —repitió, hipnotizándose por la reiteración de la frase al punto de entrar en una convicción ficticia y pasional—. Completa y absoluta. —Se quedó en silencio; pero, interiormente, continuó alimentando su furor místico. Pensaba en Rimbaud al extremo de sentirse él mismo Rimbaud. Y de pronto, su diablo asomó el rostro con una mueca de burla y le susurró: «Veintiuna libras de oro en torno a sus riñones». Burlap exorcizó al diablo cambiando de tema—. ¿Ha visto usted los libros nuevos para comentar? —dijo, señalando un doble montón de volúmenes en la esquina de la mesa—. Metros y metros de literatura contemporánea. —Una exasperación festiva se apoderó de él—. ¿Por qué no se detendrán los autores? Es una enfermedad. Es un flujo de sangre, como el que sufrió aquella pobre dama de la Biblia, ¿recuerda usted?

Lo que Walter recordaba principalmente era que la broma era de Philip Quarles.

Burlap se levantó y comenzó a hojear los libros.

—¡Pobre crítico, merece lástima! —dijo con un suspiro.

El pobre crítico: ¿no era este el pie a propósito para su discursillo acerca de su salario? Walter reforzó sus nervios, concentró su voluntad. Comenzó:

—Precisamente me estaba preguntando yo…

Pero Burlap había empezado casi simultáneamente por su cuenta.

—Voy a llamar a Beatrice —dijo, y oprimió tres veces el botón del timbre—. Perdón, ¿qué decía usted?

—Nada…

La petición tendría que ser aplazada. No podía hacerla en público, particularmente cuando el público era Beatrice. ¡Maldita Beatrice!, pensó injustamente. ¿Por qué tenía que venir ella a hacer por nada los trabajos de revisión de pruebas y la redacción de Notas Breves? Solo porque tenía un ingreso particular y porque adoraba a Burlap.

Walter se había quejado una vez ante ella, riendo, de sus miserables seis libras a la semana.

—Pero *El Mundo* vale la pena de que se hagan sacrificios por él —dijo ella de sopetón—. Después de todo, existen responsabilidades hacia el pueblo; es preciso hacer algo por él. —Repetidos así por su voz clara y martilleante, los sentimientos cristianos de Burlap le parecieron a Walter particularmente extraños—. *El Mundo*, precisamente, hace algo; hay que ayudarle.

Hubiera sido natural replicar a esto que sus ingresos personales eran muy escasos y que él no estaba enamorado de Burlap. Sin embargo, no lo hizo, sino que se dejó picotear. Con todo, ¡el diablo la lleve!

Entró Beatrice, una mujercilla esmerada, rolliza y bien formada, erguida y de aire hacendoso.

—Buenos días, Walter —dijo: cada una de sus palabras era como un golpecito seco sobre los nudillos con una maceta de marfil. Beatrice lo examinó con sus ojos oscuros, brillantes y un tanto saltones—. Parece usted fatigado —continuó—. Molido, como si hubiera andado usted anoche por los tejados. —Picotazo tras picotazo—. ¿Ha sido así?

Walter se sonrojó.

—He dormido mal —musitó, y se absorbió en el examen de un libro.

Clasificaron los libros para los diversos críticos. Una pequeña pila para el experto científico, otra para el metafísico acreditado, un montón enorme para el especialista en novelas.

La pila más voluminosa era la de morralla. Esta no se comentaba, o se le dedicaba solo una nota breve.

—He aquí un libro sobre la Polinesia, para usted, Walter —dijo generosamente Burlap—. Y una nueva antología de poesía francesa. No, pensándolo mejor, yo me encargaré de esto.

Al reflexionar se quedaba, generalmente, con los libros más interesantes.

—*La Vida de San Francisco preparada para los niños*, por Bella Jukes. ¿Teología o morralla? —preguntó Beatrice.

—Morralla —dijo Walter, mirando por encima de su hombro.

—Pero a mí no me disgustaría un pretexto para hacer un articulillo acerca de San Francisco —dijo Burlap. En los momentos de ocio que le dejaban sus funciones de director había emprendido un amplio estudio del santo. Se titularía *San Francisco y la psique moderna*. Tomó el libro de manos de Beatrice e hizo desfilar las páginas bajo el pulgar—. Morralla —admitió—. Pero ¡qué hombre más extraordinario! ¡Extraordinario! —Comenzó a hipnotizarse, a sobreexcitarse para alcanzar el estado de espíritu franciscano.

—¡Extraordinario! —Martilleó Beatrice con los ojos fijos en Burlap.

Walter la miró con curiosidad. Sus ideas y su forma de dar picotazos como un ganso parecían pertenecer a dos personas distintas, entre las cuales el único eslabón perceptible era Burlap. ¿Había alguna relación orgánica interior?

—¡Qué maravillosa integridad! —continuó Burlap, embriagado por sus propias palabras. Meneó la cabeza y, suspirando, se calmó lo suficiente para poder continuar su trabajo matutino.

Cuando a Walter se le presentó la ocasión de hablar (¡con cuánta timidez, cuán penosamente a contrapelo!) acerca de su salario, Burlap se mostró lleno de una gran simpatía.

—Ya sé, querido amigo, ya sé —dijo, poniendo una mano en el hombro del otro con un ademán que le recordó desagradablemente a Walter la época en que, como escolar, había desempeñado el papel de Antonio en *El Mercader de Venecia*, cuando el detestable Porter, el mayor, disfrazado de Bassanio, procuraba testimoniarle amistad—. Ya sé lo que es andar escaso de dinero. —Su sonrisa dio a entender que Burlap era un verdadero franciscano especialista en pobreza, pero que era demasiado modesto para insistir sobre el hecho—. Ya lo sé, compañero. —Y casi llegó a convencerse realmente de que no era el propietario a medias y el director con sueldo de *El Mundo*, de que no tenía un penique invertido, de que había vivido durante varios años con dos libras a la semana—. Yo quisiera poder pagarle a usted el triple de lo que le damos. Usted se lo merece, mi viejo —y le dio a Walter un golpecillo en la espalda.

Walter emitió un vago susurro de modestia. El golpecito, pensó, era la señal para que comenzase así:

Soy oveja manchada del rebaño,
la más idónea para el sacrificio.

—Yo quisiera, por usted —continuó Burlap—, y también por mí —añadió, metiéndose con una risita de pesar en la misma barca financiera que Walter—, que el periódico produjera más. Si escribiese usted peor, podría ocurrir. —El cumplimiento era gracioso. Burlap lo subrayó con otro golpecito amistoso y una sonrisa. Pero sus ojos no expresaron nada. Cruzándolos un instante con la mirada, Walter recibió la extraña impresión de que no lo miraban a él, de que no miraban nada—. El periódico es demasiado bueno. La culpa es de usted en gran parte. No se puede servir a Dios y a Mammón a la vez.

—Por supuesto que no —asintió Walter, pero de nuevo recibió la impresión de que

las grandes palabras habían salido demasiado fácilmente.

—Ojalá que eso fuera posible. —Burlap hablaba como un San Francisco jocoso, aparentando reírse de sus propios principios.

Walter se unió a su risa, pero sin alegría. Ya se arrepentía de haber pronunciado la palabra «salario».

—Voy a hablar con Mr. Chivers —dijo Burlap. Mr. Chivers era el administrador. Burlap se servía de él, como los estadistas romanos se servían de oráculos y augures, para promover su política personal. Sus decisiones impopulares podían atribuirse siempre a Mr. Chivers; y cuando tomaba una que resultaba ser bien acogida, había sido tomada invariablemente contra la desalmada tiranía del administrador. Mr. Chivers era una ficción de lo más conveniente—. Hoy mismo hablaré con él.

—No se moleste —dijo Walter.

—Si es humanamente posible conseguir algo más para usted…

—No, haga el favor. —Walter le suplicaba positivamente que no le aumentara—. Conozco las dificultades. No crea usted que quiero yo…

—Pero le estamos robando a usted el sudor, Walter, robándoselo positivamente. —Cuanto más protestaba Walter, más generoso se mostraba Burlap—. No crea usted que no me doy cuenta. Hace mucho tiempo que me viene preocupando.

Su magnanimidad era contagiosa. Walter estaba resuelto a no aceptar más dinero, completamente resuelto, aun cuando se hallaba convencido de que el periódico podía dárselo.

—No, Burlap, verdaderamente —suplicó casi— preferiría dejar las cosas como están.

Y entonces pensó súbitamente en Marjorie. ¡Cuán injustamente la trataba! Sacrificando su bienestar al suyo propio. Porque le disgustaba regatear, porque le repugnaba luchar por un lado y aceptar favores por otro, la pobre Marjorie tendría que pasarse sin un traje nuevo y sin una segunda sirvienta.

Pero Burlap rechazó las objeciones. Insistió en mostrarse generoso.

—Iré inmediatamente a hablar con Chivers. Creo que podré persuadirlo para que le aumente a usted veinticinco libras anuales.

Veinticinco. Esto equivalía a diez chelines a la semana. Para el caso, nada. Marjorie le había dicho que debía exigir al menos cien libras más.

—Gracias —dijo; y se despreció por haberlo dicho.

—Es bien poco, evidentemente. Ridículamente poco.

«Eso es lo que debía haber dicho yo», pensó Walter.

—Da vergüenza ofrecer una miseria así. Pero ¿qué quiere usted que haga uno?

«Uno» no podía, obviamente, hacer nada, por la sencilla razón de que «uno» era

impersonal y no existía. Walter murmuró algunas palabras de agradecimiento. Se sentía humillado y acusaba a Marjorie de su humillación.

Cuando Walter trabajaba en la redacción, que era solo tres días a la semana, compartía una pieza con Beatrice. Burlap hacía sus trabajos directoriales aislado en una oficina. Era el día de las Notas Breves. Entre ellos, sobre la mesa, se levantaban las pilas de morralla. Ellos se servían. Era un festín literario: un festín de despojos. Novelas malas y versos sin valor, sistemas imbéciles de filosofía y moralizaciones triviales, biografías insignificantes y enfadosos libros de viaje, pietismo repugnante y libros infantiles tan necios y vulgares, que al leerlos se avergonzaba uno de toda la raza humana (la pila era alta y cada semana se elevaba más). La laboriosidad hormiguil de Beatrice y el rápido discernimiento y facilidad de Walter eran completamente insuficientes para la creciente oleada. Se aplicaban a su trabajo «como buitres —decía Walter— en las Torres del Silencio». Lo que Walter escribió aquella mañana fue particularmente mordaz.

Sobre el papel era todo lo que no lograba ser en la vida real. Sus notas bibliográficas eran epigramáticas y despiadadas. Pobres solteronas llenas de seriedad, cuando leían lo que Walter había escrito sobre sus poemas salidos del corazón acerca de Dios, la Pasión y los Encantos de la Naturaleza, se sentían heridas en lo vivo por su desdén brutal. Los cazadores de fieras que habían gozado de su viaje al África se preguntaban cómo la relación de una cosa tan interesante podía ser calificada de tediosa. Los jóvenes novelistas que habían modelado su estilo y sus concepciones épicas conforme a los de los mejores autores, que habían descubierto audazmente los secretos de su vida íntima y sexual, se sentían lastimados, aturdidos, indignados al enterarse de que su estilo era rimbombante, su construcción inexistente, su psicología falsa, su drama teatral y melodramático. Cuesta tanto trabajo escribir un libro malo como uno bueno; sale con la misma sinceridad del alma del autor. Pero siendo el alma del autor, al menos artísticamente, de calidad inferior, sus sinceridades serán, si no siempre intrínsecamente ininteresantes, cuanto menos expresadas de un modo falto de interés, y el trabajo empleado en esta expresión será malgastado. La naturaleza es monstruosamente injusta. No existe sustitutivo para el talento. La industria y todas las virtudes no sirven para nada. Sumergido en su morralla, Walter comentaba ferozmente la falta de talento. Conscientes de su industria, sinceridad y buenas intenciones artísticas, los autores de la morralla se sentían atroz e injustamente maltratados.

Los métodos críticos de Beatrice eran simples: trataba de decir siempre lo que se imaginaba que diría Burlap. En la práctica ocurría que elogiaba todos los libros en que la Vida y sus problemas eran tomados, según ella creía, seriamente, y condenaba todos los demás. Ella hubiera colocado el *Festus* por encima de *Candide*, a no ser, por supuesto, que

Burlap u otra persona autorizada le hubiese dicho que su deber era dar preferencia a *Candide*. Como jamás se le permitía criticar sino morralla, su falta absoluta de sentido crítico tenía poca importancia.

Trabajaron, se fueron a almorzar, regresaron a su trabajo. Once libros nuevos habían llegado en el intervalo.

—Me siento —dijo Walter— como deben sentirse los buitres de Bombay cuando se ha declarado una epidemia entre los parsis.

Bombay y los parsis le recordaron a su hermana Elinor. Ella y Philip debían embarcar aquel día. Walter se alegraba de que regresaran a casa. Eran casi los únicos con los cuales podía hablar con intimidad de sus asuntos. Ahora podría consultar sus problemas personales con ellos. Sería un desahogo, un alivio de su responsabilidad. Y entonces recordó de súbito que todo estaba arreglado, que ya no había ningún problema. Ningún problema ya. Luego sonó el teléfono. Walter levantó el auricular y respondió «diga» en la boquilla.

—¿Es usted, Walter, amor mío?

Era la voz de Lucy.

El alma se le cayó a los pies; sabía lo que iba a ocurrir.

—Acabo de despertar —explicó ella—. Me encuentro sola.

Lucy quería que Walter fuera a tomar el té con ella. Walter se negó.

—Entonces, después del té.

—No puedo —persistió él.

—¡Tonterías! Yo sé que puede usted.

—Imposible.

—Pero ¿por qué? —Tengo que trabajar.

—Pero después de las seis, no. Vamos, yo insisto. Después de todo, pensó él, acaso fuera mejor verla y explicarle su decisión.

—Jamás lo perdonaré a usted si no viene.

—Está bien —dijo él—: haré un esfuerzo. Si me es posible, iré.

—¡Qué coquetón es usted! —se burló Beatrice al tiempo que Walter colgaba el auricular—. Diciendo que no por el placer de hacerse rogar.

Y cuando, a las cinco y minutos, salió él de la oficina so pretexto de que tenía que llegarse a la London Library antes de la hora de cierre, Beatrice le dio la enhorabuena con ironía.

—*Bon amusement!* —Fueron sus últimas palabras.

* * *

En su despacho de director, Burlap dictaba cartas a su secretaria. «De usted, etc.», dijo él en conclusión, y tomó otro legajo de papeles. «Querida *miss* Saville», comenzó, después de haberles echado una ojeada. «No», rectificó: «Querida *miss* Ramona Saville. Gracias por su nota y por los manuscritos adjuntos». Se detuvo y, echándose hacia atrás en su silla, cerró los ojos y reflexionó un instante. «No es mi costumbre —continuó al fin con voz suave y distante—, no es mi costumbre escribir cartas personales a colaboradores desconocidos». Burlap reabrió los ojos para toparse con la mirada viva y oscura de su secretaria del otro lado de la mesa. La expresión de los ojos de *miss* Cobbett era sarcástica; una leve sonrisilla le frunció casi imperceptiblemente las comisuras de los labios. Burlap se sintió molesto, pero ocultó sus sentimientos y siguió mirando de frente y con fijeza, como si *miss* Cobbett no estuviera presente y sus ojos descansaran abstraídamente en un mueble. *Miss* Cobbett volvió la vista a su cuaderno de apuntes.

«¡Qué despreciable!, se dijo. ¡Qué inefablemente vulgar!». *Miss* Cobbett era una mujercilla de pelo negro, un bozo oscuro hacia las comisuras del labio superior y ojos castaños desproporcionadamente grandes para su rostro delgado y un tanto enfermizo. Ojos sombríos y apasionados, en los cuales había, casi permanentemente, una expresión de reproche que podía encenderse de súbito en ira o, como en este instante, en irrisión. Tenía derecho a lanzar al mundo una mirada de reproche. El destino la había tratado despiadadamente. Nacida y criada en medio de una considerable prosperidad, la muerte de su padre la había dejado en la miseria, de la noche a la mañana. Se comprometió con Harry Markham. La vida le volvió a sonreír. Entonces vino la guerra. Harry se alistó y fue muerto. Su muerte la condenó a ella a la taquigrafía y a la mecanografía por el resto de su existencia natural. Harry era el único hombre que la había amado, que había estado dispuesto a correr el riesgo de amarla. Los demás hombres hallaron demasiado inquietante su violencia, su pasión y su seriedad. Los jóvenes se sentían incómodos y como ridiculizados en su compañía. Se vengaban riéndose de ella por carecer de «sentido del humor», por ser una pedante y, andando el tiempo, por ser una solterona que deseaba ardientemente un hombre. Decían que parecía una bruja. Se había enamorado a menudo, apasionadamente, con una desesperada violencia. Los hombres no se habían percatado; o, si lo habían hecho, habían huido precipitadamente, o se habían burlado de ella, o, lo que era casi peor, se habían mostrado protectoramente bondadosos, como hacia una pobre criatura descarriada que podía ser molesta, pero que debía, no obstante, ser tratada con caridad. Ethel Cobbett tenía pleno derecho a mirar con los ojos llenos de reproches.

Había conocido a Burlap porque, de chica, durante su época de prosperidad, había ido a la escuela con Susan Paley, que más tarde vino a ser la esposa de Burlap. Cuando murió Susan, y Burlap explotó el dolor que sentía, o al menos que a veces decía sentir, en

una serie, más penosa que de ordinario, de aquellos artículos siempre penosamente personales que eran el secreto de su éxito como periodista (porque el gran público tiene un apetito crónico y caníbal de indiscreciones personales), Ethel le mandó a él una carta de pésame, junto con una larga memoria acerca de Susan como chica. Ethel recibió a vuelta de correo una conmovida y conmovedora respuesta: «Gracias, muchas gracias por sus recuerdos acerca de la que yo he considerado siempre la verdadera Susan; de la chiquilla que tan bella y puramente sobrevivió en la mujer hasta el último momento; de la encantadora niña que siempre fue, a pesar de la cronología, bajo la Susan física, viviente en el tiempo, y paralela a ella. Estoy seguro de que, en lo más hondo de su corazón, jamás llegó a creer completamente en su yo adulto y cronológico; jamás pudo deshacerse completamente de la idea de que era una muchachita que jugaba a ser mujer». Así continuaba la carta: páginas y páginas de un lirismo un tanto histérico acerca de la mujer —niña difunta. Burlap incorporó una buena cantidad de sustancia de la carta a su artículo de la semana siguiente. Se titulaba «Porque de ellos será el Reino de los Cielos». Uno o dos días después se puso en camino hacia Birmingham para entrevistarse con la mujer que había conocido a la verdadera Susan cuando esta era espiritual así como cronológicamente una niña. La impresión que cada uno hizo al otro fue favorable. Para Ethel— cuya vida, que compartía entre su triste habitación y la odiosa Compañía de Seguros en que trabajaba, no era sino una amarga recriminación contra su suerte —la llegada, primero de su carta, y luego de Burlap en persona, habían sido grandes y prodigiosos acontecimientos. Un verdadero escritor, un hombre que tenía alma y cabeza. En el estado mental en que se hallaba, a Burlap le hubiera gustado entonces cualquier mujer que pudiese hablarle de la niñez de Susan y le ofreciese el calor de su compasión maternal, en la cual, niño él mismo, pudiera hundirse como en un colchón de plumas. Ethel Cobbett no solo era una mujer que le mostraba simpatía y que había sido amiga de Susan; era también inteligente, poseía una cultura seria y era una admiradora. Las primeras impresiones fueron buenas.

Burlap lloró, abatido. Se torturó a sí mismo con la idea de que no podría jamás, nunca jamás, pedir perdón a Susan por todos los agravios que le había hecho, por todas las palabras crueles que había pronunciado. Confesó, en la agonía de la contrición, que le había sido infiel una vez. Hizo el recuerdo de sus querellas. Y ahora ella estaba muerta; jamás podría pedirle perdón. Jamás, jamás. Ethel se conmovió. Nadie, reflexionó ella, haría tal demostración de amor a su muerte. Pero las demostraciones de amor después de nuestra muerte son menos satisfactorias que las demostraciones de amor durante nuestra vida. Estos paroxismos de dolor que Burlap, por un proceso de intensa concentración en la idea de su pérdida y de su pesar, había logrado agitar en su interior, no eran en modo alguno proporcionales a los sentimientos que había experimentado hacia Susan durante su

vida; no tenían siquiera la menor relación con ellos. Para cada novicio jesuita prescribió Loyola un curso de meditación solitaria acerca de la pasión de Cristo; unos cuantos días de este ejercicio, acompañados de ayuno, bastaban generalmente para producir en el espíritu del novicio la realidad viva, mística y personal de la existencia de los sufrimientos sensibles del Salvador. Burlap empleaba el mismo procedimiento: pero en vez de pensar en Jesús, o en la propia Susan, pensaba en sí mismo, en su agonía de dolor, en su propia soledad, en sus propios remordimientos. Y, en efecto, al cabo de unos días de incesante masturbación espiritual, había sido recompensado con el místico advenimiento de su angustia personal, única e incomparable. Se vio a sí mismo, en una visión apocalíptica, como un hombre de pesares. (El lenguaje del Nuevo Testamento acudía constantemente a los labios y a la pluma de Burlap. «A cada uno de nosotros —escribió— le es dado un Calvario proporcional a su poder de sufrimiento y a sus posibilidades de propia perfección». Hablaba familiarmente de agonías en el jardín y de cálices). Esta visión le desgarraba el pecho; se sentía abrumado de compasión de sí mismo.

Pero la pobre Susan tenía, en verdad, poco que ver con los pesares de este Burlap en el papel de Cristo. Su amor hacia la Susan viviente había sido tan inducido e intensificado por sí mismo como el dolor de su muerte. Él había amado no a Susan, sino la imagen mental de Susan y la idea del amor, sobre las cuales había concentrado fijamente su espíritu, al mejor modo jesuítico, hasta que se hubieron hecho alucinadoramente reales. Sus ardores hacia este fantasma, unidos al amor por el amor, a la pasión por la pasión, que había logrado extraer de lo más hondo de su conciencia, conquistaron a Susan, que se imaginó que tenían alguna relación con ella. Lo que más le agradaba a ella en estos sentimientos era la cualidad de su «pureza», que no tenía nada de masculino. Sus ardores eran los de un niño hacia su madre (un niño un tanto incestuoso, es cierto; pero ¡con qué tacto y delicadeza se portaba el pequeño Edipo!); su amor era a la vez infantil y maternal; su pasión era una especie de mimo pasivo. Frágil, delicada, sin haber alcanzado la plenitud vital ni, de consiguiente, la madurez, siempre más joven que su edad, Susan lo adoraba como un amante superior y casi sagrado. Burlap, en cambio, adoraba su fantasma privado, adoraba su magnífica concepción cristiana del matrimonio, adoraba su propia cualidad adorable de marido. Sus artículos periódicos en elogio del matrimonio eran líricos. Esto no le impedía cometer frecuentes infidelidades; pero tenía una forma tan pura, infantil y platónica de acostarse con las mujeres, que ni ellas ni él consideraban jamás el proceso como un verdadero trato carnal. Su vida con Susan era una sucesión de escenas en todos los tonos del teclado emocional. Burlap mascaba y volvía a mascar algún agravio hasta que se hallaba envenenado por un paroxismo de cólera o de celos. O bien se ponía a escudriñar sus propios defectos y venía a caer en un arrepentimiento servil, o rodaba a sus

pies en un éxtasis de adoración incestuosa hacia la imaginaria niña-madre que era su esposa y con la cual le había gustado identificar la Susan de carne y hueso. Y a veces, para gran inquietud de Susan, interrumpía súbitamente sus emociones con una extraña risita cínica y se convertía por el momento en alguien completamente distinto, alguien como el Alegre Molinero de la canción: «Nada me importa nadie, y a nadie le importo nada». Su propio diablo: según describía él aquellos estados de ánimo, después de haberse reintegrado a la espiritualidad emocional; y citaba las palabras del Viejo Marino de Coleridge acerca del malvado susurro que le había puesto el corazón tan seco como el polvo. «Su propio diablo»: ¿o sería acaso el verdadero y fundamental Burlap, que se había cansado de su esfuerzo por hacerse pasar por otro y de agitar las emociones que no sentía espontáneamente, el verdadero Burlap, que se tomaba unas breves vacaciones?

Susan murió; pero el prolongado y apasionado pesar que sintió él en aquella ocasión hubiera podido ser inflamado, si Burlap hubiese querido imaginársela a ella muerta y a sí mismo solo y afligido, casi hasta el mismo grado que mientras ella estaba viva. Ethel se sintió conmovida por la intensidad de sus sentimientos, o más bien por la sonoridad e insistencia de su expresión. Burlap parecía por completo abatido, física y espiritualmente, por su pesar. Ella sentía sangrar su corazón por él. Alentado por su simpatía, se lanzó él a una orgía de pesares, cuya vanidad los hacía exasperadamente acerbos, de arrepentimientos tardíos y, por tanto, más torturantes, de confesiones y autohumillaciones innecesarias. Los sentimientos no son entidades aparte que puedan ser estimuladas independientemente del resto del espíritu. Cuando un hombre se halla emocionalmente exaltado en una dirección es susceptible de estarlo también en otras. El pesar de Burlap lo hacía noble y generoso; la compasión de sí mismo lo hacía sentirse cristiano hacia los demás.

—También usted es desdichada —le dijo a Ethel—. Me doy cuenta.

Ella lo reconoció; le dijo cuánto detestaba su trabajo, su empleo y las gentes que la rodeaban; le contó la historia de su desventura. Burlap inflamó su simpatía.

—¡Pero qué importan mis pequeñas miserias en comparación con las suyas! —protestó ella, recordando la violencia de sus gritos de pesar.

Burlap habló de la masonería del sufrimiento, y luego, encandilado por la visión de su propio yo generoso, procedió a ofrecer a *miss* Cobbett un puesto de secretaria en la redacción de *El Mundo Literario*. Con todo lo infinitamente preferibles que Londres y *El Mundo Literario* le parecían en relación con Birmingham y la Compañía de Seguros, Ethel vaciló. El puesto en la Compañía de Seguros era humilde, pero seguro, permanente, y daba derecho al retiro. En una nueva efusión, todavía más explosiva, de sentimiento generoso, Burlap le garantizó la permanencia que ella deseaba. Burlap se sentía cálido de bondad.

Miss Cobbett se dejó persuadir. Fue a Londres. Si Burlap había esperado poder deslizarse gradual y casi imperceptiblemente en la cama de Ethel, se encontró decepcionado. Niño afligido y falto de consuelo, hubiera querido atraer a su consolatriz, siempre espiritual y platónicamente, a un dulce y delicioso incesto. Pero esta idea no iba con Ethel Cobbett; era inconcebible para ella. Era una mujer de principios, tan apasionada y violenta en sus lealtades morales como en su amor. Había tomado en serio y literalmente el dolor de Burlap. Al convenir, bañados en lágrimas, en fundar una especie de culto personal por la pobre Susan, en levantar y mantener perpetuamente orlado e iluminado un altar interior a su memoria, Ethel se había figurado que sus palabras debían ser tomadas al pie de la letra. Las suyas eran, sin duda, sinceras. Jamás se le ocurrió que las de Burlap no fueran lo mismo. Su conducta ulterior le había chocado y producido asombro.

»¿Es este el hombre —se preguntaba al verlo vivir su vida de promiscuidades disfrazadas, platónicas y viscosamente espirituales—, es este el hombre que había hechos votos de mantener por siempre los cirios encendidos frente al altar de la pobre Susan?

Ethel expresó su desaprobación en miradas y palabras. Burlap se maldijo a sí mismo por su estupidez en haberla sacado de la Compañía de Seguros, por su reteñida imbecilidad en prometerle empleo permanente. ¡Si solamente se fuera ella por propia voluntad! Burlap se propuso hacerle imposible la vida tratándola con una impersonalidad glacial y superior, como si ella fuera solo una máquina de tomar cartas al dictado y copiar artículos. Pero Ethel Cobbett se aferró tenazmente a su empleo; llevaba ya dieciocho meses aferrada a él y no daba señales de soltarlo. Aquello era intolerable; no podía continuar así. Pero ¿cómo podía solucionarlo él? Por supuesto, él no estaba *legalmente* obligado a conservarla indefinidamente. No había firmado nada a este objeto. Poniéndose en lo peor…

Impávido y desdeñoso hacia la mirada de Ethel Cobbett, hacia su sonrisa irónica, Burlap continuó su dictado. No se digna uno prestar atención a las máquinas; solo se sirve de ellas. Sin embargo, las cosas no podían continuar así.

«No es mi costumbre escribir cartas personales a colaboradores desconocidos —repitió él con voz firme y resuelta—. Pero no puedo menos que decirle a usted… no, no… que darle a usted las gracias por el gran placer que me han producido sus poemas. El frescor lírico de su obra, su apasionada sinceridad, su indómita y casi salvaje brillantez han sido para mí una sorpresa y una brisa refrescante. Un director literario está obligado a leer tal cantidad de mala literatura, que se siente casi patéticamente agradecido hacia aquellos que… no: diga: hacia los raros y preciosos espíritus que le ofrecen oro en vez del acostumbrado oropel. Gracias por el envío… —Lanzó una nueva ojeada a los papeles—

de *Amor en la selva* y *Pasionarias*. Gracias por su brillante y turbulenta superficie verbal. Gracias igualmente por la sensibilidad… no… la vibrante sensibilidad, la experiencia del sufrimiento, la ardiente espiritualidad que una mirada más penetrante discierne bajo la superficie. Inmediatamente mandaré a componer estos dos poemas, y espero poder publicarlos a principios del mes que viene. Entretanto, si alguna vez se le cuadra a usted pasar por la vecindad de Fleet Street, me consideraría muy honrado en escuchar de usted, personalmente, algunos datos acerca de sus proyectos poéticos. El aspirante literario, aun el de talento, se ve con frecuencia frustrado por dificultades materiales que el literato profesional sabe vencer. Yo he considerado siempre como uno de mis principales privilegios, uno de mis deberes, en calidad de crítico y director, el allanar el camino al talento literario. Esta será mi excusa por haberle escrito tan extensamente. De usted, affmo., s. s.».

Burlap miró de nuevo los poemas dactilografiados y leyó uno o dos versos.

«Verdadero talento» —se dijo varias veces—, «verdadero talento».

Pero «su propio diablo» pensaba que la joven poetisa tenía una notable soltura de expresión, que debía tener temperamento, que parecía tener alguna experiencia… Burlap dejó caer los papeles en la cesta, a su derecha, y tomó otra carta de la cesta de su izquierda.

«Reverendo James Hitchcock —dictó—. Vicaría, Tuttleford, Wiltshire: Señor: Siento vivamente no poder insertar su largo y muy interesante artículo acerca de las relaciones entre las lenguas aglutinantes y las formas aglutinantes de quimeras en el arte simbólico. Exigencias de espacio…».

* * *

Rosada en su peinador, como los tulipanes en sus vasos, leía Lucy, tendida, con la cabeza apoyada en la mano. El diván era gris; las paredes estaban vestidas de seda gris; la alfombra era color de rosa. En su jaula dorada, basta el loro era rosado y gris. Se abrió la puerta.

—¡Walter, amor mío! ¡Al fin! —Lucy tiró el libro.

—Ya. ¡Si supiera usted cuántas cosas debería estar haciendo yo en lugar de hallarme aquí!

(«¿Me lo prometes?», había preguntado Marjorie. Y él había contestado: «Te lo prometo». Pero esta última visita de explicación no entraba en la cuenta).

El diván era ancho. Lucy corrió sus pies hacia la pared, haciéndole lugar a su lado. Una de sus babuchas rojas cayó al suelo.

—¡Esa fastidiosa pedicura! —dijo ella, levantando su pie desnudo algunas pulgadas a

fin de situarlo dentro de su campo visual—. Empeñada en untarme las uñas de los pies con ese horrible producto rojo. Parecen heridas.

Walter no habló. Su corazón latía violentamente. Como el calor de un cuerpo transportado a otra clave sensual, el perfume de sus gardenias le envolvía. Hay perfumes cálidos y perfumes fríos; los hay frescos y los hay sofocantes. Las gardenias de Lucy parecían llenar su garganta y sus pulmones de una dulzura tropical y bochornosa. Sobre la seda gris del diván, su pie pálido parecía una flor, como los botones pálidos y carnosos de las flores de loto. Los pies de diosas indias marchando sobre sus lotos son también flores. El tiempo fluía en silencio, pero no en puro dispendio, como en los momentos ordinarios. Se hubiera dicho que fluía, bombeado, latido tras latido, por el ansioso corazón de Walter, al interior de algún cerrado depósito de experiencias, para elevarse más y más detrás del dique, hasta que al fin, súbitamente… De pronto Walter extendió el brazo y tomó el pie desnudo en su mano. Bajo la presión de aquellos segundos silenciosamente acumulados, el dique se había roto. Era un pie largo, largo y estrecho. Sus dedos se cerraron en torno a él. Walter se inclinó para depositar un beso en el empeine…

—¡Pero, querido Walter! —Lucy se echó a reír—. ¡Se está volviendo usted oriental!

Walter permaneció callado: pero, arrodillándose ante el diván, se inclinó sobre ella. El rostro que se inclinó para besarla expresaba una especie de locura desesperada. Las manos que la tocaron temblaban. Lucy meneó la cabeza y se protegió el rostro con la mano.

—No, no.

—Pero ¿por qué no?

—No estaría bien —dijo ella.

—¿Por qué?

—En primer lugar, se complicaría usted demasiado las cosas.

—De ningún modo —dijo Walter.

No había complicaciones. Marjorie había dejado de existir.

—Además —continuó Lucy—, usted parece olvidarse de mí. Yo no quiero hacerlo.

Pero los labios de Walter eran dulces, sus manos rozaban suavemente. Los aleteos de alevilla, precursores del placer, surgieron a la vida bajo sus besos y caricias. Ella cerró los ojos. Las caricias de Walter le hacían el efecto de una droga, a la vez excitante y soporífera. Lucy no tenía más que dejar caer su voluntad; la droga la poseería completamente. Dejaría de ser ella misma. Se convertiría en nada, salvo un vaso de placer palpitante, envoltura del vacío, la cálida tiniebla de un abismo.

—¡Lucy!

Sus párpados palpitaron y se estremecieron bajo los besos. Walter tenía la mano sobre el seno de Lucy.

—¡Amor mío!

Ella permanecía inmóvil, los ojos todavía cerrados. Un grito súbito y penetrante los obligó a salir, sobresaltados, despiertos, del olvido del tiempo en que se hallaban sumidos. Fue como si se hubiera cometido un asesinato a pocos pies de ellos, pero en la persona de alguien que hubiera sufrido la operación como una broma, si bien un tanto dolorosa.

Lucy rompió a reír:

—Es *Polly*.

Los dos se volvieron hacia la jaula. Con la cabeza ligeramente ladeada, el ave los examinaba con un ojo negro y circular. Y mientras ellos miraban, una contraventana de piel apergaminada pasó como una catarata momentánea ante el ojo brillante y sin expresión, para retirarse inmediatamente. El grito de agonía del mártir jocoso se repitió de nuevo.

—Va a tener que cubrir la jaula con el paño —dijo Lucy.

Walter se volvió hacia ella y comenzó a besarla furiosamente. El loro volvió a chillar. La risa de Lucy se redobló.

—No hay más remedio —dijo Lucy jadeante—. No se callará hasta que lo cubra usted.

El ave confirmó sus palabras con un nuevo grito de agonía regocijada. Walter, furioso, exasperado, consciente de su papel ridículo, abandonó su posición y cruzó la pieza. Al verlo acercarse, el ave comenzó a danzar excitadamente en su percha; se levantó su cresta; las plumas de su cabeza y de su cuello se enderezaron separadas unas de otras, como las escamas de una piña madura.

—Buenos días —dijo el loro con voz gutural y ventrílocua—; buenos días, tiíta; buenos días, tiíta…

Walter desdobló el brocado rosa que se hallaba sobre la mesa, cerca de la jaula, y extinguió el animal. Un último «buenos días, tiíta» surgió de debajo del pañuelo. Luego se hizo un silencio.

—El animal se divierte con sus bromitas —dijo Lucy al desaparecer el loro.

Ella había encendido un cigarrillo.

Walter cruzó de nuevo la pieza a grandes trancos, y sin decir nada le arrancó el cigarrillo de entre los dedos y lo arrojó al hogar. Lucy arqueó las cejas, pero él no le dio tiempo a hablar. Arrodillándose de nuevo a su lado comenzó a besarla furiosamente.

—¡Walter! —protestó ella—. ¡No! ¿Qué mal le ha dado a usted? —Trató de desprenderse, pero Walter se mostró increíblemente fuerte—. Parece usted una fiera. —Su deseo era mudo y salvaje—. ¡Walter! ¡Yo insisto! —Presa de una idea absurda, Lucy se echó a reír de súbito—. Si supiera usted cómo se parece a un personaje de cinema. ¡Una

escena gesticulante para terminar un episodio!

Pero el ridículo fue tan ineficaz como la protesta. ¿Y acaso deseaba ella que fuese otra cosa? Era simplemente un poco humillante el ser llevada así, el ser forzada en vez de elegir. Su orgullo, su voluntad, se resistían a él, se resistían a su propio deseo. Pero, después de todo, ¿por qué no? La droga era fuerte y deliciosa. ¿Por qué no? Lucy cerró los ojos. Pero, mientras vacilaba, las circunstancias decidieron súbitamente por ella. Llamaron a la puerta. Lucy abrió los ojos.

—Voy a decir «adelante» —susurró.

Walter se levantó como pudo. Oyó llamar de nuevo.

—¡Adelante!

Se abrió la puerta. La doncella dijo:

—Mr. Illidge desea ver a la señora.

Walter se hallaba de pie junto a la ventana, como profundamente interesado en el coche de Correos que pasaba frente a la casa opuesta.

—Que pase —dijo Lucy.

Walter se volvió al tiempo que la puerta se cerraba detrás de la doncella. Estaba pálido, los labios le temblaban.

—Me había olvidado completamente —explicó ella—. Lo he invitado, anoche; esta mañana, más bien.

Él desvió el rostro y, sin decir una palabra, cruzó la pieza, abrió la puerta y desapareció.

—¡Walter! —exclamó Lucy—. ¡Walter!

Pero Walter no volvió.

En la escalera se cruzó con Illidge, que subía detrás de la doncella.

Walter respondió a sus palabras de saludo con un vago murmullo y pasó apresuradamente. No estaba bastante sereno para arriesgarse a hablar.

—Nuestro amigo Bidlake parecía llevar mucha prisa —dijo Illidge, terminados los saludos preliminares. Tenía la alborozada certeza de haber ahuyentado a un rival.

Lucy advirtió la expresión de triunfo en su cara. Se parece a un gallito de pelea, pensó.

—Ha perdido algo —explicó vagamente.

—¿No será la cabeza? —preguntó él haciéndose el gracioso.

Y cuando ella se echó a reír, más de la fatuidad masculina de su expresión que de su broma, Illidge se hinchó de satisfacción y confianza en sí mismo. ¡Cómo no! Este juego mundano era tan fácil como el de bolos. Sintiéndose completamente a sus anchas, estiró las piernas, paseó la mirada por la habitación. Su elegancia, sobria y rica, le impresionó al instante, como algo de buen tono. Aspiró con satisfacción el aire perfumado.

—¿Qué hay bajo ese misterioso paño rojo? —preguntó señalando la jaula encapuchada.

—Una cacatúa —respondió Lucy—. Una cac-cac-cacca-catúa —precisó ella, rompiendo de golpe a reír con una risa inquietante e inexplicable.

Hay dolores agudos que podemos confesar; sufrimientos de los cuales puede uno sentirse realmente orgulloso. Los poetas han hablado con elocuencia de la pérdida de un ser, de la despedida, del sentimiento del pecado y del temor a la muerte. Estos dolores obtienen la simpatía del mundo entero. Pero existen también angustias ignominiosas no menos torturantes que las otras, pero de las cuales el que las sufre no se atreve, no puede hablar. La angustia del deseo contrariado, por ejemplo. Esta fue la angustia que Walter llevó consigo a la calle. Era el dolor, la cólera, la decepción, la vergüenza y la desdicha combinados. Se sintió como si su alma muriera en la tortura. Y, sin embargo, la causa era inconfesable, baja, hasta risible. Supongamos que un amigo se encontrara con él y le preguntara por qué llevaba aquel aire de afligido.

«Me hallaba haciendo el amor a una mujer cuando fui interrumpido, primero por los gritos de una cacatúa, luego por la llegada de un visitante».

Esto provocaría una enorme risa de burla. Su confesión sería un chiste para contar, entre hombres, en el fumadero. Y, sin embargo, Walter no habría sufrido más si hubiera perdido a su madre.

Vagó durante una hora por las calles y en Regent's Park. La luz se fue desvaneciendo gradualmente de la tarde blanca y nebulosa; Walter se calmó. Era una lección, pensó, un castigo; había quebrantado su promesa. Por su propio bien, así como por el de Marjorie, jamás volvería a ocurrir. Consultó el reloj, y, viendo que pasaba de las siete, se dirigió a su casa. Llegó a ella cansado y decididamente arrepentido. Marjorie estaba cosiendo; la luz de la bombilla brillaba en su rostro, flaco y fatigado. También ella tenía puesto un peinador. Era malva, y horroroso; él la había creído siempre mujer de mal gusto. El cuarto estaba penetrado de un fuerte olor a cocina. A Walter le repugnaban los olores a cocina, pero esta era todavía una razón por la cual había de ser fiel. Era una cuestión de honor y de deber. Por el hecho de preferir las gardenias a las coles no tenía derecho a hacer sufrir a Marjorie.

—Vienes tarde —dijo ella.

—Había mucho que hacer —explicó Walter—. Y vine a pie —esto al menos era cierto—. ¿Cómo te sientes? Dejando caer la costura, Marjorie le echó los brazos al cuello. «¡Qué dicha —pensó— tenerlo de nuevo conmigo!». ¡Nuevamente suyo! ¡Qué consuelo! Pero en el instante mismo en que se apretaba contra él se dio cuenta de que la traicionaba una vez más. Se separó bruscamente de él.

—¡Walter! ¿Cómo has podido?

La sangre se agolpó en el rostro de Walter; pero trató de continuar su comedia.

—¿Cómo he podido qué? —preguntó.

—Has vuelto a ver a esa mujer.

—Pero ¿de qué *estás* hablando?

Él sabía que era inútil; pero siguió, no obstante, haciéndose el inocente.

—Es inútil mentir.

Ella se levantó tan bruscamente, que su cesta de labor se volcó y el contenido rodó al suelo.

Marjorie avanzó distraídamente hacia el otro lado de la pieza.

—¡Vete! —exclamó, cuando él trató de seguirla; Walter se encogió de hombros y obedeció—. ¿Cómo has podido hacerlo? —continuó ella—. Y luego vuelves a casa despidiendo su perfume. —Así que eran las gardenias. ¡Qué idiota, no haberlo previsto! —. Después de todo lo que dijiste anoche. ¿Cómo has podido?

—Si me dieras ocasión de explicarte… —protestó él en tono de víctima: una víctima exasperada.

—De explicar por qué has mentido —dijo ella amargamente—. De explicar por qué has quebrantado tu promesa.

Su cólera despectiva despertó en Walter una cólera semejante.

—De explicarte simplemente —dijo él con una cortesía dura y peligrosa.

¡Qué fastidiosa con sus escenas de celos! ¡Qué irritante, qué intolerablemente fastidiosa!

—De seguir mintiendo simplemente —dijo ella en son de burla.

Walter se encogió nuevamente de hombros.

—Si tú lo quieres así… —dijo cortésmente.

—No eres más que un despreciable embustero: he ahí lo que eres.

Y separándose de él se cubrió el rostro con las manos y comenzó a llorar.

Walter no se conmovió. La vista de sus hombros, sacudidos por los sollozos, no hizo más que exasperarle y producirle fastidio. La miraba con una cólera fría y fatigada.

—¡Vete! —exclamó ella a través de las lágrimas—. ¡Vete! —No quería que Walter permaneciera allí, triunfante, mientras ella lloraba—. ¡Vete!

—¿Quieres realmente que me vaya? —preguntó él con la misma urbanidad fría e irritante.

—¡Sí: vete, vete!

—Muy bien —dijo él, y abriendo la puerta salió.

En la estación de Camden Town tomó un coche y llegó a Bruton Street justamente cuando Lucy se disponía a salir a comer fuera.

—Va usted a salir conmigo —anunció él con mucha calma.

—¡Ay!

—Sí, sí.

Lucy lo miró con curiosidad, y él le devolvió la mirada con ojos fijos, con una extraña y divertida expresión de triunfo y de obstinado e invencible poder, que Lucy no había visto jamás en su rostro.

—Está bien —dijo ella al fin, y, llamando a la doncella—: Haga el favor de telefonear a *Lady* Sturlett —ordenó—, y dígale que lo siento, pero que tengo un gran dolor de cabeza y no puedo ir esta noche. —La doncella se retiró—. Bien, ¿está usted satisfecho ahora?

—Comienzo a estarlo —respondió él.

—¿Comienza? —Lucy fingió indignación—. ¡Me gusta su frescura!

—Ya sé que le gusta —dijo Walter riendo.

Y así era la verdad. Aquella noche Lucy se convirtió en su querida.

* * *

Era entre las tres y las cuatro de la tarde. Spandrell acababa de levantarse. Estaba todavía por afeitar; sobre el pijama llevaba una bata de basto paño oscuro, como un hábito de monje. (La nota monástica era estudiada; a él le gustaba recordar a los ascetas. Le gustaba, de un modo un tanto pueril, representar el papel de anacoreta diabólico). Había llenado la marmita y aguardaba a que hirviera sobre la estufilla de gas. El agua parecía tomarse un tiempo excesivo en la operación. Spandrell tenía la boca seca y frecuentada por un gusto semejante al tufo del cobre calentado. El aguardiente surtía su efecto acostumbrado.

«Como el ciervo suspira por el arroyo claro —se dijo—, así suspira mi alma… ¡Ah, si la Gracia pudiera embotellarse como se embotella el agua Perrier!…».

Se acercó a la ventana. Fuera de un radio de cincuenta metros todo había sido abolido por una bruma blanca. ¡Pero con qué insistencia se destacaba aquel pie de farol frente a la casa de la derecha, con qué significación! El mundo había sido destruido, y solo el pie de farol, como Noé, se había salvado del cataclismo universal. Y él no había siquiera advertido nunca que existiese allí un farol; no había existido, simplemente hasta aquel momento. Y ahora era la única cosa que existía. Spandrell lo miró con una atención fija y sofocante. Aquel pie de farol aislado en la bruma… ¿No había visto él antes algo parecido? Aquella extraña sensación de hallarse con el único sobreviviente del diluvio tenía algo de familiar. Fijando los ojos en el pie de farol trató de recordar. O más bien hizo esfuerzos

desesperados por no tratar de hacerlo; contuvo su voluntad y sus pensamientos conscientes, como un policía pudiera contener el gentío en torno a una mujer que se hubiese desmayado en la calle; contuvo su conciencia a fin de dar a la memoria aturdida el espacio necesario para estirarse, para respirar, para surgir a la vida. Con los ojos fijos en el farol, Spandrell aguardaba, angustiado y paciente, como un hombre que siente que va a estornudar y espera, trémulo, el presentido paroxismo; aguardaba a que reviviera la memoria, muerta desde hacía largo tiempo. Y de pronto salió, plenamente despierta de catalepsia; y, con una sensación de profundo alivio Spandrell se vio subiendo la carretera cubierta de nieve, endurecida y pisoteada, que va de Cortina hacia el desfiladero de Falzarego. Una fría nube blanca había descendido sobre el valle. No había ya montañas. Los fantásticos pináculos de coral de los Alpes Dolomíticos habían sido suprimidos. No había ya alturas ni profundidades. El mundo tenía cincuenta pasos de ancho; solo esta blanca nieve sobre el suelo y esta nube blanca en derredor y por encima. Y de tiempo en tiempo aparecía contra la blancura alguna forma oscura de casa o poste telegráfico, de árbol, de hombre o de trineo, presagio extraño en su aislamiento y su carácter único, como si cada una fuera un sobreviviente solitario de la catástrofe general. La sensación era un poco inquietante, pero ¡qué conmovedoramente nueva!, y, de un modo extraño, ¡qué bella! El paseo era una aventura; Spandrell se sentía excitado, y una especie de ansiedad intensificaba su dicha hasta tal punto que apenas podía soportarla.

—Pero fíjate en el pequeño *chalet* de la izquierda —le gritó a su madre—. La última vez que pasé no estaba aquí. Estoy completamente seguro.

Él conocía bien el camino, lo había subido y bajado un centenar de veces y jamás había visto aquel pequeño *chalet*. Y ahora descollaba allí, casi aterrador, único objeto oscuro y definido en un vago mundo de blancor.

—Sí, tampoco yo lo he visto nunca —dijo su madre—. Lo cual no hace más que demostrar —añadió con aquella nota de ternura que acudía a su voz siempre que mencionaba a su marido— cuánta razón tenía tu padre. «Desconfía de todo testimonio, solía decir, hasta de los tuyos propios».

Él tomó su mano y marcharon juntos en silencio, arrastrando los trineos tras de sí.

Spandrell se alejó de la ventana. La marmita hervía. Llenó la tetera, se echó una taza de té y bebió. Caso bastante simbólico, su sed quedó por mitigar. Él continuó bebiendo a sorbos, meditativamente, recordando y analizando aquellas felicidades increíbles de su juventud. Inviernos entre los Alpes Dolomíticos. Primaveras en Toscana, o en Provenza, o en Baviera. Veranos junto al Mediterráneo o en Saboya. Después de la muerte de su padre y antes de que entrara en la escuela, vivieron casi continuamente en el extranjero; les resultaba más barato. Y casi todas sus vacaciones escolares las había pasado fuera de

Inglaterra. De los siete a los quince se había movido por Europa, de un lado para otro, visitando los puntos pintorescos, apreciando su belleza, y, lo que es más: en el papel de un Childe Harold precoz. Después de esto, Inglaterra le pareció un poco vulgar. Pensó en otro día de invierno. No un día brumoso esta vez, sino claro; el sol ardiendo en un cielo sin nubes: los precipicios de coral de los Alpes Dolomíticos brillando con reflejos rosados, anaranjados, blancos, sobre los bosques y los declives de nieve. Descendían en esquíes a través de los bosques de alerces desnudos. Listada por las sombras de los árboles la nieve era como una inmensa piel de tigre blanca y azul bajo sus pies. La luz solar era anaranjada entre las ramas sin hojas; verde como el mar en las colgantes barbas de musgo. La nieve polvorienta rechinaba bajo sus esquíes; el aire era cálido y vivo a la vez. Y cuando él surgió de los bosques, los grandes declives ondulados se hallaban ante él como los contornos de un cuerpo maravilloso, y la nieve virgen era una piel suave, delicadamente granulada al sol bajo de la tarde, rutilando de diamantes y lentejuelas. Él había seguido adelante. A la orilla del bosque se había parado a aguardar a su madre. Volviéndose, la veía acercarse a través de los árboles —silueta alta y vigorosa, todavía joven y ágil, fruncido el joven rostro por una sonrisa—. Ella descendía hacia él; era el más bello y al mismo tiempo el más sencillo y familiar de los seres.

—¡Bien! —dijo ella, riendo, al pararse a su lado.

—¡Bien!

Él la miró y luego miró la nieve, las sombras de los árboles, y las grandes rocas desnudas, y el cielo azul, y luego nuevamente a su madre. Y de pronto se sintió lleno de una dicha intensa e inexplicable.

—Nunca más volveré a ser tan dichoso —dijo él cuando volvieron a ponerse en marcha—. Nunca más, aun cuando viviera cien años.

Por aquella fecha solo tenía quince, pero así era como sentía y pensaba.

Y estas palabras habían resultado proféticas. Aquella fue la última de sus dichas. Después… No, no. Prefería no pensar en después. Ahora no. Se sirvió otra taza de té.

El sonido de un timbre lo hizo estremecerse. Se llegó a la puerta del cuarto y la abrió. Era su madre.

—¿Eres tú?

Entonces recordó súbitamente que Lucy le había dicho algo.

—¿No has recibido mi mensaje? —preguntó ansiosamente Mrs. Knoyle.

—Sí. Pero lo había olvidado totalmente.

—Yo me figuraba que tú necesitabas… —comenzó ella.

Temía ser inoportuna; el rostro de Spandrell tenía una expresión tan poco acogedora…

Las comisuras de sus labios se contrajeron irónicamente.

—Sí; lo necesito —dijo él.

Se hallaba siempre sin un penique.

Entraron en otra pieza. Las ventanas, observó Mrs. Knoyle de una ojeada, estaban empañadas de mugre. El anaquel y la chimenea tenían una espesa capa de polvo. Del cielo raso pendían telarañas cargadas de hollín. Ella había tratado de obtener permiso de Maurice para mandar una mujer a hacer la limpieza tres veces a la semana. Pero: «Déjate de estas visitas a los barrios bajos —había dicho él—. Prefiero pudrirme en mi salsa. La suciedad es mi elemento natural. Además, yo no tengo un distinguido rango militar que sostener», y se había echado a reír, silenciosamente, mostrando sus grandes y fuertes dientes. Esto era para ella. Mrs. Knoyle no se había atrevido jamás a repetir su ofrecimiento. Pero el cuarto necesitaba realmente limpieza.

—¿Quieres un poco de té? —preguntó él—. Está listo. Precisamente estaba desayunando —añadió, llamando a propósito la atención hacia la irregularidad de su modo de vida.

Ella rehusó, sin aventurar ningún comentario acerca de la hora desacostumbrada del desayuno. Spandrell se sintió un tanto decepcionado al notar que le había fallado la carnada. Hubo un largo silencio.

De tiempo en tiempo, Mrs. Knoyle lanzaba casi subrepticiamente una mirada a su hijo. Él miraba fijamente el hogar sin fuego. Spandrell, pensó ella, parecía viejo, y un tanto enfermo, y terriblemente descuidado. Ella trató de reconocer al niño, al crecido colegial que había sido él en aquellos lejanos tiempos, cuando eran dichosos juntos, ellos solos. Recordó lo afligido que solía mostrarse cuando ella no llevaba lo que a él se le figuraba el traje adecuado; cuando ella no parecía elegante o no exhibía todo su brillo. Se sentía tan celosamente orgulloso de ella como ella de él. Pero la responsabilidad de su educación era una dura carga para ella. El porvenir le había infundido siempre temor; siempre había tenido miedo de tomar una decisión; no tenía confianza en sus propias fuerzas. Además, después de la muerte de su marido, andaba escasa de dinero; y no tenía cabeza para los negocios, no tenía ningún talento para la administración. ¿Con qué medios lo había de mandar a la Universidad? ¿Cómo le había de dar una carrera? Estas preguntas la atormentaban. Permanecía despierta en la cama, preguntándose qué debía hacer. La vida la aterraba. Tenía la capacidad de una niña para la felicidad, pero también los temores, la ineficacia. Cuando la existencia era un día de fiesta, nadie podía ser más arrebatadoramente dichosa que ella; pero cuando había que manejar negocios, tomar resoluciones, se sentía simplemente perdida, horrorizada. Y para colmo de desdicha, una vez que Maurice hubo entrado en la escuela, se encontró muy sola. Él no estaba ya con

ella sino durante las vacaciones. Durante nueve meses al año se hallaba sola, sin nadie a quien amar, salvo su viejo perro pachón. Y, al fin, hasta este le falló: el pobre animal cayó enfermo y fue preciso poner fin a sus tormentos. Fue precisamente poco después de la muerte del viejo Fritz cuando se encontró ella por primera vez con el comandante Knoyle, como era entonces.

—Entonces, ¿me has traído ese dinero? —preguntó él, rompiendo el largo silencio.

Mrs. Knoyle se sonrojó.

—Sí, lo traigo aquí —dijo, y abrió la bolsa.

Había llegado el momento de hablar. Era su deber amonestarlo, y el rollo de billetes daba el derecho, el poder. Pero el deber le era odioso y ella no tenía ningún deseo de hacer uso de su poder. Alzó los ojos y lo miró con una expresión suplicante.

—Maurice —dijo en tono de ruego—, ¿por qué no has de ser razonable? Es un desatino, es una locura.

Spandrell arqueó las cejas.

—¿Qué cosa es una locura? —preguntó fingiendo no saber de qué hablaba ella.

Desconcertada de verse obligada así a especificar sus vagos reproches, Mrs. Knoyle enrojeció.

—Bien sabes lo que quiero decir —dijo—. Este género de vida es malo, estúpido. ¡Y qué dispendio, qué suicidio! Además, no eres feliz; lo veo perfectamente.

—¿No puedo acaso ser infeliz si lo quiero yo así? —preguntó él irónicamente.

—Pero ¿quieres hacerme desdichada también a mí? —preguntó ella—. Porque si te empeñas, lo consigues. Me estás haciendo terriblemente desdichada.

Se le saltaban las lágrimas. Su mano hurgó en el bolso en busca de un pañuelo.

Spandrell se levantó de su silla y comenzó a pasear de un lado al otro de la pieza. Dijo:

—Antes no te preocupabas mucho por mi felicidad. Su madre no contestó; siguió llorando silenciosamente.

—Al casarte con ese hombre —continuó él—, ¿pensaste mucho en mi felicidad?

—Tú sabes que lo he hecho creyendo que sería para mejor —replicó ella con voz entrecortada: lo había explicado ya tantas veces; no podía comenzar de nuevo—. Tú lo sabes —insistió.

—Yo solo sé lo que he sentido y dicho en aquella fecha —contestó él—. Tú no quisiste escucharme; y ahora vienes a decirme que querías hacerme dichoso.

—¡Pero si te mostraste tan irrazonable! —protestó ella—. Si me hubieras dado algunas razones…

—Razones —repitió él—. ¿Es que esperabas tú, honradamente, que un chico de quince años presentara a su madre las razones por las cuales no quería que compartiese su

lecho con un extraño?

Spandrell pensaba en aquel libro que había circulado bajo cuerda entre los chicos de su colegio. Disgustado y avergonzado, pero irresistiblemente fascinado, lo había leído, bajo las mantas. Se titulada *Pensionado de señoritas en París*: título bastante inocente; pero el contenido era pornografía pura. Las hazañas sexuales de los militares aparecían pindáricamente exaltadas. Un poco más tarde le escribió su madre diciendo que se iba a casar con el comandante Knoyle.

—Es inútil, madre —dijo él en voz alta—. ¿No sería mejor que habláramos de otra cosa?

Mrs. Knoyle aspiró una profunda bocanada de aire con resolución, se pasó por última vez el pañuelo por los ojos y lo devolvió al bolso.

—Lo siento —dijo—. Fue una estupidez de mi parte… Será mejor que me vaya.

En su interior esperaba que Spandrell protestara, que le pidiera que se quedase. Pero Spandrell no dijo nada.

—He aquí el dinero —añadió ella.

Él tomó los billetes doblados y los metió en el bolsillo de su bata de casa.

—Siento haber tenido que pedírtelo —dijo él—. Me hallaba en un aprieto. Trataré de no volver a caer en él.

La miró por un momento, sonriendo, y de pronto, a través de la máscara gastada, creyó verlo ella tal como era de chico. La ternura cundió por todo su cuerpo como un dulce calor, dulce pero irresistible, desbordante. Ella puso las manos sobre sus hombros.

—Adiós, hijito —dijo, y Spandrell reconoció en su voz aquel acento que solía cobrar cuando le hablaba de su difunto padre.

Ella se inclinó para besarlo. Desviando la cara, Spandrell permitió pasivamente que los labios de su madre tocaran su mejilla.

XIV

Miss Fulkes hizo girar el globo terrestre hasta que el triángulo escarlata de la India se halló frente a sus ojos.

—He aquí Bombay —dijo, señalando con su lápiz—. Allí es donde papá y mamá tomaron el barco. Bombay es una gran ciudad de la India —continuó didácticamente—. Todo esto es la India.

—¿Por qué es roja la India? —preguntó el pequeño Phil.

—Ya te lo he dicho antes. Mira a ver si recuerdas.

—¿Porque es inglesa?

Por supuesto, Phil recordaba; pero la explicación le había parecido insuficiente. Había esperado una mejor esta vez.

—Ya ves cómo lo recuerdas cuando quieres —dijo *miss* Fulkes, anotándose un pequeño triunfo.

—Pero ¿por qué han de ser rojas las cosas inglesas?

—Porque el rojo es el color de Inglaterra. Mira, aquí está la pequeña Inglaterra —hizo girar el globo—. Roja también.

—Nosotros vivimos en Inglaterra, ¿verdad? —Phil miró por la ventana.

El prado con su *sequoia*, los olmos podados, le devolvieron la mirada.

—Sí, vivimos aproximadamente aquí.

Y *miss* Fulkes pinchó a la isla roja en el vientre, con el lápiz.

—Pero donde nosotros estamos es verde —dijo Phil—, no rojo.

Miss Fulkes trató de explicarle, como lo había hecho ya tantas veces, exactamente lo que era un mapa.

En el jardín, Mrs. Bidlake se paseaba entre las flores, meditando y arrancando los hierbajos. Su bastón tenía una pequeña laya picuda en la punta; con él podía escarbar sin doblegarse. Las malas hierbas de los macizos de flores eran nuevas y frágiles; cedían sin resistencia a la laya. Pero los amargones y los llantenes del prado eran enemigos más formidables. Las raíces de los amargones eran como largas serpientes blancas y puntiagudas. Los llantenes, cuando ella trataba de arrancarlos, se aferraban desesperadamente a la tierra.

Era la estación de los tulipanes. El Duc van Thol y el Keizers Kroon, el Proserpina y el Thomas Moore se hallaban en posición de firmes en todos los macizos, brillaban bajo la luz. Átomos vibraban en el sol y su temblor llenaba todo el espacio. Los ojos sentían estas pulsaciones en forma de luz; los átomos de los tulipanes absorbían o reflejaban los movimientos acompasados, creando colores por el amor de los cuales los burgueses de la

Haarlem del siglo XVII habían estado dispuestos a desprenderse de sus florines atesorados. Tulipanes rojos y amarillos, blancos y abigarrados, lisos o plumosos. Mrs. Bidlake los contemplaba dichosa. «Se parecen a esos jóvenes alegres y brillantes —pensaba— de los frescos del Pinturicchio, en Siena». Ella se detuvo un instante para poder cerrar los ojos y concentrar más profundamente su pensamiento en el Pinturicchio. Mrs. Bidlake solo podía pensar a gusto con los ojos cerrados. El rostro un poco ladeado hacia el cielo; los párpados, blancos como la cera, cerrados a la luz, permaneció recordando, pensando confusamente. El Pinturicchio, Siena, la gigantesca y solemne catedral, toda la Toscana de la Edad Media desfiló ante ella en una confusa y suntuosa procesión… Ella había leído mucho a Ruskin. Watts había pintado su retrato de niña. Rebelándose contra los prerrafaelistas había vibrado de admiración —una admiración avivada, al principio, por una sensación de sacrilegio— ante los impresionistas. Su amor al arte la llevó a casarse con John Bidlake. Admirando sus cuadros, había pensado ella, cuando el autor de *Las Campesinas* le había hecho la corte, que adoraba al hombre. Él le llevaba veinte años; su reputación como marido era mala; la familia de ella se opuso firmemente. Ella no hizo caso. John Bidlake era el arte personificado. La suya era una función sagrada, y a través de su función halagaba él todo su vago pero ardiente idealismo.

Las razones por las cuales John Bidlake quería casarse una vez más no tenían nada de románticas. En el curso de un viaje por Provenza había contraído una tifoidea. («Eso es lo que le pasa a uno por beber agua —solía decir después—. Si yo hubiera permanecido fiel al borgoña y al coñac…»). Después de un mes de hospital en Aviñón, regresó a Inglaterra, convaleciente, flaco y vacilante. Tres semanas después, la gripe, seguida de neumonía, le empujó de nuevo al borde de la muerte. Se restableció lentamente. El médico lo felicitó por haberse restablecido, cosa que no esperaba.

«¿Llama usted a esto restablecerse? —gruñó Bidlake—. Me siento como si las tres cuartas partes de mi ser estuvieran muertas y enterradas».

Acostumbrado a tener salud, la enfermedad le aterraba. Se imaginaba a sí mismo viviendo miserablemente, inválido y solitario. El matrimonio sería un alivio. Decidió casarse. La joven debía ser bien parecida; esto estaba descontado. Pero no sería caprichosa, sino seria y abnegada; una mujer de su casa.

En Jane Paston halló todo lo que buscaba. La joven tenía cara de santa; era seria casi hasta el exceso; la adoración que le mostró era muy halagadora.

Se casaron; y si John Bidlake hubiera seguido siendo el inválido que se había creído condenado a ser, el matrimonio hubiera podido ser un éxito. La devoción de Jane hubiera compensado su incompetencia como enfermera; el desvalimiento de Bidlake la hubiera hecho indispensable para su felicidad. Pero le volvió la salud. Al cabo de un mes de su

matrimonio, John Bidlake volvía a ser su viejo yo. El viejo yo comenzó a portarse del viejo modo. Mrs. Bidlake buscó refugio contra la infelicidad en una interminable meditación imaginativa que apenas lograban interrumpir sus propios hijos.

Llevaba ya un cuarto de siglo de duración. Entre los tulipanes se levantaba una mujer alta, imponente, de unos cincuenta años, toda vestida de blanco, con un velo blanco pendiente del sombrero, los ojos cerrados, pensando en el Pinturicchio y en la Edad Media, y en el tiempo que fluye, y en Dios, inmóvil sobre la orilla eterna.

Unos ladridos agudos la hicieron salir precipitadamente de su alta eternidad. Abrió, de mala gana, los ojos y miró en derredor. Minúscula y sedosa parodia de un monstruo del Extremo Oriente, su pequeño pequinés ladraba al gato de la cocina. Brincando de aquí para allá en torno a la circunferencia de un círculo cuyo radio era proporcional al terror que le infundía el arqueado gato romano que escupía de cólera, ladraba histéricamente. Su cola se meneaba como una pluma al viento; los ojos, desmesuradamente abiertos, salían de su cabeza negra.

—¡*T'ang!* —gritó Mrs. Bidlake—. ¡*T'ang!*

Todos sus pequineses de los últimos treinta años habían tenido nombres dinásticos. *T'ang* I había florecido antes del nacimiento de sus niños. Con *T'ang* II habían visitado ella y Walter al moribundo Wetherington. El gato de la cocina escupía ahora su cólera contra *T'ang* III. En los intervalos, pequeños Mings y Sungs habían vivido, caído en la decrepitud, y, emprendiendo el viaje de todos los favoritos, terminado sus días en la cámara de asfixia.

—¡*T'ang*, ven acá!

Hasta en este caso extremo ponía cuidado Mrs. Bidlake en pronunciar el apóstrofo. O más bien no tenía que poner cuidado en pronunciarlo; lo pronunciaba por instinto de cultura, porque, siendo un producto de la naturaleza y la educación, no podía, simplemente, pronunciar la palabra sin apóstrofo, aun cuando fuese en las más extremas circunstancias.

El perrillo obedeció al fin. El gato dejó de escupir, los pelos se le allanaron en el lomo, se retiró majestuosamente. Mrs. Bidlake continuó su escarda y su vaga e interminable meditación entre las flores. Dios, el Pinturicchio, los amargones, la eternidad, el firmamento, las nubes, los primitivos venecianos, los amargones…

Arriba, en la sala de estudio, había terminado la lección. Al menos, en lo que respectaba al pequeño Phil había terminado; porque este se hallaba haciendo lo que más le gustaba hacer en el mundo: dibujando. Es cierto que *Miss* Fulkes llamaba «Arte» o «Educación de la Imagi nación» al asunto, y le dedicaba media hora todas las mañanas, de once a once y media. Pero para el pequeño Phil no era sino diversión. Se sentaba

inclinado sobre sus papeles, la punta de la lengua entre los dientes, el rostro serio y concentrado, dibujando, dibujando con una especie de inspirada violencia. Manejando un lápiz que parecía desproporcionado a su talla, su manecilla morena trabajaba infatigablemente. A la vez rígidas y zigzagueantes, las líneas de la composición infantil se desarrollaban sobre el papel.

Miss Fulkes estaba sentada junto a la ventana, mirando el soleado jardín, pero sin verlo conscientemente. Lo que veía ella estaba detrás de los ojos, en un universo de fantasía. Se veía a sí misma, a sí misma emperifollada con aquel maravilloso vestido de Lanvin, que había sido reproducido en el *Vogue* del último mes, con perlas, bailando en el Ciro, que se parecía sorprendentemente (porque ella no había ido jamás al Ciro) al Palais de Dance, de Hammersmith, adonde había ido ella. «¡Qué encantadora está!», decía todo el mundo. Ella caminaba contoneándose como aquella actriz que había visto en el London Pavilion… ¿cómo se llamaba? Ella extendió su mano blanca; fue el joven Lord Wonersh el que la besó. Lord Wonersh, que se parecía a Shelley, y vivía como Byron, y poseía la mitad de Oxford Street y había venido a la casa en febrero último con el viejo Mr. Bidlake y acaso le había dirigido dos veces la palabra. Y luego, de pronto, se vio a caballo en Hyde Park. Y dos segundos después se hallaba en un yate sobre el Mediterráneo. Y luego en un automóvil. Lord Wonersh acababa de tomar asiento a su lado cuando el ruido de los agudos ladridos de *T'ang* la devolvieron súbitamente a la realidad consciente del prado, los alegres tulipanes, el *sequoia*, y, al otro lado, la sala de estudio. *Miss* Fulkes se sintió culpable; había descuidado al niño que tenía a su cargo.

—Bueno, Phil —preguntó, volviéndose vivamente hacia su discípulo—, ¿qué estás dibujando?

—Mr. Stokes y Albert tirando de la cespedora de córted —contestó Phil sin levantar la vista del papel.

—La cortadora de césped —corrigió *miss* Fulkes.

—La cortadora de césped —repitió Phil obedientemente.

—No dices nunca bien las palabras compuestas —continuó *miss* Fulkes—. Cespedora de córted, montasaltes, nuescacaces; es una especie de defecto mental, como escribir en un espejo, me figuro… —*Miss* Fulkes había tomado un curso de psicología de la educación —. Debes tratar realmente de corregirte, Phil —añadió seriamente.

Después de tan largo y flagrante abandono del deber (en el Ciro, a caballo, en la limosina con Lord Wonersh), *miss* Fulkes creyó de su incumbencia el mostrarse particularmente solícita, científicamente solícita; era una joven muy concienzuda.

—¿Lo intentarás? —insistió.

—Sí, *miss* Fulkes —contestó el niño, sin tener la menor idea de lo que ella quería que

intentara. Pero si respondía que sí, la haría callar. Se hallaba absorbido en una parte particularmente difícil de su dibujo.

Miss Fulkes suspiró y miró de nuevo por la ventana. Esta vez percibió conscientemente lo que vieron sus ojos. Mrs. Bidlake vagaba entre los tulipanes, con un flotante traje blanco, con un velo blanco pendiente de su sombrero, especie de fantasma prerrafaelista. De vez en cuando se detenía y miraba al cielo. El viejo Mr. Stokes, el jardinero, pasó llevando un rastrillo; las puntas de su barba blanca flotaban dulcemente a la brisa. El reloj del pueblo dio la media. El jardín, los árboles, los campos, las arboladas colinas a lo lejos: nada de esto había cambiado. *Miss* Fulkes se sintió de pronto tan desesperadamente triste, que por poco rompe a llorar.

—¿Es que las cespedoras de córted, digo, las cortadoras de césped tienen ruedas? —preguntó el pequeño Phil, alzando la frente surcada por un frunce de esfuerzo y perplejidad—. No recuerdo.

—Sí. Es decir… —*Miss* Fulkes frunció también el entrecejo— no. Tienen rodillos.

—¡Rodillos! —exclamó Phil—. Eso es.

Y de nuevo se aplicó al dibujo con furia.

Nada había cambiado. No parecía haber ninguna escapatoria, ninguna perspectiva de libertad. «¡Si yo tuviera mil libras —pensó *miss* Fulkes—, mil libras!». Palabras mágicas. «¡Mil libras!».

—¡Ya! —exclamó Phil—. Ven a ver.

Y le tendió su hoja de papel. *Miss* Fulkes se levantó y se acercó a la mesa.

—¡Qué precioso dibujo! —dijo ella.

—Esas son todas las briznas de hierba en el aire —dijo Phil señalando una nube de puntos y rasgos en el centro de su dibujo.

Se sentía particularmente orgulloso de su hierba.

—Ya lo veo —dijo *miss* Fulkes.

—¡Y fíjate con qué fuerza tira Albert!

Era verdad; Albert tiraba frenéticamente. Y el viejo Mr. Stokes, a quien se podía reconocer por los cuatro rasgos de lápiz paralelos que partían de su barbilla, empujaba con la misma energía al otro extremo de la máquina.

Para un niño de su edad, Phil tenía el ojo observador y un talento extraño para reproducir sobre el papel lo que había visto, no de modo realístico, por supuesto, sino por medio de símbolos expresivos. Albert y Mr. Stokes eran, a pesar de la rugosa imprecisión de sus contornos, violentamente animados.

—La pierna izquierda de Albert es un poco rara, ¿verdad? —dijo *miss* Fulkes—. Un poco larga, delgada y…

Se contuvo, recordando lo que el viejo Mr. Bidlake había dicho: «De ninguna manera se debe enseñar al niño a dibujar en el sentido que las escuelas de arte dan a esta palabra. De ninguna manera. No quiero que se estropee su don natural».

Phil le arrebató el papel de la mano.

—¡No, no es verdad! —dijo con enfado.

Su orgullo estaba herido, detestaba la crítica, se negaba a admitir que jamás lo hubiese hecho mal.

—Puede que no, en efecto… —*Miss* Fulkes se apresuró a calmarlo—. Acaso me haya equivocado yo.

Phil volvió a sonreír.

«Aunque —pensó *miss* Fulkes— no comprendo realmente por qué no se ha de corregir a un niño cuando ha pintado una pierna inverosímilmente larga, delgada y en zigzag».

Con todo, el viejo Mr. Bidlake debía de saberlo. Un hombre de su posición, con su fama, un gran pintor… Ella lo había oído llamar con frecuencia gran pintor, lo había leído en artículos de periódicos, hasta en libros. *Miss* Fulkes tenía un profundo respeto por los grandes. Shakespeare, Milton, Miguel Ángel… Sí, Mr. Bidlake, el gran John Bidlake, debía de saberlo mejor que ella. Había cometido un error al hablar de aquella pierna izquierda.

—Pasa de las doce y media —continuó ella con voz animada y resuelta—. Tu hora de reposo.

El pequeño Phil se acostaba siempre media hora antes del almuerzo.

—¡No!

Phil sacudió la cabeza, puso mala cara e hizo un ademán furioso con los puños apretados.

—Sí —dijo *miss* Fulkes con calma—. Y no hagas esas muecas ridículas.

Ella sabía por experiencia que el niño no estaba realmente irritado; hacía simplemente una demostración a fin de afirmar su personalidad y acaso con la vaga esperanza de que pudiera hacer ceder a su adversario por intimidación: del mismo modo que, según se dice, los soldados chinos se ponen máscaras de demonio y emiten espantosos rugidos cuando se acerca el enemigo, con la esperanza de infundirle terror.

—¿Por qué?

La voz de Phil era ya mucho más serena.

—Porque sí.

El niño se levantó, obediente. Cuando la máscara y el rugido no surtían efecto, el soldado chino, siendo, como es, un hombre sensato y sin el menor deseo de que lo

magullen, se rinde.

—Voy a correrte las cortinas —dijo *miss* Fulkes.

Juntos marcharon a lo largo del pasillo, hacia la alcoba de Phil. Él se quitó los zapatos y se acostó. *Miss* Fulkes estiró los pliegues de cretona anaranjada ante las ventanas.

—Muy oscuro, no —dijo Phil, observando sus movimientos a través de la colorida media luz.

—Descansas mejor cuando está oscuro.

—Pero tengo miedo —protestó Phil.

—No digas eso, tú no tienes miedo. Además, no está tan oscuro.

Miss Fulkes avanzó hacia la puerta.

—¡*Miss* Fulkes! —Ella no prestó atención—. ¡*Miss* Fulkes!

Ya en el umbral, *miss* Fulkes se volvió.

—Si continúas gritando —dijo severamente—, me voy a enfadar mucho. ¿Sabes?

Dio media vuelta y salió, cerrando la puerta tras de sí.

—¡*Miss* Fulkes! —continuó llamando él, pero en un susurro amortiguado—. ¡*Miss* Fulkes! ¡*Miss* Fulkes!

Pero, desde luego, lo hacía de modo que ella no lo oyera; porque entonces se enfadaría realmente. Al mismo tiempo, no podía obedecer mansamente y sin una protesta. Susurrando su nombre, se rebelaba, afirmaba su personalidad, pero sin ningún riesgo.

Sentada en su habitación, *miss* Fulkes leía para cultivar el espíritu. Leía *La riqueza de las naciones*. Ella sabía que Adam Smith era uno de los grandes. Su libro era de los que debían ser leídos. Lo mejor que se ha dicho o pensado. Ella era de familia pobre, pero culta. Debemos amar siempre lo más alto cuando lo vemos. Pero cuando lo más alto toma la forma de un capítulo que comienza: «Puesto que es la facultad de cambio la que da lugar a la división del trabajo, el alcance de esta división ha de estar necesariamente limitado por la extensión de esta facultad, o, en otras palabras, por la extensión del mercado», entonces se hace realmente difícil amarlo con todo el ardor que se debiera. «Cuando el mercado es muy reducido, nadie puede sentirse alentado a consagrarse enteramente a una sola ocupación, a causa de la falta de ocasión para cambiar todo el exceso de producto de su trabajo sobre su propio consumo por aquellas porciones del producto del trabajo de otros en que lo hubiera invertido».

Miss Fulkes leyó el párrafo de principio a fin: pero antes de llegar al fin había olvidado ya a qué se refería el principio. Comenzó de nuevo. «… A causa de la falta de ocasión para cambiar el exceso…». (Yo podría quitar las mangas a mi vestido castaño —pensó ella—, porque la tela solo ha comenzado a ceder por debajo de los brazos, y llevarlo solamente por la falda con una blusa encima). «… sobre su propio consumo…». (Una

blusa anaranjada, tal vez). *Miss* Fulkes probó por tercera vez, leyendo en voz alta: «Cuando el mercado es muy reducido…». Una visión del mercado de ganado en Oxford flotó ante su imaginación; era un mercado bastante grande. «Nadie puede sentirse alentado a consagrarse…». ¿A qué se refería todo esto? *Miss* Fulkes se rebeló súbitamente contra su exceso de conciencia. Ella odiaba lo más alto cuando lo veía. Levantándose, devolvió *La riqueza de las naciones* al estante. Era una fila de libros muy «altos», «mis tesoros», como los llamaba ella. Wordsworth, Longfellow y Tennyson encuadernados en piel suave y semejantes, con sus esquinas redondeadas y sus títulos en gótica, a otras tantas biblias. *Sartor Resartus*, así como los *Ensayos* de Emerson, Marco Aurelio en una de esas pequeñas y flexibles ediciones artísticas de cuero que solemos regalar por Pascuas, y en último extremo, a aquellos para los cuales no hallamos nada más adecuado. *La Historia*, de Macaulay, Tomás de Kempis, Mrs. Browning.

Miss Fulkes no eligió ninguno de ellos. Deslizó su mano por detrás de lo mejor que se ha dicho o pensado y extrajo de su escondrijo un ejemplar del *Misterio de las esmeraldas de Castlemaine*. Una cinta indicaba el punto. Abrió el libro y comenzó a leer: «*Lady* Kitty encendió las luces y entró. Un grito de horror partió de sus labios: una súbita flojedad estuvo a punto de hacerla rodar al suelo. En el centro de la pieza yacía el cuerpo de un hombre en impecable traje de noche. Su rostro estaba horriblemente desgarrado, al extremo de que apenas podía reconocérselo: un trazo rojo manchaba la blanca pechera de su camisa. La preciosa alfombra turca estaba empapada en un oscuro mar de sangre…». *Miss* Fulkes siguió leyendo ávidamente. El resonar del gong la hizo salir sobresaltadamente de su mundo de crimen y esmeraldas. Se levantó de golpe. «Debí tener cuidado de la hora —pensó, sintiéndose culpable—. Vamos a llegar tarde». Devolviendo el *Misterio de las esmeraldas de Castlemaine* a su escondrijo, detrás de lo mejor que se ha dicho o pensado, echó a correr hacia el dormitorio de los niños. Había que lavar y cepillar todavía al pequeño Phil.

* * *

No había más brisa que el aire desplazado por la misma marcha del barco; y este aire semejaba un soplo salido del cuarto de máquinas. Estirados en sus sillas, Philip y Elinor contemplaban la disminución gradual, sobre el fondo del cielo, de una dentada isla de roca roja y desnuda. Del puente superior bajaba el ruido de gente jugando al tejo. Paseándose por principio o para abrirse el apetito, sus compañeros de viaje pasaban y repasaban con la regularidad previsible de cometas.

—¡Vaya un modo de hacer ejercicio! —dijo Elinor en un tono de verdadero

resentimiento; le irritaba mirarlos—. ¡Hasta en el Mar Rojo!

—Eso es lo que explica el Imperio Británico —dijo él.

Hubo un silencio. Quemados al castaño, quemados al escarlata los jóvenes con licencia pasaban riendo, cuatro para cada chica. Veteranos del Oriente, resecos por el sol y adobados en *curry*, se paseaban con palabras sarcásticas en los labios, sobre las Reformas y el costo de la vida en la India. Dos misioneras pasaron con paso amortiguado en un silencio raramente interrumpido. Los trotamundos franceses reaccionaban contra la atmósfera opresoramente imperialista, hablando muy alto. Los estudiantes indios se daban mutuamente golpes en la espalda, como los tenientes en las obras de teatro en la época de la Tía de Carlos; y la jerga que hablaban hubiera parecido anticuada en una escuela preparatoria.

Se iba el tiempo. La isla se desvanecía. El aire se hacía, si es posible, más caliente.

—Me siento preocupada por Walter —dijo Elinor, que había estado rumiando el contenido de la última remesa de cartas, recibida justamente antes de salir de Bombay.

—Es un idiota —contestó Philip—. Después de cometer una estupidez con esa mujer de Carling debería tener el buen sentido de no reincidir con Lucy.

—Desde luego —dijo Elinor, irritada—. Pero ocurre precisamente que le ha faltado el buen sentido. La cuestión es hallar el remedio.

—Bien; es inútil pensar en él a cinco mil millas de distancia.

—Me temo que le dé por echar a volar de golpe cualquier día y que deje a la pobre Marjorie en las astas del toro. Y con un niño en camino, además. Ella es un poco pesada, pero no debería permitir que la tratase de ese modo.

—No —asintió Philip. Hubo una pausa. La rala procesión de los amantes del ejercicio pasó de largo—. He estado pensando —continuó él reflexivamente— que haría un asunto excelente.

—¿Qué?

—Esta historia de Walter.

—¿Te propones acaso explotar literariamente al pobre Walter? —Elinor estaba indignada—. ¡No, de verdad, no voy a tolerar yo eso! Herborizar sobre su tumba o, al menos, sobre su corazón…

—¡Por supuesto que no! —protestó Philip.

—*Mais je vous assure* —gritó una de las francesas, tan alto, que Philip tuvo que renunciar a todo propósito de continuar—, *aux Galeries Lafayette, les carnisoles en flanelle pour enfant ne coûtent que…*

—*Camisoles en flanelle!* —repitió Philip—. ¡Fu!

—Pero, Phil, de verdad…

—Pero, querida, si jamás he pensado en utilizar más que la situación. El joven que trata de hacer rimar su vida con sus libros idealistas, y se figura sentir un gran amor espiritual, tan solo para descubrir que se ha hecho cargo de una majadera, a la cual, en el fondo, no quiere poco ni mucho.

—¡Pobre Marjorie! Pero ¿por qué no se empolvará mejor? Y esos collares y pendientes «artísticos» que lleva siempre…

—Y que luego cae como un bolo a la vista de una sirena —continuó Philip—. Es la situación lo que me ha tentado. No los individuos. Después de todo, existen muchos jóvenes como Walter. Y Marjorie no es la única majadera. Ni Lucy la única devoradora de hombres.

—Bien, si no es más que la situación… —admitió Elinor de mala gana.

—Y, además —continuó él—, no está escrito todavía, y probablemente no lo estará nunca. Así que no hay por qué alarmarse, te lo aseguro.

—Muy bien. No volveré a decir nada hasta que vea el libro.

Hubo otra pausa.

—… Sí, un magnífico verano en Gulmerg el año pasado —decía la joven a sus cuatro caballeros solícitos—. Teníamos golf y baile todas las noches, y…

—*Mais je lui al dit, les hommes sont comme ça. Une jeune fille bien élevée doit…*

—Una especie de pretexto —dijo Philip a plena voz—. Es como tratar de hablar en la caseta de loros del Zoo —añadió entre paréntesis, irritado—. Una especie de pretexto, como decía, para mirar de un modo nuevo las cosas con que quiero experimentar.

—Ojalá que comenzaras por mirarme a mí de un modo nuevo —dijo Elinor con una risita—. Más humano.

—Pero, Elinor, en serio…

—En serio —se burló ella—. Ser humano no es serio. Ser serio es, para ti, ser inteligente.

—Bueno, bueno. —Philip se encogió de hombros—; si no quieres escuchar, me callaré.

—No, no. Phil. Por favor —dijo Elinor, poniendo la mano sobre la de su marido—, por favor.

—No quiero cansarte.

Estaba digno y malhumorado.

—Perdona, Phil. Pero si vieras qué aspecto más cómico tienes cuando estás más triste que enfadado… ¿Recuerdas los camellos de Bikaner, aquella expresión extraordinariamente superior que tenían? ¡Pero, vamos, continúa!

—Este año —decía una misionera a la otra al pasar— el obispo de Kuala Lumpur

ordenó diáconos a seis chinos y dos malayos. Y el obispo del Borneo Británico…

Las suaves voces se desvanecieron en lo inaudible. Philip olvidó su dignidad y rompió a reír.

—Puede que haya ordenado algunos orangutanes.

—¿Te acuerdas de la mujer del obispo de las islas Jueves? —preguntó Elinor—. La que nos encontramos en aquel horrible barco australiano lleno de cucarachas.

—¿La que comía pepinillos en el desayuno?

—Pepinillos con cebolla, además —precisó ella con un estremecimiento—. Pero ¿y tu nuevo modo de mirar las cosas? Parece que nos hemos separado largo trecho del tema.

—Bien; en el fondo no nos hemos separado tanto —dijo Philip—. Todo esto de *camisoles en fanelle* y pepinillos con cebolla y obispos de islas caníbales viene realmente al caso. Porque la esencia del nuevo punto de vista es la multiplicidad. Por ejemplo, una persona interpreta los acontecimientos hablando de obispos; otra, hablando del precio de camisolas de franela; otra, como aquella joven de Gulmerg —movió la cabeza hacia el grupo que se retiraba—, hablando de lo mucho que ha disfrutado. Y luego, quedan el biólogo, el químico, el físico, el historiador. Cada uno ve, profesionalmente, un aspecto diferente del acontecimiento, una capa diferente de la realidad. Lo que yo quiero es mirar con todos esos ojos a la vez. Con ojos religiosos, con ojos científicos, con ojos económicos, con ojos de *homme moyen sensuel…*

—Con ojos amorosos también.

Philip le sonrió y acarició su mano.

—El resultado… —vaciló él.

—Sí, ¿cuál sería el resultado? —preguntó ella.

—Raro —contestó él—. Una imagen muy rara en verdad.

—Demasiado rara tal vez, me parece…

—No, nunca podrá ser demasiado rara —dijo Philip—. Por muy extraña que sea la imagen jamás podrá ser la mitad de extraña que la realidad original. Nosotros lo damos todo por supuesto; pero, desde el instante en que comienza uno a pensar, todo se hace extraño. Y cuanto más piensa uno, más extraño se torna. Esto es lo que quiero yo poner en este libro: lo asombroso de las cosas más obvias. En realidad, serviría cualquier argumento o situación. Porque todo está implícito en todo. Podría escribir el libro entero acerca de un paseo desde Picadilly Circus hasta Charing Cross. O acerca de nosotros dos sentados aquí en un enorme barco, en el mar Rojo. En realidad, nada podría ser más extraño que eso. Cuando reflexiona uno sobre el proceso de la evolución, sobre el genio y la paciencia humanos, sobre la organización social, sobre todo lo que ha hecho posible que nosotros nos hallemos aquí en este momento, mientras que los fogoneros aguantan la presión del

calor en beneficio nuestro, y las turbinas de vapor dan cinco mil revoluciones por minuto, y el mar es azul, y los rayos luminosos no rodean los objetos, de modo que hay sombras, y el sol nos suministra a todas horas energía para vivir y pensar… cuando piensa uno en todo esto y un millón de cosas más, por fuerza se ha de decir que nada habrá de ser más extraño y que ninguna imagen podrá ser bastante extraña para estar a la altura de los hechos.

—A pesar de todo —dijo Elinor tras un largo silencio—, quisiera yo que algún día escribieras una historia simple y directa acerca de un joven y una joven que se enamoran, y se casan, y tropiezan con dificultades, pero se sobreponen a ellas y terminan por vivir tranquilamente.

—Sí… ¿y por qué no una novela policíaca?

Philip se echó a reír. Pero se le ocurrió pensar que si no escribía aquel género de historias era acaso porque no podía. En arte hay simplicidades más difíciles que las más intrincadas complicaciones. Las complicaciones las manejaba él tan bien como el primero. Pero cuando venía a las simplicidades, le faltaba el talento necesario: aquel talento que sale del corazón, no menos que del cerebro, de los sentimientos, de las simpatías, de las intuiciones, no menos que de la comprensión analítica. El corazón, el corazón, repitió para sí. «¿Es que no percibes tú, es que no comprendes? ¿Tienes aún el corazón endurecido?». Falto de corazón, falto de comprensión.

—¡… una terrible coqueta! —exclamó uno de los cuatro caballeros, cuando el grupo, habiendo dado la vuelta, se puso al alcance del oído.

—¿Yo? ¡Quiá! —replicó la joven con indignación.

—¡Sí, sí! —gritaron todos juntos.

Era un modo de hacerle la corte a coro y con insistencia.

—¡No, eso no es verdad!

Pero se comprendía bien que, en el fondo, le encantaba el cosquilleo de aquel reproche.

Como perros, pensó él. Pero el corazón, el corazón… El corazón era la especialidad de Burlap. «Jamás hará usted un buen libro —había dicho en son de oráculo—, a no ser que le salga del corazón». Era cierto; Philip lo sabía. Pero ¿era Burlap quien tenía derecho a decirlo, Burlap, cuyos libros eran sentidos tan cordialmente que parecían salidos del estómago después de un emético? Si él, por su parte, buscaba apoyo en las líneas más simples, el resultado no sería menos repulsivo. Mejor le sería cultivar plenamente su propio jardín. Más le valdría permanecer rígidamente fiel a sí mismo. ¿A sí mismo? Pero esta cuestión de la identidad era precisamente uno de los problemas crónicos de Philip. ¡Le era tan fácil ponerse, aproximadamente, en lugar de cualquiera, teóricamente y con su

inteligencia! Tenía tal poder de asimilación, que con frecuencia se veía en peligro de no poder distinguir al asimilador del asimilado, de no discernir al actor entre la multiplicidad de sus papeles. La ameba, cuando encuentra una presa, fluye en torno de ella, la incorpora y sigue deslizándose. Había algo de ameba en el espíritu de Philip Quarles. Era como un mar de protoplasma espiritual, capaz de fluir en todas las direcciones, de engolfar cada objeto que se hallara en su camino, de infiltrarse en toda grieta, de llenar todo molde, y, habiendo engolfado, habiendo llenado, de seguir su curso hacia otros obstáculos, otros receptáculos, dejando a los primeros secos y vacíos. En diferentes épocas de su vida, y hasta simultáneamente, había llenado los moldes más variados. Había sido cínico, así como místico; humanitario, así como misántropo: había tratado de vivir una vida de razón, destacada y estoica, y en otra ocasión había aspirado a la ausencia de razón en una existencia natural e incivilizada. La elección de moldes dependía en cualquier momento dado de los libros que leía, de la gente con que se hallaba en comunicación. Burlap, por ejemplo, había encauzado la corriente de su espíritu por aquellos místicos cauces que no había llenado desde su descubrimiento de Boheme, en su época de estudiante. Luego había desenmascarado a Burlap y su espíritu reanudó su curso, siempre dispuesto, sin embargo, a remontar el cauce gota a gota, cada vez que parecieran requerirlo las circunstancias. En este momento remontaba suavemente su cauce; el molde tenía forma de corazón. ¿Dónde estaba el yo al cual pudiera consagrar él su fidelidad?

Las misioneras pasaron en silencio. Mirando por encima del hombro de Elinor, vio que se hallaba leyendo *Las mil y una noches*, en la traducción de Mardrus. Él tenía sobre las rodillas los *Fundamentos metafísicos de la ciencia moderna* de Burtt: tomó el libro y comenzó a buscar la página en que había quedado. ¿O es que no existe un yo en absoluto?, se preguntó. No, no; aquello era insostenible; eso contradecía la experiencia inmediata. Miró por encima de su libro el vasto resplandor del mar. El carácter esencial del yo consistía precisamente en aquella ubicuidad líquida e indeformable; en aquella capacidad de desposarse con todos los contornos, y, no obstante, de no permanecer fijo en ninguna forma, de tomar y de borrar con igual facilidad toda impresión. Todos aquellos moldes que su espíritu pudiera ocupar de vez en cuando, todos aquellos obstáculos duros y ardientes que pudiera ceñir, sumergir en frío él mismo, penetrar hasta el corazón llameante… A nada de esto debía una fidelidad permanente. Los moldes se vaciaban con la misma facilidad con que se habían llenado; los obstáculos se omitían. Pero la esencial liquidez que fluía a su voluntad, el flujo frío e indiferente de la curiosidad intelectual, esto persistía y a esto debía él su lealtad. Si existía una concepción de la vida en la cual pudiera creer de modo permanente, era aquella mezcla de pirronismo y estoicismo que le había dado la impresión, a él, simple escolar entre los filósofos, de ser la cúspide de la sabiduría

humana y en cuyo molde de indiferencia escéptica había vertido él su desapasionada adolescencia. Con frecuencia se había rebelado contra la suspensión de juicio del pirronismo y la imperturbabilidad del estoicismo. Pero ¿había sido jamás verdaderamente seria esta rebelión? Pascal había hecho de él un católico; pero solamente mientras el volumen de los Pensamientos permaneció abierto ante él. Había momentos en que, en compañía de Carlyle o de Whitman, o del tonante Browning, había creído en el ardor por el ardor. Y luego estaba Mark Rampion. Después de unas cuantas horas en compañía de Mark Rampion llegaba a creer realmente en el noble salvajismo; se sentía convencido de que el intelecto, orgullosamente consciente, debía humillarse un poco y admitir los derechos del corazón, los ojos, el vientre, los riñones, los huesos, la piel y los músculos a una considerable parte de la vida. ¡Otra vez el corazón! Burlap había tenido razón, a pesar de ser un charlatán, una especie de fullero de las emociones. ¡El corazón! Pero, hiciera lo que hiciese, él sabía perfectamente bien en todo momento que, en lo más profundo de su ser, no era un católico, ni un partidario de la vida ardiente, ni un místico, ni un noble salvaje. Y aunque algunas veces sintiese con nostalgia no ser ninguno de estos seres, o todos a la vez, se alegraba siempre secretamente de no serlo, y de permanecer libre, aun cuando su libertad fuese, de modo extraño y paradójico, un obstáculo y una limitación a su espíritu.

—No; esa historia simple que tú quieres —dijo él en voz alta— no se adapta.

Elinor alzó los ojos de *Las mil y una noches*.

—¿Qué historia?

—La que quieres que escriba yo.

—¡Oh, esa! —Ella se echó a reír—. Te has pasado bastante tiempo reflexionando sobre ella.

—No me brindaría la ocasión que yo persigo —explicó él—. Tendría que ser sólida y profunda. Mientras que yo soy ancho, ancho y líquido. No sería mi género.

—Eso hubiera podido decírtelo yo desde el primer día que te vi —dijo Elinor, y volvió a engolfarse en Scheherezada.

«Con todo —pensó Philip—, Mark Rampion tiene razón. En la práctica, también; lo que resulta bastante impresionante. En su arte y en su vida, así como en sus teorías. No como Burlap». Philip pensó, con repugnancia, en los eméticos artículos de fondo de Burlap en *El Mundo Literario*. Como un cruce de canales espirituales. Y luego, una de esas vidas indecentes, viscosas… Pero Rampion era la prueba de sus teorías. «¡Que no había de poder captar yo algo de su secreto! —suspiró Philip para sí mismo—. Lo iré a ver tan pronto llegue».

XV

Durante las semanas que siguieron a su escena final, Walter y Marjorie vivieron en un estado de relaciones particular y desagradablemente falsas. Se mostraban muy considerados, muy corteses uno hacia el otro, y cada vez que se quedaban solos entablaban largas conversaciones llenas de urbanidad y faltas de intimidad. No se mencionaba jamás el nombre de Lucy Tantamount ni se hacía la menor referencia a las ausencias de Walter, que se repetían casi todas las noches. Había un acuerdo tácito para hacer como si nada hubiera pasado, y como si todo marchara para bien en el mejor de los mundos posibles.

En el primer acceso de cólera, Marjorie había comenzado realmente a hacer sus maletas. Quería partir inmediatamente aquella misma noche, antes de que volviera él. Ella le demostraría que había un límite para los ultrajes e insultos que estaba dispuesta a soportar. ¡Volver a casa exhalando el perfume de aquella mujer! Esto era repugnante. Parecía imaginarse él que Marjorie le era tan abyectamente devota y que, materialmente, dependía de tal modo de él, que podía continuar insultándola sin el menor temor de provocarla a rebelarse abiertamente. Había hecho mal en no pisar en firme antes de ahora. No debía haberse dejado conmover por aflicción la noche anterior. Pero más vale tarde que nunca. Esta vez sería definitivo. Tenía que considerar su amor propio. Sacó los baúles del desván y comenzó a recoger sus cosas.

Pero ¿adónde iría ella? ¿Qué iba a hacer? ¿De qué habría de vivir? Estas preguntas surgían con mayor insistencia cada minuto. El único pariente que contaba era una hermana casada, que era pobre y tenía un marido que no aprobaba su conducta. Mrs. Cole había reñido con ella. No había ningún otro amigo que pudiera o quisiera sostenerla. No había aprendido ningún oficio, carecía de dones especiales. Además, pronto tendría un bebé; jamás podría hallar un empleo. Y, después de todo y a pesar de todo, le tenía mucho afecto a Walter, lo amaba, no sabía de qué modo podría valerse sin él. Y él la había amado, y estaba segura de que la amaba un poco todavía. Y aquella locura acaso se desvaneciera por sí sola; o tal vez lograra atraerlo de nuevo gradualmente hacia sí. Y, en todo caso, sería mejor no actuar precipitadamente. Al fin, desembauló sus ropas y devolvió los baúles al desván. Al día siguiente comenzó a representar su comedia de falsa apariencia y de ignorancia deliberadamente fingida.

Por su parte, Walter se sintió francamente dichoso de desempeñar el papel que le estaba designado en la comedia. El no decir nada, el actuar como si no hubiera ocurrido nada en particular, esto le convenía perfectamente. La evaporación de su cólera, la amortiguación de su deseo lo habían reducido, de su estado momentáneo de fuerza y crueldad, a su condición normal de timidez apacible y propensa al remordimiento. La

fatiga corporal ejerce un efecto suavizador sobre las fibras del espíritu. Él volvió de casa de Lucy con el sentimiento de su culpabilidad, sintiendo que había hecho un daño grave a Marjorie y esperando con temor el alboroto que no dejaría de armarle. Pero Marjorie estaba dormida cuando él se deslizó en su habitación. O al menos fingía estarlo; ella no lo llamó. Y, al día siguiente, solo por la nota, más cortés y formalista que de ordinario, de sus saludos, llegó a percibir él algo desacostumbrado. Enormemente aliviado, Walter correspondió a este silencio de buen augurio con más silencio, y a la cortesía atentamente trivial con una cortesía que, en su caso, era más que meramente formal, le salía del corazón, que era una tentativa sincera (tan intranquila estaba su conciencia) de prestarle servicio, de enmendar solícita y afectuosamente las ofensas pasadas, de pedir perdón anticipado por las ofensas que no tenía intención de no cometer en lo futuro.

Que no hubiese habido alboroto ni reproches y sí solo un silencio cortés que fingía ignorancia, fue un gran alivio. Pero, a medida que pasaban los días, Walter comenzó a hallar la falsedad de sus relaciones cada vez más penosa. La comedia lo ponía nervioso; el silencio era acusador. Él se hizo cada vez más cortés, más solícito, más afectuoso; pero aunque él la quería sinceramente, aunque deseaba sinceramente hacerla dichosa, sus visitas a Lucy todas las noches hacían que hasta su afecto por Marjorie pareciese una mentira, y su verdadera solicitud tenía el aire de una hipocresía, aun para él mismo, mientras persistiera en hacer, en los intervalos de su bondad, precisamente, aquellas cosas que sabía tenían que hacerla desdichada.

«¡Ah!, si solamente —se decía con cólera impotente y quejumbrosa—, si solamente se conformara ella con lo que puedo darle y dejara de atormentarse por lo que no puedo ofrecerle…». (Porque estaba claro, a pesar de la comedia de silencio y cortesía, que se estaba atormentando. Su rostro, enflaquecido y macilento, bastaba para desmentir la estudiada indiferencia de su porte). «Lo que yo puedo darle es mucho. Lo que no puedo ofrecerle no tiene ninguna importancia. Al menos para ella», añadió, porque no tenía ninguna intención de cancelar su importante cita con Lucy aquella noche.

Apenas disfrutado, se desprecia;
Locamente buscado; y obtenido.
Apenas, se detesta.

Como siempre, la literatura lo había extraviado. Lejos de hacerle odiar y despreciar, la realización y el disfrute solo le habían hecho desear más realización y más disfrute. Cierto que se hallaba todavía un poco avergonzado de su deseo. Hubiera querido verlo justificado por algo más alto: por el amor. «Después de todo —argüía—, no existe nada

de imposible o de antinatural en amar a dos mujeres a la vez: en amarlas sinceramente». Él acompañaba sus ardores con toda la encantadora y delicada ternura de su naturaleza un tanto débil y todavía adolescente. Él trataba a Lucy, no como a la dura e implacable buscadora de placer que claramente había reconocido en ella antes de convertirse en su amante, sino como a un ser idealmente agraciado y sensible, para ser adorado así como deseado, una especie de niña, madre y amante combinadas, a la cual debía proteger uno maternalmente y maternalmente ser protegido por ella, todo esto sin dejar de hacerle de modo viril y ¡sí!, hasta faunesco el amor. La sensualidad y el sentimiento, el deseo y la ternura son tan frecuentemente amigos como enemigos. Hay quienes, apenas disfrutado, desprecian aquello de que han disfrutado. Pero hay otros en quienes el disfrute se halla asociado con la bondad y el afecto. La necesidad que tenía Walter de justificar sus deseos por el amor era sólo, en último análisis, la expresión moral de su natural tendencia a asociar el acto del disfrute sexual con una sensación de ternura, a la vez caballerescamente protectora y puerilmente humillada. En él la sensualidad producía ternura; e inversamente, donde no había sensualidad no se desarrollaba la ternura. Sus relaciones con Marjorie eran demasiado asexuales y platónicas para que su ternura pudiera manifestarse plenamente. En calidad de sensual, duro y ferozmente cínico, había conquistado Walter a Lucy. Pero, puesta en acción, su sensualidad lo hacía sentimental. El Walter que había oprimido a Lucy desnuda entre sus brazos era diferente del Walter que solamente había deseado hacerlo; y este nuevo Walter necesitaba, por simple instinto de conservación, creer que Lucy experimentaba, bajo la influencia de sus caricias, los mismos sentimientos de ternura que él. El seguir creyendo, como había creído el viejo Walter, que Lucy era dura, egoísta, incapaz de sentimientos de afecto, hubiera matado la dulce ternura del nuevo Walter. Para él era esencial creerla tierna. Ponía su mejor voluntad en engañarse a sí mismo. Cada movimiento de languidez y abandono de Lucy lo interpretaba él ávidamente como un síntoma de suavización íntima, de confianza, de capitulación. Cada una de sus palabras de amor y Lucy era, según la moda, bastante pródiga en sus «cielo mío» y sus «pichoncito» y sus «vida mía», expresiones triviales de arrebato o de cumplimiento —las recibía y atesoraba él como salidas directamente de las profundidades de su corazón. A estos índices imaginarios de dulzura y calor de sentimiento respondía él con un redoblamiento agradecido de su propia ternura; y su redoblada ternura se sentía doblemente ansiosa de hallar en Lucy una ternura correspondiente. El amor le producía un deseo de ser amado; este le hacía creer, de un modo precario y tirante, que era amado. Y el creerse amado fortalecía su amor. Y así comenzaba de nuevo, intensificándose a sí mismo, el proceso circular.

Lucy se sintió conmovida, conmovida y sorprendida, por la adoración de su ternura.

Lo había admitido porque se aburría, porque sus labios eran dulces y sus manos sabían acariciar, y porque, en el último momento, ella había sido divertida y cautivada por su conversión súbita del servilismo a la impertinencia conquistadora. ¡Qué noche más singular aquella! Walter, sentado ante ella, durante la comida, con aquella expresión dura en su rostro, como si estuviera terriblemente encolerizado y quisiera rechinar los dientes; pero, con todo, muy divertido, contando las historias más maliciosas acerca de todo el mundo, prodigando las informaciones históricas más fantásticas y grotescas, las citas más asombrosas de viejos libros. Al terminarse la comida: «Ahora vamos otra vez a su casa», dijo él. Pero Lucy quería ir a ver el «número» de Nellie Wallace, en el Victoria Palace, entrar luego de paso en el Embassy para tomar un bocado y bailar un poco, y tal vez llegarse después a casa de Cuthbert Arkwright, donde podía darse el caso de que… No era que Lucy tuviera ningún deseo real y activo de ir al *music hall*, ni de bailar, ni de escuchar la conversación de Cuthbert. Lo único que quería era afirmar su voluntad contra Walter. Lo único que quería era dominar, tomar el mando y obligarlo a hacer lo que ella quisiera, y no lo que quisiese él. Pero Walter no se dejó conmover. No dijo nada, se contentó con sonreír. Y cuando el taxi arrimó a la puerta del restaurante, él le dio las señas de Bruton Street.

—¡Pero esto es una violación! —protestó ella.

Walter rio.

—Todavía no —contestó—; pero lo será.

Y en efecto, en la sala gris y color de rosa fue casi una violación. Lucy provocó todas las violencias de la sensualidad y se sometió a ellas. Pero lo que ella no había pensado provocar era la tierna y apasionada adoración que sucedió a las primeras violencias. La dura expresión de cólera se desvaneció del rostro de Walter, dejándole como si le hubieran arrancado una coraza protectora, como si quedara desnudo, en la temblorosa y vulnerable desnudez de la ternura y de la adoración. Sus caricias eran como el apaciguamiento de un dolor o de un terror, como la mitigación de la ira, como delicadas propiciaciones. Sus palabras eran a veces como susurros de oraciones fragmentarias a un dios, a veces palabras de consuelo murmuradas al oído de una niña enferma. Lucy se sintió sorprendida, conmovida, casi avergonzada por esta pasión hecha ternura.

—No. Yo no soy así, yo no soy así —protestó ella en respuesta a sus susurros de adoración.

No podía aceptar aquel amor con falsas apariencias. Pero los suaves labios de Walter, que rozaban su piel; las yemas de sus dedos, que la tocaban ligeramente, la apaciguaban y la acariciaban hasta hacerle sentir ternura; la transformaban por encanto en el objeto dulce, amoroso, cálido, de su adoración; la cargaban eléctricamente de todas aquellas

cualidades que sus susurros le habían atribuido y cuya posesión había negado ella.

Lucy atrajo la cabeza de su amante contra su seno y deslizó los dedos entre su pelo.

—Walter, cielo mío —murmuró—, cielo mío.

Hubo un largo silencio, una cálida y plácida ventura. Y luego, de súbito, precisamente porque esta silenciosa ventura era tan profunda y tan perfecta, y, de consiguiente, a los ojos de Lucy, intrínsecamente un tanto absurda y aun peligrosa en su impersonalidad sin tacha, un tanto amenazadora para su voluntad consciente, preguntó ella:

—¿Te has quedado dormido, Walter? —Y le pellizcó la oreja, retorciéndosela.

Durante los días siguientes Walter se afanó en atribuirle a ella las emociones que él experimentaba. Pero Lucy no le facilitó la tarea. Ella no quería sentir aquella profunda ternura que es una capitulación de la voluntad, una quiebra de todo aislamiento personal. Ella quería ser ella misma, Lucy Tantamount, con pleno dominio de la situación, disfrutando conscientemente hasta el último límite, dándose al placer sin consideraciones hacia nada ni hacia nadie; libre, no solo económica y legalmente, sino también emotivamente, emotivamente libre de admitirlo o rechazarlo. De echarlo como lo había admitido, en cualquier momento, cuando le diera la gana. Ella no tenía deseo de capitular. Y aquella ternura de él… ¡Oh! Era conmovedora, sin duda, y halagadora; y un tanto encantadora en sí misma, pero un poco absurda y, en su ansiosa demanda de respuesta, un tanto fastidiosa, a decir verdad. Ella se dejaba llevar un poco por la vía de la capitulación, dejaba que sus caricias la cargaran un poco de su ternura; tan solo para retirarse súbitamente de él y encerrarse en un aparte importuno y provocador. Y Walter despertaba de su sueño de amor para caer en la realidad de lo que Lucy llamaba «placer», en el frío mediodía de la sensualidad aguda deliberadamente risueña. Ella lo dejaba sin justificación, sin paliativo, con su sentimiento de culpabilidad.

—¿Me amas? —le preguntó él una noche.

Ya sabía que no. Pero, por perversidad, quería hacérselo confirmar explícitamente.

—Yo creo que eres encantador —dijo Lucy.

Levantó los ojos hacia él y sonrió. Pero los de Walter permanecieron sombríos y llenos de desesperación.

—Pero ¿me *amas*? —insistió él.

Apoyado en el codo, se inclinaba sobre ella casi amenazadoramente. Lucy yacía de espaldas, las manos enlazadas bajo la cabeza, los pequeños pechos erguidos por la tracción de los músculos estirados. Walter bajó la vista hacia ella; bajo sus dedos estaba la elástica y curvada tibiedad del cuerpo que tan completa y absolutamente había poseído. Pero la dueña del cuerpo le sonreía por entre párpados a medio abrir, remota, inasequible…

—¿Me amas?

—Eres encantador.

Algo semejante a una burla brilló entre las pestañas oscuras.

—Pero esa no es una respuesta a mi pregunta. ¿Me amas?

Lucy se encogió de hombros y le hizo una ligera mueca.

—¿Amar? —repitió ella—. Es una palabra un tanto fuerte, ¿no crees? —desprendiendo una mano de debajo de la cabeza, la levantó para dar un tironcito al mechón de pelo castaño que había caído sobre la frente de Walter—. Tienes el pelo demasiado largo —dijo.

—Entonces ¿por qué me has recibido? —insistió Walter.

—¡Si supieras qué aspecto más ridículo tienes con tu cara solemne y tu pelo sobre los ojos! —dijo Lucy riendo—. Te pareces a un perro de aguas constipado.

Walter se recogió el mechón colgante.

—Quiero una respuesta —continuó, obstinado—. ¿Por qué me has recibido?

—¿Por qué? Porque eso me divertía. Porque ese era mi deseo. ¿No está bastante claro?

—¿Sin amarme?

—¿Por qué has de hacer intervenir siempre el amor? —preguntó ella con impaciencia.

—¿Por qué? —repitió él—. Pero ¿cómo puedes tú dejarlo fuera?

—Si puedo obtener lo que deseo sin él, ¿por qué darle entrada? Y además, no es una la que le da entrada. Es él quien se presenta. ¡Cuán raramente! O acaso no se presente jamás; yo no sé. En todo caso, ¿qué va a hacer una en los intervalos? —Lucy lo tomó de nuevo por el mechón y atrajo el rostro de Walter hacia el suyo—. En los intervalos, Walter del alma, estás tú.

La boca de Walter estaba a una pulgada o dos de la suya. Él atiesó el cuello y se resistió a bajar más la cabeza.

—Por no hablar de todos los demás —dijo.

Lucy le tiró más fuerte del pelo.

—¡Idiota! —dijo, frunciendo el entrecejo—. En vez de mostrarte agradecido por lo que has obtenido…

—Pero ¿qué he obtenido yo? —El cuerpo de Lucy, cálido y sedoso, ondulaba bajo su mano; pero Walter miraba sus ojos burlones—. ¿Qué he obtenido yo?

Lucy fruncía aún el entrecejo.

—¿Por qué no me besas? —preguntó, como si presentara un ultimátum; Walter no respondió; se quedó inmóvil—. ¡Oh, está bien! —dijo ella, empujándolo—. Entonces, seremos dos a jugar ese juego.

Repelido, Walter se inclinó, ansioso, para besarla. La voz de Lucy había tenido la dureza de la amenaza; Walter sintió el terror de haberla perdido.

—Soy un imbécil —dijo.

—En efecto.

Lucy desvió la cara.

—Perdona.

Pero ella no quería hacer las paces.

—No, no —dijo; y cuando, con una mano bajo su mejilla, trató él de volver su rostro hacia sus besos, ella hizo un rápido movimiento y le mordió la yema del pulgar. Cargado de odio y de deseo, la tomó por la fuerza.

—¿Sigues preocupado por el amor? —preguntó ella al fin, rompiendo el silencio de aquella lánguida convalecencia que sigue a la fiebre de los deseos satisfechos.

A contrapelo, casi con dolor, Walter se forzó a contestar. La pregunta de Lucy en aquel silencio profundo era como la llama de un fósforo en la tiniebla de la noche. La noche es ilimitada, inmensa, salpicada de estrellas. Se enciende el fósforo y todas las estrellas quedan instantáneamente abolidas; ya no hay distancias ni profundidades. El universo queda reducido a una pequeña cueva luminosa, excavada en la tiniebla sólida, poblada de rostros brillantemente iluminados, de brazos y de cuerpos, y de los cercanos objetos familiares de la vida cotidiana. En aquella profunda noche del silencio había sido dichoso Walter. Convaleciente después de la fiebre, tenía a Lucy entre sus brazos, desvanecido el odio, lleno de una ternura soñolienta. Su espíritu parecía flotar en la cálida serenidad entre el ser y la aniquilación. Ella se agitó entre sus brazos; habló, y aquella maravillosa serenidad extraserena vaciló y se quebró como la superficie lisa y brillante de un agua súbitamente perturbada.

—Yo no estaba preocupado por nada —dijo él, abriendo los ojos para hallarla a ella mirándolo con una expresión de alegría y curiosidad. Walter frunció el ceño—. ¿Por qué me miras? —preguntó.

—No sabía que estuviese prohibido.

—¿Me has estado mirando así todo el tiempo?

Esta idea le fue extrañamente desagradable.

—Horas enteras —contestó Lucy—. Pero con admiración, te lo aseguro. Me pareciste realmente encantador. Nada menos que una beldad durmiente. —Lucy sonreía, burlona, pero decía verdad. Estéticamente, con la satisfacción de un experto, ella lo había admirado realmente allí tendido, pálido, con los ojos cerrados, como si estuviera muerto, a su lado.

Walter no se sintió ablandado por la lisonja.

—No me gusta que te regocijes así de tenerme —dijo él, frunciendo aun el entrecejo.

—¿Que yo me regocijo?

—Como si me hubieras matado.

—¡Qué incorregible romántico! —Lucy se echó a reír.

Y con todo, era cierto. Él *había* hecho el afecto de un muerto; y la muerte, en estas circunstancias, tenía algo de ridículo y humillante. Viva, despierta y conscientemente viva, ella había contemplado su hermosa actitud de muerto. Con admiración, pero con divertido desapego, había contemplado aquella pálida y exquisita criatura de la cual se había servido para su placer, y que ahora se hallaba muerta. «¡Qué imbécil!», había pensado ella. Y «¿por qué se empeñarán las gentes en hacerse a sí mismas desdichadas en vez de aceptar el placer que se les presenta?». Ella había expresado sus pensamientos en la pregunta burlona que despertó a Walter del fondo, de su eternidad. Preocupándose acerca del amor… ¡Qué idiota!

—Y con todo —insistió Walter—, te regocijabas.

—¡Romántico, romántico! —se mofó ella—. ¡Tienes un modo tan anticuado y absurdo de considerar las cosas! Matar y regocijarse sobre los cadáveres y luego el amor y todo lo demás. Es absurdo. Pudieras igualmente pasearte de frac y corbatín. Procura estar un poco más al día.

—Prefiero ser humano.

—Vivir al día es vivir de prisa —continuó ella—. No se puede marchar hoy día con una carretada de ideales y romanticismos a rastras. Para viajar en aeroplano hay que dejar en casa el equipaje pesado. La buena alma de antaño estaba bien cuando la gente vivía con lentitud. Pero hoy resulta demasiado pesada. No hay cabida para ella en un aeroplano.

—¿Ni siquiera para el corazón? —preguntó Walter—. El alma no me importa tanto como todo eso.

En un tiempo le había importado mucho. Pero ahora que su vida no consistía ya en leer los filósofos, le importaba, en efecto, un poco menos.

—Pero el corazón —añadió— el corazón…

Lucy meneó la cabeza.

—Acaso sea una lástima —admitió—. Pero no se puede obtener nada por nada. Si le gusta a usted la velocidad, si quiere salvar las distancias, no puede llevar equipaje. La cuestión está en saber lo que se quiere y estar dispuesto a pagar su valor. Yo sé exactamente lo que quiero; de modo que sacrifico mi equipaje. Si tú quieres viajar en un carro de mudanzas, allá tú. Pero no esperes, mi querido Walter, que yo te acompañe. Y no esperes tampoco que lleve tu piano de cola en mi monoplano de dos plazas.

Hubo un largo silencio. Walter cerró los ojos. Hubiera querido estar muerto. El roce de la mano de Lucy en su cara lo sobresaltó. Sintió que le tomaba el labio inferior entre el índice y el pulgar. Se lo pellizcó suavemente.

—Tienes una boca encantadora —dijo ella.

XVI

Los Rampion vivían en Chelsea[6]. Su casa se componía de un gran estudio con tres o cuatro pequeñas habitaciones pegadas a él. Un nidito delicioso, a su modo, un tanto rústico, pensaba Burlap, mientras tocaba el timbre aquel sábado por la tarde. Y Rampion lo había comprado por nada, literalmente por nada: justamente antes de la guerra. Los alquileres de la posguerra no le afectaban a él. ¡Ciento cincuenta libras anuales que se quedaban en las arcas! Vaya un diablo afortunado, pensó Burlap, olvidándose por un momento de que también él vivía, en casa de Beatrice, sin pagar alquiler, y recordando solamente que acababa de gastar veinticuatro chelines y nueve peniques en almorzar con Molly d'Exergillod.

Mary Rampion abrió la puerta.

—Mark le espera a usted en el estudio —dijo ella tras el cambio de saludos.

«Aunque, ¿por qué diablo —se preguntaba ella interiormente—, por qué diablo seguirá él en relaciones amistosas con este individuo? No lo comprendo».

Personalmente, Mary detestaba a Burlap.

—Es una especie de buitre —había dicho a su marido después de la anterior visita del periodista—. O no, un buitre no, porque los buitres solo se nutren de carroña. Es un parásito que se alimenta en huéspedes vivos y siempre en los más selectos que encuentra. Tiene buen olfato para lo selecto: le concedo ese don. Una sanguijuela espiritual; he ahí lo que es él. ¿Por qué lo dejas chuparte la sangre?

—¿Por qué no ha de chupar? —replicó Mark—. No me hace daño alguno, y me divierte.

—Lo que creo es que te hace cosquillas en la vanidad —dijo Mary—. Es halagador tener parásitos. Es un cumplimiento a la calidad de la sangre.

—Y, además —dijo Rampion—, tiene algo en sí.

—Desde luego que tiene algo en sí —contestó Mary—. Tiene tu sangre en sí, entre otras cosas. Y la sangre de todas las demás personas de las cuales se nutre.

—Vamos, no exageres, no seas romántica.

Rampion se mostraba contrario a todas las hipérboles, salvo las suyas propias.

—Bien, todo lo que puedo decir es que a mí no me agradan los parásitos. —Mary hablaba en tono concluyente—. Y la próxima vez que venga voy a echarle un poco de polvo insecticida tan solo para ver lo que pasa. Así que ya lo sabes.

No obstante, la próxima vez había llegado, y he ahí que Mary le abría la puerta, y lo mandaba a pasar libremente al estudio, como al mejor recibido de los invitados. Hasta en Mary la atavística, la fuerza del hábito cortés podía más que su deseo de regar con el polvo

insecticida.

Los pensamientos de Burlap, en camino al estudio, giraban aún sobre cuestiones financieras. El recuerdo de lo que había pagado por el almuerzo seguía enconado.

«No solo no paga alquiler —pensaba refiriéndose a Rampion—, sino que apenas tiene ningún gasto. Viviendo, como lo hacen, con una sola sirvienta, haciendo ellos mismos la mayor parte del trabajo doméstico, sin tener coche, deben de gastar, en verdad, ridículamente poco. Es cierto que tienen dos niños que educar. —Pero Burlap logró, por una especie de escamoteo mental, en el que era muy diestro, hacer desaparecer los dos niños del campo de su sensibilidad consciente—. Y, sin embargo, Rampion debe de hacer bastante dinero. Vende sus cuadros y sus dibujos a precios muy razonables. Y encuentra un buen mercado para todo lo que se le ocurre escribir. ¿Qué hace con todo su dinero? —se preguntó Burlap, con cierto resentimiento, al llamar a la puerta del estudio—. ¿Lo atesora? ¿O qué?».

—Adelante —respondió la voz de Rampion del otro lado de la puerta.

Burlap ajustó su rostro a una sonrisa y abrió.

—¡Ah, es usted! —dijo Rampion—. No puedo darle la mano en este momento, ¿eh? —Se hallaba limpiando los pinceles—. ¿Cómo sigue usted?

Burlap meneó la cabeza y dijo que necesitaba unas vacaciones, pero que sus medios no le permitían tomarlas. Dio la vuelta al estudio mirando reverentemente los lienzos. La mayor parte de ellos difícilmente hubieran obtenido la aprobación de San Francisco. Pero ¡qué vida, qué energía, qué imaginación! La vida, después de todo, era lo importante. «Yo tengo fe en la Vida», tal era el primer artículo del credo.

—¿Cómo se titula este? —preguntó, parándose ante el lienzo del caballero.

Secándose las manos al paso que se acercaba, Rampion cruzó la pieza y se paró a su lado.

—¿Ese? —dijo—. Bien, pues… Sin duda, usted lo titularía *Amor* —y se echó a reír; había trabajado bien aquella tarde y se hallaba de un humor excelente—. Pero gentes menos refinadas y menos prendadas del alma pudieran preferir algo menos copiable. —Sonriendo maliciosamente, propuso algunas variantes lo menos copiables posible. La sonrisa de Burlap era un poco amarga—. Yo no sé si se le ocurrirán a usted otras —concluyó Rampion maliciosamente.

Cuando Burlap se encontraba cerca de él le divertía a la vez que sentía como un deber mostrarse un poco chocante.

Era un cuadro bastante pequeño, al óleo. Abajo en el ángulo izquierdo del lienzo, en un lugar retirado, entre un primer plano de rocas oscuras y troncos de árboles y un fondo de riscos abruptos, con una masa de follaje por bóveda, dos personajes, un hombre y una

mujer, yacían abrazados. Dos cuerpos desnudos: el de la mujer, blanco; el del hombre, rojo oscuro. Estos dos cuerpos eran la fuente de toda la iluminación del cuadro. Las rocas y los troncos de árboles del primer plano mostraban su silueta contra la luz que emanaba de ellos. El precipicio del fondo estaba dorado por la misma luz. Esta tocaba la cara inferior del follaje de la bóveda y arrojaba sombras hacia una creciente oscuridad de verdor. Surgiendo del apartado lugar en que yacían los cuerpos, atravesaba diagonalmente el cuadro, iluminaba y (se sentía) creaba con su resplandor una asombrosa flora de gigantescas rosas, zinnias y tulipanes, mientras que caballos, leopardos y pequeños antílopes iban y venían entre las enormes flores; luego, detrás, un paisaje cuyo verdor se profundizaba, plano sobre plano, hasta el azul, con un atisbo de mar entre las colinas, y, por encima, formas de nubes enormes, heroicas, en el cielo azul.

—Es admirable —dijo Burlap, lentamente, meneando la cabeza ante el cuadro.

—Pero yo veo que usted lo detesta.

Mark Rampion sonrió con una especie de triunfo.

—¡Oh! ¿Por qué dice usted eso? —protestó el otro con una dulce tristeza de mártir.

—Porque resulta ser verdad. La cosa no es bastante a lo Jesús para usted. El amor, el amor *físico*, como fuente de luz, de vida y de belleza… ¡Ah, no, no, no! Eso es demasiado basto, demasiado carnal: es lamentablemente directo.

—¿Me toma usted por Mrs. Grundy[7]?

—No, Mrs. Grundy, no. —El buen humor de Rampion se desbordó en burla—. Digamos por San Francisco. A propósito, ¿cómo va la vida del santo que está escribiendo usted? Espero que habrá hecho usted una jugosa descripción del episodio en que el santo lame a los leprosos. —Burlap hizo un gesto de protesta; Rampion hizo una mueca de burla—. En el fondo, hasta San Francisco es demasiado adulto para su gusto de usted. Los niños no lamen a los leprosos. Solo adolescentes sexualmente pervertidos pueden hacer eso. San Hugo de Lincoln: he ahí lo que es usted, Burlap. Como usted sabe, este era un niño, un puro ni-ñi-i-to. ¡Un pichoncito amoroso y angelical! Tan atento y reverente hacia las mujeres como si todas fueran madonas. Viniendo a que lo mimaran e hiciesen desvanecer sus penas a besos y le hablaran del pobre Jesús… Y hasta a tomar un trago de leche si por casualidad se encontraba a mano.

—¡Oh! Verdaderamente…

—Sí, verdaderamente —parodió Rampion.

Le gustaba hostigarlo, hasta hacerle cobrar el aspecto de un indulgente mártir cristiano. Le estaba bien, por haber venido con aquella actitud de caro discípulo y mostrarse tan desagradablemente reverencioso y admirador.

—Sí, el pequeño San Hugo de ojos muy abiertos y trotecillo menudo. Trotando menudillo y reverentemente hacia las mujeres, como si todas fueran madonas. Pero metiéndoles, con todo, su manecita por debajo de las sayas. Viniendo a rezar, sí, pero quedándose a compartir la cama de la madonina. —Rampion sabía bastantes cosas acerca de los asuntos amorosos de Burlap y había adivinado más—. ¡Este querido y pequeño San Hugo! ¡Cuán lindamente trota hacia la alcoba y de qué modo más encantador e infantil se acurruca bajo las sábanas! ¡Oh, no, esto que tenemos a la vista es demasiado grosero, y falto de espiritualidad para nuestro pequeño Huguito!

Echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Siga, siga —dijo Burlap—. No haga caso de mí.

Y a la vista de su sonrisa de mártir, de su sonrisa espiritual, Rampion rio todavía más estrepitosamente.

—¡Oh, vaya, vaya! —dijo jadeante—. La próxima vez que venga usted le tendré guardada una reproducción del *Santa Mónica y San Agustín*, de Ary Scheffer. Eso le hará a usted caer la baba… ¿Le gustaría a usted ver alguno de mis dibujos? —preguntó en otro tono; Burlap meneó la cabeza afirmativamente—. Son groseros en su mayoría. Caricaturas. Y un tanto obscenos, se lo advierto. Pero si ha de venir usted a ver mi obra, tiene que esperar lo que se encuentre.

Abrió una carpeta que había sobre la mesa.

—¿Por qué se figura usted que no me gusta su obra? —preguntó Burlap—. Después de todo, usted es un devoto de la vida como yo. Tenemos muchas diferencias; pero, en la mayoría de los asuntos, nuestros puntos de vista coinciden.

Rampion alzó los ojos hacia él.

—¡Oh, ciertamente, ciertamente! —dijo, y rio cínicamente.

—Entonces, si admite usted que nuestros puntos de vista coinciden —dijo Burlap, cuyos ojos desviados no habían visto la sonrisa burlona en el rostro del otro—, ¿por qué se imagina usted que he de desaprobar sus dibujos?

—¿Por qué, en efecto? —se burló el otro.

—Puesto que el punto de vista es el mismo…

—Es evidente que los que miran desde el mismo punto han de ser idénticos.

Rampion volvió a reír cínicamente.

Se volvió de nuevo para sacar uno de los dibujos de la carpeta.

—Vaya, yo titulo este: *Fósiles del pasado y fósiles del futuro*.

Le tendió el dibujo a Burlap. Era un dibujo a tinta, realzado con aguada de color extraordinariamente brillante y animado. Curvada en forma de una magnífica S arrolladora, una grotesca procesión de monstruos bajaba diagonalmente cruzando la hoja.

Dinosaurios, pterodáctilos, titanoterios, diplodocos, ictiosauros, marchaban, nadaban o volaban a la cola de la procesión; la vanguardia se componía de monstruos humanos, criaturas de cabeza descomunal, sin miembros ni cuerpos, que se arrastraban como babosas sobre extensiones viscosas de su barbilla y su pescuezo. Las caras eran, en su mayoría, de contemporáneos eminentes. Entre este gentío reconoció Burlap a J. J. Thompson y Lord Tantamount: Bernard Shaw, atendido por eunucos y solteronas, y *sir* Oliver Lodge, asistido por un fantasma con mortaja, cabeza de nabo, y por un tubo electrónico ambulante: *sir* Alfred Mond y la cabeza de John D. Rockefeller llevados sobre un corcel por un clérigo bautista; el doctor Frank Crane y Mrs. Eddy llevando aureolas, y muchos otros.

—Los saurios murieron por tener exceso de cuerpo y escasez de cabeza —explicó Rampion—. Al menos, eso es lo que no se cansan de repetirnos los científicos. La estatura física es un obstáculo después de cierto punto. Pero ¿y la estatura mental? Estos imbéciles parecen olvidar que son tan desequilibrados, torpes y desproporcionados como cualquier diplodoco. Ellos sacrifican la vida física y afectiva a la vida mental. ¿Qué se figuran ellos que va a ocurrir?

Burlap asintió con la cabeza.

—Es lo que siempre he preguntado yo. El hombre no puede vivir sin corazón.

—Sin hablar de los intestinos, la piel, los huesos y la carne —dijo Rampion—. Ellos marchan simplemente hacia la extinción. Lo cual, maldita la pérdida que es. Lo grave está en que se llevan al resto del mundo consigo. ¡El diablo los confunda! Confieso que no me hace la menor gracia estar condenado a la extinción tan solo porque estos imbéciles, científicos, moralistas, espiritistas, técnicos y literatos y políticos de tendencias elevadoras, y todo el resto de la fauna, carecen de buen sentido para ver que el hombre debe vivir como hombre y no como un monstruo de cerebro y alma. ¡Ah! ¡Cómo me gustaría matarlos a todos! —Devolvió el dibujo a la carpeta y extrajo otro—. He aquí dos esquemas de la Historia: la de la izquierda, de acuerdo con H. G. Wells; la de la derecha, de acuerdo conmigo…

Burlap miró, sonrió, rio abiertamente.

—¡Excelente! —dijo.

El dibujo de la izquierda estaba compuesto sobre el esquema de un simple *crescendo*. A un mono muy pequeño seguía un pitecántropo poco mayor, al cual seguía, a su vez, un hombre de Neanderthal poco más grande. El hombre paleolítico, el hombre neolítico, el egipcio y el babilonio de la Edad de Bronce, el griego y el romano de la Edad de Hierro… Las figuras iban aumentando ligeramente de tamaño. Por la época en que Galileo y Newton aparecían en escena, la Humanidad había alcanzado dimensiones muy

considerables. El *crescendo* continuaba ininterrumpido con Watt y Stephenson, Faraday y Darwin, Bessemer y Edison, Rockefeller y Wanamaker, hasta la perfección contemporánea, personificada por las figuras del propio Mr. H. G. Wells y de *sir* Alfred Mond. Tampoco se olvidaba el porvenir. A través de la radiante bruma de la profecía, las siluetas de Wells y de Mond, aumentando a cada repetición, se desarrollaban en una espiral triunfante hasta fuera del papel, hacia el infinito utópico. El dibujo de la derecha tenía una composición menos optimista de cumbres y decadencias. El pequeño mono florecía muy pronto en un hombre de la Edad de Bronce, de buen tamaño, que daba lugar a un griego muy grande y a un etrusco poco más pequeño. Los romanos se tornaban de nuevo más pequeños. Los monjes de la Tebaida apenas se distinguían de los pequeños monos primitivos. Seguía cierto número de florentinos, ingleses y franceses de buena estatura. Les sucedían monstruos repugnantes denominados Calvino y Knox, Baxter y Wesley. La estatura de los hombres representativos disminuía. Los victorianos habían comenzado a ser enanos y contrahechos. Sus sucesores del siglo XX eran abortos. A través de las bromas del futuro podía verse una compañía menguante de pequeñas gárgolas y fetos con cabezas demasiado grandes para sus cuerpos gelatinosos, rabos de mono y las caras de nuestros contemporáneos más eminentes; todos se mordían, arañaban, destripaban los unos a los otros, con aquella energía metódica y sistemática que solo pertenece a los seres altamente civilizados.

—Me gustaría adquirir uno o dos para *El Mundo Literario* —dijo Burlap, después que hubieron examinado todo el contenido de la carpeta—. En general, no reproducimos dibujos. Nosotros tenemos una misión y no hacemos el arte por el arte. Pero estas cosas de usted son parábolas así como dibujos. Confieso —añadió— que envidio su poder de decir las cosas de un modo tan inmediato y económico. Yo tendría que emplear cientos y miles de palabras para decir las mismas cosas menos vigorosamente en un ensayo.

Rampion aprobó:

—Por eso casi he abandonado yo la pluma, por el momento. Las palabras no son muy adecuadas para expresar lo que yo quiero decir actualmente. ¡Y qué consuelo poder evadirse de las palabras! Palabras, palabras, palabras: lo aíslan a uno del Universo. Las tres cuartas partes del tiempo no se halla uno en contacto con las cosas, y sí solo con las cochinas palabras que las representan. Y a menudo ni siquiera con estas, sino solamente con la maldita jerigonza metafórica de algún poeta acerca de ellas: «Esta bruma rellena de miga de violín», por ejemplo. O bien: «Ni mis manos ordeñan las horas recipientes». O aun: «Las damas aguardaban sentadas sobre una lágrima» —miró a Burlap con una sonrisa irónica—. Hasta las manos que ordeñaban se han convertido en una abstracción metafórica. ¡Vaya con las damas sentadas sobre una lágrima! ¡Oh, estas palabras! Cuánto

me alegra haberme libertado de ellas. Es como libertarse de una prisión: sí, de una prisión bastante fantástica, llena de frescos y de tapicerías y de toda la gama. Pero yo prefiero el campo abierto. La pintura, a mi ver, lo pone a uno en contacto real con él. De este modo puedo decir lo que quiero decir.

—Bien, todo lo que puedo hacer yo —dijo Burlap— es proporcionar oyentes a lo que usted tiene que decir.

—¡Pobres diablos! —dijo Rampion riendo.

—Pero yo creo que tienen el deber de escuchar. Uno tiene su responsabilidad. Por eso me gustaría publicar algunos de sus dibujos en *El Mundo*. Creo que se trata realmente de un deber.

—¡Oh, si es cuestión de imperativo categórico —dijo Rampion riendo nuevamente—, habrá que hacerlo, desde luego! Escoja el que quiera. Cuanto más chocantes sean los dibujos publicados, más gusto me dará…

Burlap meneó la cabeza.

—Tenemos que comenzar suavemente —dijo.

Su fe en la Vida no llegaba al extremo de poner en peligro la tirada del periódico.

—Suavemente, suavemente —repitió el otro con burla—. Ustedes los periodistas son todos lo mismo. Nada de sacudidas. La seguridad ante todo. Literatura sin dolor. Nada de extracción de prejuicios ni de injerto de ideas, salvo con anestesia. Hay que mantener constantemente a los lectores en un estado de sueño crepuscular… ¡Son ustedes irremediables!

—Irremediables —repitió Burlap en tono penitente—. Lo comprendo. Pero ¡ay!, es preciso transigir un poco con el demonio, el mundo y la carne.

—Yo no veo inconveniente en que usted haga eso —contestó Rampion—. Lo que me duele es el modo repugnante como transigen ustedes con el cielo, la respetabilidad y Jehová. Con todo, dadas las circunstancias, supongo que no podrá remediarlo usted. Escoja el que quiera.

Burlap eligió.

—Me llevaré estos —dijo al fin, tomando tres dibujos de los menos polémicos y escandalosos—. ¿Conformes?

Rampion les echó una ojeada.

—Si aguardara usted otra semana —gruñó— tendría a su disposición aquella copia de Ary Scheffer.

—Me parece —dijo Burlap con aquella ansiosa expresión espiritual que acudía a su rostro siempre que comenzaba a hablar de dinero—, me parece que no podré pagarle mucho por ellos.

—¡Ah! Bien… Ya estoy acostumbrado.

Rampion se encogió de hombros.

Burlap se alegró de que lo tomara así. Y, después de todo, reflexionó, era verdad. Rampion no estaba acostumbrado a percibir mucho por sus trabajos. Y con su modo de vida no tenía grandes necesidades. No tenía coche, no tenía criados…

—Ojalá pudiera uno —dijo en voz alta, derivando de nuevo hacia lo impersonal—. Pero el periódico… —Meneó la cabeza—. Tratar de persuadir a la gente a que amen lo que hay de más elevado cuando lo vean, no produce nada. Uno podría llegar hasta cuatro guineas por dibujo.

Rampion se echó a reír.

—No es precisamente un Potosí. Pero lléveselos. Lléveselos por nada, si quiere.

—No, no —protestó Burlap—. Eso no lo haría yo. *El Mundo* no vive de caridad. Paga lo que publica: no mucho, ¡ay!, no mucho, pero algo siempre paga. Lo tengo como norma —continuó, meneando la cabeza—, aun cuando haya de salir de mi bolsillo. Es cuestión de principio. Absolutamente de principio —insistió, considerando con un estremecimiento de legítima satisfacción al íntegro y altruista Denis Burlap, que pagaba de su bolsillo a los colaboradores y en cuya existencia comenzaba a creer sinceramente a medida que hablaba.

Siguió hablando, y a cada palabra los contornos de este Burlap magníficamente pobre, pero honrado, se hacían más claros y precisos ante sus ojos interiores: y al mismo tiempo *El Mundo Literario* se acercaba más y más a la insolvencia, mientras que la cuenta del almuerzo aumentaba de momento en momento y sus ingresos disminuían correlativamente. Rampion lo miraba con curiosidad. «¿Por qué demonio se inflará ahora de ese modo?», se preguntó. De pronto se le ocurrió una explicación posible. Tan pronto como Burlap se detuvo para tomar aliento, movió la cabeza en señal de simpatía.

—Lo que usted necesita es un capitalista —dijo—. Si yo tuviera unos cuantos cientos o miles de libras disponibles, las invertiría en *El Mundo*. Pero ¡ay!, no las tengo. Ni siquiera seis peniques —concluyó, casi triunfante, y la expresión de simpatía se tornó súbitamente en una sonrisa irónica.

* * *

Aquella tarde acometió Burlap la cuestión de la pobreza franciscana. «Descalza por las colinas de Umbría va la señora Pobreza». Así comenzaba él su capítulo. Su prosa en los momentos de exaltación tenía tendencia a convertirse en verso libre… «Sus pies se posan sobre las blancas y polvorientas rutas, que semejan, contempladas desde las murallas de las

pequeñas ciudades, blancas cintas tendidas en el llano…».

Seguían alusiones a los olivos nudosos, a las viñas, a los campos escalonados en terrazas, a «los grandes bueyes blancos de cuernos encorvados», a los pequeños asnos llevando sus cargas a lo largo de los senderos pedregosos, a las montañas azules, a las poblaciones de las colinas a lo lejos, cada una de las cuales semejaba una pequeña Nueva Jerusalén en un libro de estampas, a las clásicas aguas del Clitumno y las todavía más clásicas del Trasimeno. «Aquella era una tierra —continuaba Burlap— y aquel un tiempo en que la pobreza era un ideal factible, práctico. La tierra proveía a todas las necesidades de los que vivían en ella; había muy poca especialización profesional; cada campesino era, en gran parte, su propio manufacturero, así como su propio carnicero, panadero, verdulero y vinatero. Era una sociedad en la cual el dinero carecía aún relativamente de importancia. La mayor parte de las gentes vivían casi completamente sin dinero. Trocaban directamente las cosas —objetos domésticos de su propia hechura y los dulces frutos de la tierra—, de modo que no tenían necesidad de metales preciosos para comprar las cosas. El ideal de la pobreza de San Francisco era practicable entonces, porque proponía a la admiración general un modo de vida que no difería mucho de la vida misma de sus humildes contemporáneos. Invitaba a los ociosos y a los especialistas profesionales —aquellos que vivían principalmente a base de dinero— a vivir como sus inferiores, a base del trueque de cosas. ¡Cuán diferente es el estado de hoy!». Aquí, Burlap recaía de nuevo en el verso libre, esta vez movido por la indignación, y no por la ternura lírica. «Nosotros somos todos especialistas que vivimos exclusivamente a base de dinero, y no de cosas reales, habitamos remotas abstracciones y no el verdadero mundo que produce y hace». Siguió mascullando un poco acerca de «las grandes máquinas que, habiendo sido esclavos del hombre, son hoy sus amos», acerca de la estandarización, acerca de la vida industrial y comercial y su efecto marchitador en el alma humana (punto este último para el cual pidió prestadas algunas de las expresiones favoritas de Rampion).

El dinero, concluía, era la raíz de todo mal; la fatal necesidad, bajo la cual se debate hoy el hombre, de llevar una vida centrada en el dinero y no en las cosas reales. «A los ojos modernos, el ideal de San Francisco parece fantástico, absolutamente descabellado. La señora Pobreza ha sido tan degradada por las circunstancias modernas, que se parece a una asistenta con zapatos rotos y delantal de arpillera… Ningún hombre de buen sentido soñaría en seguirla. Para idealizar tan repulsiva Dulcinea habría que estar más loco que el propio don Quijote. Dentro de nuestra sociedad moderna, el ideal franciscano es impracticable. Pero eso no quiere decir que podamos menospreciar simplemente a San Francisco como un visionario de sueños descabellados. No; por el contrario, la locura es nuestra, y no suya. Él es médico en el manicomio. Para los lunáticos, el doctor es el único

loco. Cuando hayamos recobrado nuestra razón veremos que el doctor ha sido el único sano durante todo el tiempo. Tal como las cosas están hoy día, el ideal franciscano es impracticable. De ello se infiere que las cosas han de ser cambiadas radicalmente. Nuestra meta debe ser la creación de una nueva sociedad en la cual la señora Pobreza no sea una astrosa fregona, sino una espléndida forma de luz, de gracia y de belleza. ¡Oh, Pobreza, Pobreza, reina resplandeciente…!».

Beatrice entró para decir que la cena estaba servida.

—Dos huevos —mandó ella con viva solicitud—. Dos, vamos… Fueron preparados especialmente para usted. —Me trata usted como a un hijo pródigo— dijo Burlap —o como a la ternera de ceba mientras la engordan.

Meneó la cabeza, sonrió con una sonrisa a lo Sodoma y se despachó el segundo huevo.

—Quiero pedirle su consejo acerca de unas cuantas acciones de gramófonos que he adquirido. Han subido tan precipitadamente…

—¡Gramófonos! —dijo Burlap—. ¡Ah!

Y le dio su consejo.

XVII

Había llovido durante varios días. A Spandrell le parecía que el hongo y el añublo brotaban hasta en su alma. Permanecía en la cama, o sentado en su triste habitación, o se acodaba en el mostrador de un café, sintiendo la viscosa vegetación dentro de sí, observándola con su vista interior.

—¡Ah, si solamente quisieras hacer algo! —le había implorado su madre con tanta frecuencia—. Cualquier cosa que fuese.

Y todos sus amigos habían dicho lo mismo, lo habían seguido diciendo durante varios años.

Pero que lo colgaran si daba un golpe. El trabajo, el evangelio del trabajo, la santidad del trabajo, *laborare est orare*, todo esto era morralla y necedad. «El trabajo —había dicho una vez en una explosión de desdén contra los reproches razonables de Philip Quarles—, el trabajo no es más respetable que el alcohol, y tiene exactamente el mismo fin: distrae simplemente el espíritu, hace que el hombre se olvide de sí mismo. El trabajo es una droga y nada más. Es humillante que los hombres no puedan vivir sin drogas, sobriamente; es humillante que no tengan el coraje de ver el mundo y de verse a sí mismos tal como realmente son. Tienen que embriagarse con el trabajo. Es estúpido. El evangelio del trabajo es simplemente un evangelio de estupidez y de cobardía. El trabajo podrá ser una oración; pero es también esconder la cabeza en la arena, es también levantar tanto ruido y tanta polvareda, que el hombre no pueda oírse hablar ni ver su mano ante la cara. Es ocultarse uno de sí mismo. No es extraño que los Samuel Smiles y los grandes hombres de negocios sean tan entusiastas del trabajo. El trabajo les produce la confortadora ilusión de que existen, hasta de que son importantes. Si dejaran de trabajar se percatarían de que no cuentan en el mundo la mayor parte de ellos. Son agujeros en el aire y nada más. Agujeros acaso con un olor desagradable. La mayoría de las almas a lo Smiles deben tener un olor bastante asqueroso, me figuro. No es extraño que no se atrevan a parar de trabajar. Pudieran descubrir lo que son en realidad, o más bien lo que *no son*. Es un riesgo que no tienen el valor de afrontar».

—¿Y a usted qué le ha permitido descubrir su valor acerca de usted mismo? —preguntó Philip Quarles.

Spandrell sonrió con una sonrisa un tanto melodramática.

—He necesitado algún valor —dijo— para seguir mirando lo que he descubierto. Si no hubiera sido tan valeroso me hubiera entregado al trabajo o a la morfina hace mucho tiempo.

Spandrell se dramatizaba un poco, hacía aparecer su conducta más novelesca y racional

de lo que era realmente. Si no hacía nada era por pereza habitual, así como por principio de una moral perversa y trastornada. La pereza había precedido al mismo principio y era su raíz. Spandrell no habría descubierto jamás que el trabajo era un narcótico pernicioso si no hubiese tenido que hallar una razón y una excusa para su invencible pereza. Pero era cierto que requería algún valor de su parte el no hacer nada; porque él era holgazán a pesar de los estragos de un aburrimiento crónico que podía llegar a ser en momentos como el presente, casi insoportablemente agudo. Pero el hábito de la pereza estaba tan profundamente arraigado, que romperlo hubiera requerido más valor que soportar las angustias del aburrimiento a que daba lugar. El orgullo había reforzado su pereza innata: el orgullo de un hombre capaz que no lo es bastante, de un admirador de las grandes cosas que se da cuenta de que carece de talento para hacer obra original y que no quiere humillarse por lo que sabe habrá de ser una tentativa infructuosa de creación, ni inclinarse, aunque sea con buen éxito, a una tarea más fácil.

—Está muy bien que se ponga usted a hablarme de trabajar —le había dicho a Quarles—. Pero usted sabe hacer algo; yo no sé hacer nada. ¿Qué quiere que haga yo? ¿Que me haga empleado de banca? ¿Viajante de comercio?

—Hay otras profesiones —dijo Philip—. Y puesto que cuenta usted con algunos recursos, hay todas las carreras científicas, toda la historia natural…

—¡Ah! Quiere verme usted coleccionando hormigas, ¿no? O escribiendo tesis acerca del uso del jabón entre los angevinos. Un buen viejo tío Tobías con su muletilla para caminar, ¿eh? Si yo no sirvo para lo que debiera servir, prefiero no servir para nada. No quiero disfrazarme de sabio. No quiero ser el representante de una muletilla. Quiero ser lo que la naturaleza ha hecho de mí: uno que no sirve para nada.

Desde el segundo matrimonio de su madre, Spandrell se había dado perversamente a hacer de las cosas lo peor, a escoger el peor camino, alentando deliberadamente sus peores tendencias. Distraía sus ocios interminables en el libertinaje. Se vengaba de ella, y también de sí mismo, por haber sido tan estúpidamente dichosa y buena. Así la vejaba a ella, se vejaba a sí mismo, vejaba a Dios. Se decía que ojalá hubiera un infierno adonde pudiese ir él y se dolía de su incapacidad para creer en su existencia. Con todo, hubiese o no infierno, era satisfactorio, era hasta excitante en aquellos días juveniles el saber que hacía uno algo malo y culpable. Pero hay en el libertinaje algo tan intrínsecamente aburrido, algo tan absoluta y desesperadamente triste, que solo los seres más raros y dotados de una inteligencia muy inferior a la media y de una intensidad de apetito muy superior, son capaces de continuar disfrutando activamente del curso regular del vicio o de seguir creyendo activamente en su perversidad. La mayor parte de los libertinos por costumbre no son libertinos porque les guste el libertinaje, sino porque se sienten incómodos cuando

se ven privados de él. El hábito transforma los disfrutes suntuosos en necesidades insípidas y cotidianas. El hombre que ha adquirido el hábito de las mujeres o de la ginebra, del opio o de la flagelación, halla tan difícil pasarse sin su vicio como vivir sin pan ni agua, aun cuando la práctica misma del vicio haya llegado a ser, en sí, tan poco excitante como comer una corteza de pan o beber un trago del grifo de la cocina. El hábito resulta tan fatal para el sentido de la ejecución del mal como para el disfrute activo. Al cabo de algunos años, el judío escéptico o converso, el indostánico occidentalizado pueden comer su carne de puerco o de vaca con una serenidad espiritual que a sus hermanos todavía creyentes les parece brutalmente cínica. Lo mismo ocurre con el libertino habitual. Actos que al principio parecieron apasionantes por su intrínseca perversidad, se hacen al cabo de cierto número de repeticiones moralmente neutros. Un tanto repugnantes, acaso: pues a la práctica de la mayor parte de los vicios siguen reacciones fisiológicas deprimentes; pero ya no son perversos, puesto que resultan ordinarios. Es difícil que la rutina dé la impresión del mal.

Privado gradualmente por el hábito de su disfrute activo y de su sentido activo del mal (que había formado siempre parte de su placer), Spandrell se había refugiado con una especie de desesperación en los refinamientos del vicio. Pero los refinamientos del vicio no producen refinamientos correspondientes en las sensaciones. Todo lo contrario: cuanto más refinado es el vicio en su rebuscada extravagancia, cuanto más raro y anormal, más insípida y más desesperadamente falta de emoción se hace su práctica. La imaginación podrá concebir las más improbables variaciones sobre el tema sexual normal: pero el producto emocional de todas las variedades de orgías es siempre el mismo: un embotado sentido de humillación y envilecimiento. Hay, ciertamente, muchas personas (y son generalmente las más intelectualmente civilizadas, refinadas y prevenidas) que apetecen lo bajo y buscan ávidamente su propia degradación en medio de múltiples orgías, prostituciones masoquísticas, acoplamientos fortuitos y casi bestiales con extraños, relaciones sexuales con individuos groseros y sin educación, de una clase inferior. El exceso de refinamiento intelectual y estético se adquiere a veces bastante costosamente a expensas de alguna extraña degeneración emocional: el chino, perfectamente civilizado, con su amor al arte y su amor a la crueldad, padece bajo otra forma de la misma enfermedad que da al esteta moderno perfectamente civilizado su gusto por los soldados de la guardia y los apaches, por las promiscuidades y violencias humillantes.

«Alto de frente, bajo de riñones —así había resumido Rampion el asunto una vez a oídos de Spandrell—. Cuanto más elevada es la primera, más bajos son los segundos». Spandrell, por su parte, no gustaba de la humillación. Los resultados emocionales de todos los posibles refinamientos del vicio le parecían aburridamente uniformes. Divorciadas de

toda emoción significativa, fuese de aprobación o de remordimiento, las meras sensaciones de excitación o de placer físico eran insípidas. La corrupción de la juventud era la única forma de libertinaje que le producía ahora alguna emoción activa. Inspirado, como Rampion había adivinado, por aquella curiosa y vengativa aversión hacia el sexo, resultante del choque producido por el advenimiento del segundo matrimonio de su madre, en un período delicado de la adolescencia, en la educación normal burguesa de refinamiento y moderación propias de un *gentleman*, experimentaba todavía una satisfacción especial en infligir lo que él consideraba como la humillación del placer sensual a las inocentes hermanas de aquellas mujeres demasiado amadas, y detestadas de consiguiente, que habían sido para él la personificación del odiado instinto. Odiando a lo medieval, tomaba su venganza, no (como los ascetas y los puritanos) mortificando la odiada carne de las mujeres, sino enseñándole a entregarse a los excesos de aquello que él consideraba perverso, atrayéndola y acariciándola para hacerla entrar más y más completamente en rebelión contra el alma consciente. Y la etapa final de su venganza consistía en insinuar, poco a poco, en el espíritu de la víctima, el mal y la vileza fundamentales de los embelesos que él mismo le había enseñado a sentir.

La pobre y pequeña Harriet era la única inocente sobre la cual había podido ejecutar, hasta el presente, la totalidad de su programa. Jamás había llegado tan lejos con las que la habían precedido, y ella no tenía sucesoras. Seducida por el procedimiento que había descrito él a los Rampion, Harriet lo había adorado y se había creído adorada a sí misma. Y ella tenía casi razón porque Spandrell sentía hacia ella un afecto genuino, hasta cuando la hacía deliberadamente su víctima. La violación de sus propios sentimientos, así como los de ella, prestaba a los procedimientos la pimienta adicional de la perversidad. Pacientemente, con el tacto, la dulzura, la comprensión del amante más delicado, más exquisitamente simpático, calmó él sus temores de virgen, derritió poco a poco la frialdad de su juventud, derribó las barreras levantadas por su educación, pero solamente para imponer a su inexperiencia la aceptación ingenua de las más fantásticas lubricidades. El verla aceptarlas como signos ordinarios de afecto era ya, para el asceta inverso que había en Spandrell, una admirable venganza contra ella por ser mujer. Pero no bastaba; él comenzó a simular escrúpulos, a hurtarse con un aire de angustia a sus ardores o, si los aceptaba, a aceptarlos pasivamente, como si ella le hiciera sufrir un ultraje o una violación. Harriet se tornó súbitamente ansiosa y afligida; se sintió avergonzada, como se siente siempre una persona sensible cuyos ardores no hallan respuesta, y, de pronto, al mismo tiempo, se encontró un poco grotesca —como un actor que ha estado representando con un grupo de compañeros y que, abandonado, descubre de súbito que se halla solo en escena—, grotesca, sí, y hasta un poco repugnante. ¿Ya no la amaba él? Y tanto, respondió él.

Entonces, ¿por qué? Precisamente a causa de la profundidad de su amor; y él comenzó a hablar del alma. El cuerpo era como una bestia salvaje que devoraba el alma, aniquilaba la conciencia, abolía los verdaderos tú y yo. Y como por accidente, alguien le había mandado a él aquella misma noche un paquete misterioso, que, al abrirlo, como lo hizo ahora, resultó contener una carpeta llena de grabados pornográficos franceses, en los cuales vio la pobre Harriet, con una creciente sensación de horror y disgusto, todas las acciones que tan amorosa e inocentemente había aceptado ella como amor, representadas con contornos fríos y lúcidos, y hechas tan horrendas, tan viles, tan profundamente vulgares, que bastaba echarles una ojeada para despreciar a todo el género humano.

Durante varios días Spandrell la mantuvo hábilmente en este horror, y luego, cuando ella estaba completamente penetrada del sentido de la culpa y llena de repugnancia hacia sí misma, renovó él cínica y violentamente sus ahora obscenos requerimientos amorosos. Al fin ella lo había dejado, detestándolo y detestándose a sí misma. Hacía tres meses de esto. Spandrell no había intentado recobrarla ni renovar el experimento con otra víctima. No valía la pena el esfuerzo. Se contentaba con hablar acerca de lo estimulante del diabolismo, mientras que en la práctica permanecía hundido apáticamente en la triste rutina del aguardiente y del amor mercenario. Este hablar le excitaba momentáneamente; pero al concluir volvía a caer todavía más profundamente en el fastidio y en el desaliento. Había momentos en que se sentía como si se estuviera paralizando interiormente, como si el alma misma fuera perdiendo poco a poco su conciencia de ser. Era una parálisis que estaba en su mano curar por medio de un esfuerzo de la voluntad. Pero él no podía, ni quería siquiera, hacer ese esfuerzo.

—Pero si está usted cansado de él, si lo detesta usted —había interrogado Philip Quarles, concentrando su viva e inteligente curiosidad en Spandrell—, ¿por qué diablo continúa usted ese género de vida?

Hacía cerca de un año que le había hecho esta pregunta; la parálisis no se había infiltrado entonces tan profundamente en el alma de Spandrell. Pero su caso le había intrigado ya bastante a Philip en aquella época. Y puesto que su interlocutor estaba dispuesto a hablar de sí mismo sin exigir a cambio ninguna revelación personal, puesto que no parecía importarle ser objeto de la curiosidad científica y se mostraba más bien jactancioso que reticente acerca de sus debilidades, Philip había aprovechado la ocasión de someterlo a un interrogatorio.

—No veo el porqué —había insistido.

Spandrell se encogió de hombros.

—Porque estoy condenado a él. Porque, de algún modo, es mi destino. Porque, a fin de cuentas, eso es la vida: odiosa y cargante; eso es lo que son los seres humanos cuando se

les deja a sí mismos: odiosos y cargantes también. Porque una vez que está uno condenado, debe condenarse doblemente a sí mismo. Porque… sí, porque a mí me gusta realmente odiar y aburrirme.

Le gustaba. La lluvia seguía cayendo; los hongos brotaban hasta en su corazón y él los cultivaba deliberadamente. Hubiera podido ir a ver a sus amigos; pero prefería estar solo y aburrido. La época de los conciertos estaba en su apogeo; había ópera en Covent Garden; todos los teatros estaban abiertos: pero Spandrell solo leía los anuncios: la *Heroica*, en Queen's Hall; Schnabel interpretando la *Op. 106*, en el Wigmore; *Don Juan*, en Covent Garden; *Little Tich*, en el Alhambra; *Othello*, en el Old Vic; Charlie Chaplin, en el Marble Arch: los leyó con mucho cuidado y se quedó en casa. Había una pila de música sobre el piano; sus estantes estaban llenos de libros; toda la London Library estaba a su disposición. Spandrell no leía sino las revistas, los semanarios ilustrados y los periódicos de la mañana y de la tarde. La lluvia resbalaba sin cesar a lo largo de los cristales sucios de las ventanas: Spandrell hojeó las enormes y crepitantes páginas del *Times*. «El duque de York —leyó, habiéndose abierto camino como una larva de escarabajo en su elemento natal a través de los Nacimientos, las Defunciones y la columna de Anuncios personales, a través de los Criados y de los Inmuebles, a través de los Anuncios legales, a través de las Noticias del Imperio y del Extranjero, a través de las Noticias parlamentarias, a través de la historia de la mañana, a través de los cinco artículos de fondo, a través de las Cartas al redactor jefe, hasta la Corte y el Mundo y el artículo clerical sobre la Biblia en mal tiempo—, el duque de York recibirá el lunes próximo el título de Miembro honorario de la Sociedad de Tiradores de Oro y Plata. Su Alteza Real almorzará con el presidente y los dignatarios de la Sociedad después de la ceremonia». Pascal y Blake estaban al alcance de su mano en el estante. Pero «*Lady* Augusta Crippen ha salido de Inglaterra en el *Berengaria*. Viajará a través de América para visitar a su cuñado y a su hermana el gobernador general de la Melanesia del Sur y *Lady* Ethelberta Todhunter». Spandrell se echó a reír, y la risa era una liberación, era una fuente de energía. Se levantó, se puso el impermeable y salió. «El gobernador general de la Melanesia del Sur y *Lady* Ethelberta Todhunter». Todavía sonriendo entró en el café de la esquina. Era temprano: solo había otro bebedor en el bar.

—Pero ¿por qué quiere usted que dos personas permanezcan juntas para hacerse desdichadas? —decía la camarera de la cantina—. ¿Por qué, cuando pueden obtener el divorcio y ser dichosas?…

—Porque el matrimonio es un sacramento —replicó el forastero.

—¡Usted sí que está buen sacramento! —replicó la moza con menosprecio.

Al ver a Spandrell ella hizo un significativo signo de cabeza y sonrió. Spandrell era un asiduo parroquiano de la casa.

—Un aguardiente doble —ordenó él, y acodándose en el mostrador examinó al desconocido.

Tenía el rostro de un niño de coro, pero de un niño de coro abrumado de súbito por la edad madura: regordete, como el de una hermosa muñeca, pero marchito. La boca era horriblemente pequeña; una simple ranurilla en un botón de rosa. Las mejillas del querube habían comenzado a aflojarse y estaban grises, como la barbilla, con la barba de un día.

—Porque —continuó el forastero (y Spandrell advirtió que no estaba nunca quieto, sino que constantemente se estaba sonriendo, arrugando la frente, arqueando las cejas, inclinando la cabeza hacia un lado o hacia otro, retorciendo su cuerpo en un éxtasis perpetuo de vanidad personal)—, porque un hombre se unirá a una mujer y los dos serán una sola carne. Una sola carne —repitió, y acompañó las palabras con una contorsión de cuerpo más violenta que de ordinario y una risita entre dientes. Su mirada se cruzó con la de Spandrell, se sonrojó y vació apresuradamente el vaso para darse firmeza.

—¿Qué opina usted, señor Spandrell? —preguntó la camarera al tiempo de volverse para alcanzar la botella de aguardiente.

—¿De qué? ¿De ser una sola carne? —La moza afirmó con la cabeza—. ¡Hum!… Pues le diré; precisamente estaba sintiendo envidia hacia el gobernador general de la Melanesia del Sur y *Lady* Ethelberta Todhunter por ser tan inequívocamente dos carnes distintas. Si fuera usted gobernador general de la Melanesia del Sur —continuó dirigiéndose al marchito niño de coro— y su esposa fuera *Lady* Ethelberta Todhunter, ¿cree usted que serían una sola carne? —El forastero se retorció como un gusano en un anzuelo—. Evidentemente, no. Sería chocante que lo fueran.

El forastero pidió otro *whisky*.

—Pero, bromas aparte —dijo—, el sacramento del matrimonio…

—Pero ¿por qué quiere usted que dos personas sean desdichadas —persistió la camarera— cuando no es necesario?

—¿Por qué no quiere usted que sean desdichadas? —preguntó Spandrell—. Acaso sea para eso para lo que están aquí. ¿Cómo sabe usted que la tierra no es el infierno de algún otro planeta?

La camarera, que era positivista, se echó a reír.

—¡Qué tontería!

—Además, la Iglesia Anglicana no lo considera como un sacramento —continuó Spandrell.

El niño de coro se retorció con indignación.

—¿Cómo? ¿Me toma usted a mí por un anglicano?

La jornada de trabajo había terminado; el bar comenzó a llenarse de hombres en busca de solaz espiritual. Corría la cerveza, el alcohol se medía por jarritos, preciosamente. En *stout*, en bitter, en *whisky*, compraban ellos el equivalente de viajes al extranjero y del éxtasis místico, de la poesía y de un *week-end* con Cleopatra, de la cacería de fieras y de la música. El niño de coro pidió otro trago.

—¡Qué época esta en que vivimos! —dijo, meneando la cabeza—. ¡Qué barbarie! ¡Qué ignorancia más supina de las verdades religiosas más elementales!

—Sin hablar de las verdades higiénicas —dijo Spandrell—. ¡Todas estas ropas húmedas! Y sin una ventana.

Sacó el pañuelo y se lo puso ante la nariz.

El niño de coro se estremeció y levantó las manos.

—Pero ¡qué pañuelo —exclamó—, qué horror!

Spandrell lo examinó.

—A mí me parece un pañuelo muy bonito —dijo: era un pañuelo de seda rojo, con dibujos vivos en negro y rosa—. Extremadamente caro, permítame añadir.

—Pero ¡el color, señor mío! ¡El color!

—A mí me gusta.

—Pero no en esta época del año. No entre Pascua y Pentecostés. ¡Imposible! El color litúrgico es blanco —sacó su propio pañuelo: era blanco como la nieve—. Y mis calcetines —levantó su pie.

—Con razón me preguntaba yo por qué parecía usted como si fuera a jugar al tenis.

—Blanco, blanco —dijo el niño de coro—. Está prescrito. Entre Pascuas y Pentecostés la casulla debe ser predominantemente blanca. Sin hablar de que hoy es la fiesta de Santa Natalia, virgen. Y el blanco es el color de todas las vírgenes que no son también mártires.

—Yo hubiera creído que eran todas mártires —dijo Spandrell—. Al menos, si han sido vírgenes bastante tiempo.

La puerta de resortes se abría y se cerraba, se abría y se cerraba. Fuera estaban la soledad y el crepúsculo húmedo; dentro, la ventura de ser muchos, de estar cerca y en comunicación. El niño de coro comenzó a hablar del pequeño San Hugo de Lincoln y de San Pirán de Perranzabuloe, patrón de los mineros de estaño de Cornualles. Bebió otro *whisky* y le dijo confidencialmente a Spandrell que se hallaba escribiendo las vidas de los santos ingleses, en verso.

—Otro *Derby* lluvioso —profetizó un grupo de pesimistas junto al mostrador, y se sentían dichosos, porque podían profetizar en compañía con buen tiempo en el estómago y sol de cerveza en el alma. Las ropas mojadas despedían un vapor cada vez más sofocante: vapor de felicidad; el ruido de las conversaciones y de las risas era ensordecedor. El

marchito niño de coro soplaba alcohol y poesía al rostro de Spandrell.

De un lado al otro, de un lado al otro,
Pirán de Perranzabuloe,

Entonaba. Cuatro *whiskys* le habían curado casi de sus contorsiones y sus muecas. Había perdido la conciencia de sí. El espectador consciente del yo se había dormido. Unos cuantos *whiskys* más y no habría más yo de que tener conciencia.

Deslizábase…

Continuaba,

Deslizábase sobre las olas pérfidas,
En medio de las Casitérides…

—Ese fue el principal milagro de Pirán —explicó—. Ir a pie desde Land's End hasta las Sorlingas.

—Poco menos que el *record* del mundo —dijo Spandrell.

El otro meneó la cabeza.

—Hubo un santo irlandés que llegó a pie hasta el País de Gales. Pero no recuerdo su nombre. ¡Señorita! —llamó—. ¡Oiga! Otro *whisky*, haga el favor…

—Hay que reconocer —dijo Spandrell— que parece sacar usted el mejor partido de los dos mundos. Seis *whiskys*…

—Cinco solamente —protestó el niño de coro—. Este es solamente el quinto.

—Cinco *whiskys*, pues, y los colores litúrgicos. Sin contar con San Pirán de Perranzabuloe. ¿Cree usted realmente en ese paseo a las Sorlingas?

—Absolutamente.

—Aquí está para el joven del sacramento —digo la camarera, empujando el vaso a través del mostrador.

El niño de coro meneó la cabeza al pagar.

—¡Blasfemia por todas partes! —dijo—. Cada palabra, una herida más en el Sagrado Corazón. —Bebió—. Una sangrante y dolorosa herida más.

—¡Cómo se divierte usted con su Sagrado Corazón!

—¿Que me divierto? —dijo el niño de coro, indignado—. Tambaleándose del bar a la barandilla del altar. Y del confesionario al burdel. Es la vida ideal, sin un momento de fastidio. Le tengo a usted envidia.

—¡Siga, siga burlándose! —El niño de coro hablaba como un mártir moribundo—. Y si supiera usted la tragedia que ha sido mi vida no diría que me tiene envidia.

La puerta de resortes se abría y se cerraba. Sedientos de divinidad después de los desiertos espirituales del taller y de la oficina, llegaban hombres como a un templo. Embotellada y embarrilada al borde del Clyde o del Liffey, del Támesis, del Duero o del Trent, se les revelaba la misteriosa divinidad. Para los brahmanes, que exprimían y bebían el soma, se llamaba Indra; para los yoguis comedores de cáñamo, Siva. Los dioses de México frecuentaban el peyotl. Los sufíes persas descubrieron a Alá en el vino de Shiraz; los samanes de los Samoyedos comían hongos y se llenaban del espíritu de Num.

—Otro *whisky*, señorita —dijo el niño de coro, y volviéndose hacia Spandrell estuvo a punto de verter lágrimas sobre sus infortunios.

Había amado, se había casado: sacramentalmente insistió en esto. Había sido feliz. Los dos habían sido dichosos.

Spandrell arqueó las cejas.

—¿Le gustaba a ella el olor de *whisky*?

El otro meneó la cabeza tristemente.

—Yo tenía mis faltas —admitió—. ¡Yo era débil! ¡Esta maldita bebida! ¡Sí, maldita! —Y presa de súbito entusiasmo por la templanza, vertió su *whisky* en el suelo—. ¡Vaya! —exclamó, triunfante.

—¡Noble rasgo! —dijo Spandrell. Hizo una seña a la camarera—: Otro *whisky* para este caballero.

El niño de coro protestó, pero sin gran calor. Suspiró.

—Era siempre mi pecado favorito —dijo—. Pero luego me apenaba. Me sentía sinceramente arrepentido.

—Se lo creo a usted… Sin un momento de fastidio.

—Si ella me hubiese sostenido, yo habría podido curarme.

—Sí… El auxilio de una mujer pura, ¿eh? —dijo Spandrell.

—Exactamente —dijo el otro, aprobando con la cabeza—. Justamente eso. Pero ella me dejó. Escapó. O más bien, no escapó. Fue seducida. No hubiera hecho aquello por sí misma. Fue aquella horrible serpiente entre la hierba. Aquella pequeña serpiente… —Y agotó el breve vocabulario de un sargento mayor—. Si lo tuviera aquí le retorcería el pescuezo —continuó el niño de coro. El Dios de los Combates estaba en su quinto *whisky* —. ¡Cerdo cochino! —Dio un puñetazo sobre el mostrador—. ¿Conoce usted al hombre que hizo esos cuadros de la Tate… Bidlake? Bien, pues fue el hijo de ese tipo: Walter Bidlake.

Spandrell arqueó las cejas, pero no hizo comentarios. El niño de coro siguió hablando.

* * *

Walter se hallaba comiendo con Lucy Tantamount en el restaurante de Sbisa.

—¿Por qué no se viene usted también a París? —dijo Lucy.

Walter meneó la cabeza.

—Tengo que trabajar.

—Para mí se hace realmente imposible permanecer en el mismo lugar más de dos meses seguidos. ¡Se vuelve una tan rancia, tan agostada, tan inefablemente aburrida! Tan pronto como pongo el pie en el aeroplano, en Croydon, me siento como si hubiera vuelto a nacer: como en el Ejército de Salvación.

—¿Y cuánto tiempo dura la nueva vida? Lucy se encogió de hombros.

—Tanto como la antigua. Pero, por fortuna, hay un número casi ilimitado de aeroplanos. Yo estoy en cuerpo y alma por el progreso.

* * *

Las puertas del templo del dios desconocido se cerraron tras ellos. Spandrell y su compañero salieron a la noche fría y lluviosa.

—¡Uf! —hizo el niño de coro, estremeciéndose, y alzó el cuello de su gabán—. Es como arrojarse a una piscina.

—Es como leer a Haeckel después de Fénelon. Ustedes, los cristianos, viven en un pequeño y encantador universo transformado en café.

Marcharon unos metros a lo largo de la calle.

—Oiga usted —dijo Spandrell—, ¿cree que podrá llegar a casa a pie? Porque no lo parece.

Apoyado en un poste del alumbrado, el niño de coro blandió la cabeza.

—Esperemos un taxi.

Aguardaron. Caía la lluvia. Spandrell miró al otro con un frío disgusto. Aquel tipo le había divertido mientras estaban en el café, le había servido de distracción. Ahora, de pronto, se le había hecho simplemente repulsivo.

—¿No tiene usted miedo de ir al infierno? —preguntó—. Allá le harán beber *whisky* de fuego. Tendrá usted perpetuamente un budín de Navidad en el vientre. ¡Si pudiera verse usted así! Un espectáculo repugnante…

El sexto *whisky* del niño de coro había estado lleno de contrición.

—Ya sé, ya sé —gimió—. Soy indecente. Soy despreciable. Pero si supiera usted

cuánto he luchado, cuánto me he esforzado, cuánto…

—He ahí un taxi.

Spandrell lo llamó.

—¡Cuánto he rogado! —continuó el niño de coro.

—¿Dónde vive usted?

—Ossian Gardens, cuarenta y uno. Yo he luchado… El coche se paró ante ellos. Spandrell abrió la portezuela.

—Vamos, borrachín, entre —dijo, y le dio un empujón—. Ossian Gardens, cuarenta y uno —dijo al chofer. Entretanto, el niño de coro había tomado penosamente asiento en el coche. Spandrell lo siguió—. ¡Zángano indecente!

—Siga, siga. Me lo merezco. Tiene usted razón en despreciarme.

—Ya lo sé —dijo Spandrell—. Pero si cree usted que le voy a dar el gusto de seguir diciéndoselo, está usted muy equivocado.

Se reclinó en su rincón y cerró los ojos. Todo su espantoso cansancio, toda su repugnancia habían vuelto a surgir de pronto.

«Dios —se dijo—, Dios, Dios, Dios…».

Y como un eco grotesco e irrisorio de sus pensamientos, el niño de coro se puso a rogar en voz alta:

—Dios tenga misericordia de mí —recitó con su voz lacrimosa.

Spandrell rompió a reír.

Dejando al borracho frente al umbral de su puerta, volvió al coche. Recordó de pronto que no había comido. —Al restaurante de Sbisa— dijo al conductor.

«Dios, Dios», repitió en la sombra. Pero la noche era un vacío inmenso.

* * *

—Ahí está Spandrell —exclamó Lucy, interrumpiendo a su compañero en la mitad de una frase.

Levantó la mano y le hizo señas.

—¡Lucy! —Spandrell tomó su mano y se la besó; se sentó a su mesa—. Walter, le va a interesar a usted saber que acabo justamente de hacer de buen samaritano con su víctima.

—¿Mi víctima?

—Su cornudo. Carling, ¿no se llama así? —Walter se sonrojó—. Lleva los cuernos al descubierto. Según la más pura tradición —volvió los ojos hacia Walter y se alegró de ver señales de angustia en su rostro—. Me lo encontré ahogando sus penas —continuó maliciosamente— en *whisky*. El gran remedio romántico.

Era un alivio para él poder vengarse un poco de sus propias miserias.

XVIII

En Port Said bajaron a tierra. El flanco del barco era un precipicio de hierro. Abajo, la lancha se alzaba y se hundía sucesivamente, sobre un mar sucio y suavemente agitado; entre su regala y el extremo de la escalera del barco, una pequeña hendedura se dilataba y se contraía alternativamente. Para un buen par de piernas el salto hubiera sido nada. Pero Philip vaciló. Saltar con su pierna coja delante era exponerse a desplomarse bajo el choque del arribo: y si confiaba a la pierna coja la función de impelerlo, corría el riesgo de caer a una distancia ridículamente corta. El caballero de porte militar que lo había precedido en el salto vino a sacarlo del trance.

—Vaya, tenga mi mano —gritó, advirtiendo la vacilación de Philip y comprendiendo su causa.

—Muchas gracias —dijo Philip cuando se vio a salvo en la lancha.

—Es una lata este servicio —dijo el otro—. Sobre todo cuando le falta a uno una pierna, ¿eh?

—Mucho.

—¿Herido en la guerra?

Philip meneó la cabeza.

—Un accidente de niño —explicó telegráficamente, y la sangre subió a sus mejillas—. Ahí está mi mujer —murmuró, contento de hallar una excusa para separarse del otro.

Elinor saltó, recobró su equilibrio apoyándose en él: se abrieron paso hacia asientos libres, al otro extremo.

—¿Por qué no me dejaste pasar a mí primero para ayudarte? —preguntó ella.

—No me hizo falta —respondió él secamente, y en un tono que la movió a callarse.

Ella se preguntaba qué pasaría. ¿Algo referente a su cojera? ¿Por qué se mostraría tan raro a este respecto? El mismo Philip hubiera hallado difícil explicar en qué podía haberle molestado la pregunta del caballero de porte militar. Después de todo, no tenía nada de deshonroso el haber sido atropellado por un carro. Y el haber sido totalmente rechazado por inútil para el servicio militar no demostraba en modo alguno falta de patriotismo. Y, sin embargo, contra toda razón, la pregunta le había perturbado, como hacían invariablemente todas las preguntas análogas, toda alusión demasiado directa a su cojera.

Hablando de él con Elinor:

—Philip era la última persona —había dicho su madre una vez—, absolutamente la última persona a la cual debía haberle ocurrido un accidente de este género. Ha nacido a gran distancia, si entiende usted lo que quiero decir. A él le fue siempre demasiado fácil prescindir de la gente. Era demasiado aficionado a encerrarse en el fondo de su propio

silencio. Pero hubiera podido aprender a exteriorizarse un poco más si no le hubiera ocurrido aquel horrible percance. Esto levantó una barrera artificial entre él y el resto del mundo. En primer término, le ha impedido practicar deporte, y el no practicar deporte restringió sus relaciones con otros chicos, aumentó su soledad, le dio más ocio para la lectura. Y luego (¡pobre Philip!) dio motivo a nuevas causas para su timidez. Un sentimiento de inferioridad. ¡Los niños saben ser tan horriblemente crueles! A veces solían reírse de él en el colegio, y más tarde, cuando las chicas comenzaron a cobrar importancia, ¡cuánto hubiera dado yo porque hubiese podido ir a bailar y a jugar al tenis con los demás! Pero él no podía jugar ni valsear. Y, naturalmente, él no quería ir como simple espectador o intruso. Su pobre pierna rota comenzó por mantenerlo físicamente alejado de las chicas de su edad. Y lo mantuvo también psicológicamente alejado. Porque me figuro que se hallaba siempre bajo el temor (por supuesto, en secreto, y sin admitirlo) de que se rieran de él, como hacían algunos chicos; y él no quería correr el riesgo de ser enviado a paseo en favor de algún otro que no adoleciera de su desventaja. Aunque, por otra parte, jamás se hubiera tomado gran interés por las chicas —había añadido Mrs. Quarles.

Y Elinor se había echado a reír.

—No lo hubiera creído yo así.

—Pero no hubiera adquirido el hábito de evitarlas deliberadamente. No se hubiera hurtado tan sistemáticamente a todo contacto personal; y no solamente con las chicas; con los hombres también… El contacto intelectual: he ahí el único que admite.

—Se diría que solo se siente a salvo entre las ideas —había dicho Elinor.

—Porque ahí puede hacer frente a los demás, porque puede estar seguro de su superioridad. Ha adquirido el hábito de sentirse temeroso y suspicaz fuera de su universo intelectual. No tenía por qué hacerlo. Y yo he tratado siempre de prestarle firmeza, de persuadirlo a salir de él: pero él no quiere dejarse persuadir, vuelve a recogerse en su caparazón —y tras un silencio—: y eso no dio más que un buen resultado —había añadido—, quiero decir el accidente: Lo salvó de ir a la guerra, de que lo mataran, probablemente. Como a su hermano.

La lancha comenzó a moverse hacia la orilla. De amenazante muralla de hierro negro, el paquebote pasó a ser, a medida que se alejaban, un gran barco, visto en su totalidad. Fijo, inmóvil entre el mar y el resplandor azul del cielo, parecía un anuncio de excursiones marítimas al trópico en la vitrina de una agencia de vapores de Cockspur Street.

«La pregunta fue una impertinencia —pensó Philip—. ¿Qué le importaba a él que hubiese sido yo herido en la guerra? ¡Qué manera de deleitarse con la guerra estos militares profesionales! Bien puedo considerarme dichoso de haber permanecido alejado de la carnicería. ¡Pobre Geoffrey!».

Pensó en su hermano muerto.

—Y, sin embargo —había concluido Mrs. Quarles después de una pausa—, en cierto sentido, yo quisiera que hubiese ido a la guerra. ¡Oh, no por motivos patrióticos ni belicosos! Sino porque si hubiera podido tener uno la seguridad de que no lo iban a matar ni mutilar, le hubiera hecho un gran bien, violentamente tal vez, dolorosamente, pero un bien efectivo. Eso hubiera podido romper su concha y libertarlo de su prisión. Libertarlo emocionalmente; porque su inteligencia es ya bastante libre. Demasiado libre tal vez para mi gusto anticuado —y sonrió con cierta tristeza—. Eso le hubiera permitido ir y venir entre las gentes en vez de permanecer encerrado en su eterna indiferencia.

—¿Pero no es natural en él esa indiferencia? —había objetado Elinor.

—En parte, sí; pero, en parte, es hábito. ¡Cuánto más feliz no hubiera sido si pudiera romper ese hábito! Y yo creo que él lo sabe, pero que no puede romperlo por sí mismo. Si pudieran hacerlo otros en su lugar… Pero la guerra fue la última oportunidad. Y las circunstancias no permitieron aprovecharla.

—¡A Dios gracias!

—Sí; acaso tenga usted razón.

La lancha había arribado: saltaron a tierra. Hacía un calor terrible, las aceras despedían fuego, el aire estaba cargado de polvo. Con gran despliegue de dientes, gran centelleo de ojos negros y líquidos, y mucha gesticulación coreográfica, un señor color de oliva y tocado de *tarbouch* trataba de venderles alfombras. Elinor hubiera querido ahuyentarlo. Pero…

—No gastes energía —dijo Philip—. Demasiado calor. Resistencia pasiva y hacer que no se comprende.

Marcharon como mártires a través de un desierto, y como un león hambriento el señor del *tarbouch* siguió importunándolos. Si no alfombras, al menos perlas artificiales. ¿Perlas no? Entonces habanos legítimos a penique y medio cada uno. O un peine de celuloide. O de imitación de ámbar. O ajorcas de oro casi legítimo… Philip siguió meneando la cabeza.

—Corales preciosos, escarabajos egipcios; antiguos, garantizados.

Su sonrisa insinuante comenzaba a parecer la de un animal que muestra los dientes.

Elinor había visto la tienda de paños que buscaba; cruzaron la calle y entraron.

—¡Salvados! —dijo ella—. No se atreverá a seguirnos. Tenía un miedo terrible de que comenzara a mordernos de pronto. ¡Pobre diablo, no obstante! Creo que tendremos que comprar alguna cosa.

Y se volvió para dirigirse al dependiente que se hallaba detrás del mostrador.

—Entretanto —dijo Philip, previendo que las compras de Elinor resultarían

interminablemente tediosas—, voy a comprar cigarrillos.

Y salió de nuevo al sol de fuego. El hombre del *tarbouch* aguardaba; saltó, tomó a Philip por la manga. Jugaba desesperadamente su último triunfo.

—Tarjetas postales muy bonitas —susurró confidencialmente, y sacó un sobre del bolsillo interior—. Picantes; muy curiosas. Diez chelines solamente.

Philip abrió los ojos sin dar muestras de comprender.

—Yo no inglés —dijo, y marchó cojeando calle abajo.

El hombre del *tarbouch* corrió a su lado.

—*Très curieuses* —dijo—. *Très amusantes. Moeurs arabes. Pour passer le temps à bord. Soixante francs seulement*. —No vio ninguna señal de comprensión—. *Molto artistiche* —propuso en italiano—. *Proprio curiose. Cinquanta franchi*. —Miró con desesperación el rostro de Philip; seguía impasible—. *Hübsch* —continuó—, *sehr gesehlechtlich. Zehn Mark*. —El rostro seguía inmóvil—. Muy hermosas, muy agraciadas, mucho indecorosas. —Ensayó otra cosa—. *Skon bref kort. Liderlig fotografi bild. Nakna jungfrun. Verklig smutsig*. —Evidentemente, Philip no era escandinavo; ¿sería acaso eslavo?—. *Sprosny obra* —dijo en tono zalamero. Fue inútil—. ¿Acaso portugués? *Photographia deshonesta* comenzó.

Philip rompió a reír.

—Vaya —dijo, y le dio media corona—. Se lo merece usted.

—¿Has descubierto lo que querías? —le preguntó Elinor a su regreso.

Él asintió con la cabeza.

—Y he descubierto también la única base posible para la Liga de las Naciones. El único interés común. Nuestro amigo de hermosa dentadura me ofreció postales obscenas en diecisiete idiomas. Se está malgastando en Port Said. Debería estar en Ginebra.

* * *

—Dos damas que preguntan por usted, señor —dijo el chico de la oficina.

—¿Dos? —Burlap arqueó sus oscuras cejas—. ¿Dos? —El chico de la oficina confirmó la noticia—. Bueno, que pasen. —El chico se retiró.

Burlap se sintió molesto. Se hallaba en espera de Romola Saville, la Romola Saville que había escrito:

Vieja ya en la pasión, mi carne ha conocido
El designio de todos los amantes del mundo,
En los brazos de Leda he tenido al gran Cisne,

Y Paris el hermoso en los suyos me tuvo.

Y ahora venía con una dueña. Esto parecía una incongruencia. Dos damas…

Las dos puertas de su santuario se abrieron simultáneamente. En el marco de una apareció Ethel Cobbett con un manojo de pruebas de imprenta. Por la otra entraron las dos damas. De pie sobre el umbral. Ethel las contempló. Una de ellas era alta, considerablemente delgada. Casi de la misma altura, la otra era gruesa. Ninguna de las dos era ya joven. La delgada daba la impresión de una virgen marchita de cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años. La gruesa era acaso un poco mayor, pero había conservado un florido frescor de viudez. La delgada era cetrina, de facciones huesudas y angulosas, pelo de un castaño indescriptible y ojos grises, e iba vestida un tanto a la moda, no a la de París, sino al estilo más airoso y juvenil de Hollywood, de gris pálido y rosa. La otra dama era muy rubia, de ojos azules y con largos pendientes en las orejas y un collar de lapislázuli del mismo matiz. Su vestido era más europeo y a lo «matrona» que el de la otra, y llevaba cantidades de alhajas de poco precio colgadas aquí y allá por toda su persona, alhajas que tintineaban un poco cuando ella se movía.

Las dos damas avanzaron a través de la pieza. Burlap fingió hallarse tan profundamente sumido en su composición literaria, que no había oído abrir la puerta. Solo cuando las mujeres se hallaban a pocos pies de su mesa levantó la vista del papel en que tan furiosamente había estado escribiendo. ¡Con qué sobresalto de asombro, con qué petición de disculpa en su turbación! Se levantó de un salto.

—¡Oh, cuánto lo siento! Perdonen ustedes… No me había dado cuenta. Se enfrasca uno de tal modo… —Las *enes* y las *emes* se habían convertido en *des* y *bes*; tenía catarro—. Be hallaba tad edbebido ed bi trabajo…

Dio la vuelta a la mesa para venir a parar ante ellas, sonriendo su más sutil y espiritual sonrisa a lo Sodoma. Pero…

«¡Oh, Dios! —exclamó interiormente—. ¡Qué horribles mujeres!».

—¿Y cuál de ustedes —continuó en voz alta, sonriendo de la una a la otra—, cuál de ustedes, si me es permitido preguntar, es la señorita Saville?

—Ninguna de nosotras —dijo la dama gruesa, con voz profunda, pero con aire travieso y una sonrisa.

—O ambas, si usted quiere —dijo la otra: su voz era aguda y metálica y hablaba secamente, a pequeños tirones, y con una extraordinaria y vertiginosa rapidez—. Ambas y ninguna.

Y las dos rompieron a reír simultáneamente. Burlap miró y escuchó con una angustia creciente. ¿En qué enredo se había metido? Eran formidables. Se sonó: tosió. Ellas hacían

empeorar su catarro.

—El hecho es —dijo la dama gruesa, inclinando la cabeza hacia un lado con cierta picardía y afectando un ligero ceceo—, el hecho *ez*…

Pero la delgada la interrumpió.

—El hecho es —dijo derramando las palabras con tanta rapidez que parecía extraordinario que pudiera siquiera articularlas— que nosotras somos una asociación, una combinación, casi una conspiración.

Y emitió su risa aguda y penetrante.

—*Zi*, una *conzpiración* —dijo la gruesa, ceceando por mera travesura.

—Somos las dos partes de la personalidad de Romola Saville.

—En la cual yo zoy el doctor Jekyll[8] —dijo la gruesa, y las dos se echaron a reír de nuevo.

«Una conspiración —pensó Burlap con un creciente sentimiento de horror—. ¡Se lo creo perfectamente!».

—El doctor Jekyll, *alias* Ruth Goffer. ¿Me permite presentarle a Mrs. Goffer?

—¿Mientras que yo hago lo mismo con la señora Hyde, *alias miss* Hignett?

—Mientras que las dos juntas nos presentamos a usted como la Romola Saville acerca de cuyos pobres poemas ha dicho usted cosas tan amables.

Burlap les dio la mano y dijo algo acerca de su placer de conocer a las autoras de una obra tan bella…

«¡Ah! Pero ¿cómo podré deshacerme de ellas? —se preguntó. ¡Qué energía, qué exuberancia de fuerza y de voluntad! Deshacerse de ellas no sería una broma: Burlap se estremeció interiormente—. Son como máquinas de vapor —sentenció. Y seguirían dándole la lata para que les publicara sus malditos versos. Sus versos obscenos: porque eso eran, a la luz de la edad de aquellas mujeres, de su energía, de su aspecto físico… Sí, francamente obscenos—. ¡Qué zorras!» —se dijo, bajo la sensación de que habían obtenido algo de él por engaño, de que habían abusado de su inocencia y lo habían estafado. En aquel momento se dio cuenta de la presencia de *miss* Cobbett. Esta blandió su manojo de pruebas con aire interrogativo. Burlap meneó la cabeza.

—Luego —le dijo él con una expresión digna y editorial.

Miss Cobbett se retiró, pero no antes de que hubiese advertido él una expresión de triunfo burlón en su rostro. ¡El demonio la lleve! Era intolerable.

—Nos hemos sentido tan apasionadamente cautivadas por su amable carta —dijo la más gruesa.

Burlap sonrió franciscanamente.

—Se siente uno dichoso de poder hacer algo por la literatura.

—¡Son tan pocos los que se interesan por ella!

—¡Sí, tan pocos! —dijo *miss* Hignett a modo de eco.

Y hablando con la rapidez de uno que trata de decir: Guerra tenía una parra y Parra tenía una perra, en el mínimo de tiempo y con las menos faltas posibles, vertió toda su historia con los agravios recibidos. Según parece, hacía más de seis años que vivían juntas en Wimbledon y que conspiraban por ser Romola Saville, y no habían logrado publicar sus versos sino nueve veces en todo ese tiempo. Pero no se habían desalentado por eso. Ellas sabían que les llegaría su día. Habían seguido escribiendo. Habían escrito mucho. ¿Le interesaría acaso a Mr. Burlap echar una ojeada a las obras de teatro que habían escrito? Y *miss* Hignett abrió una gran cartera y depositó cuatro espesos paquetes de cuartillas a máquina sobre la mesa. Eran dramas históricos, en verso libre. Y se titulaban: *Fredegunda*, *El bastardo de Normandía*, *Semiramis* y *Gil de Retz*.

Al fin se fueron, con la promesa de Burlap de leer sus dramas, de publicarles una serie de sonetos y de ir a almorzar con ellas a Wimbledon. Burlap suspiró; luego, recomponiendo su rostro en una expresión de pétrea superioridad, llamó a *miss* Cobbett por el timbre.

—¿Tiene usted ahí las pruebas? —preguntó en tono distante, sin mirarla.

Ella se las tendió.

—He telefoneado para decirles que se den prisa con el resto.

—Bien.

Hubo un silencio. *Miss* Cobbett fue la primera en romperlo; y aun cuando no se dignó alzar la vista hacia ella, Burlap percibió, por el tono de su voz, que *miss* Cobbett se hallaba sonriendo.

—Su Romola Saville —dijo ella— le ha dado a usted un chasco, ¿verdad?

La lealtad de *miss* Cobbett a la memoria de Susan era tanto más intensa cuanto que era forzada y deliberada. También ella había estado enamorada de Burlap. Su lealtad hacia Susan y hacia la espiritualidad platónica que era la especialidad amorosa de Burlap (al principio ella había creído que Burlap era sincero en todo lo que decía tan bella y constantemente) se ejercitaba en una continua lucha contra el amor y se fortalecía en este ejercicio. Burlap, que tenía experiencia en estas materias, se había dado pronto cuenta, según el modo como ella había reaccionado ante sus primeros avances platónicos, de que, para emplear la expresión vulgar que su mismo diablo apenas empleaba jamás, no había nada que hacer. Con persistir no hubiera logrado sino comprometer su alta reputación espiritual. A pesar de que la joven estaba enamorada de él, y aun, en cierto modo, a causa de ello (porque, amándole, ella se dio cuenta de lo peligrosamente fácil que hubiera sido

traicionar la causa de Susan y del espíritu puro, y, comprendiendo el peligro, se hizo fuerte contra él), Burlap vio que ella no le permitía jamás que pasara, aunque solo fuera gradualmente, de la espiritualidad a la carnalidad, por refinada que esta fuese. Y ya que, por su parte, él no estaba enamorado de ella, puesto que ella no había despertado en el sino ese vago prurito adolescente del deseo que podía satisfacer más o menos cualquier mujer agraciada, le costó poco mostrarse cuerdo y retirarse. Esta retirada, calculó él, aumentaría la admiración de ella hacia su espiritualidad, avivaría su amor. Siempre resulta útil, como Burlap había podido ya comprobar, tener empleadas que estén enamoradas de uno. Trabajan con mucho más ahínco y exigen mucho menos que las que no lo están. Durante algún tiempo todo marchó conforme al plan. *Miss* Cobbett hacía el trabajo de tres secretarias y un chico de oficina, y al mismo tiempo lo adoraba. Pero ocurrieron incidentes. Burlap se interesaba demasiado por las colaboradoras de la revista. Algunas mujeres con las cuales se había acostado él hicieron confidencias a *miss* Cobbett. Su fe se quebrantó. Su virtuosa indignación ante lo que ella consideraba como una traición de Burlap hacia Susan y hacia sus ideales, ante su hipocresía deliberada, fue inflamada por sus sentimientos personales. Burlap la había traicionado a ella también. Se sintió encolerizada y resentida. La cólera y el resentimiento intensificaron su lealtad ideal. Solo por su lealtad hacia Susan y hacia el espíritu podía ella expresar sus celos.

La gota que hizo desbordar el vaso fue Beatrice Gilray. El cáliz de amargura de *miss* Cobbett se desbordó cuando Beatrice se instaló en la redacción, y, aun más, se puso a escribir para el periódico. *Miss* Cobbett se consoló un poco pensando que Beatrice no escribía sino notas breves, las cuales no tenían la menor importancia. No obstante, se sintió amargamente despechada. Ella estaba mejor instruida que aquella tonta de Beatrice; la sobraba en inteligencia también. Era simplemente porque Beatrice tenía dinero por lo que se le permitía escribir. Beatrice había invertido mil libras en el periódico. Trabajaba gratis y, aun más, trabajaba como una loca; precisamente como la propia *miss* Cobbett había trabajado al principio. Ahora, *miss* Cobbett hacía lo menos posible. Se atenía a sus derechos, jamás llegaba un minuto antes de la hora, ni permanecía un minuto más del tiempo reglamentario. No hacía más que lo que cobraba. Burlap se sintió aturdido, despechado, afligido; tendría que trabajar más él o emplear otra secretaria. Y entonces apareció providencialmente Beatrice. Se hizo cargo de todo el trabajo auxiliar de redacción que *miss* Cobbett no tenía tiempo de hacer ahora. Para compensarla de este trabajo y por las mil libras, Burlap le permitió también escribir un poco para el periódico. Por supuesto, ella no sabía escribir, pero esto no importaba. Nadie leía las Notas Breves. Cuando Burlap se fue a vivir a casa de Beatrice Gilray, el cáliz de *miss* Cobbett se desbordó de nuevo. En el primer momento de cólera cometió la imprudencia de prevenir

solemnemente a Beatrice contra su inquilino. Pero su desinteresada solicitud por la reputación y la virginidad de Beatrice estaba demasiado manifiesta e irreprimiblemente teñida de despecho contra Burlap. El único efecto de su amonestación fue exasperar a Beatrice y provocar en ella una réplica cortante.

—Es verdaderamente insoportable —se quejó Beatrice a Burlap, más tarde, sin detallar, sin embargo, todas las razones que tenía para hallar insoportable a aquella mujer.

Burlap adoptó una expresión a lo Jesucristo.

—Tiene un carácter difícil —admitió—. Pero uno siente compasión de ella. Ha llevado una vida penosa.

—No veo yo que el haber llevado una vida penosa sea una razón para portarse impropiamente —martilló ella.

—Hay que ser indulgente —dijo Burlap, meneando la cabeza.

—Si yo fuera usted —dijo Beatrice—, no la aguantaría en la oficina; la pondría de patitas en la calle.

—No, yo no podría hacer eso —contestó Burlap, hablando lenta y reflexivamente, como si toda la discusión se desarrollara en su interior—. Dadas las circunstancias… —Sonrió con una sonrisa a lo Sodoma, sutil, espiritualizada y dulce; de nuevo meneó la cabeza, su cabeza negra y romántica—. Las circunstancias son un tanto especiales.

Y continuó vagamente, sin explicar jamás de un modo preciso en qué consistían aquellas especiales circunstancias, y con una especie de reticencia, como si le repugnara cantar las propias alabanzas. En conjunto, quiso dar a entender a Beatrice que había recogido y sostenía a *miss* Cobbett por pura caridad. Ella se llenó de una mezcla de lástima y admiración: admiración hacia su bondad y lástima de verlo así, indefenso, en un mundo ingrato.

—Con todo —dijo ella, con una expresión de fiereza, soltando las palabras como secos golpecitos de martillo—, no me explico por qué se ha de dejar gallear usted. Yo no me dejaría tratar así.

A partir de aquel momento aprovechó ella toda ocasión de reprender a *miss* Cobbett y de mostrarse áspera. Por su parte, *miss* Cobbett se mostró agresiva, grosera, sarcástica. En las oficinas de *El Mundo Literario* se hacía abiertamente la guerra. Remotamente, pero no del todo imparcial, como un dios que tuviera un prejuicio en favor de la virtud —la virtud, en el caso presente, representada por Beatrice—, Burlap revoloteaba, pensativo, sobre la batalla.

El episodio de Romola Saville le brindó a *miss* Cobbett una ocasión de ejercitar su malignidad.

—¿Ha visto usted a esas dos terribles poetisas? —preguntó a Beatrice, la mañana

siguiente, con un falso aire de amistad.

Beatrice le lanzó una mirada escrutadora. ¿Qué pretendía aquella mujer?

—¿Qué poetisas? —preguntó recelosamente.

—Esas formidables damas de edad madura que el director mandó venir a verlo bajo la impresión de que eran una sola y joven. —Y se echó a reír—. Romola Saville. Así estaban firmados los poemas. El caso parecía tan romántico… Y los poemas eran igualmente muy románticos. ¡Pero las dos autoras!… ¡Oh, santo Dios! Cuando vi al director en sus garras le tuve realmente compasión. Pero él lo ha querido así. Puesto que se empeña en escribir a sus colaboradoras…

Aquella noche Beatrice renovó sus quejas contra *miss* Cobbett. Aquella mujer no solo era molesta e impertinente; si cumpliera con su deber, todavía se la podría soportar; pero era perezosa. Un periódico era un negocio como cualquier otro. No podía permitirse uno tratar los negocios sobre una base sentimental. De un modo vago, apocado, Burlap habló de las circunstancias especiales del caso. Beatrice replicó. La discusión se caldeó.

—La bondad debe tener sus límites —dijo Beatrice con voz tajante y a modo de conclusión.

—¿Cree usted? —dijo Burlap, y su sonrisa era tan bella, tan ansiosamente franciscana, que Beatrice se sintió, interiormente, fundida en ternura.

—Sí, ciertamente —martilló ella, sintiéndose tanto más dura y hostil hacia *miss* Cobbett cuanto más suave y maternalmente protectora se sentía hacia Burlap.

Su ternura estaba forrada, por así decirlo, de indignación. Cuando no quería mostrar su dulzura volvía del revés sus sentimientos y exhibía su cólera.

«Pobre Denis —pensaba Beatrice a pesar de su indignación—. Necesita realmente alguien que vele por él. Es demasiado bueno».

Y habló en voz alta.

—Y usted tiene una tos espantosa —dijo en tono de reproche, con una digresión solo aparente; ser demasiado bueno, no tener quien mire por uno y tener tos; las ideas se eslabonaban lógicamente—. Lo que usted necesita —continuó en el mismo tono seco y autoritario— es una buena fricción con aceite alcanforado y una envoltura de termógeno.

Pronunció estas palabras casi amenazadoramente, como si le anunciara una buena somanta y un mes a pan y agua. Así expresaba ella su solicitud; pero bajo esta corteza, ¡qué temblorosa dulzura!

Burlap se sintió más que dichoso de dejarle ejecutar su tierna amenaza. A las diez y media yacía en la cama con una botella de agua caliente adicional. Había tomado un vaso de leche caliente con miel y chupaba ahora una pastilla pectoral. «Era una lástima —pensaba él— que Beatrice no fuese más joven». Con todo, la verdad es que era

asombrosamente joven para su edad. Su rostro, su cuerpo, correspondían más bien a una mujer de veinticinco años que de treinta y cinco. Burlap se preguntaba cómo se portaría ella cuando la moviera al fin a vencer sus temores. Había algo muy extraño en estos temores infantiles en una mujer hecha y derecha. Una mitad de su ser se había detenido a la edad en que el tío Ben había hecho su prematuro experimento. El diablo de Burlap sonreía irónicamente al recordar el relato que había hecho ella del incidente.

Se oyó un golpecito a la puerta y entró Beatrice con el aceite alcanforado y el termógeno.

—He ahí al verdugo —dijo Burlap riendo—. Muera yo como un hombre.

Y desabotonó la chaqueta de su pijama. Tenía un pecho blanco y musculoso; el contorno de sus costillas asomaba débilmente a través de la carne. Entre las tetillas, una lista de vellos negros y rizosos seguía la línea del esternón.

—Vaya, tortúreme usted cuanto pueda —siguió bromeando—. Estoy listo.

Su sonrisa era tierna y juguetona.

Beatrice descorchó la botella y vertió un poco de aromático aceite en la palma de su mano derecha.

—Tome la botella —ordenó— y póngala abajo. —Burlap obedeció—. Vaya —dijo ella, cuando lo vio nuevamente tendido e inmóvil; y comenzó a frotar.

Su mano se deslizó sobre su pecho, hacia atrás, hacia adelante, hacia atrás, hacia adelante, vigorosa y eficazmente. Y cuando se le cansó la derecha comenzó con la izquierda, hacia atrás, hacia adelante.

—Es usted como una pequeña máquina de vapor —dijo Burlap con su tierna y juguetona sonrisa.

—Sí, esa es la impresión que me doy yo —contestó ella.

Pero no era cierto. Ella se daba la impresión de ser casi cualquier cosa menos una máquina de vapor. Había tenido que vencer una especie de terror antes de poder tocar aquel pecho blanco y carnoso. Y no porque fuese feo o repulsivo. Al contrario, era más bien hermoso, con su blancor suave y su fuerza carnosa. Bello, como el torso de una estatua. Solo que la estatua tenía pequeños rizos negros a lo largo del esternón y un pequeño lunar moreno que subía y bajaba con la piel al ritmo del pulso, sobre el corazón. La estatua tenía vida; esto era lo grave. El blanco pecho desnudo era bello; pero estaba casi repulsivamente vivo. Tocarlo… Ella se estremeció interiormente con un pequeño espasmo de horror, y se encolerizó contra sí misma por haber experimentado tan estúpidos sentimientos. Había estirado vivamente la mano y se había puesto a frotar. La palma de su mano se deslizó fácilmente sobre la piel lubricada. El calor del cuerpo de Burlap se dejaba sentir contra su mano. A través de la piel sentía ella la dureza de sus huesos. Hubo un

erizamiento contra sus dedos cuando estos tocaron los vellos a lo largo del esternón, y los pequeños pezones eran firmes y elásticos. Ella se estremeció de nuevo, pero había algo de agradable en aquella sensación de horror y en sobreponerse a ella; había un placer extraño en aquella corriente de alarma y de repulsión que cundía por su cuerpo. Ella continuó frotando, con el vigor y la regularidad de una máquina de vapor, pero, interiormente, ¡con qué temblorosa, con qué desgarrada conciencia!

Burlap yacía con los ojos cerrados, sonriendo débilmente por el placer del abandono y de la entrega total. Se sentía, lujosamente, como un niño indefenso; estaba en las manos de Beatrice como un niño a merced y juguete de su madre, que no es ya dueño de sí. Las manos de Beatrice le daban una sensación de frialdad en el pecho; su carne era pasiva, abandonada, como arcilla, bajo aquellas manos fuertes y frías.

—¿Cansada? —preguntó él cuando ella se detuvo para cambiar de mano por tercera vez; Burlap abrió los ojos para mirarla: Beatrice meneó la cabeza—. Le doy a usted tanto trabajo como un niño enfermo.

—De ningún modo.

Pero Burlap insistió en compadecerse de ella y en excusarse a sí mismo.

—¡Pobre Beatrice! —dijo—. ¡Cuando pienso todo lo que tiene que hacer usted por mí! ¡Me siento verdaderamente avergonzado!

Beatrice no hizo más que sonreír. Sus primeros temblores de repulsión irrazonable habían pasado. Se sentía extraordinariamente dichosa.

—¡Vaya! —dijo al fin—. Y ahora el termógeno. —Beatrice abrió la caja de cartón y desdobló la guata anaranjada—. El problema está en ver cómo puede ajustarse al pecho. Yo he pensado en sujetarla con una venda. Dos o tres vueltas alrededor del cuerpo. ¿Qué le parece a usted?

—A mí no me parece nada —dijo Burlap, que se hallaba todavía disfrutando de las delicias de la infancia—. Yo estoy enteramente en sus manos.

—Bien, pues, incorpórese —mandó ella; Burlap se incorporó—. Sujete usted la guata contra el pecho mientras yo le paso la venda en derredor.

Para dar la vuelta a la venda en torno al cuerpo, ella tenía que inclinarse muy cerca de él, casi hasta abrazarlo; sus manos se toparon por un instante detrás de su espalda, mientras que desarrollaba la venda. Burlap dejó caer la cabeza hacia adelante, y su frente descansó contra el seno de Beatrice. La frente del niño cansado sobre el dulce seno de su madre.

—Sujete la punta por un momento mientras saco un imperdible.

Burlap levantó la frente y se echó hacia atrás. Un tanto sonrojada, pero todavía muy seria y preocupada con su trabajo, Beatrice sacaba un imperdible de un pequeño cartón

surtido.

—Ahora viene el momento verdaderamente difícil —dijo ella riendo—. ¿No le importará a usted que le clave el alfiler en la carne?

—No, no me importa —dijo Burlap.

Y era cierto: no le hubiera importado. Se hubiera hasta alegrado de que lo pinchara. Pero ella no lo hizo. La venda fue ajustada con una destreza profesional.

—¡Ya!

—¿Qué debo hacer ahora? —preguntó Burlap, ávido de obedecer.

—Acostarse.

Se acostó. Ella le abotonó el pijama.

—Y ahora, a dormir lo antes posible. —Ella le estiró las mantas hasta la barbilla y se las remetió: luego se echó a reír—. Parece usted un muchachito.

—¿No me va a dar un beso con las buenas noches?

Las mejillas de Beatrice se tiñeron de rojo. Se inclinó y lo besó en la frente.

—Buenas noches —dijo ella.

Y de pronto sintió deseo de tomarlo en sus brazos, de oprimir su cabeza contra su seno y de acariciarle el cabello. Pero no hizo más que rozarle un instante la mejilla con la mano; luego salió apresuradamente de la alcoba.

XIX

El pequeño Phil yacía en su cama. La pieza estaba en una media luz anaranjada. Un hilillo de sol se filtraba, curioso, por entre las cortinas corridas. Phil estaba más inquieto que de costumbre.

—¿Qué hora es? —gritó al fin, aunque había gritado ya y se le había dicho que se callara.

—No es hora de que te levantes todavía —gritó *miss* Fulkes del otro lado del pasillo.

Su voz llegó apagada, porque *miss* Fulkes se hallaba metida en su bata azul hasta la mitad, la cabeza envuelta en una oscuridad de seda, los brazos luchando a ciegas por hallar la entrada de sus mangas respectivas. Los padres de Phil debían llegar aquel día: estarían en Gattenden para el almuerzo. La circunstancia reclamaba imperiosamente el vestido azul de *miss* Fulkes, que era el mejor que tenía.

—Pero ¿qué hora es? —gritó el niño, irritado—. Quiero decir por tu reloj.

La cabeza de *miss* Fulkes había surgido de nuevo.

—La una menos veinte.

—¿Por qué no es la una?

—Porque no. Y ya no contestaré más a tus preguntas. Y si vuelves a gritar le diré a tu mamá que has sido muy malo.

—¡Mala, tú! —replicó Phil, poniendo una furia lacrimosa en su voz; pero tan bajo, que *miss* Fulkes apenas lo oyó—. ¡Te odio!

Por supuesto, él no la odiaba. Pero había hecho su protesta; el honor estaba salvado.

Miss Fulkes reanudó su atavío. Se sentía agitada, temerosa, dolorosamente excitada. ¿Qué pensarían ellos de Phil, *su* Phil, el Phil que había hecho ella?

«Ojalá se porte bien —pensó—. Ojalá se porte bien». Cuando quería, sabía ser un ángel, tan encantador. Y cuando no era un ángel, había siempre una razón; pero había que conocerlo, había que comprenderlo para descubrir la razón. Y ellos acaso no supieran ver la razón. Habían estado ausentes durante mucho tiempo; podían haber olvidado hasta su rostro. Y, de todos modos, no podrían saber cómo era ahora, en qué se había transformado durante los últimos meses. Solo ella conocía *aquel* Phil. Lo conocía y lo quería, lo quería tanto, tanto… Solo ella. Y algún día tendría que separarse de él. No tenía ningún derecho sobre él, ningún título con que reclamarlo; solo su amor hacia él. Podrían quitárselo cuando quisiesen. Su imagen, reflejada en el espejo, se hizo incierta, y las lágrimas se desbordaron de golpe sobre sus mejillas.

El tren llegó a la hora, el coche los esperaba. Philip y Elinor subieron en él.

—¿No es maravilloso hallarnos aquí? —Elinor tomó la mano de su marido; sus ojos

brillaron—. Pero, santo Dios —añadió en un tono de horror y sin esperar respuesta—, si están construyendo una partida de casas nuevas allá en la loma. ¿Por qué osarán hacer eso?

Philip miró.

—Un tanto ciudad-jardín, ¿no te parece? —dijo—. Es una lástima que los ingleses amen tanto el campo —añadió—. Lo están matando a fuerza de solicitud.

—Pero ¡qué precioso es aún, a pesar de todo! ¿No te sientes locamente excitado?

—¿Excitado? —preguntó él cautamente—. Bueno…

—¿No te alegra siquiera pensar que vas a ver de nuevo a tu hijo?

—Desde luego.

—¡Desde luego! —Elinor repitió las palabras en un tono de burla—. ¡Y con esa voz! Nunca creí que hubiese un «desde luego» en ello; pero ahora que llegó el momento, jamás me sentí tan excitada en mi vida.

Hubo un silencio; el coche avanzaba sinuosamente a lo largo de los caminos. Luego, la carretera subía; treparon a través de un bosque de hayas para llegar a una meseta arbolada. Al final de una larga perspectiva verde se tostaba al sol el palacio del marqués de Gattenden, el monumento más colosal de la grandeza de los Tantamount. Ondeaba la bandera; su excelencia residía en su dominio. Philip dijo:

—Tenemos que ir un día a ver al viejo loco.

Los venados ramoneaban en el parque.

—¿Por qué se viaja? —dijo Elinor mirándolos.

Miss Fulkes y el pequeño Phil aguardaban en la escalinata.

—Parece que siento el coche —dijo *miss* Fulkes.

Su rostro, un poco apelmazado, estaba muy descolorido; su corazón latía con más fuerza que de ordinario.

—No —añadió, después de haber escuchado un momento con una atención intensa.

Lo que había oído no era sino el sonido de su propia ansiedad.

El pequeño Phil se movía, desasosegado, consciente tan solo de su violento deseo de «ir a cualquier parte». La espera le había colocado un erizo en las entrañas.

—¿No te sientes dichoso? —preguntó *miss* Fulkes, con un entusiasmo fingido, dispuesta, a costa del propio sacrificio, a que el niño se sintiera loco de alegría con el pensamiento de volver a ver a sus padres—. ¿No te sientes *extraordinariamente* excitado?

Pero ellos podían quitárselo si querían, podían llevarlo e impedir que *miss* Fulkes lo volviera a ver.

—Sí —replicó el pequeño Phil un tanto vagamente. Se hallaba preocupado exclusivamente por la proximidad de acontecimientos viscerales.

Miss Fulkes quedó decepcionada por la falta de entusiasmo en su tono. Lo miró con

aire de interrogación.

—¿Phil?

Ella había advertido su inquieto *charleston*. El niño inclinó la cabeza. Ella lo tomó de la mano y se apresuró a llevarlo al interior de la casa.

Un minuto después el coche en que venían Philip y Elinor se detuvo ante un portal desierto. Elinor no pudo menos que sentirse decepcionada. Había visto tan claramente la escena por anticipado: Phil, en la escalinata, agitando frenéticamente el brazo: había oído tan distintamente sus gritos por anticipado… Y la escalinata estaba desierta.

—Ni un alma que salga a recibirnos —dijo ella, y su acento era plañidero.

—No tenías por qué esperar que permanecieran aquí aguardando —replicó Philip.

Abominaba de todo cuanto se pareciese a una ceremonia. Para él, el regreso perfecto hubiera sido en una capa de invisibilidad. Este no le iba muy a la zaga.

Se apearon del coche. La puerta principal estaba desierta. En el vestíbulo, silencioso y vacío, tres siglos y medio de vida se habían quedado dormidos. El sol brillaba a través de las ventanas de dintel plano. El artesonado había sido pintado de verde en el siglo XVIII. Toda de roble viejo, con altas ventanas, la escalera ascendía hasta perderse de vista hacia los pisos superiores. Un olor a pétalos y especias flotaba débilmente en el aire; era como percibir el viejo y sereno silencio por otro sentido.

Elinor volvió la vista en derredor, respiró profundamente, pasó las yemas de los dedos a lo largo del pulido nogal de una mesa; con el nudillo de un índice doblado dio un golpecito al redondo tazón veneciano que había encima; el cristalino sonido de campanilla flotó dulcemente largo tiempo en el silencio perfumado.

—Como la Bella Durmiente —dijo ella.

Pero en el mismo instante en que pronunciaba estas palabras quedó roto el encanto. De pronto, como si el sonoro cristal hubiera despertado la casa a la vida, resucitaron los ruidos y los movimientos. Arriba, en alguna parte, se abrió una puerta; a través del ruido «higiénico» del agua llegó el sonido de la joven y penetrante voz de Phil; pequeños pies trotaron a lo largo de la alfombra del pasillo e hicieron un pequeño repique de cascos sobre el roble de la escalera. Al mismo tiempo se abrió una puerta del piso bajo, y la enorme silueta de Dobbs, la doncella, se precipitó en el vestíbulo.

—¡Ah, señorita Elinor, no la había oído a usted!

El pequeño Phil dio la vuelta a la última curva de la escalera. Al ver a sus padres dio un grito, aceleró bruscamente el paso; se deslizó casi de peldaño en peldaño.

—¡No corras, no corras! —exclamó su madre ansiosamente corriendo a su encuentro.

—¡No corras, no corras! —dijo *miss* Fulkes, como un eco, corriendo tras él escalera abajo.

Y de súbito, saliendo de un pequeño salón que daba al jardín, apareció la señora Bidlake, blanca y silenciosa, bajo sus velos flotantes, como un imponente fantasma. En una cestilla llevaba un manojo de tulipanes recién cortados; su podadera pendía al extremo de una cinta amarilla. *T'ang* III la seguía, ladrando. Hubo una confusión de abrazos y apretones de manos. Los saludos de la señora Bidlake tenían la majestad de un ritual, la gracia solemne de una danza antigua y sagrada. *Miss* Fulkes se contorcía de temor y agitación, se apoyaba primero en una pierna y luego en la otra, adoptaba actitudes de figurines y maniquíes y de vez en cuando reía con una risa penetrante. Cuando Philip le' dio la mano se contorció tan violentamente, que estuvo a punto de perder el equilibrio.

«¡Pobre chica! —Tuvo tiempo de pensar Elinor entre preguntas y respuestas—. ¡Con qué urgencia necesita casarse! ¡No hay duda que está mucho peor que cuando salimos!».

—¡Pero cómo ha crecido el niño! —dijo en voz alta—. ¡Y cómo ha cambiado! —Lo mantuvo a la distancia del brazo con el ademán de un experto que retrocede para examinar un cuadro—. Era el puro retrato de Phil. Pero ahora… —Sacudió la cabeza. Ahora el ancho rostro se había alargado, la nariz corta y recta (la cómica «nariz de gato», de la que tanto se había reído ella y que tanto había amado en el rostro de Philip) se había afinado, haciéndose ligeramente aquilina; el cabello se había hecho más oscuro—. Ahora es Walter pintado. ¿No crees tú? —Mrs. Bidlake asintió remotamente con la cabeza—. Excepto cuando ríe —agregó ella—. Su risa es Phil puro.

—¿Qué me has traído? —preguntó el pequeño Phil, casi con ansiedad; cuando alguien se iba y volvía le traían siempre algo—. ¿Dónde está mi regalo?

—¡Qué pregunta! —protestó *miss* Fulkes sonrojándose por él y contorciéndose.

Pero Elinor y Philip no hicieron sino reír.

—Es Walter cuando está serio —dijo Elinor.

—O tú.

Philip pasó la mirada de uno al otro.

—¡Cuando no hace todavía un minuto que han llegado papá y mamá! —dijo *miss* Fulkes continuando sus reproches.

—¡Mala! —replicó el niño, y echó la cabeza hacia atrás con un pequeño movimiento de cólera y orgullo. Elinor, que había estado mirando hacia él, estuvo a punto de romper a reír. Aquel súbito levantamiento de barbilla… Sí; era la parodia del gesto de superioridad del viejo Mr. Quarles. El niño fue por un instante su suegro, su absurdo y deplorable suegro, caricaturizado y en miniatura. Era cómico, pero, al mismo tiempo, de algún modo, dejaba de ser una broma. Ella quiso reír, pero se sintió oprimida por una súbita conciencia de los misterios y complejidades de la vida, del terrible e insondable porvenir. Allí estaba su hijo; pero él era también Philip, era también ella misma, era también

Walter, su padre, su madre; y ahora, he ahí que, levantando la barbilla, se había revelado súbitamente como el deplorable Mr. Quarles. Y él podía ser también cientos de otras personas. ¿Podía ser? Era, ciertamente. Era tías y primos que Elinor apenas había visto; abuelos y hermanos de abuelos que ella había conocido solo de niña y que había olvidado completamente; antepasados que habían muerto hacía mucho tiempo, que se remontaban al origen de las cosas. Toda una población de extraños habitaba en aquel cuerpecillo y le daba forma, vivía en aquel espíritu y gobernaba sus deseos, le dictaba sus pensamientos, y así continuaría dictando y gobernando. Phil, el pequeño Phil: el nombre era una abstracción, un título concedido arbitrariamente, como «Francia» o «Inglaterra», a una colectividad, jamás por mucho tiempo la misma, de individuos que nacen, viven y mueren en su ser, como los habitantes de un país aparecen y desaparecen, pero que mantienen viva a su paso la identidad de la nación a la cual pertenecen. Elinor miró al niño con una especie de terror. ¡Qué responsabilidad!

—A eso lo llamo yo amor interesado —continuó aún *miss* Fulkes—. ¡Y no tienes que decirme «mala» de ese modo!

Elinor dio un ligero suspiro, salió de su ensueño tomando al niño en sus brazos, lo apretó contra sí.

—No importa —dijo, mitad a la moralizadora *miss* Fulkes, mitad a su propio yo aprensivo—. No importa.

Y lo besó.

Philip consultó su reloj.

—Será bueno ir a lavarnos y cepillarnos un poco antes del almuerzo —dijo.

Tenía el sentido de la puntualidad.

—Pero antes —dijo Elinor, que consideraba que las comidas se habían hecho para el hombre, y no el hombre para las comidas—, antes *tenemos* que entrar en la cocina y saludar a Mrs. Inman. Sería imperdonable que no lo hiciéramos. Vamos.

Y todavía con el niño en brazos cruzó el comedor. El olor a pato asado se hacía más y más intenso a medida que avanzaban.

Un poco irritado por su sentido de la puntualidad, y un poco inquieto de tener que aventurarse, aunque fuese con Elinor por dragomán, a la cocina, en medio de los criados, Philip la siguió a contrapelo.

Durante el almuerzo el pequeño Phil celebró la ocasión conduciéndose atrozmente.

—La conmoción ha sido demasiado fuerte para él —seguía repitiendo la pobre *miss* Fulkes, tratando de excusar al niño y de justificarse, indirectamente, a sí misma; hubiera querido llorar—. Ya usted verá, señora, ya usted verá cuando se acostumbre a verlos aquí —dijo, volviéndose hacia Elinor—; ya usted verá que sabe portarse como un ángel. Es la

emoción.

Había llegado a amar tanto al niño, que sus triunfos y sus humillaciones, sus virtudes y sus crímenes la afligían o regocijaban, le hacían sentir vergüenza o satisfacción, como si se tratara de ella misma. Además, estaba su orgullo profesional. Durante varios meses lo había tenido a su cargo y bajo su responsabilidad total; le había enseñado a conducirse en sociedad y la razón por la cual el triángulo de la India está pintado de carmesí en el mapa; ella le había dado forma, ella lo había modelado. Y ahora, cuando el objeto de su más tierno amor, aquel producto de su habilidad y su paciencia, chillaba en la mesa, escupía bocados de alimento a medio masticar y derramaba el agua, *miss* Fulkes no solo se sonrojaba de vergüenza, como si fuera ella la que había chillado, escupido y derramado, sino que al mismo tiempo experimentaba la humillación del prestidigitador cuyo truco, largamente preparado, le falla en público; del inventor de la máquina de volar ideal que rehúsa absolutamente despegar del suelo.

—Después de todo —dijo Elinor en tono consolador—, ya era de prever.

La pobre chica le daba verdaderamente lástima. Miró al niño. Este lloraba, y ella había esperado (¡cuán irrazonablemente!) que habría cambiado del todo, que lo hallaría enteramente razonable y crecido. Su corazón se hundió en el desaliento. Ella lo amaba, pero los niños eran tan terribles… Y él era un niño todavía.

—Vamos, Phil —dijo con severidad—, hay que comer y dejarse de tonterías.

El niño gritó todavía más. Él hubiera querido portarse bien, pero no sabía cómo dejar de portarse mal. Él se había inducido voluntariamente a este doloroso estado de rebelión; pero ahora la emoción lo dominaba y podía más que su voluntad. Le era imposible, a pesar de su deseo, volver sobre sus pasos. Además, había tenido siempre cierta aversión al pato asado; y habiendo pensado ahora, durante cinco minutos, en el pato asado con repugnancia y horror concentrados, había llegado a detestarlo. La vista, el olor, el gusto del pato asado le daban realmente náuseas.

Entretanto, Mrs. Bidlake conservó su calma metafísica. Su alma flotaba sin vacilación, como un gran navío por un mar picado; o acaso se pareciese más a un globo a la deriva muy por encima de las aguas en el sereno mundo de la fantasía, que no perturba ningún viento. Había estado hablando con Philip acerca del budismo. (Mrs. Bidlake tenía una debilidad especial por el budismo). A los primeros chillidos, ni siquiera se había vuelto para ver qué pasaba, contentándose con alzar la voz a fin de hacerse oír sobre el tumulto. El berreo se renovó, continuó, Mrs. Bidlake se calló y cerró los ojos. Un Buda de piernas cruzadas, dorado y sereno, apareció contra el fondo rojo de sus párpados cerrados; ella vio los sacerdotes de hábito amarillo en torno a él, todos en la misma actitud que su dios y sumidos en extática meditación…

—Maya —dijo con un suspiro, como si hablara consigo misma—, maya: la eterna ilusión. —Abrió los ojos—. Sí, es harto duro —añadió, dirigiéndose a Elinor y a *miss* Fulkes, que se esforzaban desesperadamente por hacer comer al niño.

El pequeño Phil se agarró a la excusa que tan gratuitamente le había brindado ella.

—¡Está duro! —gritó entre lágrimas, rechazando el tenedor en que *miss* Fulkes con mano temblorosa, por exceso de emociones penosas, le ofrecía un fragmento de pato asado y la mitad de una papa.

Mrs. Bidlake cerró de nuevo los ojos por un momento; luego se volvió hacia Philip y continuó arguyendo acerca del Octuple Sendero.

* * *

Aquella noche Philip escribió con cierta extensión en la libreta donde anotaba, confusamente, pensamientos y sucesos, conversaciones, cosas vistas y oídas. Así encabezó la página: *La cocina de la casa vieja*:

«Bastante fácil de resumir. Las ventanas Tudor reflejadas en el fondo de las ollas de cobre. El enorme hogar negro con sus pulidos adornos de metal y el fuego que asoma a través del portillo superior a medio cerrar. La reseda en las cajas de las ventanas. El gato, un enorme eunuco color jengibre, dormitando en su cesta junto al aparador. La mesa de la cocina, tan gastada por el tiempo y el constante restregar que la veta de la madera se destaca en relieve sobre las partes más blandas, como si un grabador hubiera preparado la plancha de una gigantesca impresión digital. Las vigas del bajo techo. Las oscuras sillas de haya. La pastelería cruda en proceso de modelación. El olor a cocina. El inclinado haz de rayos solares lleno de partículas brillantes. Y, en fin, la vieja señora Inman, la cocinera, pequeña, frágil, indomable, autora de tantos miles de comidas. Trabájese esto un poco más y se tendrá el cuadro. Pero yo quiero algo más. Un croquis de la cocina, así en tiempo como en espacio, una indicación de lo que significa en el cosmos humano en general. Escribo una frase: Verano tras verano, desde la época en que Shakespeare era un muchacho hasta el día de hoy, diez generaciones de cocineros han empleado las radiaciones infrarrojas para romper las moléculas de proteínas de gatitos espetados ("*tú* no has nacido, no, para morir, ¡oh, pájaro inmortal!", etc.). Una frase, y heme ahí ya de pleno en la historia, en el arte, y en todas las ciencias. Toda la historia del universo se halla implícita en una parte de él. La mirada de la meditación penetra en cualquier objeto y ve, como a través de una ventana, el universo entero. Basta con hacer diáfano el olor a pato asado en una vieja cocina para tener un destello de todas las cosas, de las nebulosas espirales a la música de Mozart y a los estigmas de San Francisco de Asís. El problema

artístico es producir la diafanidad a trechos a fin de no revelar sino las lejanas perspectivas más humanamente significativas detrás del objeto cercano y familiar. Pero, en todo caso, las cosas vistas al final de la perspectiva deben ser bastante extrañas para que lo familiar cobre un aire fantásticamente misterioso. Pregunta: ¿Es posible lograr este resultado sin pedantería y sin estirar la historia hasta lo infinito? Hay que pensarlo mucho.

»Entretanto, ¡qué encantadora es la cocina! ¡Qué simpáticos son sus habitantes! Mrs. Inman lleva tanto tiempo en la casa como Elinor. Un milagro de belleza envejecida. ¡Y cuán serena, cuán aristocráticamente imperiosa! Cuando se ha sido reina de todo lo que se abarca durante treinta años, se cobra el porte de la realeza, aun cuando lo que se abarca no sea sino la cocina. Y luego, he ahí a Dobbs, la doncella. Dobbs solo lleva en la casa desde un poco antes de la guerra. Una invención de Rabelais. Seis pies de alto, y gruesa en proporción. Y este cuerpo enorme abriga el espíritu de Gargantúa. ¡Qué humor de payaso, qué apetencia de vivir, qué anécdotas, qué fácil y enorme risa! La risa de Dobbs es casi aterradora. Y en un estante del aparador de la despensa he notado, cuando fuimos a presentar nuestros respetos, una botella verde mediada de píldoras; pero píldoras como boliches, como las que se soplan en la garganta de los caballos a través de un tubo de goma. ¡Qué homéricas indigestiones no indican esas píldoras!

»La cocina es buena; pero la sala no lo es menos. Hemos vuelto de nuestro paseo de la tarde para hallar al vicario y su mujer hablando de arte al tomar el té. Sí, de arte. Pues era su primera visita después de la que habían hecho a la Academia.

»Es un acontecimiento anual. Todos los años, al otro día de la Ascensión, toman el tren de las ocho cincuenta y dos para ir a Londres a pagar el tributo que hasta la Religión debe al Arte: la Religión Establecida y el Arte Establecido. Ellos examinan todos los rincones de la Burlington House anotando el catálogo durante su inspección, humorísticamente dondequiera que el humor es admisible, pues Mr. Truby (que se parece un poco a Noé en un arca de niño) es uno de esos eclesiásticos jocosos que gustan de soltar bromas a fin de mostrar que, a pesar de la levita negra y el cuello del revés, son "humanos", "buenas personas", etc.

»La bonita y regordeta señora Truby es menos ruidosamente chacotera que su marido, pero no es menos eso que las gentes de la alta clase media que leen el Punch llamarían "un alma verdaderamente regocijada", siempre dispuesta a divertirse inocentemente y llena de observaciones curiosas. Yo he mirado y escuchado con fascinación mientras Elinor les extraía sus opiniones acerca de la parroquia y la Academia, y me he sentido como Fabre entre los coleópteros. De tiempo en tiempo una palabra de la conversación cruzaba los abismos espirituales que separan a la madre de Elinor de lo que la rodea, penetraba en su embeleso y provocaba una curiosa reacción. Como un oráculo, desconcertante, con una

seriedad que parecía casi espantosa en medio de la chacota de Truby, hablaba, y sus palabras surgían de otro mundo. Y, entretanto, fuera, el jardín está lleno de flores y verdor. El viejo Stokes, el jardinero, usa barba y se parece al Padre Tiempo. El cielo es azul pálido. Se oye un rumor de pájaros. El sitio es bueno. Para descubrir cuán bueno es, es preciso haber dado la vuelta al mundo. ¿Por qué no permanecer aquí? ¿Echar raíces? Pero las raíces son cadenas. Tengo terror a perder la libertad. Libre, sin trabas, sin que lo poseído lo posea a uno, libre de hacer la real gana, de partir sin previo aviso hacia donde nos diga el capricho: esto es bueno. Pero no lo es menos esta casa. ¿No sería acaso la mejor solución? Para ganar la libertad hay que sacrificar algo: la casa, Mrs. Inman, Dobbs, Truby el jocoso, el hombre de la rectoría, los tulipanes del jardín y todo cuanto estas personas y estas cosas significan. Hay que sacrificar algo. ¿Por un mayor provecho en el saber, en la comprensión, en la intensidad de vida? Es lo que me pregunto a veces».

* * *

Lord Edward y su hermano tomaban el aire en el parque de Gattenden. Lord Edward lo tomaba a pie. El quinto marqués lo tomaba en un sillón de ruedas tirado por un gran asno gris. Era un inválido. «Lo cual no impide, por fortuna, que corra el espíritu», gustaba de decir. Había corrido, confusamente, de aquí para allá, durante toda su vida. Entretanto, el asno gris se contentaba con marchar lentamente. Ante los dos hermanos, y a su espalda, se extendía la gran avenida de Gattenden. Ante ellos, a una milla de distancia, al final de la recta perspectiva, se levantaba una reproducción de la columna de Trajano en piedra de Portland, con una estatua de bronce del primer marqués en lo alto, y una inscripción en grandes caracteres en torno al pedestal, que pregonaba sus títulos de gloria. Entre otras cosas, había sido virrey de Irlanda y el Padre de la agricultura científica. Al otro extremo de la gran avenida, una milla a la espalda de los hermanos, se elevaban las torres y los torreones fantásticos del castillo de Gattenden, construido para el segundo marqués por James Wyatt en el más extravagante estilo gótico de Strawberry Hill, y de aspecto más medieval que cuanto la verdadera Edad Media necrológica haya podido soñar. El marqués vivía permanentemente en Gattenden. Y no porque le gustara particularmente la casa ni el paisaje circundante. Apenas tenía conciencia de ellos. Cuando no leía pensaba en lo que había leído; el mundo de las apariencias, como gustaba él de llamar platónicamente a la realidad tangible y visible no le interesaba. Esta falta de interés era su venganza contra el universo por haber hecho de él un inválido. Habitaba en Gattenden, porque solo en Gattenden podía pasear a salvo en su sillón de inválido. Pall Mall no es un lugar adecuado para asnos grises y viejos caballeros paralíticos que leen y meditan mientras

guían su vehículo. Había hecho donación de Tantamount House a su hermano, y continuaba guiando su asno a través de las hayas del parque de Gattenden.

El asno se había detenido a ramonear al borde de la vía. El quinto marqués y su hermano cambiaban argumentos acerca de Dios. Pasó el tiempo. Se hallaban todavía hablando de Dios cuando, media hora después, Philip y Elinor, que habían dado su paseo de la tarde en el parque, salieron del bosque de hayas y aparecieron inopinadamente junto a la silla de inválido del marqués.

—¡Pobres viejos! —comenzó Philip cuando aquellos se hallaron de nuevo fuera del alcance de su voz—. ¿De qué otra cosa van a hablar? Son demasiado viejos para hablar de amor: demasiado viejos y demasiado buenos. Demasiado ricos para hablar de dinero. Demasiado altivos para hablar de las gentes, y demasiado ermitaños para conocer gentes de las cuales hablar. Demasiado tímidos para hablar de sí mismos; demasiado, totalmente, faltos de experiencia para hablar de la vida ni aun de la literatura. ¿Qué les queda a los pobres infelices como tema de conversación? Nada… solo Dios.

—Y a la velocidad actual —dijo Elinor— tú serás exactamente como ellos dentro de diez años.

XX

El viejo John Bidlake solía decir del padre de Philip Quarles que se parecía a una de esas iglesias barrocas italianas de fachada falsa. Alta, impresionante, erizada de órdenes clásicos, de tímpanos rotos y de estatuaria, la fachada parece corresponder a una gran catedral. Pero al observarla más de cerca se descubre que no es sino una pantalla. Detrás del frente enorme y complicado se acuclilla un miserable y pequeño templo de ladrillo, morrillo y yeso costroso. Y, animándose con su símil, John Bidlake describía el sacerdote mal afeitado farfullando su misa, el pequeño acólito mocoso con su sobrepelliz sucia, la congregación de fieles campesinas papudas con sus rapaces, el cretino mendigando a la puerta, las coronas de lata de las imágenes, el suelo cubierto de basuras, el rancio olor de varias generaciones de humanidad piadosa.

«¿Cómo se explica —decía en conclusión, olvidando que comentaba sus propios éxitos — que las mujeres se hayan de enamorar siempre, fatalmente, de lo más bajo, o más bien del *más* bajo que encuentran? Es curioso. Especialmente en este caso. Se hubiera creído que Rachel Quarles tenía demasiado buen sentido para dejarse embaucar por un vacuo como ese».

Otros habían pensado lo mismo y se habían hecho también aquella pregunta. Rachel Quarles parecía extraordinariamente demasiado buena para su marido. Pero no se casa uno con una colección de virtudes y talentos: uno se casa con un determinado ser humano. El Sidney Quarles que había solicitado la mano de Rachel era un joven del cual se hubiera enamorado cualquiera; Rachel tenía solo dieciocho años y carecía particularmente de experiencia. Él era joven también (la juventud es ya una virtud en sí misma), joven y bien parecido. Ancho de espaldas y alto en proporción, actualmente grueso hasta la obesidad, Sidney Quarles hacía aún una figura imponente. A los veintitrés años, aquel gran cuerpo había sido atlético; los cabellos grisáceos que rodeaban ahora una tonsura rosada y pulida habían sido de un castaño dorado y habían cubierto todo el cráneo con su ondulada exuberancia. El rostro, grande, carnoso y sanguinolento, había sido más fresco, más firme, menos parecido a una luna llena. La frente, ya antes de aparecer la calvicie, había parecido intelectual, siendo alta y lisa. Y la conversación de Sidney Quarles no desmentía los indicios vehementes que ofrecía su frente. Hablaba bien, aunque acaso con demasiada arrogancia y complacencia para todos los gustos. Además, en aquella época tenía cierta reputación; acababa de salir de la Universidad y volvía aureolado de todo el adorno académico y de la gloria retórica de una sociedad de justas oratorias. Sus amigos entusiastas le auguraban las visiones más brillantes sobre las vírgenes extensiones del porvenir. En la época en que Rachel lo conoció, estas profecías tenían un aire

verdaderamente razonable. Y de todos modos, razonable o irrazonable, ella lo amaba. Se casaron cuando ella tenía solo diecinueve años.

Sidney había heredado de su padre una hermosa fortuna. Su negocio (el viejo Mr. Quarles comerciaba en azúcar) marchaba bien. La propiedad que tenía en Essex le producía una cantidad considerable. La casa de la ciudad estaba en Portman Square; la casa de campo, en Chamford, era espaciosa y de estilo georgiano. Sidney tenía ambiciones políticas. Después de un aprendizaje en el gobierno de los asuntos locales, entraría en el Parlamento. Su laboriosidad, sus discursos, a la vez rectos y brillantes, lo designarían como el hombre del porvenir. Se le ofrecería una subsecretaría auxiliar, se lo ascendería rápidamente. Podía esperar (al menos, así parecía treinta y cinco años antes) la realización de las ambiciones más extravagantes.

Pero Sidney, como había dicho el viejo Bidlake, no era sino fachada, una apariencia impresionante, una voz, una habilidad superficial y nada más. Detrás de esta magnífica portada vivía el verdadero Sidney; feble, falto de toda perseverancia en los asuntos importantes, bien que obstinado cuando se trataba de bagatelas, era presa fácil para el entusiasmo y más fácil aun para el aburrimiento. Su misma nubilidad resultó ser no más que aquella clase de destreza que permite a los escolares brillantes escribir versos latinos a la manera de Ovidio, o humorísticas parodias de Herodoto. Sometido a prueba, esta habilidad de clase de retórica se reveló tan impotente en la esfera puramente intelectual como en la práctica. Porque cuando, en el curso de una larga negligencia, agravada por una especulación febril y una mala dirección, había llevado los negocios de su padre a medio camino de la ruina (Rachel le obligó a vender todo lo que le quedaba antes de que fuese demasiado tarde), cuando sus esperanzas políticas se hallaron completamente arruinadas por varios años de alternación entre la indolencia y la actividad sin disciplina, decidió que su verdadera vocación se cifraba en ser publicista.

Durante el primer impulso de esta nueva convicción halló, efectivamente, medio de terminar un libro acerca de los principios de gobierno. Vago y superficial, plagado de lugares comunes cuya vulgaridad se acentuaba por las pretensiones de un estilo floreado y coruscante de epigramas, el libro fue acogido con una merecida indiferencia, que Sidney Quarles, atribuyó a las maquinaciones de enemigos políticos. Él confiaba en que la posteridad le haría justicia.

Después de la publicación de aquel primer libro, Mr. Quarles se había hallado siempre ocupado, o al menos así se había supuesto, en escribir otro, más extenso y de mayor importancia, acerca de la democracia. Esta extensión y esta importancia justificaban la demora casi indefinida de su terminación. Llevaba ya más de siete años trabajando en él, y hasta la fecha, según decía a todo el que le preguntaba por la marcha de su libro

(meneando la cabeza al hablar, con la expresión de un hombre que lleva una carga casi intolerable), hasta la fecha no había concluido siquiera de reunir los materiales:

—Es un trabajo de Hércules —decía a la vez con aire de sacrificio y de fatua arrogancia.

Al hablar, tenía un modo de echar la cabeza hacia atrás y de disparar las palabras hacia el cielo, como si fuera un obús, mirando entretanto a su interlocutor, si es que se dignaba siquiera mirarle, a lo largo de su nariz y por debajo de sus párpados a medio cerrar. Tenía una voz sonora y llena de esos balidos y de esas afectaciones con que los muy oxonienses suelen enriquecer el idioma inglés. En boca de Sidney, la palabra «realmente» se convertía siempre en «reehalmente», y «mero» en «meehero». Era como si un rebaño de ovejas se hubiera soltado en su vocabulario. «Un trabajo de Hércules». Estas palabras salían acompañadas de un suspiro. «Reehalmente tre m e he ndo».

Si su interlocutor era suficientemente atento, lo llevaba a su gabinete y le mostraba (sobre todo si se trataba de una mujer) el enorme aparato de ficheros y clasificadores de acero que había acumulado en torno a su escritorio de tapa giratoria y aspecto ultraprofesional. A medida que pasaba el tiempo, y que el libro no daba señales de estar escrito, Mr. Quarles había ido adquiriendo cada vez más de estos objetos impresionantes. Eran las pruebas visibles de su trabajo, simbolizaban la espantosa dificultad de su empresa. Tenía nada menos que tres máquinas de escribir. La Corona portátil lo acompañaba a dondequiera que fuese, por si acaso se sentía inspirado alguna vez durante sus viajes. A veces, cuando sentía la necesidad de mostrarse particularmente impresionante, llevaba la Hammond, máquina un poco mayor, y en la cual los caracteres estaban fijados, no a brazos independientes, sino a una banda de metal desmontable adherida a un tambor giratorio, de modo que permitía cambiar las letras a voluntad y escribir en griego o en árabe, en símbolos matemáticos o en ruso, según las necesidades del momento; Mr. Quarles tenía una gran colección de estos caracteres de recambio, que, por supuesto, no usaba nunca, pero de los cuales se sentía muy orgulloso, como si cada uno de ellos representara un talento o un don particular de su pertenencia. Y en fin, estaba el tercero y último instrumento, una máquina muy grande y muy costosa, que no solamente era máquina de escribir, sino también de calcular. Muy útil, explicaba Mr. Quarles, para compilar las estadísticas de su gran libro y para hacer las cuentas de la propiedad. Y señalaba con orgullo especial el pequeño motor eléctrico adjunto a la máquina; se establecía el contacto con el enchufe de la pared, y el motor hacía todo el trabajo, excepto, por supuesto, la composición efectiva del libro. No había más que tocar las teclas así (y Mr. Quarles daba una demostración); la electricidad proveía la fuerza necesaria para poner los caracteres en contacto con el papel. Quedaba eliminado todo esfuerzo muscular. Se

podía continuar escribiendo así durante dieciocho horas seguidas, y Mr. Quarles daba a entender que era corriente para él pasarse dieciocho horas pegado a su escritorio (como Balzac o *sir* Isaac Newton); se podía seguir, en efecto, casi indefinidamente sin experimentar la menor fatiga, al menos en los dedos. Una invención americana. Muy ingeniosa.

Mr. Quarles había comprado su máquina de escribir y calcular en el momento en que, prácticamente, había cesado de ocuparse de toda administración de la propiedad. Pues Rachel le había dejado la propiedad. Y no porque la rigiera mejor que los negocios que ella le había persuadido a abandonar en el momento preciso. Pero la ausencia de beneficios no tenía importancia; y las pérdidas, cuando había efectivamente pérdidas, eran poco considerables. Rachel Quarles había esperado que la propiedad constituiría una ocupación saludable para su marido. Y valía la pena dar algo a cambio de este resultado. Pero el precio que hubo de pagar en estos años de depresión posbélica vino a ser muy subido; y a medida que Sidney se ocupaba cada vez menos de la administración rutinaria, el precio se elevaba de modo alarmante, mientras que el fin que justificaba este sacrificio —una ocupación saludable para Sidney— no llegaba a alcanzarse. A veces, es cierto, Sidney lograba una idea y se arrojaba de súbito en una orgía de lo que llamaba él «mejoras inmobiliarias». En una ocasión, después de leer un libro acerca de la eficiencia americana, compró una serie de máquinas costosas tan solo para descubrir que la propiedad no era suficientemente grande para justificar el desembolso; no tenía bastante que darles que hacer a las máquinas. Más tarde construyó una fábrica de confituras; no le había producido jamás un céntimo. Su falta de éxito le hizo perder rápidamente el interés en sus «mejoras inmobiliarias». A fuerza de trabajo y de atención constante acaso habrían llegado a ser productivas con el tiempo; entretanto, sin embargo, debido a la negligencia de Sidney, las mejoras no le habían producido sino pérdida. Decididamente, el precio era demasiado subido, y se pagaba por nada.

Mrs. Quarles decidió que había llegado la hora de arrancarle a Sidney la propiedad de las manos. Con su tacto habitual —porque después de más de treinta años de matrimonio conocía demasiado bien a su marido— lo persuadió de que tendría más tiempo que consagrar a su gran obra si dejaba a otros la enfadosa tarea de la administración de la propiedad. Ella y el mayordomo se encargarían de esta. Era insensato malgastar talentos, que podían ser mejor y más adecuadamente empleados, en una labor maquinal como aquella. Sidney se dejó persuadir fácilmente. La propiedad le fastidiaba; había lastimado su vanidad al mostrarse tan malignamente improductiva, a pesar de sus mejoras. Al mismo tiempo se dio cuenta de que un abandono total sería un reconocimiento de su propia quiebra y un tributo —uno más— a la superioridad inherente de su mujer. Convino en

dedicar menos tiempo a los detalles de la administración, pero prometió, o amenazó, a manera de un dios, con seguir velando por ella, con inspeccionarla desde lejos, pero no menos eficazmente, en los intervalos de sus trabajos literarios. Entonces fue cuando, para justificarse, para aumentar su importancia, compró la máquina de escribir y calcular. Esta simbolizaba la enorme complejidad de la obra literaria a la cual se consagraría desde entonces principalmente; y, al mismo tiempo, demostraba que no había abandonado completamente todo interés en los asuntos materiales. Pues su máquina de calcular había de intervenir no solo en las estadísticas (¿de qué modo? —He aquí una cosa que Mr. Quarles tenía la suficiente cordura de no especificar jamás—), sino también en las cuentas, bajo las cuales, daba a entender, sucumbirían infaliblemente la pobre Rachel y el mayordomo sin la ayuda superior de Sidney.

Sidney no reconocía, por supuesto, la superioridad de su mujer. Pero la oscura conciencia que tenía de ella y el resentimiento que le producía, el deseo de probar que, a pesar de todo, él era realmente tan bueno como ella o, en el fondo, mucho mejor, condicionaron toda su vida. Fue este resentimiento, este deseo de afirmar su superioridad doméstica, lo que le había hecho seguir agarrado durante tanto tiempo a su carrera política, a pesar de los reveses que había sufrido. Dejado a sí mismo, probablemente hubiera abandonado la vida política al primer descubrimiento de sus dificultades y de su aridez; su indolencia era más fuerte que su ambición. Pero la aversión a reconocer su fracaso y la inferioridad personal que este fracaso hubiera entrañado le impidió (siempre tan lleno de esperanza en su porvenir) renunciar a su acta parlamentaria. Con el exasperante espectáculo de la serena capacidad de Rachel perpetuamente ante sus ojos, no podía darse por vencido. Lo que hacía Rachel, lo hacía bien; todo el mundo la quería y la admiraba. Solo para rivalizar con ella, para superarla a los ojos del mundo y a los suyos propios, continuó él en la política y se entregó a las erráticas actividades que habían caracterizado su carrera parlamentaria. Desdeñando ser un mero esclavo de su partido y deseoso de distinción personal, se había hecho el campeón entusiasta de una serie de causas, tan solo para desertar de nuevo con disgusto. La abolición de la pena capital, el antiviviseccionismo, la reforma penitenciaria, el mejoramiento de las condiciones de trabajo en el África Occidental, habían provocado sucesivamente su más inflamada elocuencia y una breve explosión de energía. Se veía a sí mismo bajo el aspecto de un bravo reformador que daba la victoria, simplemente con su presencia, a cualquier causa que se le antojase defender. Pero las murallas de Jericó no se derrumbaron jamás al son de su trompeta, y él no era hombre que emprendiese asedios difíciles. Ejecuciones de criminales, operaciones quirúrgicas a perros y gatos, presos solitarios y negros maltratados: uno tras otro, todos estos pretextos fueron perdiendo su encanto para él. Y Rachel

continuaba siendo competente, seguía siendo querida y admirada.

Entretanto, su estímulo directo había reforzado siempre el incentivo indirecto a la ambición que ella proporcionaba, bien involuntariamente, por el mero hecho de ser ella misma y de ser la mujer de Sidney. Al principio había creído sinceramente en él: había alentado a su héroe. Unos cuantos años bastaron para convertir en piadosa esperanza la fe en su triunfo final. Cuando la esperanza se había desvanecido, ella lo alentó por razones diplomáticas, porque el fracaso en la política costaba menos que el fracaso en los negocios. Pues el modo como Sidney administraba su negocio amenazaba ruina. Ella no se atrevía a decírselo, no se atrevía a aconsejarle que vendiese; el hacerlo hubiera sido incitarlo a agarrarse al negocio con más tenacidad que nunca. Con arrojar dudas sobre su capacidad no hubiera hecho ella sino espolearlo a nuevas y más peligrosas especulaciones. Contra la crítica hostil reaccionaba Sidney con una violenta y obstinada oposición. Adiestrada por la experiencia, Rachel Quarles desvió el peligro estimulando cada vez más sus ambiciones políticas. Ella aumentó la importancia de sus actividades parlamentarias. ¡Qué trabajo más bueno y más noble estaba haciendo él! ¡Y qué lástima que el cuidado de los negocios le robara tanto tiempo y tanta energía, que podrían ser mejor empleados en otra cosa! Sidney respondió al instante, y con secreta inadvertida gratitud. La rutina de los negocios le abrumaba; comenzaba a alarmarse por sus especulaciones onerosas. Acogió con alegría la excusa para deshacerse de su responsabilidad, que tan diplomáticamente le había brindado Rachel. Vendió antes de que fuese demasiado tarde, y reinvirtió el dinero en obligaciones a las cuales podía confiarse el cuidado de velar por sus propios dividendos. De este modo sus ingresos fueron reducidos, aproximadamente, en una tercera parte; pero en todo caso, ahora estaban seguros, y esto era lo que preocupaba principalmente a Rachel. Sidney dio en aludir a los grandes sacrificios financieros que había tenido que hacer a fin de poder consagrar todo su tiempo a los pobres presos. (Más tarde fueron los pobres negros; pero los sacrificios seguían siendo los mismos).

Cuando al fin, cansado de ser una nulidad política y furioso por lo que él consideraba como la injusticia de sus jefes de partido, Sidney renunció a su acta, Mrs. Quarles no tuvo nada que objetar. No había ya negocios que su marido pudiera arruinar, y la propiedad, en aquella época de prosperidad agrícola que siguió inmediatamente al armisticio, era todavía productiva. Sidney explicó que él estaba muy por encima de la política práctica; esta degradaba al hombre de valer, cubriéndolo de lodo. Él había decidido (porque su conciencia de la superioridad de Rachel no le dejaba descanso) consagrarse a algo más importante que la «mehera» política, algo más digno de sus facultades. Ser un filósofo de la política era mejor que ser un político. Sidney llegó, en efecto, a concluir y publicar una primera parte de su filosofía política. El prolongado esfuerzo que tuvo que hacer para

escribirla embotó su entusiasmo de autor filosófico; el poco éxito del libro le disgustó francamente. Pero Rachel era todavía querida y eficiente. Con el fin de salvaguardar su reputación, anunció él su propósito de publicar la obra más importante y más completa que se hubiese escrito jamás acerca de la democracia. Rachel podía ser muy activa en su tarea de comités, de buenas obras; podía ser amada por los lugareños y tener amigos y correspondientes a granel; pero, después de todo, ¿qué era todo eso comparado con la publicación del libro más importante acerca de la democracia?

El único mal estaba en que el libro no acababa de ser escrito. Cuando Rachel se mostraba demasiado eficiente, cuando las gentes la querían con exceso, Mr. Quarles compraba otro fichero, o un nuevo y más ingenioso modelo de libreta de hojas movibles, o una estilográfica con un depósito de tinta de gran tamaño. «Una estilográfica —explicaba él— con la cual podían escribirse seis mil palabras sin necesidad de volverla a cargar». La réplica era acaso inadecuada. Pero a Sidney Quarles le parecía bastante buena.

Philip y Elinor pasaron dos días con Mrs. Bidlake en Gattenden. Luego les tocó el turno a los padres de Philip. Llegaron a Chamford para descubrir que Mr. Quarles acababa de comprar un dictáfono. Sidney no permitió que su hijo ignorara su triunfo por mucho tiempo. El dictáfono era su mayor proeza después de la máquina de escribir y calcular.

—Acabo de hacer una adquisición —dijo con voz robusta, disparando las palabras por encima de la cabeza de Philip—. Algo que te interesará a ti como escritor.

Y lo condujo a su gabinete de trabajo.

Philip lo siguió. Había esperado ser abrumado de preguntas acerca del Oriente y de los trópicos. Pero su padre se había limitado a preguntarle, como por compromiso, si habían tenido buen viaje, y había continuado hablando de sus asuntos casi antes de que Philip pudiera contestar. En el primer instante, Philip se había sorprendido y hasta se sintió un poco picado. Pero la luna, reflexionó, parece mayor que Sirio, porque está más cerca. El viaje, su viaje, era una luna para él; para su padre era la más pequeña de las estrellas menores.

—¡Mira! —dijo Mr. Quarles, y levantó la tapa; el dictáfono quedó a la vista—. ¡Un invento maravilloso! —Hablaba con profunda complacencia. Era la salida súbita de su luna con todo su resplandor. Explicó el funcionamiento de la máquina. Luego, volviendo el rostro hacia el cielo:

—Cosa utilísima —dijo—, cuando se le ocurre a uno una «idehea». Se la puede formular al instante. Se habla uno a sí mismo; la máquina «recueherda». Yo me la hago subir a mi alcoba todas las noches. En la cama le salen a uno «ideheas» magníficas. ¿No crees tú? Sin el dictáfono se hubieran perdido…

—¿Y qué es lo que haces cuando llegas al fin de uno de estos discos fonográficos? —preguntó Philip.

—Lo mando a mi secretaria para que lo pase a máquina.

Philip arqueó las cejas.

—¿Tienes ahora una secretaria?

Mr. Quarles asintió con aire de importancia, haciendo un signo con la cabeza.

—Por el momento solo me dedica medio día —dijo, dirigiéndose a la cornisa de la pared de enfrente—. No puedes darte una «idehea» de lo mucho que tengo que hacer. El libro, y la propiedad, y las cartas, y las cuentas, y… y… todas esas cosas —concluyó un tanto débilmente; suspiró, meneó la cabeza con aire de mártir—. Tú eres un hombre con suerte, hijo mío —continuó—; a ti no te distrae nada de tu trabajo. Tú puedes consagrar todo tu tiempo a escribir. Ojalá pudiera yo hacer lo mismo. Pero yo tengo la propiedad, y todo lo demás… Cosas triviales, sí; pero… los negocios hay que atenderlos. —Volvió a suspirar—. Envidio tu libertad.

Philip se echó a reír.

—Hay veces en que llego a envidiarme yo a mí mismo. Pero el dictáfono te ayudará mucho.

—¡Oh, desde luego! —dijo Mr. Quarles—. Indudablemente.

—¿Cómo va la obra?

—Lenta —replicó el padre— pero firmemente. Creo haber reunido ya la mayor parte de los materiales.

—Vaya, eso ya es algo.

—Vosotros los novelistas —dijo Mr. Quarles en tono protector— sois afortunados. No tenéis más que sentaros a escribir. Ningún trabajo preliminar, ni nada que se parezca a esto —y señaló con la mano a los clasificadores y los ficheros.

Estos eran la prueba de su superioridad, así como de las enormes dificultades con que tenía que luchar. Los libros de Philip podían tener éxito. Pero, después de todo, ¿qué es una novela? Una hora de entretenimiento, eso es todo; una cosa que se toma y se deja con indiferencia. Mientras que el mayor libro sobre la democracia… Y luego, cualquiera es capaz de escribir una novela. Se trata simplemente de vivir y, después, ponerse a describir el hecho. Para escribir el mayor libro sobre la democracia hay que tomar notas, reunir materiales procedentes de innumerables fuentes, comprar muebles clasificadores y máquinas de escribir, portátiles, poliglotas, calculadoras; se requiere un fichero, y libretas de hojas movibles, y una estilográfica capaz de escribir seis mil palabras sin necesidad de volverla a cargar; hace falta un dictáfono y una secretaria que se dedique medio día, y que muy pronto tendrá que dedicarse el día entero.

—Nada que se parezca a esto —insistió.

—Evidentemente que no —dijo Philip, que se había estado paseando por la pieza examinando el aparato literario—. Nada que se parezca a esto —y tomó unos recortes de periódico que se hallaban bajo un pisapapel sobre la cubierta de la Corona por abrir—. ¿Palabras cruzadas? —preguntó, levantando los irregulares dibujos de cuadros—. No sabía que fueses un entusiasta.

Mr. Quarles tomó los recortes de las manos de su hijo y los guardó en una gaveta. Le contrariaba que los hubiese visto. Las palabras cruzadas echaban a perder el efecto del dictáfono.

—Cosas de niños —dijo con una risita—. Pero sirven de distracción cuando tiene uno la mente fatigada. A veces me gusta distraerme un poco con ellas.

En realidad, Mr. Quarles se pasaba casi todas las mañanas dedicado a las palabras cruzadas. Estas se adaptaban exactamente a su género de inteligencia. Él era uno de los más expertos descifradores de crucigramas de su época.

Entretanto, Mrs. Quarles hablaba con su nuera en la sala. Era una mujercilla activa, de cabellos grises, pero que conservaba intactos y apenas deformados los contornos de sus rasgos regulares y bien modelados. La expresión de su rostro era a la vez animada y sensitiva. Era una energía delicada, una vida intensa, pero que vibraba a la menor sensación, la que brillaba en incesantes variaciones de luz y sombra en sus expresivos ojos azul-gris. Sus labios respondían de un modo poco menos inmediato y constante a sus pensamientos y a sus sensaciones que sus ojos; eran graves o firmes, sonreían o estaban melancólicos, siguiendo una gama casi infinitesimalmente cromática de expresión emotiva.

—¿Y el pequeño Phil? —inquirió Mrs. Quarles.

—Radiante de salud.

—¡Hombrecillo del alma! —El calor del afecto de Mrs. Quarles enriquecía su voz y se traducía en luz en sus ojos—. Te habrás sentido muy triste, separada de él por tanto tiempo.

Elinor se encogió ligeramente de hombros.

—Bueno, yo sabía que entre *miss* Fulkes y mamá cuidarían de él mucho mejor de lo que hubiera podido hacer yo. —Rio y meneó la cabeza—. No creo que la naturaleza me haya destinado a mí a tener hijos. Cuando no me impaciento con ellos, los echo a perder. El pequeño Phil es un primor, desde luego; pero estoy segura de que una familia numerosa me hubiera vuelto loca.

Cambió la expresión del rostro de Mrs. Quarles.

—Pero ¿no has sentido una gran alegría al volverlo a ver después de tantos meses?

El tono con que le hizo esta pregunta era casi ansioso. Ella esperaba que Elinor

contestara con el afirmativo entusiasta que naturalmente correspondía a la circunstancia. Pero al mismo tiempo se sentía sobrecogida por el temor de que aquella extraña joven contestara (con la admirable franqueza que le era propia, pero que resultaba también inquietante por lo que revelaba de unos estados de alma poco familiares y hasta incomprensibles para Rachel) que no había experimentado el menor placer en ver de nuevo a su hijo. Las primeras palabras de Elinor le trajeron un alivio.

—Sí, una alegría maravillosa —dijo; pero privó a la frase de todo su efecto añadiendo —: No me imaginaba que pudiera alegrarme tanto de volverlo a ver. ¡Pero ha sido verdaderamente emocionante!

Hubo un silencio. «Extraña chica esta», pensó Mrs. Quarles; y su rostro reflejó algo del azoramiento que experimentaba siempre en presencia de Elinor. Ella hacía cuanto estaba de su parte por amar a su nuera; y hasta cierto punto lo conseguía. Elinor tenía muchas cualidades excelentes. Pero parecía faltarle algo, algo sin lo cual ningún ser humano podría simpatizarle enteramente a Rachel Quarles. Era como si hubiera nacido sin ciertos instintos naturales. El no haber esperado sentirse dichosa al volver a ver a su hijo: esto era ya bastante extraño. Pero lo que Rachel halló casi más extraño aun fue la calma y la indiferencia con que Elinor lo decía. Rachel se habría sonrojado de hacer tal confesión, aun cuando hubiese sido verdad. Le habría parecido algo vergonzoso, una especie de blasfemia, la negación de una cosa sagrada. Para Rachel, la veneración de las cosas sagradas era algo natural. La falta de esta veneración por parte de Elinor, su incapacidad para darse cuenta siquiera de que las cosas sagradas eran efectivamente sagradas, era lo que le hacía imposible a Mrs. Quarles amar a su nuera tanto como hubiera querido.

Por su parte, Elinor admiraba, respetaba y quería sinceramente a la madre de su marido. Para ella la dificultad crónica consistía en establecer contacto efectivo con una persona cuyas ideas y motivos determinantes le parecían tan singularmente incomprensibles y absurdos. Mrs. Quarles era ardientemente religiosa, si bien sin ostentación, y vivía hasta donde le era posible de acuerdo con sus creencias. Elinor la admiraba, pero sentía que todo era un tanto absurdo y superfluo. Ella había recibido una educación ortodoxa. Pero no recordaba ninguna época, ni aun de su niñez, en que hubiese creído seriamente en lo que le contaban acerca del otro mundo y de sus habitantes. El otro mundo fastidiaba; a ella no le interesaba sino este. La confirmación no había despertado en ella más entusiasmo que una función de teatro; en verdad, considerablemente menos. Su adolescencia había pasado sin un indicio de crisis religiosa.

«A mí todo eso me parece simplemente una tontería», decía cuando se discutía el asunto ante ella. Y sus palabras salían sin afectación, sin ánimo de provocar. Ella no hacía

más que exponer un hecho de su historia personal. La religión, y con la religión toda la moral trascendental, toda la especulación metafísica, le parecía un absurdo, exactamente del mismo modo que el olor del gorgonzola le parecía repugnante. No había nada que hacer contra la experiencia inmediata. Con frecuencia, en ocasiones como la presente, hubiera querido hacer algo. Hubiera querido salvar el abismo que la separaba de Mrs. Quarles. En el estado actual de cosas sentía cierto desasosiego cuando se hallaba con su suegra; en su presencia vacilaba en expresar sus sentimientos o en decir lo que pensaba. Porque había observado con demasiada frecuencia que la franca enunciación de lo que a ella le parecían sentimientos perfectamente naturales y opiniones razonables era susceptible de afligir a su suegra, de darle la impresión de algo extraño y chocante. Esto era lo que acababa de ocurrir ahora nuevamente, según podía ver ella por la expresión que apareció por un instante en el rostro movedizo y sensitivo de Mrs. Quarles. ¿Qué había sido esta vez? Elinor, que no tenía conciencia de ninguna ofensa, solo podía perderse en conjeturas. En el futuro, decidió, no aventuraría jamás una opinión personal; no haría más que expresar su conformidad con lo que se dijera.

Ocurrió, sin embargo, que el tema que abordaron a continuación era algo en lo cual Elinor se hallaba demasiado profundamente interesada para poder cumplir con su reciente resolución. Además, era un tema sobre el cual, según sabía ella por experiencia, podía hablar francamente sin riesgo de involuntaria ofensa. Porque, en lo que concernía a Philip, los sentimientos y las opiniones de Elinor le parecían a Mrs. Quarles enteramente apropiados.

—¿Y Phil el mayor? —preguntó esta.

—Ya ve usted lo bien que parece —contestó Elinor, a propósito de su salud, aunque sabía que la pregunta no se refería a su bienestar corporal.

Y esperó con cierto temor la siguiente conversación. Al mismo tiempo, sin embargo, se alegraba de tener la oportunidad de comentar aquello que tan constante y penosamente ocupaba sus pensamientos.

—Sí, sí, ya lo veo —dijo Mrs. Quarles—. Pero lo que yo quiero decir en realidad es: ¿cómo sigue en sí mismo? ¿Cómo es él contigo?

Hubo un silencio. Elinor frunció el ceño ligeramente y miró hacia el suelo.

—Distante —dijo al fin.

Mrs. Quarles suspiró.

—Siempre ha sido así —dijo—. Siempre distante.

También a él parecía faltarle algo: el deseo y la capacidad de darse, de exteriorizarse, de salir al encuentro de sus semejantes, hasta de aquellos que lo amaban. ¡Geoffrey había sido tan diferente! Al recuerdo de su hijo muerto, Mrs. Quarles sintió que una acerba

tristeza invadía todo su ser. Si alguien hubiera sugerido la idea de que ella lo había querido más de lo que quería a Philip, habría protestado. Estaba segura de que sus sentimientos habían sido, originariamente, los mismos. Pero Geoffrey se había dejado amar más plenamente, más íntimamente que su hermano. ¡Ah, si Philip le hubiera permitido quererlo más! Pero habían existido siempre barreras entre ellos, barreras que había levantado él. Geoffrey había salido al encuentro de ella, había dado para poder recibir. Pero Philip se había mostrado siempre renuente y parsimonioso. Había cerrado siempre las puertas cuando ella se acercaba: había echado siempre un candado a su espíritu por miedo a que sorprendiera furtivamente alguno de sus secretos. Ella no había llegado a saber jamás realmente lo que sentía o pensaba él.

—Hasta de chico —dijo en voz alta.

—Y ahora tiene su trabajo —dijo Elinor después de una pausa—. De suerte que es todavía peor. Es como un castillo en la cima de una montaña, su trabajo. Se encierra en él y se hace inexpugnable.

Mrs. Quarles sonrió tristemente.

—Inexpugnable. —Era la palabra exacta: hasta de niño había sido inexpugnable—. Puede que, al fin, se rinda por su propia voluntad.

—¿A mí? —dijo Elinor—. ¿O a alguna otra? No sería una gran satisfacción que se rindiera a alguna otra, ¿verdad? Aunque, cuando me siento generosa —añadió—, hubiera querido que se rindiese a cualquiera, a *cualquiera*, por su propio bien.

Las palabras de Elinor llevaron los pensamientos de Mrs. Quarles hacia su marido, no con resentimiento, aunque se había portado mal, aunque la había ofendido, sino más bien con piedad, con solicitud. Pues ella no podía llegar a persuadirse jamás de que la culpa era enteramente de Sidney. Era su desgracia.

Elinor suspiró.

—Yo no puedo esperar realmente recibir su capitulación —dijo—. Cuando se ha convertido uno en un hábito no puede transformarse súbitamente en una revelación irresistible.

Mrs. Quarles meneó la cabeza. ¡En los últimos años las revelaciones irresistibles de Sidney habían surgido de fuentes tan inesperadamente humildes! La pequeña fregona de la cocina, la hija del guardabosque… «¿Cómo podía él —se preguntó ella por milésima vez — cómo podía él hacer aquello? Era incomprensible».

—Si al menos —dijo casi en un susurro—, si al menos tuviera usted a Dios por compañero… —Dios había sido siempre su consuelo, Dios y la realización de la voluntad de Dios; no había podido comprender jamás cómo podían las gentes cruzar por la vida sin Él—. Si solamente pudiera hallar usted a Dios.

Elinor sonrió sarcásticamente. Observaciones de este género la fastidiaban por hallarse tan ridículamente fuera de caso.

—Podría ser más sencillo… —comenzó, pero se detuvo a las primeras palabras.

Había querido decir que podría ser más sencillo hallar a un hombre. Pero se acordó de su resolución y quedó callada.

—¿Qué decía usted?

Elinor meneó la cabeza.

—Nada.

* * *

Afortunadamente para Mr. Quarles, el British Museum no tenía sucursal en Essex. Solo en Londres podía hacer investigaciones y recoger los documentos necesarios para su libro. La casa de Portman Square estaba alquilada (Mr. Quarles imputaba esta necesidad al impuesto sobre la renta, pero la culpa la tenían principalmente sus propias especulaciones en azúcar); así que cada vez que las exigencias de la erudición lo traían ahora a la ciudad, acampaba en un modesto departamento en Bloomsbury («a conveniente proximidad del Museum»).

Durante las últimas semanas estas exigencias habían sido más perentorias que de costumbre. Sus visitas a Londres habían sido frecuentes y prolongadas. Después de la segunda de estas visitas, Mrs. Quarles se había preguntado con tristeza si Sidney habría encontrado a otra mujer. Y cuando, a su regreso de un tercer viaje, y, algunos días después, en la víspera del cuarto, comenzó a gemir con ostentación acerca de la enorme complejidad de la historia de la democracia de los antiguos indios, Rachel se convenció de que, en efecto, había hallado a otra mujer. Ella conocía lo suficiente a Sidney para tener la certeza de que, si hubiera estado realmente compulsando documentos sobre los antiguos indios, jamás se hubiera tomado el trabajo de hablar de ellos en la mesa, al menos no con tanta extensión, no tan insistentemente.

Sidney hablaba por la misma razón que incita a la jibia, al sentirse perseguida, a espurriar tinta: para disimular sus movimientos. Detrás de la nube de tinta de los antiguos indios, esperaba seguir correteando a la ciudad sin ser visto. ¡Pobre Sidney! ¡Se creía tan maquiavélico! Pero su tinta era transparente, su astucia era digna de un niño.

—¿No podías conseguir que te mandaran aquí los libros de la London Library? —preguntó Mrs. Quarles categóricamente.

Sidney meneó la cabeza.

—Esta clase de libros —dijo con aire de importancia— no existen sino en el Museum.

Rachel suspiró, contentándose con la esperanza de que la mujer sabría velar suficientemente por sí misma para evitarse toda dificultad seria y no lo bastante para tener el deseo de crear complicaciones.

—Mañana iré a la ciudad con ustedes —anunció él la víspera de la salida de Philip y Elinor, por la mañana.

—¿Otra vez? —preguntó Mrs. Quarles.

—Hay un punto acerca de estos malditos indios —explicó— que no tengo más remedio que aclarar… Creo que lo podré hallar en el libro de Pramathanatha Banerjea… O acaso se halle tratado por Radakhumud Mookerji… —Y pronunció estos nombres de un modo impresionante y profesional—. Trátase del gobierno local en tiempos de Maurya. Tan democrático, sabes, a pesar del despotismo central. Por ejemplo…

A pesar de la nube de tinta, Mrs. Quarles vislumbró a la figura femenina.

Terminado el desayuno, Sidney se retiró a su gabinete y se aplicó a su crucigrama de la mañana. Una especie de cebolla, tres letras. Las visiones anticipadas del día siguiente lo distraían: no podía fijar su atención. Sus pechos, pensaba Sidney, su espalda lisa y blanca… ¿y «cebollino»? No, no era esto; tenía demasiadas letras. Acercándose al estante de los libros, sacó una Biblia; sus delgadas páginas crujieron bajo sus dedos. «Tu ombligo es como una redonda copa donde jamás falta el licor; tu vientre es como un montón de trigo rodeado de lirios. Tus dos pechos son como jóvenes corzos gemelos». Salomón hablaba por él, ¡y cuán magnífico era su verbo! «Las juntas de tus muslos son como joyas trabajadas por la mano de un excelente obrero». Leyó las palabras en voz alta. Gladys tenía un cuerpo perfecto. «Como una redonda copa donde jamás falta el licor». Estos orientales sabían lo que era la pasión. Disfrazando el deseo libidinoso de «pasión», Mr. Quarles se consideraba a sí mismo como un hombre muy apasionado. «Tu vientre es como montón de trigo». La pasión es respetable, es respetada por las leyes de algunos países. Para algunos poetas es hasta sagrada. Él estaba de acuerdo con los poetas. Pero «como jóvenes corzos» era un símil extraño e impropio. Gladys era rolliza, sin llegar a ser grasosa; firme y elástica. Los corzos, por lo contrario… Como hombre de grandes pasiones, Sidney podía considerar su figura como algo noble y heroico. «Un jardín encerrado es mi hermana, mi esposa; un manantial cerrado, una fuente sellada. Tus plantas son un huerto de granados, con frutos exquisitos: el alcanfor con el nardo; el nardo y el azafrán; el cálamo aromático y la canela, con todos los árboles que dan el incienso, mirra…». Pero, por supuesto, la palabra buscada era «ajo». ¡Tres letras! Una especie de cebolla. «Mirra y áloes, con todas las principales especias».

El tren que tomaron a la mañana siguiente llegó con veinte minutos de retraso.

—¡Es escandaloso —repetía Mr. Quarles al consultar su reloj—, es vergonzoso!

—Parece que tienes mucha prisa de ir a reunirte con tus indios —dijo Philip sonriendo desde su rincón.

Su padre frunció el ceño y cambió de conversación. En la estación de Liverpool Street se separaron; Sidney tomó un taxi y Philip y Elinor otro. Sidney llegó a su departamento a la hora precisa. Se hallaba todavía ocupado en lavar el polvo del viaje de sus grandes manos regordetas cuando sonó el timbre. Se apresuró a enjuagarlas y secarlas; luego, recomponiendo el semblante, salió al vestíbulo y abrió la puerta. Era Gladys. Sidney la recibió con una especie de condescendiente majestad, alta la barbilla, salido el pecho, exhibiendo el chaleco, pero sonriéndole desde lo alto (Gladys se calificaba de *petite* a sí misma) y observándola graciosamente por entre sus párpados a medio cerrar. Una carita impudente, chata, vulgar, contestó, con otra, a su sonrisa. Pero no era esta cara la que había traído a Mr. Quarles a Londres; no era, individualmente, Gladys Helmsley; era el simple aspecto genérico de la mujer, su «tipo», como había dicho Sidney con eufemismo.

—Ha sido usted muy puntual, querida —dijo él tendiéndole la mano.

Gladys se sorprendió un poco por la frialdad de su saludo. Después de lo que había ocurrido la última vez, esperaba algo más tierno.

—¿De verdad? —dijo, a falta de otra cosa mejor; y puesto que los seres humanos no disponen sino de un limitado número de ruidos y gestos para expresar la multiplicidad de sus emociones, se echó a reír, como si le hubiera hecho gracia alguna cosa, cuando en realidad no sentía sino sorpresa y desazón.

Tenía en la punta de la lengua las palabras para preguntarle, de modo provocativo y petulante, por qué no la besaba, si estaba ya cansado de ella. Pero decidió aguardar.

—Casi demasiado puntual —continuó Sidney—. ¡Mi tren llegó escandalosamente retrasado! ¡Escandalosamente!

Sidney llameaba de indignación.

—¡Qué le parece! —dijo Gladys.

El refinamiento que colgaba de sus palabras, como un disfraz demasiado distinguido, se desprendía de vez en cuando para dejar ciertas palabras y ciertas frases en la desnudez de su acento londinense.

—Es verdaderamente escandaloso —dijo Sidney—. Los trenes no tienen derecho a llegar con retraso. Voy a escribir al jefe de Movimiento, a Liverpool Street. Tal vez —añadió en un tono todavía más importante— escribiré también al *Times*.

Gladys quedó impresionada. Era lo que deseaba Mr. Quarles. Aparte de toda satisfacción meramente sensual, el mayor encanto de sus vacaciones sexuales residía en el hecho de que las compartía con compañeras impresionables. A Sidney le gustaba que fuesen no solo jóvenes, sino de una clase inferior y pobres. El sentirse inequívocamente

superior y sinceramente admirado era para Sidney casi tan gran lujo como un abrazo. Sus escapadas eran fugas no solo de la castidad, sino también de aquel sentido de inferioridad que, en su casa, en el Parlamento, en la oficina, le había perseguido siempre, inveteradamente. En relación con las jóvenes de la clase inferior era un gran hombre, a la vez que un hombre «apasionado».

Por su parte, Gladys se sentía impresionada por sus rugidos. Pero también divertida. Impresionada, porque pertenecía al mundo de los pobres y abnegados esclavos del salario, que aceptan las contrariedades de la vida social como otros tantos fenómenos naturales, contra los cuales nada puede hacer la intervención del hombre, y recalcitrantes a los deseos humanos. Pero Sidney era uno de los ricos olímpicos; los ricos rehusan aceptar contrariedades; ellos escriben cartas al *Times* sobre el asunto, echan mano de maquinaciones secretas, usan influencias, formulan quejas oficiales a una policía siempre amigable y obsequiosa. Para Gladys, todo esto era maravilloso; maravilloso, pero también muy cómico. ¡Había tanta afectación en todo el asunto! ¡Se parecía tanto a su propia parodia en el escenario del *music-hall*! Ella admiraba, ella comprendía perfectamente las causas económicas de la conducta de Sidney (esta comprensión era lo que había hecho tan rápidamente de ella su querida). Pero Gladys se reía al mismo tiempo. Carecía de veneración.

Mr. Quarles abrió la puerta de la salita y se separó para dejarla pasar.

—Gracias —dijo Gladys, y entró.

Sidney la siguió. Sobre la nuca, sus cabellos negros, recortados, terminaban en un pequeño triángulo cuya punta descendía a lo largo de la espina dorsal. Ella iba vestida con un delgado traje verde. A través de la tela fina veía él, justamente por debajo de los hombros, la línea donde la piel desnuda sucedía a la ropa interior. Gladys llevaba un cinturón de cuero negro brillante que descendía en sesgo hasta muy abajo sobre sus caderas. A cada paso que daba, subía y bajaba sobre su cadera con rítmica regularidad. Sus medias eran del color de la carne morena. Criado en una época en que las damas parecían avanzar sobre ruedas, Mr. Quarles era particularmente sensible a las pantorrillas, hallaba encantadoras las modas modernas y no podía sobreponerse jamás completamente a la idea de que las jóvenes que la adoptaban se habían hecho deliberadamente indecentes en beneficio de él y porque lo deseaban por amante. Sus ojos siguieron las curvas de aquel color moreno y lustroso. Pero lo que más le fascinaba aquel día era el cinturón de cuero negro subiendo y bajando sobre la grupa, con una mecánica regularidad, cada vez que la pierna se movía. En el sube y baja, toda la especie individualizada, el sexo entero, le hacían señales de llamamiento.

Gladys se detuvo y se volvió hacia él con una sonrisa, con una expresión de coquetería

y como esperando alguna cosa. Pero Mr. Quarles no respondió aquel día a esta esperanza.

—Tengo aquí la Corona —dijo él—. Tal vez será mejor comenzar en seguida.

Gladys quedó sorprendida por segunda vez; pensó en hacer algún comentario, pero de nuevo se contuvo y se sentó en silencio ante la máquina de escribir.

Mr. Quarles se colocó los lentes con montura de carey y abrió su cartera. Él había hallado una querida, pero no veía por qué este hecho había de acarrear la pérdida de una dactilógrafa, por cuyos servicios pagaba después de todo.

—Tal vez —dijo levantando la vista hacia ella por encima de sus lentes— será mejor comenzar con esas cartas al jefe de Movimiento y al *Times*.

Gladys ajustó el papel y escribió la fecha. Mr. Quarles tosió para limpiarse la garganta y dictó. Se envanecía de que en sus cartas había expresiones afortunadas. «Esta negligencia inexcusable que ocasiona la pérdida de un tiempo mucho más valioso que el de los soñolientos burócratas de los ferrocarriles»; esto, por ejemplo, era excelente. Lo mismo que esto otro (para el *Times*): «Los cebados parásitos sociales de una industria protegida».

—Esto les dará una buena lección a todos esos haraganes —dijo con satisfacción al releer sus cartas—. Esto les hará retorcerse. —Miró hacia Gladys en demanda de aplauso, y no se sintió del todo satisfecho con la sonrisa que asomaba en aquel rostro impertinente —. Lástima que no esté vivo el viejo Lord Hagworms —añadió, recurriendo a fuertes aliados—. Le hubiera escrito. Era administrador de la Compañía.

Pero el último de los Hagworms había muerto en 1912. Y Gladys continuaba mostrando más divertimiento que admiración.

Mr. Quarles dictó una docena más de cartas, respuestas a una correspondencia que había dejado acumular por varios días antes de venir a Londres, de modo que el total pareciese más importante y también a fin de utilizar plenamente los servicios por los cuales pagaba a Gladys como secretaria.

—¡Gracias a Dios que ya está esto! —dijo él cuando hubo terminado la última carta —. No tiene usted una idehea —continuó (y el gran pensador había venido a reforzar al caballero hacendado)—, no tiene usted una idehea de lo exasperantes que resultan estas cosas triviales cuando tiene uno algo más serio e importante en qué pensar.

—Me lo figuro —dijo Gladys, pensando en que era verdaderamente muy cómico.

—Escriba —ordenó Mr. Quarles, a quien se le había ocurrido una *pensée*. Se reclinó hacia atrás en su silla y, cerrando los ojos, persiguió la expresión escurridiza.

Gladys aguardó, los dedos en suspenso sobre las teclas. Consultó su reloj de pulsera: las doce y diez. Se acercaba la hora de comer. Un nuevo reloj; esta sería la primera cosa que haría que le regalara él. El que tenía era tan barato, tan horrible, y marchaba tan mal…

—Nota para el volumen de *Reflexiones* —dijo Mr. Quarles sin abrir los ojos; las teclas martillaron rápidamente—: «Las torres de marfil del pensamiento», —repitió estas palabras interiormente.

Ellas provocaban una satisfactoria repercusión a lo largo de los corredores de su espíritu. La expresión había sido apresada. Mr. Quarles se irguió vivamente en su silla y abrió los ojos para darse cuenta de que la parte superior de una de las medias color moreno de Gladys se hacía visible, desde donde estaba él, a una considerable distancia más arriba de la rodilla.

—Toda mi vida —dictó él con los ojos fijos en el tejido he sufrido de las inconsecuentes interrupciones (no, ponga «importunas») de la trivialidad del mundo, punto. Ya sé que hay algunos pensadores capaces de pasar por alto estas interrupciones, coma, de prestarles una atención pasajera, coma, pero suficiente, coma, y regresar con la mente serena a cosas más elevadas, punto.

Hubo un silencio. Más arriba del tejido, pensaba Mr. Quarles, estaba la piel: suave, tirante y combada, sobre las firmes curvas de la carne. Acariciarla y, acariciándola, sentir acariciadas sedosamente las yemas de los dedos. Oprimir un puñado de carne elástica. Hasta morderla. Como una copa, como un montón de trigo.

Gladys, súbitamente consciente de la dirección de sus miradas, se estiró la falda.

—¿Dónde estaba? —preguntó Mr. Quarles.

—Con la mente serena a cosas más elevadas.

—¡Hum! —Se frotó la nariz—. Para mí, coma, ay, coma, ha sido siempre imposible esa serenidad, punto y coma; tengo una sensibilidad nerviosa demasiado fuerte, punto. Arrancado de las torres de marfil del pensamiento —hizo rodar la frase con fruición— para ser arrojado al polvo común, coma, me hallo exasperado, coma, pierdo mi paz espiritual y soy incapaz de ascender de nuevo a mi torre.

Se levantó y empezó a pasear con impaciencia por la pieza.

—Ese ha sido siempre mi lado flaco —dijo—. Demasiada sensibilidad. Un pensador serio no debería tener temperamento, no debería tener nervios. No tiene derecho a ser apasionado.

La piel, pensó él, la carne fina y elástica. Se paró detrás de la silla de Gladys. El pequeño triángulo de pelo recortado descendía en punta a lo largo de su espinazo. Le puso las manos en los hombros y se inclinó sobre ella.

Gladys alzó la vista, sonriendo con impertinencia, triunfante.

—¿Qué hay? —preguntó ella.

Mr. Quarles se inclinó más y la besó en el cuello. Ella emitió una risita lasciva.

—¡Que me hace usted cosquillas!

Los dedos de Mr. Quarles comenzaron a explorarla, oprimiendo su cuerpo, el cuerpo de la especie, de todo el sexo. La Gladys individual continuó emitiendo su risita.

—¡Estése quieto! —dijo ella, y fingió apartar sus manos—. ¡Estése quieto!

XXI

—Hace un mes —dijo Elinor cuando su taxi salía de la estación de Liverpool Street— estábamos en Udaipur.

—Sí, parece ciertamente inverosímil —dijo Philip, aprobando las deducciones de aquella observación.

—Estos diez meses de viaje han sido como una hora en un cinematógrafo. He ahí el Banco. Yo comienzo a dudar de haber estado jamás ausente —suspiró—. Es una sensación un tanto espantosa.

—¿Tú crees? —dijo Philip—. Yo debo de estar ya acostumbrado. Se me figura que no ha ocurrido realmente nada antes de esta mañana. —Estiró el cuello a través de la ventanilla—. No comprendo cómo es que las gentes se preocupan por el Taj Mahal, cuando existe una catedral de San Pablo que contemplar. ¡Qué maravilla!

—Esos magníficos tonos negro y blanco de la piedra.

—Como si fuera un grabado. Es doblemente una obra de arte. No solamente arquitectura, sino un aguafuerte de arquitectura. —Se echó hacia atrás—. Con frecuencia me pregunto si habré tenido jamás una niñez —continuó, volviendo a la conversación anterior.

—Eso es porque no piensas jamás en ello. Para mí hay montones de cosas de mi infancia que me son más reales que Ludgate Hill, que tenemos ante nosotros. Pero he ahí que yo pienso constantemente en ello.

—Es verdad —dijo Philip—. Yo no trato con frecuencia de recordar. En verdad, no lo hago casi nunca. Siempre me parece que tengo demasiado que hacer y en qué pensar.

—Careces de piedad natural —dijo Elinor—. Lo cual yo lamento bastante.

Avanzaban a lo largo del Strand. Las dos pequeñas iglesias protestaban en vano contra Australia House. En el patio del King's College un grupo de jóvenes de ambos sexos estaba sentado al sol aguardando al profesor de Teología Pastoral. A la entrada del patio de butacas del Gaiety Theatre había ya una cola: los carteles anunciaban la representación número cuatrocientos de *La chica de Biarritz*. Al lado del Savoy, advirtió Philip, se podía comprar todavía un par de botines por doce chelines seis peniques. En Trafalgar Square funcionaban los surtidores; los leones de *Sir* Edwin Landser lanzaban con dulzura sus miradas feroces: el amante de *Lady* Hamilton se erguía en lo alto entre las nubes, como San Simón Estilita. Y detrás del austero peristilo de la National Gallery los jinetes de Uccello combatían inconscientes del tiempo, y Rubens arrebataba sus Sabinas. Venus se miraba a su espejo y, en medio de los ángeles de Piero, que cantaban a coro, nacía Jesús a un mundo maravillosamente encantador.

El coche dobló Whitehall abajo.

—Me gusta pensar en todos esos burócratas.

—A mí no —dijo Elinor.

—En todos esos infelices —continuó él—, garrapateando de la mañana a la noche para que nosotros podamos vivir con confort y libertad. Escribe que te escribe: cuyo resultado es el Imperio Británico. ¡Qué ventaja —añadió— vivir en un mundo donde se puede delegar en otro todo lo enojoso, desde el trabajo de gobernar hasta la fabricación de chorizos!

A la puerta de los Horse Guards los centinelas a caballo parecían disecados. Cerca del Cenotafio se hallaba una mujer de mediana edad, con los ojos vueltos hacia arriba, murmurando una oración por encima de la Kodak, con la cual se proponía sacar una instantánea de las almas de los novecientos mil muertos. Un *sikh* de barba negra y turbante malva pálido salía de la casa de Grindley[9] cuando ellos pasaron. Según Big Ben eran las once y veintisiete minutos. En la biblioteca de la Cámara de los Lores, ¿había algún marqués soñoliento? Un autocar vomitaba americanos a la puerta de la abadía de Westminster. Mirando hacia atrás, por la ventanilla posterior del fuelle, pudieron ver que el hospital estaba todavía urgentemente necesitado de fondos.

La casa de John Bidlake estaba en Grosvenor Road, con vista sobre el río.

—Pimlico —dijo Philip meditativamente, según se acercaban a la casa; y se echó a reír —; ¿recuerdas aquella canción absurda que solía citar siempre tu padre?

—«A Pimlico nos vamos, pues» —cantó Elinor.

—«Aquí falta una estrofa…». ¡No hay que olvidarse de esto!

Los dos rieron, recordando los comentarios de John Bidlake.

—«Aquí falta una estrofa». Falta en todas las antologías. Jamás he podido descubrir lo que ocurrió cuando llegaron a Pimlico. Me lo he preguntado febrilmente durante años. No hay como el bowdlerismo[10] para inflamar la imaginación.

—Pimlico —repitió Philip.

Estaba pensando que el viejo Bidlake había hecho de Pimlico una especie de Olimpo rabelesiano. Esta frase le agradaba. Pero para el uso público hubiera sido mejor «gargantuano» que «rabelesiand». Para los que no lo habían leído nunca, Rabelais connotaba solamente indecencia. Olimpo gargantuano, pues. Ellos tenían al menos una vaga noción de que Gargantúa era grande.

Pero el John Bidlake que hallaron sentado junto a la estufa, en su estudio, no tenía nada de olímpico: parecía menor en vez de mayor que de tamaño natural. Se dejó besar por su hija; le dio flojamente la mano a Philip. —Dichosos los ojos que os vuelven a ver

— dijo.

Pero no había resonancia en su voz; el fondo de truenos jubilosos y risas joviales se hallaba ausente. Hablaba sin viveza. Sus ojos estaban opacos e inyectados de sangre. Parecía haber adelgazado y encanecido.

—¿Cómo estás, papá?

Elinor quedó sorprendida y apenada. Jamás había visto a su padre en aquel estado.

—No muy bien —contestó él meneando la cabeza—, no muy bien. Algo marcha mal aquí dentro. —El viejo león comenzó a rugir de golpe, según su modo acostumbrado—. ¡Hacerle desfilar a uno por la vida con una carretilla llena de tripas! ¡Siempre me han agraviado estas malditas ironías de Dios! —El rugido se hizo quejumbroso—. No sé qué es lo que me está ocurriendo ahora. Algo muy desagradable. —Degeneró casi en un gimoteo —. Me siento desventurado. —El viejo describió prolijamente los síntomas de su mal.

—¿Te has hecho ver por algún médico? —preguntó Elinor cuando él hubo terminado.

Él sacudió la cabeza.

—No tengo fe en ellos. Jamás le hacen a uno ningún bien.

La verdad era que tenía un terror supersticioso a los médicos. Pájaros de mal augurio: no podía verlos en su casa.

—Pues debes hacerlo, realmente.

Ella trató de persuadirlo.

—Bueno —dijo al fin, refunfuñando—. ¡Que vengan los charlatanes!

Pero en el fondo sintió cierto alivio. Hacía ya algún tiempo que deseaba consultar a un médico; pero hasta la fecha su superstición había sido más fuerte que su deseo. El curandero del mal augurio podía venir ya, pero no a su invitación, sino a la de Elinor. La responsabilidad no era suya; de consiguiente, no recaería sobre él la mala suerte. La religión particular del viejo Bidlake era oscura y complicada.

Comenzaron a hablar de otras cosas. Ahora que podría consultar impunemente a un doctor, John Bidlake se sentía mejor y reanimado.

—Papá me ha dejado intranquila —dijo Elinor en el taxi que los conducía.

Philip asintió con la cabeza.

—Son setenta y tres años sobre sus costillas, que no es broma. Comienza a representar la edad que tiene.

«¡Qué cabeza!» —pensaba. Hubiera querido ser pintor. La literatura era incapaz de darle forma. Podía describirse, desde luego, hasta la última arruga. Pero ¿cuál sería el resultado? Ninguno. Las descripciones son lentas; un rostro se percibe instantáneamente. Lo que hacía falta aquí era una palabra, una sola frase: «La gloria de Grecia envejecida».

Esto, por ejemplo, hubiera dado una idea de lo que era el hombre. Aunque, por supuesto, no bastaba. Las citas tienen algo de chistosamente pedante. «Una estatua en pergamino»; esto hubiera sido mejor. «Una estatua en pergamino de lo que en un tiempo había sido Aquiles se hallaba sentada, encogida, junto a la estufa». Esto se acerca más a la meta. Nada de una descripción de largo aliento. Para cualquiera que hubiese visto al Discóbolo vaciado en yeso, manejado un libro encuadernado en pergamino, oído hablar de Aquiles, John Bidlake estaba patente en esta frase. ¿Y aquellos que no hubiesen visto jamás una estatua griega ni leído nada acerca de Aquiles en un libro forrado de piel de carnero arrugada? Sien… pues estos podían irse al diablo.

«Con todo —pensó— es demasiado literario. Demasiada cultura».

Elinor rompió el silencio.

—Me pregunto cómo hallaré yo a Everard, ahora que se ha hecho tan gran hombre.

Con su imaginación vio ella su rostro vehemente, su cuerpo enorme, pero ágil. Rapidez y violencia. Y estaba enamorado de ella… ¿Le gustaba aquel hombre? ¿O lo detestaba?

—Yo me pregunto si habrá comenzado a pellizcar la oreja a las gentes, como Napoleón —dijo Philip riendo—. De todos modos, es cuestión de tiempo.

—A pesar de todo —dijo Elinor—, a mí me agrada. La burla de Philip había dado una respuesta a su pregunta.

—A mí también. Pero ¿no tengo derecho a reírme de lo que me agrada?

—Lo cierto es que te ríes de mí. ¿Lo haces porque te agrado?

Él tomó su mano y se la besó.

—Te adoro, y yo no me río jamás de ti. Te tomo completamente en serio.

Elinor lo miró sin sonreír.

—Hay momentos en que me pones desesperada. ¿Qué harías tú suyo me fuera con otro hombre? ¿Te importaría un bledo?

—Me sentiría muy desventurado.

—¿De verdad? —Ella lo miró. Philip sonreía; se hallaba a mil millas de distancia—. Se me ocurre hacer un experimento —añadió ella, frunciendo el ceño—. Pero ¿te sentirías desventurado? Me gustaría estar segura antes de comenzar.

—¿Y quién sería tu coexperimentador?

—¡Ah! Esa es la dificultad. La mayoría de los demás hombres son de tal modo imposibles…

—¡Qué cumplimiento!

—¡Pero tú eres también imposible, Phil! En verdad, el más imposible de todos. Y lo peor es que yo te quiero, a pesar de todo. Y tú lo sabes. Sí, y lo explotas también. —El

coche se detuvo al borde de la acera; Elinor alcanzó su sombrilla—. Pero ten cuidado —continuó, al levantarse—. No voy a permitir que el abuso continúe indefinidamente. No voy a seguir dando algo toda la vida a cambio de nada. El día menos pensado comienzo a buscar algún otro.

Ella descendió a la acera.

—¿Por qué no ensayas con Everard? —Se chanceó él, mirando hacia ella a través de la ventanilla del coche.

—Acaso lo haga —respondió ella—. Yo sé que Everard no hubiera pedido nada mejor.

Philip rio y le mandó un beso con la punta de los dedos.

—Díle al chofer que me lleve al Club —dijo.

Everard la hizo esperar cerca de diez minutos. Cuando hubo terminado de reempolvarse la cara, Elinor exploró curiosamente la pieza. Las flores estaban abominablemente mal arregladas. Y aquel escaparate lleno de viejas espadas, de dagas, de pistolas incrustadas, era horrible, como un objeto de museo, una monstruosidad, pero, al mismo tiempo, un poco conmovedor en su absurdidad. Del colegio había conservado Everard la ambición de correr el mundo a caballo y de cortar cabezas; el escaparate lo descubría. Y lo mismo hacía aquella mesa de tapa de vidrio con su bandeja llena de monedas y medallas bajo la cubierta de cristal. ¡Con qué orgullo le había mostrado a ella sus tesoros! Allí tenía el tetradracma macedonio, con la cabeza de Alejandro el Grande, en actitud de Hércules; el sestercio del año 44 antes de Jesucristo, con el formidable perfil de César, y a su lado el noble de la rosa de Eduardo III, acuñado con la efigie del barco, que simbolizaba el comienzo del poderío marítimo de Inglaterra. Y allí, en la medalla de Pisanello, estaba Segismundo Malatesta, el más bello de los rufianes; y allí estaba también la reina Isabel con su gorguera, y Napoleón, con laureles en la cabeza, y el duque de Wellington. Ella les sonrió afectuosamente; eran viejos amigos. Lo que Everard tenía de agradable, pensaba, era que, con él, sabía uno siempre a qué atenerse. Era siempre tan definidamente igual a sí mismo; vivía a la altura de su reputación. Elinor abrió el piano y tocó un par de acordes; desafinando, como de costumbre. Sobre la mesita, cerca del hogar, había un volumen de los últimos *Discursos y proclamas* de Everard. Lo tomó y comenzó a hojearlo. «La política de los Ingleses Libres —leyó— puede resumirse así: Socialismo sin Democracia política, combinado con Nacionalismo sin insularidad». Esto parecía excelente. Pero si él hubiera escrito: «Democracia política sin socialismo, combinada con insularidad sin nacionalismo», ella lo hubiera admirado probablemente con la misma sinceridad. ¡Oh, estas abstracciones! Elinor meneó la cabeza y suspiró. «Debo de ser una tonta», se dijo. Pero lo cierto era que no tenían sentido para ella. Absolutamente vacías.

Palabras, nada más que palabras.

Volvió la página. «El sistema de partidos funciona bastante bien en los casos en que los partidos son simplemente dos grupos de oligarcas rivales que pertenecen a la misma clase y tienen fundamentalmente los mismos intereses y los mismos ideales y compiten entre sí por el poder. Pero cuando los partidos se identifican con clases y desarrollan estrictamente principios de partido, el sistema se convierte en un absurdo. Por el hecho de que yo me siente a un lado de la Cámara y usted al otro, me veo obligado a admitir el individualismo con exclusión de toda intervención del Estado, y usted a admitir la intervención del Estado con exclusión de todo individualismo: yo me veo obligado a creer en el nacionalismo, hasta en el nacionalismo económico (que es una imbecilidad), y usted se ve obligado a creer en el internacionalismo, hasta el internacionalismo político (que no es menos imbecilidad): yo me veo obligado a admitir la dictadura de los ricos (con exclusión de los inteligentes) y usted se ve obligado a admitir la dictadura de los pobres (igualmente con exclusión de los inteligentes). Todo esto por la simple razón, políticamente inconsecuente, de que yo estoy en la Derecha y usted está en la Izquierda. En nuestros Parlamentos los derechos de la topografía son más fuertes que los del buen sentido. Tales son las excelencias del moderno sistema de partidos. El propósito de los Ingleses Libres es abolir ese sistema, junto con el corrompido e ineficaz parlamentarismo, que es su corolario». Todo esto le pareció muy bien; pero ella se preguntó, no obstante, por qué las gentes se preocuparían por cosas de este género en vez de vivir simplemente. Pero, en apariencia, los hombres hallaban que vivir simplemente era aburrido. Otra vez abrió el libro por el medio. «Cada una de las libertades inglesas ha sido comprada al precio de una nueva esclavitud. La destrucción del feudalismo fortaleció la Corona. Cuando la Reforma, nos desembarazamos de la infalibilidad papal, pero nos sometimos al derecho divino de los reyes. Cromwell echó abajo el derecho divino de los reyes, pero impuso la tiranía de los terratenientes y de la clase media. La tiranía de los terratenientes y de la clase media está en vías de una rápida destrucción, a fin de que tengamos la dictadura del proletariado. Una nueva infalibilidad, no del Papa, sino de la mayoría, ha sido proclamada; una infalibilidad en la cual la ley nos obliga a creer. Los Ingleses Libres se han conjurado para hacer triunfar una nueva reforma y una nueva revolución política. Nosotros nos desharemos de la dictadura del proletariado como nuestros padres se deshicieron del derecho divino de los reyes. Nosotros negaremos la infalibilidad de la mayoría, como ellos negaron la infalibilidad del Papa. Los Ingleses Libres luchan por…». Elinor halló alguna dificultad en volver la página. «¿Luchan por qué? —se preguntó—. ¿Por la dictadura de Everard y la infalibilidad de Webley?». Ella sopló las páginas recalcitrantes, que al fin se despegaron. «… por la justicia y la libertad. Su política se basa en que habrán de gobernar

los mejores, cualquiera que sea su origen. En una palabra: todas las carreras habrán de estar ampliamente abiertas a los talentos. Esto es justicia. Ellos exigen que cada problema sea tratado objetivamente, con inteligencia, sin hacer caso de los tradicionales prejuicios de partido ni de la opinión sin valor de las estúpidas mayorías. Esto es libertad. Los que se imaginan que libertad es sinónimo de sufragio universal…». Se oyó un golpe de puerta; una fuerte voz sonó en el vestíbulo. Hubo un rumor de pasos precipitados en la escalera; la casa tembló. La puerta de la sala fue abierta violentamente, como si hubiera explotado una bomba en el exterior. Everard Webley entró con un caudal de sonoras excusas y calurosa bienvenida.

—¿Cómo podré disculparme? —exclamó, al tiempo que tomaba sus manos—. ¡Pero si supiera usted en qué torbellino vivo yo! ¡Qué maravilloso volverla a ver a usted! No ha cambiado nada. Tan encantadora como siempre. —Él la miró fijamente al rostro; los mismos ojos claros y serenos, los mismos labios plenos y melancólicos—. ¡Y qué semblante más espléndido trae usted!

Ella correspondió con una sonrisa. Los ojos del hombre eran de un castaño profundo; vistos a cierta distancia, parecían ser todo pupila. «Hermosos ojos, pero un poco inquietantes —pensó ella— por su fijeza intensa, brillante, vigilante». Ella les clavó su mirada por un momento, luego se volvió.

—Y usted también —dijo—, siempre el mismo. Es verdad que no veo por qué habíamos de cambiar. —Ella volvió de nuevo la vista hacia su rostro, y lo halló todavía mirándola con intensidad—. Diez meses y un viaje a los trópicos no bastan para transformarnos en otra persona.

Everard se echó a reír.

—¡A Dios gracias! —dijo—. Y ahora bajemos a comer.

—¿Y Philip? —preguntó él cuando les hubieron servido el pescado—. ¿Es también el de siempre?

—Y un poco más, si es posible.

Everard hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Un poco más… Lo comprendo. Era de esperar. El ver negros paseándose sin pantalones debe haberlo hecho todavía más escéptico de lo que era acerca de las verdades eternas.

Elinor sonrió, pero al mismo tiempo se sintió un poco ofendida por su broma.

—Y a usted, ¿qué efecto le ha producido el ver a tantos ingleses paseándose en uniforme verde guisante? —replicó ella.

Everard se echó a reír.

—Eso ha fortalecido, desde luego, mi creencia en las verdades eternas.

—¿De las cuales es usted una?

Él asintió con la cabeza.

—De las cuales, naturalmente, yo soy una.

Se miraron, sonriendo. De nuevo fue Elinor la primera en desviar la mirada.

—Gracias por la noticia. —Ella sostuvo el tono de ironías—. Pudiera no haberlo adivinado por mí misma.

Hubo un breve silencio.

—No se figure usted —dijo él al fin, en un tono que no era ya de burla, sino más bien serio— que me enfado porque me diga que padezco de un exceso de vanidad. —Habló suavemente; pero en el fondo, se advertía en él una enorme reserva de energía—. Si fueran otros, acaso lo consiguieran. Pero ¡bah! No ha de enfadarse uno por lo que hagan los animales inferiores. A estos se les aplasta. En cambio, con nuestros semejantes discutimos las cosas racionalmente.

—¡Qué alivio el oírle decir a usted eso! —dijo Elinor riendo.

—Usted cree que tengo muchos humos. Y supongo que es verdad, en cierto modo. Pero lo grave está en que yo sé, por experiencia, que mi orgullo está justificado. Cuando es falsa, la modestia es perjudicial. Milton dijo que «nada es más beneficioso que la propia estimación basada en la justicia y el derecho». Yo sé que la mía descansa sobre la justicia y el derecho. Estoy absolutamente convencido de que yo puedo llevar a cabo lo que pretendo. ¿A qué negar esta convicción? Yo voy a ser el amo, yo voy a imponer mi voluntad. Yo tengo el coraje y la determinación. Y dentro de poco tendré la fuerza organizada. Y entonces empuñaré las riendas. Lo sé; ¿por qué he de fingir ignorarlo?

Se echó hacia atrás en su silla, y hubo un largo silencio.

«Es absurdo —pensó Elinor—, es ridículo hablar así». Era la protesta de su inteligencia crítica contra sus sentimientos. Porque sus sentimientos habían sido extrañamente conmovidos. Las palabras de Webley, el tono de su voz, tan dulce, y que, no obstante, dejaba adivinar bajo su dulzura una tal reserva latente, vibrante de energía y de pasión, la habían conquistado. Cuando había dicho él: «Yo voy a ser el amo», fue como si ella hubiera bebido un trago de vino calentado con especias; un calor así había cundido en hormigueo por todo su cuerpo. «Es ridículo», repitió interiormente, tratando de tomar contra él la revancha de aquella fácil victoria, tratando de castigar a los traidores que tan fácilmente habían capitulado en el fondo de su alma. Pero no era posible deshacer completamente lo hecho. Las palabras podían haber sido ridículas; pero el hecho era que, mientras él las pronunciaba, ella había vibrado súbitamente de admiración, de conmoción, de un extraño deseo de alegrarse y reír.

La criada cambió los platos. Ellos hablaron de cosas indiferentes: del viaje de Elinor,

de los sucesos de Londres durante su ausencia, de amigos comunes. Se les sirvió el café; encendieron sus cigarrillos, hubo un silencio. ¿Cómo sería roto? Elinor se lo preguntó con aprensión. O, más bien, no se lo preguntó; porque lo sabía, y este conocimiento profético fue el que le produjo temor. Acaso pudiera adelantársele y romper ella misma el silencio. Acaso, si continuaba hablando rápidamente, pudiera mantener ella la conversación en un plan insignificante hasta que llegara su hora de marcharse. Pero, de pronto, le pareció que no había nada que decir. Se sintió como paralizada por la aproximación del acontecimiento inevitable. Solo le quedaba permanecer allí, sentada, y esperar. Y, al fin, llegó, como tenía que llegar, lo inevitable.

—¿Recuerda usted —dijo él lentamente, sin alzar la vista— lo que le dije antes de su viaje?

—Creí que habíamos acordado no volver a hablar de eso.

Él echó la cabeza hacia atrás con una risita en los labios.

—Pues se equivocó.

Volvió la vista hacia ella, y en sus ojos leyó él una expresión de tristeza y de ansiedad, un llamamiento a su clemencia. Pero Everard era inclemente. Plantó los codos en la mesa y se inclinó hacia ella. Elinor bajó la vista.

—Me ha dicho usted que no he cambiado de aspecto —dijo él con su voz suave, plena de reservas de violencia—. Bien, pues tampoco he cambiado de corazón. Es todavía el mismo, Elinor, el mismo que era cuando se marchó usted. Elinor, yo la quiero a usted lo mismo. No, la quiero más.

La mano de Elinor descansaba muellemente sobre la mesa, ante ella. Everard alargó una de las suyas y se la oprimió.

—Elinor… —murmuró él.

Ella sacudió la cabeza sin mirarlo.

Dulce, apasionadamente, siguió hablando él.

—No sabe usted lo que puede ser el amor —dijo—. No sabe usted lo que yo puedo ofrecerle. El amor arrebatado, loco, como un anhelo sin esperanza… Y, al mismo tiempo, tierno, como el de una madre hacia su hijo enfermo. El amor, a la vez dulce y violento, violento como un crimen y dulce como el sueño.

«Palabras —pensó Elinor—, absurdas y melodramáticas palabras».

Pero estas palabras la conmovían, como antes la habían conmovido sus jactancias.

—Everard, por favor —dijo ella en voz alta—, basta.

No quería dejarse conmover. Haciendo un esfuerzo, mantuvo firme su mirada, mientras observaba su rostro, sus ojos vivos, escrutadores. Trató de reír, meneó la cabeza.

—Porque es imposible, usted lo sabe.

—Lo único que sé yo —dijo él lentamente— es que usted tiene miedo. Miedo de surgir a la vida. Porque usted ha estado medio muerta durante muchos años. No ha tenido ocasión de surgir plenamente a la vida. Y usted sabe que yo puedo brindársela. Y usted tiene miedo, usted tiene miedo.

—¡Qué tontería! —dijo ella.

No era más que verborrea y melodrama.

—Y, en cierto sentido, acaso tenga usted razón —continuó él—. El estar vivo, verdaderamente vivo, no es una broma. Es peligroso. ¡Pero, por Dios —añadió, y la violencia latente en su voz suave irrumpió de golpe en un vibrante estallido— que es apasionante!

—¡Ah, si supiera usted qué miedo me ha dado! —dijo ella—. ¡Qué modo de gritar!

Pero ella había experimentado algo más que miedo. Sus nervios, su misma carne vibraban y se estremecían aún por las oscuras y violentas sensaciones de triunfo que la voz de Webley había despertado en ella. «Es ridículo», repitió ella para asegurarse. Pero era como si hubiera oído aquella voz directamente con su cuerpo. Los ecos parecían vibrar aún en su diafragma. «Ridículo», repitió. Y luego, ¿qué era aquel amor del cual hablaba él con acento tan vibrante? Solo un breve acceso de violencia en los intervalos de sus negocios. Él despreciaba a las mujeres, las odiaba porque le robaban tiempo y energía. Ella le había oído decir con frecuencia que no tenía tiempo para ocuparse del amor. Sus requerimientos eran casi un insulto: las proposiciones que se hacen a una buscona.

—Sea usted razonable, Everard —dijo ella.

Everard retiró su mano de la de Elinor y se echó hacia atrás en su silla, riendo.

—Muy bien —dijo—. Sea por hoy.

—Y por todos los demás días. —Ella se sentía profundamente aliviada—. Además —añadió, citando uno de los aforismos de Webley, con una ligera sonrisa irónica—, usted no pertenece a la clase de los ociosos. Usted tiene cosas más importantes que hacer, para ocuparse del amor…

Everard la miró por un momento en silencio y su rostro se tornó grave, con una especie de amenaza pensativa. ¿Cosas más interesantes que hacer? Esto era verdad, por supuesto. Se sintió indignado contra sí mismo por desearla con tanta intensidad. Indignado contra ella por dejarlo insatisfecho.

—¿Quiere usted que hablemos de Shakespeare? —preguntó sarcásticamente—. ¿O bien de la armónica?

* * *

El precio del viaje era de tres chelines y seis peniques. Philip dio dos monedas de dos chelines y medio al chofer y ascendió la escalinata del pórtico de columnas de su club, perseguido por las notas de agradecimiento. Había adquirido el hábito de dar grandes propinas. No lo hacía por ostentación ni porque demandase, o tuviese intención de demandar, servicios especiales. (De hecho, pocos hombres hubieran podido ser menos exigentes que Philip con sus criados, pocos hubieran podido soportar con más paciencia un servicio defectuoso ni mostrarse más dispuestos a disculpar las negligencias). Su excesiva liberalidad en la propina era la expresión material de una especie de desdén cargado de excusas y remordimientos.

«Pobre infeliz —parecía implicar su excesiva gratificación—, siento ser tu superior». Y puede que hubiese también cuatro cuartos de excusas por su misma indulgencia hacia sus servidores. Porque si él era poco exigente, se debía tanto al temor y la aversión que le inspiraba todo contacto humano innecesario, como a la cortesía y la consideración. Philip exigía muy poco a sus servidores, por la sencilla razón de que quería tener las mínimas relaciones posibles con ellos. Su presencia le trastornaba. No quería ver su intimidad violada por personas extrañas. El verse obligado a hablar con ellos, el tener que establecer contacto directo, no entre inteligencias, sino entre voluntades, sentimientos, intuiciones, con estos intrusos, le era siempre desagradable. Lo evitaba hasta donde le era posible; y cuando el contacto era necesario, él se esforzaba por deshumanizar las relaciones. La generosidad de Philip era en parte una compensación por su inhumana bondad hacia aquellos que la recibían; también, un sacrificio para acallar su conciencia.

Las puertas estaban abiertas; entró. El vestíbulo de columnas era amplio, sombrío, frío. El grupo alegórico en mármol, de *sir* Francis Chautrey, representando la Cien cia y la Virtud subyugando a las Pasiones, se contorcía con todo el decoro académico en un nicho de la escalera. Philip colgó su sombrero y pasó al fumadero a hojear los periódicos y aguardar la llegada de sus invitados. Spandrell fue el primero en llegar.

—Diga usted —dijo Philip tan pronto como hubieron terminado los saludos y se hubo pedido el vermut—, diga usted pronto, antes de que venga él: ¿Qué es de mi absurdo y joven cuñado? ¿Qué ocurre entre él y Lucy Tantamount?

Spandrell se encogió de hombros.

—¿Qué es lo que suele ocurrir en estos casos? Y, ¿son estos el lugar y la hora para darle detalles?

Señaló a los otros ocupantes del fumadero: un ministro, dos jueces y un obispo se hallaban al alcance de la voz.

Philip se echó a reír.

—¡Oh, yo solo quería saber si el asunto era realmente serio, cuánto tiempo podrá

durar!…

—En lo que a Walter se refiere, es muy serio. En cuanto a la duración… ¿quién sabe? Pero Lucy embarcará muy pronto para el extranjero.

—¡Demos gracias al cielo por sus pequeños beneficios! ¡Ah, hete aquí! —Era Walter—. Y he ahí a Illidge. —Este les hizo seña con la mano; los recién llegados rehusaron un aperitivo—. Vamos a comer entonces en seguida —dijo Philip.

El comedor del club de Philip era inmenso. Una doble fila de columnas corintias en estuco soportaba un cielo raso dorado. Desde las paredes color chocolate pálido los retratos de miembros distinguidos, actualmente difuntos, miraban la sala con una expresión feroz. Cortinas de terciopelo color clarete estaban sujetadas por alzapaños a cada lado de las seis ventanas; una alfombra color clarete apagaba los sonidos del suelo, y, en sus libreas color clarete, los mozos se precipitaban a derecha e izquierda, casi invisibles, como insectos en hojas de un bosque.

—Siempre me ha gustado esta pieza —dijo Spandrell, mientras entraban—. Se parece a un escenario para el festín de Baltasar.

—Pero de un Baltasar muy anglicano —precisó Walter.

—¡Demonio! —exclamó Illidge, que había paseado la mirada en derredor de la sala—. Estas cosas son realmente las que me dan la sensación de que pertenezco a la plebe.

Philip rio un tanto intranquilo. Cambiando de asunto, señaló a los camareros con sus libreas de un rojo protector. Estos confirmaban la hipótesis darwiniana.

—Es la supervivencia del más apto —dijo él, cuando se sentaron a la mesa que les estaba reservada—. Los que hayan estado vestidos de otros colores deben de haber sido exterminados por furibundos miembros del club.

Uno de los sobrevivientes color clarete trajo el pescado. Comenzaron a comer.

—Es curioso —dijo Illidge, reanudando el hilo de los pensamientos que le habían sugerido las primeras impresiones de la sala—, es verdaderamente extraordinario que me halle realmente aquí. Al menos sentado con ustedes, en calidad de invitado. Porque no tendría nada de sorprendente que yo me hallara aquí con uno de esos hábitos color vino tinto. Esto, al menos, estaría en consonancia con lo que los pastores llamarían «mi condición social». —Emitió una breve risa de despecho—. Pero hallarme sentado con ustedes… Esto es realmente casi increíble. Y todo debido al hecho de que un tendero de Manchester tenía un hijo con propensiones escrofulosas. Si Reggie Wright hubiera sido normalmente saludable, probablemente me hallaría remendando zapatos en Lancashire. Pero, por fortuna. Reggie tenía bacilos tuberculosos en su sistema linfático. Los médicos le recetaron una vida campestre. Su padre tomó una casita en mi pueblo para su mujer y su hijo, y Reggie fue a la escuela de la aldea. Pero su padre abrigaba ambiciones respecto a él.

(¡Qué indecente mocosuelo era este Reggie!) —observó Illidge entre paréntesis—. Aspiraba a que más tarde entrara en la escuela de humanidades de Manchester. Con una beca. Pagaba a nuestro profesor para que le diera lecciones especiales. Yo era un discípulo brillante; el profesor me tenía afecto. Mientras le daba a él lecciones extraordinarias pensó que podía dármelas también a mí. Y, lo que es más, gratis. No permitió que mi madre le pagara un penique. Lo cual tampoco ella tenía muchos medios de hacer, pobre mujer… Reggie fue suspendido. —Illidge se echó a reír—. ¡Miserable tipejo escrofuloso! Pero yo le estaré eternamente agradecido a él y a los activos bacilos de sus glándulas. Si no fuera por ellos, estaría ejerciendo la profesión de zapatero con mi tío en una aldea de Lancashire. Y de cosas como esa depende toda una vida; de una absurda probabilidad de un millón contra uno. Una inconsecuencia, y toda nuestra vida se modifica.

—No, no se trata de una inconsecuencia —objetó Spandrell—. Su beca no ha sido un accidente: estuvo perfectamente de acuerdo, perfectamente en armonía con usted. Sin eso no la hubiera ganado usted, no se hallaría aquí. Yo dudo mucho que haya habido jamás nada accidental. Todo lo que ocurre es intrínsecamente semejante al hombre a quien le ocurre.

—Eso suena un tanto fatídico, ¿no cree usted? —objetó Philip—. Percibiendo los acontecimientos, los hombres los deforman, digámoslo así, de modo que lo que ocurre parece semejárseles.

Spandrell encogió los hombros.

—Puede que haya una deformación de ese género. Pero yo creo que los acontecimientos vienen hechos a la medida de las personas a las cuales acaecen.

—¡Qué tontería! —dijo Illidge con disgusto.

Philip discrepó con más cortesía:

—Pero gentes diferentes pueden ser influidas por el mismo acontecimiento de modos enteramente distintos y característicos.

—Lo sé —contestó Spandrell—. Pero el acontecimiento es modificado, cualitativamente modificado, por algún procedimiento indescriptible, a fin de que se adapte al carácter de cada una de las personas en cuestión. Hay en esto un gran misterio y una paradoja.

—Por no decir un absurdo y un imposible —añadió Illidge.

—Un absurdo y un imposible, pues —admitió Spandrell—. Pero yo sigo creyendo, a pesar de todo, que las cosas ocurren así. ¿Por qué quiere usted que las cosas sean lógicamente explicables?

—Sí. ¿Por qué, en efecto? —dijo Walter.

—Sin embargo —dijo Philip—, su providencia, que hace del mismo acontecimiento

cosas cualitativamente diferentes para diferentes individuos… ¿No es esto un poco duro de digerir?

—No más duro que el hecho de que nos hallamos aquí. No más duro que todo esto…

Con un gesto de mano señaló el comedor baltasaresco, a los comensales, a los mozos color ciruela y al secretario perpetuo de la Academia Británica, que en aquel momento acertaba a entrar en la sala con el profesor de poética de la Universidad de Cambridge.

Pero Philip persistió en sus argumentos.

—Pero admitiendo, como hacen los científicos, que la hipótesis más sencilla es la mejor, aunque no he podido ver jamás en qué se fundan para esto, como no sea en la ineptitud humana…

—¡Muy bien, muy bien!

—¿En qué se fundan? —repitió Illidge—. Simplemente en los hechos observados: eso es todo. Ocurre que se ha demostrado experimentalmente que la naturaleza hace las cosas de la manera más sencilla.

—O bien —dijo Spandrell— que los seres humanos no son capaces de comprender sino las explicaciones más sencillas. En la práctica no se puede distinguir entre los dos casos.

—Pero si una cosa tiene una explicación sencilla, natural, no puede tener al mismo tiempo una explicación complicada, sobrenatural.

—¿Por qué no? —preguntó Spandrell—. Es posible que no pueda usted comprender o medir las fuerzas sobrenaturales que se hallan detrás de las fuerzas superficialmente naturales (cualquiera que sea la diferencia entre lo natural y lo sobrenatural). Pero eso no prueba que no existan. Usted no hace más que elevar su estupidez al rango de una ley general.

Philip aprovechó la ocasión de continuar su argumento.

—Pero admitiendo, con todo —irrumpió él antes de que Illidge pudiera hablar de nuevo—, que la explicación más sencilla tiene probabilidades de ser la más verdadera, ¿no se pueden explicar más simplemente los hechos diciendo que es el individuo, con su historia y su carácter, el que deforma el acontecimiento para conformarlo a su propia semejanza? Nosotros vemos los individuos, pero no vemos la providencia; para esta tenemos que formular un postulado. ¿No es mejor, si conseguimos valernos sin él, omitir este postulado superfluo?

—Pero ¿es realmente superfluo? —dijo Spandrell—. ¿Puede usted explicarse los hechos sin él? Yo tengo mis dudas. ¿Qué dice usted de la gente maleable (y todos nosotros somos más o menos maleables, más o menos el producto de una remodelación no menos que de una virtud nata)? ¿Qué dice usted de las gentes cuyos caracteres no nacen con ellos,

sino que se forman inexorablemente, por una serie de acontecimientos de un solo tipo? Una corriente de buena suerte, si quiere usted llamarla así, o una corriente de mala suerte; una corriente de pureza, o una corriente de impureza; una corriente de bellas y heroicas oportunidades, o una corriente de oportunidades innobles y desagradables… Cuando la corriente haya persistido suficientemente (y es asombroso cómo persisten esas corrientes), el carácter se hallará formado, y entonces, si queremos explicar así las cosas, podrá decir usted que es el mismo individuo el que deforma a su propia semejanza todo lo que le acaece. Pero ¿y mientras no tiene un carácter bien definido, a semejanza del cual pueda deformar los acontecimientos? ¿Quién ha determinado la naturaleza de las cosas que le ocurren en este período?

—¿Quién determina el que, al tirar por alto una moneda, salga cara o cruz? —preguntó Illidge desdeñosamente.

—Pero ¿por qué introducir monedas en la discusión? —replicó Spandrell—. ¿Por qué introducir monedas cuando estamos hablando de seres humanos? Considere usted su caso. ¿Tiene usted el sentimiento de ser una moneda cuando le ocurre alguna cosa?

—El sentimiento que yo pueda tener no importa. Los sentimientos no tienen nada que ver con los hechos objetivos.

—Pero las sensaciones sí. La ciencia es la racionalización de las percepciones de nuestros sentidos. ¿Por qué se ha de atribuir un valor científico a determinada clase de intuiciones psicológicas mientras se les niega a todas las demás? La intuición directa de una acción providencial tiene tanta probabilidad de ser un fragmento del conocimiento objetivo como la intuición directa del color azul o de la dureza… Y cuando las cosas le ocurren a uno, no tiene el sentimiento de ser una moneda. Uno siente que los acontecimientos tienen su significación, que han sido acondicionados. Especialmente cuando se producen en serie. ¿Diremos cien cruces seguidas, por ejemplo?

—Al menos, concédanos usted el honor de salir «cara» —dijo Philip riendo—. Recuerde que somos los intelectuales.

Spandrell frunció el ceño; esta frivolidad intempestiva le chocó. Para él el asunto era serio.

—Cuando pienso en mí mismo —dijo—, me siento persuadido de que todo lo que me ha pasado ha sido previamente determinado de algún modo. De niño me daba el olor de lo que yo hubiera podido ser de grande a no mediar los acontecimientos. Algo completamente diferente de este yo real.

—¿Un angelito, eh? —dijo Illidge.

Spandrell no hizo caso de la interrupción.

—Pero de los quince años en adelante comenzaron a ocurrirme cosas que,

proféticamente, semejaban lo que soy en la actualidad. —Se quedó callado.

—De suerte que le han salido a usted un rabo y unas pezuñas en vez de un halo y un par de alas. Dolorosa historia. ¿No le ha impresionado a usted nunca —continuó Illidge volviéndose hacia Walter—, a usted, que es, o, al menos, debiera ser, un experto en arte, no le ha impresionado a usted nunca el hecho de que todas las pinturas de ángeles son absolutamente incorrectas y anticientíficas? —Walter meneó la cabeza—. Un hombre de setenta kilos, si le salieran alas, tendría que desarrollar al mismo tiempo músculos colosales para moverlas. Y grandes músculos de las alas entrañarían, proporcionalmente, un gran esternón, como el de un ave. Un ángel de setenta kilos, para poder volar como un pato, tendría que tener un esternón de cuatro a cinco pies por lo menos. Dígale esto a su padre la próxima vez que sienta deseos de pintar una *Anunciación*. Todos los Gabrieles que existen son verdaderamente chocantes por lo improbables.

Entretanto, Spandrell pensaba en aquellos éxtasis entre las montañas, en aquellas delicadezas de sentimientos, en aquellos escrúpulos, aquella sensibilidad, aquellos remordimientos de su juventud; y se decía que todo aquello —el arrepentimiento de una mala acción no menos que el profundo encanto ante el espectáculo de una flor o de un paisaje—, que todo aquello se hallaba ligado de algún modo a sus sentimientos hacia su madre, que todo estaba enraizado e implícitamente contenido en ese sentimiento. Recordó aquel *Colegio de señoritas de París*, aquellas lecturas eróticas bajo las sábanas a la luz de una linterna de bolsillo. Aquel libro había sido escrito en la época en que las largas medias negras y los largos guantes negros constituían la cima de la moda pornográfica, cuando el «besar un hombre sin bigote era como comer un huevo sin sal». El seductivo y priápico comandante tenía los bigotes largos, retorcidos y engomados. ¡Qué vergüenza y qué remordimientos había sentido! ¡Cómo había luchado, cuán ardientemente había rogado pidiendo fuerza moral! Y el dios a que había rogado era la imagen de su madre. Resistir a la tentación era mostrarse digno de ella. Sucumbiendo, la traicionó, negó a Dios. Él había comenzado a triunfar. Luego, una mañana le cayó encima la noticia de que ella se iba a casar con el comandante Knoyle. El comandante Knoyle también tenía los bigotes retorcidos.

—Razón tenían San Agustín y los calvinistas —dijo en voz alta, interrumpiendo la discusión acerca de los esternones de los serafines.

—¿Sigue usted machacando en eso? —dijo Illidge.

—Dios quiere salvar a unos y condenar a otros.

—O más bien podría hacerlo; a) si existiera; b) si existiera eso que llaman salvación, y c)…

—Cuando pienso en la guerra —continuó Spandrell interrumpiéndolo—, en lo que

hubiera podido ser de mí, y en lo que, efectivamente, ha sido… —Se encogió de hombros —. Sí; San Agustín tenía razón.

—Por mi parte —dijo Philip—, debo confesar que le he estado siempre muy agradecido a San Agustín, o a quienquiera que haya sido, por haberme dado una pierna defectuosa. Me ha impedido convertirme en héroe; pero me ha librado de convertirme en un cadáver.

Spandrell lo miró; las comisuras de su ancha boca se contrajeron irónicamente.

—Su accidente le ha garantizado a usted una vida tranquila y apartada. En otros términos: el acontecimiento se ha parecido a usted. Exactamente lo mismo que la guerra, en lo que a mí respecta, se ha semejado a mí. Llevaba un año en Oxford cuando comenzó —continuó Spandrell.

—El viejo y amado colegio, ¿eh? —dijo Illidge, que no podía oír mencionar jamás el nombre de uno de los más antiguos y costosos templos del saber sin hacer algún comentario burlón.

—Tres trimestres plenos de vida y dos períodos de vacaciones todavía más plenos de vida; el descubrimiento del alcohol y del póker, y de la diferencia que existe entre las mujeres de carne y hueso y las de la imaginación pubescente. ¡Qué revelación, la primera mujer real! —añadió entre paréntesis—. Y al mismo tiempo, ¡qué repugnante decepción! ¡Qué cosa tan insulsa, en cierto modo después de la acalorada imaginación y el libro pornográfico!

—Lo cual es un tributo al arte —dijo Philip—. Como he indicado ya con frecuencia. —Sonrió para Walter a quien le salieron los colores a la cara, recordando lo que había dicho su cuñado sobre los peligros de tratar de imitar, en el amor, a los elevados modelos poéticos—. Nuestra educación se realiza al revés —continuó Philip—. El arte antes que la vida: Romeo y Julieta e historias obscenas antes que el matrimonio o sus equivalentes. De aquí que toda la joven literatura moderna sea desilusionada. Inevitablemente. En los buenos tiempos de antaño los poetas comenzaban por perder la virginidad; luego, con un conocimiento completo de la cosa real y sabiendo exactamente dónde y cómo dejaba de ser poética, se ponían deliberadamente a la obra para idealizarla y embellecerla. Nosotros comenzamos con lo poético y proseguimos hacia lo antipoético. Si los chicos y las chicas perdieran su virginidad tan temprano como lo hacían en la época de Shakespeare, se daría un renacimiento de la poesía lírica amorosa de la época isabelina.

—Puede que tenga usted razón —dijo Spandrell—. Todo lo que yo puedo decir es que, cuando descubrí la realidad, la hallé decepcionante, pero atractiva, a pesar de todo. El corazón es un extraño montón de estiércol; el fango llama al fango, y el gran encanto del vicio consiste en su estupidez y su bajeza. Atrae porque es repelente. Pero repelente

continúa siendo siempre. Recuerdo lo alborozadamente dichoso que me he sentido yo, al sobrevenir la guerra, de tener una ocasión de evadirme de las inmundicias y de hacer algo decente por cambiar.

—¡Por el rey y por la patria! —se burló Illidge.

—¡Pobre Rupert Brooke! Hoy nos hace sonreír aquello de que, según escribió él, el honor se había reintegrado al mundo. Los acontecimientos han hecho parecer un tanto cómica esta afirmación.

—Fue un chiste malo hasta en la época misma en que fue escrito —dijo Illidge.

—No, no. En aquella época era exactamente lo mismo que sentía yo.

—Desde luego. Porque usted era lo que era Brooke: un representante viciado y aburrido de la clase ociosa. Necesitaba emociones nuevas; esto era todo. La guerra y ese famoso «honor» se los proporcionaban.

Spandrell se encogió de hombros.

—Explíquelo usted así si le parece. Lo único que digo es que en agosto de 1914 yo quería hacer algo noble. Hubiera hasta querido que me mataran.

—Antes la muerte que el deshonor, ¿eh?

—Sí, completamente al pie de la letra —dijo Spandrell—. Pues yo puedo asegurarle que todos los melodramas están perfectamente de acuerdo con la realidad. Hay ciertas ocasiones en que las gentes dicen, efectivamente, cosas como esa. El único defecto del melodrama es que lo conduce a uno a creer que lo dicen siempre. Lo cual no es cierto, por desgracia. Pero «antes la muerte que el deshonor» era exactamente lo que yo pensaba en agosto de 1914. Si la alternativa estaba entre la muerte o la estúpida clase de vida que había llevado, yo prefería la muerte.

—He ahí que habla de nuevo el *gentleman* ocioso —dijo Illidge.

—Y luego, tan solo porque fui educado en gran parte en el extranjero y conocía dos o tres idiomas, porque tenía una madre que me quería demasiado y un padrastro con influencia militar, se me transfirió, *velis nolis*, al Servicio de Información. Dios tenía verdaderamente la intención de condenarme.

—Trataba muy benévolamente de salvar su vida —dijo Philip.

—Pero yo no quería salvarla. Al menos, hasta que pudiese emplearla en algo decente, en algo heroico con preferencia, o al menos difícil y arriesgado. Y, en vez de esto, me aplicaron primero a tareas de enlace, y después a cazar espías. De todos los trabajos sórdidos e innobles…

—Pero, después de todo, las trincheras no tenían nada de románticas.

—No, pero eran peligrosas. Para sentarse en una trinchera se requería valor y resistencia. Un cazador de espías no tenía que desarrollar ninguna noble virtud; mientras

que en cuanto a sus oportunidades de practicar el vicio… ¡Ah! Esas ciudades a retaguardia, y París, y los puertos: las putas y el alcohol eran los principales productos.

—Pero, después de todo —dijo Philip—, esos males eran inevitables.

Frío por naturaleza, hallaba que era fácil ser razonable.

—Para mí, no —contestó Spandrell—. Particularmente en aquellas circunstancias. Yo había querido hacer algo decente, y se me había impedido. De suerte que vino a ser una especie de pundonor el hacer lo contrario de lo que había deseado. Un punto de honor; ¿comprende usted eso?

Philip negó con la cabeza.

—Es demasiado sutil para mí.

—Pero imagínese usted a sí mismo en presencia de un hombre a quien usted respeta, a quien usted estima, a quien usted admira más de lo que haya estimado ni admirado jamás a ningún otro.

Philip afirmó con la cabeza. Pero de hecho, reflexionó, jamás había admirado a nadie profundamente, de todo corazón. Teóricamente, sí; pero jamás en la práctica, jamás al extremo de querer constituirse en su discípulo, en su prosélito. Él había adoptado las opiniones de otros, hasta sus modos de vida; pero siempre con la subyacente convicción de que no eran realmente suyos, de que podría abandonarlos y de que, ciertamente, lo haría con la misma facilidad con que los había abrazado. Y cada vez que le había parecido correr algún riesgo de dejarse arrebatar, se había resistido deliberadamente, había luchado, o huido, por conservar su libertad.

—Se siente usted subyugado por sus propios sentimientos hacia él —continuó Spandrell—. Y va usted hacia él con las manos tendidas, ofreciéndole su amistad y su devoción. A lo cual responde él, simplemente, metiéndose las manos en los bolsillos y volviendo la espalda. ¿Qué haría usted en este caso?

Philip se echó a reír.

—Habría que consultar el *Libro de etiqueta*, de Vogue.

—Lo echaría usted al suelo de un puñetazo. Al menos, eso es lo que haría yo. Sería un punto de honor. Y cuanto más lo hubiese admirado, más violentamente lo tiraría usted al suelo y más tiempo danzaría después sobre su cuerpo. He ahí por qué las putas y el alcohol no eran inevitables. Al contrario, se hizo un punto de honor el no evitarlos jamás. Aquella vida, en Francia, se parecía a la que había llevado antes de la guerra; solo que era mucho más innoble y estúpida, y sin el menor antídoto con que redimirla. Y al cabo de un año de este régimen me agitaba ya desesperadamente por aferrarme a mi deshonor y evitar la muerte. San Agustín tenía razón, se lo repito: estamos salvados o condenados con anticipación. Todo lo que ocurre es una decisión de la providencia.

—¡Un cuerno de la providencia! —dijo Illidge; pero en el silencio que siguió a continuación pensó de nuevo cuán extraordinario era, cuán infinitamente improbable, que se hallara él allí, sentado, bebiendo clarete, a dos mesas del secretario perpetuo de la Academia Británica, y con el segundo presidente, por orden de antigüedad, del Tribunal Supremo justamente a su espalda. Veinte años antes, la probabilidad de que no se hallara bajo aquel techo dorado había sido de cientos o miles de millones contra uno. Y allí estaba, sin embargo. Bebió otro trago de clarete.

Y entretanto, Philip rememoraba aquel inmenso caballo negro, coceando, encabritándose, mostrando los dientes, las orejas amusgadas; y cómo se había lanzado de súbito al galope, arrastrando al carretero consigo; y el fragor de las ruedas y, «¡ay!», su propio grito; y cómo se había echado hacia atrás contra el talud abrupto, cómo había tratado de trepar, cómo había resbalado y caído; y, «¡ay, ay!» la enorme masa entre él y el sol, los grandes cascos, y de pronto el dolor aniquilante.

Y, a través del mismo silencio, Walter pensaba en aquella tarde en que había entrado por primera vez en la sala de Lucy Tantamount. «Todo lo que ocurre es intrínsecamente semejante al hombre a quien le ocurre».

* * *

—Pero ¿cuál es su secreto? —preguntó Marjorie—. ¿Por qué se habrá vuelto loco por ella? Porque lo cierto es que se ha vuelto literalmente loco.

—¿No está un poco a la vista ese secreto? —dijo Elinor.

Lo que a ella le parecía singular era, no que Walter hubiese perdido la cabeza por Lucy, sino que hubiese hallado jamás nada de atractivo en la pobre Marjorie.

—Después de todo —continuó—, Lucy es muy animada, muy divertida. Y además —añadió, recordando los exasperantes comentarios de Philip acerca del perro que habían atropellado en Bombay—, tiene mala reputación.

—Pero ¿es eso un atractivo? ¿Una mala reputación?

La tetera quedó en suspenso sobre la taza mientras Marjorie hacía esta pregunta.

—Por supuesto. Significa que la mujer que goza de ella es accesible. No quiero azúcar, gracias.

—Pero —dijo Marjorie, pasándole la taza— a los hombres no les gustará compartir sus queridas con otros amantes.

—Tal vez no. Pero el hecho de que una mujer haya tenido otros amantes despierta esperanzas en un hombre. «Donde han triunfado otros, podré triunfar también yo».

—He aquí el argumento del hombre. Y al mismo tiempo, una mala reputación le hace

pensar inmediatamente en la mujer desde el punto de vista del amor. Da un giro a sus imaginaciones de ella. Al ver a Lola Montes, su reputación hacía pensar automáticamente en la alcoba. No se pensaba en la alcoba cuando se veía a Florence Nightingale; más bien se pensaba en cuartos de enfermo. Lo cual es bastante distinto —dijo Elinor, en conclusión.

Hubo un silencio. «Es abominable de mi parte —pensó Elinor— no sentir mayor simpatía». Pero he ahí que no la sentía. Se esforzó por recordar la desdichada vida que había llevado aquella pobre mujer, primero con su marido y ahora con Walter. Verdaderamente lastimosa. Pero ¡aquellos horribles pendientes de imitación de jade que llevaba en las orejas! Y su voz, su manera de ponerse grave.

Marjorie alzó la vista.

—Pero ¿es posible que a los hombres se les engañe tan fácilmente? ¿Con un cebo tan grosero? ¿Hombres como Walter? ¿Como *Walter*? —insistió—. ¿Es posible que hombres como él sean tan… tan…?

—¿Cerdos? —sugirió Elinor—. Aparentemente, sí es posible. Parece extraño, ciertamente.

Acaso fuera mejor, reflexionó, que Philip tuviera un poco más de cerdo y un poco menos de camarón de ermita. Los cerdos son humanos (demasiado humanos tal vez, pero humanos al fin). Mientras que los camarones de ermita ponen su mejor esfuerzo en ser moluscos.

Marjorie meneó la cabeza y suspiró.

—Es extraordinario —dijo, con una convicción que le pareció a Elinor un tanto risible. «¿Qué opinión puede tener ella de sí misma?», se preguntó.

Pero la buena opinión de Marjorie se refería menos a sí misma que a la virtud. Se le había enseñado a creer en la fealdad del vicio y de la parte animal de la naturaleza humana, y en la belleza de la virtud y del espíritu. Y fría por naturaleza, tenía la total incomprensión de la mujer fría hacia la sensualidad. Que Walter hubiese cesado súbitamente de ser el Walter que había conocido ella y se condujera «como un cerdo», según la expresión, un tanto cruda, de Elinor, le parecía verdaderamente extraordinario, dejando aparte toda consideración personal de su propio atractivo.

—Y luego —dijo Elinor en voz alta—, no hay que olvidar que Lucy tiene otra ventaja en lo que concierne a hombres como Walter. Es una de esas mujeres que tienen temperamento de hombre. Los hombres pueden hallar placer en un encuentro fortuito. La mayoría de las mujeres no; estas necesitan estar más o menos enamoradas. Es preciso que sus emociones entren en función. Todas, con pocas excepciones. Lucy es una de estas pocas. Ella tiene la facultad masculina del desprendimiento. Ella puede separar su apetito

del resto de su alma.

—¡Qué horror!

Marjorie se estremeció.

Elinor advirtió su estremecimiento, que la desazonó, moviéndola a contradecirse.

—¿Cree usted? A mí se me figura a veces una facultad más bien envidiable.

Se echo a reír, y Marjorie se escandalizó, con razón, por su cinismo.

—Para un muchacho tan asombradizo y tímido como Walter —continuó Elinor—, hay algo muy excitante en un audaz temperamento de esta especie. Es justamente lo contrario del suyo. Temeraria, sin escrúpulos, voluntariosa, sin un átomo de conciencia… ¡Comprendo muy bien que se le haya subido a la cabeza! —Pensó en Everard Webley—. La fuerza es siempre atractiva —añadió—, particularmente cuando uno mismo carece de ella, como le ocurre a Walter. Lucy es manifiestamente una fuerza. Podrá no gustar uno de esa clase de fuerza —ella misma no gustaba de la enérgica ambición de Webley—. Pero no podrá menos de admirar la fuerza en sí. Es como el Niágara. Es magnífico, aun cuando no quiera uno permanecer debajo. ¿Me permite tomar otro pedazo de pan con mantequilla? —Se sirvió. Por cortesía, Marjorie tomó también otra rebanada—. Delicioso pan moreno —comentó Elinor, y se preguntó cómo Walter podía haber vivido con una persona que encorvaba el meñique de la mano con que sostenía la taza de té, que tomaba bocaditos tan ridículamente pequeños de una rebanada de pan y que luego mascaba solo con dos dientes, como un conejillo de Indias, como si la función de comer fuera una cosa indelicada y un tanto repugnante.

—Pero ¿qué cree usted que debo hacer yo? —Se decidió, al fin, Marjorie a preguntar.

Elinor se encogió de hombros.

—¿Qué ha de hacer usted sino desear que obtenga lo que quiere y que se harte pronto de ello?

Era evidente; pero Marjorie creyó que el haberlo dicho así denotaba dureza, crueldad, falta de sentimiento.

* * *

En Londres los Quarles habitaban pintorescamente en lo que había sido la última de una fila de cuadras en una caballeriza de Selgravia. Para entrar se pasaba bajo un arco. Un risco de estuco color crema se alzaba a pico a la izquierda, sin una sola ventana, pues los belgravianos habían rehusado tener siquiera conocimiento de la miserable vida de sus sirvientes. A la derecha se extendía la baja fila de cuadras, con su único piso de habitaciones encima, ocupadas por enormes *Daimler* y las familias de sus chóferes. Las

caballerizas terminaban en un muro, por encima del cual podían verse las plantas de los jardines de Selgravia mecidas por el viento. La entrada a la habitación de los Quarles se hallaba a la sombra de este muro. Incrustada entre los jardines y las caballerizas, habitadas aquí y allá, la casita era muy tranquila. El ir y venir de las limosinas y el berrido ocasional de un niño eran lo único que perturbaba la calma.

—Pero, por fortuna —había observado Philip—, los ricos pueden comprarse coches silenciosos. Y hay algo acerca de los motores de combustión interna que reclama la limitación de los nacimientos. ¿Quién ha visto jamás un chofer con ocho hijos? —La cochera y las cuadras de los caballos habían sido amalgamados, al reconstruir la cuadra, en un cuarto espacioso. Dos mamparas hacían las veces de tabique. Detrás de la mampara de la derecha estaba el extremo «sala» del departamento: sillas y un canapé agrupados en torno al hogar. La mampara de la izquierda ocultaba el comedor y la entrada a una minúscula cocina. Una pequeña escalera ascendía oblicuamente a lo largo de una de las paredes, hacia las alcobas. Cretonas amarillas daban la ilusión del sol, que jamás brillaba a través de las ventanas que daban al Norte. Había muchos libros. El retrato de Elinor en la niñez, por el viejo Bidlake, colgaba sobre la chimenea.

Philip yacía sobre el canapé, con un libro en la mano: «Muy notable —leyó— es la descripción que hace Mr. Tate Regan de los machos enanos y parásitos en tres especies de pejesapos ceratívidos. En el *Ceratias holbolli* ártico una hembra de unas ocho pulgadas de largo llevaba sobre su cara ventral dos machos de unas dos y media pulgadas. La región del hocico y la barbilla del enano estaba fija de modo permanente a una papila de la piel de la hembra, y los vasos sanguíneos de ambos individuos eran confluentes. El macho no tiene dientes; la boca no le sirve de nada; el conducto alimentario está atrofiado. En el *Photocarynus spiniceps*, la hembra, unas dos y media pulgadas de largo, llevaba un macho de menos de una pulgada de largo en lo alto de la cabeza, ante el ojo derecho. En el *Edriolychnus schmidti* las dimensiones eran aproximadamente las mismas que en el último caso, y la hembra llevaba al macho pigmeo con lo de arriba para abajo, sobre la superficie interna de la lámina branquial».

Philip dejó el libro y sacó del bolsillo interior de su chaqueta el cuadernillo de notas y la estilográfica. «Los pejesapos hembras —escribió— llevan machos enanos y parásitos adheridos al cuerpo. Hágase la comparación que se impone cuando mi Walter sigue, enamorado perdido, a Lucy. ¿Y si yo presentara una escena ante un acuario? Ellos entran allí con un amigo científico que les muestra los pejesapos hembras y sus maridos. La media luz, los peces… un fondo perfecto». Iba a guardar de nuevo su carnet de notas cuando se le ocurrió otro pensamiento. Lo reabrió. «Situar el acuario en Mónaco, y describir Montecarlo y toda la Costa Azul en términos de monstruosidad oceanográfica». Encendió

su cigarrillo y reanudó su lectura.

Llamaron a la puerta. Philip se levantó y fue a abrir; era Elinor.

—¡Ah! ¡Qué tarde esta!

Ella se dejó caer en una silla.

—Bien, ¿qué nuevas hay de Marjorie?

—Ninguna *nueva* —dijo ella con un suspiro, quitándose el sombrero—. Tan insípida como siempre, la pobre. Pero yo le tengo verdadera lástima.

—¿Qué le has aconsejado que hiciese?

—Nada. ¿Qué quieres tú que haga?… ¿Y Walter? —preguntó ella a su vez—. ¿Has hallado ocasión de hacer de «barba»?

—De medio barba, digamos… Lo he persuadido a que se vaya a instalar a Chamford con Marjorie.

—¿Ah, sí? Eso es un verdadero triunfo.

—No tanto como crees tú. No encontré contrincante para la lucha. Lucy se va a París el próximo sábado.

—Esperemos que se quede por allá… ¡Pobre Walter!

—Sí, pobre Walter. Pero tengo que hablarte de los pejesapos —y le dijo lo que acababa de leer—. Uno de estos días —dijo, en conclusión— tendré que escribir un Bestiario moderno. ¡Qué lecciones de moral! Pero dime: ¿cómo has hallado a Everard? Me había olvidado completamente de que lo habías visto.

—Era de suponer que lo olvidaras —respondió ella desdeñosamente.

—¿De verdad? No veo por qué.

—No; por supuesto, tú no sabes por qué.

—Me siento aplastado por tu desdén —dijo Philip con una humildad fingida.

Hubo un silencio.

—Everard está enamorado de mí —dijo, al fin, Elinor, sin mirar a su marido y con el tono más frío y llano.

—¿Es esa una novedad? —preguntó Philip—. Yo creía que era uno de tus antiguos admiradores.

—Pero en serio —continuó Elinor—. Muy en serio.

Ella aguardó ansiosamente sus comentarios. Estos llegaron tras una pausa.

—Eso debe de ser menos divertido.

¡Menos divertido! ¿Acaso no comprendía él? Después de todo, no era ningún tonto. O tal vez comprendiese perfectamente bien y fingiese no hacerlo; acaso se alegrara secretamente de este sentimiento por parte de Everard. ¿O era, simplemente, la inteligencia lo que lo hacía ciego? Nadie entiende lo que no siente. Philip no podía

comprenderla, porque no sentía lo mismo que ella. Él se fiaba en la creencia de que los demás eran tan razonablemente tibios como él.

—Pero él me agrada —dijo ella en voz alta, haciendo una última y desesperada tentativa de arrancarle, por lo menos, una aparente demostración de amor. Si solamente se mostrara celoso, o triste, o colérico… ¡cuán dichosa, cuán agradecida se sentiría ella!—. Y mucho —continuó—. Tiene algo muy atractivo. Ese carácter apasionado que tiene, esa violencia…

Philip se echó a reír.

—De hecho, el irresistible hombre de las cavernas.

Elinor se levantó con un ligero suspiro, recogió su sombrero y su saco e, inclinándose sobre la silla de su marido, lo besó en la frente, como despidiéndose de él; luego se alejó y, todavía sin decir una palabra, subió la escalera hacia su alcoba.

Philip volvió a tomar el libro que había abandonado. «*Bonellia viridis* —leyó— es un gusano verde, bastante conocido en el Mediterráneo. La hembra tiene un cuerpo aproximadamente del tamaño de una ciruela, provisto de un apéndice proboscídeo en forma de filamento hendido en la extremidad, muy contráctil, de uno o dos pies de largo. Pero el macho es microscópico y vive en lo que pudiéramos llamar el conducto reproductor (nefridio modificado) de la hembra. No tiene boca y se nutre únicamente de lo que absorbe parasitariamente a través de sus superficies ciliadas…».

Philip abandonó el libro nuevamente. Se preguntó si haría bien en subir a decirle algo a Elinor. Él tenía la seguridad de que ella no llegaría a interesarse jamás verdaderamente por Everard. Pero acaso haría bien en no darlo por tan seguro. Ella le había parecido un poco conmovida. Acaso habría deseado que le dijese algo. Cuánto la quería, cuán desdichado, cuán furioso se sentiría si ella dejara de quererlo… Pero estas cosas eran precisamente las más imposibles de decir. Al fin decidió no subir a verla. Aguardaría a ver qué pasaba, lo aplazaría para otra ocasión. Continuó leyendo acerca del *Bonellia viridis*.

XXII

Extractos de la libreta de apuntes de Philip Quarles:

«Hoy, en casa de Lucy Tantamount, he sido víctima de una asociación de ideas muy curiosa. Lucy, como siempre, representaba los colores de una bandera tricolor: azul alrededor de los ojos, boca escarlata, y el resto blanco como la nieve, contra un fondo de cabellos negros de reflejos metálicos. Yo he dicho algo más o menos chistoso. Ella rio abriendo la boca; y su lengua y sus encías eran de tal modo más pálidas que el rojo de sus labios, que parecían (me ha producido un extraño estremecimiento de horror pasmoso) completamente exangües, y blancas por contraste. Y luego, sin ninguna transición, me vi de pie frente a los cocodrilos sagrados en los jardines del palacio de Jaipur, y el guía indio les arrojaba pedazos de carne; los animales tenían el interior de la boca casi blanco, como forrado de cabritilla crema ligeramente satinada. Y he ahí cómo funciona naturalmente el espíritu. ¡Y luego tiene uno pretensiones intelectuales! Así son las cosas. Pero ¡qué ganga para mi novela! Así comenzaré el libro. Mi héroe walteresco hace reír a su sirena luciesca, e inmediatamente (con horror; pero continúa, con un poco de perversidad adicional, suspirando por ella como antes, y acaso más) recuerda los repugnantes cocodrilos que había visto un mes antes en la India. De este modo doy al instante una nota extraña y fantástica. Si se arranca la costra de trivialidad evidente que nuestros hábitos han depositado en las cosas, todo se hace increíble. Cada objeto y cada acontecimiento contiene en sí una infinidad de profundidades dentro de otras profundidades. Nada es, en lo más mínimo, según su apariencia, o más bien se parece a millones de otras cosas a la vez. Toda la India desfila como una película de cinema a través de su cabeza, mientras ella ríe y muestra, ella, la bienamada, la adorada, la deseada, la bella, aquellas espeluznantes y exangües encías y paladar de cocodrilo».

* * *

«La musicalización de la novela. No a la manera simbolista, subordinando el sentido al sonido. (*Pleuvent les bleus baisers des astres taciturnes*. Mera glosolalia). Pero sí en gran escala, en la construcción. Meditar sobre Beethoven. Los cambios, las bruscas transiciones. (La majestad alternando con la broma, por ejemplo, en el primer movimiento del cuarteto en si bemol mayor. La comedia sugiriendo de súbito solemnidades prodigiosas y trágicas en el scherzo del cuarteto en do sostenido menor). Más interesantes aun las modulaciones no solamente de un tono al otro, sino de modo a modo. Se expone un tema: luego se desarrolla, se cambia, se deforma imperceptiblemente hasta que, aunque permaneciendo

reconociblemente el mismo, se ha hecho totalmente diferente. En las series de variaciones, el procedimiento se lleva un paso más allá. Por ejemplo, esas increíbles variaciones de Diabelli. Toda la extensión del pensamiento y de la emoción, y, no obstante, en relación orgánica con un ligero y ridículo aire de vals. Poner esto en una novela. ¿Cómo? Las transiciones bruscas no presentan ninguna dificultad. Todo lo que se necesita es un número suficiente de personajes y de intrigas paralelas, argumentos de contrapunto. Mientras Jones asesina a su esposa, Smith empuja el cochecillo de niño en el parque. Se alternan los temas. Más interesantes, las modulaciones y variaciones son también más difíciles. El novelista modula reduplicando las situaciones y los personajes. Muestra varios personajes enamorados, o muriendo, o rezando, de modos diferentes: disimilitudes que resuelven el mismo problema. O, viceversa, personajes símiles confrontados con problemas disímiles. De esta suerte se puede modular de modo que se presenten todos los aspectos del tema, se pueden escribir modulaciones en cualquier número de modos diferentes. Otro procedimiento: el novelista puede arrogarse el privilegio divino de creador y considerar los acontecimientos de la historia en sus varios aspectos: emocional, científico, económico, religioso, metafísico, etc. Modulará de uno al otro; por ejemplo, del aspecto estético al aspecto psicoquímico de las cosas, del religioso al psicológico o al financiero. Pero acaso sea esta una imposición demasiado tiránica de la voluntad del autor. Algunos pensarán así. Pero ¿debe permanecer el autor tan en último plano? Yo creo que actualmente somos demasiado escrupulosos en cuanto a estas apariciones personales».

* * *

«Introducir al novelista en la novela. Él servirá de pretexto a generalizaciones estéticas, que pueden ser interesantes, al menos para mí. Él justificará también el experimento. Especímenes de su obra pueden ilustrar otras maneras, posibles o imposibles, de contar una historia. Y si se le pone a contar partes de la misma historia que cuenta uno mismo, se puede hacer una variación en el tema. Pero ¿por qué limitarse a un solo novelista en la novela? ¿Y un tercero en la novela del segundo? Y así sucesivamente hasta el infinito, como esos anuncios de Avena Cuáquero, donde se ve a un cuáquero sosteniendo una caja de avena, en la cual se ve un dibujo de otro cuáquero con otra caja, en la cual, etc., etc. Hacia la décima imagen se puede tener a un novelista contando la historia en símbolos algebraicos o en términos de variaciones de presión arterial, del pulso, de la secreción de las glándulas internas y de la duración de las reacciones».

* * *

«La novela de ideas. El carácter de cada personaje debe hallarse indicado, en tanto sea posible, en las ideas de las cuales se hace portavoz. Dentro del límite en que las teorías son racionalizaciones de sentimientos, instintos, disposiciones de alma, esto es factible. El defecto capital de la novela de ideas está en la necesidad de meter en escena personajes que tienen ideas que expresar, que excluye aproximadamente la totalidad de la raza humana, salvo acaso un 1 por 10.000. De aquí que los verdaderos novelistas congénitos no escriban esos libros. Pero, por otro lado, yo no pretendo ser un novelista congénito».

* * *

«El gran defecto de la novela de ideas está en que es una cosa arreglada, artificial. Necesariamente; pues las gentes capaces de desarrollar tesis propiamente formuladas no son del todo reales, son ligeramente monstruosas. A la larga, el vivir con monstruos resulta un tanto fastidioso».

* * *

«El instinto de adquirir comporta, a mi ver, más perversiones que el instinto sexual. Al menos, las gentes me parecen todavía más extrañas en lo referente al dinero que en lo referente a sus amores. ¡Qué pasmosa tacañería no se encuentra uno a cada paso, sobre todo entre los ricos! ¡Y qué fantásticas prodigalidades también! Con frecuencia las dos cualidades en la misma persona. Y luego, los atesoradores, los afanados, los que se hallan enteramente y casi incesantemente preocupados por el dinero. Nadie se halla de igual modo incesantemente preocupado por el sexo; me figuro que porque en las cuestiones sexuales es posible la satisfacción fisiológica, mientras que no existe en lo referente al dinero. Cuando el cuerpo se halla saciado, el espíritu cesa de pensar en el alimento o en la mujer. Pero el hambre de dinero y de posesión es casi puramente una cosa mental. No hay satisfacción física posible. Nuestros cuerpos obligan, por así decir, al instinto sexual a conducirse normalmente. Es preciso que las perversiones sean muy violentas antes que puedan predominar sobre las tendencias psicológicas normales. Pero en lo que respecta al instinto de adquirir no existe cuerpo regulador, no hay una masa de carne bien sólida que haya que sacar de los rieles del hábito fisiológico. La más ligera tendencia hacia la perversión se pone inmediatamente de manifiesto. Pero la palabra perversión acaso no tenga sentido en este contexto. Porque la perversión implica la existencia de una norma, de la cual se aparta. ¿Cuál es la norma del instinto de adquisición? Podemos entrever vagamente un áureo término medio; pero ¿es realmente la verdadera norma estadística?

Por mi parte, yo me imagino a mí mismo más bien "subadquisitivo", menos interesado que la mayoría en el dinero y en las posesiones en general. Illidge diría que se debe enteramente a que he sido educado en una atmósfera de gran holgura pecuniaria. En parte podrá ser verdad. Pero no enteramente, a mi ver. Considérese el gran número de personas que han nacido ricas y que se hallan preocupadas enteramente en hacer dinero. No, mi "subadquisicionismo" es hereditario, así como adquirido. Como quiera que sea, yo no tengo interés en poseer, y no simpatizo con los que lo tienen: no los comprendo. En mis novelas no figura ningún personaje cuyo carácter dominante sea el instinto de adquirir. Es un defecto, pues los adquisitivos son manifiestamente muy comunes en la vida real. Pero dudo de que yo pudiera hacer interesante a uno de esos personajes, puesto que yo mismo no siento interés hacia la pasión adquisitiva. Balzac pudo hacerlo; las circunstancias y la herencia le hicieron interesarse apasionadamente por el dinero. Pero cuando uno halla fastidioso un asunto, corre el riesgo de hacerse fastidioso él mismo al tratarlo».

XXIII

El escritorio estaba ante la ventana. Empañado por el aire humoso de Sheffield, un rayo de sol amarillento y de aspecto viscoso iluminaba un ángulo de la mesa y un fragmento de alfombra roja y floreada. Everard Webley escribía una carta. Su pluma corría sobre el papel. Todo lo que él hacía era hecho con rapidez y decisión.

«Mi queridísima Elinor —había escrito—. *De profundis clamavi*, desde las profundidades de esta repulsiva habitación de hotel y desde las profundidades todavía más bajas de esta excursión política por el Norte, me dirijo a usted. (Hacía sus I[11] como si fueran pilares: un recto y fuerte fuste de columna con dos pequeños travesaños, arriba y abajo, por capitel y base. Las tildes de sus *t* eran firmes y decididas). Pero dudo de que escuche usted esta llamada. He sentido siempre gran simpatía hacia los salvajes que dan a sus dioses una buena paliza cuando estos no atienden a sus ruegos o no responden a sus sacrificios. Inglaterra exige que cada dios cumpla hoy con su deber. Y si no lo hace… bien, tanto peor para él: tendrá que probar el "gato de nueve colas". La moderna adoración a un Inefable remoto, cuyos actos no se critican, me parece muy insatisfactoria. ¿A qué hacer un contrato con aquel que podrá violarlo a voluntad y contra el cual no tiene uno ningún recurso? Las mujeres han seguido la misma evolución que los dioses. Tienen todos los derechos. No podemos obligarlas a cumplir con su deber hacia sus adoradores, o a desempeñar su papel en el contrato natural entre los sexos. Yo escribo, yo imploro. Pero, como el dios de nuevo estilo de los filósofos modernos y de los teólogos de manga ancha, ustedes no escuchan. Y uno no tiene derecho a ejercer represalias; es de mal tono castigar al dios incumplidor. Esto no se hace. No obstante, déjeme advertirle: uno de estos días pondré en práctica los buenos métodos antiguos. Haré mi pequeño Rapto de las Sabinas, y entonces, ¿qué será de su inefable y remota superioridad? ¡Cómo la odio a usted, en realidad, por obligarme a quererla tanto! Es una atroz injusticia ¡recibir el homenaje de tanta pasión y deseo y no dar nada en cambio! ¡Y que no se halle usted al alcance del castigo que se merece! Tengo que vengarme, por delegación, en los rufianes que interrumpen mis reuniones. Anoche libré un formidable combate. Bramaron, aullaron, cantaron a coro *La Internacional*. Pero yo logré someterlos. Literalmente, en un momento dado. Tuve que apagar un ojo a uno de los cabecillas. ¡Pobre diablo! No ha hecho sino pagar las culpas de usted. Él fue la víctima propiciatoria. Porque era realmente con usted con quien luchaba. De no ser por usted, jamás me hubiera mostrado la mitad de violento. Y probablemente no hubiera ganado. De suerte que, indirectamente, le debo a usted la victoria. Por lo cual le quedo debidamente reconocido. Pero otra vez no habrá comunistas contra los cuales desahogar mi cólera. La próxima batalla será contra el verdadero

enemigo: contra usted. Así que tenga usted cuidado, querida. Yo trataré de no llegar al extremo de apagar ningún ojo: pero, en el calor del momento, jamás se puede responder… Pero seriamente, Elinor, seriamente: ¿por qué es usted tan fría, tan lejana, tan muerta? ¿Por qué se acoraza usted contra mí? ¡Cuán incesantemente, con cuánta insistencia pienso en usted! Su recuerdo está siempre presente. Permanece escondido, latente, en las cosas y en los lugares más inverosímiles, presto, al mando de cualquier asociación de ideas fortuitas, a saltar sobre mí desde su emboscada. Me da caza como una conciencia culpable. Si yo…».

Llamaron a la puerta. Entró Hugo Brockle. Everard consultó su reloj: luego volvió la vista hacia Hugo. La expresión de su rostro era amenazadora.

—¿Por qué llega usted tan tarde? —preguntó una voz cuya calma tenía algo de aterrador.

Hugo se sonrojó.

—No me he dado cuenta de la hora.

Era más que cierto. Había comido con los Upwich, a veinte millas de allí, pasados los páramos. Polly Logan se hallaba temporalmente con ellos. Después de la comida, el viejo Upwich y los otros habían ido a jugar un partido de *golf* a los terrenos privados de su parque. Polly, por un azar providencial, no jugó. Él la había llevado de paseo por el bosque, a lo largo del río. ¿Cómo se había de dar cuenta de la hora?

—Lo siento —añadió.

—Espero que lo sentirá —dijo Everard, y la violencia latente irrumpió bajo su calma —. Le digo a usted que esté de vuelta a las cinco, y son ya las seis y cuarto. Cuando se halla usted conmigo al servicio de los Ingleses Libres está usted bajo la disciplina militar. Mis órdenes tienen que ser obedecidas. ¿Me entiende usted? ¿Me entiende usted? —insistió.

Hugo, avergonzado, bajó la cabeza afirmativamente.

—Sí.

—Y ahora vaya a ver si ha sido todo convenientemente preparado para el mitin de esta noche. Y, atienda, que no vuelva a ocurrir esto. La próxima vez no le va a salir tan bien.

Hugo cerró la puerta tras sí. Del rostro de Everard se desvaneció instantáneamente todo rastro de cólera. Tenía por método amedrentar de vez en cuando a sus subordinados. La cólera, había comprobado siempre, era un arma excelente, mientras no se dejara uno dominar por ella. Lo que no hacía nunca él. ¡Pobre Hugo! Sonrió pensando en él; y volvió a su carta. Diez minutos después entró Hugo a decir que la comida estaba lista. El mitin era a las ocho: tenían que comer muy temprano.

* * *

—¡Pero si todas estas disputas políticas son una necedad —decía Rampion con voz aguda de exasperación—, una perfecta necedad! Bolcheviques y fascistas, radicales y conservadores, comunistas e Ingleses Libres… ¿Por qué demonios se pelean? Se lo voy a decir yo. Ellos se pelean para decidir si nos vamos a ir al infierno en el tren expreso de los comunistas o en el automóvil de carrera de los capitalistas, en el ómnibus individualista o en el tranvía colectivista que rueda sobre los rieles del estatismo. El punto de destino es el mismo en todos los casos. Todos ellos van de cabeza al abismo, todos se dirigen al mismo callejón sin salida psicológico y al colapso social que resulta del colapso psicológico. El único punto en que se diferencian es este: ¿Cómo llegaremos allá? Es imposible que un hombre sensato preste interés a semejantes disputas. Para el hombre de buen sentido lo importante es el abismo y no el medio de transporte que haya de emplearse para llegar a él. La pregunta que debe hacerse el hombre sensato es: ¿Queremos o no queremos ir al infierno? Y la respuesta es: No, no queremos. Y si esta es su respuesta, no querrá nada con ninguno de esos políticos. Porque todos ellos quieren desembarcarnos en el infierno. Todos, sin excepción. Tanto Lenin como Mussolini, Macdonald como Baldwin. Todos están igualmente deseosos de llevarnos al abismo, disputándose tan solo acerca de los medios de conducirnos.

—Puede que unos nos lleven un poco más lentamente que otros —aventuró Philip.

Rampion se encogió de hombros.

—Pero tan poco más lentamente, que apenas se notaría la diferencia. Todos creen en el industrialismo en una forma o en otra; todos creen en la americanización. Fíjese en el ideal bolchevique. América, salvo que muy exagerado. América con departamentos gubernamentales en lugar de *trusts*, y funcionarios del Estado en vez de ricos. ¡Y luego el ideal del resto de Europa! La misma cosa, salvo que aquí se conservan los ricos. De un lado, maquinaria y funcionarios del Estado. Del otro, maquinaria y Alfred Mond o Henry Ford. La maquinaria, para conducirnos al infierno; los ricos o los funcionarios, para guiarla. ¿Cree usted que una de estas pandillas podrá conducirla con más prudencia que la otra? Puede que tenga usted razón. Pero yo no veo ninguna diferencia entre ellos. Todos marchan con la misma prisa. ¡En el nombre de la ciencia, del progreso y de la felicidad humana! ¡Amén, y el pie sobre el acelerador!

Philip asintió con la cabeza.

—¡Oh, sí, lo pisan sin titubeos! —dijo—. Se dan prisa. Es el progreso. Pero, como usted dice, lo hacen probablemente en dirección al abismo.

—Y de lo único que logran hablarnos los reformadores es de la forma, el color y el

aparato de conducción del vehículo. ¿No comprenden estos imbéciles que lo que importa es la dirección, que nos hallamos enteramente en la ruta equivocada y que es preciso volver atrás, preferentemente a pie, sin su máquina pestilente?

—Puede que tenga usted razón —dijo Philip—. Pero lo grave está en que, dado el carácter de nuestro mundo actual, no se puede volver atrás, no se puede detener la máquina. Esto es, no se puede hacer, a menos que se halle uno dispuesto a exterminar cerca de la mitad de la raza humana. El industrialismo ha permitido duplicar la población del mundo en cien años. Para deshacerse del industrialismo es preciso volver al punto de partida. Es decir, hay que acabar con la mitad de los hombres y las mujeres existentes. Lo cual, *sub specie aeternitatis*, o meramente *historiae*, podría ser una cosa excelente. Pero difícilmente una cuestión de política práctica.

—Por el momento, no —concedió Rampion—. Pero la próxima guerra y la próxima revolución la harán demasiado práctica.

—Posiblemente. Pero no hay que hacer cálculos sobre guerras ni revoluciones. Porque si contamos con ellas, es seguro que vienen.

—Vendrán de todos modos —dijo Rampion—. El progreso industrial entraña la superproducción, la necesidad de adquirir nuevos mercados, la rivalidad internacional, la guerra. Y el progreso mecánico entraña más especialización y estandarización del trabajo, más diversiones colectivas y preparadas al por mayor, disminución de la iniciativa y de las facultades creadoras, más intelectualismo y el atrofiamiento de todas las cosas vitales y fundamentales de la naturaleza humana, más fastidio y agitación, y, finalmente, una especie de locura individual, que no puede tener otro resultado que la revolución social. Cuéntese o no con ellas, las guerras y las revoluciones son inevitables si se permite que las cosas sigan su curso actual.

—De modo que el problema se resolverá a sí mismo —dijo Philip.

—Pero solamente por su propia destrucción. Cuando la Humanidad sea destruida, evidentemente que no habrá más problemas. Pero esta parece una solución bastante pobre. Yo creo que puede haber otra, aun dentro del marco del sistema actual. Una solución temporal mientras el sistema se modifica en la dirección de una solución permanente. La raíz del mal está en la psicología individual; de modo que es por ahí, por la psicología individual, por donde hay que comenzar. El primer paso sería hacer vivir a las gentes de un modo doble, en dos compartimientos. En un compartimiento, como trabajadores industrializados; en el otro, como seres humanos. Como idiotas y máquinas durante ocho horas diarias, y como verdaderos seres humanos el resto del tiempo.

—¿No es eso lo que hacen ya?

—¡Por supuesto que no! Viven como idiotas y como máquinas durante todo el

tiempo, tanto durante su trabajo como durante sus horas de ocio. Como idiotas y como máquinas; pero imaginándose que viven como seres civilizados, hasta como dioses. Lo primero que hay que hacer es obligarlos a reconocer que son máquinas e idiotas durante sus horas de trabajo. He aquí lo que hay que decirles: siendo lo que es nuestra civilización, tenéis que pasaros ocho horas diarias en un estado intermedio entre la imbecilidad y una máquina de coser. Es muy desagradable, lo sé. Es humillante, es repugnante. Pero ahí está. Tenéis que hacerlo; de lo contrario, la estructura entera de nuestro mundo se vendrá abajo y nos moriremos de hambre. Continuad, pues, vuestra tarea, idiota y mecánicamente, y dedicad vuestras horas de ocio a comportaros como hombres y mujeres completos y verdaderos. No mezcléis las dos vidas; mantened bien cerradas las mamparas entre ellas. Lo verdaderamente importante es la vida auténticamente humana de vuestras horas de ocio. Lo demás no es sino un sucio menester que es preciso hacer. Y no os olvidéis jamás de que es sucio y de que, salvo en cuanto os da de comer y conserva intacta la sociedad, carece absolutamente de importancia, no tiene la menor relación con la verdadera vida humana. No os dejéis engañar por los canallas que os cantan y decantan la santidad del trabajo y de los servicios cristianos que los hombres de negocios prestan a sus semejantes. Todo eso es mentira. Vuestro trabajo no es más que una tarea sucia y repugnante, desdichadamente necesaria, debido a la estupidez de vuestros antepasados. Ellos han acumulado una montaña de inmundicia, y vosotros tenéis que continuar cavándola por temor a que os envenene con su peste; tenéis que trabajar para poder respirar maldiciendo a la vez la memoria de los maniáticos que han acumulado todo este innoble trabajo que vosotros tenéis que hacer. Pero no tratéis de alentaros fingiendo que este sucio trabajo mecánico es una noble tarea. Eso no es verdad; y el único resultado que obtendréis al creerlo y afirmarlo será el de rebajar vuestra humanidad al nivel del sucio menester. Si creéis en los negocios como servicio y en la santidad del trabajo, os transformaréis simplemente en idiotas mecánicos durante veinticuatro horas diarias. Reconoced que es un trabajo innoble; tapaos la nariz y hacedlo durante ocho horas, y luego concentraos en vosotros mismos para ser, durante las horas de ocio, verdaderos seres humanos. Un verdadero y completo ser humano. No un lector de periódicos, no un amante del *jazz*, no un fanático de la radio. Los industriales que proveen a las masas de diversiones estandarizadas y fabricadas en serie se esfuerzan cuanto pueden por hacer de vosotros tan imbéciles mecánicos durante vuestros ocios como durante vuestro trabajo. Pero no se lo permitáis. Esforzaos por ser humanos. He aquí cómo hay que hablar al pueblo; he aquí la lección que hay que enseñar a los jóvenes. Es preciso persuadir a todo el mundo de que toda esta gran civilización industrial no es más que un mal olor, y que la verdadera vida, que significa algo, solo puede vivirse fuera de ella. Habrá de pasar mucho tiempo antes de

que puedan conciliarse el vivir con decencia y el olor industrial. Puede que sean inconciliables. Habrá que ver. Entretanto, como quiera que sea, tenemos que palear la basura y soportar estoicamente la peste y, en los intervalos, tratar de llevar una vida verdaderamente humana.

—Es un buen programa —dijo Philip—. Pero no creo que obtenga usted muchos votos basados en él en las próximas elecciones.

—Ahí está el mal. —Rampion frunció el ceño—. Los tendría uno a todos en contra. Porque lo único en que todos están de acuerdo, conservadores, liberales, socialistas, bolcheviques, es la excelencia intrínseca del hedor industrial y la necesidad de estandarizar y especializar hasta hacer desaparecer todo rasgo de genuina virilidad o feminidad de la raza humana. Y luego se quiere que nos interesemos en la política. Vaya, vaya… —Meneó la cabeza—. Pensemos en algo más agradable. Mire, quiero enseñarle este cuadro —cruzó el estudio y sacó un lienzo de una serie de ellos que tenía contra la pared—. Ahí tiene —dijo cuando lo hubo colocado sobre un caballete. Sentada en la cresta de un hermoso talud, donde formaba la cima de una composición piramidal, se hallaba una mujer desnuda amamantando a un niño. Abajo, y frente a ella, a la izquierda, había un hombre acuclillado, la espalda desnuda vuelta al espectador, y a la derecha, en una posición correspondiente, un muchachito de pie. El hombre acuclillado jugaba con una minúscula pareja de cachorros de leopardo, que ocupaban el centro del cuadro, un poco más abajo de los pies de la madre sentada; el muchachito contemplaba el juego. Detrás de la mujer, y muy cerca de ella, ocupando casi toda la parte superior del cuadro, se veía una vaca, con la cabeza ligeramente desviada, rumiando. La cabeza y los hombros de la mujer se destacaban en pálido sobre su flanco bruno—. Es un cuadro que estimo particularmente —dijo Rampion después de un breve silencio—. Las carnes están bien. ¿No cree usted? Tienen algo de floración, de cualidad viviente. ¡Ah, cuán maravillosamente pintaba su suegro los desnudos al aire libre! ¡Asombroso! Nadie lo ha hecho nunca mejor. Ni siquiera Renoir. Ojalá tuviera yo sus dones. Pero este no está mal, usted sabe —continuó, volviéndose hacia el cuadro—. Completamente bien, en realidad. Y luego hay otras cualidades. Creo haber logrado establecer una relación viviente de los personajes entre sí y con el resto del mundo. La vaca, por ejemplo, que permanece con la cabeza vuelta, inconsciente de la escena humana. Pero se siente, no obstante, que se halla felizmente en contacto con los humanos de un modo lechoso, rumiante, bovino. Y los humanos están en contacto con ella. Y lo mismo con los leopardos, solo que de un modo completamente distinto; de un modo que corresponde a aquel en que las fierecillas se hallan en contacto con ellos: vivo, felino… Sí, este me gusta.

—A mí también —dijo Philip—. Es una cosa apropiada para oponerla al hedor

industrial —y se echó a reír—. Debe pintar usted un correspondiente cuadro de la vida en el mundo civilizado. La mujer con impermeable, apoyada en una gigantesca botella de *Bovril* y alimentando a su bebé con *Glaxo*. El talud recubierto de asfalto. El hombre vestido con un traje de cinco guineas, comprado por cincuenta chelines, acuclillado ante un aparato de radio, con el cual juega. Y el muchachito, cubierto de granos, raquítico, mirando con interés.

—Y todo eso ejecutado a la manera cubista —dijo Rampion—, a fin de estar completamente seguros de que no tiene ninguna vida. No hay como el arte moderno para estilizar las cosas y extirparles la vida. El ácido fénico es cerveza, en comparación.

XXIV

El gobierno local de los indios bajo los emperadores de la dinastía Maurya continuó justificando, semana tras semana, la presencia de Mr. Quarles en el British Museum, al menos dos días completos cada siete.

—No tenía la menor *idehea* —explicó— de que hubiese tanto *mateherial* disponible.

Entretanto, Gladys descubría que se había equivocado. El buen tiempo que se había prometido bajo la protección de Mr. Quarles no era mejor que el buen tiempo que había disfrutado con los «muchachos» poco más ricos que ella. Mr. Quarles no parecía dispuesto a pagar en dinero el lujo de sentirse superior. Él quería ser el gran hombre, pero a costa de poco dinero. La excusa que alegaba por la baratura del restaurante y de las localidades teatrales era siempre la necesidad de guardar el secreto. Siempre hubiera sido un desastre que cualquier conocida lo viera en compañía de Gladys; y puesto que sus conocidos pertenecían al mundo que es llevado, repleto, del Berkeley a las butacas del Gaiety Theatre, Mr. Quarles y Gladys comían en una casa de comidas y miraban las obras de teatro desde lo alto del paraíso. Tal era la explicación oficial de la calidad bien poco suntuosa de los obsequios de Sidney. La explicación real no era la necesidad de guardar secreto, sino la aversión natural de Sidney a desprenderse de los cuartos. Porque, aun cuando se deshacía fácilmente de sumas crecidas, se mostraba tacaño en cuanto a las pequeñas. Cuando se trataba de «mejoras inmobiliarias» firmaba de buen grado dispendios de cientos y aun miles de libras esterlinas. Pero cuando se trataba de deshacerse simplemente de unos pocos chelines para ofrecer a su querida una mejor localidad en el teatro o una comida más suculenta, un ramillete de flores o una caja de bombones se convertía de pronto en el más económico de los hombres. Su avaricia constituía la base de cierto curioso puritanismo que aclaraba sus opiniones acerca de casi todos los placeres y diversiones que no fuesen de orden estrictamente sexual. Comiendo con una obrerita seducida en el retiro poco costoso de un figón del barrio de Soho, se lanzaba a censurar (con toda la pasión de un Milton que reprueba a los hijos de Belial, con toda la gravedad de un Wordsworth que aboga por la más humilde vida material y el pensamiento más elevado) a los epicúreos tragones del Carlton, a los glotones del Ritz, que, en medio de la acumulada miseria de Londres, se gastaban como si nada un mes de salario de un bracero campesino en una comida para dos. De este modo daba a sus baratas preferencias, en materia de restaurantes y de localidades de teatro, un carácter eminentemente moral, así como el de una simple medida diplomática. Seducidas por un viejo libertino, las queridas de Mr. Quarles se sorprendían de verse comiendo en compañía de un profeta y divirtiéndose con un discípulo de Catón o de Calvino.

—Al oírlo hablar se lo tomaría a usted por un santo —dijo Gladys sarcásticamente, cuando él se detuvo para tomar aliento, en medio de una de sus diatribas de restaurante «Lyons», contra los glotones y los dispendiosos—. ¡A usted!

Su risa era burlonamente feroz.

Mr. Quarles quedó desconcertado. Estaba acostumbrado a que se lo escuchara respetuosamente, como a un dios olímpico. El tono de la voz de Gladys era grosero y subversivo; esto no le gustó a él; llegó hasta alarmarle.

Mr. Quarles levantó la barbilla con dignidad y le disparó un reproche de rechazo a la cabeza.

—No se trata simplemente de cosas personales —dijo sentenciosamente—. Es asunto de principios generales.

—Yo no veo la diferencia —replicó Gladys, deshaciendo de un solo golpe todas las pretensiones solemnes de todos los filósofos y moralistas, de todos los cabecillas religiosos, reformadores y fabricantes de utopías desde el comienzo de los tiempos humanos.

Lo que más le exasperaba a Gladys era el hecho de que ni aun en el mundo de los «Lyons» y de las localidades baratas abandonaba Mr. Quarles sus pretensiones olímpicas ni sus olímpicos modales.

Una noche en que la escalera del paraíso estaba atestada de gente, Mr. Quarles se llenó de una santa y estrepitosa indignación.

—¡Un verdadero escándalo! —Así lo llamó él.

—Se diría que ha tomado usted el palco real —dijo Gladys sarcásticamente.

Y cuando, en el restaurante «Lyons», se lamentó él de que la tajada de salmón de a chelín cuatro peniques procedía probablemente, a juzgar por su gusto, más bien de la Colombia británica que de Escocia, ella le aconsejó que escribiera al *Times* acerca del asunto. Este descubrimiento estimuló su fantasía, y desde entonces no hacía sino decirle irónicamente que escribiera al *Times*. ¿Se quejaba él, noble y desilusionado filósofo, de la vacuidad de los políticos y de la sórdida trivialidad de la vida política? Gladys le sugería que escribiera al *Times*. ¿Se hacía elocuente acerca de la inicua hipocresía y la estrechez de ideas de los ingleses? Bien, que escribiera al *Times*. Era un verdadero escándalo que ni *sir* Edward Grey ni Lloyd George conocieran una palabra de francés; de nuevo le indicaba el *Times*. Mr. Quarles se sintió herido y ultrajado. No le había ocurrido jamás nada semejante. En compañía de sus otras queridas la conciencia de su superioridad le había procurado una serena felicidad. Ellas lo habían venerado y admirado; él se había sentido un dios. Y durante los primeros días también Gladys había parecido una admiradora. Pero habiendo venido para rogar, se había quedado para burlarse. La felicidad espiritual de Mr. Quarles quedó arruinada. De no haber sido por la satisfacción corporal que le producía el

hecho de que Gladys pertenecía a la especie femenina, Mr. Quarles hubiera agotado rápidamente el asunto del gobierno local autónomo bajo los Maurya y se hubiera quedado en casa. Pero Gladys estaba dotada de una mixtura poco común de especies indiferenciadas. Era demasiado para Mr. Quarles. El individuo burlón que había en ella le ofendía y le repelía; pero la atracción de lo que en ella había de genérico, de específicamente femenino, de común con todo su sexo, era más fuerte que la repulsión individual. A pesar de sus burlas, Mr. Quarles volvía a Londres. Los derechos de los indios se hicieron cada vez más imperiosos.

Dándose cuenta de su poder, Gladys comenzó a rehusar aquello que deseaba él. Acaso fuera posible forzarlo por medio del chantaje a desplegar una generosidad que no estaba en su naturaleza desplegar espontáneamente. Al regreso de una noche muy poco onerosa en la casa de comidas y en el cinematógrafo, ella lo rechazó, colérica, cuando, en el taxi, trató él de prodigarle las caricias acostumbradas.

—¿No puede dejarme usted en paz? —dijo secamente. Y un momento después—: Dígale al chofer que nos lleve primero a mi casa para apearme.

—Pero ¡cielito mío, venga usted acá! —protestó mister Quarles. ¿No le había prometido ella regresar con él?

—He cambiado de parecer. Háblele al chofer.

El pensamiento de que, al cabo de tres días de acaloradas esperanzas, tendría que pasar la noche en soledad, le torturaba.

—Pero Gladys, amor mío. —Háblele al chofer.

—Pero esto es demasiado cruel; es usted demasiado despiadada.

—No tiene usted más que escribir al *Times* dándole las quejas —fue la respuesta inmediata—. Yo misma le hablaré al chofer.

Después de una noche de insomnio y de sufrimiento, Mr. Quarles se echó a la calle a la hora de abrir las tiendas y compró un reloj-pulsera de catorce guineas.

* * *

Era el anuncio de un dentífrico. Pero como el dibujo representaba una pareja joven bailando *foxtrot* y mostrándose los dientes en una amorosa y nacarada sonrisa, y como la palabra comenzaba por una D, el pequeño Phil leyó sin vacilación: Danza.

Su padre se echó a reír:

—¡Ah, picarón! ¿No me has dicho tú que sabías leer?

—Pero ¡si *están* danzando! —protestó el niño.

—Sí, pero eso no es lo que dice la palabra. Vuelve a probar.

Y se la mostró con el índice.

El pequeño Phil tiró otro vistazo a la imposible palabra y miró detenidamente la estampa. Pero la pareja de bailadores no le dio ninguna indicación.

—Dínamo —dijo al fin, temerariamente.

Era, después de la anterior, la única palabra iniciada en D que se le ocurría en aquel momento.

—¿Y por qué no «dinosaurio», puesto ya en el caso? —se burló su padre—. ¿O «dolicocéfalo»? ¿O «dicotiledón»? —El pequeño Phil se ofendió profundamente; no podía tolerar que se rieran de él—. Vuelve a probar. Trata de *leerla* esta vez. No adivines.

El pequeño Phil volvió la cabeza.

—Me fastidia —dijo. Su vanidad le impedía intentar aquello que no podía lograr con buen éxito. *Miss* Fulkes, que tenía por principio enseñar por persuasión racional y con el razonado consentimiento del discípulo (ella todavía era muy joven), le había dado conferencias sobre su propia psicología en la esperanza de que, una vez que se hubiese dado cuenta de sus defectos, los corregiría. «Tienes un orgullo falso —le había dicho ella—. No te avergüenzas de ser un rocín y de no saber las cosas. Pero sí te avergüenzas de cometer errores. Prefieres no hacer una cosa, a no hacerla bien. Y eso está mal». El pequeño Phil asentía con la cabeza y decía: «Sí, *miss* Fulkes» del modo más racional y comprensivo imaginable. Pero continuaba prefiriendo no hacer las cosas en absoluto, a hacerlas mal y con dificultad—. Me fastidia —repitió—. Pero ¿quieres que te haga un dibujo? —sugirió, volviéndose hacia su padre con una sonrisa cautivadora. Estaba siempre dispuesto a dibujar; dibujaba bien.

—No, gracias. Yo quiero que leas —dijo Philip.

—Pero eso me fastidia.

—No importa. Tienes que tratar de hacerlo.

—Pero yo no quiero tratar.

—Pero yo quiero que lo hagas. Vamos.

El pequeño Phil rompió a llorar. Sabía que las lágrimas eran un argumento irresistible. Y, efectivamente, demostraron su poder una vez más.

Elinor miró desde el lugar donde estaba sentada, aparte, libro en mano, al otro extremo de la pieza.

—No lo hagas llorar —exclamó—. ¡Le hace tanto daño!

Philip se encogió de hombros.

—Si crees tú que ese es el modo de educar a un niño… —dijo, con una amargura que el incidente no justificaba, una amargura acumulada gradualmente durante las últimas semanas de silencio y de lejana hostilidad, de introspección y de inútiles reproches a sí

mismo, y que hallaba ahora ocasión de expresarse, si bien un tanto fuera de propósito.

—Yo no creo nada —dijo Elinor con voz fría y áspera—. Yo solo sé que no quiero verlo llorar.

El pequeño Phil redobló sus gritos. Ella lo llamó hacia sí y lo sentó en su rodilla.

—Pero, puesto que tiene la desdicha de ser hijo único, habría que hacer realmente el esfuerzo necesario para no echarlo a perder.

Elinor apoyó su mejilla contra el pelo del chico.

—Puesto que es hijo único —dijo ella—, no veo por qué no se le ha de tratar como tal.

—No tienes remedio —dijo Philip—. Ya es hora de que nos establezcamos definitivamente, a fin de que el chico pueda recibir una educación racional.

—¿Y quién le va a dar esa educación? —preguntó Elinor—. ¿Tú? —Y rio sarcásticamente—. Al cabo de una semana te hallarías tan hastiado, que, o te suicidarías, o tomarías el primer aeroplano para París y no volverías en seis meses.

—¡Malo papá! —dijo el niño.

Philip se sintió ofendido, tanto más cuanto que en su fuero interno sabía que lo que ella había dicho era verdad. El ideal de una domesticidad rústica, llena de pequeños deberes y de triviales contactos humanos, era uno de esos que, para él, lindaban con lo absurdo. Y aunque la idea de vigilar la educación del pequeño Phil era interesante, él sabía que la práctica sería intolerablemente tediosa. Philip recordó los espasmódicos ensayos de educación que había hecho su padre. Él sería exactamente lo mismo. Y esta era la causa por la cual Elinor no habría debido decirlo.

—Yo no soy tan completa y puerilmente frívolo como pareces figurarte tú —dijo con dignidad y cólera contenida.

—Al contrario —contestó ella—, eres demasiado adultamente serio. Serías incapaz de ocuparte de un niño, porque no eres bastante niño tú mismo. Tú eres como uno de esos personajes espantosamente adultos de la *Matusalén* de Bernard Shaw.

—¡Malo papá! —repitió el pequeño Phil de un modo desesperante, como un loro que no tiene más que una frase en su repertorio.

El primer impulso de Philip fue arrebatar al niño de los brazos de su madre, castigarlo por su impertinencia, echarlo fuera de la pieza, y volverse luego contra Elinor y «arreglar cuentas» con ella violentamente. Pero el hábito de dominio de sí mismo que tiene todo hombre bien criado y su horror a los escándalos le hicieron contenerse. En vez de desahogarse en una explosión saludable, hizo un esfuerzo de voluntad y se encerró más estrechamente que nunca en sí mismo. Conservando su dignidad y su agravio inexpresado, se levantó y salió al jardín por la puerta ventana. Elinor observó su partida. Sintió el

impulso de correr tras él, tomarlo por la mano y hacer las paces. Pero también ella se contuvo. Philip se alejó, cojeando, hasta perderse de vista. El niño siguió gimoteando. Elinor le dio una ligera sacudida.

—Calla, Phil —dijo, casi colérica—. Basta ya. A callar en seguida.

* * *

Los dos médicos examinaban lo que, para un ojo inexperto, hubiera parecido la fotografía de un tifón en el golfo de Siam, de una explosión de humo negro en medio de nubes o simplemente de un borrón de tinta.

—Particularmente clara —dijo el joven radiógrafo—. Mire. —Señaló con el dedo la nube de humo—. Allí, en el píloro, hay una nueva proliferación particularmente visible.

Y lanzó una mirada llena de interrogativa deferencia a su distinguido colega.

Sir Herbert asintió con la cabeza.

—Evidentemente —dijo.

Su modo era el de un oráculo: lo que decía él, se sentía, era siempre y necesariamente verdad.

—No podía estar muy extendida. Al menos, según los síntomas registrados hasta ahora. No ha habido vómitos todavía.

—Sin vómitos —exclamó el radiógrafo con una muestra casi excesiva de interés y asombro—. Así se explica que sea pequeña.

—La obstrucción es muy ligera.

—Sería verdaderamente interesante abrir el abdomen con objeto de explorarlo.

Sir Herbert hizo una ligera mueca y meneó la cabeza con aire de duda.

—Hay que tener en cuenta la edad del paciente.

—Exacto —se apresuró a admitir el radiógrafo.

—Es más viejo de lo que parece.

—Sí, sí. No representa, ciertamente, la edad que tiene.

—Bien; me despido de usted —dijo *sir* Herbert.

El joven radiógrafo se lanzó hacia la puerta, le alcanzó su sombrero y sus guantes, y lo escoltó personalmente hasta el *Daimler* que le aguardaba. Volviendo a su pupitre, ojeó de nuevo la fotografía manchada de negro, velada de gris.

«Una exposición notablemente lograda», dijo con satisfacción, y, volviendo la foto, escribió unas cuantas palabras con lápiz al dorso.

«J. Bidlake, Esq. Estómago, tras ingestión de bario. Nueva proliferación en el píloro, pequeña pero m. clara. Fotografiada el…». Miró su calendario para consultar la fecha, la

registró y guardó la foto en sus archivos.

* * *

El viejo criado anunció la visita y se retiró, cerrando la puerta del estudio tras de sí.

—Hola, John —dijo *Lady* Edward, avanzando a través de la pieza—. ¿Qué tal vamos? Me han dicho que le iba a usted mal. Espero que no será nada grave.

John Bidlake ni siquiera se levantó a recibirla. Desde la profundidad del sillón en que había pasado el día meditando con terror acerca de los temas de la enfermedad y de la muerte, le tendió la mano.

—Pero ¡mi pobre John! —exclamó *Lady* Edward, sentándose a su lado—. Tiene usted un aire abatido y desamparado. ¿Qué le pasa?

John meneó la cabeza.

—Dios lo sabe —dijo.

Él lo había adivinado, por supuesto, a través de las palabras profesionales de *sir* Herbert acerca de una «ligera obstrucción en la vecindad del píloro»; él sabía lo que pasaba. ¿No había muerto su hijo Maurice de la misma enfermedad, hacía cinco años, en California? Él lo sabía, pero no quería decir lo que sabía. Una vez expresado, lo peor se tornaba todavía más espantable, más irrevocable. Además, no debía uno jamás formular su conocimiento de un mal venidero: porque entonces el destino tendría, por así decir, un modelo sobre el cual dar forma a los acontecimientos. Cuando no expresaba uno en palabras sus malos presagios, quedaba siempre una especie de imposible probabilidad de que no ocurriera el mal. Los misterios de la religión personal de John Bidlake eran tan oscuros y paradójicos como los de las ortodoxias «teólatras» de que gustaba burlarse él.

—Pero ¿no lo ha visitado a usted un médico?

La voz de *Lady* Edward era acusadora; ella conocía el extraño prejuicio de su amigo contra los médicos.

—Por supuesto que sí —contestó él con irritación, sabiendo que ella lo sabía—. ¿Me cree usted un tonto? Pero todos ellos son unos charlatanes. Fui a consultar a uno que tiene título de *Sir*. Pero ¿cree usted que sabe más que los otros? Se limitó a decirme en su jerga de curandero lo que yo le hubiera dicho en plata: que tengo algo desarreglado en el vientre. ¡Estúpido bribón!

Su odio contra *sir* Herbert y todos los médicos lo había reanimado momentáneamente.

—Pero debe haberle dicho a usted alguna cosa —insistió *Lady* Edward.

Estas palabras le trajeron de nuevo el pensamiento de aquella «ligera obstrucción en la

vecindad del píloro», de la enfermedad y del dolor y del lento acercamiento de la muerte. Recayó en su antigua postración, en su antiguo terror.

—Nada de importancia —murmuró, desviando el rostro.

—Entonces puede que no sea nada realmente de cuidado —sugirió *Lady* Edward para confortarlo.

—¡No, no! —Aquel sentimiento de ligereza y esperanza surtió sobre el viejo el efecto de una injuria. Él no quería entregarse al destino formulando la horrible verdad. Pero al mismo tiempo quería que se lo tratara como si la verdad hubiera sido formulada. Que se le tratara con grave conmiseración—. Es grave. Es muy grave —insistió él.

Pensaba en la muerte; la muerte, en la forma de una nueva vida, crecía y se desarrollaba en su vientre como un embrión en una matriz. Lo único fresco y activo en su viejo cuerpo, lo único exuberante y progresivamente vivo, era la muerte.

Todo en rededor, en las paredes del estudio, mostraba notas fragmentarias de la vida de John Bidlake. Dos pequeños paisajes ejecutados en los jardines de Pincio en los días en que Roma había dejado apenas de pertenecer al Papa: una vista de cúpulas y campanarios percibidos a través de una abertura en los acebos, un par de estatuas en silueta contra el cielo. A continuación, un rostro de sátiro, chato y barbudo: el retrato de Verlaine. Una calle de Londres llena de *hansom-cabs*, sombreros de copa y faldas recogidas. Tres bocetos de la rolliza Mary Betterton, de hacía treinta años, con sus vivos colores. Y Jenny, la más encantadora de las modelos, desnuda y tendida sobre una *chaise longue*, con una ventana detrás de ella, nubes blancas en la distancia, un búcaro de rosas en la mesilla de la ventana y un gran gato persa azul estirado, como un león heráldico acostado, sobre el vientre blanco de Jenny, dormitando, las patas entre los pequeños pechos redondos.

Lady Edward cambió de objeto para reanimar la entrevista.

—Lucy acaba de partir de nuevo para París en avión… —comenzó ella.

XXV

Quai Voltaire.

El aire era fuerte; olvidé el quies *para mis orejas y me he pasado dos horas y media rodeada de unos ruidos infernales. Me siento muy fatigada, y en consecuencia, mi dulce Walter, un tanto sentimental y* sola, sola. *¿Por qué no estás tú aquí para consolarme de la insoportable tristeza de esta amable tarde que se tiende ante mi ventana? El Louvre, el río, el cielo, de cristal verde, la luz del sol y esas sombras aterciopeladas, todo eso me da ganas de romper a llorar. Y no solamente el paisaje. Mis brazos en las mangas del peinador, mi mano escribiendo, hasta mis pies desnudos, ahora que he dejado caer las pantuflas: terrible, terrible. Y en cuanto a mi rostro en el espejo, y a mis hombros, y a las rosas anaranjadas, y a los peces de colores, y a las cortinas de Dufy y a todo lo demás, sí,* todo, *porque todo es igualmente bello y extraordinario, hasta las mismas cosas feas y opacas, todo esto es más de lo que yo puedo soportar. Es demasiado. No puedo sufrirlo y, lo que es más, no lo sufriré. Cinco minutos de intervalo. Es porque he telefoneado a René Tallement para que venga a tornar un cóctel y me lleve a algún lugar donde divertirme, a pesar de mi dolor de cabeza. No estoy dispuesta a dejarme dominar por el mundo exterior. ¿Conoces tú a René? ¡Un hombrecillo extraordinario, la verdad! Pero yo hubiera preferido que fueras tú, a pesar de todo. Hora de ir a ponerse un poco de ropa.* À toi.

Lucy.

Quai Voltaire.

Tu carta era fastidiosa. ¡Qué lloriqueo! Y no es nada halagador el verse comparada a un veneno en la sangre. Es el equivalente de llamarle a una indigestión. Si no sabes escribir de un modo más sensato, no escribas en absoluto. Quant à moí, je m'amuse. Pas follement. *Pero suficientemente, suficientemente. Teatros; la mayor parte, malos; pero me gustan; todavía soy lo bastante infantil para sentirme mezclada en sus argumentos idiotas. Y me compro ropa, ¡qué arrebatos! Me he adorado simplemente a mí misma ante los espejos de Lanvin. Mirar los cuadros, por otro lado, es un deporte sobrevalorado. Pero el baile, no. La vida tendría algún sentido si fuera siempre como bailar con un profesional. Pero no lo es. Y si lo fuera, probablemente desearíamos andar. Por las noches, en los cafés de Montparnasse, a través de las hordas de americanos, polacos, estonios, rumanos, finlandeses, letones,*

lapones, wendos, etc, que (¡Dios nos asista!) son todos artistas. ¿Habrá que crear una liga para la supresión del arte? París me la hace desear intensamente. Del mismo modo quisiera encontrarme con mayor número de heterosexuales, a título de variación. No me gustan realmente ni les tapettes *ni les* gousses. *Y desde que Proust y Gide los pusieron de moda no se ve otra cosa en esta fastidiosa ciudad. ¡Toda mi respetabilidad inglesa se pone de manifiesto! Tuya.*

L.

Quai Voltaire.

Esta vez tu carta ha sido mucho mejor. (Los únicos versos que me has dedicado, y eso por accidente. No importa, son bastante buenos). ¡Si todo el mundo llegara a persuadirse de que el sentirse alegre o desdichado acerca del amor es, ante todo, una cuestión de moda! Sentirse poéticamente afligido es una moda antigua, y, además, las rimas no lo justifican en inglés. Cuoredolore-amore*: en italiano, no hay medio de escapar. Ni en alemán: el* Herz *debe sentir el* Schmerz*, y la* Liebe *está inevitablemente plena de* Triebe. *Pero en inglés; no. No existe ningún dolor asociado a los* loves *ingleses; solo los* gloves *y los* doves*: guantes y palomas, cosas bastante inofensivas. Y las únicas cosas que, por las leyes de la poética, tienen derecho a llegar a los* hearts *de los ingleses, son las* tarts *y las* amorous arts*: tartas y artes amorosas.*

Y yo te aseguro que un hombre está mucho mejor ocupado cuando piensa en estas cosas que cuando se pone a decir cuán desamparado, cuán celoso, cuán cruelmente incomprendido se siente, y todos esos absurdos. Ojalá que este idiota de René pudiera comprender esto. Pero, desdichadamente, coeur *rima con* douleur*, y él es francés. Se está haciendo casi tan pesado como tú, mi pobre Walter. Pero yo espero que ya te habrás reformado. Te quiero.*

L.

Quai Voltaire.

Sufro de un catarro y de un intenso aburrimiento, solo momentáneamente aliviado por tu carta. En el fondo, París es terriblemente triste. Tengo unas ganas locas de tomar un

avión que me lleve a algún otro lado, pero no sé adónde. Eileen vino a verme hoy. Quiere separarse de Tim, porque se empeña en que permanezca desnuda sobre la cama mientras él prende fuego a los periódicos sobre ella y le deja caer las cenizas calientes sobre el cuerpo. ¡Pobre Tim! Parece injusto privarlo de sus placeres inocentes. Pero Eileen tiene pánico a que la asen a la parrilla… Se tornó furiosa contra mí por echarme a reír y no darle muestras de mayor simpatía. Yo lo he tomado todo a broma. Como lo es. Una broma muy floja, sin embargo. Porque, como le ocurría a la Reina, no nos hace ninguna gracia. ¡Cómo te odio por no estar aquí para distraerme! Todo se puede perdonar, salvo la ausencia.

Imperdonable Walter ausente, adiós. Tengo envie *de ti esta noche, de tus manos y de tu boca… ¿Y tú? ¿Recuerdas?*

L.

Quai Voltaire.

¡Así que Philip Quarles se va a instalar en el campo y hacerse una mezcla de Mrs. Gaskell y Knut Hamsun! ¡Vaya, vaya!… Pero es bueno que haya todavía gentes con ilusiones. De todos modos, no podrá aburrirse más en su aldea de lo que yo me aburro aquí. ¡A lo que se ve una reducida! Anoche fui con Tim y Eileen, que parece conformada a las demostraciones pirotécnicas, a uno de esos lugares donde se pagan cien francos por el privilegio de asistir (con máscaras, la única cosa divertida), como espectador, a orgías y participar en ellas si se quiere. Luces opacas, religiosas; pequeñas alcobas; divanes; una gran cantidad de lo que los franceses llaman amour *fluyendo promiscuamente. Extraño y grotesco, pero terriblemente fastidioso, y luego tan…* médico. *Una especie de cruce entre una representación de* clowns *muy estúpidos y un anfiteatro de disección. Tim y Eileen querían que yo me quedara. Yo les dije que prefería visitar un depósito de cadáveres, y los dejé allí. Espero que se habrán divertido. Pero ¡qué* fastidio*, qué desesperado e insoportable* fastidio*! Siempre me había parecido Elagábalo un joven muy prevenido. Pero ahora que he visto lo que le divertía, me doy cuenta de que debía de tener el espíritu de un bebé: verdaderamente infantil. Yo tengo la desgracia de ser demasiado adulta para ciertas cosas. Me parece que iré a Madrid la semana que viene. Hará un calor espantoso, desde luego. Pero a mí me gusta el calor. Florezco en los hornos. (¿No será esto acaso una indicación significativa de mi inmortalidad particular?). ¿Por qué no vienes tú conmigo? Te lo digo en serio. Estoy segura de que podrías darte una escapada. Asesina a Burlap y ven a hacer una*

excursión a lo Maurice Barrés. Du sang, de la volupté et de la mort. *Me siento un tanto sanguinaria en este momento. España me vendría bien. Entretanto, me informaré acerca de la temporada de corridas. La arena es repulsiva; ni aun mi sed de sangre va a llegar al extremo de desear ver destripar los caballos de tiro. Pero los espectadores son maravillosos. Veinte mil* frissons *sádicos simultáneos. Verdaderamente extraordinario. No tienes más remedio que venir, mi dulce Walter. Di que sí. Yo me empeño.*

Lucy.

Quai Voltaire.

Ha sido muy amable de tu parte, mi querido Walter, el hacer lo imposible por venir a España. Yo quisiera, por una vez, que no hubieras tomado mi envie *momentánea tan en serio. Por el momento, al menos, Madrid queda descartado. Si volviera a llamarme, te lo haría saber en seguida. Entretanto, París. A toda prisa.*

XXVI

Extractos de la libreta de notas de Philip Quarles:

* * *

«Fui a ver a Rampion. Lo hallé sombrío y exasperado, no sé acerca de qué, y, en consecuencia, pesimista, lírica y violentamente pesimista. “Les concedo diez años a las condiciones actuales —dijo, después de catalogar los horrores del mundo moderno—. Después de esto, el desbarajuste más espantoso y sanguinario que se haya visto jamás”. Y profetizó guerras de clases, guerras entre los continentes y el derrumbamiento catastrófico de nuestra sociedad, ya temiblemente inestable. “No es esa una perspectiva muy risueña para nuestros hijos —le dije yo—. Nosotros, al menos, hemos vivido ya nuestros treinta años, más o menos. Pero ellos crecerán simplemente para ver el Juicio Final”. “No debimos traerlos al mundo” —contestó él. Yo le cité el caso de aquellos melanesios de que habla Rivers, que se negaron simplemente a seguir procreando desde que los blancos les hubieron extirpado su religión y su civilización tradicionales. “Lo mismo está pasando en el mundo occidental —dijo él—, pero más lentamente. No el brusco suicidio de una raza, sino la disminución gradual de los nacimientos. Gradual, porque, entre nosotros, el veneno de la civilización moderna ha contaminado a los hombres mucho más lentamente. Hace ya mucho tiempo que viene ocurriendo esto; pero apenas comenzamos a darnos cuenta de nuestro envenenamiento. Por lo cual, apenas hemos comenzado todavía a contener la procreación. Los melanesios vieron asesinar súbitamente sus almas, de modo que no pudieron menos que darse cuenta de lo que les ocurría. Por eso decidieron, casi de la noche a la mañana, no tomarse el trabajo de conservar la raza viva por más tiempo”. El veneno no es ya lento. Opera cada vez más rápidamente. Como el arsénico: los efectos son acumulativos. A partir de cierto momento comienza uno a galopar hacia la muerte. La procreación se moderaría de modo mucho más completo, si las gentes se dieran cuenta… ¡En fin! Nuestros chicuelos tendrán que andar con pies de plomo ahora que están aquí”. “Y entretanto —le dije yo— hay que seguir conduciéndose como si nuestro mundo fuera a durar siempre, hay que enseñarles los buenos modales, la gramática latina y todo lo demás. ¿Qué hace usted con los suyos?”. “Si por mí fuera, no les enseñaría nada. Los soltaría en el campo, en una hacienda, y les diría que se divirtieran. Y si se mostraran incapaces de divertirse, los envenenaría como a las ratas”. “Un tanto utópico, como programa de educación, ¿no?”. “Lo sé. Tienen que hacerse personas instruidas y bien educadas; ¡el diablo los lleve! Hace veinte años hubiera protestado yo contra esta

educación burguesa. Los hubiera criado como campesinos. Pero, actualmente, las clases trabajadoras están tan corrompidas como las demás. No son sino malas imitaciones de la burguesía, un poco peores que el original en algunos aspectos. Así que mis hijos recibirán, a pesar de todo, una educación de *gentlemen*. Y de personas instruidas. ¡Qué imbecilidad!". Se me quejó de que sus dos hijos tuviesen pasión por la maquinaria: automóviles, trenes, aeroplanos, radios… "Es un contagio, como la viruela. El amor a la muerte está en el aire. Lo respiran y se contagian. Yo trato de persuadirlos de que tomen otras inclinaciones. Pero no quieren hacerme caso. La maquinaria los obsesiona. Están contaminados por el amor a la muerte. Es como si los jóvenes se hallaran absolutamente resueltos a acabar con el mundo; a mecanizarlo hasta la locura primero, y hasta el puro asesinato después. ¡Bueno, que lo hagan, pues, así, si es que así lo quieren, diablos estúpidos! Pero es humillante, es horriblemente humillante que los seres humanos hayan de sembrar así la desorganización en todas las cosas. ¡La vida hubiera podido ser tan bella si ellos lo quisieran! Sí, y yo creo que en un tiempo fue bella. Ahora es simplemente una demencia; no es más que la muerte, violentamente galvanizada, dando sacudidas y haciendo un estrépito infernal para persuadirse de que no es realmente la muerte, sino la forma de vida más exuberante. ¡Piense en Nueva York, por ejemplo, piense en Berlín! ¡Dios! En fin, que se vayan al infierno, si así les place. A mí no me importa". Pero lo grave está en que sí le importa».

* * *

«Después de leer a Alverdes y Wheeler, me hallo absolutamente persuadido de que mi novelista ha de ser un aficionado a la zoología. O, mejor todavía, un zoólogo profesional que escribe una novela en sus horas de ocio. Él verá las cosas estrictamente desde el ángulo de la biología. Pasará constantemente de la comejenera a la sala y a la fábrica, y viceversa. Ilustrará los vicios humanos por los de las hormigas, que descuidan su progenie por el amor del licor que rezuman los parásitos que invaden sus nidos. Su héroe y su heroína pasarán la luna de miel junto a un lago, donde los ánades y los colimbos demostrarán todos los aspectos amorosos y matrimoniales. Observando el habitual y casi sagrado "orden del picoteo" que reina entre las aves de un corral —la gallina A picoteando a la gallina B, pero sin ser picoteada ella; la gallina B picoteando a la gallina C, y así sucesivamente—, el político meditará sobre la jerarquía católica y sobre el fascismo. La masa de serpientes en sus copulaciones entrelazadas le recordará al libertino en sus orgías. (Percibo en esto una escena interesante, en la cual una especie de Spandrell sacará la moraleja, al oído de una joven inocente e idealista, de una escena de amor entre las serpientes). El nacionalismo y el

religioso amor a la propiedad entre la clase media serán ilustrados por la feroz y apasionada defensa que hace el cerrojillo del territorio que ha elegido por suyo. Y así sucesivamente. Podría hacerse algo muy curioso y divertido con esto».

* * *

»Una de las cosas más difíciles de recordar es que el mérito de un hombre en una esfera no constituye una garantía de su mérito en otra. Las matemáticas de Newton no prueban nada en favor de su teología. Faraday tenía razón acerca de la electricidad, pero no acerca del sandemanismo. Platón escribía maravillosamente, y esta es la causa por la cual se sigue creyendo aún en su perniciosa filosofía. Tolstoi fue un novelista excelente; pero esta no es una razón para no considerar detestables sus ideas acerca de la moral, o para no sentir desdén hacia su estética, su sociología y su religión. En el caso de los científicos y de los filósofos no sorprende esta falta de aptitud fuera de su campo específico. En verdad, es casi inevitable. Porque es evidente que el desarrollo excesivo de las funciones puramente mentales entraña el atrofiamento de las demás. De aquí la notoria puerilidad de los profesores y la irrisoria simplicidad de las soluciones que proponen a los problemas de la vida. Lo mismo ocurre con los especialistas en espiritualidad. La profunda necedad de las gentes piadosas, su puerilidad. Pero en el caso del artista hay menos especialización, menos desarrollo unilateral; en consecuencia, el artista debería tener un sentido general más exacto que el hombre de ciencia, que se inclina a un solo lado; no debería presentar las lagunas y las imbecilidades de los filósofos y los santos. He aquí por qué un hombre como Tolstoi resulta tan particularmente imperdonable. Instintivamente se confía más en él que en un intelectual o que en un especialista del espíritu ¡Y helo ahí que pervierte todos sus más profundos instintos y se muestra tan estúpido y tan pernicioso como San Francisco de Asís, o como Kant el moralista! (¡ah, esos imperativos categóricos!, y luego el hecho de que lo único que lograba apasionar un poco a este buen señor eran las frutas confitadas), o Newton el teólogo. Esto nos pone en guardia hasta contra aquellos que suponemos en lo cierto. Tal como Rampion, por ejemplo. Un artista extraordinario. Pero ¿acertado en sus ideas acerca de mundo? ¡Ay!, esto no se desprende de la excelencia de sus pinturas y de sus escritos. Sin embargo hay dos cosas que me dan confianza en sus opiniones acerca de los problemas de la vida. La primera es que él mismo vive de un modo más satisfactorio que cuantos conozco. Vive más satisfactoriamente, porque vive de un modo más realista que los demás. A mi ver, Rampion tiene en cuenta los hechos (mientras que otros los disimulan a sus propios ojos, o fingen que los que hallan desagradables no existen o no debieran existir), y luego procede a conformar su modo de

vida a los hechos, y no trata de obligar a los hechos a adaptarse a la idea preconcebida de un tipo de vida (como estos imbéciles cristianos, intelectuales, moralistas y eficientes hombres de negocios). La segunda cosa que me da confianza en su juicio es que muchas de sus opiniones están de acuerdo con las mías, lo cual, aparte de toda vanidad, es una buena señal, porque los dos partimos de puntos muy lejanos uno del otro: de polos opuestos, en suma. Las opiniones sobre las cuales coinciden dos adversarios (porque eso es lo que somos, esencial y originariamente: adversarios) tienen muchas probabilidades de ser justas. La diferencia principal entre nosotros, ¡ay!, está en que sus opiniones son vividas, mientras que las mías, en general, solo son pensadas. Como él, yo desconfío del intelectualismo; pero intelectualmente no creo en la eficacia de ninguna teoría científica o filosófica, de ningún principio moral abstracto; pero por razones científicas, filosóficas y de moral abstracta. Para mí, el problema está en transformar un escepticismo intelectual de espectador en un modo de vida general y armonioso.

»La ruta de todo intelectual, si continúa su viaje con tesón durante el tiempo suficiente, termina en lo evidente, de donde no se han movido jamás los no intelectuales. El tema lo desarrolló Burlap en uno de esos artículos viscosos y eméticos que suele escribir. Y hay un gran fondo de verdad en él, a pesar de Burlap. (Henos aquí de nuevo entre cosas personales. El hombre totalmente despreciable puede tener valiosas opiniones, del mismo modo que el hombre por varios conceptos admirable puede tener opiniones detestables. Y yo me figuro, entre paréntesis, que pertenezco a la primera categoría; aunque espero que no tan completamente como Burlap, y de un modo distinto). Por supuesto, hay muchos intelectuales que no llegan bastante lejos para alcanzar de nuevo lo evidente. Se quedan estancados en una patética creencia en el racionalismo y la supremacía absoluta de los valores mentales y de la voluntad enteramente consciente. Es preciso ir más allá que los buenos señores del siglo XIX, por ejemplo, y llegar, por lo menos, hasta Protágoras y Pirrón, antes de regresar a este evidente en que han permanecido siempre los no intelectuales. Apresurémonos a decir que estos no intelectuales no son la canalla moderna que lee los diarios ilustrados, escucha la radio, baila al son del *jazz* y se preocupa únicamente de ganar dinero y de darse la horrible "buena vida" actual. No, no; no es el caso de hacer un cumplimiento al comerciante de cabeza dura ni al mequetrefe. Porque, a pesar de su estupidez, su falta de gusto, su vulgaridad y su puerilidad (o más bien por todos estos defectos), ellos no son los no intelectuales a que me refiero. Ellos dan por sentado el principal axioma intelectualista: que la vida mental, consciente, voluntaria, tiene una intrínseca superioridad sobre la vida física, intuitiva, instintiva y emocional. Toda la civilización moderna se halla basada en la idea de que la función especializada que da al hombre su puesto en la sociedad es más importante que todo el hombre, o más bien

que es todo el hombre, y que todo lo demás carece de importancia, o aun (desde el momento en que la parte física, intuitiva, instintiva y emocional del hombre no contribuye de modo apreciable a hacer dinero o a salir adelante en un mundo industrializado) que es positivamente dañino y detestable. El hombre vulgar de nuestra sociedad moderna industrializada tiene todos los defectos del intelectual y ninguna de las cualidades que lo redimen. Los no intelectuales a que me refiero son seres muy diferentes. Podrían hallarse algunos en Italia (aunque es probable que el fascismo los haya convertido en malas imitaciones de americanos y de prusianos); acaso unos pocos en España, en Grecia, en Provenza. En ninguna otra parte de la Europa moderna. Probablemente habrá habido un gran número de ellos hace tres mil años. Pero los esfuerzos combinados de Platón y Aristóteles, Jesús, Newton y los grandes negociantes han convertido a sus descendientes en la burguesía y el proletariado modernos. Lo evidente a que vuelve el intelectual, si llega bastante lejos, no es, por supuesto, lo mismo que lo de los no intelectuales. Porque lo evidente de estos es la vida misma, y lo evidente de aquel no es sino la idea de esa vida. No son muchos los que pueden dotar de carne y sangre a esta idea y hacer de ella una realidad. Los intelectuales que, como Rampion, no tienen que volver a lo evidente, sino que siempre han creído en él y lo han vivido, haciendo al mismo tiempo vida espiritual, son todavía más raros.

»La compañía de Rampion me deprime un poco; porque él me hace ver el enorme abismo que separa el conocimiento de lo evidente del hecho de vivirlo efectivamente. Y ¡oh, qué difícil es cruzar ese abismo! Ahora me doy cuenta de que el verdadero encanto de la vida intelectual —la vida consagrada a la erudición, a las investigaciones científicas, a la filosofía, a la estética, a la crítica— es su facilidad. Es la sustitución de las complejidades de la realidad por simples esquemas intelectuales, o de los desconcertantes movimientos de la vida por la muerte formal y tranquila. Es incomparablemente más fácil saber muchas cosas, por ejemplo, acerca de la historia del arte y tener ideas profundas acerca de la metafísica y de la sociología, que saber intuitiva y personalmente algo acerca de nuestros semejantes, y llevar relaciones satisfactorias con nuestros amigos y nuestras amantes, nuestra mujer y nuestros hijos. Vivir es mucho más difícil que el sánscrito, la química o la economía política. La vida intelectual es un juego de niños; lo cual explica el que los intelectuales tiendan a convertirse en niños, y luego en imbéciles, y finalmente, como claramente de muestra la historia política e industrial de los últimos siglos, en lunáticos homicidas y bestias salvajes. Las funciones reprimidas no mueren; se deterioran, degeneran, retrogradan al estado primitivo. Pero, entretanto, es mucho más fácil ser un niño intelectual, o un lunático, o una bestia, que un hombre adulto y armonioso. He ahí por qué, entre otras razones, existe tanta demanda de educación superior. Las gentes se

abalanzan hacia los libros y las universidades como hacia los cafés. Quieren ahogar su conciencia de las dificultades que presenta el vivir adecuadamente en este grotesco mundo contemporáneo: quieren olvidar su deplorable insuficiencia en el arte de la vida. Algunos ahogan sus penas en alcohol, mientras que otros, todavía más numerosos, las ahogan en los libros y en el diletantismo artístico; algunos tratan de olvidarse a sí mismos por medio de la fornicación, el baile, el cinematógrafo, la radiotelefonía; otros, por medio de conferencias y ocupaciones científicas. Los libros y las conferencias son mejores para ahogar las penas que la bebida y la fornicación: no dejan dolor de cabeza, ni aquella desesperante sensación del *post coitum triste*. Hasta hace muy poco, he de confesarlo, he tomado muy en serio el saber, la filosofía, la ciencia: todas las actividades que catalogamos con grandilocuencia bajo el título de la "Investigación de la Verdad". Yo consideraba la Investiga ción de la Verdad como la más alta de las tareas humanas, y a los Investigadores como los más nobles de los hombres. Pero hace aproximadamente un año comencé a ver que esta famosa Investigación de la Verdad es simplemente una diversión, una distracción como cualquier otra, un sustitutivo un tanto refinado y elaborado de la verdadera vida; y que los Investigadores de la Verdad llegan a ser justamente tan idiotas, infantiles y corrompidos, a su manera, como los borrachines, los estetas puros, los negociantes y los partidarios de la Buena Vida, a la suya. Me he dado cuenta también de que la Investigación de la Verdad no es sino un nombre cortés para designar el pasatiempo favorito de los intelectuales: la sustitución de las complejidades vivientes de la realidad por simples y, de consiguiente, falsas abstracciones. Pero la búsqueda de la verdad es mucho más fácil que el aprendizaje del vivir integral (en el cual, por supuesto, la Investigación de la Verdad tendrá su debido y proporcionado lugar entre las demás diversiones, como el juego de bolos y el alpinismo). Lo cual explica, si bien no justifica, mi continua y excesiva afición a los vicios de la lectura informativa y de la generalización abstracta.

»¿Llegaré a tener jamás la fuerza de espíritu suficiente para romper con estos hábitos indolentes del intelectualismo y consagrar mis energías a la tarea, más seria y difícil, de vivir integralmente? Y aun cuando me esforzara por deshacerme de estos hábitos, ¿no llegaría a descubrir que la herencia se halla en su base y que yo soy congenitalmente incapaz de vivir total y armoniosamente?».

XXVII

John Bidlake y su tercera esposa no habían estado jamás definida ni oficialmente «separados». Lo único que ocurría era que no se veían con frecuencia; eso era todo. Esta disposición le vino muy bien a John. Él detestaba todo cuanto pareciese un aspaviento, y era enemigo de todo contrato definido e irrevocable. Todo arreglo que lo atara, que le impusiera responsabilidades y le recordara deberes, le resultaba intolerable. «Dios sabe lo que hubiera hecho yo —solía decir— si hubiese tenido que ir todos los días a una oficina o terminar un trabajo para una fecha establecida. Creo que me hubiera vuelto loco y me hubiera entrado una furia destructora al cabo de pocos meses». Siempre había mostrado una firme oposición al matrimonio. Por desdicha, no podía tener, sin matrimonio, todas las mujeres que quería. Había tenido que rendirse nada menos que tres veces a lo que llamaba él, en lenguaje ciceroniano, «esos pactos inoportunos y obscenos». La idea del divorcio o de una separación oficial le era poco menos desagradable que la del matrimonio; estas cosas eran demasiado definidas, lo comprometían a uno. ¿Por qué no dejar que las cosas se arreglaran solas en vez de tratar de darles una forma arbitraria? El ideal era vivir, emocional y socialmente hablando, de manos a boca, sin plan preconcebido, sin estatuto, en la agradable compañía que uno mismo se eligiese cada día, y no elegida por otros o por cualquier yo *muerto*. «Dormir a diestro y siniestro», así era como había oído definir a una joven americana la parte amorosa de la vida ideal, tal como se vive en Hollywood. Los demás aspectos podían ser agrupados bajo la denominación de «velar a diestro y siniestro». La vida no ideal, la vida que John Bidlake se había negado siempre a llevar, era la que consistía en dormir y velar, no a «diestro y siniestro», sino definitivamente aquí o allí, día tras día, según un programa fijo y previsto, que solo la muerte, o al menos un caso de fuerza mayor, podía modificar.

Las relaciones de John Bidlake con su tercera esposa tenían, y habían tenido durante años, un carácter de lo más satisfactoriamente impreciso. No vivían juntos, pero no estaban separados. Rara vez se comunicaban, pero no se habían peleado jamás. Hacía más de veinte años que John dormía y velaba «a diestro y siniestro», y, no obstante, se veían, cuando el azar lo determinaba, como buenos amigos; y si alguna vez deseaba él refrescar sus recuerdos del paisaje de los Chilterns septentrionales, su llegada a Gattenden era acogida sin comentarios, como si fuera la cosa más natural del mundo. El arreglo le venía enteramente bien a John Bidlake; y, para hacerle justicia, diremos que le estaba agradecido a su esposa por habérselo hecho posible. Sin embargo, se abstenía de expresar su gratitud, porque el hacerlo hubiera sido comentar el arreglo, y todo comentario hubiera prestado cierto rasgo de definición destructiva a esta situación, cuyas frágiles excelencias consistían

precisamente en su virgen, magnífica e inmaculada vaguedad. Pocas mujeres, como reconocía su marido con gratitud, hubieran consentido, o aun tenido la posibilidad de consentir, como Janet Bidlake, en mantener tan constantemente inviolado el carácter indeterminado de la situación. Cualquier otra esposa hubiera exigido explicaciones, hubiera querido saber a qué atenerse, le hubiera dado a escoger irrevocablemente entre la paz o la guerra, la vida en común o la separación. Pero Mrs. Bidlake había permitido que su marido se desvaneciera de su vida conyugal sin una pelea, casi sin una palabra. Y ahora aceptaba con la misma ausencia de comentarios sus regresos breves y espasmódicos. Desde su infancia se había sentido más a gusto en el mundo ficticio de su propia invención que en el mundo real. De niña había tenido una hermana imaginaria que vivía en la garita del guardavía, junto al paso a nivel. Entre los diez y los trece años, su incapacidad de distinguir entre los testimonios de sus sentidos y los de su imaginación había dado por resultado que se la castigara por mentir. Pinturas y libros abrieron una nueva vía a su imaginación, que se hizo menos personal y más clásicamente artística, literaria y especulativa. De los dieciséis en adelante habitó casi exclusivamente en el país del arte y de las letras, y solo a disgusto y como extranjera en la simple Inglaterra. Si se había enamorado —artística y poéticamente— de John Bidlake, y consentido en ser su esposa, era porque se lo había imaginado como un compatriota espiritual. Los padres de Janet, que lo consideraban simplemente otro súbdito de la reina y concedían más importancia, vistas las circunstancias, a su carrera de marido que a la de artista, hicieron cuanto estuvo de su parte por disuadirla. Pero Janet era mayor de edad y tenía la obstinación de los que saben retirarse simplemente del plano de discusión, dejando a su adversario que malgaste sus energías sobre un cuerpo sin alma. Cuando descubrió —por desdicha, demasiado pronto— que había muy poca relación entre el admirable artista que había amado y el marido con quien se había casado, Janet Bidlake se abstuvo, por un orgullo muy natural, de quejarse. No tenía ganas de dar a sus parientes la ocasión de decir: «¿No te lo había dicho yo?». John dormía y despertaba «a diestro y siniestro», y se desvanecía cada vez más de la vida conyugal. Ella se contuvo, y buscó consuelo en aquellas regiones de la fantasía artística y literaria que eran su patria y donde se sentía más a gusto. Sus ingresos privados, engrosados por los irregulares y variables aportes que hacía John Bidlake cada vez que recordaba que debía subvenir a las necesidades de su mujer y de sus hijos, o que estimaba que sus medios se lo permitían, le hacían posible a ella esta huida al lejano país de la imaginación. Elinor nació un año después de su matrimonio. Cuatro años después una úlcera de estómago obligó a John Bidlake a volver a su casa, temporalmente reformado, para que lo cuidaran. Walter fue el resultado de su convalecencia todavía doméstica. La

úlcera curó, y John Bidlake se desvaneció de nuevo. Ayas e institutrices se encargaron del cuidado de los niños. Mrs. Bidlake vigiló su educación; pero vagamente, como de muy lejos. De vez en cuando hacía una incursión por encima de la frontera que separaba su país privado del mundo de los hechos ordinarios, y sus intervenciones en el orden cotidiano de las cosas tenían siempre cierta cualidad desconcertante y casi sobrenatural. Cosas incalculables eran susceptibles de ocurrir siempre que descendía ella —como un ser de otro plano, que juzgaba los acontecimientos por otras normas que las del mundo ordinario— a la rutina de la educación de los niños. Una vez, por ejemplo, despidió a una institutriz porque le había oído tocar en el piano de la sala de estudios la canción de Dan Leno (muy de moda entonces) acerca de *La avispa y el huevo duro*. La institutriz era una buena chica, enseñaba bien y sostenía a un padre paralítico. Pero los grandes principios artísticos estaban en peligro. El gusto musical de Elinor corría el riesgo de ser irremisiblemente corrompido (Elinor, sea dicho de paso, se parecía a su padre en su aversión a la música); y el hecho de que le tuviese mucho afecto a *miss* Dempster agravada todavía el peligro de contaminación. Mrs. Bidlake se mostró inflexible. No se podía tolerar *La avispa y el huevo duro*. *Miss* Dempster fue despedida. Cuando supo la noticia su anciano padre sufrió un nuevo ataque, y lo recogieron tuerto y privado del habla. Pero los regresos de Mrs. Bidlake de sus viajes imaginativos eran generalmente menos graves en sus resultados. Cuando intervenía en la práctica de la educación de sus hijos no lo hacía, en general, sino para hacerles leer a toda costa los autores clásicos habitualmente considerados como incomprensibles o inadecuados para los pequeños. A los niños, según su teoría, debía dárseles lo mejor que hubiesen producido las artes y la filosofía. A Elinor le habían leído *Hamlet* a la edad de tres años; sus estampas eran reproducciones de Giotto y Rubens. Se le había enseñado francés con el *Candide*; se le había dado *Tristam Shandy* y *Teoría de la visión*, de Berkeley, a la edad de siete años; la *Ética* de Spinoza, los aguafuertes de Goya y, como manual de alemán, *Also sprach Zarathustra*, cuando tenía nueve años. El resultado de este contacto prematuro con la mejor filosofía fue producir en Elinor aquel desdén un tanto divertido hacia las grandes abstracciones y los idealismos pomposos que había llegado a ser tan característico de ella. Educada al mismo tiempo en la atmósfera de los clásicos por expurgar, había adquirido desde la infancia un completo conocimiento teórico de todas las materias consideradas como las menos indicadas para que las conozcan las jóvenes. Este conocimiento había reforzado, más bien que moderado, la frialdad y la falta de curiosidad práctica acerca de todos los asuntos de orden amoroso que le eran naturales, y había crecido en un estado de inocencia bien informada y superficialmente cínica, como una de aquellas heroínas shakespearianas cuyo lenguaje

científico y rabelaisiano acompaña acciones del refinamiento más delicadamente virtuoso. Mrs. Bidlake se sintió un poco afligida por la irreverente actitud de Elinor hacia sus amadas ilusiones; pero, sabía a su manera, no trató de reformarla; se contentó con retirarse y darse por inadvertida, del mismo modo que había fingido ignorar las faltas de su marido, retirándose del conocimiento de su existencia a los reinos más dichosos del arte y de la imaginación. Es cierto que no se pueden anular los hechos realizados; pero, para los fines prácticos, una conspiración de silencio es casi tan eficaz como la anulación. Cuando no se menciona, lo que es puede volverse como si no fuera. Cuando John Bidlake llegó a Gattenden, enfermo agravado por su abatimiento, su terror y la compasión de sí mismo, que todo lo invadía, Mrs. Bidlake pasó por alto el hecho, sobre el cual hubiera podido comentar fácilmente que solo acudía a ella cuando necesitaba una enfermera. Se le preparó una habitación, y se instaló en ella. Fue como si él no se hubiera ausentado nunca. En el retiro de la cocina, las criadas gruñeron un poco a causa del aumento de trabajo, mientras Mrs. Inman suspiraba y Dobbs se dejaba llevar por su sólida y anglicana indignación acerca del modo como el viejo Bidlake trataba a su mujer.

Y al mismo tiempo todos sintieron una especie de compasión gozosa hacia el viejo. Su enfermedad, sus síntomas, se comentaban en voz baja, religiosamente. En voz alta, los criados podían gruñir y protestar. Pero, en secreto, se alegraban un poco. La llegada de John Bidlake rompió la monotonía cotidiana, y el hecho de que iba a morir los hizo sentirse a todos, en cierto modo, más importantes. La servidumbre de Gattenden adquirió una nueva significación al acercarse su muerte. Aquel acontecimiento venidero era el sol en torno al cual las almas domésticas dieron ahora en girar, plenas de significación, casi subrepticiamente. Podían gruñir y protestar, pero lo cuidaban con solicitud. De un modo oscuro le estaban reconocidos. Muriendo, aceleraba sus vidas.

XXVIII

Con Molly d'Exergillod todo tenía que ser articulado, formulado, expresado. La totalidad de la experiencia no era, para ella, sino materia prima con la cual un espíritu activo podía fabricar palabras. El mineral de hierro no le fue útil al hombre hasta el día en que aprendió a fundirlo y a forjar el metal puro en utensilios y en espadas. Para Molly, los hechos brutos de la existencia, las sensaciones, los sentimientos, los pensamientos y los recuerdos eran tan poco importantes en sí mismos como otros tantos pedazos de roca. Solo tenían valor después de ser transformados por el arte y la industria de la conversación en palabras elegantes y frases bien torneadas. Le gustaban las puestas de sol porque podía decir de ellas: «Son como una mezcla de luces de Bengala, Mendelssohn, hollín y fresas con crema», o bien de las flores de la primavera: «Le dan a una la sensación de hallarse en la convalecencia después de un ataque de gripe. ¿No cree usted?». E inclinándose con aire de intimidad, repetía la retórica pregunta: «¿No cree usted?». Lo que le gustaba de una perspectiva de montañas lejanas bajo una tronada, era que se parecía tanto a los paisajes de Toledo, del Greco. En cuanto al amor, ¡ah!, todo el encanto del amor, a los ojos de Molly, descansaba en su aptitud casi ilimitada de dejarse cambiar en palabras. Se podía hablar de amor indefinidamente.

En aquel momento se hallaba hablando de él con Philip Quarles; hacía una hora que hablaba, analizándose a sí misma, detallando sus experiencias, preguntándole a él acerca de su pasado y de sus sentimientos. A contrapelo y con dificultad (porque a Philip no le gustaba hablar de sí mismo y lo hacía muy mal) le respondía él.

—¿No cree usted —dijo ella— que lo más apasionante que tiene el amor son los descubrimientos que nos permite hacer en nosotros mismos?

Philip asintió debidamente.

—Yo no tenía la menor idea del fondo maternal de mi carácter antes de casarme con Jean. Y ahora, ¡me siento tan preocupada cuando lo veo con los pies mojados!

—Por mi parte, me sentiría muy preocupado si la viera a usted con los pies mojados —ensayó Philip como galantería.

«Pero ¡qué estúpida!», pensó. No era muy experto en galanterías. Hubiera querido no sentirse tan atraído por la belleza un tanto natosa y florida de Molly. Si ella fuera fea, no se hallaría él allí haciendo el idiota.

—Es usted muy amable —dijo Molly—. Dígame —añadió, inclinándose hacia él, ofreciéndole el rostro y el seno—, ¿por qué le gusto a usted?

—¿Acaso no está bastante claro? —respondió él.

Molly sonrió.

—¿Sabe usted por qué dice Jean que soy la única mujer de la cual hubiera podido enamorarse?

—No —dijo Philip, pensando que estaba verdaderamente soberbia en su manera a lo Juno.

—Porque —continuó Molly—, según él, yo soy la única mujer que no es lo que llama Baudelaire *le contraire du dandy*. ¿Recuerda usted aquel pasaje de *Mon coeur mis à nu*?: «*La femme a faim et elle veut manger: soif, et elle veut boire. La femme est naturelle, c'est-à-dire abominable. Aussi est elle…*».

Philip la interrumpió:

—Ha saltado usted una frase —dijo riendo—: «*Soif, et elle veut boire*». Y luego: «*Elle est en rut, et elle veut être…*». La palabra no figura en la edición de Crépert; pero yo se la proporcionaré a usted si quiere.

—No, gracias —dijo Molly, un poco desconcertada por la interrupción. Le había echado a perder el fácil desarrollo de un giro de conversación bien ensayado. No estaba acostumbrada a tratar con personas tan versadas en literatura francesa como Philip—. La palabra no tiene importancia.

—¿Ah, no? —Philip arqueó las cejas—. ¡Quién sabe!

—«*Aussi est elle toujours vulgaire*» —continuó, Molly, volviendo precipitadamente al punto donde había sido interrumpida— «*c'est à dire le contraire du dandy*». Jean dice que yo soy el único *dandy femenino*. ¿Qué opina usted?

—Me temo que tenga razón.

—¿Por qué se lo «teme»?

—No estoy seguro de que me gusten mucho los dandis. Sobre todo, los *dandys* femeninos. («Una mujer que hace uso de la exquisita forma de sus pechos para obligarle a uno a admirar su espíritu: he aquí —pensó él— un personaje interesante para mi novela. Pero molesta en la vida privada, muy molesta por cierto»). Yo las prefiero naturales —añadió.

—Pero ¿qué valor tiene ser natural, a menos que se sea bastante artista para hacerlo bien y bastante consciente para saber hasta qué punto se es natural? —Molly se sintió satisfecha de su pregunta. Con un poco de pulimento sería epigramáticamente perfecta—. No tiene ningún valor enamorarse de una persona, a menos que se sepa exactamente lo que se siente y se pueda expresar.

—Para mí tiene un gran valor —dijo Philip—. No hay que ser botánico ni pintor de naturalezas muertas para apreciar las flores. Y del mismo modo, mi querida Molly, no hay que ser precisamente Sigmund Freud ni Shakespeare para apreciarla a usted.

Y, deslizándose hacia ella sobre el sofá, la tomó entre sus brazos y la besó.

—¡Oh!, pero ¿en qué piensa usted? —exclamó ella, con apenado asombro.

—Yo no pienso en nada —respondió él, un tanto colérico, desde el extremo del brazo con que ella lo había apartado de sí—. Yo no pienso: solo deseo. —Se sentía humillado, puesto en ridículo—. Me había olvidado de que usted es una monja.

—Yo no soy nada de eso —protestó ella—. Yo soy simplemente una persona civilizada. Y todas esas zarpadas y ese agarrarle a una… es realmente demasiado salvaje. —Se reajustó un mechón del ondulado cabello y comenzó a hablar acerca de las relaciones platónicas como auxiliares del desarrollo espiritual—. Cuanto más platónicas las relaciones entre una pareja amorosa, más intensa es en ellos la vida del espíritu consciente. Lo que pierde el cuerpo lo gana el alma. ¿No fue Paul Bourget el que indicó esto en su *Psychologie Contemporaine*? Un mal novelista —añadió, sintiendo necesidad de excusarse por haber citado a un autor tan anticuado y de poco nombre— ¡pero bueno como ensayista, a mi ver! ¿No fue Paul Bourget? —repitió.

—Sí, debe de haber sido Paul Bourget —dijo Philip con cansancio.

—La energía que quería gastarse en la pasión física se desvía de su curso y hace girar los molinos del alma. —(«*Hacer girar los molinos del alma*, era acaso un poco demasiado novelesco, demasiado victoriano, demasiado a lo Meredith», pensó ella en el momento de pronunciar estas palabras)—. El cuerpo, canalizado, provisto de diques —enmendó ella—, se ve forzado a poner en marcha las dínamos del espíritu. El inconsciente frustrado se desahoga haciendo más intenso lo consciente.

—Pero ¿quién desea que se intensifique su consciente? —preguntó Philip, contemplando, colérico, a la deliciosa figura al otro extremo del sofá—. A decir verdad, estoy un poco cansado de lo consciente. —(Él admiraba su cuerpo; pero el único contacto que Molly quería permitirle era el de su espíritu, mucho menos bello e interesante. Él quería besos; pero todo lo que conseguía eran anécdotas analíticas y epigramas filosóficos.)— Completamente cansado —repitió él.

No era extraño. Molly se echó a reír.

—No se ponga usted a hacer el papel de hombre paleolítico de las cavernas —dijo ella—. No le sienta a usted bien. ¡Cansado de lo consciente, en verdad! ¡Usted! ¡Cómo! Si está usted cansado de lo consciente; tendrá que estarlo de sí mismo.

—Exactamente lo que ocurre —dijo Philip—. Ha hecho usted que me cansara de mí mismo. Absolutamente cansado.

Todavía irritado, se levantó para marcharse.

—¿Es ese un insulto? —preguntó ella, alzando los ojos hacia él—. ¿Por qué le he hecho yo cansarse de sí mismo?

Philip meneó la cabeza.

—No puedo explicárselo. He renunciado a las explicaciones. —Le tendió la mano. Mirándole todavía interrogativamente al rostro, Molly se la estrechó—. Si no fuera usted una de las vírgenes vestales de la civilización —continuó él—, lo comprendería sin que se lo explicara. O más bien no habría nada que explicar. Porque no me hubiera hecho usted cansarme de mí mismo. Y permítame añadir, Molly, que si fuera usted verdadera y consecuentemente civilizada, tomaría usted medidas para hacerse menos deseable. El deseo es una cosa bárbara. Es tan salvaje como dar zarpazos y apresar con las garras. Debería parecerse usted a George Eliot. Adiós.

Y estrechándole la mano por última vez, salió cojeando de la pieza.

Ya en la calle, fue recobrando gradualmente su calma. Hasta comenzó a sonreírse de sí mismo. Porque era una broma. El espectáculo de un asaltante asaltado es siempre cómico, aun cuando el asaltante asaltado resulte ser uno mismo. Consciente y civilizado, había sido vencido por alguien todavía más civilizado que él. Era equitativo. Pero ¡qué advertencia! Las parodias y caricaturas son las críticas más penetrantes. Él percibió en Molly una especie de versión de sí mismo, por Max Beerbohm. El espectáculo era alarmante. Habiendo sonreído, se tornó pensativo. «Debo de ser algo muy horroroso», pensó.

Sentado en una silla del parque, meditó sobre sus defectos. Con frecuencia había meditado ya sobre ellos. Pero jamás había hecho nada acerca de ellos. Sabía por anticipado que tampoco lo haría esta vez. ¡Pobre Elinor! El galimatías de Molly acerca de las relaciones platónicas y de Paul Bourget le dio una idea de lo que ella tenía que soportar. Decidió contarle su aventura con Molly —cómicamente porque siempre era más fácil hablar en broma— y luego seguir hablando de ellos mismos. Sí, esto haría. Habría debido hablar antes. Desde hacía algún tiempo Elinor se mostraba silenciosa de un modo tan extraño, tan poco natural, tan lejano. Él había experimentado ansiedad, había querido hablar, había sentido que debía hablar. Pero ¿de qué? El ridículo episodio con Molly le dio ocasión de entrar en materia.

—He visto a Molly d'Exergillod esta tarde —comenzó al ver a Elinor.

Pero el tono de su «¿De veras?», le pareció tan fríamente indiferente, que no fue más allá.

Hubo un silencio. Elinor continuó su lectura.

Él le lanzó una mirada furtiva por encima del libro. Su rostro pálido tenía una expresión de calma remota. Él sintió de nuevo aquella penosa ansiedad que había experimentado a menudo durante las últimas semanas.

—¿Por qué no hablas ahora nunca? —le dijo esa tarde, después de la comida, armándose de coraje.

Elinor lo miró, levantando los ojos del libro.

—¿Que no hablo nunca? —dijo ella sonriendo irónicamente—. Será porque no encuentro nada particularmente interesante que decir.

Philip reconoció una de las respuestas que solía dar él a sus reproches, y quedó cortado y en silencio.

Y, sin embargo, era injusto de su parte el pagarle con la misma moneda. Porque en su caso era verdad: él no tenía, efectivamente, nada interesante que decir. A fuerza de mantenerlos en secreto, había terminado casi por anular sus sentimientos íntimos. Muy poca cosa parecía manifestarse en la parte no intelectual de su espíritu; muy poca cosa, al menos, que no fuese, o bien trivial, o más bien vergonzosa. Mientras que, por su parte, Elinor tenía siempre un montón de cosas que decir. Cosas que se manifiestan por sí mismas, que salían solas de las profundidades de su ser. Philip hubiera querido explicarle esto; pero le resultaba difícil, no podía hacerlo.

—Con todo —dijo con esfuerzo, al cabo de una pausa—, tú solías hablar mucho más. Solo durante estos últimos días…

—Es que me hallo un poco fatigada de hablar, eso es todo.

—Pero ¿por qué has de estar fatigada?

—¿No tengo yo derecho a estar fatigada alguna vez? —Elinor emitió una risita un poco resentida—. Tú pareces estarlo siempre.

Philip la contempló con una especie de ansiedad. Sus ojos parecían implorar. Pero ella no quería dejarse conmover. Se había dejado conmover con demasiada frecuencia. Él había explotado su amor, escatimándole, en cambio, sistemáticamente sus afectos; siempre que ella había amenazado con rebelarse, se había tornado súbitamente melancólico y desvalido, apelando a sus mejores sentimientos. Esta vez estaba resuelta a ser inflexible. Ya podía mostrarse todo lo implorante y ansioso que quisiese: ella no le prestaría atención. ¡Bien ganado lo tenía! Sin embargo, se sentía un poco culpable. Y, con todo, la falta era de él. ¿Por qué no la amaba activamente, de un modo articulado, franco? Cuando ella le ofrecía su amor, él lo daba por supuesto, lo aceptaba pasivamente como algo a que tenía derecho. Y cuando ella dejaba de ofrecérselo, él adoptaba una actitud silenciosamente inquieta e implorante.

Pero en cuanto a decir, a hacer alguna cosa… Pasaban los segundos. Elinor aguardaba, fingiendo leer. ¡Si solamente hablara, si se moviera! Ella anhelaba una excusa para amarlo de nuevo. En cuanto a Everard, ¡ah!, Everard, simplemente, no contaba. Para lo más profundo e instintivo de su ser él no tenía realmente ninguna importancia, y si Philip se hubiera tomado el trabajo de amarla siquiera un poco, no la hubiera tenido ya más ni aun para aquella parte consciente de ella misma que se esforzaba en amarlo: en amarlo por principio, digámoslo así, en amarlo deliberadamente, de propio intento. Pero los segundos

discurrieron en silencio. Y al fin, con un suspiro (porque también él hubiera querido decir algo; solo que no le era posible, porque este algo tenía que ser personal), Philip tomó su libro y, en interés del novelista zoólogo de su novela, continuó leyendo acerca del instinto de posesión entre los pájaros. ¿Leyendo otra vez? ¿No iba a decir nada al fin y al cabo? Muy bien; si se empeñaba en que ella se convirtiese en querida de Everard, no tendría a quién echar la culpa, sino a sí mismo. Ella trató de encogerse de hombros y de forzarse a la ferocidad. Pero en su fuero interno sintió que la amenaza iba más bien contra ella misma que contra Philip. Era ella, y no él, la que estaba condenada a convertirse en querida de Everard.

Echarse un amante le había parecido a Elinor, teóricamente y por anticipado, un asunto bastante fácil. Moralmente, no lo consideraba culpable. ¡Cuántos aspavientos hacían los cristianos y las heroínas de las novelas acerca de esto! Era incomprensible. «Si las gentes se quieren acostar juntas —decía ella—, ¿por qué no han de hacerlo simple y francamente, sin atormentarse a sí mismas y a cuantos se hallan a su alcance?». Ni temía tampoco las consecuencias sociales de echarse un amante. Las gentes que, si se enteraban, le harían objeciones, eran precisamente aquellas que ella misma había aborrecido siempre. Rehusando verla, le harían un favor. En cuanto a Philip, bien merecido lo tenía. Había estado en su mano el evitar que ocurriese nada semejante. ¿Por qué no había podido acercarse más a ella, darle un poco más de sí mismo? Ella había mendigado su amor; pero lo que él le había dado era una remota benevolencia impersonal. Un poco de calor: esto era todo lo que deseaba ella; un poco de humanidad. No era mucho pedir. ¡Y ella le había advertido tantas veces si no se lo daba!

¿No lo comprendía él? ¿O era simplemente que no le importaba? Acaso no le ofendiera lo más mínimo: el castigo no castigaría. Esto sería humillante. Pero, después de todo, seguiría recordándoselo a sí misma cada vez que llegara (una vez más) a este punto de su discusión interior; después de todo, ella no se echaría un amante únicamente, ni siquiera principalmente, para castigar a Philip, para enseñarle, por medio del dolor y de los celos a ser humano. Lo haría en beneficio de su propia felicidad. (Trataba de olvidar cuán desdichada la hacía esta persecución de su propia felicidad). Su propia felicidad independiente. Se había ido acostumbrando a pensar y actuar demasiado exclusivamente en relación con Philip. Hasta cuando proyectaba echarse un amante, lo hacía todavía pensando en él. Lo cual era absurdo, absurdo.

Pero este derecho suyo, este deseo de ser independientemente feliz, tenía que recordárselo constantemente. Su modo de pensar natural y habitual, aun acerca de un posible amante, estaba todavía relacionado con su marido; con su conversión o con su castigo. Solo con un esfuerzo, deliberadamente, lograba acordarse ella de olvidarlo.

Pero, de todos modos, cualesquiera que fuesen las razones de hacerlo, el echarse un amante le había parecido, por anticipado, una cosa psicológicamente bastante fácil. Particularmente si el amante había de ser Everard Webley. Porque Everard le gustaba, y mucho; ella lo admiraba, ella se sentía extrañamente conmovida y palpitante por efecto del poder que parecía irradiar de él. Y, sin embargo, cuando trataba de ponerse en contacto físico con el hombre, ¡qué extraordinarias dificultades no surgían al instante! A ella le gustaba estar con él; le gustaban sus cartas; podía imaginarse, cuando no la tocaba, que estaba enamorada de él. Pero cuando, en su segundo encuentro después del regreso de Elinor, Everard la tomó en sus brazos y la besó, se apoderó de ella una especie de horror, se sintió tornarse fría y petrificada en sus brazos. Era el mismo horror, la misma frialdad que había sentido, hacía cerca de un año, cuando había tratado de besarla por primera vez. El mismo, a pesar de que en el intervalo se había preparado a pensar de otro modo, a pesar de que había acostumbrado su mente a la idea de tomarlo por amante. Aquel horror, aquel escalofrío, era la reacción espontánea de la parte instintiva y habitual de su ser. Solo su mente había decidido aceptarlo. Sus sentimientos, su cuerpo, todos los hábitos de su yo instintivo, se rebelaban. Lo que su intelecto hallaba inofensivo, lo rechazaba apasionadamente su cuerpo rígido y remiso. El espíritu era libertino, pero la carne y sus afectos eran castos.

—¡Por favor, Everard —suplicó ella—, se lo ruego!

Él la soltó.

—¿Por qué me detesta usted?

—Pero yo no lo detesto, Everard.

—¡No, no hago más que ponerle a usted la carne de gallina: eso es todo! —dijo él en tono de burla feroz. Herido, se complacía en exacerbar su propia herida—. Le soy a usted simplemente repugnante.

—¿Cómo puede usted decir eso?

Ella se sintió desdichada, avergonzada, por haber esquivado el cuerpo: pero la sensación de repulsión persistía aún.

—Porque ocurre que es verdad.

—No, no es verdad. —A estas palabras, Everard volvió a alargar sus manos. Ella meneó la cabeza—. Pero no me toque usted —suplicó ella—. Ahora, no. Lo echaría todo a perder. No puedo explicar por qué. No sé por qué. Pero ahora no. Todavía no —añadió, prometiendo implícitamente, pero evitando entretanto.

Esta promesa implícita resucitó la importunidad de Everard. Elinor casi se arrepintió de haber pronunciado aquellas palabras; pero se sintió igualmente medio satisfecha de haberse comprometido hasta aquel punto. Se sintió aliviada por haber escapado a la

amenaza inmediata del contacto corporal, y al mismo tiempo indignada contra sí misma por haberse hurtado a él. Su cuerpo, sus instintos, se habían rebelado contra su voluntad. Su promesa implícita era la represalia de la voluntad contra los traidores que se albergaban en ella. Le daba a Everard la compensación que ella sentía deberle. «Todavía no». Pero ¿cuándo, cuándo? Cualquier día —respondió la voluntad—, cuando usted quiera. Era fácil prometer; pero ¡ah!, qué difícil era cumplir. Elinor suspiró. ¡Si solamente consintiera Philip en dejarse amar por ella! Pero él no hablaba, no actuaba, no hacía más que seguir leyendo. Con su silencio la condenaba a la infidelidad.

XXIX

El lugar era Hyde Park; el tiempo, un sábado de junio. Vestido de verde y llevando un sable, Everard Webley arengaba a un millar de Ingleses Libres desde lo alto de *Bucéfalo*, su caballo blanco. Con una precisión militar que hubiera hecho honor a la Guardia, los Ingleses Libres habían formado en el muelle, en Blackfriars; habían marchado con música y simbólicos estandartes por Charing Cross, Northumberland Avenue, Trafalgar Square y Cambridge Circus, para desembocar en Tottenham Court Road y seguir todo Oxford Street hasta llegar al Marble Arch. A la entrada de Hyde Park se habían encontrado con una procesión antivivisecionista, y de esto había resultado alguna confusión, algunas filas embrolladas, algunas disonancias musicales, al chocar las dos bandas —los *Granaderos Británicos* con *Mi fe eleva sus ojos hacia Ti, ¡oh, Cordero del Calvario!*; un entrecruce de pendones: «¡Proteged nuestros perritos!» con «Los ingleses jamás serán esclavos»; «El Socialismo es la Tiranía», con «¿Doctores o Demonios?»…—. Pero la admirable disciplina de los Ingleses Libres había evitado que la confusión cobrase caracteres graves, y después de una breve demora, sus mil partidarios habían entrado en Hyde Park, habían desfilado ante su jefe y finalmente habían formado según tres lados de un cuadrángulo, con Everard y su estado mayor en el centro del cuarto lado.

Las trompetas habían tocado un aire marcial y el millar de Ingleses Libres había cantado las cuatro estrofas del himno, un tanto kiplinesco, de Everard: el *Canto de los Ingleses Libres*. Al terminarse el canto, Everard comenzó su discurso.

—¡Ingleses Libres! —dijo—. ¡Camaradas! (Y al son de aquella fuerte, no forzada voz, hubo silencio hasta entre los espectadores ociosos que se habían juntado a ver lo que pasaba. Cargadas de una fuerza que no les pertenecía intrínsecamente, una fuerza que correspondía al orador y no a lo que decía, sus palabras caían, una a una, vibrantes y sonoras, en medio del expectante silencio que habían creado. Everard comenzó por elogiar la disciplina de los Ingleses Libres). La disciplina —dijo—, la disciplina voluntariamente aceptada, es la primera condición de la libertad, la virtud primordial de los Ingleses Libres. Los libres y disciplinados espartanos mantuvieron la raya a las hordas persas. Los libres y disciplinados macedonios conquistaron la mitad del mundo. A nosotros, ingleses libres y disciplinados, corresponde libertar a nuestro país de los esclavos que lo han esclavizado. Trescientos hombres combatieron en las Termópilas contra decenas de millares. En la lucha que nosotros tenemos que sostener, la desproporción no es tan desesperada. Vuestro batallón no es sino uno entre más de sesenta: un solo millar entre sesenta mil Ingleses Libres. Los números aumentan de día en día. Veinte, cincuenta, a veces cien reclutas vienen a incorporarse a nosotros todos los días. Nuestro ejército

aumenta, el verde ejército de los Ingleses Libres.

»Los Ingleses Libres llevan uniforme verde. ¡Su uniforme es el de Robin Hood y de Little John, el uniforme de los que actúan fuera de la ley! Porque fuera de la ley actúan ellos en este estúpido mundo democrático. Fuera de la ley y orgullosos de su actuación. La ley del mundo democrático es la cantidad. Los que estamos fuera de ella creemos en la calidad. Para los políticos democráticos la voz del mayor número es la voz de Dios, su ley es la ley que gusta al populacho. Situados fuera de la ley hecha por el populacho, nosotros queremos el gobierno de los mejores, y no el de los más numerosos. Más estúpidos que sus abuelos liberales, los demócratas de hoy quisieran desalentar la iniciativa individual, y, nacionalizando la industria y la tierra, investir al Estado de poderes tiránicos tales como no ha poseído jamás, excepto tal vez en la India en tiempo de los mogoles. Nosotros, fuera de la ley, somos libres. Nosotros creemos en el valor de la libertad individual. Nosotros queremos alentar la iniciativa individual; porque nosotros creemos que, coordinada y gobernada en el interés de la sociedad en general, la iniciativa individual produce los mejores resultados morales y económicos. La ley del mundo democrático es la estandarización humana, es la reducción de toda la Humanidad al más bajo nivel común. Su religión es la adoración del hombre mediano. Nosotros, hombres fuera de la ley, creemos en la diversidad, en la aristocracia, en la jerarquía natural. Nosotros queremos suprimir todos los obstáculos suprimibles y dar oportunidad a todo el mundo, a fin de que los mejores puedan elevarse a la posición a que los ha destinado la Naturaleza. En una palabra, nosotros creemos en la justicia. Y nosotros veneramos, no al hombre ordinario, sino al hombre extraordinario. Podría continuar casi hasta lo infinito esta lista de los puntos sobre los cuales discrepamos nosotros, los Ingleses Libres, con los gobernantes democráticos de la que en un tiempo fue la libre y alegre Inglaterra. Pero he dicho ya bastante para demostrar que no puede haber paz entre ellos y nosotros. Su blanco es nuestro negro; su ideal político es nuestra abominación; su paraíso terrestre es nuestro infierno. Voluntariamente fuera de la ley, nosotros repudiamos su régimen, nosotros llevamos el verde uniforme de la selva. Y nosotros esperamos nuestra hora, esperamos nuestra hora. Porque nuestra hora está al llegar, y nosotros no tenemos el propósito de permanecer por siempre fuera de la ley. Tiempo vendrá en que las leyes serán hechura nuestra y la selva será el refugio de los que hoy están en el poder. Hace dos años nuestra banda era insignificante. Hoy es un ejército. Un ejército. Un ejército de hombres fuera de la ley. Y, sin embargo, mis queridos camaradas, un poco de tiempo más, y será el ejército de los que hacen las leyes y no de los que las quebrantan. Sí, de los que las quebrantan. Porque antes que podamos hacer buenas leyes tendremos que quebrantar las malas. Debemos tener el coraje de nuestro estado de hombres fuera de la ley. Ingleses Libres,

compañeros fuera de la ley, cuando llegue la hora, ¿tendréis ese coraje?

De las filas de guerrera verde partió un grito formidable.

—Cuando yo dé la señal, ¿me seguiréis?

—¡Sí, sí! —repitieron a la vez los mil hombres verdes.

—¿Aun cuando haya que quebrantar ciertas leyes?

Hubo otro estallido de entusiasmo afirmativo. Al decaer, y al tiempo que Everard Webley abría la boca para continuar, gritó una voz:

—¡Abajo Webley! ¡Abajo la milicia de los ricos! Abajo los infames…

Pero antes que la voz pudiera enunciar en total la parodia de su nombre, media docena de los Ingleses Libres más próximos se habían lanzado sobre su dueño.

Everard Webley se levantó sobre sus estribos.

—¡Guarden filas! —gritó en tono perentorio—. ¿Cómo se atreven a romper filas?

Hubo un avance precipitado de oficiales al lugar del tumulto, un estallar de coléricas voces de mando. Los Ingleses Libres demasiado celosos volvieron, corridos, a sus puestos. Con un pañuelo manchado de sangre contra la nariz, su enemigo se alejó escoltado por dos policías. Había perdido su sombrero. Su cabello desgreñado brillaba al sol como un fuego rojo. Era Illidge.

Everard Webley se volvió hacia el oficial que mandaba la compañía cuyos hombres habían roto filas.

—La insubordinación —comenzó; y su voz era dura y fría; no fuerte, pero peligrosamente penetrante—, la insubordinación es la peor…

Illidge se quitó el pañuelo de la nariz y gritó con una estridente voz de falsete:

—¡Oh, niñitos malos!

Una gruesa carcajada partió de entre los espectadores. Everard no hizo caso de la interrupción y, habiendo terminado su reprimenda, siguió su discurso. Imperiosa y, no obstante, persuasiva; apasionada, pero mesurada y musical, su voz hacía palpitar al auditorio; en un momento, el silencio quebrantado se rehízo en torno a sus palabras; la atención disipada se fijó y se concentró de nuevo. Había habido una rebelión; él había hecho una nueva conquista.

* * *

Spandrell aguardaba sin impaciencia. La tardanza de Illidge le dio ocasión de beber un par de cócteles adicionales. Estaba en el tercero, sintiéndose ya mucho mejor y más contento, cuando se abrió la puerta del restaurante y entró Illidge, muy militante y desafiador, como exhibiendo con aire de triunfo su ojo amoratado.

—¿Juerga y borrachera? —preguntó Spandrell al ver la magulladura—. ¿O bien una explicación con una dama?

Illidge se sentó y contó detalladamente su aventura, con jactancia y adornos. Según su propia confesión, había sido una mezcla de Horacio Cocles defendiendo el puente y de San Esteban bajo la lluvia de piedras.

—¡Bergantes! —dijo Spandrell con simpatía.

Pero sus ojos brillaban de risa maliciosa. Las desventuras de sus amigos eran para él una inagotable fuente de diversión, y este de Illidge era un desastre particularmente divertido.

—Pero, al menos, le estropeé a Webley el mejor efecto de su maldito discurso —continuó Illidge en el mismo tono de complacencia.

—Hubiera sido un poco más satisfactorio que le estropeara usted la cara.

Illidge se sintió picado por el tono de burla que ocultaban las palabras de Spandrell.

—Estropearle la cara no hubiera sido bastante —dijo con ferocidad, cobrando un aire sombrío al hablar—. A ese hombre hay que exterminarlo. Es un peligro público, él y su pandilla de sicarios.

Y se desató en juramentos. Spandrell no hizo más que reír.

—Es fácil ponerse a lloriquear —dijo—. ¿Por qué no hace algo, para cambiar? Un poco de acción directa del mismo género que la de Webley…

El otro se encogió de hombros, como disculpándose.

—Estamos mal organizados.

—A mí se me figura que no se necesita tanta organización para tirar a un hombre por tierra. No; lo que pasa, en realidad, es que ustedes no tienen bastante valor.

Illidge se sonrojó.

—¡Eso no es verdad!

—¡Mal organizados! —continuó Spandrell despectivamente—. Al menos, ustedes son modernos en sus excusas. ¡El gran dios Organización! Hasta el arte y el amor se inclinarán ante él dentro de poco, como todo lo demás. ¿Por qué son tan malos sus versos? Porque la industria de la poesía no está bien organizada. Y el amante impotente se excusará del mismo modo, asegurando a la dama indignada que la próxima vez se encontrará ante una organización perfecta. No, no, querido Illidge; eso no vale, yo se lo aseguro; eso no vale.

—Es usted muy gracioso, sin duda —dijo Illidge, todavía rojo de cólera—. Pero está diciendo tonterías. No se puede comparar la poesía a la política. Un partido político es un grupo de hombres que hay que disciplinar y mantener unidos. Un poeta es un solo hombre.

—Pero también un asesino es un solo hombre, ¿no? —El tono de la voz de Spandrell,

su sonrisa, eran todavía sarcásticos. Illidge sintió que la sangre refluía a su rostro, como el calor de un fuego interior cuyas llamas brotaran de pronto. Odiaba a Spandrell por su poder de humillarlo, por hacerle sentirse pequeño, tonto y avergonzado. Había entrado con una sensación de importancia y de heroísmo, rojo de satisfacción. Y ahora, con unas cuantas palabras pronunciadas lentamente y con un tonillo de burla, Spandrell había transformado su complacencia en una vergonzosa irritación. Hubo un silencio; tomaron su sopa sin hablar.

—Un solo hombre —dijo Spandrell meditativamente, reclinándose hacia atrás en su silla—. Con toda la responsabilidad de un hombre. Mil hombres no tienen responsabilidad. He aquí por qué la organización es una cosa tan confortadora. El miembro de un partido político se siente tan a salvo como el miembro de una comunidad religiosa. Su partido puede decretar la guerra civil, la violación, la matanza; él hace alegremente lo que se le manda, porque no es a él, sino a su jefe, a quien cabe responsabilidad. Y el jefe es un hombre raro, como Webley. El hombre de coraje.

—O de cobardía, en su caso —dijo Illidge—. Webley es un conejo burgués, cuyo terror lo empuja a la ferocidad.

—¿Cree usted? —preguntó Spandrell, alzando las cejas irónicamente—. Bien, puede que tenga usted razón. Pero, como quiera que sea, difiere un poco del conejo ordinario. El conejo ordinario no se deja empujar a la ferocidad por el miedo. Se deja aterrorizar hasta la más sumisa actividad, o la actividad abyecta, que consiste en obedecer las órdenes de otro. Jamás se lanza a una actividad por propia cuenta, a una actividad de la cual tenga que asumir la responsabilidad. Cuando, por ejemplo, se trata de un asesinato, usted no encuentra que los conejos ordinarios se muestren particularmente deseosos de cometerlo, ¿verdad? Estos esperan estar organizados. La responsabilidad es demasiado pesada para el pequeño individuo. Tiene miedo.

—Bueno, es evidente que nadie quiere que lo cuelguen en la horca.

—Tendría miedo aun cuando no hubiera horca.

—¿Qué, va usted a sacar de nuevo a relucir el imperativo categórico?

Esta vez le tocó a Illidge mostrarse sarcástico.

—Sale a relucir por sí solo. Hasta en su caso de usted. Aunque llegara el momento, jamás se atrevería usted a hacer nada contra Webley, a no ser que tuviera una organización que lo redimiera de toda responsabilidad. No, no se atrevería usted —repitió con una especie de desafío burlón.

Miraba a Illidge fijamente por entre sus párpados medio cerrados, y durante todo el discurso, un poco sobrecargado de retórica, en que Illidge habló de picar serpientes, de matar tigres, de aplastar chinches, examinó el rostro encendido y furioso de su víctima.

¡Qué cómico se ponía este Illidge cuando trataba de hacerse el héroe! Illidge seguía bramando con la desagradable conciencia de la vacuidad y altisonancia de sus frases. Pero énfasis y más énfasis era, para él, y a medida que la sonrisa del otro se hacía más despectiva, la única réplica posible a la ironía tranquila y enloquecedora de Spandrell: más y más, por falsa que pudiera parecer su retórica. Como un hombre que cesa de gritar por temor a que su voz degenere en sollozos, se detuvo de golpe. Spandrell meneó lentamente la cabeza.

—Está bien —dijo misteriosamente—, está bien.

* * *

«Es absurdo —se repetía Elinor—. Es pueril. Pueril y absurdo».

Era una inconsecuencia. Everard no había cambiado porque hubiese montado en un caballo blanco, porque hubiese mandado y sido aclamado por un gentío entusiasta. No valía más por el hecho de que lo hubiese visto ella a la cabeza de uno de sus batallones. Era absurdo, era pueril haberse conmovido de aquel modo. Pero así había ocurrido, en efecto; quedaba el hecho. ¡Qué conmoción cuando había aparecido él, a caballo, a la cabeza de sus hombres! El corazón le había latido con más fuerza, pareciendo hinchársele en el pecho. ¡Y qué ansiedad en aquellos momentos de espera antes de que él comenzara a hablar! Un verdadero terror. Él podría tartamudear, vacilar; podría decir algo estúpido o vulgar; podría ser prolijo y pesado, podría revelarse como un charlatán… Y luego, cuando la voz se hizo oír, sin esfuerzo, pero vibrante, penetrante; cuando el discurso comenzó a desarrollarse en palabras apasionadas y palpitantes, pero nunca teatrales: en frases ricas, pero breves e incisivas, entonces, ¡qué triunfo, qué sentimiento de orgullo! Pero cuando aquel hombre había hecho la interrupción, ella había sentido, junto con una llama de indignación contra el interruptor, una renovación de su ansiedad, de su terror de que Everard fallara, de que fuera humillado y avergonzado públicamente. Pero él había permanecido impasible sobre su caballo, había hecho su severa reprimenda, había reconstruido un silencio preñado de expectación en torno suyo, y luego, al fin, había continuado su discurso como si nada hubiese ocurrido. La ansiedad de Elinor había dado paso a una dicha extraordinaria. El discurso llegó a su fin: hubo una explosión de gritos de entusiasmo, y Elinor se había sentido enormemente orgullosa y exaltada, y al mismo tiempo turbada, como si los vivas hubieran sido, en parte, dirigidos a ella; y había reído a carcajadas, no sabía por qué: y la sangre se había agolpado a sus mejillas; y se había vuelto, llena de confusión, sin atreverse a mirar hacia él; y luego, sin razón, se había echado a llorar.

«Absurdo y pueril», se repetía a sí misma. Pero he ahí que la cosa absurda y pueril había ocurrido; no había medio de deshacerla.

* * *

Extractos de la libreta de notas de Philip Quarles: «En el *Sunday Pictorial*, una instantánea de Everard Webley con la boca abierta —un agujero negro en el centro de su rostro tenso— voceando. "Míster E. W., el fundador y jefe de la H. I. L., ha dirigido una proclama a un batallón de Ingleses Libres, el sábado pasado, en Hyde Park". Y he ahí todo lo que queda del acontecimiento, este símbolo de demagogia semejante a una gárgola. Una boca abierta para rebuznar. ¡Qué horror!

»Y, sin embargo, el acontecimiento fue verdaderamente impresionante y las exclamaciones de E. sonaron muy noblemente en aquel momento. Y él tenía un aire monumental sobre su caballo blanco. Escogiendo un instante aislado de lo que fue una continuidad, la cámara lo transformó en un espantajo. ¿Injusto? O bien, ¿ha sido la visión de la cámara la verdadera y falsa la mía? Porque, después de todo, la impresionante continuidad se habrá compuesto de instantes tan espantosos como el que registró la fotografía. ¿Puede el todo ser completamente distinto de sus partes? En el mundo físico, sí. Considerados como un todo, el cuerpo y el cerebro son radicalmente distintos de los electrones de que se componen. Pero ¿y en el mundo moral? ¿Puede una colección de cosas sin valor constituir una cosa de alto valor? La fotografía de Everard plantea un verdadero problema. He ahí que millones de instantes monstruosos forman una media hora magnífica.

»No es que no abrigase yo mis dudas acerca de esta magnificencia en el momento mismo. E… habló mucho de Termópilas y de espartanos. Pero mi resistencia fue todavía más heroica. Leónidas tenía trescientos compañeros. Yo he defendido mis Termópilas espirituales en combate singular contra E. y sus Ingleses Libres. Me impresionaron, pero yo me resistí. La parada, en primer lugar, era impresionante. Yo la contemplé, encantado. Como siempre. ¿Cómo explicarse la fascinación que ejerce sobre uno el espectáculo militar? Para negarla, sí se puede. Yo no cesé de preguntármelo mientras lo contemplaba.

»Una escuadra se compone simplemente de diez hombres, y es neutra desde el punto de vista' emotivo. El corazón no comienza a latir hasta que una compañía se presenta a la vista. Las evoluciones de un batallón embriagan. Y una brigada es ya un ejército con banderas, lo cual equivale, según sabemos por el *Cantar de los Cantares*, a sentirse enamorado. La emoción es proporcional al número. Dado el hecho de que no tenemos sino dos yardas de alto, dos pies de ancho, y de que somos solitarios, una catedral es

necesariamente más impresionante que una choza, y un millar de hombres en marcha es más imponente que una docena de vagos en la esquina de una calle. Pero eso no es todo. Un regimiento es más impresionante que un gentío. El ejército con sus banderas no equivale al amor sino cuando maniobra a la perfección. Las piedras en forma de edificio son más bellas que las piedras en montón. El ejército y los uniformes imponen una arquitectura a la multitud. Un ejército es bello. Pero eso no es todo: satisface instintos más bajos que el instinto estético. El espectáculo de seres humanos reducidos al automatismo satisface el deseo de poder. Contemplando esclavos mecanizados se imagina uno a sí mismo en carácter de amo. Así pensaba yo, admirando las evoluciones de los Ingleses Libres de Everard. Y desmenuzando así mi admiración, me libré de ser sumergido. Divide y reinarás. Yo hice lo mismo con la música, y luego con el discurso de Everard.

»¡Qué magnífico director de escena se ha perdido en Everard! Nada podía ser más impresionante que (rompiendo el silencio voluntariamente prolongado) aquel toque de trompetas, y luego, solemnemente, la compacta armonía de un millar de voces cantando el *Canto de los Ingleses Libres*. Las trompetas eran prodigiosas, como la obertura del Juicio Final. (¿Por qué los armónicos superiores conmoverán el alma de ese modo?).

»Y luego, cuando hubo terminado la obertura de trompetas, las mil voces estallaron con aquel sonido casi sobrenatural que tienen siempre los coros. Enorme, como la voz de Jehová. El propio Reinhardt no hubiera logrado un triunfo más brillante. Yo experimenté la sensación de tener un agujero donde debía hallarse mi diafragma; una especie de ansioso hormigueo cundió por mi piel; las lágrimas estaban a punto de asomarse a mis ojos. Yo volví a hacer de Leónidas, y me dije que la música era detestable y que las palabras no eran sino una ridícula declamación.

»La trompeta del Juicio, la voz de Dios y luego le llegó a Everard el momento de hablar. Y no fue una decepción. ¡Qué bien lo hacía! Su voz le daba a uno de pleno en el plexo solar, como esos armónicos superiores de las trompetas. Emocionante y convincente, aun a sabiendas de que cuanto decía era vago y más o menos sin sentido. Yo analicé los ardides: eran los de costumbre. Los más efectivos eran el empleo de palabras emocionantes con dos o más sentidos: "Libertad", por ejemplo. La del título y del programa de los Ingleses Libres es la libertad de comprar, vender y poseer la propiedad con el mínimo de injerencia del Estado. (Un mínimo bastante elevado entre paréntesis; pero pasemos adelante). Everard dispara la palabra de pleno en el plexo solar "Nosotros combatimos por la *libertad*; nosotros vamos a *libertar* el país", etc. El oyente se ve inmediatamente a sí mismo en mangas de camisa, con una botella y una moza complaciente al lado, sin leyes ni códigos de buena crianza, ni esposa, ni policías, ni sacerdotes que prohiban nada. ¡Libertad! Naturalmente, despierta su entusiasmo. Solo después que los Ingleses Libres

hayan asumido el poder se dará cuenta de que, en realidad, la palabra ha sido empleada en un sentido completamente distinto. Divide y vencerás. Yo he vencido. P. S. —O más bien ha vencido una parte para mí. Me he habituado a asociarme con esta parte y a aplaudir cuando ella triunfa. Pero, después de todo, ¿es la parte mejor? En estas circunstancias particulares, tal vez sí. Probablemente es mejor ser desapasionadamente analítico que dejarse abrumar por las maniobras teatrales y la elocuencia de Everard, hasta el punto de convertirse en un Inglés Libre. Pero ¿y en otras circunstancias? Probablemente Rampion tiene razón. Sin embargo, habiéndose acostumbrado uno a dividir y vencer en nombre del intelecto, es difícil detenerse. Y acaso no sea enteramente una cuestión de segunda naturaleza; puede qué también entre en juego la naturaleza pura. Es fácil creer que se debe modificar el propio modo de vida. La dificultad consistirá en actuar conforme a la creencia. Esta instalación en el campo, por ejemplo; esto de ser rústico, paternal y buen vecino; esta vida vegetativa e intuitiva, ¿será verdaderamente posible? Yo me lo imagino; pero en realidad, en realidad… Entretanto, pudiera ser interesante confeccionar un personaje de este modo: Un hombre que se ha esforzado siempre por alentar sus tendencias intelectuales a expensas de todas las demás. Evita cuanto puede las relaciones personales; observa sin participar; no gusta de abandonarse; es siempre espectador más bien que actor. Por otra parte, ha puesto siempre cuidado en no distinguir un día, un lugar de otro; en no revisar el pasado ni hacer proyectos para el porvenir, en no celebrar las pascuas ni los cumpleaños; en no visitar de nuevo los paisajes de la niñez; en no hacer peregrinaciones al lugar de nacimiento de los grandes hombres, a los campos de batalla, a las ruinas, etc. Por esta supresión de relaciones emotivas y de piedad natural se le figura que consigue libertarse, libertarse de la sentimentalidad, de lo irracional, de la pasión, de la impulsividad, de la emoción. Pero, en realidad, como va descubriendo él gradualmente, no ha hecho sino estrechar y disecar su vida, y, lo que es más, ha embotado su inteligencia por el mismo procedimiento con que pensaba emanciparla. Su razón es libre; pero tan solo para ocuparse de una pequeña fracción de experiencia. Él se da cuenta de sus defectos psicológicos y, teóricamente, desea modificarse. Pero es difícil romper con los hábitos de toda una vida, y puede que los hábitos no sean sino la expresión de una indiferencia y una frialdad innatas, que sería casi imposible vencer. Y para *él*, de todos modos, la vida simplemente intelectual es más fácil; es la línea de menor resistencia, porque es la línea que evita a todos los seres humanos. Entre estos se halla su esposa. Porque tendrá una esposa, y habrá los elementos de un drama en las relaciones entre la mujer, que vive principalmente con sus emociones y sus intuiciones, y el hombre, cuya existencia se halla, sobre todo, en el plano intelectual abstracto. Él la quiere a su modo y ella lo quiere al suyo. Lo cual quiere decir que él está satisfecho y que ella no lo está; porque el amor, tal como lo

concibe él, comporta el mínimo de esas relaciones humanas cálidas y confiadas que constituyen la esencia del amor según ella lo concibe. Ella se lamenta; él hubiera querido dar más, pero le es difícil modificarse. Ella llega hasta amenazar con dejarlo por un amante más humano; pero está demasiado enamorada de él para llevar a efecto la amenaza».

* * *

Aquel domingo por la tarde Elinor y Everard Webley hicieron una excursión al campo en automóvil.

—Cuarenta y tres millas en una hora y siete minutos —dijo Everard, consultando su reloj, al tiempo que se bajaba del coche—. No está mal, teniendo en cuenta que se comprende la salida de Londres y que hemos sido retrasados por aquel cochino autocar en Guilford. No, no está mal.

—Y lo que es más —dijo Elinor— estamos todavía con vida. Si supiera usted el número de veces que cerré los ojos, esperando no volverlos a abrir hasta el día del Juicio…

Él se echó a reír, harto contento de que su violento modo de conducir le hubiese infundido temor. Los terrores que había experimentado ella le daban a él una sensación agradable de poder y de superioridad. La tomó del brazo, y marcharon a pie a lo largo del verdoso sendero hacia el bosque. Everard respiró profundamente.

—Esto es mejor que hacer discursos políticos —dijo, oprimiéndole el brazo.

—Sin embargo —dijo Elinor—, debe ser algo maravilloso levantarse allá, sobre un caballo blanco, y obligar a mil personas a hacer lo que usted quiera.

Everard rio.

—Por desdicha, en la política hay algo más que eso —y le lanzó una mirada—. ¿Le ha gustado a usted el mitin?

—Me ha apasionado.

Ella lo vio de nuevo sobre su caballo blanco, oyó su voz fuerte y vibrante, recordó su sentimiento de triunfo y sus lágrimas instantáneas. «¡Magnífico —pensó—, magnífico!». Pero no había medio de recuperar el sentimiento de triunfo. Él le oprimía el brazo; su enorme figura descollaba sobre ella casi amenazante. «¿Me irá a besar?», se preguntó ella. Y trató de espantar este terror indiscreto y de llenar su lugar con su exaltación de la víspera. ¡Magnífico! Pero el terror no se dejaba exorcizar.

—Su discurso me pareció excelente —dijo en voz alta, y se preguntó, entre paréntesis, mientras pronunciaba estas palabras, acerca de qué había sido. Recordaba el sonido y el timbre de las palabras, pero no su sentido. No había nada que hacer…— ¡Oh, qué deliciosa madreselva!

Everard se enderezó, enorme, arrancó un par de flores.

—¡Qué hermosura, qué encanto!

Él citó a Keats, y removió su memoria en busca de un verso del *Sueño de una noche de verano*. Y se preguntó líricamente por qué vivía uno en las ciudades, por qué malgastaba su tiempo en la caza del dinero y del poder, cuando existía toda aquella belleza en espera de que la conocieran y amaran.

Elinor escuchaba, un poco incómoda. Él parecía hacer resplandecer este amor a la belleza como una luz eléctrica; parecía apagar el amor al poder, la eficacia, las preocupaciones políticas, y encender el amor a la belleza. Pero ¿por qué no, después de todo? Nada de malo había en gustar de las cosas bellas. Nada, salvo que, por algún motivo oscuro e indescriptible, el amor de Everard a la belleza no era exactamente lo que debía ser. ¿Acaso demasiado deliberado? ¿Demasiado casual? ¿Demasiado «artículo de vacaciones»? ¿Demasiado convencional, demasiado pesado, demasiado reverente y falto de humor? Ella lo prefería en su papel de amante del poder. Como amante del poder era, en cierto modo, de mejor calidad que como amante de la belleza. Inferior, sin duda, como amante de la belleza, a causa de su superioridad como amante del poder. Era una compensación. Todo se paga.

Continuaron hablando. En un espacio abierto entre los árboles, las dedaleras abrían sus flores.

—Se parecen a pequeñas antorchas ardiendo hacia lo alto —dijo Everard poéticamente.

Elinor se detuvo ante una elevada planta, cuyas primeras campánulas estaban al nivel de sus ojos. La carne roja de los pétalos era fresca y elástica entre sus dedos. Asomó la mirada a la embocadura de la flor.

—Piense en lo desagradable que sería tener pecas en la garganta —dijo ella—. No hablemos ya de pequeños insectos.

Se alejaron en silencio a través de los árboles. Everard fue el primero en hablar.

—¿Llegará usted a amarme alguna vez? —preguntó de súbito.

—Usted sabe que le tengo gran afecto, Everard.

Se sintió desolada, había llegado el momento, él quería besarla. Pero él no hizo ningún gesto: se limitó a reír un poco tristemente.

—Un gran afecto —repitió él—. ¡Ah, si solamente pudiera ser usted un poco menos razonable, un poco más loca! ¡Si siquiera supiera usted lo que es el amor!

—¿No es acaso de desear que exista alguna persona sensata? —dijo Elinor—. Sensata de *antemano*, quiero decir. Porque todo el mundo puede ser sensato *después*. Demasiado sensato, cuando ha pasado el acceso y los amantes comienzan a preguntarse si, en fin de

cuentas, valía la pena de renunciar al mundo. ¡Reflexione usted, Everard, reflexione primero! ¿Quiere usted renunciar al mundo?

—¡No renunciaría! —contestó Everard, y su voz tenía aquella vibración extraña y palpitante que le parecía oír no con sus oídos, sino con su cuerpo, en pleno diafragma—. No podrían quitármelo. Los tiempos han cambiado desde la época de Parnell. Además, yo no soy Parnell. ¡Que traten, pues, de quitármelo! —Se echó a reír—. El amor y el mundo: ¡sí, yo tendré los dos, Elinor! ¡Los dos! —Y bajó la vista, sonriendo, hacia ella el amante del poder triunfante.

—Pide usted demasiado —rio ella—; es usted un goloso.

La sensación de triunfo hormigueó de nuevo por su cuerpo, como el calor sofocante de un vino cálido.

Él se inclinó para besarla. Elinor no se apartó.

Otro automóvil se había detenido junto al camino; otra pareja marchó a lo largo del sendero verde hacia el bosque. Bajo el rosa y blanco chillones de su colorete, el rostro de la mujer era viejo; la carne fatigada se había aflojado, desfigurando el contorno antes encantador.

—¡Oh, qué delicioso! —repetía ella sin cesar, al tiempo que avanzaba, levantando con dificultad su cuerpo pesado sobre sus zapatos de tacón alto, que pisaban mal en el suelo desigual—. ¡Qué delicioso!

Spandrell —pues era él— no respondió.

—¡Recójame unas cuantas de esas madreselvas, allí! —suplicó ella.

Él tiró de una rama florida con el gancho de su bastón hacia abajo. A través de los efluvios de los perfumes químicos y de la ropa interior, no muy limpia, el aroma de las flores llegó, fresco y delicioso, a la nariz de Spandrell.

—¡Oh, qué divino perfume! —exclamó ella, aspirando con arrebato—. ¡Más que divino!

Las comisuras de la boca de Spandrell se contrajeron en una sonrisa. Le divertía oír las locuciones abandonadas de las duquesas en la boca aquella vieja prostituta. Él la miró. ¡Pobre Connie! Era un esqueleto que había venido a la fiesta: todavía más espantablemente repugnante por tener los huesos recubiertos de tanta carne blanda y colgante. Verdaderamente repugnante. No había otra palabra. Aquí, al sol, era como una pieza de decorado teatral vista a la luz del día y de cerca. Por esto había hecho él el gasto de alquilar el *Daimler* y sacarla de paseo: simplemente porque la pobre prostituta vieja era tan repugnante. Él asintió con la cabeza.

—Sí, huele muy bien —dijo él—. Pero yo prefiero tu perfume.

Continuaron andando. Un poco incierto ya de la distinción entre una segunda y una

tercera menor, un cuco hacía sus reclamos. En los oblicuos corredores del sol, que formaban túneles a través del verde y púrpura de las sombras del bosque, las pequeñas moscas danzaban y zigzagueaban, dando saltos bruscos. No había viento, las hojas colgaban cargadas de verdor. Los árboles parecían ahítos de savia y de sol.

—¡Delicioso, delicioso! —Era el refrán de Connie.

El lugar, la excursión, le recordaban, dijo, su niñez en el campo. Suspiró.

—Y tú quisieras haber sido una buena chica, ¿eh? —dijo Spandrell sarcásticamente—. «Las rosas en torno a la puerta me hacen amar más a mi madre». Sí, ya sé, ya sé. —Se quedó un momento en silencio—. Lo que yo detesto de los árboles en verano —continuó — es su fatuidad, su cochina complacencia. Gordinflones, he aquí lo que son, como los especuladores de guerra grasosos e hinchados. Hinchados de insolencia, de insolencia pasiva.

—¡Oh, las dedaleras! —exclamó Connie, que ni siquiera había escuchado.

Corrió hacia ellas, grotescamente insegura sobre sus tacones altos. Spandrell la siguió.

—Deliciosamente fálicas —dijo él, tocando con el dedo uno de los estambres de un botón todavía cerrado. Y comenzó a desarrollar el tema con minuciosidad de detalles.

—¡Oh, cállate, cállate! —exclamó Connie—. ¿Cómo puedes decir esas cosas? —Se sentía ultrajada, herida. ¿Cómo puedes tú… aquí?

—¡En el país de Dios! —se burló él—. ¿Cómo puedo?

Y, levantando el bastón, comenzó de pronto a cruzar el aire a derecha e izquierda — zas, zas, zis—, quebrando uno de los altos tallos orgullosos a cada golpe. El suelo quedó sembrado de flores asesinadas.

—¡Para, para! —Ella lo agarró por el brazo. Riendo silenciosamente, Spandrell se desprendió de ella y continuó golpeando las plantas—. ¡Para! ¡Por favor! ¡Oh, no, no!

Ella se precipitó de nuevo sobre él. Todavía riendo, todavía cruzando el aire con su bastón, Spandrell se separó vivamente.

—¡Abajo con ellas! —gritaba—. ¡Abajo con ellas! —Las flores caían una tras otra bajo sus golpes—. ¡Vaya! —dijo al fin, sofocado de haber reído, corrido y golpeado tanto—. ¡Vaya!

Connie lloraba.

—¿Cómo has podido hacer eso? —decía—. ¿Cómo has podido hacer eso?

Él volvió a reír, silencioso, echando la cabeza hacia atrás.

—Les está muy bien —dijo—. ¿Crees tú que me voy a cruzar de brazos y dejar que me insulten? ¡Vaya con su brutal insolencia! ¡Ah! ¡Ahí tenemos otra! —Cruzó hacia donde se erguía aún una última dedalera alta, como escondida entre los jóvenes avellanos. Un golpe fue suficiente. La planta, rota, cayó sin ruido—. Ahí tienen, por su insolencia. Para

que aprendan. Volvamos al coche.

XXX

Rachel Quarles no simpatizaba con esos filántropos sentimentales que se empeñan en borrar la distinción entre el bien y el mal, entre los malhechores y los virtuosos. Para ella, eran los criminales, y no la sociedad en que vivían, los responsables de sus crímenes. Los pecadores cometían, efectivamente, sus pecados; no era su medio el que lo hacía por ellos. Existían excusas, por supuesto, circunstancias atenuantes. Pero el bien era siempre bien; el mal seguía siendo mal. Había circunstancias en que la elección del bien era difícil; pero era siempre el individuo el que elegía y el que, habiéndolo hecho, debía ser responsable. Mrs. Quarles, en una palabra, era una cristiana y no una humanitaria. Como cristiana, creía que Marjorie había hecho mal en dejar a su marido, aunque fuese un marido como Carling, por otro hombre. Ella desaprobaba el acto, pero no asumía la responsabilidad de juzgar a la persona; tanto más cuanto que, a pesar de lo que había hecho ella, el corazón y la cabeza de Marjorie seguían, desde el punto de vista cristiano de Mrs. Quarles, «por el buen camino». Rachel hallaba más fácil simpatizar con una persona que hubiese obrado mal mientras continuaba pensando bien, que no con otra que, como su nuera Elinor, pensase mal, aun cuándo, por lo que ella supiese, obrase de un modo irreprochable. Había también circunstancias en que el acto erróneo le parecía casi menos reprensible que el pensamiento culpable. No era que le gustase la hipocresía. La persona que, hablando y pensando bien, obraba sistemática y conscientemente mal, le era odiosa. Personas así son raras, sin embargo. La mayoría de los que obran mal a pesar de sus sanas creencias, lo hacen en un momento de debilidad y se arrepienten luego de la falta. Pero el que piensa mal no admite el carácter culpable de las malas acciones. No comprende por qué no ha de cometerlas, ni por qué, habiéndolas cometido, ha de arrepentirse ni enmendarse. Y hasta si, de hecho, se conduce virtuosamente, puede, por la acción de su mal pensar, conducir a otros a las malas acciones.

«Es una mujer admirable —había dicho John Bidlake, emitiendo su veredicto—, salvo que excesivamente aficionada a las hojas de parra, especialmente sobre la boca».

En cuanto a ella, Rachel Quarles solo tenía conciencia de que era cristiana. No podía concebir cómo las gentes lograban vivir sin ser cristianas. Pero tenía que admitirlo: había, en efecto, un gran número que lo lograba. Casi todos los jóvenes que conocía. «Se diría que nuestros hijos hablan un idioma diferente», se quejó una vez a una vieja amiga.

En Marjorie Carling descubrió ella una persona que hablaba y entendía su propio idioma espiritual.

—Mucho me temo que la vas a hallar un poco fastidiosa —le había advertido Philip al anunciar su intención de prestar su casita de Chamford a Walter y Marjorie—. Pero, de

todos modos, sé amable con ella. Se lo merece, ¡pobre mujer! Ha llevado una existencia bien triste. Y le contó a su madre una historia que la hizo suspirar.

—No hubiera creído que Walter Bidlake fuese así.

—En estos asuntos no hay que creer nada de nadie. Le ocurren a uno las cosas, eso es todo. Nosotros no las inventamos.

Mrs. Quarles no contestó. Pensaba en la época en que había descubierto una de las infidelidades de Sidney. Su asombro, su dolor, su humillación…

—Y con todo —dijo ella en voz alta—, nadie hubiera creído que Walter fuese capaz de hacer a nadie desdichado conscientemente.

—Y todavía menos que se, hiciese conscientemente desdichado a sí mismo. Porque yo creo que se ha hecho tan desventurado a sí mismo como a Marjorie. Puede que esta sea su excusa principal.

Su madre suspiró.

—Todo eso me parece de tal modo innecesario…

Mrs. Quarles fue a visitar a Marjorie tan pronto como esta se hubo instalado.

—Venga a verme a menudo —le dijo al despedirse de ella—. Porque usted me agrada —añadió, con una sonrisa repentina, por la cual la pobre Marjorie le quedó muy reconocida, al extremo de que su gratitud tenía algo de patético. No era frecuente que les agradase a las gentes. El hecho de que se hubiese enamorado tan profundamente de Walter se debía, sobre todo, a que él había sido una de las pocas personas que había mostrado interés por ella—. Y yo espero agradarle a usted —añadió Mrs. Quarles.

Marjorie solo pudo sonrojarse y tartamudear. Pero ella la adoraba ya.

Rachel Quarles había hablado con toda sinceridad. Marjorie le agradaba hasta por los mismos defectos que hacían que otros la hallaran tan fastidiosa, por su estupidez: era tan buena, tan bienintencionada, por su falta de humor: esto denotaba tal seriedad, tal ardor. Ni siquiera le desagradaban aquellas pretensiones intelectuales, aquellas observaciones profundas o didácticas que anunciaba solemnemente tras un silencio meditativo. Mrs. Quarles reconocía en esto los síntomas un poco absurdos de un verdadero amor hacia el bien, la verdad y la belleza; de un sincero deseo de hacerse mejor.

En su tercer encuentro, Marjorie le confió toda su historia. Los comentarios de Mrs. Quarles fueron sensatos y llenos de sentimiento cristiano.

—No existe una cura milagrosa para esas cosas —dijo—; no hay ninguna especialidad farmacéutica contra la desdicha. Solo las viejas, insípidas virtudes: paciencia, resignación y demás; y el viejo consuelo, la vieja fuente de energía: vieja, pero no insípida. No hay nada menos insípido que Dios. Pero la mayoría de los jóvenes no quieren creerme cuando se lo digo, aun cuando se hallen hastiados de su *jazz* y de sus bailes.

El primer sentimiento de adoración que había experimentado Marjorie se confirmó y amplió a tal extremo, que Mrs. Quarles se sintió toda avergonzada, como si hubiera extraído algo por engaño, como si hubiera representado un papel fraudulento.

—¡Es usted tan alentadora, tan confortante para mí! —declaró Marjorie.

—No, no —contestó ella, casi irritada—. La verdad es que se hallaba usted sola y desdichada y yo acerté a llegar en el momento preciso.

Marjorie protestó; pero la anciana no quería dejarse alabar ni que le diera las gracias.

Hablaron extensamente sobre religión. Carling le había hecho concebir a Marjorie un horror hacia todo lo que el cristianismo tuviese de pintoresco y formal. Pirán de Perranzabuloe, hábitos religiosos, ceremonias, todo cuanto tuviese relación, aunque remota, con un santo, con un rito, con una tradición, le era odioso. Pero conservaba una fe vaga y rudimentaria en lo que ella consideraba esencial; había guardado desde su infancia cierto hábito del pensamiento y del sentimiento cristianos. Bajo la influencia de Rachel Quarles esa fe se hizo más precisa, las emociones habituales fueron reforzadas.

—Me siento enormemente más dichosa desde que estoy aquí con usted —anunció, escasamente una semana después de su llegada.

—Eso es porque no se esfuerza usted por ser dichosa y porque no se pregunta por qué ha venido a ser desdichada; porque ha cesado usted de pensar en el sentido de la dicha y de la desdicha. Esa es la enorme estupidez de la juventud de esta generación —continuó Mrs. Quarles—, que no piensa en la vida sino en el sentido de la dicha. ¿Cómo haré para darme buena vida? He aquí lo que se preguntan. O bien se lamentan: ¿Por qué no podré vivir mejor? Pero nosotros nos hallamos en un momento en que la buena vida, en la acepción que dan ellos a la palabra, y tal vez en todas las acepciones, no puede durar continuamente ni ser disfrutada por todo el mundo. Y hasta cuando logran darse buena vida, se sienten inevitablemente decepcionados, porque la imaginación es siempre más brillante que la realidad. Y después que se ha disfrutado un poco de ella, se hace empalagosa. Todo el mundo se esfuerza por alcanzar la felicidad, y el resultado es que nadie es feliz.

Lo que ellos deben preguntarse no es ¿por qué no somos dichosos y cómo podemos darnos buena vida?, sino ¿cómo podemos agradar a Dios y por qué no somos mejores? Si las gentes se hicieran esas preguntas y respondieran a ellas en la práctica con sus mejores medios, alcanzarían la felicidad sin pensar jamás en ella. Porque la felicidad no se encuentra buscándola, se encuentra buscando la salvación. Y cuando las gentes eran sabias, en vez de meramente inteligentes, pensaban en la vida en relación con la salvación y la perdición, y no con el placer y la amargura. Si usted se siente ahora feliz, Marjorie, es porque ha cesado de suspirar por la felicidad y ha comenzado a esforzarse por ser mejor.

La felicidad es como el carbón de coque: algo que se obtiene como subproducto de la fabricación de otra cosa.

* * *

Entretanto, en Gattenden los días pasaban sombríamente.

—¿Por qué no intentas pintar un poco? —suspiró Mrs. Bidlake a su marido la mañana siguiente al día de su llegada.

El viejo John meneó la cabeza.

—Una vez que te pusieras a eso, le tomarías gusto —instó Elinor.

Pero su padre no quiso dejarse persuadir. No quería pintar, precisamente porque le hubiera sido agradable. Su propio terror al dolor, a la enfermedad y a la muerte lo hacía negarse perversamente a dejar distraer su espíritu de su aborrecida contemplación. Era como si una parte de él deseara oscuramente aceptar la derrota y el abatimiento, como si ansiara hacer más completa todavía su capitulación. Su coraje, su energía gargantuana, su descuidada animación habían sido producto de una premeditada ceguera de toda la vida. Pero ya no era posible dejar de ver; ahora que el enemigo se había instalado en su propio cuerpo, toda virtud le había abandonado. Tenía miedo, y no podía disimular su terror. Ni siquiera deseaba disimularlo ya. Quería verse abatido. Y abatido estaba, en efecto. Mrs. Bidlake y Elinor hicieron cuanto estuvo en sus manos por sacarlo de la apática angustia en que pasaba la mayor parte de sus días en Gattenden. Pero él no se animaba sino para lamentarse y a veces para estallar en cólera querellosa.

«Deplorable —escribió Philip en su libreta de notas— ver a un olímpico reducido por un pequeño tumor en el estómago a un estado de infrahumanidad. Pero tal vez —añadió días después, al reflexionar— haya sido siempre infrahumano, hasta cuando parecía más olímpico; acaso el ser olímpico no fuese sino un síntoma de infrahumanidad».

Solo con el pequeño Phil despertaba ocasionalmente John Bidlake de su abatimiento. Jugando con el niño olvidaba a veces, por el momento, su desventura.

—Dibújame algo —decía.

Y con la lengua entre sus dientes, el pequeño Phil dibujaba un tren, o un barco, o los ciervos batiéndose en Gattenden Park, o el viejo marqués en su silla tirada por el asno.

—Ahora, dibújame tú algo a mí, abuelo —decía Phil, cuando se hallaba cansado.

Y el viejo tomaba el lápiz y hacía media docena de pequeños croquis asombrosos de *T'ang*, el perro pequinés, o de *Tompy*, el gato de la cocina. O bien, a veces, de la pobre *miss* Fulkes contorciéndose. Y a veces, olvidando completamente la presencia del niño, dibujaba, para su propio placer, un grupo de bañistas, dos luchadores, una bailarina.

—Pero ¿por qué no llevan ropas? —preguntaba el niño.

—Porque son más bonitos sin ellas.

—A mí no me lo parece.

Y, perdiendo todo interés en los dibujos que le decían tan poco en sentido anecdótico, le pedía otra vez el lápiz. Pero no siempre respondía John Bidlake tan felizmente a su nieto. A veces, cuando se sentía particularmente abatido, la simple presencia del niño le parecía una ofensa, una especie de provocación. Montaba en cólera y gritaba contra el niño que iba a hacer ruido y molestarlo.

—¿No me dejarán en paz alguna vez? —gritaba.

Y comenzaba entonces a lamentarse, echando juramentos, de la incapacidad general de todo el mundo. La casa estaba llena de mujeres, todas ellas, según se suponía, encargadas de cuidar de aquel maldito mocoso. Pero helo siempre ahí, por todas partes, corriendo a diestro y siniestro, levantando un alboroto infernal, poniéndose en vuestro camino. Era intolerable. Sobre todo cuando uno no se sentía bien. Absolutamente intolerable. Nadie tenía la menor consideración hacia él. Sonrojándose, contorciéndose, la pobre *miss* Fulkes se llevaba a su alumno, dando chillidos, al aposento de los niños.

Las escenas más lamentables se producían a la hora de la comida. Pues era durante las comidas (ahora reducidas, en cuanto a él, a caldo de puchero, leche y harina lacteada) cuando John Bidlake recordaba con el mayor desagrado el estado de su salud. «Estas repugnantes lavazas», gruñía. Pero si comía algo sólido, los resultados eran deplorables. Las comidas eran los momentos más tormentosos y feroces del día de John Bidlake. Descargaba su cólera contra el niño. El pequeño Phil, que no comía nunca de buena gana, se mostró particularmente difícil respecto al alimento durante toda aquella primavera y principios del verano. Había lágrimas casi a todas las comidas. «Es porque, en el fondo, no le va del todo bien», explicaba, excusándose, *miss* Fulkes. Y era verdad. El chico estaba pálido, dormía sin sosiego, estaba nervioso y se cansaba pronto, sufría dolor de cabeza, no había aumentado de peso. El doctor Crowther le había recetado malta, aceite de hígado de bacalao y un tónico.

—No está bien —insistía *miss* Fulkes.

Pero John Bidlake no quería escuchar.

—Lo que pasa es que es un travieso, y nada más. No come porque no quiere. —Y volviéndose hacia el chico—: ¡Traga, niño, traga! —gritaba—. ¿Te has olvidado de tragar? —El espectáculo del pequeño Phil, mascando y remascando interminablemente un bocado de algo que no le gustaba, le exasperaba—. ¡Traga, pequeño! No sigas rumiando de ese modo. No eres una vaca. ¡Traga! —Y el pequeño Phil, con la cara encendida, las lágrimas manándole de los ojos, hacía un terrible esfuerzo por tragar la aborrecida rumia

de cinco minutos de masticación nauseativa. Los músculos de su garganta se alzaban, se rizaban; su pequeño rostro se torcía con una expresión de invencible disgusto; se producía un ominoso ruido de arcada—. ¡Es repugnante! —bramaba el viejo—. ¡Traga!

Y sus gritos eran una receta casi infalible para producirle vómitos al niño.

* * *

Se aligeró el peso; las sombras dieron paso a la luz; Marjorie tuvo la revelación del sentido oculto de los símbolos de la literatura religiosa. Porque ella misma se había agitado en el Cenagal del Desaliento y había salido de él; también ella había trepado penosamente y sin esperanza y se había visto de pronto consolada por la vista de la tierra prometida.

—Todas estas expresiones me parecían tan convencionales y tan insípidamente piadosas —le dijo a Mrs. Quarles—. Pero ahora veo que son justamente la descripción de hechos reales.

Mrs. Quarles asintió con la cabeza.

—Malas descripciones, porque los hechos son indescriptibles. Pero cuando los hemos experimentado personalmente podemos ver lo que indican los símbolos.

—¿Conoce usted el País Negro? —dijo Marjorie—. Yo tengo la sensación de haber surgido de uno de esos centros mineros para llegar al páramo. A los anchos espacios abiertos —añadió con su voz profundamente seria y lentamente pueril. («Esta voz», no pudo menos que pensar Mrs. Quarles, y se arrepintió inmediatamente de este pensamiento, porque, después de todo, la pobre muchacha no tenía culpa de su voz, «hace parecer harto sofocantes los anchos espacios abiertos»)—. Y cuando vuelvo la vista hacia atrás, la población negra ¡me parece tan pequeña, tan insignificante en comparación con el espacio y el vasto cielo! Como si la mirara por el revés de unos anteojos de campaña.

Mrs. Quarles frunció ligeramente el entrecejo.

—No tan insignificante como eso —dijo—. Porque, después de todo, hay gentes que viven en ella, por negras que sean. Y el revés de los anteojos es siempre el revés. No tenemos por qué mirar las cosas de modo que parezcan pequeñas e insignificantes. Ese es uno de los peligros de salir a pleno cielo; tendemos demasiado a pensar en las poblaciones y en las gentes que viven en ellas como pequeñas, lejanas y sin importancia. Pero no lo son, Marjorie. Y el deber de los que han tenido la fortuna de salir al espacio abierto es ayudar a los demás a salir también. —De nuevo frunció el entrecejo contra sí misma esta vez; odiaba todo lo que se pareciese a un sermón. Pero Marjorie no debía imaginarse a sí misma superior ni desprendida del mundo—. ¿Cómo está Walter? —preguntó con una inconsecuencia solo aparente—. ¿Qué tal se llevan ahora usted y él?

—Como siempre —dijo Marjorie.

Esta confesión la hubiera hecho sentirse, pocas semanas antes, completamente desventurada. Pero ahora Walter había comenzado a parecerle pequeño y un poco lejano. Por supuesto, lo amaba todavía; pero, en cierto modo, por el revés de los anteojos. Por el derecho no veía sino a Dios y a Jesús; estos descollaban, magníficos, en su campo visual.

Mrs. Quarles la miró, y una expresión de tristeza pasó rápidamente por su sensitivo rostro.

—¡Pobre Walter! —dijo.

—Sí, me da mucha lástima —dijo Marjorie.

Hubo un silencio.

El viejo doctor Fisher le había dicho que fuese a verlo y lo tuviese al corriente cada dos o tres semanas, y Marjorie aprovechó la reducción de tarifas de aquel miércoles para saltar a Londres, hacer algunas compras indispensables y decirle al doctor que se sentía muy bien.

—Su semblante lo dice —dijo el médico, mirándola a través de sus gafas, y después por encima de ellas—. Sí, incomparablemente mejor que la última vez. Eso ocurre con frecuencia en el curso del cuarto mes —se puso a explicarle. El doctor gustaba de hacer que sus pacientes se interesaran inteligentemente en su propia fisiología—. La salud mejora. Y los ánimos también. Es que el cuerpo se ha adaptado al nuevo estado de cosas. Las modificaciones en la circulación tienen, sin duda, algo que ver con el asunto. El corazón fetal comienza a latir en ese tiempo. He conocido casos de mujeres neurasténicas que deseaban tener hijo tras hijo en tan rápida sucesión como les era posible. La preñez era lo único que podía curarles su melancolía y sus obsesiones. ¡Qué poco conocemos todavía de las relaciones entre el cuerpo y el espíritu!

Marjorie sonrió, y nada dijo. El doctor Fisher era un ángel, uno de los hombres mejores y más amables que hubiese producido la tierra. Pero había cosas que comprendía todavía menos que las relaciones entre el cuerpo y el espíritu. ¿Qué comprendía él de Dios, por ejemplo? ¿Qué sabía él acerca del alma y de su mística comunión con los poderes espirituales? ¡Pobre doctor Fisher! De lo único que podía hablar era del cuarto mes del embarazo y del corazón fetal. Ella sonrió interiormente con una especie de compasión hacia el viejo.

* * *

Aquella mañana Burlap se mostró afectuoso.

—¿Qué hay, mi viejo? —dijo, poniendo una mano en el hombro de Walter—.

¿Vamos a salir a comer una chuleta juntos a cualquier parte?

Dio un ligero apretón al hombro de Walter y bajó la vista hacia él, sonriendo con la ternura enigmática de un santo de Sodoma.

—¡Ay! —dijo Walter, tratando de simular un afecto correspondiente—, tengo que comer con un amigo al otro extremo de Londres. —Era mentira; pero le era imposible soportar una hora en compañía de Burlap, en una casa de chuletas de Fleet Street—. Además, quería ver si tenía alguna carta de Lucy en su club. Consultó su reloj. ¡Diablos! —añadió, no queriendo prolongar su conversación con Burlap—. Tengo que irme en seguida.

Fuera llovía. Los paraguas semejaban hongos negros que hubieran brotado súbitamente del fango. ¡Qué tiempo más sombrío! En Madrid debía hacer un sol feroz. «Pero yo adoro el calor —había dicho ella—. Florezco en los hornos». Él se había imaginado las noches españolas oscuras y ardientes, y el cuerpo de Lucy, pálido a la luz dé las estrellas, como un fantasma, pero cálido y tangible; y el amor, tan paciente e implacable como el odio; y las posesiones, como un lento asesinato. Sus voluptuosidades imaginativas habían justificado todas las mentiras, todas las bajezas concebibles. Poco importaba lo que hubiese que hacer o dejar de hacer con tal de que sus visiones se realizasen. Él había preparado el terreno, había inventado una serie de mentiras complicadas, una porción para Burlap y otra para Marjorie; había hecho indagaciones acerca del precio de los pasajes; se había arreglado con el Banco para girar al descubierto sobre su cuenta. Y luego había llegado la carta de Lucy con la noticia de que había cambiado de idea. Ella se quedaba en París. ¿Por qué? No había sino una razón posible. Sus celos, su decepción, su humillación se habían desbordado en seis páginas de reproches y de furor.

—¿Alguna carta? —preguntó al portero, simulando indiferencia al entrar en el club.

El tono de su voz quería dar a entender que no esperaba nada más interesante que una circular de algún editor o una oferta filantrópica de adelantarle cinco mil libras sin ninguna garantía. El portero le entregó el familiar sobre amarillo. Lo abrió ávidamente y desdobló tres pliegos de garabatos hechos con lápiz. «Quai Voltaire. Lunes». Se esforzó por descifrar la escritura; era casi tan difícil de leer como un manuscrito antiguo. «¿Por qué me escribe usted siempre con lápiz?». Walter recordó la pregunta de Cuthbert Arkwright y lo que le había respondido ella. «Yo se los limpiaré a besos», había replicado él. ¡Cernícalo! Walter entró en el comedor y escogió su almuerzo. Entre bocado y bocado descifró la carta de Lucy.

Quai Voltaire.

Insufrible tu carta. De una vez para siempre, no estoy dispuesta a recibir injurias ni lloriqueos; no quiero, simplemente, oír más reproches ni acusaciones. Yo hago lo que me viene en gana, y no reconozco a nadie derecho de discutir mis actos. La semana pasada pensé que sería agradable ir a Madrid contigo; esta semana he cambiado de parecer. Si este cambio de parecer te ha causado algún trastorno material, lo siento. Pero no presento la menor excusa por haber cambiado de parecer, y si tú te imaginas que tus jeremiadas y tus celos me llenan de compasión hacia ti, estás muy equivocado. Son intolerables, son inexcusables. ¿Deseas tú saber realmente por qué no salgo ya de París? Muy bien. Sin duda, habrás encontrado algún hombre que te gusta más que yo ¡Maravilloso, mi querido Sherlock Holmes! ¿Y sabes dónde lo he encontrado? En la calle. Paseándome a lo largo del bulevar Saint Germain, mirando las librerías. Advertí que un joven me seguía de escaparate en escaparate. Su aire me gustó. El pelo, muy negro; la piel, olivácea; de porte más bien romano; no más alto que yo. Al cuarto escaparate comenzó a hablarme en un francés extraordinario, con acento en todas las e mudas. Ma lei è italiano. Lo era: enorme regocijo. Parla italiano? Y comenzó a derramar su admiración en el toscano más selecto. Yo lo miré. Después de todo, ¿por qué no? Alguien que una no ha visto jamás y de quien no sabe nada… es una idea excitante. Absolutamente extraños en un momento y, en el momento siguiente, tan íntimos como puedan serlo dos seres humanos. Además, él era una hermosa criatura. Vorrei e non vorrei, dije yo. Pero él no había oído hablar de Mozart, no conocía sino a Puccini; así que yo corté la charla. Bien. Llamamos un taxi, que nos llevó a un hotelito cerca del Jardin des Plantes. Habitaciones por horas. Una cama, una silla, un armario, un lavabo con jofaina y jarro de hojalata, un portatoallas, un bidé. Sórdido, pero esto formaba parte de la fiesta. Dunque, dije yo. No lo había dejado tocarme en el coche. Él se abalanzó sobre mi cuerpo como si fuera a matarme, con los dientes trincados. Yo cerré los ojos como un mártir cristiano frente a un león. El martirio es excitante. Dejarse lastimar, humillar, usar de limpiabarros… cosa extraña. A mí me gusta. Además, el limpiabarros se sirve también del que lo utiliza. Es complicado. Él acababa de llegar de unas vacaciones pasadas junto al Mediterráneo, y su cuerpo estaba moreno y pulido por el sol. Tenía un aire magníficamente feroz, como un piel roja. Y es tan feroz como parece. Todavía tengo las marcas de su mordedura en el cuello. Tendré que usar bufanda durante varios días. ¿Dónde he visto yo aquella estatua de Marsias, en la que se le ve cuando lo desuellan? Así era su rostro. Yo le clavé las uñas en el brazo hasta hacerle salir sangre. Después le pregunté su nombre. Se llama Francesco Allegri y es ingeniero de aeronáutica; viene de Siena, donde su padre es profesor de Medicina de la Universidad. ¡Qué curiosa inconsecuencia en el hecho

de que un salvaje de piel morena trace planos de motores de avión y tenga un padre profesor de Facultad! Mañana lo volveré a ver. Así que ya sabes, Walter, por qué he cambiado de parecer acerca de nuestra ida a Madrid. No vuelvas a enviarme jamás otra carta como la anterior.

L.

* * *

Marjorie tomó el tren de las tres y doce, de vuelta a Chamford. Cuando llegó, había cesado la lluvia. Las colinas, al otro lado del valle, tocadas por el sol, parecían brillar con luz propia contra el humo y el índigo de las nubes. Las gotas pendían aún de las ramas, y todas las copas de hojas y pétalos estaban llenas. La tierra humedecida despedía una fresca y deliciosa fragancia: se oía el canto de los pájaros. Al pasar ella bajo las ramas pendientes del gran roble, a media cuesta, un soplo de viento le arrojó al rostro un frío chaparrón. Marjorie rio de placer.

Se encontró la casita vacía. La doncella había salido, y no estaría de vuelta hasta un poco antes de la hora de acostarse. El silencio de los cuartos vacíos tenía una cualidad de transparencia cristalina y musical; la soledad parecía dulce y amigable. Moviéndose por la casa, marchó en la punta de los pies, como si temiera despertar a un niño dormido.

Marjorie se preparó una taza de té, lo sorbió, comió un bizcocho, encendió un cigarrillo. El gusto de lo que había comido y bebido, el aroma del tabaco, le parecieron particularmente deliciosos y, en cierto modo, nuevos. Era como si acabara de descubrirlo.

Puso el sillón frente a la ventana, y permaneció sentada, mirando hacia afuera, por encima del valle, hacia las brillantes colinas con su fondo de tempestad. Recordó un día como aquel, del tiempo en que vivían en su casa de campo de Berkshire. El sol, más luminoso por su poca seguridad en medio de las sombras; una tierra brillante y transfigurada. Walter había permanecido sentado con ella, junto a la ventana abierta. Él la amaba entonces. Y, sin embargo, ella era más dichosa ahora, mucho más dichosa. No deploraba nada de cuanto había ocurrido en el intervalo. El sufrimiento había sido necesario. La nube era lo que acentuaba el resplandor de su felicidad presente. Nube oscura; pero ¡cuán remota ahora, cuán curiosamente ajena a ella! Y aquel otro resplandor de felicidad antes de la venida de la nube; también era pequeño y lejano, como una imagen en un espejo curvo. ¡Pobre Walter!, pensó; y, de un modo distante, le tenía lástima. Buscando la felicidad, se había hecho desventurado. La felicidad es un

subproducto, había dicho Mrs. Quarles. Era verdad. «Felicidad, felicidad». Marjorie se repitió la palabra. Sobre el fondo de vapores negros, las colinas eran como de esmeralda y oro verde. La felicidad, la belleza, el bien. «La paz de Dios —susurró ella—, la paz de Dios que sobrepasa a todo entendimiento. Paz, paz, paz…». Se sintió como diluyéndose en la dorada tranquilidad, hundiéndose y siendo absorbida en ella, disolviéndose de la separación hacia la unión. La calma fluía hacia la calma; el silencio exterior se identificaba con el silencio interior. El agitado y turbio licor de la existencia se calmaba poco a poco, y todo cuanto lo había hecho opaco —todo el ruido y el bramido del mundo, todas las inquietudes, todos los deseos, todos los sentimientos personales— comenzaba a asentar como un sedimento, a caer lenta, lentamente y sin ruido en lo invisible. El turbio licor se tornó cada vez más claro, cada vez más traslúcido. Detrás de aquella bruma que se disipaba poco a poco, estaba la realidad, estaba Dios. Era una revelación lenta, progresiva. «Paz, paz», murmuró para sí; y las últimas arrugas se calmaron sobre la superficie de la vida; las opacidades levantadas por la agitación de la vida acabaron de caer, anonadadas por la calma absoluta. «La paz, la paz». Ella no tenía ya deseos ni preocupaciones. El licor, que había sido turbio, era ahora completamente claro, más claro que el cristal, más diáfano que el aire; la bruma se había desvanecido, y la realidad sin velos era una maravillosa vaciedad, era la nada. La nada: la única perfección, el único absoluto. La infinita y eterna nada. La revelación gradual ya era completa.

Marjorie despertó con el ruido de la aldaba en la puerta principal y los pasos que sonaron en el pasillo. De mala gana, y con una especie de dolor, surgió de las profundidades del divino ensimismamiento; su alma subió de nuevo a la superficie de la conciencia. En las colinas la luz del sol había tomado un color más profundo; y el cielo, ya sin nubes, era de un azul pálido y verdoso, como el agua. Se acercaba el crepúsculo. Ella tenía los miembros entumecidos. Debía haber permanecido sentada durante varias horas.

—¿Walter? —preguntó hacia el pasillo de donde partían los ruidos.

Él respondió con voz muerta, apagada. «¿Por qué será tan desdichado?», se preguntó ella al oírlo; pero se lo preguntó desde una gran distancia y con una especie de resentimiento lejano. La ofendía su presencia perturbadora, interruptora; la ofendía su existencia misma. Él entró en la pieza, y ella advirtió que venía pálido y profundamente ojeroso.

—¿Qué pasa? —preguntó, casi contra su voluntad. Cuanto más se acercaba Walter, más se alejaba de la maravillosa nada de Dios—. Traes mal semblante.

—No es nada —contestó él—. Un poco fatigado, eso es todo.

En el tren había leído y releído la carta de Lucy hasta que casi la sabía de memoria. Su imaginación había suplido lo que no decían las palabras. Él conocía aquel sórdido cuartito

del *hôtel meublé*; él había visto el cuerpo moreno del italiano y la blancura de Lucy; y los dientes trincados del hombre y su cara, semejante a la cara de Marsias torturado, y la propia cara de Lucy con aquella expresión que conocía él, aquel aire de sufrimiento grave y atento, como si el agudo placer fuera una profunda y difícil verdad que solo pudiera asirse a costa de una intensa concentración.

«Vaya —pensó Marjorie—, él ha dicho que no es nada». Más valía así; ella no tenía ya por qué preocuparse.

—¡Pobre Walter! —dijo en voz alta, y le sonrió con piadosa ternura.

Él no solicitaría su atención ni sus sentimientos; ya no la molestaba. «¡Pobre Walter!».

Walter la miró un momento; luego se alejó. Él no necesitaba de compasión. Al menos, no aquella especie de compasión de ángel superior, y no de parte de Marjorie. En un tiempo había aceptado la compasión de ella. El recuerdo del incidente le crispaba los nervios de vergüenza. Pero nunca más. Se retiró.

Marjorie oyó sus pasos en la escalera y el golpe de una puerta.

«Con todo —pensó con solicitud forzada—, hay algo que no marcha bien. Algo que lo ha hecho particularmente desdichado. Acaso deba subir a ver lo que está haciendo».

Pero no subió. Permaneció sentada en el mismo lugar, completamente inmóvil, olvidándolo deliberadamente. El poco sedimento que la venida de Walter había agitado en ella, pronto bajó otra vez al fondo. A través del vacío sin vida del éxtasis, su espíritu se hundió de nuevo en Dios, en el absoluto perfecto en la nada ilimitada y sempiterna. Pasó el tiempo; el fin de la tarde se transformó en crepúsculo estival; el crepúsculo se espesó lentamente en tinieblas.

Daisy, la doncella, regresó a las diez.

—¿Sentada en la oscuridad, señora? —preguntó, mirando la sala. Encendió la luz. Marjorie se estremeció. El resplandor de la luz devolvió a sus ojos deslumbrados todos los detalles inmediatos del mundo material. Dios se había desvanecido como una burbuja pinchada. Daisy advirtió la mesa sin cubiertos—. ¡Cómo! ¿No ha cenado usted, señora? —exclamó con horror.

—Pues es verdad, no —dijo Marjorie—. Me he olvidado completamente de la cena.

—¿Ni tampoco Mr. Bidlake? —continuó Daisy con reproche—. ¡Oh, si estará muerto de hambre, pobre señor!

Y se precipitó a la cocina en busca de carne fría y pepinillos.

Arriba, en su habitación, Walter yacía tendido en la cama, con el rostro hundido en la almohada.

XXXI

Un crucigrama había llevado a Mr. Quarles al volumen diecisiete de la *Encyclopaedia Britannica*. La curiosidad ociosa le había detenido. El Lord Chambelán, aprendió allí, porta un báculo blanco y lleva una llave de oro u ornada de piedras preciosas. La palabra lotería no tiene una significación precisa; pero Nerón daba premios tales como una casa o un esclavo, mientras que Heliogábalo introdujo un elemento absurdo: un billete para un vaso de oro, y otro para seis moscas. Pinkney B. S. Pinchback era gobernador interino de Luisiana en 1873. Para definir la lira es necesario distinguirla claramente del arpa y de la guitarra, instrumentos semejantes. En una de las barrancas del norte de Madeira existen, expuestas a la vista, masas de esexita toscamente cristalina. Pero existe también un lado negativo de la magia. El magnetismo terrestre tiene una larga historia. Había comenzado justamente a leer el artículo acerca de *sir* Blundell Maple, *Baronet* (1845-1903), cuyo padre, John Maple (muerto en 1900), tenía una pequeña tienda de muebles en Tottenham Court Road, cuando la doncella apareció a la puerta y anunció que había una señorita que deseaba verlo.

—¿Una señorita? —repitió él con cierta sorpresa, quitándose los lentes.

—Sí, soy yo —dijo una voz familiar, y Gladys se adelantó a la doncella y avanzó hacia el centro de la pieza.

Al verla, Mr. Quarles sintió un súbito espasmo de aprensión. Se levantó.

—Puede usted retirarse —dijo muy dignamente a la doncella. Esta se retiró—. ¡Mi querida Gladys! —Le tomó la mano; ella la retiró—. Pero ¡qué sorpresa!

—Sí, una sorpresa muy agradable, ¿no? —contestó ella sarcásticamente.

La emoción resucitaba siempre en ella la jerga de Londres. Se sentó, plantándose con fuerza y decisión en el centro de una silla. «Aquí estoy —pareció significar aquel modo resuelto de sentarse— y aquí me quedo». O aun: «Aquí me quedo, quieras que no».

—Muy agradable, por cierto —dijo Mr. Quarles con un tono melifluo, por decir algo. Aquello era terrible, pensaba él. ¿Qué podía buscar ella? ¿Y cómo podría él echarla de casa? Después de todo, si era necesario, podría decir que la había mandado a buscar para que le pasara a máquina algún trabajo particularmente urgente—. Muy inesperada —añadió él—, en efecto.

Ella cerró la boca con firmeza y lo miró, con unos ojos cuya expresión no agradó en modo alguno a Mr. Quarles, como si esperara algo. Pero ¿qué?

—Desde luego, encantado de volverla a ver —continuó él.

—¡Ah!, ¿de verdad? —Y rio con una risa peligrosa.

Mr. Quarles la miró y tuvo miedo. La detestaba. Comenzó a preguntarse por qué la

habría deseado jamás.

—Muy encantado —repitió con un énfasis pleno de dignidad. Lo importante era mantenerse digno, conservar con firmeza su superioridad—. Pero…

—Pero… —dijo ella como un eco.

—Bueno… en realidad, yo creo que ha sido un poco improcedente de su parte el venir aquí.

—¡Él cree que ha sido improcedente! —dijo Gladys, como si pasara esta información a una tercera persona invisible.

—Por no decir innecesario.

—Bien; yo soy la que tengo que juzgar en este caso, ¿no?

—Después de todo, usted sabe perfectamente que si quería verme no tenía más que escribirme, y yo me hubiera presentado allá al instante. Así que ¿para qué correr el riesgo de venir aquí? —Él aguardó. Pero Gladys no contestó: se limitó a mirarlo con aquellos ojos verdes y duros, los labios cerrados en una sonrisa que parecía contener enigmáticamente sabe Dios qué pensamientos y sentimientos peligrosos—. Verdaderamente, me desconcierta usted un poco. —El modo como Mr. Quarles expresó este reproche fue digno e impresionante, pero bondadoso, siempre bondadoso—. Sí, me desconcierta, *rehealmente*.

Gladys echó la cabeza hacia atrás y emitió; una risa de hiena, breve y aguda. Mr. Quarles quedó pasmado. Pero conservó su dignidad.

—Sí, ríase usted —dijo—. Pero yo hablo seriamente. No tenía usted derecho a venir aquí. Usted sabía perfectamente cuán importante es que no se sospeche nada. Especialmente aquí… en mi propia casa. Usted lo sabía.

—Sí, yo lo sabía —repitió Gladys, sacudiendo la cabeza con ferocidad—. Y he ahí precisamente por qué he venido. —Se quedó un momento en silencio. Pero la presión de sus sentimientos le impidió callar por más tiempo—. Porque sabía que usted tenía temor —continuó—, temor de que las gentes descubrieran quién era usted, en realidad. ¡Usted, viejo indecente! —Y de repente, perdiendo todo dominio sobre su furia, se puso de pie de un salto y avanzó tan amenazadoramente contra Mr. Quarles que le hizo retroceder un paso. Pero su ataque era solo verbal—. ¡Dándose ese tono, como si fuera usted el príncipe de Gales! ¡Y luego lleva a comer a una chica a una pobre casa de comidas! ¡Y se pone a sermonear contra todo el mundo, peor que si fuera un cura, cuando usted mismo no es más que un cochino viejo indecente! Sí, un cochino viejo indecente: he ahí lo que es usted. ¡Y hablándole a una de amor! ¡Yo sé qué clase de amor es ese! ¡Vaya si lo sé! No va una segura con usted ni en un taxi. No, ni allí. ¡Viejo sátiro asqueroso! Y luego…

—¡Oiga, oiga!…

Mr. Quarles se había recobrado suficientemente de su primer choque de horrorizada sorpresa para poder protestar. Aquello era terrible, inaudito. Se sintió literalmente devastado, destrozado, saqueado.

—¡Oiga, oiga! —hizo ella, imitándole burlonamente—. Y luego, sin pagarle a una siquiera una mediana localidad en el teatro. Pero cuando se trataba de divertirse un poco a su gusto… ¡Oh diablo! ¡Viejo cerdo asqueroso! Y luego, dándose un aire a lo Rodolfo Valentino con sus paparruchas de todas las mujeres que han estado locas por usted. ¡Por *usted*! Debería mirarse al espejo. ¡Si se parece a un huevo encarnado!

—¡Qué despropósito!

—¡Hablando de amor con una cara como esa! —continuó ella con una voz todavía más aguda—. ¡Un viejo cerdo como usted! Y luego, no le da a una sino un cochino reloj viejo y un par de aretes que ni siquiera tienen buenas piedras, porque yo le pregunté a un joyero, que dijo que eran falsas. Y ahora, para colmo, heme aquí con un crío en la barriga.

—¿Un crío? —dijo Mr. Quarles incrédulamente, pero con una sensación de vacío y aprensión todavía más profunda y espantosa—. Pero no, eso no puede ser…

—¡Sí, un crío! —gritó Gladys, dando una patada en el suelo—. ¿No oye usted lo que le digo, viejo idiota? Un crío. Por eso he venido aquí. Y no me marcharé hasta que…

En este mismo momento entró Mrs. Quarles del jardín por la puerta ventana. Venía de hablar con Marjorie en su casita y entraba a decirle a Sidney que había invitado a la joven pareja a comer aquella tarde.

—¡Oh, perdón! —dijo ella, deteniéndose en el umbral.

Hubo un momento de silencio. Luego, dirigiéndose esta vez a Mrs. Quarles, Gladys comenzó de nuevo con una furia incontrolable. Cinco minutos después sollozaba no menos irresistiblemente, y Mrs. Quarles trataba de consolarla. Sidney aprovechó la oportunidad para escurrirse fuera de la pieza. Cuando sonó el gong que anunciaba el almuerzo, mandó a decir que se sentía muy enfermo y que hicieran el favor de mandarle un par de huevos pasados por agua, tostadas con mantequilla y un poco de compota.

Entretanto, en el estudio, Mrs. Quarles se inclinaba con solicitud sobre la silla de Gladys.

—Si no es nada —repetía, dándole golpecitos en la espalda—, si no es nada. No llore usted más. —«¡Pobre chica!», pensaba. «¡Y qué perfume más desagradable! ¡Ah!, ¿cómo ha *podido* Sidney…?». Y luego, nuevamente: «¡Pobre muchacha, pobre muchacha!»— ¡No llore usted! Hay que tener valor. Todo se arreglará.

Los sollozos de Gladys se fueron apaciguando poco a poco. Mrs. Quarles siguió hablándole con voz tranquila y consoladora. La joven escuchaba. Luego se levantó de súbito. El rostro que se enfrentó con el de Mrs. Quarles estaba cargado de una feroz

expresión de burla, a pesar de los surcos de las lágrimas.

—¡Oh, cállese usted —dijo sarcásticamente—, cállese usted la boca! ¿Por quién me toma usted? ¿Por una chiquilla? ¡Vaya un modo de hablarme! Se cree usted que me voy a tranquilizar porque me hable usted así, ¿eh? ¿Que eso me hará olvidar mis derechos? Habla que te habla, que la chiquilla va a ser muy buena, ¿no? Pero usted se equivoca, se lo digo yo. Se equivoca usted de medio a medio. ¡Y no va a tardar mucho en saberlo, soy yo quien se lo dice!

Y con esto saltó fuera de la pieza por la puerta del jardín y desapareció.

XXXII

Elinor se hallaba sola en su casita, al final de las caballerizas. Un leve rumor de tránsito lejano acariciaba el cálido silencio. Un bol de mezclados pétalos y especias, que le había dado su madre, poblaba el aire, para ella, de incontables recuerdos de la infancia. Se hallaba arreglando rosas en un florero; enormes rosas blancas con pétalos de porcelana maleable, rosas anaranjadas como remolinos de llama congelada y perfumada. El reloj de campana sobre la chimenea hizo un súbito e inesperado comentario de ocho notas, dejando en el aire un retintín de armónicas vibraciones que se desvanecieron melancólicamente en la nada, como la música de un barco que se aleja. Las tres y media. Y a las seis vendría Everard. Ella lo esperaba para tomar juntos un cóctel, se tomó la molestia de explicarse a sí misma, antes de que él la llevara al restaurante, y después al teatro. Una simple noche de diversión, como cualquier otra noche de diversión. Continuó repitiéndoselo así, porque en el fondo, estaba proféticamente segura, sabía que la noche no sería en modo alguno como las demás, sino cardinal, decisiva. Tendría que decidirse, que elegir. Pero ella no quería elegir; por eso trataba de convencerse de que la noche sería simplemente algo trivial y divertido. Era como cubrir un cadáver de flores. Montañas de flores. Pero el cadáver persistía, a pesar de los lirios que lo ocultaban. Y ella tendría que elegir, a pesar de la comida en casa de Kettner y a pesar del teatro. Dando un suspiro, tomó el pesado vaso con las dos manos, y se hallaba justamente levantándolo hasta la repisa de la chimenea cuando llamaron fuerte a la puerta. Elinor se sobresaltó con tal violencia, que por poco deja caer su carga. Y el terror persistió, aun cuando se había recobrado ya del primer choque de sorpresa. Una llamada a la puerta, cuando estaba sola en la casa solitaria, le hacía latir siempre desazonadamente el corazón. La idea de que había allí alguien esperando, escuchando, un extraño, acaso un enemigo (porque la fantasía de Elinor estaba poblada de horribles caras peludas que acechaban en las esquinas, con manos amenazadoras, con cuchillos, porras y pistolas), o tal vez un loco que escuchaba atentamente a ver si oía algún ruido en la casa, aguardando, aguardando como una araña a que ella abriera la puerta, era una pesadilla para ella, un terror. La llamada se repitió. Dejando el vaso, avanzó en la punta de los pies con precaución infinita hacia la ventana y miró por entre las cortinas. Los días en que se sentía particularmente nerviosa le faltaba hasta el valor de hacer esto; de modo que permanecía sentada, inmóvil, esperando que los latidos de su corazón no se oirían en la calle, hasta que el que había llamado perdía la paciencia y se marchaba. Al otro día, el repartidor de la casa Selfridge le causaba punzantes remordimientos excusándose por una entrega tardía. «Vine ayer tarde, señora; pero no había nadie en casa». Elinor se sentía avergonzada y ridícula. Pero tan pronto como volvía

a hallarse sola y nerviosa hacía exactamente lo mismo.

Aquella tarde tuvo valor; se arriesgó a mirar al enemigo: a mirar, al menos, aquello que pudiese ver, ojeando de lado a través de los vidrios hacia la puerta. Una pierna con pantalón gris y un codo era todo lo que entraba en su campo visual. Llamaron una vez más. La pierna retrocedió, una chaqueta entera apareció a la vista: luego, el sombrero negro y, volviendo la cabeza, el rostro de Spandrell. Ella corrió hacia la puerta y abrió.

—¡Spandrell! —llamó, porque él había dado ya la vuelta para marcharse. Spandrell regresó, levantando su sombrero. Se dieron la mano—. Perdone usted —explicó ella—. Estaba sola. Creía que sería, por lo menos, un asesino. Luego me asomé a la ventana y vi que era usted.

Spandrell dio salida a una risa breve y silenciosa.

—Pero pudiera ser todavía un asesino, aun cuando sea yo.

Y blandió su bastón nudoso ante ella, a modo de broma; pero el juego se parecía tan dramáticamente a sus representaciones imaginarias del artículo auténticamente homicida, que Elinor se sintió francamente desasosegada.

Cubrió su emoción con una risa, pero decidió no hacerlo pasar. De pie en el umbral se sentía más segura.

—Con todo —dijo—, siempre sería mejor que la asesinara a una un conocido que un extraño.

—¿Cree usted? —Él la miró; las comisuras de su ancha boca, parecida a un verdugón, se contrajeron en una sonrisa extraña—. Hay que ser mujer para pensar en esos refinamientos. Pero si acaso siente usted deseo de que le corten la garganta de un modo completamente amistoso…

—¡Mi querido Spandrell! —protestó ella, y se sintió todavía más contenta de hallarse aún en el umbral y no en el interior de la casa.

—… No vacile en mandarme a buscar a mí. Cualquiera que sea el sacrificio —se llevó la mano al corazón—, volaré a su lado o más bien a su pescuezo. —Juntó los tacones y se inclinó—. Pero dígame —continuó en otro tono—: ¿está Philip por aquí? Quería que viniese a cenar conmigo esta noche. A casa de Sbisa. La invitaría a usted también. Pero es una comida de hombres solos.

Ella le dio las gracias.

—Pero yo no hubiera podido ir de ningún modo. Y Philip ha ido al campo a ver a su madre. Y no volverá hasta la hora del concierto de Tolley en el Queen's Hall. Pero yo recuerdo que dijo que pasaría por casa de Sbisa después del concierto, en la vaga esperanza de encontrarse con alguien. Usted lo verá a esa hora. Tarde.

—Bien; más vale tarde que nunca. O al menos —y emitió otra de sus risas silenciosas

— así lo desea uno piadosamente, en lo que a sus amigos respecta. ¡Deseos piadosos! Pero, a decir verdad, hay que modificar el proverbio. Más vale nunca que temprano.

—Entonces, ¿a qué molestarse en invitar a nadie a comer?

Spandrell se encogió de hombros.

—La fuerza de la costumbre —dijo—. Y, además, generalmente, cuando los invito, les hago pagar.

Los dos estaban todavía riendo cuando un fuerte sonido de timbre les hizo volver la cabeza. Un mensajero de Telégrafos, en una bicicleta roja, se precipitaba hacia ellos caballerizas abajo.

—¿Quarles? —preguntó, saltando de su máquina.

Elinor tomó el telegrama y lo abrió. La risa se desvaneció de su rostro.

—No hay respuesta.

El chico montó de nuevo y se alejó. Elinor permaneció con la vista fija en el telegrama, como si estuviera escrito en idioma poco familiar, difícil de interpretar. Consultó su reloj pulsera; luego volvió la vista a la hojita de papel.

—¿Quiere prestarme usted un servicio? —dijo al fin, volviéndose hacia Spandrell.

—Por supuesto.

—Mi niño está enfermo —explicó—. Me piden que vuelva. Si me doy prisa —consultó de nuevo su reloj—, podré tomar justamente el tren de las cuatro y diecisiete en Euston. Pero no me queda un minuto para otra cosa. ¿Quiere usted telefonear a Everard Webley de mi parte y explicarle por qué no puedo comer hoy con él? —Era una advertencia, pensó ella; una interdicción—. Antes de las seis, a su oficina.

—Antes de las seis —repitió él lentamente—. A su oficina. Muy bien.

—Tengo que irme volando —dijo ella, tendiéndole la mano.

—Pero yo voy a llamar un taxi mientras usted se pone el sombrero.

Ella le dio las gracias. Spandrell se alejó a paso rápido a lo largo de las caballerizas. «Una interdicción», se repitió Elinor, al tiempo que se ajustaba el sombrero frente al espejo veneciano, en la sala. La elección le había sido impuesta. «Pero impuesta —continuó reflexionando— a expensas del pobrecito de Phil». Se preguntó qué le pasaría. El telegrama de su madre —tan característico que no pudo menos que sonreír al recordarlo de nuevo— no decía nada: «Philip, un poco *souffrant*; nada de cuidado, pero aconsejaría vinieras pronto. Madre». Elinor recordó cómo el niño se había mostrado difícil y nervioso últimamente y con qué facilidad se fatigaba. Se reprochó a sí misma por no haberse dado cuenta de que estaba adquiriendo una enfermedad. Ahora se había descubierto. Un poco de gripe tal vez. «Debí poner más cuidado», continuó repitiéndose. Garabateó una nota para su marido: «El adjunto telegrama explica mi partida súbita. Ven

a reunirte conmigo mañana por la mañana a Gattenden». ¿Dónde pondría esta nota para tener la certeza de que Philip la vería al entrar? ¿Contra el reloj sobre la chimenea? Pero ¿querría él necesariamente consultar la hora? ¿En la mesa? No, prendida con un alfiler al biombo; ¡ya estaba! De este modo no podría dejar de verla. Corrió escaleras arriba en busca de un alfiler. Sobre el tocador de Philip vio un manojo de llaves. Las tomó y las miró con el ceño fruncido. «¡Qué idiota! ¡Se ha olvidado las llaves! ¿Cómo va a entrar esta noche?». El ruido de un taxi bajo la ventana le sugirió la solución. Se precipitó hacia abajo; prendió la nota y el telegrama de modo visible en el biombo que separaba la parte «salón» de la estancia, y salió al patio de las caballerizas. Spandrell se hallaba de pie ante la portezuela del coche.

—Ha sido verdaderamente muy amable de su parte —dijo ella—. Pero no he terminado todavía de utilizar sus servicios. —Le mostró las llaves—. Cuando vea usted a Philip esta noche, entréguele esto y, con todo mi cariño, dígale que es un imbécil. No podría entrar sin las llaves. —Spandrell las tomó en silencio—. Dígale por qué me he ido y que lo espero mañana. —Entró en el taxi—. Y no se olvide de telefonear a Webley. Antes de las seis. Porque quedó en venir a buscarme aquí a las seis.

—¿Aquí? —preguntó él con una súbita expresión de interés y de curiosidad que Elinor halló un poco ofensiva y desconcertante. ¿Se imaginaría él alguna cosa, osaría suponer que…?

—Sí, aquí —dijo ella con un breve signo de cabeza.

—No me olvidaré —le aseguró él con énfasis, y en su expresión había algo que le hizo sospechar una significación especial detrás de la naturalidad de sus palabras.

—Muchas gracias —dijo Elinor, sin cordialidad—. Y ahora tengo que irme volando.

Le dio las señas al chofer. El taxi marchó hacia atrás a lo largo del patio, pasó bajo el arco, dio la vuelta y partió.

Spandrell se fue lentamente hasta Hyde Park Corner. Desde la cabina pública de la estación telefoneó a Illidge.

* * *

Everard Webley daba zancadas por la pieza, dictando. Érale imposible la composición sedentaria. «¿Cómo hacen las gentes para escribir, injertadas a una silla, todo el día de enero a enero?». Para él era incomprensible. «Yo, cuando me hallo sentado en una silla o tendido en una cama, me transformo a imagen del mueble con el cual me he combinado: madera y acolchado, simplemente. Mi espíritu no se mueve sin que se muevan mis músculos». Los días en que tenía mucha correspondencia, cuando había artículos que

dictar, discursos que componer, el día de trabajo de Everard era una excursión de ocho horas a pie. «Haciendo de león»: así era como sus secretarias describían sus métodos de dictado. En este momento se hallaba haciendo de león, de león agitado, un poco antes de la hora de comer: marchando a paso largo de una a la otra pared de su amplia oficina desnuda.

«No se olvide —decía, frunciendo el entrecejo, al hablar, hacia la alfombra gris; bajo el lápiz de su secretaria, la taquigrafía se deslizaba sobre la página en blanco—, no se olvide de que la autoridad, en último extremo, me pertenece en todos los casos y de que, mientras yo permanezca a la cabeza de la H. I. L., toda tentativa de insubordinación será pronta e implacablemente reprimida. De usted, etc».

Se quedó en silencio y, volviendo a su pupitre desde el lugar donde lo había dejado la conclusión de su marcha leonina y pensativa, pasó la vista sobre los papeles dispersos.

—No parece haber nada más —dijo, y consultó su reloj. Acababan de dar las seis menos cuarto—. Téngame esas cartas listas para firmarlas mañana por la mañana —continuó. Tomó su sombrero de la percha—. Buenas tardes.

Y, cerrando la puerta, descendió los escalones de dos en dos. Fuera le aguardaba el chofer con el automóvil. Era una máquina poderosa (porque a Everard le gustaba conducir a velocidades vertiginosas) y, puesto que le gustaba también la sensación de batirse con los elementos atmosféricos y con el viento levantado por su propia velocidad, un coche abierto. Una tela impermeable fuertemente estirada cubría toda la parte posterior de la carrocería de turismo, dejando sólo los dos asientos de adelante disponibles para los pasajeros.

—No lo necesito más por hoy —dijo al chofer, al acomodarse frente al volante—. Puede marcharse. Oprimió el botón de arranque, conectó el embrague y partió con violenta impetuosidad. Varias docenas de caballos se hallaban embotelladas en los tres litros de los cilindros de Everard; él gustaba de hacerlos trabajar a toda fuerza. A toda velocidad, y luego, a un metro del obstáculo amenazante, un golpe de frenos: tal era su método. Viajar en auto con Everard por la ciudad era casi demasiado excitante. Elinor había protestado la última vez que la había sacado de paseo.

—No es que me importe mucho morir —había dicho ella—. Pero no me gustaría, en modo alguno, pasar el resto de mi vida con dos piernas de madera y una nariz rota.

Él había reído.

—Conmigo va usted completamente segura. A mí no me ocurren accidentes.

—Está usted por encima de eso, ¿verdad? —se había burlado ella.

—Bueno, si quiere presentarlas cosas de ese modo…

Él aplicó los frenos con tal violencia que Elinor había tenido que agarrarse a los brazos

de su asiento para evitar ser lanzada contra el parabrisas.

—¡Imbécil! —había gritado él al viejo azorado cuyas indecisiones de gallina en medio de la calzada habían estado a punto de hacerle caer bajo las *dunlop* de Everard.

—Si quiere presentar usted las cosas de ese modo —y el auto había seguido adelante con un impulso tan brusco, que había lanzado a Elinor contra el respaldo de su asiento—, puede hacerlo. A mí no me ocurren accidentes. Yo soy un artífice de mi propia suerte.

Recordando el incidente, Everard sonrió para sí, mientras avanzaba por Oxford Street. Un furgón de equipajes le estorbaba el paso. No se debían tolerar caballos en las calles.

«O me acepta usted como amante —le diría a ella—, y, al fin, esto significa que tendrá que hacerlo usted público, que tendrá que dejar usted a Philip para venir a mi lado —porque él se proponía hablarle con toda franqueza: no debía haber hipocresía de ninguna clase—, o de lo contrario… —Se presentó una oportunidad de pasar al carretón; él oprimió el acelerador y se abalanzó hacia adelante con un corte a la derecha y, pasada la nariz del viejo caballo, que trotaba lentamente, otro de nuevo a la izquierda—. O, de lo contrario, no volveremos a vernos».

Sería un ultimátum. Un ultimátum brutal. Pero Everard detestaba las situaciones que no eran ni una cosa ni otra. Prefería saber a qué atenerse, por desagradable que fuera el conocimiento, a permanecer en la incertidumbre, por muy doradas que fuesen las esperanzas contenidas en ella. Y en este caso, la incertidumbre no tenía nada de risueña. A la entrada de Oxford Circus un policía levantó la mano. Eran las seis menos siete minutos. «Ella es demasiado escrupulosa —pensó él, mirando en derredor—, demasiado sensitiva acerca de estas construcciones nuevas». Everard no hallaba nada desagradable en el estilo barroco, posado y florido del comercio moderno. Era dramático y vigoroso; era espacioso, era caro, simbolizaba el progreso.

—Pero ¡si es tan repugnante, tan vulgar! —había protestado ella.

—Pero es difícil —había contestado él— no ser vulgar cuando uno no está muerto. Usted protesta contra el hecho de que estas gentes trabajen. Y sí, estoy de acuerdo: el trabajar es un tanto vulgar.

Ella tenía el punto de vista característico del consumidor, no del productor. El policía bajó la mano. Lentamente al principio, pero con ímpetu creciente, el caudal de tránsito retenido se desbordó ruidosamente. Un espíritu de lujo: he aquí lo que tenía ella, no un espíritu de utilidad. Un espíritu que solo pensaba en el mundo en términos de belleza y goce, no de la utilidad; un espíritu preocupado en sensaciones y en matices de sentimiento, y preocupado en ellos por ellos mismos, y no porque se necesiten ojos penetrantes e intuición en la lucha por la vida. Pues, en efecto, apenas sabía que hubiese ninguna lucha. Esto habría debido provocar su desagrado; y lo hubiera hecho (Everard

sonrió para sí al hacer esta reflexión), si no estuviera enamorado de ella. Él hubiera… ¡Paf!, del techo de un autobús que pasaba, una cáscara de plátano cayó, como una estrella de mar enfangada, sobre el capó, frente a él. Un alarido de risa se destacó sobre el fragor de la circulación. Al alzar los ojos, vio a dos chicas que lo miraban por encima de la barandilla, con la boca abierta, como un par de pequeñas y bonitas gárgolas, riendo, riendo, como si jamás hubiera habido una gracia en el mundo antes de aquel momento. Everard las amenazó con el puño y rio también. ¡Cómo se hubiera reído Elinor con este incidente! Ella, que amaba las calles y sus comedias. ¡Cómo sabía ver lo extraño, lo divertido, lo significativo! Donde él no percibía sino una masa de humanidad indiferenciada, ella distinguía los individuos. Y su talento para inventar toda una biografía al tipo extraño que no había hecho sino ver de pasada, no era menos notable que su mirada penetrante. Ella hubiera adivinado todo lo referente a aquellas chicas: la clase social a que pertenecían, qué clase de hogares tenían, dónde habían comprado sus vestidos y cuánto les habían costado, si conservaban todavía su virtud, qué libros leían y cuáles eran sus actores cinematográficos favoritos. Mientras se imaginaba lo que hubiera dicho Elinor, recordando su risa, la expresión de sus ojos y su modo de hablar, se sintió de pronto lleno de tal ternura, de un deseo tan violento y, no obstante, tan delicadamente afectuoso de estar a su lado, que apenas pudo soportar un momento más separado de ella. Tocó el claxon al taxi que le precedía para que se apartase, y trató de pasar por la derecha. Una isla de refugio en medio de la calzada se lo impidió, pero no antes de que el conductor del taxi tuviera tiempo de arrojar dudas sobre la legitimidad, su heterosexualidad y sus probabilidades de felicidad en el otro mundo. Con el mismo brío, e incomparablemente más originalidad, Everard le devolvió sus juramentos. Se sentía desbordante de vida, extraordinariamente fuerte y vigoroso, inexplicable y, salvo por el hecho de que faltaban todavía cinco minutos para llegar junto a Elinor, perfectamente dichoso, porque él sabía (¡con qué tranquila convicción!), que ella le daría el sí, que lo quería. Y su dicha se hizo más intensa, más segura, y al mismo tiempo más serena, cuando viró junto al Marble Arch para entrar en Hyde Park. Su profética convicción se hizo más profunda, se hizo una especie de recuerdo cierto, como si el futuro fuera ya historia. El sol se inclinaba sobre el horizonte, y dondequiera que su luz, de un rosa dorado, tocaba la tierra, era como si un otoño prematuro y más luminoso hubiera prendido fuego a las hojas y la hierba. Grandes haces de luz polvorienta venían de poniente y descendían entre los árboles, y en medio de las sombras, el crepúsculo era un vapor color de espliego, una bruma azul y de índigo oscureciente, plano sobre plano, hasta la nebulosa lejanía de Londres. Y las parejas que paseaban por el césped, los niños que jugaban, se eclipsaban y transfiguraban alternativamente al pasar de la sombra al sol: se hacían alternativamente insignificantes y

brillantemente milagrosos. Era como si un dios caprichoso que pasara del fastidio al encanto, a la vista de las criaturas, les echara, ora una mirada de aniquiladora indiferencia, ora una mirada de amor, confiriéndoles un poco de su propia divinidad. La calzada se tendía ante él, libre y lisa; pero Everard apenas excedió la velocidad reglamentaria, a pesar de su deseo de llegar pronto; en cierto sentido, porque amaba tanto a Elinor. Porque era todo tan bello; y allí donde estaba la belleza, debía estar también, para Everard, por cierta lógica particular, por cierta necesidad personal, Elinor. Ella iba entonces con él porque hubiera disfrutado profundamente de aquel esplendor. Y porque ella hubiera querido prolongar el placer, él avanzaba lentamente. El motor no daba sino mil quinientas revoluciones por minuto; la dínamo apenas cargaba. Un Baby Austin le pasó delante, como si él se hallara parado. ¡Que pasen! Everard pensaba en las expresiones que emplearía para describir a Elinor aquellas maravillas. A través de las rejas los autobuses, en Park Lane, emitían llamas escarlata y brillaban como carros triunfales en un cortejo histórico. Débilmente, a través del ruido de la circulación, un reloj dio las seis; y antes de que este hubiera terminado, repicó otro, melodioso, dulce y con una nota de melancolía: la propia voz de aquella tarde luminosa y de la felicidad de Everard. Y ahora, a pesar de su paso de tortuga, las puertas de mármol de Hyde Park Corner estaban ante él. Erigido, a pesar de la desnudez y del desarrollo más que sueco de los músculos abdominales, por las damas de Inglaterra en honor del vencedor de Waterloo, el Aquiles de bronce, cuya carne había sido en otro tiempo los cañones de Napoleón, se erguía, el escudo en alto, blandiendo la espada, amenazando y defendiéndose contra el cielo pálido y vacío. A pesar de su ardiente deseo de llegar, Everard dejó el Hyde Park casi con pena. De nuevo bramaron ante él y a su espalda los monumentales autobuses. Dando la vuelta al archipiélago de sus islotes prometió mandar cinco libras esterlinas al hospital de San Jorge si Elinor le daba el sí. Él sabía que ella aceptaría. La donación estaba hecha por anticipado. Salió de Governor Place: el fragor se desvaneció a su espalda. Belgrave Square era un oasis de árboles; los estorninos cacareaban en un silencio campestre. Everard viró una, dos veces y volvió a virar. A la izquierda, entre las casas, había un arco. Lo pasó, avanzó uno o dos metros, se detuvo y, dando marcha atrás, se metió por él y siguió retrocediendo hasta el fondo del callejón sin salida de las caballerizas. Paró el motor y se bajó. ¡Qué encantadoras aquellas cortinas amarillas! Su corazón latía aceleradamente. Se sintió como se había sentido cuando pronunció su primer discurso, medio atemorizado, medio triunfante. Subiendo la pequeña escalinata, llamó y aguardó durante veinte latidos de corazón; la casa no emitió ningún sonido de respuesta. Volvió a llamar, recordando lo que Elinor le había dicho acerca de sus terrores, acompañando el golpe de un silbido y, como en respuesta a la inexpresada voz de alto de sus temores, un grito adicional de «¡Amigo!».

Y luego, de pronto, advirtió que la puerta no estaba cerrada con el picaporte, sino solamente entornada. Empujó: la puerta se abrió. Everard franqueó el umbral.

—¡Elinor! —gritó, pensando que estaría arriba—. ¡Elinor!

Nadie respondía aún… ¿O era que ella le estaba gastando una broma? ¿Saltaría de súbito sobre él de atrás de uno de aquellos biombos? Sonrió a este pensamiento y avanzaba a explorar la pieza silenciosa cuando su mirada se topó con los papeles prendidos tan visiblemente a uno de los cuarterones del biombo de la derecha. Se acercó, y comenzaba justamente a leer: «El telegrama adjunto te explicará…», cuando un ruido a su espalda le hizo volver la cabeza. Un hombre se hallaba de pie a un metro de él, con las manos levantadas; la porra que estas sostenían había comenzado ya su oscilación oblicua y hacia adelante, a partir del hombro derecho. Everard levantó un brazo, pero demasiado tarde. El golpe le alcanzó en la sien izquierda. Fue como si se hubiera apagado de pronto una luz. No tuvo siquiera conciencia de su caída.

* * *

La señora Quarles besó a su hijo.

—Mi querido Phil —dijo—, es muy amable de tu parte el haber acudido tan pronto.

—Mamá, tú no tienes buen semblante.

—Un poco fatigada, eso es todo. Y preocupada —añadió después de una breve pausa, con un suspiro.

—¿Preocupada?

—Acerca de tu padre. No está bien —continuó, hablando lentamente y como a contrapelo—. Él tenía mucho deseo de verte. Por eso te he telegrafiado.

—¿Está gravemente enfermo?

—Físicamente, no —respondió Mrs. Quarles—. Pero sus nervios… Es una especie de abatimiento. Está muy excitado. Muy variable.

—Pero ¿cuál es la causa?

La señora Quarles se quedó en silencio. Y cuando habló al fin, lo hizo con visible esfuerzo, como si cada palabra tuviera que abrirse paso a través de una barrera interior. Su sensible rostro estaba rígido y en tensión.

—Algo ha ocurrido que lo ha trastornado —dijo ella—. Ha recibido un choque violento.

Y lentamente, palabra por palabra, le contó la historia.

Inclinado hacia adelante en su silla, los codos en las rodillas, la barbilla en las manos, Philip escuchó. Después de una rápida mirada al rostro de su madre, mantuvo la vista fija

en el suelo. Él sentía que el mirarla, cruzar su mirada, sería producirle una turbación inútil. El hecho de hablar era ya para ella un dolor y una humillación; que al menos hablara sin ser vista, como si nadie presenciara su tristeza. Los ojos desviados de Philip dejaban a su madre en una especie de retiro espiritual. Palabra tras palabra, con voz dulce e incolora, la señora Quarles siguió hablando. Un incidente sórdido sucedía a otro. Cuando ella comenzó a contarle la historia de la visita de Gladys, ocurrida dos días antes, Philip no pudo soportar seguir escuchando. Era demasiado humillante para ella; él no podía permitir que continuara.

—Sí, sí, me doy cuenta —dijo interrumpiéndola. Y, poniéndose en pie de un salto, se fue cojeando, con paso rápido y nervioso, hacia la ventana—. No continúes. —Él permaneció allí por un minuto, mirando el césped, las espesas murallas de tejos y las colinas color de mieses a lo lejos, al otro lado del valle. El paisaje era de una placidez casi exasperante. Philip se volvió, cruzó la pieza cojeando y, parándose un instante detrás de la silla de su madre, le puso una mano en el hombro; luego se alejó de nuevo—. No pienses más en eso —dijo él—. Yo haré lo que haya que hacer. —Y se representó, con enorme disgusto, las «escenas» ruidosas y faltas de dignidad, las disputas y los regateos repugnantes —. Será mejor que yo vaya a ver a papá —sugirió.

La señora Quarles asintió con la cabeza.

—Tenía un vivo deseo de verte.

—¿Por qué?

—No lo sé exactamente. Pero ha mostrado gran empeño.

—¿Habla él de… bien, de este asunto?

—No. Jamás lo menciona. Tengo la impresión de que lo olvida deliberadamente.

—Entonces será mejor que no se lo recuerde.

—Sí, a menos que comience él —le aconsejó Mrs. Quarles—. Generalmente, no habla sino de sí mismo. De su pasado, de su salud… y en tono pesimista. Tú debes tratar de animarlo. —Philip asintió con la cabeza—. Y de allanarte a su humor —continuó su madre—; no le contradigas. Se irrita con facilidad. No le conviene excitarse.

Philip escuchó. «Como si fuera un animal peligroso —pensó—, o un niño travieso». ¡Qué miseria, qué angustia, qué humillación para su madre!

—Y no te demores mucho —añadió ella.

Philip la dejó. «¡Qué imbécil —se decía al atravesar el vestíbulo—, qué pobre imbécil!». El súbito acceso de cólera y desprecio con que pensó en su padre no estaba atemperado por un afecto previo. Tampoco estaba exacerbado por ningún odio anterior. Hasta la fecha Philip no había sentido ni amor ni falta de afecto hacia su padre. Irreflexivamente tolerante o, cuando peor, con una punta de divertida resignación, no

había hecho más que aceptar su existencia. No había nada en sus recuerdos de la infancia que justificara emociones más positivas. Como padre, Mr. Quarles no se había revelado menos fantasioso ni menos incapacitado que como político y hombre de negocios. Breves períodos de interés entusiasta hacia sus hijos habían alternado con largos períodos durante los cuales había ignorado casi completamente su existencia. Philip y su hermano lo habían preferido durante las épocas en que los había desatendido, porque los había desatendido con benevolencia. Lo querían menos cuando se interesaba por su bienestar. Porque su interés no se dirigía tanto hacia los niños como hacia una teoría de educación o de higiene. Después de haber hablado con un médico eminente, después de haber leído un libro acerca de los últimos métodos pedagógicos, Mr. Quarles llegaba al descubrimiento de que, a no ser que se tomara rápidamente alguna medida vigorosa, sus hijos correrían el riesgo de convertirse en idiotas y lisiados, débiles de espíritu y con el cuerpo envenenado por una alimentación viciosa y contrahecho por un ejercicio inadecuado.

Y entonces, durante algunas semanas, se atiborraba a los dos chicos de zanahorias crudas o de carne demasiado asada (dependía del médico con quien había acertado a hablar Mr. Quarles); se les obligaba a hacer gimnasia o se les enseñaban danzas populares y euritmia; se les hacía aprender poesías te memoria (si la memoria resultaba ser la cosa importante del momento), o bien (si ocurría que fuesen las facultades racionales) se les sacaba al jardín, se les mandaba a plantar estacas en el césped, y, midiendo la longitud de la sombra a diferentes horas del día, se les hacía descubrir por sí mismos los principios de la trigonometría. Mientras duraba este acceso, la vida se hacía casi intolerable para los dos muchachos. Y si la señora Quarles protestaba, Sidney montaba en cólera y le decía que era una madre ciegamente egoísta, para quien el verdadero bien de sus hijos no importaba nada. Mrs. Quarles no insistía con gran ahínco, pues ella sabía que, contrariado, Sydney mostraría probablemente mayor obstinación, mientras que si le seguía la corriente pronto olvidaría su entusiasmo. Y, en efecto, al cabo de pocas semanas Sidney se fatigaba, naturalmente, de unos procedimientos que no daban resultados rápidos y manifiestos. Su higiene no había hecho crecer a los niños, ni les había dado mayor fortaleza; su pedagogía no los había hecho apreciablemente más inteligentes. Lo que sí eran incontestablemente, era un engorro de todos los días, de todas las horas. «Asuntos de mayor importancia» absorbían cada vez más completamente su atención, hasta que, gradualmente, como el gato de Cheshire[12], terminaba por desvanecerse completamente del mundo de la sala de estudio y el aposento de los niños, para pasar a más altas y agradables esferas. Y los niños volvían a vivir a su gusto.

Detenido a la puerta del cuarto de su padre por los sonidos que partían del interior,

Philip escuchó. Su rostro cobró una expresión de ansiedad, hasta de alarma. ¿Aquella voz…? Y su padre, se le había dicho, estaba solo. ¿Hablando solo? ¿Llegaría a ese extremo? Recobrándose, Philip abrió la puerta y se tranquilizó inmediatamente al descubrir que lo que él había tomado por locura no era sino un dictado al dictáfono. Sostenido por almohadas, Mr. Quarles estaba medio sentado, medio tendido en la cama. Tenía el rostro congestionado y brillante, hasta el cráneo, y su pijama de seda rosada era como una continuación intensificada de la misma fiebre. El dictáfono estaba sobre la mesa, junto a la cama, Mr. Quarles hablaba ante la embocadura de su flexible tubo acústico. «La verdadera grandeza —decía con voz sonora— está en proporción inversa al simple logro inmediato».

—¡Ah, hete aquí! —exclamó, volviéndose al tiempo que se abría la puerta. Paró el movimiento de relojería del aparato, colgó el tubo acústico y le tendió la mano en bienvenida. Gestos triviales… Pero a Philip le pareció que había algo extravagante en sus movimientos. Era como si estuviera representando una comedia. Los ojos con que miró a Philip tenían un brillo insólito—. ¡Cuánto me alegro de que hayas venido! ¡Cuánto me alegro, muchacho!

Y le acarició la mano, dándole golpecitos; su fuerte voz comenzó a temblar súbitamente.

Poco acostumbrado a estas demostraciones, Philip se sintió turbado.

—¿Y qué tal te sientes? —preguntó, fingiendo jovialidad.

Mr. Quarles meneó la cabeza y oprimió la mano de su hijo sin contestar. Philip se sintió más turbado que nunca viendo que tenía lágrimas en los ojos. ¿Cómo era posible seguir odiándolo y sintiéndose colérico?

Mr. Quarles acentuó la presión de su mano.

—No se lo digas a tu madre —dijo—. Pero yo siento que el fin está cercano.

—Vamos, papá, esas son tonterías. No debes hablar así.

—Cercano —repitió Mr. Quarles sacudiendo obstinadamente la cabeza—, muy cercano. Por eso me alegro tanto de que hayas venido. ¡Me hubiera sentido tan desdichado de morir mientras tú estabas al otro lado del mundo! Pero, estando tú aquí, siento que puedo partir… —Su voz tembló de nuevo— contento. —Una vez más oprimió con fuerza la mano de Philip. Estaba convencido de que había sido siempre un buen padre, que no había vivido sino para sus hijos—. Sí, contento.

Sacó su pañuelo, se sonó la nariz, se enjugó subrepticiamente las lágrimas.

—Pero ¡tú no vas a morir!

—Sí, sí —insistió Mr. Quarles—. Me lo dice el alma.

Sentía sinceramente lo que decía; creía que iba a morir, porque había, al menos, una parte de su espíritu que lo deseaba. Estas complicaciones de la última semana habían sido

un golpe demasiado rudo para él; y el futuro prometía, si era posible, ser todavía peor. Desvanecerse, sin dolor, esta sería la mejor solución a todos sus problemas. Él deseaba, él creía; y, creyendo en la proximidad de su muerte, se compadecía de sí mismo como una víctima, y al mismo tiempo se admiraba por la resignada nobleza, por el estoicismo con que soportaba su suerte.

—Pero no, tú no vas a morir —insistió Philip monótonamente, sin saber qué consuelo ofrecerle, aparte de la mera negación. No tenía el don de enfrentarse de improviso con las situaciones emotivas de la vida práctica—. Tú no tienes…

Iba a decir: «Tú no tienes absolutamente nada»; pero se contuvo, pensando, antes de que fuera demasiado tarde, que su padre podía ofenderse.

—No hablemos más de eso —dijo Mr. Quarles agriamente; su mirada tenía una expresión de molestia. Philip recordó que su madre le había recomendado que no lo contrariase. Guardó silencio—. No puede uno reñir con el destino —continuó Mr. Quarles en otro tono—. El destino… —repitió con un suspiro—. Tú has tenido suerte, hijo mío; tú has descubierto tu vocación desde el comienzo. El destino te ha tratado bien.

Philip asintió con la cabeza. Él mismo había pensado así con frecuencia, y hasta con aprensión. Tenía una oscura creencia en Némesis.

—Mientras que yo… —Mr. Quarles no terminó la sentencia, sino que levantó la mano y la dejó caer de nuevo, desalentado, sobre el cubrecama—. Yo he malgastado años de mi vida en seguir pistas equivocadas. Años y años, antes de descubrir mi verdadera inclinación. Un filósofo se malgasta en los asuntos prácticos. Hasta se hace absurdo. Como el albatros de… ¿cómo se llama? Tú sabes…

Philip quedó intrigado.

—¿Quieres decir el del *Antiguo Marino*, de Coleridge?

—No, no —dijo Mr. Quarles con impaciencia—. Aquel francés…

—¡Oh, desde luego! —Philip había comprendido de quién se trataba—. *Le poète est semblable au prince des nuées*. Baudelaire, ¿verdad?

—Sí, Baudelaire; ese mismo.

Exité sur le sol au milieu des nuées,
Ses ailes le géant l'empêchent de marcher

—Citó Philip, satisfecho de poder desviar la conversación, aunque solo fuera por el momento, de las cuestiones personales a la literatura.

Su padre quedó encantado.

—¡Exactamente! —exclamó triunfante—. Lo mismo ocurre con los filósofos. Sus alas

les impiden caminar. Durante treinta años traté yo de ser un caminante: en la política, en los negocios. No me daba cuenta de que mi reino estaba en el aire y no en la tierra. ¡En el aire! —repitió, levantando el brazo—. Yo tenía alas —y agitó la mano en un trémolo rápido—. Alas, y yo sin saberlo.

Su voz se había hecho más fuerte; sus ojos, más brillantes; su rostro, más rosado y más lustroso. Toda su persona expresaba tal agitación, tal inquietud, tal exaltación, que Philip se sintió seriamente intranquilo.

—¿No sería mejor que descansaras un poco? —sugirió ansiosamente.

Mr. Quarles desatendió la interrupción.

—¡Alas, alas! —exclamó—. Yo tenía alas, y si me hubiera dado cuenta de joven, ¡a qué altura no me hubiera podido elevar! Pero yo traté de caminar. En el fango. Durante treinta años. Solo al cabo de treinta años llegué a descubrir que había nacido para volar. Y ahora tengo que abandonar el vuelo, casi antes de iniciarlo. —Suspiró y, reclinándose en sus almohadas, disparó las palabras casi perpendicularmente hacia arriba—. Mi obra inacabada. Mis sueños irrealizados. El destino se ha mostrado duro.

—Pero tú tendrás el tiempo necesario para terminar tu obra.

—No, no —insistió Mr. Quarles, meneando la cabeza. Él quería ser uno de los mártires del destino, para poder señalar hacia sí mismo y decir: Ahí va el que, de no ser por la malignidad de la providencia, hubiera podido ser Aristóteles. La crueldad de su destino lo justificaba todo: su fracaso en los negocios azucareros, en la política, en los trabajos agrícolas, la frialdad con que ha sido acogido su primer libro, el indefinido retraso en la aparición del segundo; ella justificaba, de un modo un poco difícil de explicar, hasta el hecho de que hubiese puesto a Gladys encinta. El ser un seductor de criadas, secretarias y muchachas campesinas formaba parte del destino cruel. Y ahora que, para coronar el edificio de su infortunio, estaba a punto de morir (prematura, pero estoicamente, como el más noble de los romanos), ¡qué trivial, qué miserablemente insignificante parecía todo este asunto de virginidades perdidas y partos amenazantes! ¡Y qué fuera de propósito todos aquellos gritos ante el lecho de muerte filosófico! Pero él no podía desentenderse de eso sino a condición de que fuese verdaderamente su lecho de muerte y de que la crueldad de su destino fuese universalmente reconocida como tal. Un filósofo mártir al borde de la muerte tenía derecho a que no lo importunaran con Gladys y su crío. He aquí por qué (aun cuando la razón fuese solamente sentida, y no formulada explícitamente). Mr. Quarles repudiaba tan vigorosamente, y hasta con fastidio, las afirmaciones de larga vida que su hijo le ofrecía como consuelo; he aquí por qué acusaba a la providencia malévola y exaltaba, todavía con mayor complacencia que de ordinario, las facultades que la providencia le había impedido hacer valer—. No, no, hijo mío —repitió—. Jamás llegaré

a terminarla. Y es una de las razones por las cuales quería hablar contigo.

Philip lo miró con cierta aprensión. ¿Qué saldría ahora? Hubo un breve silencio.

—No quiere uno desaparecer sin dejar algún rastro —dijo Mr. Quarles con voz enronquecida por la recrudescencia de la compasión de sí mismo—. La extinción total; esto es difícil de afrontar fríamente. —Ante los ojos de su espíritu se abrió el vacío tenebroso y abismal: la muerte. Podía ser el fin de sus tormentos; pero no por eso era menos espantable—. ¿Comprendes tú este sentimiento? —preguntó.

—Perfectamente —dijo Philip—, perfectamente. Pero en tu caso, papá…

Mr. Quarles, que se había estado sonando de nuevo, levantó la mano en son de protesta.

—No, no. —Estaba convencido de que se iba a morir: era inútil que nadie tratara de disuadirlo—. Pero lo único que importa es que comprendas mi sentimiento. Partiré en paz, sabiendo que tú no permitirás que mi recuerdo se desvanezca completamente. Hijo mío, tú serás mi albacea literario. Hay algunos fragmentos de mis escritos…

—¿Tu libro sobre la democracia? —preguntó Philip, que se vio ya con el encargo de terminar la obra más importante que se hubiese concebido jamás sobre el tema. La respuesta de su padre lo alivió de este peso.

—No, ese no —replicó Mr. Quarles vivamente—. De ese libro no existen sino los materiales en bruto. Y, en gran parte, ni siquiera escritos. Solo en la cabeza. En verdad —continuó—, precisamente te iba a decir que quería que se destruyesen todas mis notas para ese voluminoso libro. Sin mirarlas siquiera. Son meros apuntes. Y sin ningún sentido, a no ser para mí. —Mr. Quarles no quería en modo alguno que se descubriesen y comentasen póstumamente la vaciedad de sus carpetas y la virginidad casi absoluta de su fichero—. Todo eso debe ser destruido, ¿me comprendes? —Philip no protestó—. Lo que yo quería confiarte, hijo mío, es una colección de fragmentos más íntimos. Reflexiones sobre la vida, relatos de experiencias personales. Cosas de ese género.

Philip asintió con la cabeza.

—Entendido.

—Hace mucho tiempo que los vengo escribiendo —dijo Mr. Quarles—. Pudieran titularse *Memorias y reflexiones de cincuenta años*. Hay muchas cosas en mis libretas de apuntes. Y, durante estos últimos días, he registrado mis pensamientos en esto. —Y dio una palmada al dictáfono—. Cuando uno está enfermo, sabes, se le ocurren muchas cosas. —Suspiró—. Cosas serias.

—Por supuesto —aprobó Philip.

—Si quieres escuchar…

Señaló el dictáfono.

Philip asintió con la cabeza. Mr. Quarles preparó el aparato.

—Esto te dará una idea de lo que se trata. Pensamientos y recuerdos… Toma. —Empujó el aparato al otro lado de la mesa, y, al hacerlo, hizo volar al suelo una hoja de papel. Allí permaneció, sobre la alfombra, cuadriculada: un crucigrama—. Por aquí es por donde se escucha.

Philip escuchó. Después de un momento de rugidos destemplados, la parodia guiñolesca de la voz de su padre dijo: «La clave del problema de los sexos: la pasión es sagrada, una manifestación de la divinidad». Y luego, sin punto de transición, pero con una ligera diferencia de tono: «Lo peor que tiene la política es la frivolidad de los políticos. Hallándome una noche en una comida con Asquith, no recuerdo ahora dónde, aproveché la ocasión para exponerle la necesidad de suprimir la pena capital. Uno de los más serios problemas de la vida moderna. Pero él no hizo más que proponernos una partida de *bridge*… Las gentes delicadas no viven en cubiles, ni pueden permanecer largo tiempo en la política o en los negocios. Hay gentes que poseen, naturalmente, la belleza plástica de los griegos, y otras, la hipocresía de los convencionalismos. Yo no he compartido jamás la opinión que el populacho tiene de Lloyd George. Todo hombre nace con un derecho natural a la felicidad; pero ¡qué feroz represión cuando alguien trata de reclamar su derecho! Cigüeña del Brasil, seis letras: jaribu. La verdadera grandeza está en proporción inversa al simple logro inmediato. ¡Ah, hete aquí!…».

Los rugidos destemplados se hicieron oír nuevamente.

—Sí, eso me da una idea de lo que es —dijo Philip, alzando la vista—. ¿Cómo se para este aparato? ¡Ah, ya!

Lo paró.

—¡Son tantos los pensamientos que se me ocurren aquí, acostado! —dijo Mr. Quarles, lanzando sus palabras hacia arriba, como si las dirigiera contra los aviones—. ¡Qué riqueza! Jamás hubiera podido registrarlos sin este aparato. Es maravilloso. ¡Verdaderamente maravilloso!

XXXIII

Elinor había tenido tiempo de telegrafiar desde la estación de Euston. A su llegada encontró el coche esperándola en la estación.

—¿Cómo está el niño? —preguntó al chofer.

Pero Paxton contestó con vaguedades: él no sabía con exactitud. Para su fuero interno pensó que sería uno de esos ridículos aspavientos sin motivo que están haciendo siempre los ricos, sobre todo cuando se trata de sus niños.

Subieron hasta Gattenden, y la vista de los Chilterns bajo los tonos cálidos de la luz de la tarde era tan serenamente bella, que Elinor comenzó a sentirse menos ansiosa y casi llegó hasta arrepentirse de no haber aguardado el último tren de la tarde. En este caso hubiera podido ver a Webley. Pero ¿no había llegado ella a la conclusión de que, en realidad, se alegraba más bien de no verlo? Se puede uno alegrar y sentir remordimientos al mismo tiempo. Al pasar ante la entrada norte del parque, percibió, a través de los barrotes, el sillón de ruedas de Lord Gattenden, al otro lado de la reja. El burro se había detenido y triscaba la hierba al borde del camino; las riendas pendían sueltas, y el marqués se hallaba demasiado absorbido en un grueso libro en cuarto, forrado de marroquí, para poder pensar en conducir. El auto continuó su marcha; pero esta vislumbre momentánea del viejo sentado, con su libro, detrás del asno, como ella lo había visto, con frecuencia, sentado y leyendo; aquella breve revelación de la vida vivida regularmente, invariablemente, del mismo viejo modo familiar, era tan tranquilizadora como el apacible esplendor de las hayas y los helechos, como el primer plano verde y oro y la lejanía violeta.

¡Y he ahí, en fin, la casa solariega! La vieja casa parecía dormitar bajo el sol poniente como un animal que tomara el sol; se la imaginaba casi ronroneando. Y el césped parecía un costoso terciopelo verde, y, en el aire paralizado, el enorme *sequoia* tenía toda la digna gravedad de un viejo *gentleman* que se sienta a meditar después de una comida opípara. Era imposible que allí ocurriese nada grave. Elinor saltó fuera del coche y corrió derecho al cuarto del niño. Phil yacía en la cama, completamente inmóvil y con los ojos cerrados. *Miss* Fulkes, que estaba sentada a su lado, se volvió al sentirla entrar, se levantó y salió a su encuentro. Una mirada a su rostro le bastó a Elinor para convencerse de que la calma azul y oro del paisaje, la casa soñolienta, el marqués y su asno habían sido piadosas mentiras. «Todo va bien —parecían decir—, todo marcha como de costumbre». Pero *miss* Fulkes estaba pálida y amilanada, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Qué ocurre? —susurró Elinor, con un súbito retorno de toda su ansiedad, y antes de que *miss* Fulkes tuviera tiempo de contestar—: ¿Está dormido? —añadió.

«Si estuviera dormido —pensaba—, sería buena señal»; el niño parecía dormir.

Miss Fulkes meneó la cabeza. Su gesto fue superfluo. Porque apenas había formulado Elinor esta pregunta cuando el niño hizo un brusco movimiento espasmódico bajo las sábanas. Su rostro se contrajo de dolor. Emitió un ligero gemido quejumbroso.

—Le duele mucho la cabeza —dijo *miss* Fulkes.

Sus ojos tenían una expresión de terror y sufrimiento.

—Váyase a descansar —dijo Elinor.

Miss Fulkes vaciló, meneó la cabeza.

—Yo quisiera serle útil…

Elinor insistió:

—Podrá sernos usted más útil cuando haya descansado…

Advirtió que a *miss* Fulkes le temblaban los labios, que las lágrimas brillaban de pronto en sus ojos.

—Váyase —le dijo, oprimiéndole el brazo consoladoramente.

Miss Fulkes obedeció con repentina presteza. Tenía miedo de romper a sollozar antes de hallarse a solas. Elinor se sentó junto a la cama. Tomó la pequeña mano que reposaba sobre la sábana doblada; pasó los dedos por entre los cabellos pálidos del niño de un modo acariciador, calmante. «Duerme —murmuraba, mientras sus dedos lo acariciaban —, duerme, duerme…». Pero el niño se movió de nuevo, con inquietud, y de vez en cuando su rostro se torcía por un súbito dolor, sacudió la cabeza, como tratando de desembarazarse de aquello que le hacía daño, y emitió su ligero gemido quejumbroso. Inclinada sobre él, Elinor sintió como si le estrujaran el corazón en el pecho, como si una mano le oprimiera la garganta, ahogándola.

—¡Angelito mío! —dijo con voz suplicante, implorándole que no sufriera—. ¡Angelito mío!

Y le oprimió más fuerte su manecita; dejó reposar más pesadamente la mano sobre su frente acalorada como para ahogar su dolor o, al menos, para afianzar el cuerpecito temblante contra sus ataques. Y con toda su voluntad mandó que cesara el dolor bajo sus dedos, que saliera del cuerpo del niño y pasara a su propio cuerpo a través de sus dedos. Pero el niño continuó agitándose en la cama, volviendo la cabeza de un lado al otro, ora replegando las piernas, ora estirándolas con un espasmódico golpe de pie bajo las sábanas. Y el dolor se repetía, punzante: y el rostro se contraía en una mueca de tortura; los labios entreabiertos daban paso a su pequeño gemido quejumbroso, que se repetía sin cesar. Ella le acarició la frente y murmuró tiernas palabras. Era todo lo que podía hacer. El sentido de su impotencia la sofocaba. Sobre su garganta y sobre su corazón, las manos invisibles acentuaban su presión.

—¿Qué tal lo encuentras? —preguntó la señora Bidlake cuando hubo bajado su hija.

Elinor no contestó; desvió el rostro. La pregunta le había hecho salir lágrimas a los ojos. La señora Bidlake la rodeó con sus brazos y la besó. Elinor ocultó el rostro en el hombro de su madre. «Hay que tener valor —se repetía—. No debes llorar, no debes dejarte abatir. Ten valor para poder auxiliarlo». Su madre la apretó más fuertemente contra sí. El contacto físico la confortó, le dio la fuerza que había pedido en sus oraciones. Hizo un esfuerzo de voluntad y, reteniendo profundamente el aliento, contuvo los sollozos en su garganta. Alzó los ojos hacia su madre y sonrió con gratitud. Sus labios temblaban todavía un poco, pero su voluntad se había impuesto.

—Soy una estúpida —dijo, excusándose—. No he podido evitarlo. Es horrible verlo sufrir. Y sin poder hacer nada. Es espantoso. Aun cuando sepamos que, al fin, no será nada.

La señora Bidlake suspiró.

—Sí, es espantoso —dijo como un eco—, espantoso —y cerró los ojos en una meditación perpleja. Hubo un silencio—. De paso —continuó, abriéndolos de nuevo para mirar a su hija—, yo creo que debes vigilar un poco a *miss* Fulkes. Yo me pregunto si su influencia será siempre beneficiosa.

—¿La influencia de *miss* Fulkes? —dijo Elinor, abriendo los ojos con asombro—. Pero si es la más amable, la más concienzuda de las…

—¡Oh, no es eso, no es eso! —se apresuró a decir Mrs. Bidlake—. Quiero decir su influencia artística. Anteayer, cuando subí a ver a Phil la encontré enseñándole las más vulgares imágenes de un perro.

—¿Dibujos de Bonzo? —sugirió Elinor.

Su madre asintió con la cabeza.

—Sí, de Bonzo. —Pronunció la palabra con cierta repugnancia—. Si él quiere ver imágenes de animales, hay excelentes reproducciones de miniaturas persas del British Museum. Es tan fácil viciar el gusto de un niño… Pero ¡Elinor! ¡Hija mía!

Súbita e irresistiblemente, Elinor había comenzado a reír. A reír y a llorar a la vez, irresistiblemente. Ella había logrado dominar el dolor solo. Pero el dolor, combinado con los perros de Bonzo, era incontenible. Algo se había roto en su interior, y se halló de pronto sollozando con una risa violenta, dolorosa e histérica.

La señora Bidlake le dio unos golpecitos en la espalda para calmarla.

—Pero ¡querida! —siguió repitiendo—. ¡Elinor!

Despertando de un sueño desasosegado y lleno de pesadilla, John Bidlake gritó furiosamente del fondo de la biblioteca.

—¡A ver si termina ese cacareo! —ordenó con voz a la vez colérica y quejumbrosa—. ¡Por el amor de Dios!

Pero Elinor no podía contenerse.

—¡Escandalizando como cotorras! —continuó John Bidlake, refunfuñando—. Alguna broma estúpida. Cuando se halla uno enfermo.

* * *

—¡Vamos, por el amor de Dios —dijo Spandrell con aspereza—, a ver si se repone usted!

Illidge oprimió el pañuelo contra su boca: temía que le dieran náuseas.

—Voy a acostarme un momento —murmuró.

Pero cuando intentó moverse sintió como si sus piernas estuvieran muertas bajo su cuerpo. Parecía un paralítico que se arrastrara hacia el sofá.

—Lo que usted necesita es un trago de alcohol —dijo Spandrell—. Atravesó la pieza. En el aparador había una botella de coñac, y trajo vasos de la cocina. Vertió hasta la altura de dos dedos.

—Vaya. Bébase esto. —Illidge tomó el vaso y bebió a pequeños sorbos.

—Se diría que estamos cruzando el Canal de la Mancha —continuó Spandrell con furioso tono de burla, sirviéndose coñac—. Estudio en blanco y verde: he aquí cómo Whistler lo hubiera descrito a usted en este momento Verde naranja. Verde musgo.

Illidge lo contempló por un momento; luego desvió los ojos, incapaz de sostener la mirada de aquellos despectivos ojos grises. Jamás había sentido un odio tan profundo hacia Spandrell.

—Por no decir verde rana, verde lino, verde espuma —continuó el otro.

—¡Oh, cállese! —exclamó Illidge con una voz que había recobrado un poco de su sonoridad y apenas temblaba. Las burlas de Spandrell habían reforzado sus nervios. El odio, lo mismo que el coñac, es un estimulante. Echó otro trago ardiente. Se hizo un silencio.

—Cuando se sienta usted en condiciones —dijo Spandrell, dejando el vaso vacío—, puede venir a ayudarme a poner las cosas en orden.

Se levantó y desapareció detrás del biombo.

El cuerpo de Everard Webley yacía donde había caído, de lado, con los brazos en cruz tendidos sobre el suelo. El pañuelo, empapado de cloroformo, cubría aún su rostro. Spandrell se bajó y se lo quitó bruscamente. La sien que había recibido el porrazo estaba en contacto con el suelo; visto por encima, el rostro no parecía tener ninguna herida.

Spandrell permaneció de pie, con las manos en los bolsillos, contemplando el cadáver.

«Hace cinco minutos —se dijo, formulando sus pensamientos en palabras, a fin de

adquirir una conciencia más plena de su significación—, hace cinco minutos estaba vivo, tenía alma. Vivo —repitió, y equilibrándose, inestable, sobre una pierna, tocó con el otro pie la mejilla muerta, empujó la oreja hacia adelante y la dejó volver a su posición—. Un alma —y durante un instante dejó gravitar parte de su peso sobre lo que había sido la cara de Everard Webley. Retiró el pie; su marca quedó estampada en polvo gris sobre la blanca piel—. Pisar la cara de un muerto —se dijo—. ¿Por qué lo había hecho? Hollarla. —Levantó de nuevo el pie y apoyó suavemente el tacón contra la órbita, a título de ensayo, como haciendo experimento en materia de ultrajes—. Como uvas —pensó—. Hollando la uva para extraerle el vino». Podía pisotear aquello hasta reducirlo a pasta. Pero había hecho ya bastante. Simbólicamente había extraído el horror esencial de su asesinato: corría bajo los pies que habían hollado el cuerpo. ¿El horror esencial? Pero el asesinato era más estúpido y repugnante que horrible. Metiendo la punta del zapato bajo la barbilla del cadáver hizo girar la cabeza hasta que quedó con la cara vuelta hacia arriba, la boca abierta y los ojos entreabiertos. Sobre y detrás del ojo izquierdo se veía una enorme contusión roja. Había hilillos de sangre ya cuajada en la mejilla izquierda, y en el lugar donde la frente había descansado en el suelo, una pequeña poceta —apenas una poceta—, una mancha.

—Increíblemente poca sangre —dijo Spandrell en voz alta.

Al sonido de su voz tranquila, Illidge se sobresaltó violentamente.

Spandrell retiró el pie con que sostenía la cara del muerto. Esta cayó de nuevo hacia un lado con un ligero baque.

—Esto justifica completamente la maza del obispo Odón —continuó fríamente. Que se le ocurriera recordar, precisamente en aquel momento, los jugueteos de aquel concienzudo eclesiástico, según aparecen representados en la tapicería de Bayeux… Esto formaba parte también del horror esencial. ¡Ah, la frivolidad del espíritu humano! ¡La inconsecuencia errática! El mal podía tener cierta dignidad. Pero la tontería…

Illidge lo sintió pasar a la cocina. Oyó el ruido, que se iba tornando gradualmente más agudo, del agua al caer en un cubo. Se cerró el grifo; se sintió rumor de pasos, y luego el tañido metálico del cubo al chocar con el suelo.

—Felizmente —continuó Spandrell, comentando su última observación—. De lo contrario, no sé lo que hubiéramos hecho con esta mugre.

Illidge escuchaba con tensa y horrorizada atención los sonidos que llegaban a él desde el otro lado del biombo. Un ruido apagado, flojo, blando. ¿Sería un brazo que caía después de haber sido levantado? El deslizamiento sibilante de un objeto blando y pesado sobre el suelo. Luego, el chapoteo del agua, el ruido familiar del fregoteo. Y al oír estos sonidos, incomparablemente más horribles, más profundamente significativos que todas

las palabras que Spandrell pudiera pronunciar, por brutales, por fríamente cínicas que fuesen, sintió una recrudescencia de aquella debilidad que le había hecho latir el corazón, durante los primeros minutos, con la sensación de una súbita caída de lo alto, cuando el muerto estaba allí, a sus pies, contorciéndose todavía. Illidge recordaba, vivía de nuevo aquellos momentos de espera y de imaginación jadeante y nauseada que habían precedido al horrible acontecimiento. El ruido del coche dando marcha atrás callejón abajo; el restregueo arenoso de los pies en el umbral, y después la llamada a la puerta: y aquel largo, largo silencio hecho de palpitaciones de corazón, de hormigueos viscerales y de presentimientos visionarios, de pensamientos justificativos acerca de la revolución y del porvenir, de odio justificativo hacia la opresión y la infamia de la riqueza. Y al mismo tiempo, mientras permanecía allí, agachado detrás del biombo, recuerdos ridículos, incongruentes, de esos juegos infantiles del escondite, en los días de asueto escolares, entre las matas de argomones y enebros del terreno comunal. «Uno, dos tres…»; los buscadores se cubrían la cara con las manos y comenzaban a contar hasta cien en voz alta; los que debían esconderse, se dispersaban. Se lanzaba uno a una zarza espinosa; se perdía uno en el helechal; luego venía el grito de «noventa y nueve, ciento… ¡Ya!». Y los buscadores se soltaban a buscarlo a uno. Y el escondido estaba tan intensa, tan dolorosamente sobreexcitado, mientras permanecía allí, agachado o acuclillado en el escondrijo, asomando el ojo por una ranura, escuchando, esperando ocasión de volver a entrar en el campo a la carrera, que sentía deseo casi irreprimible de «hacer algo», aunque algo había hecho ya, detrás de los enebros, apenas hacía cinco minutos. ¡Qué absurdos recuerdos! ¡Y, por ser absurdos, espantosos! Por la centésima vez palpó su bolsillo para cerciorarse de que la botella de cloroformo estaba todavía allí, bien tapada. Resonó la segunda llamada, que lo sobrecogió, y al mismo tiempo el silbido y aquel grito humorístico (por el tono de su voz se lo oía sonreír) de «¡Amigo!». Illidge se había estremecido detrás del biombo. «¡Amigo!». Y ahora se estremeció de nuevo al recordarlo, más violentamente, con toda la vergüenza, el horror y la humillación que entonces no había tenido tiempo de sentir. No había tenido tiempo, porque antes de que su espíritu pudiera darse cuenta de todas las complejas repercusiones que implicaba aquella risueña llamada, la puerta había rechinado sobre sus goznes, se había sentido un rumor de pasos sobre las tablas y Webley había gritado el nombre de Elinor. (Illidge se preguntó de pronto si habría estado enamorado de ella). «¡Elinor!». Luego había habido un silencio: Webley había visto el telegrama. Illidge había sentido su respiración a dos pies de él, al otro lado del biombo. Y luego, el crujir de un movimiento rápido, el comienzo de una exclamación, y aquel golpe seco y repentino, semejante a una bofetada, pero más sordo, más muerto y al mismo tiempo más fuerte. A esto había seguido una fracción de segundo de silencio; luego, el ruido de un cuerpo al

desplomarse, no un sonido único, sino una serie de sonidos tendidos sobre un espacio de tiempo apreciable; el desplome huesoso de las rodillas, el restregueo de los zapatos deslizándose sobre el pulido piso, el choque sordo del cuerpo y de los brazos y el choque duro y seco de la cabeza contra las tablas. «¡Rápido!», había exclamado la voz de Spandrell, y él había salido precipitadamente de su escondrijo. «¡Cloroformo!». Illidge había ensopado obedientemente el pañuelo y lo había tendido sobre el rostro que se contorcía aún… Se estremeció de nuevo; tomó otro sorbo de coñac.

Al ruido del cepillo siguió el chapoteo de un paño mojado.

—¡Ya! —dijo Spandrell, saliendo de atrás del biombo. Se secaba las manos con un paño de muebles—. ¿Y cómo le va al enfermo? —añadió, parodiando la manera de un médico que se dirige a su paciente, y sonriendo con ironía.

Illidge desvió el rostro. El odio llameó en su interior, expulsando por el momento toda otra emoción.

—Bien —dijo secamente.

—Sí, lo está pasando usted muy bien, mientras que yo me embarro las manos en este repugnante trabajo.

Spandrell arrojó su paño sobre una silla y comenzó a desdoblar los puños de su camisa.

En dos horas los músculos del corazón se contraen y se aflojan, se contraen de nuevo y se vuelven a aflojar, ocho mil veces solamente. La tierra recorre menos de doscientos mil kilómetros sobre su órbita. Y la chumbera no ha tenido tiempo de invadir sino cuarenta hectáreas de territorio australiano. Dos horas no son nada. El tiempo de escuchar la *Novena Sinfonía* y dos de los *Cuartetos póstumos*, de volar de Londres a París, de hacer pasar un almuerzo del estómago al intestino delgado, de leer *Macbeth*, de morir de una picadura de serpiente o de ganar un chelín y ocho peniques como fregona. Nada más. Pero a Illidge le parecieron interminables, mientras permaneció allí sentado, con el cadáver tendido al otro lado del biombo, aguardando la noche.

—¿Se ha vuelto idiota? —preguntó Spandrell, al sugerir Illidge que se marcharan inmediatamente, dejando el cadáver donde estaba—. ¿O es que tiene usted interés en que lo cuelguen? —La mueca de burla, la helada expresión de ironía enloquecían a Illidge—. Philip lo encontraría esta noche al volver a casa.

—Pero Quarles no tiene llave —dijo Illidge.

—Entonces, mañana, tan pronto como encontrara un cerrajero. Y tres horas más tarde, cuando Elinor hubiese explicado qué había hecho de las llaves, la policía vendría a tocar a mi puerta. Y yo le prometo que después irían a llamar a la suya. —Sonrió hacia Illidge, que apartó la vista—. No —continuó Spandrell—, hay que sacar a Webley de

aquí. Y puesto que tenemos su coche ahí fuera, será un simple juego de niños si aguardamos a que sea de noche.

—Pero no será de noche hasta dentro de dos horas.

La voz de Illidge era una queja irritada y aguda.

—Sí, ¿y qué?

—Es que… —comenzó Illidge, y se contuvo: se dio cuenta de que, si respondía con verdad, tendría que decir que no quería permanecer allí durante las dos horas porque tenía miedo—. Está bien —dijo—. Aguardaremos.

Spandrell tomó en sus manos la pitillera de plata y olisqueó.

—Huelen muy bien —dijo—. Tenga uno —y empujó la pitillera hacia Illidge a través de la mesa—. Y hay montones de libros. Y el *Times*. Y el *New Statesman*. Y el último número de *Vogue*. Es positivamente el salón de espera de un dentista. Y hasta podríamos prepararnos una taza de té.

Comenzó el tiempo de espera. Los latidos del corazón se sucedían. A cada segundo recorría la tierra veinte millas, y las chumberas cubrían cinco pérticas más de territorio australiano. Detrás del biombo yacía el cadáver. Miles y miles de millones de minúsculos y diversos individuos se habían juntado, y de su dependencia mutua, de su hostilidad mutua, había resultado una existencia humana. El conjunto de su colonia, su colmena viviente, había sido un hombre. La colmena había muerto. Pero en el resto de calor que persistía aún, muchos de los individuos integrantes vivían todavía débilmente, pronto perecerían también, y entretanto, desde el aire, las huestes de saprófitos habían comenzado ya su invasión sin resistencia. Vivirían entre las células muertas, se desarrollarían y se multiplicarían prodigiosamente, y en su crecimiento y procreación toda la estructura química del cuerpo sería deshecha, todas las intrincaciones y todas las complejidades de su materia serían resueltas, de modo que, cuando hubiesen terminado su labor, unas pocas libras de carbono, unos pocos litros de agua, alguna cal, un poco de fósforo y azufre, un pellizco de hierro y sílice, un puñado de sales diversas, todo disperso y recombinado con el mundo circundante, sería todo lo que quedase de la ambición de mando que había tenido Everard Webley, y de su amor por Elinor, de sus ideas políticas y de sus recuerdos de la infancia, de su esgrima y de su equitación, de aquella dulce y fuerte voz y aquella sonrisa que se iluminaba de súbito, de su admiración por Mantegna, su aversión al *whisky*, sus arrebatos deliberadamente aterradores, su hábito de acariciarse la barbilla, su creencia en Dios, su incapacidad de silbar correctamente un aire, sus determinaciones inquebrantables y su conocimiento del ruso.

Illidge hojeó las páginas de anuncios de *Vogue*. Una joven vestida con un abrigo de pieles que costaba doscientas guineas montaba en un automóvil; en la página opuesta, una

joven que no llevaba puesta más que una toalla salía del baño impregnada de las sales para adelgazar del doctor Verbruggen. Seguía una naturaleza muerta de frascos de perfume que contenía *Songe Nègre*, y la última creación del fabricante, *Relent d'Amour*. Los nombres de Worth, Lanvin, Patou se extendían sobre tres páginas más. Luego apareció el retrato de una joven con un cinturón de goma para adelgazar mirándose al espejo. Un grupo de jóvenes se admiraba mutuamente sus ropas menores, procedentes del departamento de lencería de la casa Crabb y Lushington. Frente a ellas, otra joven reposaba muellemente sobre un diván en el *Laboratorio de Belleza de Madame Adrena*, mientras que las manos de una masajista le acariciaban una amenaza de papada. Luego seguía una naturaleza muerta de rodillos y estrígiles de goma destinados a hacer desaparecer, por rodadura y fricción, el exceso de grasa de las mujeres, y otra naturaleza muerta de jarros y orzas de crema destinada a proteger sus caras contra los estragos de los años y de las intemperies.

«¡Repugnante!», se dijo Illidge al volver las páginas. «¡Criminal!». Y acogió con regocijo su indignación, la cultivó. Estar encolerizado era una distracción, y, al mismo tiempo, una justificación. Descargando su cólera contra la insensibilidad y la frivolidad plutocráticas, podía olvidar a medias, y a medias excusar ante sus propios ojos, la horrible cosa que acababa de acontecer. El cuerpo de Webley yacía al otro lado del biombo. Pero había mujeres que pagaban doscientas guineas por un abrigo de pieles. ¡Doscientas guineas! Su tío Joseph se habría considerado dichoso si hubiese podido ganar otro tanto en dieciocho meses de trabajo remendando zapatos. Y compraban perfumes de veinticinco chelines el frasco de un octavo de litro. Se acordó de cuando su hermano Tom había sufrido una neumonía, después de un ataque de gripe. ¡Había sido espantoso! Y cuando había entrado en la convalecencia, el médico le había recomendado que se fuera a pasar unas semanas junto al mar. Pero ellos no habían tenido medios. Después de aquello, Tom había padecido siempre de debilidad pulmonar. Trabajaba ahora en una fábrica de motores (haciendo automóviles para que aquellas zorras con abrigos de doscientas guineas se sentaran en ellos); Illidge le había costeado los estudios en una escuela técnica: se los había costeado, pensaba, exacerbando su cólera, para que el chico pudiera obtener el privilegio de permanecer ocho horas diarias de pie ante una perforadora. El aire de Manchester no le sentaba bien a Tom. ¡Pobre diablo, él no tenía exceso de grasa que reducir! ¿Por qué diablos no hacían algún trabajo útil en lugar de apretarse las nalgas y la barriga? Esto les haría desaparecer la grasa. Si ellas trabajaran como lo había hecho su madre… Ella no tenía grasa que eliminar por masaje de rodillos, ni por sudación bajo el cinturón de goma, o en los baños calientes. Pensó con indignación en aquel ingrato e interminable trabajo doméstico. Día tras día, año tras año. Haciendo camas para que pudieran ser deshechas. Cocinando para llenar barrigas eternamente vacías. Lavando lo

que la próxima comida volvería a ensuciar. Fregando el suelo para que zapatos enfangados lo volvieran a ensuciar. Zurciendo y remendando para que pudiera hacer uno todavía más agujeros. Era una labor como la de Sísifo y las Danaides, sin esperanza, interminable; o hubiera sido interminable (salvo por la muerte de su madre) si él no hubiera tenido medio de mandarle aquellas dos libras semanales de su salario. Ahora ella podía, al menos, pagar a una chica que le ayudara a hacer el trabajo más duro. Pero todavía trabajaba más de lo necesario para poder valerse sin los cinturones de goma. ¡Qué existencia! Y en el mundo de los abrigos de pieles y del *Songe Nègre*, se quejaban de aburrimiento y de fatiga, y tenían que retirarse a casas de salud para hacer curas de reposo. ¡Ah, si ellas llevaran tan solo por una temporada la vida de su madre! Y tal vez no estuviera lejano el día (Illidge lo esperaba) en que se les obligaría a hacerlo en Inglaterra mismo. Illidge pensó con satisfacción en esos exoficiales del zar que conducían taxis y trabajaban en fábricas, en esas excondesas que tenían restaurantes, *cabarets* y tiendas de sombreros; en todos los exricos de Rusia, diseminados por el mundo: de Karbin y de Shanghai, a Roma, Londres y Berlín, arruinados, humillados, reducidos al estado de esclavitud del pueblo trabajador, del cual habían vivido en un tiempo como parásitos. Esto les estaba bien, se lo tenían bien merecido. Y esto podía ocurrir también aquí. Pero aquí, las gentes con exceso de grasa y abrigos de pieles eran fuertes; eran numerosas, constituían un ejército organizado. Pero el ejército había perdido su jefe. Este había recibido su merecido. La brutalidad y la plutocracia encarnadas yacían allí, detrás del biombo. Pero él había abierto la boca, y los músculos de su cara, antes de cubrírsela con el pañuelo humeante, se habían contraído grotescamente. Illidge se estremeció. Miró de nuevo, para distraerse y alimentar su indignación, el retrato de la joven que llevaba un abrigo de pieles de doscientas guineas, de la joven desnuda, pero castamente envuelta en una toalla, que salía del baño para adelgazar. ¡Rameras y glotonas! Pertenecían a la clase que los esfuerzos de Webley habían tendido a perpetuar. El campeón de todo lo que había de bajo y vil, en suma. Había recibido su merecido, había…

—¡Santo Dios! —exclamó Spandrell de pronto, alzando la vista de su libro. El sonido de su voz en el silencio sobrecogió a Illidge, presa de un terror incoercible—. ¡Me había olvidado completamente! ¿Se ponen rígidos, verdad? —Miró a Illidge—. Los cadáveres, quiero decir.

Illidge asintió con la cabeza. Inhaló una bocanada de aire y se recobró con un esfuerzo de voluntad.

—Bien, ahora habrá que tratar de meterlo en el coche, ¿no?

Se levantó de un salto y desapareció rápidamente detrás del biombo. Illidge sintió el tableteo del picaporte con un súbito terror. Spandrell iba a escapar, dejándolo a él

encerrado con el cadáver.

—¿Adónde va usted? —gritó, y se precipitó tras él, en una persecución de pánico—. ¿Adónde va usted? —La puerta estaba abierta. Spandrell había desaparecido de su vista, y la cosa yacía allí, en el suelo, con la cara descubierta, la boca abierta, mirando misteriosamente, intencionadamente, con sus ojos fijos, como a través de una mirilla, bajo los párpados entreabiertos.

—¿Adónde va usted? —La voz de Illidge se había elevado casi a un aullido.

—¿A qué viene esa agitación? —preguntó Spandrell al ver aparecer al otro, pálido, con una expresión desesperada, en el umbral. De pie junto al coche de Webley se ocupaba en aflojar el impermeable, fuertemente estirado, que cubría toda la parte de la carrocería de turismo situada detrás de los asientos delanteros—. Estos chismes son terriblemente difíciles de desprender.

Illidge se metió las manos en los bolsillos, haciendo como si hubiera salido con aquella precipitación por mera curiosidad.

—¿Qué está haciendo usted? —preguntó bruscamente.

Spandrell dio un último tirón; la cubierta quedó suelta todo a lo largo de un costado del coche. Él la volvió hacia adentro y miró al interior.

—¡Está vacío a Dios gracias! —dijo. Y tendiendo la mano, se puso a tocar octavas imaginarias, palmo tras palmo, a lo largo de la carrocería—. Pongamos cuatro pies de ancho —concluyó— por otro tanto de largo. De los cuales, la mitad está ocupada por el asiento. Con dos pies y medio de espacio libre bajo la cubierta. Hay un lugar bastante holgado para acurrucarse y estar muy cómodo. Pero ¿si estuviera uno rígido? —Miró interrogativamente a Illidge—. Se podría meter un hombre, pero no una estatua.

Illidge afirmó con la cabeza. Las últimas palabras de Spandrell le recordaron el comentario de burla de *Lady* Edward acerca de Webley. «Quiere que se le trate como si fuera su propia estatua colosal, póstumamente, si entiende usted lo que quiero decir».

—Tenemos que hacer algo a toda prisa —continuó Spandrell—. Antes de que se ponga tieso del todo. —Volvió a tirar de la cubierta, y llevando una mano al hombro de Illidge, lo empujó suavemente hacia la casa. La puerta se cerró de golpe tras ellos. Los dos se quedaron contemplando el cadáver—. Tendremos que subirle las rodillas y bajarle los brazos —dijo Spandrell.

Se inclinó y tiró de uno de los brazos hacia el cuerpo. Al soltarlo, el miembro volvió a alzarse a medio camino de su posición anterior. Como un títere, pensó Spandrell, con articulaciones elásticas. Grotesco, más que terrible; nada de trágico; simplemente un poco fastidioso y absurdo. Tal era el horror esencial: el que todo (incluso *esto*) resultase una especie de guasa mala y enfadosa.

—Tendremos que buscar algún cordel —dijo—. Algo con que sujetar los miembros en su lugar. —Era como hacer trabajos de plomería sin estar adiestrado, o como remendar uno mismo la glorieta del jardín: simplemente desagradable y un poco ridículo. Rebuscaron por toda la casa. No pudieron encontrar un cordel. Tuvieron que conformarse con tres vendas que halló Spandrell entre la aspirina y la tintura de yodo, el ácido bórico en polvo y los laxantes vegetales del pequeño aparador de farmacia, en el cuarto de baño.

—Sujétele los brazos en su lugar mientras yo se los ato —añadió Spandrell.

Illidge obedeció. Pero el frío de aquellas muñecas muertas contra sus dedos era horrible; de nuevo sintió náuseas; comenzó a temblar.

—¡Ya! —dijo Spandrell, enderezándose—. Ahora las piernas. Gracias que no lo hemos dejado más tiempo. «Que se lo trate como su propia estatua colosal». Estas palabras repercutían en la memoria de Illidge. «Póstumamente, si entiende usted lo que quiero decir». Póstumamente… Spandrell le dobló una pierna hasta que la rodilla casi tocaba el mentón.

—Aguante aquí.

Illidge agarró el tobillo; los calcetines eran grises con adornos blancos. Spandrell soltó la pierna, e Illidge sintió un poderoso y sorprendente empuje contra la mano con que la sujetaba. El muerto trataba de dar patadas. Negras cavidades comenzaron a dilatarse ante sus ojos, abriendo agujeros en el sólido mundo circundante. Y el mismo mundo sólido oscilaba y flotaba en torno a los bordes de aquellos vacíos interestelares. La cabeza le daba vueltas, sentía un vértigo horrible.

—Oiga usted —comenzó volviéndose hacia Spandrell, que se había acuclillado sobre sus talones y arrancaba la envoltura de otra venda. Luego, cerrando los ojos, soltó la presa.

La pierna se estiró como un muelle doblado, y el pie, al dispararse hacia adelante, alcanzó a Spandrell en un hombro y lo mandó, inestablemente equilibrado como estaba, rodando de espaldas al suelo.

Se levantó.

—¡Idiota! —Pero la cólera despertada por el primer choque de sorpresa se calmó. Emitió una ligera explosión de risa—. Parece que estamos en un circo —dijo. No solo era trágico: era clownesco.

Cuando hubieron terminado de doblar y atar el cuerpo, Illidge comprendió que la debilidad pulmonar de Tom y los abrigos de doscientas guineas, que el exceso de grasa y la vida de esclava de su madre, que los ricos y los pobres, que la opresión y la revolución, que la justicia, el castigo, la indignación, no tenían nada que ver con aquellos miembros rígidos, aquella boca abierta, aquellos ojos entreabiertos, vidriosos y misteriosamente

desencajados. Absolutamente nada que ver, y estaban al margen de la cuestión.

* * *

Philip comía solo. Ante su plato, una botella de clarete y el jarro del agua sostenían un volumen abierto. Leía entre bocado y bocado, mientras masticaba. El libro era la obra de Bastian titulada *Sobre el cerebro*. Un poco anticuada, sin duda, pero era lo mejor que había podido encontrar en la biblioteca de su padre para distraerse en el tren. Había comido la mitad de su pescado cuando llegó al caso del señor irlandés que había sufrido parafasia, y se sintió de tal modo impresionado por él, que empujó su plato a un lado y, sacando su libreta de bolsillo, lo anotó inmediatamente. El médico le había rogado al enfermo que le leyera en voz alta un párrafo del estatuto del Trinity College de Dublín. «El Colegio tendrá la facultad de examinar o de no examinar, según su criterio, a todo licenciado con anterioridad a su admisión como miembro del colegio». Lo que el enfermo leyó, efectivamente, fue el siguiente guirigay: *An the bee-what in the tee-mother of the trothodoodoo, to majoram or that emidrote, eni eni krastrei, mestrei to ketra totombreidei, to ro from treido os that kekritest*[13]. «¡Maravilloso! —se dijo Philip al copiar la última palabra—. ¡Qué estilo! ¡Qué majestuosa belleza! ¡Qué riqueza, qué sonoridad la de esta frase inicial: *an the bee-what in the tee-mother of the trothodoodoo!*». Se la repitió. «La pondré en la primera página de mi próxima novela —escribió en su libretaSerá el epígrafe, el texto de todo el sermón». Shakespeare se ha limitado a hablar de historias contadas por un idiota. Pero aquí hablaba, efectivamente, el idiota, y, lo que es más, en lenguaje de Shakespeare. «La última palabra sobre la vida», añadió con lápiz.

En el Queen's Hall, Tolley comenzó por los *Borborygmes Symphoniques*, de Erik Satie. Philip no halló la broma sino medianamente buena. Una parte del auditorio la mejoró, sin embargo, silbando y gritando. Irónicamente cortés, Tolley saludó, inclinándose con más gracia aun que de costumbre. Cuando se calmó el alboroto, se ocupó de la segunda pieza del programa. Era la obertura de *Coriolano*. Tolley se envanecía de su gusto ecléctico y de su omnicompetencia. Pero ¡oh —pensó Philip escuchando—, qué mal dirigía la verdadera música! Como si se avergonzara un poco de las emociones de Beethoven y tratara de disculparlas. Afortunadamente, *Coriolano* estaba prácticamente a prueba de Tolley. La música era heroicamente bella, era trágica e inmensa, a pesar de él. La última pulsación de sonidos expirantes se desvaneció, demostración de la indomable grandeza del hombre y de la necesidad, la importancia del sufrimiento.

Durante el entreacto, Philip se fue, cojeando, hasta el bar a fumar un cigarrillo. Una

mano le tiró de la manga.

—¡Ah, he aquí al melómano! —dijo una voz familiar. Se volvió y se encontró ante Willie Weaver, todo chispeante de humor, de bondad y de absurdidad—. ¿Qué le ha parecido a usted nuestro Orfeo moderno?

—Si se refiere usted a Tolley, estimo que no sabe dirigir la música de Beethoven.

—Un matiz demasiado ligero, demasiado fantástico, para la música prodigiosa del viejo Ludwig, ¿no? —sugirió Willie.

—Posiblemente —dijo Philip sonriendo—. No se eleva a su altura.

—O se eleva más. La prodigiosidad pertenece a la época prepositivista. Es burguesa, como diría el camarada Lenin. Tolley, o no es nada, o es un hombre moderno. ¿No le ha gustado su modo de tratar a Satie? ¿O es que —continuó en respuesta al gesto de desdén de Philip— hubiera preferido usted otra clase de ejecución?

Tosió para subrayar la agudeza con que había formulado su crítica.

—Es casi tan moderno como el genio irlandés cuyas obras he descubierto esta noche. —Philip sacó su libreta de bolsillo y, tras unas palabras de explicación, leyó en voz alta—: *An the bee-what in the tee-mother of the trothodoodoo…* —Al pie de la página estaban sus propios comentarios, hechos hacía una hora. El texto de todo el sermón. La última palabra sobre la vida. No los leyó. Había cambiado ya completamente de opinión—. La diferencia entre la prodigiosidad y el Satie Tolleyismo —dijo— es igual a la diferencia entre el estatuto del Trinity College de Dublín y este *bee-what in the tee-mother of the trothodoodoo*.

Estaba en flagrante contradicción consigo mismo. Pero, después de todo, ¿por qué no?

* * *

Illidge quería volver a casa y acostarse; pero Spandrell se había empeñado en que debía pasar, al menos, una hora o dos en Tantamount House.

—Tiene que dejarse usted ver —dijo—. Hay que crear una coartada. Yo voy a casa de Sbisa. Habrá allí una docena de personas que atestigüen que me han visto.

Illidge cedió tan solo bajo amenaza de violencia. Temía esta ordalía de tener que hablar con cualquiera, aunque este cualquiera fuese un hombre tan poco curioso, tan preocupado y ausente como Lord Edward.

—No podré soportarlo —repetía sin cesar, casi llorando.

Habían tenido que sacar el cadáver —encogido en la postura de un niño en la matriz de su madre, oprimido amorosamente en un abrazo estrecho y vacilante— escaleras abajo hasta el callejón. Un farol de gas, único, pendiente bajo el arco, alumbraba débilmente

con una luz verdosa, suficiente, sin embargo, para traicionarlos si alguien acertaba a pasar ante la entrada cuando ellos sacaban el fardo y lo levantaban para meterlo en el coche. Habían comenzado por dejar caer el objeto de espaldas en el suelo; pero las rodillas, levantadas, sobrepasaban el nivel de la carrocería. Spandrell había tenido que trepar al coche y empujar y tirar del pesado cuerpo hasta colocarlo de costado, de modo que las rodillas descansaran sobre el borde del asiento posterior. Cerraron las puertas, tiraron de la cubierta y la tendieron fuertemente en su lugar.

—Perfecto —dijo Spandrell. Tomó a su compañero por el codo—. Necesita usted un poco más de coñac —añadió.

Pero, a pesar del coñac, Illidge temblaba y se sentía aún un poco débil cuando se pusieron en marcha. Y el modo torpe con que Spandrell manejaba el mecanismo de aquel coche, que no conocía, no era tampoco muy a propósito para calmarle los nervios. Habían comenzado por retroceder violentamente contra el muro posterior de la caballeriza; y antes de que hubiesen descubierto el secreto del cambio de velocidades, Spandrell había apagado dos veces el motor por descuido. Él desahogó su irritación riendo y echando juramentos. Pero, para Illidge, estos pequeños contratiempos, que entrañaban un minuto dé retraso en evadirse de aquel horrible y maldito lugar, eran catástrofes. Su terror, su impaciencia angustiosa se hicieron casi histéricos.

—¡No; no puedo, no puedo! —protestó, cuando Spandrell le hubo dicho que debía pasar parte de la noche en Tantamount House.

—¿No? Ya verá usted cómo puede —y dirigió el coche hacia Pall Mall—. Lo pondré a usted en la puerta.

—¡No, no, de verdad!

—Y si es necesario, lo haré entrar de un puntapié.

—Pero yo no podría soportar el hallarme allí, no podría soportarlo.

—Este auto es verdaderamente admirable —dijo Spandrell, cambiando de asunto de modo significativo—. Muy agradable de conducir.

—No podría soportarlo —repitió Illidge, lloriqueando.

—Creo que los fabricantes garantizan cien millas por hora sobre pista.

Doblaron junto al St. Jame's Palace para entrar en Pall Mall.

—Ya llegó usted —dijo Spandrell, deteniéndose al borde de la acera.

Illidge descendió obedientemente, cruzó el pavimento, subió la escalinata y tocó el timbre. Spandrell aguardó a que la puerta se cerrara tras él y continuó luego hasta St. James's Square. Había veinte o treinta coches estacionados en torno al jardín central. Spandrell reculó entre ellos, paró el motor y marchó a pie hasta Picadilly Circus. Un autobús lo llevó por un penique desde allí hasta lo alto de Charing Cross Road. Los

árboles de Soho Square ostentaban su verdor luciente a la luz de los faroles, al extremo de la estrecha calleja entre los edificios de las fábricas. Dos minutos más tarde se hallaba en casa de Sbisa, disculpándose ante Burlap y Rampion por haber llegado tan tarde.

* * *

—¡Ah, helo a usted aquí! —dijo Lord Edward—. Me alegro mucho de que haya venido.

Illidge farfulló algunas vagas excusas por no haber llegado antes. Una cita con un hombre. Acerca de negocios. Pero supongamos, se dijo con terror, supongamos que Lord Edward le preguntara con qué hombre y acerca de qué negocios había sido la cita… ¿sabría qué contestar?; quedaría completamente abatido. Pero el viejo pareció no haber oído siquiera las excusas.

—Lo siento: pero voy a tener que pedirle que me haga algunos cálculos —dijo con su voz profunda y velada.

Lord Edward había hecho de sí mismo un matemático bastante notable; pero las «operaciones» y los «problemas» habían estado siempre más allá de sus fuerzas. Jamás había podido multiplicar correctamente. Y en cuanto a una división larga… hacía cincuenta años que ni siquiera la había intentado.

Aquí están las cifras —y señaló la libreta que estaba abierta frente a él, sobre el pupitre—. Es para el capítulo sobre el fósforo. Trátase de la perturbación ocasionada por el hombre al ciclo natural. ¿Cuánto P_2O_5 hemos hallado que se desperdiciaba en el mar por medio del alcantarillado? —Volvió una página—. Cuatrocientas mil toneladas. Esto es. Prácticamente perdidas. Tiradas, simplemente. Y luego el modo estúpido que tenemos de tratar los cadáveres. En cada cuerpo, tres cuartos de kilogramo de anhídrido fosfórico. Devueltos a la tierra, usted me dirá… —Lord Edward estaba dispuesto a admitir todas las excusas, interesado en prever, para poder refutarlos, todos los expedientes de defensa—. ¡Pero qué insuficientemente! Barrió con las excusas, hizo saltar en pedazos a los abogados defensores. ¡Amontonando los cuerpos unos sobre otros en los cementerios! ¿Cómo puede esperarse que el fósforo se halle bien distribuido? Con el tiempo termina, sin duda, por entrar de nuevo en el ciclo de la vida. Pero en lo que nos concierne a nosotros, está perdido. Fuera de la circulación. Ahora bien; supongamos tres cuartos de kilogramo de P_2O_5 por cada cadáver y una población mundial de mil ochocientos millones, con un promedio de mortalidad de veinte por mil. ¿Qué cantidad total se restituye anualmente al suelo? Usted, querido Illidge, sabe resolver problemas. Lo dejo a su cargo. —Illidge se quedó sentado, en silencio, escudando la cara con la mano—. Ahora no hay que perder de

vista —continuó el viejo— que hay un gran número de gentes que se deshacen de sus muertos de un modo más sensato que nosotros. En realidad, solo entre las razas blancas se retira el fósforo de la circulación: las otras no tienen necrópolis, ni ataúdes impermeables, ni fosas de ladrillo. El único pueblo más derrochador que nosotros son los indios. ¡Decir que queman los cadáveres y que arrojan las cenizas a los ríos! Pero los indios son estúpidos en todas sus cosas. Así, queman todas las bostas de vaca en lugar de restituirlas a la tierra. Y luego se sorprenden de que la mitad de la población no tenga bastante que comer. Tendremos que hacer un cálculo separado acerca de los indios. Pero me faltan las cifras. Entretanto, haga el favor de hacerme el cálculo general para el mundo entero. Y otro para las razas blancas, si no le molesta. Por aquí debo tener una lista de las poblaciones. Y, por supuesto, la mortalidad será más baja que la media general del mundo, al menos en la Europa occidental y en América. ¿Quiere sentarse usted aquí? Hay espacio en este lado de la mesa. —Le hizo espacio—. Y aquí tiene papel. Y una pluma bastante buena.

—¿Me permite usted —dijo Illidge débilmente— acostarme un minuto? No me siento bien.

XXXIV

Eran cerca de las once cuando Philip Quarles apareció en casa de Sbisa. Spandrell lo vio entrar y le hizo señas para que fuese a la mesa que ocupaba con Burlap y Rampion. Philip avanzó cojeando a través de la sala y se sentó a su lado.

—Tengo un mensaje para usted —dijo Spandrell— y, lo que es más importante —se registró el bolsillo—, la llave de su casa. —Se la tendió, explicándole cómo había llegado a su poder. Si Philip supiera lo que había ocurrido en su casa aquella tarde…—. Y Elinor ha partido para Gattenden —continuó—. Recibió un telegrama. Parece que el niño no se encuentra bien. Y ella lo espera a usted mañana.

—¡Demonios! —dijo Philip—. ¡Y yo que tengo, por lo menos, quince citas! ¿Qué le pasa al chico?

—No sé; el telegrama no lo especificaba.

Philip se encogió de hombros.

—Si fuera grave, mi suegra no habría telegrafiado —dijo, cediendo a la tentación de decir algo divertido—. Así es ella. Es capaz de tomar un caso de doble neumonía con toda calma y de mostrarse luego terriblemente excitada con motivo de una jaqueca o de un dolor de barriga.

Se interrumpió para pedir una tortilla y media botella de vino de Mosela. Y, sin embargo, pensaba Philip, el niño no había estado muy radiante en el curso de las últimas semanas. Casi se arrepintió de haber cedido a la tentación. Y lo que había dicho no tenía nada de divertido. El querer ser divertido era su principal defecto literario. Sus libros serían mucho mejores si dejara que fuesen más pesados. Se hundió en un silencio un tanto sombrío.

—¡Ah, estos niños! —dijo Spandrell—. He aquí lo que ocurre por empeñarse en tener…

—Y, sin embargo, debe ser maravilloso tener un niño —dijo Burlap con una adecuada expresión de anhelo—. Con frecuencia hubiera querido yo…

Rampion le interrumpió.

—Más maravilloso debe ser todavía el *serlo*. Cuando uno es grande, se entiende… —Y sonrió con ironía.

—¿Cómo se ocupa usted de sus niños? —preguntó Spandrell a Rampion.

—Lo menos posible. Desdichadamente, hay que mandarlos a la escuela. Solo pido a Dios que no aprendan demasiado. Sería verdaderamente espantoso que se revelaran como pequeños profesores atiborrados de saber empeñados en desembuchar sus brillantes generalizaciones abstractas. Probablemente lo hagan. Tan solo para darme a mí que sentir.

Los hijos dan generalmente que sentir a sus padres. No de propio intento, desde luego, sino inconscientemente, porque no pueden evitarlo, porque sus padres se han alejado probablemente demasiado en una dirección y porque la naturaleza reacciona, tratando de volver al estado de equilibrio. Sí, sí; yo lo siento en el fondo de mí mismo. Serán profesores, los pequeños bribones. Serán pequeños científicos horribles. Como su amigo Illidge —dijo, volviéndose hacia Spandrell, que sintió una repentina y desagradable conmoción al oír aquel nombre y se reprochó por haberse conmovido—. Horribles cerebros, que harán cuanto puedan por suprimir las tripas y el corazón que los acompañan.

Spandrell sonrió con su sonrisa profunda y un poco melodramática.

—El joven Illidge no ha logrado suprimir sus tripas ni su corazón —dijo—. En eso ha quedado corto.

—Desde luego que no. Nadie puede suprimirlos. Todo lo que ocurre, en el curso del proceso, es que se transforman, de órganos vivientes, en desechos. ¿Y por qué se transforman? ¿En interés de qué? De un montón de conocimientos estúpidos y de abstracciones sin pies ni cabeza.

—Los cuales, después de todo, son muy divertidos en sí —dijo Philip, rompiendo el silencio para salir en defensa del intelecto—. El hacer generalizaciones y el buscar el saber son distracciones. Y de las más divertidas, a mi ver. —Philip continuó desarrollando su defensa hedonística de la vida mental—. Así que, ¿para qué juzgar tan severamente nuestros pequeños placeres? —concluyó—. Si no condena usted el golf, ¿por qué ha de condenar los deportes de los intelectuales?

—Eso es bastante rudimentario, ¿no? —dijo Rampion—. Al árbol se le conoce por sus frutos. Los frutos del golf, o no existen, o son inofensivos, o positivamente beneficiosos. Un hígado en buen estado, por ejemplo: he aquí un fruto muy bueno. Mientras que los frutos del intelectualismo… ¡Santo Dios! —Hizo una mueca—. Repare usted en ellos. Toda nuestra civilización industrial: he ahí su fruto. El diario de la mañana, la radio, el cinema: todos estos son sus frutos. Tanques y trinitrotolueno, Rockefeller y Mond: más frutos todavía. Todo eso es el resultado del intelectualismo profesional, sistemáticamente organizado, de los dos últimos siglos. ¿Y quiere usted que yo apruebe sus diversiones? ¡Vamos! Le aseguro a usted que prefiero las lidias de toros. ¿Qué significan la tortura de unos cuantos animales y la brutalización de unos cuantos cientos de espectadores comparadas con la ruina, el envilecimiento y la degradación de todo un mundo? Y esto es lo que han hecho ustedes los intelectuales desde que han profesionalizado y organizado sus placeres.

—¡Vamos, vamos! —dijo Philip—. El cuadro es un poco sombrío. Y de todos modos,

aun cuando fuera exacto, no puede hacerse responsable a los intelectuales de las aplicaciones que han hecho otros de sus resultados.

—¡Sí, ellos son responsables! Porque ellos han educado a los demás en su maldita tradición intelectualista. En el fondo, los otros solo son intelectuales en otro plano. Un negociante es simplemente un científico, que resulta ser más estúpido que el verdadero científico. Vive de un modo tan unilateral, tan intelectual, dentro de los límites de su inteligencia, como el otro. Y el fruto de eso se llama degeneración psicológica interior. Porque, desde luego —añadió entre paréntesis—, los frutos de sus placeres no son meramente el aparato externo de la vida industrial moderna. Residen también en una decrepitud interna, en el infantilismo y en la degeneración, en todas las formas de locura y de regresión al estado primitivo. No, no; yo no puedo tolerar sus placeres del espíritu. Harían ustedes mucho menos daño si se dedicaran a jugar al golf.

—Pero ¿y la verdad? —interrogó Burlap, que había escuchado en silencio la discusión —. ¿Qué dice usted de la verdad?

Spandrell movió la cabeza en sentido de aprobación.

—¿No merece la pena indagarla?

—Ciertamente —dijo Rampion—. Pero no donde la indagan Philip y sus amigos científicos o eruditos. En el fondo, la única verdad que puede tener algún interés para nosotros, o que nosotros podemos alcanzar, es una verdad humana. Y para descubrirla hay que buscarla con todo el ser, y no con una de sus partes especializadas. Lo que los científicos se esfuerzan por penetrar es una verdad no humana. No es que lo consigan jamás completamente, porque ni aun un científico puede dejar completamente de ser humano. Pero pueden alejarse hasta cierto punto del mundo humano de la realidad. Torturándose el cerebro, pueden llegar a adquirir una débil noción del universo tal como aparecería visto a través de ojos no humanos. Con su teoría de los *quanta*, su mecánica ondulatoria, su relatividad y todo lo demás, parecen haberse alejado realmente un poco de la humanidad. Bueno, ¿y de qué demonio sirve todo eso?

—Aparte del placer mismo de la cosa —dijo Philip—, podrá servir para hacer algún prodigioso descubrimiento práctico, como el secreto de la desintegración del átomo y la liberación de ilimitadas cantidades de energía.

—Y la consecuente reducción de los seres humanos a un estado de imbecilidad y de absoluta sujeción a sus máquinas —se burló Rampion—. Conozco los paraísos que ustedes proponen. Pero en este momento se trata de la verdad. Esta verdad no humana que los científicos tratan de penetrar con sus intelectos, nada tiene que ver con la existencia humana ordinaria. Nuestra verdad, la verdad humana que nos interesa, es algo que se descubre viviendo, viviendo completamente, con la totalidad del ser. Los resultados de sus

placeres, Philip, todas estas famosas teorías acerca del cosmos y sus aplicaciones prácticas no tienen absolutamente nada que ver con la única verdad que nos importa. Y la verdad no humana no solamente nos es extraña, es también peligrosa. Distrae la atención de las gentes de las importantes verdades humanas. Les hace falsificar sus experiencias a fin de que la realidad vivida se conforme a la teoría abstracta. Por ejemplo, es una verdad no humana establecida, o al menos estaba establecida en la época de mi juventud, el que las cualidades secundarias no tienen existencia real. El hombre que admita esto seriamente se niega a sí mismo, destruye toda la armazón de su vida como ser humano. Porque ocurre que los seres humanos se hallan constituidos de tal modo, qué las cualidades secundarias son, para ellos, las únicas reales. Si usted las niega se suicida.

—Pero en la práctica —dijo Philip— nadie las niega.

—Completamente, no —concedió Rampion—. Porque no es posible. El hombre no puede abolir completamente sus sensaciones y sus sentimientos sin aniquilarse físicamente a sí mismo. Pero puede despreciarlos después del hecho. Y, de hecho, eso es lo que hace un gran número de personas inteligentes y cultivadas: despreciar lo humano en interés de lo no humano. Su móvil difiere del de los cristianos: pero el resultado es el mismo. Una especie de autodestrucción. Siempre lo mismo —continuó con una súbita explosión de cólera en la voz—. A cada tentativa de ser algo mejor que humano, el resultado es siempre el mismo. Muerte, una forma u otra de muerte. Trata uno de ser más de lo que es por naturaleza, y lo que hace es matar algo en sí mismo y convertirse en mucho menos. Estoy hasta la médula de todas esas necedades acerca de la vida superior, el progreso moral e intelectual, el vivir para el ideal y demás cosas por el estilo. Todo eso conduce a la muerte. Tan infaliblemente como el vivir para el dinero. Los cristianos y los moralistas, y los estetas cultivados, y los jóvenes y brillantes científicos, y los negociantes de la escuela de Samuel Smiles, todas las pobres ranas humanas que tratan de inflarse en bueyes de pura espiritualidad, de puro idealismo, de pura eficacia práctica, de pura inteligencia consciente, y que, ¡paf!, revientan simplemente para convertirse en meros fragmentos de rana y, lo que es más, fragmentos en descomposición. Todo eso es una vasta estupidez, una enorme y repugnante mentira. Su pobrecillo San Francisco, esa hediondez, por ejemplo —se volvió hacia Burlap, que protestó—. Sí, nada más que hediondez —insistió Rampion —. Un hombrecillo tonto y vanidoso, que trata de inflarse hasta llegar a ser un Jesús y que no consigue sino matar la poca virtud o buen sentido que pudiera quedarle, que no consigue sino transformarse en hediondos y repugnantes fragmentos de un verdadero ser humano. ¡Un hombre que busca excitaciones y escalofríos lamiendo a los leprosos! ¡Puf! ¡Pequeño y asqueroso pervertido! Se cree demasiado bueno para besar a una mujer; quiere estar por encima de una cosa tan vulgar como es el placer natural y saludable, y el único

resultado es que mata el menor grano de virtud humana que pudiese tener en sí y se convierte en un pequeño y asqueroso pervertido que no puede excitarse sino lamiendo las úlceras de los leprosos. Pero sin curarlas, nótelo bien. Lamentándolas nada más. Para su propio placer. No para el de ellos. ¡Es inmundo!

Philip se arrellanó en su silla y se echó a reír. Pero Rampion se volvió, furioso, hacia él.

—Puede usted reírse —dijo—. Pero no se figure que es usted mejor, en realidad. Usted y sus amigos intelectuales y científicos. Ustedes han matado tanto de sí mismos como los maniáticos del cristianismo. ¿Quiere que le lea su programa? —Tomó el libro que estaba junto a él sobre la mesa y comenzó a hojearlo—. Acabo precisamente de encontrarme con él, al venir en el autobús. Aquí está… —Comenzó a leer, pronunciando cuidadosamente y con claridad las palabras francesas del texto: *Plus un obstacle materiel, toutes les rapidités gagnées par la science et la richesse. Pas une tare à l'indépendonce. Voir un crime le lése— moi dons toute fréquentation, homme ou poys, qui ne serait pos expressément uoulu. Lénergie, le recueillement, la tension de la solitude, les transporter dons ses rapports auec de urais semblables. Pos d'amour peut être, mais des amitiés rares, difficiles, exaltées, nerueuses; vivre comme on reuiurait en esprit de détachement, d'inquiétude et de revanche*. —Rampion cerró el libro y alzó la mirada—. Ese es su programa —le dijo a Philip—. Formulado por Marie Lenéru en 1901. Muy breve, claro y completo. Y, ¡santo Dios, qué horror! Ni cuerpo, ni contacto con el mundo material, ni contacto con los seres humanos, salvo por medio de la inteligencia, ni amor…

—Ese punto lo hemos cambiado un poco desde 1901 —dijo Philip sonriendo.

—Pero no verdaderamente. Han admitido ustedes la fornicación promiscua, eso es todo. Pero no el amor, no el contacto y la corriente naturales, no la renunciación al orgullo mental, no el hecho de abandonarse al instinto. No, no. Ustedes siguen fieles a su voluntad consciente. Todo debe ser *expressément voulu*, en todo tiempo. Y las relaciones han de ser puramente mentales. Y la vida ha de ser vivida, no como si fuera la vida de un mundo de seres vivientes, sino como si estuviera compuesta de recuerdos, de imaginaciones y de meditaciones solitarias. Una interminable masturbación, como el grande y horrible libro de Proust. Esa es la vida superior. Que es el nombre, expresado con eufemismo, de la muerte incipiente. Es significativo, es simbólico el que esa Lenéru fuese sorda y semiciega. Es el signo exterior visible de una verdad interior espiritual. ¡Pobre criatura! Ella tenía, al menos, alguna excusa para su espiritualidad. Pero los otros sacerdotes de la vida superior, los que no tienen ningún defecto físico, estos son imperdonables. Estos se han mutilado deliberadamente, por diversión. ¡Lástima que no les salgan jorobas, o manchas blancas en los ojos! Así podríamos identificarlos mejor.

—Justo —dijo Philip, asintiendo con la cabeza, y rio afectando buen humor, para

cubrir el embarazo que le causaban las alusiones de Rampion a las imperfecciones físicas —. Justo. —Nadie debía figurarse que, por el hecho de que cojeaba de una pierna, no apreciaba enteramente la justeza de las observaciones de Rampion acerca de la deformidad.

La violencia intempestiva de su risa hizo que Rampion lo mirara con expresión interrogante. ¿Qué le pasaba? No quería tomarse el trabajo de averiguarlo.

—Todo eso es un saco de mentiras indecentes —continuó— y mentiras idiotas, y por añadidura toda esa comedia de aparentar que se es más que humano. Es idiota, porque no se cumple jamás. Se esfuerza uno por ser más que humano; pero no consigue sino hacerse menos que humano. Siempre…

—¡Muy bien, muy bien! —dijo Philip—. «Nosotros caminamos sobre la tierra y no necesitamos alas». —Y de pronto oyó la fuerte voz de su padre, que decía: «Yo tenía alas. Yo tenía alas»; vio su rostro encendido y su pijama febrilmente rosado. Risible y deplorable—. ¿Sabe usted de quién es eso? —continuó—. Es el último verso de un poema que escribí yo para el premio Newdigate, de Oxford, cuando tenía veintiún años. El asunto era *El rey Arturo*, si mal no recuerdo. Excuso decir que no llevé el premio. Pero el verso era bueno.

—Lástima que no haya vivido usted conforme a él —dijo Rampion—, en vez de prostituirse a las abstracciones. Pero, desde luego, nadie como el amante de las abstracciones para condenar las abstracciones. El sabe por experiencia lo destructoras que son para la vida. El hombre ordinario puede permitirse vivir en buena inteligencia con ellas. El puede permitirse también tener alas, siempre que no se olvide de que también tiene pies. El extravío viene cuando las gentes se empeñan en permanecer siempre en el aire. Sienten la ambición de ser ángeles; pero todo lo que consiguen es ser cucos o gansos de un lado y buitres y cuervos repugnantes del otro.

—Pero todo esto —dijo Spandrell, rompiendo un largo silencio— no es más que el evangelio del animalismo. Nos aconseja usted simplemente que nos portemos como bestias.

—Yo les aconsejo que se porten como seres humanos —dijo Rampion—. Lo cual es un poco distinto. Y, de todos modos, maldito si no vale más portarse como una bestia, como un auténtico animal por domesticar, que inventar un demonio y portarse luego conforme a la propia invención.

Hubo un breve silencio.

«Supongamos que yo les dijera —pensó Spandrell—, supongamos que yo les dijera que vengo precisamente de saltar sobre un hombre de detrás de un biombo y que lo he golpeado con un garrote en la sien…». Tomó un sorbo de coñac.

—No —dijo en voz alta—, yo no estoy tan seguro de lo que usted dice. El portarse como un animal es portarse como una criatura que está por debajo del bien y del mal. Es preciso saber lo que es el bien antes de poder comenzar a conducirse como el demonio. —Y, sin embargo, todo aquello había sido estúpido, sórdido, repugnante. Sí, y profundamente tonto, una enorme estupidez. En el corazón del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal había encontrado, no fuego y veneno, sino solamente una putrefacción oscura y repugnante y algunas pequeñas larvas—. Las cosas no existen sino en cuanto se las puede relacionar con sus contrarias —continuó, frunciendo el ceño a sus propios pensamientos—. El demonio supone a Dios.

—Sin duda —dijo Rampion—. Un demonio del mal absoluto, un dios del bien absoluto. Bien, ¿y qué? ¿Qué tiene que ver eso con usted o conmigo?

—Mucho, a mi entender.

—Tiene, aproximadamente, tanto que ver con nosotros como el hecho de que esta mesa esté compuesta de electrones, o que sea una serie infinita de ondas que vibran en un medio desconocido, o un gran número de punto-acontecimientos en un continuo de cuatro dimensiones, o cualquier otra cosa que los amigos científicos de Philip aseguren que es ella. Justamente otro tanto. Es decir, prácticamente, nada. Su dios absoluto y su demonio absoluto pertenecen a la categoría de hechos sin interés ni relación humanos. Las únicas cosas que nos conciernen son los pequeños dioses y diablos relativos de la historia y de la geografía, los pequeños bienes y males de la casuística individual. Todo lo demás es extrahumano y fuera de propósito: y si se deja usted influir por las consideraciones no humanas, absolutas, entonces hace usted un imbécil de sí mismo o un malvado, o acaso los dos.

—Pero eso es mejor que hacer de sí mismo un animal —insistió Spandrell—. Yo preferiría ser un imbécil o un malvado antes que un toro o un perro.

—Nadie le manda a usted que sea un toro o un perro —dijo Rampion con impaciencia—. Nadie le pide que sea sino un hombre. Un hombre, fíjese bien. No un ángel o un demonio. Un hombre es un ser sobre una cuerda tirante, que marcha delicadamente, en equilibrio, con el espíritu, la conciencia y el alma en un extremo de su balancín, y el cuerpo, el instinto y todo lo que es inconsciente, terreno, misterioso, en el otro. En equilibrio. Lo cual es endiabladamente difícil. Y el único absoluto que jamás puede conocer realmente es el absoluto del equilibrio perfecto. El absoluto de la relatividad perfecta. Lo cual, desde el punto de vista intelectual, es una paradoja, una tontería. Pero lo mismo ocurre con toda la verdad verdadera, auténtica, viva: simple tontería, según la lógica. Y la lógica es una simple tontería a la luz de la verdad viviente. Puede usted elegir a su gusto entre la lógica y la vida. Es asunto de gustos. Hay quien

prefiere estar muerto.

«Prefiere estar muerto». Sus palabras resonaron en el espíritu de Spandrell. Everard Webley tendido en el suelo, liado como un pollo. ¿Prefería él estar muerto?

—Con todo —dijo lentamente—, hay ciertas cosas que deben seguir siendo siempre absoluta y radicalmente malas. El asesinato, por ejemplo. —Tenía necesidad de creer que era algo más que simplemente vil, sórdido y repugnante. Quería creer que era también trágico y terrible. He ahí un mal absoluto.

—Pero ¿por qué más absoluto que cualquier otra cosa? —dijo Rampion—. Hay circunstancias en que el matar es manifiestamente necesario, recomendable. A lo que yo alcanzo, el único acto absolutamente malo que el hombre puede ejecutar es un acto contra la vida, contra su propia integridad. Hace mal cuando se pervierte, cuando falsifica sus instintos.

Spandrell se mostró sarcástico.

—He ahí que volvemos a la bestia —dijo—. Hay que lanzarse pues, a la caza y satisfacer todos los apetitos tal cual uno los siente. ¿Es esa la última palabra de la sabiduría humana?

—¡Bah!, no es realmente tan estúpida como trata de pintarla usted —dijo Rampion —. Si los hombres se entregaran a la satisfacción de sus instintos solamente cuando los sienten auténticamente, como los animales que usted tanto desprecia, maldito si no se portarían mucho mejor de lo que se portan hoy la mayoría de los seres humanos civilizados. No es el apetito natural ni el deseo instintivo espontáneo lo que hace al hombre tan bestial… No, «bestial» no es la palabra que conviene, pues envuelve un insulto a los animales… Digamos tan excesivamente humano en su maldad. Es la imaginación, es el intelecto, son los principios, es la tradición y la educación. Abandónense los instintos a sí mismos y se verá que hacen muy poco daño. Si los hombres no hicieran el amor sino cuando los arrastra la pasión, si se batieran únicamente cuando los embarga la cólera o el terror, si se apropiaran de las cosas tan solo cuando tuviesen necesidad de ellas o los arrebatara un irresistible deseo de poseer, entonces, yo se lo aseguro, este mundo se parecería mucho más al reino de los cielos de lo que se parece bajo nuestro régimen cristiano-intelectual-científico actual. No es el instinto el que hace los Casanova, los Byron, las *Lady* Castlemaine: es un prurito imaginativo que estimula artificialmente el apetito, que estimula los deseos desprovistos de existencia natural. Si los Donjuanes y las Donjuanesas obedecieran solamente a sus deseos, tendrían muy pocas intrigas. Tienen que estimularse imaginativamente antes de que puedan comenzar sus aventuras promiscuas. Y lo mismo ocurre con los demás instintos. No es el instinto de posesión el que ha enloquecido a la civilización moderna acerca del dinero. Ese instinto

tiene que ser estimulado artificialmente sin cesar por la educación, la tradición y los principios morales. Es preciso que a los atesoradores de dinero se les diga que el acaparar dinero es una cosa noble y natural, que la economía y la industria son virtudes, que el persuadir a las gentes a comprar lo que no necesitan es un deber cristiano. Su instinto de posesión jamás sería bastante fuerte para moverlos a seguir embolsando de la mañana a la noche durante toda su vida. Tiene que ser constantemente estimulado por la imaginación y la inteligencia. Y luego, piense usted en la guerra civilizada. No tiene nada que ver con la combatividad espontánea. Para que los hombres se batan es preciso obligarlos por la ley y estimularlos por la propaganda. Se haría más en favor de la paz diciéndoles a los hombres que obedecieran los dictados espontáneos de sus instintos que fundando una cantidad de Sociedades de Naciones.

—Se haría aun más —dijo Burlap— diciéndoles que obedecieran a Jesús.

—¡No lo creo! El decirles que obedezcan a Jesús es decirles que sean más que humanos. Y en la práctica, cuando trata uno de ser más que humano, lo que consigue es hacerse menos que humano. El decirles que obedezcan a Jesús literalmente es decirles, indirectamente, que se porten como imbéciles y, finalmente, como demonios. No tiene más que considerar los ejemplos. El viejo Tolstoi: he ahí un gran hombre que se ha transformado deliberadamente en imbécil por tratar de ser más que un gran hombre. Y su horrible San Francisco. —Se volvió hacia Burlap—. Otro imbécil. Pero ya al borde del diabolismo. Con los monjes de la Tebaida tiene usted el mismo procedimiento, llevado a mayor extremo. Estos han rebasado el límite. Han llegado al estado demoníaco. La tortura de sí mismo, la destrucción de todo lo que es normal, bello y viviente. Tal era su programa. Ellos trataron de obedecer a Jesús y de ser más que hombres, y todo lo que lograron fue convertirse en la encarnación del puro espíritu diabólico de la destrucción. Hubieran podido ser humanos perfectamente normales si hubieran seguido simplemente su camino, conduciéndose, naturalmente, de acuerdo con sus instintos. Pero no; ellos querían ser más que humanos. Así que se convirtieron simplemente en demonios. Imbéciles primero y demonios después, demonios imbéciles. ¡Puf! —Rampion hizo una mueca y meneó la cabeza con repugnancia—. ¡Y pensar —continuó con indignación— que el mundo está lleno de criaturas de ese género! No del todo tan insensatas como San Antonio y sus demonios o como San Francisco y sus imbéciles. Pero de la misma clase. No difieren sino en grado. Y todos pervertidos de la misma manera, por tratar de ser más que humanos. ¡No humanamente religiosos, no humanamente morales, no humanamente intelectuales y científicos, no humanamente especializados y eficientes, no humanamente negociantes, no humanamente avaros y ávidos de poseer, no humanamente lascivos y donjuanescos, no humanamente individuos conscientes hasta en el amor! Todos

pervertidos. Pervertidos hacia el bien o el mal, hacia el espíritu o la carne; pero siempre alejados de la norma central, siempre apartados de la humanidad. El mundo es un asilo de pervertidos. Cuatro de ellos se hallan aquí presentes, a esta mesa. —Miró en derredor con una mueca de burla—. Un pequeño pervertido de Jesús. —Burlap simplemente sonrió, con una expresiva sonrisa de perdón—. Un pervertido estético intelectual.

—Gracias por el cumplimiento —dijo Philip.

—Un pervertido ético-filosófico. —Se volvió hacia Spandrell—. Nada menos que el pequeño Stavrogin. Perdone usted estas palabras, Spandrell; pero es usted realmente el más colosal de los imbéciles. —Lo miró intensamente—. ¡Sonríe usted como todos los personajes trágicos de las novelas condensados en uno solo! Pero eso no vale. No logrará encubrir al simplón, al alma cándida que hay debajo.

Spandrell echó la cabeza hacia atrás y rio silenciosamente. «Si supiera él —pensó—, si supiera…». Pero, si lo supiera, ¿no lo consideraría acaso menos imbécil?

—¡Sí, ríase usted, señor Dostoievski! Pero déjeme decirle que es Stavrogin, y no Mishkin, el que debería ser llamado el idiota. Él es, incomparablemente, el más idiota de los dos, el más completo pervertido.

—¿Y qué clase de imbécil y de pervertido es la cuarta persona sentada a esta mesa? —preguntó Philip.

—¡Qué clase, en verdad! —Rampion sacudió la cabeza. Sus finos cabellos flotaron como una ondulación sedosa. Sonrió—. Un pervertido pedagogo. Un pervertido de Jeremías. Un pervertido que se consume en preocupaciones acerca de todo este cochino mundo. Y sobre todo, un pervertido farfullador. —Se levantó—. Por eso me marcho a casa —dijo—. ¡Vaya un modo que he tenido de hablar! Es realmente no humano. Verdaderamente escandaloso. Estoy avergonzado. Pero ahí está el mal: cuando se alza uno contra las cosas y las personas no humanas, se hace inevitablemente no humano uno mismo. La culpa la tienen ustedes.

Hizo una última mueca de risa, dijo adiós con la mano y desapareció.

* * *

Burlap volvió a casa para encontrarse con que, como de costumbre, Beatrice lo estaba esperando. Sentándose, que tal era la costumbre puerilmente atractiva que había adquirido durante las últimas semanas, en el suelo a sus pies, la cabeza, con su pequeña tonsura rosada en medio de los bucles negros, contra su rodilla, sorbió su leche caliente y habló de Rampion.

—Un hombre extraordinario, hasta un grande hombre.

—¿Grande? —preguntó Beatrice, con tono de desaprobación. No le gustaba oír atribuir la grandeza a ningún hombre vivo (los muertos eran ya otra cosa; estaban muertos), a menos que fuese el propio Denis—. No tan grande hombre —insistió ella, celosa.

—Bien, puede que no del todo. Pero casi…

Si no tuviera aquella extraña falta de sensibilidad para los valores espirituales, aquel prejuicio, aquel punto ciego… Su actitud era incomprensible. Rampion reaccionaba contra algo que había ido demasiado lejos en una dirección; pero en el curso de su reacción él había ido demasiado lejos en la otra. Su incapacidad para comprender a San Francisco, por ejemplo. Todas aquellas cosas grotescas y verdaderamente espantosas que había llegado a decir acerca del santo. Eso era extraordinario y deplorable.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Beatrice severamente. Desde que conocía a Burlap había tomado a San Francisco bajo su protección.

Burlap le hizo un resumen, ligeramente expurgado, de lo que había dicho Rampion. Beatrice se indignó. ¿Cómo podía él decir aquellas cosas? ¿Cómo se atrevía? Era un ultraje. Sí, tenía ese defecto, admitió Burlap, un verdadero defecto. Pero muy pocas personas, añadió caritativamente, nacían con el sentimiento de la belleza espiritual. Rampion era un hombre extraordinario en muchos aspectos, pero se diría que le faltaba aquel órgano sensitivo que permite a los hombres como San Francisco percibir la belleza que está más allá de la belleza terrestre. De un modo rudimentario, pensó, él mismo tenía este poder. ¡Cuán rara vez se encontraba con nadie que pareciese semejársele! Casi todo el mundo le era extraño desde este punto de vista. Era como tener una vista normal en un país donde la mayoría de las gentes padeciesen daltonismo. ¿No sentía también esto Beatrice? Porque, desde luego, ella era una de las pocas personas de vista clara. Él lo había percibido al instante, la primera' vez que la había visto. Beatrice asintió gravemente con la cabeza. Sí, también ella lo sentía así. Burlap alzó los ojos sonriendo hacia ella; él lo sabía. Ella se sentía orgullosa e importante. Aquella idea de Rampion sobre el amor, por ejemplo; Burlap meneó la cabeza. ¡Qué grosera, animal, corporal!

—Espantoso —dijo Beatrice sentidamente. «Denis —pensó—, ¡era tan diferente!». Bajó tiernamente la mirada hacia la cabeza que reposaba, con tanta confianza, contra su rodilla. Ella adoraba el modo con que se rizaba su pelo, y sus hermosas orejas, muy pequeñas, y hasta el rosado redondel de calvicie que tenía en la cima del cráneo. La pequeña tonsura rosada, no sabía por qué, tenía algo patéticamente atractivo. Hubo un largo silencio.

Burlap suspiró al fin profundamente.

—¡Qué cansado me siento! —dijo.

—Debe usted irse a la cama.

—Estoy demasiado cansado para moverme siquiera de aquí.

Oprimió su mejilla más fuertemente contra la rodilla y cerró los ojos.

Beatrice levantó la mano, vaciló un momento, la dejó caer, la levantó de nuevo y comenzó a deslizar sus dedos acariciadoramente entre los bucles negros. Hubo otro largo silencio.

—¡Ah!, no se vaya usted —dijo él, cuando ella hubo retirado la mano—. ¡Es tan agradable! Es una virtud que parece emanar de usted. Casi me ha curado usted el dolor de cabeza.

—¿Tiene usted dolor de cabeza? —preguntó Beatrice, cuya solicitud, como de costumbre, se derramaba en una especie de cólera—. Entonces tiene usted que irse inmediatamente a la cama —ordenó.

—¡Pero si me siento tan dichoso aquí!

—No, insisto en ello.

Sus sentimientos maternales, protectores, habían despertado completamente de su entumecimiento. Su ternura se hizo tiránica.

—¡Qué cruel es usted! —se quejó Burlap, levantándose de pronto.

Beatrice se sintió compungida.

—Yo le acariciaré la cabeza cuando esté usted en la cama —le prometió.

También ella añoraba ahora aquel dulce y tibio silencio, aquella intimidad sin palabras, que su explosión de despótica solicitud había roto tan bruscamente. Se justificó con una explicación. El dolor de cabeza le volvería si Burlap no se dormía en el momento en que se le hubiese calmado. Y así sucesivamente.

Llevaba Burlap cerca de diez minutos en la cama cuando se presentó ella a cumplir su promesa. Venía vestida con un peinador verde, y su pelo amarillo formaba una larga y espesa trenza, que oscilaba pesadamente a su paso, como la pesada cola trenzada de un percherón en una feria.

—Parece usted una niña de doce años con esa trenza colgada a la espalda —dijo Burlap, encantado.

Beatrice rio un tanto nerviosa y se sentó al borde de la cama. Él levantó la mano y tomó la espesa trenza.

—¡Qué encantadora! —dijo—. Lo invita a uno irresistiblemente a tirar.

Y le dio un tironcito en broma.

—Oiga usted —dijo ella a guisa de advertencia—. Mire que le voy a tirar a usted también de los suyos, a pesar del dolor de cabeza.

Y echó mano a uno de sus bucles negros.

—¡Amigo, amigo! —suplicó él, volviendo al vocabulario de la escuela preparatoria—. Soltaré la presa. La verdadera razón —añadió— por la cual los chicos no gustan de pelearse con las chicas es porque, simplemente, las chicas son siempre mucho más implacables y feroces.

Beatrice volvió a reír. Hubo un silencio. Ella se sintió un poco jadeante, emocionada, como se siente uno siempre que espera que ocurra algo.

—¿Cómo va la cabeza? —preguntó ella.

—Bastante mal.

Ella tendió su mano y le tocó la frente.

—Su mano tiene magia —dijo él. Con un movimiento rápido e inesperado se volvió de lado bajo las sábanas y dejó caer la cabeza en el regazo de Beatrice—. Así —murmuró; y cerró los ojos con un suspiro de satisfacción.

Por un momento Beatrice quedó aturdida, casi atemorizada. Aquella cabeza oscura que descansaba, dura y pesada, sobre sus muslos… Esto le pareció extraño, aterrador. Se vio obligada a reprimir un escalofrío antes de poder apreciar con alegría lo que había de confianza infantil en el gesto de Burlap. Comenzó entonces a acariciarle la frente, a acariciarle el cuero cabelludo a través de los espesos bucles negros. Pasó el tiempo. El suave y tibio silencio los envolvió una vez más; la muda intimidad del contacto se restableció. Ella dejó de mostrarse tiránica en su protectora solicitud; solo le quedaba ternura. Era como si su armadura de dureza se hubiera desleído, como si se hubiera desvanecido en esta tibia intimidad junto con los terrores que la habían hecho necesaria.

Burlap volvió a suspirar. Dormitaba vagamente en una especie de pasividad dichosa y sensual.

—¿Va mejor? —preguntó ella en un suave susurro.

—Todavía me duele bastante por un lado —murmuró él a su vez—. Justamente sobre la oreja.

Y dejó rodar la cabeza de modo que ella pudiera alcanzar más fácilmente el lugar dolorido; la dejó rodar de lado a fin de que su rostro quedase apoyado contra el vientre de Beatrice, aquel suave vientre que se movía tan vivamente a su respiración, que estaba tan cálido y cedía tan bien a la constante presión de su rostro.

A la presión de aquel rostro contra su cuerpo, Beatrice sintió renovarse de pronto aquellos espasmódicos escalofríos de aprensión. Su carne quedó aterrorizada por la proximidad de aquella intimidad física. Pero como Burlap no se movió, como no hizo ningún gesto peligroso, ningún movimiento hacia un contacto más estrecho, los terrores se fueron desvaneciendo gradualmente, y las vibraciones que habían despertado sirvieron tan solo para embellecer e intensificar aquella maravillosa y tibia emoción que les sucedía.

Deslizó sus dedos por entre los cabellos de Burlap. El calor de su respiración se hacía sentir contra su vientre. Ella se estremeció ligeramente, su dicha aleteó de aprensión y placer anticipado. Tembló su carne, pero con cierto regocijo; estaba atemorizada, y no obstante sentía curiosidad; se replegó, pero se dejó ganar por el contacto y aun, a través de sus terrores, experimentó tímidamente el deseo.

—¿Va mejor? —susurró ella de nuevo.

Él hizo un ligero movimiento de cabeza y oprimió más fuertemente la cara contra su carne suave.

—¿Basta ya? —continuó ella—. ¿Me voy ahora?

Burlap levantó la cabeza, y la miró.

—No, no —imploró—. No se vaya. Todavía no. No rompa el encanto. Quédese otro momento. Acuéstese por un momento bajo la colcha. Por un momento.

Sin decir palabra, ella se tendió a su lado y él la cubrió con la colcha y apagó la luz.

Los dedos que acariciaron el brazo de Beatrice bajo su ancha manga tocaban delicadamente, tocaban con espiritualidad y, como si dijéramos, inmaterialmente, como los dedos de esos guantes de goma inflados que le rozan a uno la cara de un modo tan impresionante en la oscuridad de las sesiones espiritistas, que nos traen consuelos del Gran Más Allá y un mensaje de afecto de los seres queridos que han pasado a mejor vida. El acariciar sin dejar de ser el guante de goma espiritualizado de una «sesión», el hacer el amor, pero como desde el Gran Más Allá, esta era la talentosa especialidad de Burlap. Suavemente, pacientemente, con una infinita dulzura incorpórea, continuó acariciando. La armadura de Beatrice se había desleído completamente. Era la hondura dulce, temblorosa y virginal de ella lo que Burlap acariciaba con aquel delicado roce de dedos espirituales del Gran Más Allá. Su armadura había desaparecido; pero ella se sentía maravillosamente a salvo con Denis. No sentía temores, o al menos no sentía sino aquellos volantes aleteos de su carne casi infantil que solo avivaban su dicha. Ella se sentía maravillosamente a salvo, aun cuando —después de lo que había parecido una deliciosa eternidad de caricias pacientemente repetidas de la muñeca al hombro y viceversa— la mano del espíritu se hubiese evadido del más allá y tocase su pecho. La mano la rozaba delicadamente, de un modo casi descarnado, como una piel de goma llena de aire; se deslizó con espiritualidad sobre la carne redondeada, y sus dedos angélicos se demoraron sobre la piel. Al primer contacto, el redondo pecho se estremeció; tenía sus terrores particulares en el fondo de la dicha general de Beatrice, en el fondo de su sentimiento de seguridad. Pero con paciencia, con dulzura, sin alarma, la mano espiritual repitió sus caricias hasta que el pecho, tranquilizado, y finalmente ansioso, sintió el deseo de su nuevo contacto, y todo el cuerpo vibró bajo la irradiación de los deseos del pecho. En la

oscuridad, las eternidades se prolongaron.

XXXV

Al día siguiente, en vez de sollozar cada vez que le volvía el dolor, el niño comenzó a gritar; a dar grito tras grito, de un modo cada vez más agudo, repetidos con una regularidad casi digna de un movimiento de relojería, durante un tiempo que a Elinor le pareció una eternidad. Como los chillidos de un conejo atrapado en una trampa. Pero mil veces peores; pues era un niño, y no un animal, el que chillaba; su niño, atrapado y torturado en una trampa. Ella tuvo la sensación de hallarse también en una trampa. Presa de su absoluta incapacidad de aliviar el dolor del niño. Presa de aquel oscuro sentido de culpabilidad, aquella creencia irracional (pero tenaz, a pesar de lo que tenía de irracional), aquella convicción cada vez más estrechamente opresora y sofocante de que, de algún modo insondable, *ella* tenía la culpa de cuanto pasaba, de que era un castigo, malignamente infligido por delegación, en expiación de su ofensa. Aprisionada en su propio lazo pero excluida del lazo del niño, permaneció allí, sentada, oprimiendo la manecita como a través de las rejas de una prisión, incapaz de acudir en su auxilio, aguardando, a lo largo del silencio jadeante y febril del niño, que se reprodujera aquel grito horrible, que apareciese de nuevo a sus ojos aquel rostro súbitamente torcido, aquel cuerpecito agitado y atormentado por un dolor que de algún modo le había infligido ella misma.

El doctor llegó al fin con sus opiatas.

Philip llegó en el tren de las doce y veinte. No se había apresurado ni levantado a buena hora para tomar el primer tren de la mañana. Le fastidiaba tener que salir de Londres. Su llegada tardía tenía el carácter de una protesta. Era realmente necesario que Elinor aprendiese a no hacer tantos aspavientos cada vez que al niño le dolía la barriga. Era absurdo.

Ella le aguardaba a la puerta. Al bajarse del auto, Philip la vio allí tan pálida, tan turbada, tan ojerosa y con una expresión tan desesperada, que le produjo una violenta sacudida.

—¡Pero si eres tú la que está enferma! —dijo él con ansiedad—. ¿Qué pasa?

Ella no respondió por el momento, sino que permaneció abrazada a él, ocultando el rostro en su hombro, oprimiéndose contra él.

—Dice el doctor Crowther que es meningitis —murmuró ella al fin.

A las cinco y media llegó la enfermera que Mrs. Bidlake había llamado por telegrama aquella mañana. Los diarios de la tarde llegaron en el mismo tren; el chofer regresó con una selección de ellos. En la primera página se anunciaba el descubrimiento del cadáver de Everard Webley en su automóvil. El primero a quien llevaron los diarios fue el viejo John

Bidlake, que dormitaba en la biblioteca. Leyó, y se sintió de tal modo excitado por la noticia de la muerte del otro, que olvidó por completo sus preocupaciones acerca de la suya. Rejuvenecido, se puso de pie de un salto y corrió hacia el vestíbulo agitando el periódico.

—¡Philip! —gritó con la voz fuerte y sonora que no había sido la suya hacía varias semanas—. ¡Philip! ¡Ven acá en seguida!

Philip, que acababa de salir del cuarto del enfermo y se hallaba en el patio hablando con Mrs. Bidlake, bajó rápidamente a ver qué pasaba. John Bidlake le tendió el periódico con una expresión casi triunfal en el rostro.

—Lee esto —mandó con aire de importancia:

* * *

Cuando Elinor supo la noticia estuvo a punto de desmayarse.

* * *

—Creo que está mejor esta mañana, doctor.

El doctor Crowther se tocó la corbata para cerciorarse de que no la llevaba torcida. Era un hombre pequeño, activo, casi demasiado impecablemente vestido.

—¿Más tranquilo, eh? ¿Duerme? —preguntó telegráficamente.

Su conversación había sido reducida a lo estrictamente indispensable. Se hacía justamente entender, pero nada más. No malgastaba energía en palabras inútiles. El doctor Crowther hablaba como se fabrican los automóviles *Ford*. A Elinor le desagradaba intensamente, pero tenía confianza en él precisamente por aquellas cualidades de aplomada eficiencia y de confianza en sí que ella detestaba.

—Sí, así es —dijo ella—. Duerme.

—Naturalmente —dijo el doctor Crowther, aprobando con la cabeza, como si lo hubiera sabido todo por anticipado; lo cual era así ciertamente, pues la enfermedad seguía su curso invariable.

Elinor lo acompañó arriba.

—¿Es buena señal? —preguntó ella con voz que imploraba una respuesta favorable.

El doctor Crowther abrió los labios, ladeó ligeramente la cabeza; luego se encogió de hombros.

—Bueno… —dijo él sin comprometerse; y se quedó en silencio. Se había ahorrado por lo menos un kilográmetro de energía en no explicar que, en meningitis, una fase de

depresión sucede a la fase inicial de agitación.

El niño se pasaba ahora los días dormitando en una especie de estupor, sin sentir dolor (Elinor daba gracias al cielo por esto), pero con una inquietante falta de interés hacia cuanto lo rodeaba, como si no estuviera plenamente vivo. Cuando él abrió los ojos, Elinor vio que sus pupilas estaban tan enormemente dilatadas, que apenas les quedaba nada de iris. La mirada azul y maliciosa del pequeño Phil se había convertido en un negror sin expresión. La luz, que tan atrozmente le había hecho sufrir durante los primeros días de la enfermedad, había dejado de molestarle. No temblaba ni se sobresaltaba ya al menor ruido. Más aun, el niño no parecía oír cuando le hablaban. Pasaron los días, y luego, súbitamente, con una horrible sensación de vacío, Elinor comprendió que estaba casi completamente sordo.

—¿Sordo? —repitió el doctor Crowther, cuando ella le comunicó su espantoso descubrimiento—. Es un síntoma ordinario.

—Pero ¿no hay nada que hacerle? —preguntó ella. La trampa se cerraba sobre ella, la trampa de la cual se había creído libre cuando aquellos terribles gritos se habían apaciguado hasta el silencio.

El doctor Crowther meneó la cabeza enérgicamente, pero solamente una vez en cada sentido. No habló. Un kilográmetro economizado es un kilográmetro ganado.

—Pero no podemos dejar que se quede sordo —dijo ella, cuando el doctor se hubo marchado, apelando a su marido con una especie de desesperación incrédula—. No podemos dejar que se quede sordo.

Ella sabía que Philip no podía hacer nada; sin embargo, esperaba… Se daba cuenta del horror; pero se negaba a creerlo.

—Pero si el doctor dice que no hay nada que hacerle…

—Pero ¿sordo? —siguió repitiendo ella en un tono de interrogación—. ¿Sordo Phil? ¿Sordo?

—Acaso se le pase ello solo —sugirió él para consolarla; y mientras pronunciaba estas palabras se preguntó si ella se figuraba todavía que el niño podía restablecerse.

A la mañana siguiente, muy temprano, cuando ella, envuelta en un peinador, subió la escalera en puntas de pies para oír de la enfermera el informe de la noche, se encontró al niño ya despierto. Tenía un párpado completamente abierto, y el ojo, todo pupila, miraba verticalmente al cielo raso; el otro estaba medio cerrado, en un guiño fijo que prestaba al pequeño rostro enflaquecido y descarnado una horrible expresión de comicidad fantasmal.

—No puede abrirlo —explicó la enfermera—. Lo tiene paralizado.

Entre aquellas largas pestañas curvas, que con tanta frecuencia le había envidiado ella, pudo ver Elinor que el globo ocular había rodado a la esquina externa de la órbita y se

desencajaba sobre un lado con un estrabismo fijo y sin vista.

* * *

—¿Por qué demonios —dijo Cuthbert Arkwright, en el tono de uno que guarda un agravio personal—, por qué demonios no regresa Quarles a Londres?

Esperaba arrancarle un prefacio para su nueva edición ilustrada de los *Mimos de Herondos*.

—Su excursión campestre —explicó Willie Weaver sin economizar sílabas— no es voluntaria. Su niño está enfermo —añadió, emitiendo su tosecilla de autoaplauso—. Parece muy poco inclinado, como dirían en Dinamarca, a permanecer por más tiempo alejado de la felicidad.

—Bien, por mi parte desearía que se diese un poco de prisa —refunfuñó Arkwright. Frunció el ceño—. Acaso me fuera mejor tratar de buscar algún otro para mi prefacio.

* * *

En Gattenden los días se habían parecido a los estadios sucesivos de una horrible e imposible pesadilla. Después de haber estado sordo dos días, el pequeño Phil perdió también la vista. Los ojos, después de bizquear, se quedaron totalmente ciegos. Y luego, después de cerca de una semana de tregua, le volvieron bruscamente los dolores de los primeros días; comenzó a gritar. Más tarde fue presa varias veces de violentas convulsiones: se hubiera dicho que un demonio se le había metido en el cuerpo y que lo torturaba desde dentro. Luego, un lado de su rostro y la mitad de su cuerpo fueron atacados de parálisis, y la carne comenzó a consumirse casi visiblemente sobre sus huesos, como cera que se consumiera al calor de un fuego interno invisible. Atrapada por su propia impotencia y por aquella terrible sensación de culpabilidad, que la noticia del asesinato de Everard había intensificado enormemente, Elinor permanecía sentada a la vera de la cama de su niño y observaba cómo las fases de la enfermedad se sucedían unas a otras: cada una le parecía peor que la precedente, cada una más atrozmente imposible. Sí, imposible. Porque cosas así no podían ocurrir; no ocurrían. Al menos, no le ocurrían a uno. No era posible que su propio hijo fuese gratuitamente torturado y deformado ante sus ojos. No ocurría que el hombre que la había amado, y que ella (¡oh, erradamente, culpablemente y, según se había revelado, con fatales consecuencias!) había estado a punto de amar en correspondencia, fuese súbita y misteriosamente asesinado. Acontecimientos de ese género no ocurrían, no podían ocurrir. Eran un imposible. Y sin embargo, a pesar de esta

imposibilidad, Everard estaba muerto, y en cuanto al pequeño Phil, cada día le reservaba un nuevo y más torturante tormento. Como en una pesadilla, lo imposible se realizaba.

Exteriormente, Elinor se mostraba muy serena, silenciosa y activa. Cuando la enfermera se quejó de que las comidas que le llevaban al cuarto del enfermo se enfriaban en el camino (¿y no podrían darle té de la India, ya que el té de China le descomponía la digestión?), ella encargó Lipton y tomó medidas, a pesar de las apasionadas objeciones de Dobbs, para que le subieran su almuerzo y su comida en los platos calentados al agua de que se servían para el desayuno. Todo cuanto el doctor Crowther le mandaba hacer en su estilo telegráfico, lo hacía ella puntualmente, salvo tomar más descanso. Hasta la enfermera tuvo que reconocer, si bien a regañadientes, que hacía bien las cosas y que era metódica. Pero esta apoyaba al doctor, en parte porque quería reinar sola y sin disputa en el cuarto del enfermo, y en parte de modo desinteresado, por el propio bien de Elinor. Aquella calma, ella lo comprendía, era el resultado de un esfuerzo; era la rigidez de una tensión extrema. Philip y Mrs. Bidlake no insistían menos vigorosamente en que debía reposar; pero Elinor no quería hacerles caso.

—Pero si me siento perfectamente bien —protestaba, negando el testimonio de su palidez y de aquellos cercos negros que le rodeaban los ojos.

Elinor hubiera querido, de ser humanamente posible, no comer ni dormir jamás. Con Everard muerto y el niño torturado ante sus ojos, le parecía casi cínico comer y dormir. Pero el simple hecho de poseer un cuerpo es un comentario cínico sobre el alma y sus modos. Sin embargo, es un cinismo que el alma debe acopiar, quiera que no. Elinor se acostaba, pues, a las once y bajaba a comer, aunque solo fuera para tener fuerzas con que soportar más desdicha. Sufrir era todo lo que podía hacer, y ella quería sufrir lo más posible, así en cantidad como en intensidad.

—Bien, ¿cómo va el chico? —preguntaba su padre, por pura forma, tomando su caldo de pollo, cuando se veían en el almuerzo. Y después que ella le daba alguna respuesta vaga, pasaba rápidamente a otro asunto.

John Bidlake se había negado obstinadamente, desde el comienzo de la enfermedad de su nieto, a acercarse al cuarto del enfermo. Siempre había detestado él el espectáculo del sufrimiento y de la enfermedad, de todo cuanto pudiera recordarle el dolor y la muerte, que tan cruelmente temía para sí mismo. Y en este caso su terror tenía un fundamento especial. Pues, con aquel talento para inventar supersticiones personales que siempre lo había distinguido, había llegado secretamente a la conclusión de que su propia suerte estaba ligada a la del niño. Si el niño sanaba, lo mismo le ocurriría a él. Si no… Una vez formulada, no podía ignorarse ya la superstición. «Es absurdo —trataba de asegurarse—. Es absolutamente insensato, es idiota». Pero cada hoja clínica desfavorable que traían del

cuarto del niño le daba nuevos escalofríos. Al entrar en la pieza pudiera verse obligado a recibir, inútilmente, la más horrible confirmación de sus presentimientos. Y acaso (¿quién sabe?) los sufrimientos del niño pudieran contagiarlo a él por algún proceso misterioso. Ni siquiera quería oír hablar de él. Aparte de aquella breve pregunta durante el almuerzo, jamás hacía ninguna alusión al niño, y cada vez que alguien hablaba de él, o cambiaba de tema de conversación (tocando subrepticiamente madera al hacerlo), o bien se retiraba fuera del alcance de la voz. Al cabo de algunos días los otros llegaron a comprender y respetar su debilidad. Movidos por aquel sentimiento que manda que los criminales condenados deben ser tratados con especial consideración, ponían gran cuidado en evitar en su presencia toda alusión a lo que pasaba en el piso superior.

Entretanto, Philip erraba, desasosegado, por la casa. De vez en cuando subía al cuarto del niño: pero después de haber tratado, siempre en vano, de persuadir a Elinor a que saliera de la pieza, descendía de nuevo al cabo de algunos minutos. No hubiera podido soportar el permanecer allí largo tiempo. Le afligía comprobar la inutilidad de las obstinadas vigilias de Elinor; siempre había tenido horror a permanecer desocupado, y en circunstancias como la presente un largo período de desocupación mental hubiera sido una tortura para él. En los intervalos de sus visitas al cuarto del enfermo leía, trataba de escribir. Y luego estaba aquel asunto de Gladys Helmsley que atender. La enfermedad del niño le había hecho imposible un viaje a Londres, absolviéndolo así de la necesidad de hacerle a Gladys una visita personal. Fue en Willie Weaver —Willie, que era procurador, a la vez que el más digno de confianza de sus amigos— en quien delegó el asunto. ¡Con qué inmenso alivio! Él había temido realmente el encuentro con Gladys. A Willie, por el contrario, parecía divertirle el asunto. «Mi querido Philip —escribía—: he hecho todo lo que estuvo de mi parte por el autor de sus días; pero hasta los mejores resultados de este esfuerzo amenazan con ser un poco onerosos. La dama tiene todos los atractivos encantos de la juventud (solo la etiqueta profesional me ha impedido ensayar un poco de superfetación por mi cuenta personal): pero es también una mujer que sabe comerciar. Además, sus sentimientos respecto a su padre de usted son feroces. Y existen ciertas razones para ello, tengo que confesarlo, después de lo que le he oído a ella. ¿Sabe usted adónde lleva él a comer a sus queridas? ¡Chez Lyons! Debe de ser un auténtico *barmecida*, como le dije a la joven cuando ella me lo contó. (Excuso decirle que ella no comprendió este rasgo de ingenio, así que se lo ofrezco a usted a base de un cinco por ciento de comisión sobre todos los derechos de autor que perciba de la venta de toda obra u obras en que lo emplee). Dígale al autor de sus días que la próxima vez debe gastar un poco más de dinero en sus diversiones; a la larga, puede que le resulte más barato. Aconséjele que satisfaga su glotonería, así como su lubricidad, pídale que refrene su economía y su templanza.

Mañana volveré al ataque, y espero formular en letras las condiciones del tratado de paz. Siento mucho que su retoño no siga mejor. De usted, W. W».

Philip sonrió al leer la carta, y pensó: «Gracias a Dios que ya está arreglado». Pero la última frase le hizo avergonzarse de su buen humor y de su sensación de alivio. «¡Qué abismal egoísmo!», se reprochó. Y, como para compensar su debilidad, subió cojeando a la habitación del niño y se sentó un momento junto a Elinor. El pequeño Phil yacía sin conocimiento. Su rostro estaba de tal modo ajado y sin carnes, que apenas se lo reconocía, y la parte paralizada se contorcía en una especie de mueca asimétrica. Sus manecitas se agarraban convulsivamente sin cesar a la ropa de la cama. Respiraba, ora muy de prisa, ora tan lentamente, que llegaba uno a preguntarse si realmente respiraba.

La enfermera había ido a echar un sueño, pues la mitad de la noche se la pasaba despierta. Ellos se quedaron sentados en silencio. Philip tomó la mano de su esposa y la retuvo en la suya. Medido por aquella ligera e irregular respiración que partía de la cama, el tiempo pasaba lentamente.

En el jardín, John Bidlake pintaba —su mujer lo había inducido al fin a hacer el experimento— por la primera vez desde su llegada a Gattenden. Y por primera vez, olvidándose de su enfermedad y de sí mismo, era dichoso. «¡Qué encanto!», pensaba. El paisaje era todo curvas, gibas y redondas depresiones, como un cuerpo. ¡El orbismo, por Dios, el orbismo! Las nubes eran espaldas de querubines; y aquella duna pulida era un blanco vientre de nereida; y la concavidad de Gattenden era un enorme ombligo; y cada uno de aquellos olmos de los planos intermedios era un enorme panzudo Sileno salido directamente de un Jordaens; y aquellas absurdas matas redondas en primer plano eran los pechos múltiples de una verde Diana de los Efesios. Grandes trozos de anatomía en las hojas, en las brumas y en la tierra inflada. ¡Maravilloso! ¡Y por Dios que se podía hacer portentos con ello! Aquellas nalgas de serafines serían los reflejos celestes de los pechos de Diana; un solo tema curvo con variaciones; las nalgas inclinadas hacia afuera y cruzando el lienzo sesgadamente hacia el borde; los pechos inclinados hacia el centro, en sesgo hacia el interior. Y el vientre pulido sería una conciliación horizontal y transversal de los dos movimientos diagonales, con los grandes Silenos un poco en zigzag dispuestos ante él. Y en primer plano, a la izquierda, se vería el contorno asiluetado del *sequoia*, imaginativamente transplantado a este lugar para contener los movimientos e impedirles salir del lienzo; y el grifo de piedra vendría muy bien a la derecha, pues esta sería una composición cerrada, un pequeño universo con limites más allá de los cuales la imaginación no tenía derecho a aventurarse. Y el ojo debía mirar como a través de un túnel imaginario, sin poder apartarse del punto focal, centro del gran ombligo de la concavidad de Gattenden, en torno al cual se agruparían armoniosamente todos los otros

fragmentos de anatomía divina. «¡Por Dios! —se dijo John Bidlake, jurando en voz alta por pura satisfacción espiritual—. ¡Por Dios!». Y comenzó a pintar con una especie de furia.

Vagando por el jardín en su cruzada sin fin contra las malas hierbas, la señora Bidlake se detuvo un momento tras él y miró por encima de su hombro.

—Admirable —dijo; y este comentario iba dirigido tanto a la actividad de su marido como a sus resultados pictóricos.

Ella se alejó y, habiendo desarraigado un amargón, se paró, cerró los ojos y comenzó a repetir su propio nombre: Janet Bidlake, Janet Bidlake, Janet Bidlake, indefinidamente, hasta que las sílabas hubieron perdido toda significación para ella y se hubieron hecho tan misteriosas, tan faltas de sentido y tan arbitrarias como las palabras del sortilegio de un nigromante. Abracadabra, Janet Bidlake… ¿Era ella en realidad ella misma? ¿Existía siquiera? ¿Y los árboles? ¿Y las gentes? ¿Aquel momento y el pasado? ¿Y todo?…

Entretanto, en la habitación del niño había ocurrido una cosa extraordinaria. Súbitamente y sin previo aviso, el pequeño Phil había abierto los ojos y miraba en derredor. Su mirada se encontró con la de su madre. Hasta donde se lo permitía su rostro torcido, sonrió.

—¡Pero si ve claro! —exclamó Elinor. Y arrodillándose junto a la cama rodeó al niño con sus brazos y comenzó a besarlo con un amor que estaba avivado por un acceso de apasionada gratitud. Después de todos aquellos días de estrabismo ciego, ella le quedó agradecida, profundamente agradecida, por aquella mirada de inteligencia que había respondido a la suya, por aquel pobre y torcido asomo de sonrisa—. ¡Cielo mío! —repetía, y por primera vez desde hacía varios días se puso a llorar. Desvió el rostro, a fin de que el niño no pudiera ver sus lágrimas; se levantó y se alejó de la cama—. Es estúpido —le dijo, en son de excusa, a su marido, mientras se secaba los ojos—. Pero no puedo remediarlo.

—Tengo hambre —dijo el pequeño Phil dé pronto.

Elinor estaba de nuevo arrodillada junto a la cama.

—¿Qué quieres comer, cielito?

Pero el niño no oyó la pregunta.

—Tengo hambre —repitió.

—Todavía está sordo —dijo Philip.

—¡Pero vuelve a ver y habla! —El rostro de Elinor se había transfigurado. Ella había sabido durante todo el tiempo que, a pesar de todo, era imposible que no sanara. Completamente imposible. Y ahora se vería que tenía razón—. Quédate aquí —continuó ella—. Voy a buscarle un poco de leche a la carrera —y se precipitó fuera de la pieza.

Philip permaneció junto a la cama. Acarició la mano del niño y sonrió. El pequeño Phil le contestó con otra sonrisa. También él comenzaba a creer que podía haberse producido realmente un milagro.

—Dibújame algo —mandó el niño.

Philip sacó su estilográfica, y al dorso de una carta vieja garabateó uno de aquellos paisajes llenos de elefantes y dirigibles, trenes, cerdos con alas, y vapores, hacia los cuales tenía su hijo una inclinación especial. Un elefante chocaba con un tren. Débilmente, pero con manifiesto regocijo, el pequeño Phil comenzó a reír. No cabía duda; el milagro se había cumplido, efectivamente.

Elinor regresó con leche y un plato de jalea. Tenía color en las mejillas, sus ojos brillaban, y el rostro que durante los últimos días había estado tan rígidamente fijo, había recobrado en un momento toda su movilidad de expresión. Se hubiera dicho que acababa de resucitar súbitamente.

—Ven a ver los elefantes —dijo el pequeño Phil—. ¡Qué graciosos!

Y entre cada sorbo de leche, entre cada cucharada de jalea, Philip tenía que enseñarle las últimas adiciones a su paisaje atestado: ballenas en el mar, buzos pinchados por langostas, dos submarinos en combate y un hipopótamo en un globo, un volcán en erupción, cañones, un faro, todo un ejército de cochinos.

—¿Por qué no decís nunca nada? —preguntó el niño de pronto.

Ellos se miraron.

—No nos oye —dijo Philip.

La expresión de dicha de Elinor quedó momentáneamente nublada.

—Acaso mañana —dijo ella—. Si la ceguera ha desaparecido hoy, ¿por qué no ha de oír mañana?

—¿Por qué susurras? —dijo el niño.

La única respuesta que pudo darle ella fue besarlo y acariciarle la frente.

—No debemos fatigarlo —dijo Elinor, al fin—. Creo que debería dormir.

Le sacudió la almohada, le alisó las sábanas, se inclinó sobre él.

—¡Abur, pichoncito mío!

Al menos, él pudo responder a su sonrisa.

Elinor tiró las cortinas y salió en la punta de los pies. En el pasillo se volvió y aguardó a su marido. Philip la rodeó con el brazo y ella se oprimió contra él con un gran suspiro.

—Comenzaba a tener miedo —dijo él— de que la pesadilla durara siempre. Hasta el fin.

Aquel día el almuerzo fue como un festín de resurrección, un sacramento de Pascua. Elinor estaba descongelada; había vuelto a ser la mujer de carne, y no de piedra. Y la

pobre *miss* Fulkes, en quien los síntomas del abatimiento habían sido idénticos a los de un violento catarro, acompañado de una erupción de granos, recobró una apariencia casi humana y comenzó a reír casi histéricamente a los chistes y anécdotas del resucitado John Bidlake. El viejo había entrado frotándose las manos.

—¡Qué paisaje! —exclamó al sentarse—. Es jugoso, es suculento, ¿comprendéis? Es carnoso; no hay otra palabra. Se le hace a uno la boca agua nada más que con mirarlo. Quizá por esto tengo un hambre de lobo.

—Aquí tienes tu caldo —dijo su mujer.

—Pero ¿quieres tú que pinte toda una mañana para tomar una taza de agua chirle?

Y, a pesar de las protestas, se empeñó en comer una chuleta.

La noticia de que Phil estaba mejor aumentó su satisfacción. (Tocó madera tres veces con las dos manos a la vez). Además, él le tenía realmente gran cariño a su nieto. Comenzó a hablar, y era el viejo Bidlake gargantuesco el que hablaba. *Miss* Fulkes rio tan violentamente a una de sus anécdotas acerca de Whistler, que se atragantó y tuvo que ocultar la cara en su servilleta. Hasta en la vaga benevolencia de la sonrisa de Mrs. Bidlake había una indicación de algo como hilaridad.

Hacia las tres, John Bidlake comenzó a sentir su malestar, que le era bien conocido, y que se hacía por momentos más agudo, en la región del diafragma. Hipos espasmódicos lo sacudieron. Trató de seguir pintando; pero todo el placer que había hallado en su trabajo se evaporó. Los pechos de Diana y los traseros de ángeles habían perdido todo su encanto para él. «Una ligera obstrucción en el píloro». Las frases médicas de *sir* Herbert resonaban en su memoria. «El contenido del estómago… cierta dificultad en pasar al duodeno». Después de un hipo particularmente violento dejó los pinceles y volvió a casa a acostarse.

—¿Dónde está papá? —preguntó Elinor al bajar para el té.

La señora Bidlake meneó la cabeza.

—Se vuelve a sentir mal.

—¡Oh!

Hubo un silencio, y fue como si de pronto la muerte se hubiera introducido entre ellos allí en la pieza. Pero, después de todo, pensó Elinor, él era viejo: la cosa era inevitable. Él podía ir para peor, pero el pequeño Phil iba para mejor, y esto era lo único que verdaderamente importaba. Ella comenzó a hablar con su madre acerca del jardín. Philip encendió un cigarrillo.

Llamaron a la puerta. Era la doncella, que venía de parte de la enfermera:

—¿Querrían subir en seguida el señor y la señora?

Las convulsiones habían sido violentas; el cuerpo, gastado, estaba sin fuerzas.

Cuando llegaron al cuarto del niño, el pequeño Phil estaba muerto.

XXXVI

El misterioso asesinato de Webley, como los diarios lo llamaban sin perder oportunidad, era, en efecto, completamente misterioso. No existía ninguna pista. En las oficinas de los Ingleses Libres nadie sabía nada. Webley había salido a la hora acostumbrada y en su medio de locomoción habitual. No tenía costumbre de hablar a sus subordinados de sus asuntos particulares, no había dicho a nadie adónde iba. Y fuera, nadie había observado el coche, a partir del momento en que Webley había dicho a su chofer que podía marcharse, hasta aquel en que el policía de St. James's Square comenzó a preguntarse, hacia la medianoche, cuánto tiempo más permanecería allí abandonado. Nadie había visto el auto cuando lo habían estacionado allí, nadie se había fijado en el conductor cuando lo había dejado. Las únicas marcas digitales sobre el esmalte de la carrocería y sobre el volante eran las del muerto. La persona que había guiado el coche después del asesinato evidentemente había llevado guantes. No; no había pista. Los testimonios directos faltaban completamente. La policía hizo cuanto pudo acerca de las pruebas circunstanciales. El hecho de que el cuerpo no hubiese sido robado parecía indicar manifiestamente que el crimen había tenido un móvil político. En las oficinas de los Ingleses. Libres se conservaba toda una colección de cartas amenazadoras. Webley recibía dos o tres de estas cartas por semana. «Es mi lectura favorita», gustaba decir él. Se buscó a los autores. Dos judíos rusos de Houndsditch, una dactilógrafa de Nottingham y un joven estudiante de Balliol de ideas avanzadas fueron identificados como los autores de las más amenazantes, y se les arrestó, tan solo para ponerlos de nuevo en libertad casi inmediatamente. Pasaron los días. Los asesinos siguieron en libertad. No se dejaba calmar el interés que la opinión pública se había tomado por este crimen. En una parte de la prensa conservadora se afirmaba abiertamente que el Gobierno liberal-laborista había dado órdenes a la policía de que no se examinara muy estrechamente el asunto. «Se protege a los asesinos». «Los socialistas tienen miedo a la luz». «La política se le adelanta al Decálogo». Los titulares, en grandes caracteres, eran vigorosos. El crimen fue un acto providencial para la oposición. El *Daily Mail* ofreció diez mil libras de recompensa al que presentara pruebas que llevaran al arresto de los asesinos de Webley. Entretanto, los Ingleses Libres casi duplicaron el número de adeptos en ocho días. «¿Es usted partidario del asesinato? Si no lo es, incorpórese a los Ingleses Libres». Los carteles atraían las miradas desde todas las vallas. Tropas de Ingleses Libres, de uniforme y de paisano, recorrían las calles de Londres reclutando partidarios, organizando manifestaciones patrióticas, haciendo de detectives aficionados. Aprovecharon igualmente la ocasión para apalear a cierto número de personas con cuyas opiniones estaban en desacuerdo. En Tottenham y en East Ham libraron

combates en regla con las multitudes hostiles y maltrataron a numerosos policías. En el entierro de Everard una procesión verde de más de tres millas de largo siguió al féretro hasta la tumba.

Spandrell leía todos los periódicos todas las mañanas. Le divertían. ¡Qué farsa! ¡Qué bufonada! ¡Qué incomparable idiotez! Illidge, que había ido a pasar algún tiempo con su madre en Lancashire, recibió de él una tarjeta postal en la cual aparecía Everard de uniforme sobre su caballo blanco: las tiendas estaban ahora llenas de ellas; se las pregonaba por las calles. «El león muerto parece querer hacer más daño que el perro vivo», escribió al dorso. «Dios ha sido siempre un guasón».

La mejor broma de Dios, en lo que le concernía, era que no existía. Simplemente, que no existía. Ni Dios ni el diablo. Porque si existiera el diablo, existiría también Dios. Todo lo que existía era el recuerdo de una estupidez sórdida y repugnante, y ahora un formidable pugilato. Primero un asunto para la lata de la basura y luego una farsa. Pero, en el fondo, acaso fuese eso el diablo: el espíritu de las latas de basura. ¿Y Dios? Dios, en este caso, sería la ausencia de latas de basura.

«Dios no está al margen, no está por encima, no está fuera». Recordó lo que Rampion había dicho una vez. «Al menos, ningún aspecto humanamente importante o consecuente de Dios está por encima ni fuera de nosotros. Ni tampoco está Dios en nosotros, en el sentido que los protestantes atribuyen a esta expresión, puramente aislado en la imaginación, en los sentimientos y el intelecto, en el alma. Está ahí también, por supuesto, entre otros lugares. Pero está igualmente en nosotros en el sentido en que un pedazo de pan está en nosotros cuando lo hemos comido. Está en nuestro cuerpo mismo, en nuestra sangre y en nuestras tripas, en nuestro corazón, en nuestra piel, en nuestros riñones. Dios es el resultado total, espiritual y físico de todo pensamiento, de toda acción favorable a la vida, de toda relación vital con el mundo. Dios es una cualidad de acciones y relaciones, una cualidad sentida, experimentada. Al menos, es eso en todo lo que concierne a nuestra vida. Porque, desde luego, en lo que concierne al saber y a la especulación, puede que sea igualmente muchas otras cosas. Puede ser una Roca de las Edades, puede ser el Jehová del Antiguo Testamento, puede ser todo lo que se quiera. Pero ¿qué tiene que ver esto con nosotros como seres vivientes corporales? Nada; nada, al menos que no sea perjudicial. Desde el momento en que se permite que la verdad especulativa ocupe, como guía de la vida, el lugar de la verdad instintiva, sentida, todo marcha a la ruina».

Spandrell había protestado. Los hombres deben tener absolutos, necesitan signos exteriores fijos para guiarse.

—La música existe —dijo en conclusión—, aun cuando ocurra que no sea usted apto para la música. Tiene usted que admitir su existencia, de un modo absoluto, aparte de su

propia capacidad personal para escucharla y disfrutar de ella.

—Especulativamente, teóricamente, sí. Admítala usted cuanto quiera. Pero no deje que su conocimiento teórico influya sobre su vida práctica. En abstracto, sabe usted que la música existe y que es bella: pero, no por eso pretenda, al oír a Mozart, entregarse a ningún arrebato que no sienta. Si lo hace, se convierte usted en uno de esos idiotas *snobs* musicales que nos encontramos en casa de *Lady* Edward Tantamount. Incapaces de distinguir a Bach de Wagner; pero desfalleciendo de éxtasis desde que comienzan a sonar los violines. Exactamente lo mismo ocurre con Dios. El mundo está lleno de ridículos *snobs* de Dios. Gentes que no están realmente vivas, que no han ejecutado jamás un acto vital, que no se hallan en relación viviente con nada; gentes que no tienen el menor conocimiento personal o práctico de lo que es Dios. Pero se extasían en las iglesias, se arrullan con sus rezos; pervierten y destruyen la totalidad de sus tristes existencias, actuando conforme a la voluntad de una abstracción arbitrariamente imaginada que gustan de llamar Dios. Un simple hato de *snobs* de Dios. Son tan grotescos y despreciables como los *snobs* de la música en casa de *Lady* Edward. Pero nadie tiene el buen sentido de decirlo. A los *snobs* de Dios se los admira por ser tan buenos, tan piadosos, tan cristianos. Cuando no son más que muertos y se les debiera dar unos puntapiés en las posaderas y unos tirones de orejas para hacerlos despertar y volver a la «vida».

Spandrell recordaba ahora esta conversación mientras escribía las señas de Illidge en la tarjeta postal. Dios no existía, el diablo no existía; solo el recuerdo de una fastidiosa comedia entre las latas de basura, un episodio de la repugnante tarea de un escarabajo infecto. Un *snob* de Dios; he aquí cómo le hubiera llamado Rampion. Haciendo la labor de un escarabajo en busca de un Dios inexistente. Mas no, no; Dios existía exteriormente, absoluto. Sin esto, ¡cómo explicar la eficacia de la oración, porque no cabía duda de que era eficaz! ¿Cómo explicar la providencia y el destino? Dios existía, pero oculto. Se ocultaba deliberadamente. Era asunto de hacerlo salir de su cueva, de su cueva abstracta y absoluta, y de obligarle a encarnarse en una cualidad sentida, experimentada, de actos personales. Se trataba de arrancarlo violentamente de sus espacios exteriores y superiores y llevarlo al interior. Pero Dios era un bromista. Spandrell lo había conjurado violentamente a que se presentara; y de la humeante sangre del sacrificio que debía obligarle mágicamente no había surgido sino una lata de basura. Pero el mismo fracaso del encantamiento demostraba que Dios estaba allí, en el exterior. Nada le ocurre a un hombre que no sea a su propia semejanza. La lata de basura a la lata de basura, la bosta a la bosta. Él no había logrado obligar a Dios a pasar del exterior al interior. Pero la aparición de la lata de basura confirmaba la realidad de Dios como providencia, de Dios como destino, de Dios como ser que dispensa o rehúsa la gracia, de Dios como salvador o

destructor predestinante. Las latas de basura habían sido su suerte predestinada. En haberle otorgado de nuevo sus latas de basura, el bromista de la providencia no hacía más que mostrarse consecuente.

Un día se encontró con Philip Quarles en la London Library.

—Me ha causado una honda pena la noticia de su pequeñuelo —dijo.

Philip murmuró algunas palabras y puso mala cara, como un hombre que se halla complicado en una situación embarazosa. No podía soportar que nadie se inclinara sobre su dolor. Este era privado, secreto, sagrado. Le hacía daño exponerlo, le hacía avergonzarse.

—Ha sido un horror particularmente gratuito —dijo, para desviar la conversación de lo particular y personal a lo general.

—Todos los horrores son gratuitos —dijo Spandrell—. ¿Y qué tal lo soporta Elinor?

La pregunta era directa, había que contestarla.

—Mal —dijo, meneando la cabeza—. Está profundamente abatida.

¿Por qué, pensó él, tenía su voz un tono tan irreal y, como si dijéramos, tan vacío?

—¿Qué va a hacer usted ahora?

—Partiremos para el extranjero dentro de pocos días, si es que Elinor se cree capaz de soportar el viaje. He pensado en Siena. Y luego iremos tal vez a vivir junto al mar, a cualquier parte de la marisma.

Era un alivio poder entrar así en estos detalles geográficos.

—¿Así que abandona usted la vida rural y doméstica en Inglaterra? —dijo Spandrell después de una breve pausa.

—Su razón de ser ha desaparecido.

Spandrell asintió lentamente con la cabeza.

—¿Recuerda usted aquella conversación con Illidge y Walter Bidlake en el club? Nada le ocurre jamás a un hombre que no sea a su semejanza. El establecerse en el campo, en Inglaterra, no se compaginaba con usted. Así que no ha ocurrido. Ha sido estorbado. ¡Cuán despiadadamente! Pero la providencia se vale de todos los medios, así de los justos como de los injustos. El viajar, el no permanecer fijo, el ser espectador; esto sí se compagina con usted. Y usted se ve obligado a hacer aquello que se compagina con usted —se hizo un silencio—. Y el vivir en una especie de montón de basuras —añadió Spandrell—, esto se compagina conmigo. Haga lo que haga, por mucho que me esfuerce en evadirme, permanezco siempre en el montón de basuras. Y en él permaneceré siempre, sin duda. Sí, siempre —siguió pensando.

Había jugado la última carta y había perdido. No; la última carta, no, porque quedaba otra. La penúltima. ¿Perdería también con la última?

XXXVII

Spandrell insistió vivamente en que debían ir sin demora. *El heilige Dankgesang eines Genesenen an die Gottheit, ín der lydischen Tonart*, era absolutamente necesario que lo escucharan.

—No puede comprender uno nada hasta que lo ha oído —declaró—. Demuestra toda clase de cosas, Dios, el alma, la bondad, de modo irrefutable. Es la única prueba verdadera que existe; la única, porque Beethoven fue el único hombre que haya logrado jamás dar expresión a su conocimiento. ¡Tiene usted que venir!

—Con mucho gusto —dijo Rampion—. Pero…

Spandrell lo interrumpió:

—He oído decir ayer, por puro accidente, que existían discos del cuarteto en *la* menor. En seguida me eché fuera a comprar un gramófono y los discos, expresamente para usted.

—¿Para mí? Pero ¿por qué esa generosidad?

—Nada de generosidad —contestó Spandrell riendo—. Egoísmo puro. Quiero que lo oiga usted y que confirme mi opinión.

—Pero ¿por qué?

—Porque yo tengo confianza en usted, y, si confirma mi opinión, la tendré también en mí mismo.

—¡Qué hombre! —se burló Rampion—. Debería usted ingresar en la iglesia romana y pedir un confesor.

—¡Pero *tiene* usted que venir!

Hablaba con ardor y seriedad.

—Pero ahora, no —dijo Mary.

—Hoy no —repitió su marido, preguntándose entretanto por qué Spandrell se mostraría tan extrañamente insistente. ¿Qué le pasaba? Aquel modo de moverse y de hablar, la expresión de sus ojos… Estaba muy excitado—. Tengo infinidad de cosas que hacer esta tarde.

—Entonces mañana.

Como si estuviera ebrio, pensó Rampion.

—¿Por qué no pasado mañana? —dijo en voz alta—. Me vendría mucho mejor. Y el aparato no va a echar a volar de aquí para allá.

Spandrell emitió su risa silenciosa.

—No; pero yo sí puedo echar a volar —dijo—. Probablemente habré partido ya pasado mañana.

—No nos había dicho usted que pensaba marcharse —dijo Mary—. ¿Adónde?

—¿Quién sabe? —contestó Spandrell, riendo de nuevo—. Lo único que sé es que no seguiré aquí por más tiempo.

—Muy bien —dijo Rampion, que lo había observado con curiosidad—. Iré mañana.

¿Por qué estará tan melodramático?, se preguntó. Spandrell se despidió.

—¿Qué cosa le pasaría de malo? —dijo Rampion cuando Spandrell se hubo marchado.

—Yo no lo he notado especial —contestó Mary.

Rampion hizo un ademán de impaciencia.

—Tú no notarías ni el Juicio Final —dijo él—. ¿No has visto que trataba de contener su excitación? Como la tapa de una cacerola de agua hirviendo, que contiene la ebullición. ¡Y aquel modo melodramático de reír! Como el traidor consciente en el teatro…

—Pero ¿representaba una comedia? —dijo Mary—. ¿Hacía el tonto en nuestro honor?

—No, no. Era perfectamente sincero. Pero cuando uno se halla sinceramente en la situación del traidor consciente de un melodrama, inevitablemente comienza a conducirse como traidor consciente. Representa el papel a su propio pesar.

—Pero ¿a propósito de qué hace él de traidor?

—¿Cómo diablos quieres que yo lo sepa? —dijo Rampion con impaciencia. Mary esperaba siempre que Rampion lo expusiera todo por alguna mágica y misteriosa intuición. Esta fe en él le divertía y le agradaba a veces, pero a veces le fastidiaba—. ¿Me tomas a mí por el padre confesor de Spandrell?

—¡No tienes por qué montar en cólera!

—Al contrario —dijo Rampion—. No hay prácticamente nada por qué no hacerlo. Si uno contiene su cólera, es porque vive la mitad del tiempo con los ojos cerrados, medio dormido. Si uno estuviera siempre despierto… ¡Santo Dios! No quedaría mucha loza sana.

Y marchó con dignidad hacia su estudio.

Saliendo de Chelsea, Spandrell marchó lentamente hacia el Este a lo largo del Támesis, tarareando repetidamente para sí las primeras frases de la melodía lidia del *heilige Dankgesang*. Repetidamente. El río se extendía adentrándose en la bruma cálida. La música era como el agua sobre una tierra sedienta. ¡Después de tantos años de sequía, un manantial, una fuente! Un vehículo de riego pasó rugiendo, arrastrando su chaparrón artificial. El polvo mojado exhalaba fragancia. Aquella música era una prueba, según le había dicho a Rampion. En el arroyo, un pequeño torrente precipitaba hacia el sumidero una envoltura de cigarrillos estrujada y un pedazo de cáscara de naranja. Spandrell dejó de silbar. El horror esencial. Como transportar basuras, eso era lo que había resultado. Sucio y desagradable, nada más, como limpiar una letrina. No tan terrible como estúpido. La

música era una prueba; Dios existía. Pero solamente mientras tocaban los violines. Una vez que los arcos se levantaban de las cuerdas, entonces, ¿qué? Basura y estupidez, la sequía implacable.

En Vauxhall Bridge Road compró un chelín de sobres y papel de cartas. Por el precio de una taza de café y un bollito alquiló una mesa en un cafetucho. Escribió con un trozo de lápiz: «Al secretario general de la Hermandad de los Ingleses Libres. Señor: Mañana, miércoles, a las cinco de la tarde, el asesino de Everard Webley estará en 37 Catskill Street, S. W. 7. El departamento está en el segundo piso. El hombre en cuestión saldrá probablemente en persona a abrir la puerta cuando toque usted el timbre. Está armado y dispuesto a todo».

Releyó su carta y ella le recordó aquellas comunicaciones (escritas con tinta roja, para simular la sangre, y bajo la influencia de las novelas de aventuras que publicaban los semanarios para chicos *Chums* y el *Boy's Own Paper*) con las cuales, en colaboración con Pokinghorne, el menor, había esperado, a la edad de nueve años, sobrecoger y aterrar a *miss* Veal, la directora de la escuela preparatoria a que asistían entonces. Los habían descubierto y denunciado al director. El viejo Narices les había dado tres zurriagazos en las nalgas a cada uno. Esto era Pokinghorne puro. Pero si no lo decía, ellos no llevarían revólveres. Y entonces… entonces la cosa no ocurriría. No pasaría nada. Que vaya así. Dobló el pliego y lo metió en el sobre. Había una tontería esencial, así como una porquería y una estupidez esenciales. Escribió las señas.

* * *

—Bien, henos aquí —dijo Rampion, cuando Spandrell salió a abrirles la puerta al otro día por la tarde—. ¿Dónde está Beethoven? ¿Dónde está su famosa prueba de la existencia de Dios y la superioridad de la moral de Jesús?

—Aquí dentro. —Spandrell los guio a su salita. El gramófono estaba sobre la mesa. Cuatro o cinco discos yacían desparramados en torno a él—. He aquí el comienzo del movimiento lento —continuó Spandrell tomando uno de ellos—. No voy a molestarlos a ustedes con el resto del cuarteto. Es magnífico. Pero el *heilige Dankgesang* es la parte esencial.

Le dio cuerda al mecanismo; giró el disco; Spandrell bajó la aguja del resonador sobre la superficie estriada. Un violín solo dio una nota larga, después otra; de la sexta superior bajó a la quinta (mientras que el segundo violín empezaba donde había comenzado el primero), luego saltó a la octava y allí demoró suspendido a todo lo largo de dos compases. Más de cien años antes, Beethoven, sordo como una tapia, había oído la

imaginaria música de instrumentos de cuerda que expresaba sus más íntimos pensamientos y sensaciones. Había trazado signos con tinta sobre el papel pautado. Un siglo después cuatro húngaros habían reproducido, según una reproducción impresa de los garabatos de Beethoven, aquella música que Beethoven no había oído jamás sino en la imaginación. Ranuras en espiral sobre una superficie de goma laca recordaban lo que ellos habían tocado. La memoria artificial giraba; la aguja se movía en sus ranuras y; sobre un ligero fondo de carraspeos y rugidos que imitaban los sonidos de la propia sordera de Beethoven, los símbolos perceptibles de las convicciones y las emociones de Beethoven vibraban en el aire. Lentamente, lentamente, la melodía se desarrollaba. Las arcaicas armonías lidias pendían en el aire. Era una música sin pasión, transparente, pura y cristalina, como un mar tropical, como un lago alpino. El agua sobre el agua; la calma deslizándose sobre la calma, el acorde de horizontes llanos y extensiones sin ondas, un contrapunto de serenidades. Y todo claro y brillante; ninguna bruma, ningún vago crepúsculo. Era la calma de la contemplación tranquila y enajenada y no de la modorra ni del sueño. Era la serenidad del convaleciente que despierta de la fiebre y se encuentra renacido en un mundo de belleza. Pero la fiebre era «la fiebre llamada vida», y el renacimiento no se efectuaba en este mundo; la belleza era extraterrena; la serenidad del convaleciente era la paz de Dios. El tejido de melodías lidias era el cielo.

Treinta compases lentos habían construido el cielo, cuando el carácter de la música se modificó súbitamente. Después de haber sido remotamente arcaica, se hizo moderna. Las armonías lidias fueron sustituidas por las del tono mayor correspondiente. El compás se hizo más rápido. Una nueva melodía saltaba, saltaba, pero entre montañas terrestres, no entre las del paraíso.

—*Neue Kraft fühlend* —susurró Spandrell, citando de la partitura—. Se siente más fuerte; pero no es tan celeste.

La nueva melodía continuó saltando durante cincuenta compases más y expiró en un carraspeo. Spandrell levantó la aguja y paró la rotación del disco.

—El motivo lidio continúa sobre la otra cara —explicó dando cuerda al aparato—. Y luego se repite esa parte más viva en *la mayor*. A partir de aquí, el motivo es lidio hasta el final y se va haciendo cada vez más bello, ¿no cree usted que es maravilloso? —Se volvió hacia Rampion—. ¿No es una prueba?

El otro asintió con la cabeza.

—Sí, es maravilloso. Pero lo único que prueba, a lo que yo entiendo, es que los enfermos son generalmente muy débiles. Es el arte de un hombre que ha perdido su cuerpo.

—Pero que ha descubierto su alma.

—¡Oh!, estoy de acuerdo —dijo Rampion— en que los enfermos son muy espirituales. Pero eso es porque no son del todo hombres. Los eunucos son amantes muy espirituales por la misma razón.

—Pero Beethoven no era un eunuco.

—Lo sé. Pero ¿por qué trató de serlo? ¿Por qué ha hecho de la castración y de la ausencia de cuerpo su ideal? ¿Qué es esta música? Simplemente, un himno en alabanza del eunuquismo. Muy bello, lo reconozco. Pero ¿no podía elegir él algo más humano que la castración como motivo de su canto?

Spandrell suspiró.

—Para mí es la visión de la beatitud, es el cielo.

—No es la tierra. He ahí precisamente de qué me quejaba yo.

—Pero ¿no puede un hombre imaginarse el cielo, si le place? —preguntó Mary.

—Ciertamente; siempre que no pretenda que el fruto de su imaginación es la última palabra de la verdad, la belleza, la sabiduría, la virtud y todo el resto. Spandrell quiere que nosotros aceptemos este eunuquismo desencarnado como la última palabra. Y yo me niego. Me niego absolutamente.

—Escuche todo el movimiento antes de juzgar.

Spandrell dio la vuelta al disco y bajó la aguja. El cielo claro de la música lidia vibró en el aire.

—¡Magnífica, magnífica! —dijo Rampion cuando se hubo terminado el disco—. Tiene usted mucha razón. Es el cielo, en efecto: es la vida del alma. Es la más perfecta abstracción espiritual fuera de la realidad que haya conocido jamás. Pero ¿por qué ha querido él hacer esta abstracción? ¿Por qué no ha podido contentarse con ser un hombre y no un alma abstracta? ¿Por qué, por qué? —Y comenzó a moverse de un lado a otro de la pieza—. Esta maldita alma —continuó—, esta maldita alma abstracta… es como una especie de cáncer que se come la verdadera, humana y natural realidad, y se sigue extendiendo más y más a sus expensas. ¿Por qué su estúpido Beethoven no se había de contentar con la realidad? ¿Por qué había de experimentar él la necesidad de sustituir la cosa real, cálida, natural, por este cáncer abstracto del alma? El cáncer podrá mantener una bella forma; pero ¡Cristo!, el cuerpo es más hermoso. ¡Yo no quiero su cáncer espiritual de usted!

—Y yo no quiero discutir con usted —dijo Spandrell. Se sentía, de súbito, extraordinariamente cansado y deprimido. Había sido un fracaso. Rampion había rehusado dejarse convencer. ¿La prueba no era, pues, en fin de cuentas, una prueba? ¿No se refería a nada aquella música, fuera de sí misma y de la idiosincrasia de su inventor? Consultó su reloj: eran casi las cinco—. Escuche al menos el fin del movimiento —dijo—.

Es la mejor parte. —Dio cuerda al gramófono. «Aun cuando carezca de sentido —pensó—, es bella mientras dura. Y puede que no carezca de sentido. Después de todo, Rampion no es infalible». —Escuche.

La música empezó de nuevo. Pero algo nuevo y maravilloso había ocurrido en el cielo lidio. La velocidad de la lenta melodía fue duplicada: sus contornos se hicieron más claros y definidos; una parte interna comenzó a insistir en una frase palpitante. Era como si el cielo se hubiera hecho súbita e imposiblemente más celeste, como si hubiera pasado de la perfección realizada a una perfección todavía más profunda y más absoluta. La inefable paz persistía; pero no era ya la paz de la convalecencia y la pasividad. Vibraba, estaba viva, parecía crecer e intensificarse; se hizo una calma activa, una serenidad casi apasionada. La milagrosa paradoja de la vida eterna y el eterno reposo era musicalmente realizada.

Escuchaban reteniendo casi la respiración. Spandrell contempló a su huésped con aire de triunfo. Sus propias dudas se habían desvanecido. ¿Cómo podía uno dejar de creer en una cosa que estaba allí, que existía manifiestamente? Mark Rampion asintió con la cabeza.

—Sí, casi ha llegado usted a convencerme —susurró—. Pero es *demasiado* bueno.

—¿Cómo es posible que sea algo demasiado bueno?

—No es humano. Si durara, dejaría uno de ser hombre. Se moriría.

De nuevo quedaron en silencio. La música seguía, conduciendo de un cielo a otro, de la gloria a una gloria más profunda. Spandrell suspiró y cerró los ojos. Tenía el rostro grave y sereno, como alisado por el sueño o la muerte. Sí, muerto, pensó Rampion, mirándolo. «Se niega a ser un hombre. No es un hombre, sino un demonio o un ángel muerto. Ahora está muerto». Un toque de disonancia en las armonías lidias comunicó tal acerbidad a la beatitud, que se hizo casi insoportable. Spandrell volvió a suspirar. Llamaron a la puerta. Él alzó la vista. Los frunces de burla aparecieron de nuevo en su rostro: las comisuras de sus labios se hicieron irónicas otra vez.

—He ahí que se ha convertido nuevamente en demonio —pensó Rampion—. Ha vuelto a la vida y es el demonio.

—Helos ahí —dijo Spandrell; y, sin responder a la pregunta de Mary: «¿Quién?», salió de la pieza.

Rampion y Mary permanecieron junto al gramófono escuchando la revelación del cielo. Una explosión ensordecedora, un grito, otra explosión, otra explosión más, hicieron saltar de pronto en pedazos el paraíso sonoro. Se levantaron de un salto y corrieron hacia la puerta. En el pasillo, tres hombres vestidos con el uniforme verde de los Ingleses Libres contemplaban el cuerpo de Spandrell en el suelo. Cada uno tenía un revólver en la mano. Otro revólver estaba en el suelo junto al moribundo. Este tenía un agujero en el lado del cráneo y una mancha de sangre en la camisa. Sus manos se abrían y se cerraban, se abrían y

se cerraban, arañando las tablas.

—¿Qué es lo que…? —comenzó Rampion.

—Él ha disparado primero —le interrumpió uno de los hombres.

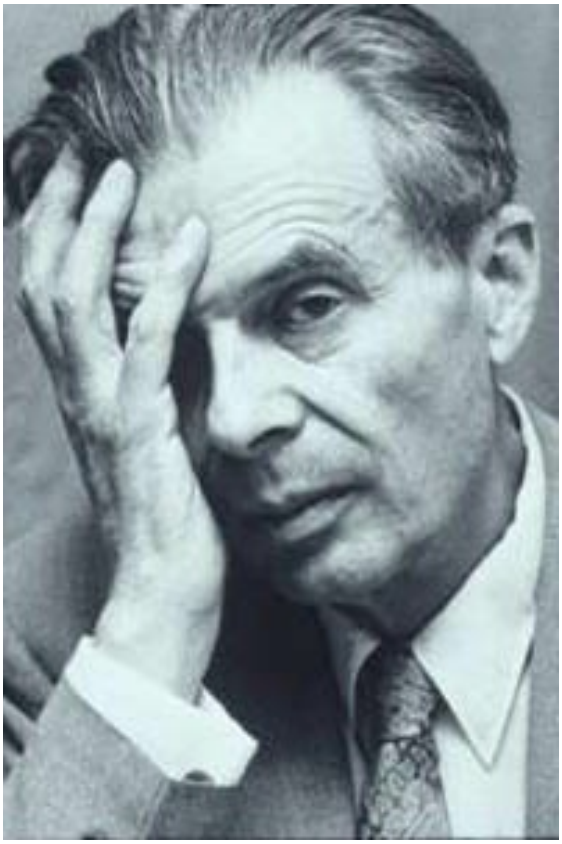
Hubo un breve silencio. A través de la puerta abierta llegaba el sonido de la música. La pasión había comenzado a desvanecerse de la melodía celeste. El cielo, en aquellas notas largas y puras, se convirtió de nuevo en el lugar del reposo absoluto, de la convalecencia quieta y bienaventurada. Notas largas, un acorde repetido, prolongado, claro y puro, suspenso, flotante, volando sin esfuerzo en el espacio infinito… Y luego, de pronto, no hubo más música; solo el rasguñar de la aguja sobre el disco que seguía girando.

* * *

Era una hermosa tarde. Burlap volvía a pie a su casa. Se sentía satisfecho de sí mismo y del mundo en general. «Yo acepto el Universo». De este modo, hacía solamente una hora, había terminado su artículo de fondo para la semana siguiente. «Yo acepto el Universo». Tenía todas las razones imaginables para aceptarlo. Mrs. Betterton le había servido un excelente almuerzo y muchas lisonjas. La *Broad Christian's Monthly* de Chicago le había ofrecido tres mil dólares por derecho de publicar en sus columnas su *San Francisco y la psique moderna*. Él había respondido por cable pidiendo tres mil quinientos. La respuesta de la *Broad Christian's* había llegado aquella noche; sus condiciones habían sido aceptadas. Después estaban las Sociedades Éticas Afiliadas del Norte de Inglaterra. Lo habían invitado a dar cuatro conferencias en Manchester, Bradford, Leeds y Sheffield. Sus honorarios serían de quince guineas por conferencia. Lo cual, para Inglaterra no estaba del todo mal. Y no tendría gran cosa que hacer. Le bastaría con rehacer algunos de sus artículos de *El Mundo*. Doscientas cuarenta guineas, más tres mil quinientos dólares. Casi mil libras esterlinas. Iría a ver a su corredor de Bolsa para enterarse de la situación y las perspectivas del caucho. ¿Y si colocara su dinero en uno de aquellos Investment Trusts? Estos pagaban un seis o un siete por ciento con todas las garantías. Burlap silbaba suavemente según marchaba. El aire que silbaba era *En las alas del canto*, de Mendelssohn. La *Broad Christian's* y las Éticas Afiliadas le habían hecho amar la música espiritual. No silbó con menos satisfacción al pensar en el segundo triunfo de aquel día. Se había desprendido definitivamente de Ethel Cobbett. Había aprovechado un momento propicio. *Miss* Cobbett había salido a tomar sus vacaciones anuales. Estas cosas se hacen más fácilmente por correo que cara a cara. Mr. Chivers, el administrador, le había escrito una carta comercial. Por razones de orden financiero se hacía urgentemente necesaria una reducción de personal en *El Mundo Literario*. Él lo sentía, pero… Desde el punto de

vista legal, bastaba con avisarle con un mes de anticipación. Pero, en testimonio de la satisfacción del Consejo en relación con sus servicios, le incluía un cheque correspondiente a tres meses de salario. Cualesquiera referencias que ella pudiera necesitar le serían enviadas sin demora, y se despedía de ella muy atentamente. Burlap había atemperado la sequedad oficial de Mr. Chivers con una carta personal, llena de sentimiento y de amistad, con jeremiadas contra un público que no quería comprar *El Mundo Literario* y lamentaciones sobre la derrota de Dios, encarnado en la literatura y en él mismo, por Mammón, en la persona de Mr. Chivers y de todos los hombres de negocios. Él había hablado de ella a su amigo Judd, de la *Wednesday Reuiew*, así como a varias otras personas del mundo del periodismo, y estaba, desde luego, dispuesto a hacer por ella cuanto estuviese en su mano, etcétera.

Gracias a Dios, pensó Burlap, mientras seguía su camino silbando con expresión radiante *En las alas del canto*, que aquel era el fin de Ethel Cobbett en lo que a él se refería. Era el fin de ella también en lo que se refería a todo el mundo. Porque pocos días después, habiéndole escrito una carta de doce páginas, que él tiró al fuego después de haber leído la primera frase que le tocó en lo vivo, ella se acostó con la cabeza en un horno y abrió la llave del gas. Pero aquello era algo que Burlap no podía prever. Al volver silbando a su casa llevaba un humor de contento sin mezcla. Aquella noche él y Beatrice fingieron ser dos chiquillos y tomaron el baño juntos. Dos chiquillos sentados uno a cada lado de la enorme y anticuada bañera. ¡Y cuán locamente se divirtieron! El cuarto de baño quedó todo empapado por sus salpicaduras… De gentes así será el Reino de los Cielos.



ALDOUS LEONARD HUXLEY (26 de julio de 1894, en Godalming, Surrey, Inglaterra – 22 de noviembre de 1963, en Los Ángeles, California, Estados Unidos), fue un escritor anarquista británico que emigró a los Estados Unidos. Miembro de una reconocida familia de intelectuales, Huxley es conocido por sus novelas y ensayos, pero publicó relatos cortos, poesías, libros de viaje y guiones. Mediante sus novelas y ensayos, Huxley ejerció como crítico de los roles sociales, las normas y los ideales. Se interesó, asimismo, por los temas espirituales, como la parapsicología y el misticismo, acerca de las cuales escribió varios libros. Al final de su vida estuvo considerado como un líder del pensamiento moderno.

Notas

[1]

hay soles en los ojos de mi amada

alambre y de carbón son sus cabellos

envidias al coral darán sus labios.

morena la nieve de sus pechos.

rosas en colores, rojo y blanco,

ninguna florece en sus mejillas:

halan más delicias los perfumes

aromas de su aliento se destilan.

<<

[2] En inglés B. B. F., *Brotherbood of British Freemen*. <<

[3] En el folklore irlandés, trasgo o enano, poseedor del secreto de la riqueza, que debe revelar, si se lo captura. <<

[4] Paráfrasis del sobrenombre de Shakespeare, llamado el cisne del Avon. <<

[5] La pequeña *miss* Muffet es la heroína de una poesía infantil, familiar a los niños ingleses: tiene miedo a una gran araña. <<

[6] Barrio de Londres donde habita la mayor parte de los artistas y literatos de vanguardia.
<<

[7] Personaje de la comedia de Thomas Norton, *Speed the Plough*, que ha venido a simbolizar la sociedad como censora de la moral, debido a la repetida pregunta de Dane Ashfield, una vecina: «¿Qué dirá Mrs. Grundy?». <<

[8] Alusión a la novela de Robert Louis Stevenson, *The Strange Case of Doctor Jekyll and Mr Hyde*, donde se ha tratado, acaso por primera vez, el desdoblamiento de la personalidad. El uso de una droga transforma al benévolo doctor Jekyll en el criminal Mr. Hyde: por el uso de otra recobra su carácter. El Dr. Jekyll y Mr. Hyde son, pues, la misma persona. <<

[9] Agencia que sirve de corresponsal a la mayor parte de los oficiales y funcionarios ingleses de la India. <<

[10] De Thomas Bowdler, que ha publicado ediciones expurgadas de Shakespeare y Gibbon. <<

[11] En inglés, *yo*. <<

[12] En la obra de Lewis Caroll *Alice's adventures in Wonderland*, un gato que, mostrando los dientes, se retira de la vista de Alicia tan gradualmente, que lo último en desvanecerse es la mueca de sus dientes. <<

[13] Sucesión de sílabas totalmente faltas de sentido. <<